



PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

# OBRAS COMPLETAS

TOMO X

1945 – 1946



Pedro Henríquez Ureña

OBRAS COMPLETAS  
1945 – 1946

TOMO X

Recopilación y Prólogo  
de  
Juan Jacobo de Lara

Santo Domingo, R. D.  
1980

Publicaciones de la  
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU)

©1980, Univ. Nac. P. Henríquez Ureña  
Dirección de Publicaciones  
Santo Domingo,  
República Dominicana.

## PROLOGO



ESTE décimo y último volumen de las *Obras Completas* de Pedro Henríquez Ureña contiene los trabajos de sus últimos años; trabajos publicados en 1945, y en 1946, el año en que él murió; y también su obra póstuma, terminada poco antes de morir, con el título de *Historia de la Cultura en la América Hispánica*.

Los trabajos publicados en 1945 incluyen algunos de limitada extensión: “Calderón”, que es la introducción al volumen trece de *Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal*, de la Editorial Losada de Buenos Aires. A ése sigue “Pasado y Presente”, que se remonta al pasado colonial de nuestra América como base histórica para comprender nuestro presente.

Sigue un trabajo, más largo, con el título de *Dos Momentos en la Historia Cultural de Santo Domingo*, que fue la conferencia del 6 de Mayo de 1944, dictada por don Pedro en su calidad de Miembro Correspondiente de la Academia de la Historia, de Buenos Aires, en homenaje a la República Dominicana en su centenario. Don Pedro hace un recuento histórico-cultural del país, hasta llegar a la presencia y la obra didáctica y cultural de Eugenio María de Hostos en este Santo Domingo, donde vivió y murió.

En 1945 apareció, en inglés, *Literary Currents in Hispanic America*, publicación de la Universidad de Harvard, conteniendo las cátedras que dictó don Pedro en Cambridge durante el año lectivo de 1940-1941 que pasó allí.

Ese trabajo no apareció en español, traducido por Joaquín Díez-Canedo, hasta 1949. Esa edición en español fue lanzada por el Fondo de Cultura Económica de Ciudad de México.

Dice don Pedro, en la Introducción, que su propósito fue el seguir las corrientes relacionadas con la busca de nuestra expresión, la expresión genuina de nuestra América, tema favorito y fundamental de don Pedro.

Y, por último, llegamos al 1946, el año de su muerte, muerte repentina e inesperada que sorprendió y conmovió al mundo académico e intelectual hispánico.

El único trabajo de don Pedro que había salido, a principios de ese año, apareció en la Revista de Filología Hispánica, del Instituto de Filología de Buenos Aires. Llevaba por título "Sobre la Historia del Alejandrino", y delinea la historia del verso alejandrino en un bien traído trabajo analítico del sujeto.

Su obra póstuma, *Historia de la Cultura en la América Hispánica*, la publicó el Fondo de Cultura Económica, de México, en 1947, en su Colección Tierra Firme. Ha habido otras ediciones luego.

Este libro póstumo recoge, a manera de síntesis, lo que el título indica, la historia de la cultura en la América Hispánica, tema que don Pedro venía estudiando y desarrollando a lo largo de su carrera didáctico-literaria.

Sus capítulos exponen: las culturas indígenas, el descubrimiento y la colonización, la cultura colonial, la independencia, y el período independiente hasta el primer tercio del siglo veinte.

Para terminar, tenemos un pequeño epistolario: cartas de don Pedro a su fraternal amigo (y recipiente de sus archivos y papeles) don Emilio Rodríguez Demorizi. También cartas a otro dominicano, entonces residente en Chile, Pericles Franco Ornes.

Indudablemente, existe más material de trabajos escritos y publicados por don Pedro que no poseemos, pero todo lo incluido en estas *Obras Completas* es lo que hemos podido recoger a través de extensos viajes y de extenso indagar por las Américas. El conjunto nos ofrece un magnífico panorama de la selecta y grandiosa obra escrita de Pedro Henríquez Ureña, gloria dominicana universal.

Juan Jacobo de Lara.

## CALDERON\*

### I



ALDERON no tuvo en vida fama inmensa como la que había alcanzado Lope de Vega, pero sustituyó gradualmente a su predecesor en las preferencias del público de España y de la América española y acabó por asumir, con Cervantes, la representación de la literatura de los siglos de oro. Lope, después de su muerte, se eclipsa; Calderón ha modificado las técnicas del teatro español, haciendo rígida la estructura, compleja la intriga, culterano el lenguaje; la comedia de Lope, suelta y fácil, se queda atrás, fuera de la moda. Los autores jóvenes adoptan, como siempre, la forma nueva. Además, Calderón es estrictamente la última gran figura de la gran época. Atravesará el siglo XVIII con éxito constante en los teatros, a pesar de las minorías que se empeñan en adaptar a España el clasicismo académico que irradia desde la omnipotente Francia, y al anunciarse la revolución romántica Alemania lo proclama, junto con Shakespeare, maestro de la nueva poesía dramática. Su prestigio duró todo el siglo XIX, y

---

\*Introducción al volumen 13 de *Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal*, Buenos Aires, 1939, Ed. Losada, págs. 7-10.

En *Plenitud de España*, segunda edición, 1945, págs. 177-183. Este es el texto que reproducimos aquí.

En *Obra Crítica*, México, 1960, págs. 548-552.

sólo comenzó a descender cuando, a impulso de nuevas devociones, se exaltó otra vez a Lope. Es de esperar —y no falta quien lo augure— el próximo resurgimiento de Calderón, a favor de la novísima boga del estilo barroco.

Mientras tanto, entre el público de los teatros Calderón se ha mantenido, “a tenu”, en la medida en que cabe mantenerse en países donde no hay teatros destinados a la conservación de las obras clásicas. Dentro de tales condiciones, *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea*, únicos entre los antiguos dramas españoles, sobreviven, persisten, representándose siempre, normalmente.

El público y los actores no se equivocaban: *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea* son obras excepcionales y extraordinarias. *El alcalde de Zalamea* es después de *La Celestina*, el drama español con más humanidad de tres dimensiones. Se presenta único y solo dentro de la vasta obra de Calderón, en quien la tendencia general es reducirlo todo a esquemas fijos: como observa Menéndez Pelayo, está hecho con elementos de Lope, tanto del primitivo *Alcalde de Zalamea* como de otros dramas, pero fundidos en conjunto cuyas peculiares excelencias superan a cuanto de semejante hicieron los dos poetas.

Y *La vida es sueño*, que en creación de personajes y en estructura dramática queda muy por debajo de *El alcalde de Zalamea*, es el drama filosóficamente más interesante de España. Calderón puso quizá mayor hondura en dos o tres de sus autos; pero nada ha inquietado tanto a lectores y espectadores como *La vida es sueño*, con su red de problemas: la voluntad frente al destino, opuesta al “influjo de los astros”, frase donde se incluyen herencia y medio; la fuerza modeladora de la educación —Segismundo no habría sido brutal si no se le hubiera educado brutalmente—; las limitaciones del poder del hombre —porque el primer monólogo de Segismundo, “Apurar, cielos, pretendo...”, que sólo se refiere a su caso particular y a su prisión extraña, en la emoción de los oyentes resuena como queja universal de la condición humana, a la manera como resuena, con no mejor fundamento lógico, el soliloquio de



Hamlet\*—; la existencia como ilusión, en el segundo monólogo del protagonista: uno de los temas fundamentales de la literatura española, al que se concede poca atención, porque se repite sin descanso y sin discernimiento la fórmula del “realismo de la raza”, pero que va desde “Recuerde el alma dormida...”, en Jorge Manrique, a través del lamento de Nemoroso, empapado de sueño, hasta el suspiro de Rubén, “el sueño que es mi vida desde que yo nací”. Gran tema de Calderón y de Cervantes: en el *Quijote* es constante el juego de planos de la realidad, simple en episodios meramente cómicos, profundo en momentos como aquel en que el héroe declara saber quién es Dulcinea del Toboso y no por eso dejar de pensarla como emperatriz\*\*.

## II

El teatro realista del siglo XIX encerró la imaginación del público moderno dentro de límites estrechos —dentro de tres paredes—, y se hizo entonces opinión común la de que en el drama alegórico necesariamente faltaban emoción y conflicto humano (el adjetivo “humano” se había convertido en una de las piedras de toque de la crítica al uso). Pero no debe olvidarse que el criterio realista tiene su antepasado en el clasicismo académico del siglo XVIII, que declaraba “frío y enfadoso” el diálogo dramático sobre temas teológicos (adjetivos del abate Andrés, innovador y audaz sobre otros temas) y encontraba ridículas las alegorías en el teatro (opiniones de Blas Nasarre y Nicolás Fernández de Moratín). A este realismo pobre de imaginación se le agregaba la enemistad contra la exposición de ideas en el teatro: prejuicio anti-intelectualista que Parker\*\*\*

---

\*Calderón repite las reflexiones de Segismundo, con ligeras variaciones, como reflexiones del Hombre, en su auto sacramental de *La vida es sueño*, posterior en muchos años al drama: tal vez ya él pudo advertir que su público interpretaba las palabras de Segismundo como aplicables a la humanidad toda.

\*\*“Que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no será castigado de los rigurosos” (*Don Quijote*, I, cap. 25). Consúltese Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, 1925, capítulo “Análisis del sujeto y crítica de la realidad”, especialmente la sección “El engaño a los ojos”.

\*\*\*ALEXANDER A. PARKER, *The allegorical drama of Calderón: An introduction to the Autos sacramentales*, Oxford y Londres, 1943.

atribuye a influjo del romanticismo, pero que viene de antes, como lo revelan las palabras del abate Andrés, entre otras que podrían citarse. ¡Qué diferente actitud la de los simples espectadores que desde 1635 hasta la prohibición de 1765 acudían con avidez a ver y oír los autos sacramentales de Calderón! “Es inconcebible —dice Parker— que el vulgo no haya entendido estas obras (el vulgo seguía pidiéndolas cuando ya no estaban de moda entre los literatos). Si sólo se hubiera interesado en el espectáculo (visual), según se ha pretendido, tanto le hubiera satisfecho un auto de Zamora como uno de Calderón. Cuánto entendían, no podemos saberlo, pero entendían lo suficiente para distinguir de calidades”. Afortunadamente, a principios de este siglo se empezó a sentir fatiga ante las restricciones del realismo escénico. Uno de los anuncios del cambio de gusto fue el extraordinario aplauso con que se recibió en Inglaterra y en los Estados Unidos la reaparición, en el teatro, de una de las “moralidades” alegóricas de la Edad Media, *Everyman*: hasta dio su nombre, y su lema, a la conocida colección popular de clásicos universales publicada en Londres. Además, desde que, con las representaciones de *Cándida* en Nueva York, 1903, Bernard Shaw comenzó a tener éxito en la escena, contra la opinión de los críticos que lo creían irrepresentable, la discusión de ideas en el teatro ha dejado de parecer aburrida: el toque está en darle la animación que tiene en la vida real. Y no en vano la discusión, en Shaw, toca a veces temas teológicos. En los países de habla española el cambio sobrevino con el acostumbrado retraso, y hasta ahora ha alcanzado poco al drama alegórico: en España, durante la reciente época republicana, se representaron unos cuantos autos de Calderón, y en Buenos Aires *El rico avariento*, de Mira de Mescua. Fuera de España una de las resurrecciones más comentadas durante los años anteriores a la guerra actual ha sido la de *El gran teatro del mundo*, el auto de Calderón, representado en alemán y en ruso. En la crítica española, mientras tanto, la única señal del esperado “retorno a Calderón” son los trabajos de Valbuena Prat\*.

---

\* Señalaré la minúscula porción con que he aspirado a contribuir al retorno: en

Estudia Parker los juicios de más de treinta escritores sobre los autos de Calderón, y sólo encuentra dignos de aprobación los del siglo XVII —apreciaciones brevísimas— y los del XX; trabajos de Lucien-Paul Thomas (limitados y sucintos, pero penetrantes), de Valbuena Prat y de la doctora Jutta Wille. Sobre los demás descarga una irritación a menudo excesiva: no solamente contra los clasicistas académicos y contra los realistas, porque eran obstinados en su ceguera, o contra los críticos inconscientemente influidos por las doctrinas del realismo, como Menéndez Pelayo; también contra los románticos, devotos entusiastas de Calderón, porque no tienen noción clara del significado de los autos. Le parecen “lamentables” y “repelentes” los elogios de los románticos alemanes, que “abdican de la responsabilidad crítica en cuanto se hace necesario formular principios de modo inteligente”. Es demasiado decir. Hay que sobreponerse al disgusto que pueda inspirarnos el lenguaje demasiado retórico de los románticos y extraer la sustancia de sus opiniones: no hay nada de esencialmente absurdo en las interpretaciones de los Schlegel y de Eichendorff. Y nuestro crítico se muestra a su vez insensible a la actitud poética cuando declara “poco serios” los célebres adjetivos que Shelley aplicó a los autos de Calderón: “floridos y estrellados” (*flowery and starry*). Shelley era poeta, y esos adjetivos los emplea en carta a un amigo: ¿será necesario, hasta en las cartas íntimas, renunciar a la fantasía poética cuando se habla de poesía y no emplear otro lenguaje que el de los críticos universitarios?

Calderón desarrolló la técnica del auto sacramental dejando muy atrás todas las formas anteriores del drama alegórico cristiano. Sus personajes, dice Parker, no tienen semejanza con los del drama profano que son seres individuales, pero sí con los que son tipos, como el “miles gloriosus” en la comedia de la antigüedad, o, en plano distinto, el mensajero de la tragedia ática. “Tartufo apenas necesitaría sufrir retoques

---

las lecturas comentadas de clásicos españoles que se hicieron en la Asociación de Amigos del Arte, de Buenos Aires, en 1937, encomendadas a escritores, la tarea que escogí fue *La cena de Baltasar*.

para incorporarse en un auto, pero mudaría su nombre en Hipocresía". Las figuras de Calderón son "personajes dramáticos que ilustran ideas morales". Calderón, además, concibió y expresó una teoría del auto. "Distingue dos planos: el del espíritu y el de la escena. Al primero corresponde el tema ("argumento"), al segundo la acción dramática visible ("realidad"). El tema procede de la imaginación (fantasía); la acción, del arte literario ("metáfora") al trabajar sobre el tema". Las etapas son: fantasía – argumento – metáfora – realidad. La imaginación o fantasía (de ambos modos la llama) es libre: sus creaciones, en el mito, no tienen que someterse a limitaciones históricas o geográficas: "que alegóricos fantasmas ni tiempo ni lugar tienen" (*El primero y segundo Isaac*). La acción dramática tiene siempre dos sentidos; debe entenderse "a dos luces" (*La vacante general*). Los autos se diferencian de otras formas de drama en que "tratan de otro plano de experiencia: son conceptuales y no realistas; carecen de verosimilitud: ...la acción que ocurre en escena no es una aproximación a ninguna que sea posible en la realidad". La posibilidad existe sólo en la esfera de la experiencia conceptual. Así, la acción va acompañada de la reflexión, que no tiene en el auto el carácter adventicio con que suele presentarse en el drama profano. La dicción poética, finalmente, no es desenfrenadamente imaginativa; está gobernada por la lógica. Y la pompa culterana sirve adecuadamente a la complejidad de los temas.

El fundamento doctrinal de los autos de Calderón es, desde luego, la filosofía cristiana. Así como Dante es el poeta de la filosofía tomista, "Calderón es el dramaturgo del escolasticismo"; mejor diríamos, corrigiendo la fórmula de Parker con sus propios datos, "el dramaturgo de la patrística y la escolástica". La estructura general de sus doctrinas procede de San Agustín. No adopta, dice Parker, el camino racional de Santo Tomás hacia la teología natural; "el hombre, en los autos, nunca alcanza el conocimiento de Dios con la razón sola, sino por "impulso divino"; la teoría agustiniana de la Iluminación. Debe mucho Calderón a la tradición platónico-agustiniana que representa San Buenaventura. Participa de la afición del doctor

franciscano al simbolismo; su devoción a la Virgen es también de tipo franciscano. Al mismo tiempo, estudiaba asiduamente a Santo Tomás. Resumiendo: “la estructura de sus ideas es agustiniana y franciscana; en los pormenores dominan la terminología y la técnica puramente tomísticas”.

## PASADO Y PRESENTE\*



UANDO Sarmiento se propuso observar de cerca la vida española como clave para comprender los problemas de su Argentina, se adelantó, como siempre, a su tiempo. Para transformar el país, quiso primero explicarse su peculiar configuración cultural. Dijo, en *Facundo*, la parte que se debía al suelo, deshabitado y fértil, y a las maneras de vida que el suelo favoreció. Ahora España había de darle las razones históricas, los fundamentos del tranquilo pasado colonial donde se engendró la inquieta nación independiente. De paso, entre muchas cosas singulares, observó allí signos de “falta de cohesión en el Estado”, imperfecciones de estructuras: la España invertebrada.

En toda América, en tiempos de Sarmiento, queríamos olvidar, borrar el pasado colonial. Creíamos que bastaba, para consumir la disolución, el rito mágico de los aniversarios patrióticos. Afortunadamente, no pensaron así los grandes historiadores, López, Mitre, Gutiérrez, Vicuña Mackenna, Barros Arana, Orozco y Berra, García Icazbalceta, y en su

---

\**La Nación*, Buenos Aires, 25 febrero 1945.

*Cuadernos Dominicanos de Cultura*, II, No. 22, 1945, págs. 39–45.

*Letras de México*, 1 abril 1945.

*Plenitud de América*, Buenos Aires, 1952, págs. 71–76.

trabajo se apoya el de los modernos colonialistas, con incalculable variedad de ramificaciones: la conquista, la colonización, la evangelización, las instituciones políticas y sociales, con sus amplios fundamentos de doctrina, la organización económica, las costumbres familiares, las fiestas, la enseñanza, la imprenta, las letras, las artes mayores y menores; hasta el teatro y la música nos deparan sorpresas.

La cultura colonial, descubrimos ahora, no fue mero trasplante de Europa, como ingenuamente se suponía, sino en gran parte obra de fusión, fusión de cosas europeas y cosas indígenas. De eso se ha hablado, y no poco, a propósito de la arquitectura: de cómo la mano y el espíritu del obrero indio modificaban los ornamentos y la composición. No hace mucho, José Moreno Villa, el original y acre poeta español, que es juntamente crítico de las artes muy perspicaz, ha descrito procesos semejantes en la escultura, y hasta ha buscado para sus formas mixtas el nombre de "tequitqui", que equivaldría en la vida mexicana al término "mudéjar" con que se designa al arte de los musulmanes que vivían en tierra de cristianos. (1)

La fusión no abarca sólo las artes: es ubicua. En lo importante y ostensible se impuso el modelo de Europa; en lo doméstico y cotidiano se conservaron muchas tradiciones autóctonas. Eso, desde luego, en zonas donde la población europea se asentó sobre amplio sustrato indio, no en lugares como el litoral argentino, donde era escaso, y donde además las olas y avenidas de la inmigración a la larga diluyeron aquella escasez. Las grandes civilizaciones de México y del Perú fueron decapitadas; la conquista hizo desaparecer sus formas superiores: religión, astronomía, artes plásticas, poesía, escritura, enseñanza. De esas civilizaciones persistió sólo la parte casera y menuda; de las culturas rudimentarias, en cambio, persistió la mayor parte de las formas.

Así, en las ciudades, mientras se construían casas, palacios, fortalezas, templos, a estilo de los países del Mediterráneo, se mantenía la choza nativa: el "bohío" de las Antillas, el "jacal" de México, el "rancho" de la América del Sur. En Cuba, se ha dicho al hacer la historia de la arquitectura local, el siglo XVI

fue el siglo del bohío. En unos bohíos, antes de que se edificara su convento de estilo isabelino, vivían los padres predicadores en la ciudad de Santo Domingo cuando en 1510 inician la campaña en defensa de los indios. Fray Alonso de Cabrera, el predicador que tuvo imaginación de novelista, hablando en la corte de Madrid decía que Jesús había nacido “en un “bohío” : la palabra la llevó de Hispaniola, donde se dice que había pronunciado sus primeros sermones. Y el rancho, el bohío, el jacal, existen todavía, si no en las ciudades, sí en los pueblos pequeños y en los campos.

La alimentación campesina mantiene la base aborigen, por lo menos en cuanto a vegetales, con escasas adiciones de origen europeo, en no pocos países: hasta en donde no sobrevive ya el indio puro, como sucede en las Antillas. En México predominan el maíz, los frijoles o porotos, el chile o ají, el cacao y el magüey, con la adición extranjera del arroz y el café. “Patria, tu superficie es el maíz”, dice el poeta mexicano López Velarde. En el Perú predominan el maíz, la papa, el ulluco y la yuca o mandioca. En el Brasil, la yuca y el maíz: “aún ahora, dice Gilberto Freyre en su jugoso libro *Casa grande e senzala*, la mandioca es el alimento fundamental del brasileño, y la técnica de su elaboración permanece, para la mayor parte de los habitantes, casi idéntica a la de los indígenas”.

Los tejidos y la alfarería de los indios atraviesan todo el período colonial y llegan hasta nosotros, con alteraciones sólo superficiales. Pero su empleo está limitado a los humildes. En conjunto, las supervivencias indígenas se mantienen en los campos y los pueblos, mientras las adquisiciones europeas dominan en las ciudades. Tema de Sarmiento, la oposición de ciudad y campo, que en la Argentina del litoral se ha desvanecido ya: “parecen dos sociedades distintas”, decía.

No todo es fusión, desde luego, en la América española, ni la fusión es siempre completa: quedan gruesos núcleos indios a quienes no ha alcanzado, o apenas, la cultura europea, y viven de supervivencias. No son casos graves, como antes creíamos: esas supervivencias — así, las que describe Robert Redfield en su libro sobre *Tepoztlán* — salvan de la fábrica o de la mina, o de la



plantación, al nativo, mientras llega la ocasión de incorporarlo eficazmente, sin desmedro suyo, a la cultura de tipo europeo. Grave caso, sí, el del indígena, o el del mestizo, que de la cultura europea no ha adquirido sino el idioma y si acaso la exigua vestimenta, pero que ha caído en la situación de proletario, desconocida para la economía anterior a la conquista, tanto en las tribus de vida rudimentaria como en los “imperios” cuya minuciosa organización evitaba la indigencia. El problema de la América española es todavía su integración social.

De tales temas, en perspectiva histórica, trata el reciente libro de Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia*; (2) es uno de los primeros intentos de síntesis de las nuevas maneras de considerar los tres siglos coloniales, y está sustentado en vastísimas lecturas y nutrido en viajes. (3) Comienza describiendo “el legado indio”, no el pasado indio como cosa muerta, según se le habría descrito treinta años atrás. Procede luego a estudiar las “primeras formas de trasculturación” o de fusión, con los primeros asentamientos de población europea: “de la edad del bejuco a la edad del cerrojo”, como dice Germán Arciniegas comentando el proceso en su *América tierra firme*. Señala la aparición de expresiones propias de América en el siglo XVII, principalmente en formas barrocas: aun sin necesidad de influencia indígena, las ideas y las cosas de Europa se transformaban en la tierra nueva, como es natural. José Ortega y Gasset ha dicho que el español se transformó en América, pero no con el tiempo, sino en seguida: en cuanto llegó y se estableció aquí. Por fin, la renovación espiritual del siglo XVIII está representada, en el libro de Picón Salas, por el “humanismo jesuítico”, en el cual descubre asombrosos anticipos de la fermentación revolucionaria que, nutrida por “la ilustración”, había de producir la independencia. El humanismo jesuítico le sirve como símbolo de corrientes vastas y complejas: no eran sólo jesuíticas, porque en ellas participaban miembros de órdenes religiosas diversas, y miembros del clero secular, y, desde luego, gran número de laicos (el siglo XVIII es ya, en gran parte, laico, en oposición

con el XVII); no eran sólo humanismo, no sólo cultura literaria e histórica, porque la curiosidad intelectual se extendía a todo. Junto con la arquitectura, que produjo entonces “cuatro de las ocho obras maestras del estilo barroco en el mundo” (y es lástima que Picón Salas no dedique mayor espacio al arte constructivo), el sumo honor de nuestro siglo XVIII está en la pasión del trabajo científico, que durante el siglo XIX no supimos mantener, en matemáticas, astronomía, física, química, zoología, botánica, y el empeño de innovación filosófica, el largo duelo entre Aristóteles y Descartes que se pelea en nuestras universidades y en no pocos seminarios y colegios. Junto a la historia, Picón Salas trae la referencia útil al momento presente: así, cuando describe la tentativa pedagógica presente: así, cuando describe la tentativa pedagógica de misioneros como Vasco de Quiroga, Pedro de Gante o Bernardino de Sahagún, que “tratan de llegar al alma de la masa indígena por otros medios que el del exclusivo pensamiento europeo, mejorando las propias industrias y oficios de los naturales, ahondando en sus idiomas, ayudándolos a su expresión personal”: pensamiento que “tiene todavía validez en la vida criolla de los presentes días”.

Oportuno y ejemplar es el esfuerzo del distinguido escritor venezolano. Mucho queda, y quedará siempre, por investigar, pero con los materiales ya reunidos es posible emprender obras de conjunto con espíritu de síntesis, sin esperar — larga espera, y vana — a que esté completo el repertorio de los datos. Y tanto más ejemplar y oportuno cuando el autor sabe recordarnos que el pasado es lección para el presente, si sabemos leer.

#### NOTAS

(1) José Moreno Villa, *La escultura colonial mexicana*, México 1942.

(2) Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia: Tres Siglos de historia cultural hispanoamericana*, México, 1944.

(3) En mi conferencia de Harvard, \*\* 1940—41, hice otro intento semejante de síntesis, pero con mucha menor extensión que PICON SALAS. Sólo disiento de él en matices: por ejemplo, en el capítulo “La sociedad del siglo XVII”.

\*\**Literary Currents in Hispanic América*, Cambridge, 1945, Versión española. Fondo de Cultura Económica, México, 1947. (N. del C.).

## DOS MOMENTOS EN LA HISTORIA CULTURAL DE SANTO DOMINGO\*



DESPUES de la época inicial, los cincuenta primeros años tras el Descubrimiento, durante los cuales se implanta en las Antillas la civilización de tipo europeo, hay dos momentos significativos en la historia cultural de Santo Domingo: el de disrupción de la cultura colonial, entre 1796 y 1844, y el de incorporación a la cultura contemporánea del mundo occidental, entre 1873 y 1903.

La época inicial es de bulliciosa efervescencia. En 1493, Colón, que acaba de llevar a Castilla las nuevas de su enigmático hallazgo, regresa a Hispaniola, la isla que escogió como asiento de su gobernación, con diez y siete naves y entre mil doscientos y mil quinientos hombres. Vienen con él sacerdotes, médicos, constructores. Traen plantas y animales domésticos de Europa. Así comienza, para las actividades de la vida cotidiana, la fusión de las dos culturas, la española y la indígena: junto a la casa de construcción europea, en piedra o en ladrillo o en tapia, se mantendrá el bohío de los indios, en madera de palma y con

---

\**Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Buenos Aires, 1945, XVIII, págs. 53-65.

Conferencia del 6 de mayo de 1944 que dictó Pedro Henríquez Ureña en su calidad de Miembro Correspondiente en República Dominicana de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, en el homenaje a la República Dominicana con motivo de su centenario.

techo de yaguas (modernos prejuicios lo persiguen como señal de atraso y lo destierran de las ciudades); junto al arroz, el maíz; junto al pan de trigo, de "harina de Castilla", como se dice todavía hoy, el cazabe, la torta de yuca (el pan de maíz aparece después: técnica europea aplicada al cereal indígena); junto a la gallina, el pavo. El huerto campesino será, hasta nuestros días, el conuco de los indios, con pocas adiciones de fuera. Las frutas son todavía las indígenas, salvo raras excepciones, como el banano, traído de Canarias en 1512 por fray Tomás de Berlanga; los colonizadores abandonaron al poco tiempo, sin otro motivo probable que la pereza, el intento de aclimatar las europeas. Y América impondrá uno de sus hábitos, el del tabaco.

En 1494 se funda la primera ciudad, la Isabela, desaparecida después; en 1496, la segunda, Santo Domingo del Puerto: el nombre de esta capital acabó por convertirse en nombre de la isla, como en Puerto Rico. Y en 1505 los españoles tienen fundadas diez y siete ciudades y villas, antes de establecer ninguna otra en el hemisferio recién descubierto; además, los frailes de la Orden de San Francisco tienen fundado su primer convento y comienzan a enseñar a niños mestizos (niños españoles puros había muy pocos), y a niños indios, como Enriquillo, el futuro capitán de la última y salvadora rebelión nativa. En 1510 llegan los frailes de la Orden de Santo Domingo, y, a la vez que abren su ruidosa campaña en defensa del aborigen (la campaña que heredará su discípulo Bartolomé de las Casas), establecen cátedras, que con el tiempo abarcarán todo el saber de la época. Años después, el colegio de los dominicos se siente capaz de conceder grados profesionales, y se le concede categoría universitaria (bula de Paulo III, 1538). A esta Universidad de Santo Tomás de Aquino, primera en el tiempo, le sigue en 1540 la Universidad de Santiago de la Paz: le sirvió de base el colegio fundado unos diez años antes por el obispo Ramírez de Fuenleal y la dotó de bienes cuantiosos Hernando de Gorjón, colonizador enriquecido en Compostela de Azua, allí donde ejerció de notario Hernán Cortés mientras se preparaba para empeños mucho mayores. Gorjón es el

primer ejemplar, en América, del magnate que dota instituciones de cultura. ¿Cómo, en una ciudad que no alcanzaba todavía cincuenta años, se fundan dos instituciones universitarias? Nos lo explica tal vez el momento: España multiplicaba entonces sus universidades, y pronto, en 1551, el Emperador había de crear dos en el Nuevo Mundo, sostenidas con fondos de la corona, la de México y la de Lima, única de las nuestras primitivas que ha sobrevivido sin interrupciones.

En la Isla Española, “cuna de América”, establecerá su gobierno y su corte, en 1509, el hijo del Descubridor, Diego Colón, primer y único virrey de todas las Indias, segundo almirante del Mar Océano. Hasta entonces Castilla había conquistado tierras tórridas, fértiles en vegetación y pobres en minerales, pobladas de indios que, o eran mansos pero débiles para el trabajo, o eran guerreros y rebeldes a toda sujeción. El descubrimiento parecía poco menos que un fracaso. Pero en 1521 la temeraria aventura y la imprevista fortuna de Cortés convierten en fabuloso imperio aquella modesta adquisición colonial. Muerto Diego Colón (1526), la corona suprime el virreinato hereditario. Pero la ciudad de Santo Domingo se mantuvo como capital del Mar Caribe durante más de dos siglos, con jurisdicción política, eclesiástica y cultural sobre toda la zona, envaneciéndose con el dictado de “Athenas del Nuevo Mundo”.

Allí se construyeron los primeros templos, palacios y fortalezas de la América española, edificios de estilo isabelino, donde la Edad Media mantiene su tradición en la estructura gótica, combinada con la ornamentación del Renacimiento.

Allí estuvieron, de asiento o de paso, todos los grandes exploradores y conquistadores, desde Balboa hasta Pizarro, todos los grandes misioneros de la primera hora, desde Buil y Pane hasta Ramírez de Fuenleal y Vasco de Quiroga. Residieron allí, largo tiempo o breve, cronistas y predicadores, poetas y dramaturgos: el obispo Geraldini, primero en componer prosa y versos latinos en el Nuevo Mundo, Oviedo, Las Casas, Juan de Castellanos, Micael de Carvajal, Alonso de Zorita, Lázaro Bejarano, fray Alonso de Cabrera, Eugenio de Salazar, el P. José

de Acosta; todavía, en el siglo XVII, Bernardo de Valbuena y Tirso de Molina. En ambiente así saturado de letras humanas y divinas, era natural que apareciesen escritores nativos: los hay desde el siglo XVI, y entre ellos las poetisas más antiguas del Nuevo Mundo. La preocupación de la cultura fue intensa, como había de serlo después en Charcas o en Bogotá. Las universidades eran el orgullo de la ciudad y le daban su tono peculiar.

\*\*\*

En todo el Nuevo Mundo, a mediados del siglo XVI la vida colonial se asienta; cesan, al parecer, la lucha y la innovación. Comienza el "largo sueño de tres siglos" de que nos hablan los discursos patrióticos en elogio de nuestras guerras de independencia y nuestros libros de historia, empeñados en demostrar que nada de importancia sucedió entre 1550 y 1810. No hubo durante los siglos coloniales, se nos decía, otra cosa que oscuridad e ignorancia. Ahora vamos, trabajosamente, disipando esta fantasía. Nuestra existencia colonial fue enorme crisol donde lentamente se fundieron metales muy dispares. El proceso no quedó terminado; no está terminado aún; pero, con todas sus imperfecciones, engendró el material de unas sociedades que alcanzarían a ser ejemplarmente democráticas si en ellas llegasen a imponerse las aspiraciones de los mejores.

En Santo Domingo, desde luego, la época colonial nunca conoció la tranquilidad, nunca tuvo paz. Las guerras de España con sus rivales en Europa incidieron constantemente sobre la isla (1). Finalmente, los conflictos nacidos de la Revolución Francesa y del delirio imperial de Napoleón repercutieron en terremotos sociales y políticos que ni siquiera terminaron con la proclamación de la independencia.

La historia colonial de Santo Domingo se rehace ahora, gracias a investigaciones recientes de D. Américo Lugo, de fray Cipriano de Utrera, de D. Máximo Coiscou, de D. Carlos

---

(1) Ver la conferencia de D. Pedro Troncoso Sánchez sobre *Las guerras europeas en Santo Domingo*.

Lazarrábal Blanco, de D. Emilio Rodríguez Demorizi, a quienes precedieron, en el siglo pasado, Emiliano Tejera y José Gabriel García. Los datos sobre la vida pública pueden recogerse en los archivos. Pero el cuadro de las actividades de cultura nunca podrá, por la escasez de datos, reconstruirse íntegramente. El escéptico dirá que, después de todo, no vale la pena; que, si bien la cultura colonial pudo significar más, y aun mucho más de lo que comúnmente se cree, no hubo creación científica u originalidad artística que justifiquen tamaño esfuerzo de reconstrucción. El título de "Atenas del Nuevo Mundo" era pura exageración de los tiempos barrocos. La actividad de cultura, sin embargo, tiene igual derecho que la política a la atención de la historia. Y esta reconstrucción nos ayudaría a explicar, no sólo caracteres de la vida local de Santo Domingo, sino florecimientos singulares, de alta significación en América, como el de la cultura cubana a principios del siglo XIX.

A medida que la vamos conociendo, nos asombra la actividad artística, literaria y científica de los virreinos de México y del Perú. Baste, para medirla, recordar esta afirmación europea: "de las ocho obras maestras de la arquitectura barroca en el mundo, cuatro están en México". O esta otra, de Sacheverell Sitwell: "El Carmen de Celaya es la última iglesia de alta calidad artística que se ha construido en el mundo". De la cultura científica de México a comienzos del siglo XIX dice Humboldt que era superior a la de los Estados Unidos y que los mejicanos estaban seguros de que era superior a la de España. Allí enseñaban entonces Fausto de Elhúyar, descubridor del tungsteno, y Andrés del Río, descubridor del vanadio, españoles ambos, en la Escuela de Minería fundada por iniciativa del eminente mexicano Joaquín Velázquez de Cárdenas y León. Y doce grandes volúmenes de descripción bibliográfica publicados por José Toribio Medina son testimonio de cuánto produjo la imprenta en México y en Lima.

De ciudades donde la imprenta, o no existió, o produjo muy poco, la información es nula o mínima. ¿Había literatura, por ejemplo, en Córdoba del Tucumán, durante el siglo XVII, cuando ya existía la universidad y se construían edificios

suntuosos? Mucho tiempo pudo ponerse en duda: hoy sabemos que se escribían muchos versos, y prosa, y comedias para representar, gracias a la publicación de la obra de Luis de Tejeda. Y qué poca noción se tenía de la constante producción de obras dramáticas, destinadas a la propagación de la doctrina cristiana y la historia religiosa, según nos lo revelan investigaciones como las del P. Guillermo Furlong para la Argentina y el Paraguay.

En Santo Domingo la historia de la arquitectura va poco a poco esclareciéndose: debe contribuciones valiosas a los arquitectos argentinos D. Martín S. Noel y D. Mario J. Buschiazzo. Esta historia puede apoyarse en los edificios, o cuando menos en las ruinas, que abundan. Pero hay poca esperanza de que sepamos qué historia, aunque fuese modesta, tuvieron allí las otras artes. En las letras tenemos unos cincuenta nombres, pero rarísimas obras. La imprenta, que según parece se estableció desde el siglo XVII, no alcanzó a publicar literatura. El teatro sabemos que existió allí siempre, pero según noticias sueltas: un proceso judicial ha salvado el texto de una obra breve, el entremés que el P. Cristóbal de Llerena hizo representar en la Catedral en 1588, y nos dice que componía música, versos y comedias; una censura del arzobispo Cueba Maldonado, en 1663, nos revela que los estudiantes universitarios perdían demasiado tiempo en organizar representaciones; en 1771 se hacían en el palacio del gobernador José Solano. Y nada más. No tenemos listas de obras representadas, como las que se van reuniendo en México y en Lima. D. Américo Lugo dice haber visto en España el manuscrito de una comedia compuesta en Santo Domingo, en letra del siglo XVII; yo mismo vi en mi infancia otro manuscrito semejante, del siglo XVIII, entre los papeles de mi abuelo, el magistrado y poeta Nicolás Ureña de Mendoza; ya estaba poco legible, y después desapareció.

\*\*\*

La historia de las universidades de Santo Domingo es todavía incompleta y llena de enigmas, a pesar de las seiscientas



páginas que les ha consagrado fray Cipriano de Utrera. Sólo porciones de sus archivos subsisten. La dominica de Santo Tomás de Aquino debió de tener poca importancia en el siglo XVI: no hay referencias a ella fuera de la bula de 1538. Todas las esperanzas se cifraban en la de Santiago de la Paz, para la cual se construyó hermoso edificio. Allí tuvieron cátedras el P. Cristóbal de Llerena, el sacerdote erasmista Diego Ramírez, el poeta Francisco Tostado de la Peña, que murió en el ataque de Drake contra la ciudad. Pero en el siglo XVII los papeles se invierten: el Estudio dotado por Hernando de Gorjón había decaído tanto, con la disminución de sus rentas, que se convirtió en simple seminario conciliar (1602) y después se subordinó a la institución dirigida por los frailes. Recobró su categoría de universidad autónoma en 1747, cuando lo toman a su cargo los jesuitas; veinte años después volvió a perderla, cuando se expulsó de todos los dominios españoles a la Compañía de Jesús, y entonces, bajo otras manos, se convierte en Colegio de San Fernando. La institución que daba renombre, pues, a la ciudad de Santo Domingo durante los siglos XVII y XVIII era la Universidad de Santo Tomás de Aquino, que ejerció grande influencia en la zona del Mar Caribe. De ella son hijas la de Santa Rosa en Caracas y la de San Jerónimo en La Habana. El primer rector (1725) de la venezolana, Francisco Martínez de Porras, se había graduado en Santo Domingo; igualmente el primer rector de la cubana (1728), fray Tomás de Linares. Y así también muchos de los catedráticos, como José Mijares de Solórzano en Caracas y fray José Ignacio de Poveda en La Habana (ambos fueron rectores después), y no pocos personajes de altos destinos, como el Dr. Cristóbal Mendoza (1772-1829), jurisconsulto y periodista que presidió la primera junta gubernativa de Venezuela en 1811 e inventó para Bolívar el título de Libertador. Todavía en los últimos años de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, entre 1815 y 1823, cerca de la mitad de los doscientos cincuenta alumnos a que se había reducido procedían de Cuba, Puerto Rico y Venezuela; todavía se estimaba que valía la pena atravesar el mar y alejarse de la familia para ir a educarse allí, a pesar de tener al alcance de

la mano planteles similares. Uno de los más brillantes escritores venezolanos, Juan Vicente González, refiere en su *Historia del poder civil en Venezuela y Colombia* este hecho significativo del siglo XVIII: “Acostumbrábase (en Caracas) llevar a las casas ricas mozos pobres que sirviesen de estímulo a los mancebos nobles, los acompañasen a las aulas y cuidasen de su estudio. Para Martín Tovar trajeron dos jóvenes de Santo Domingo, centro entonces de los estudios; quienes recibieron toda especie de cuidados a trueque de velar en su enseñanza”.

Rutinariamente se ha venido repitiendo que nuestras universidades de la época colonial, como las de España, eran fortalezas escolásticas que vedaban el paso a toda novedad filosófica o científica. No faltaba en ellas, como no falta en ninguna comunidad, el grupo de viejos defensores de doctrinas viejas, el freno inevitable junto al motor necesario. Pero lo que da carácter a esas instituciones, y a todo el mundo hispánico en el orden intelectual durante el siglo XVIII, no es el estancamiento: es la larga porfía, el duelo entre Aristóteles y Descartes. Apenas avanzamos en la investigación de los sucesos de aquel siglo, tropezamos con los nombres de los innovadores que introdujeron, no sólo la filosofía cartesiana, sino también las doctrinas de Bacon, de Locke, de Newton, de Gassendi, de Condillac, y que modificaron planes de estudios y métodos de enseñanza. Coinciden con ellos las grandes expediciones de exploración científica, en que la corona insumió millones. La curiosidad científica es consustancial a la época y penetraba hasta en los salones: recuérdese el de Mariquita Sánchez en Buenos Aires. Humboldt la observa en todas las ciudades que visita en América. Desde las matemáticas y la física hasta la arqueología de las extinguidas civilizaciones aborígenes y la filología de sus lenguas, todo tuvo devotos y cultivadores, que a veces tenían que fabricarse sus propios instrumentos de trabajo. Así, al desarrollo de la astronomía aportaron multitud de observaciones que no podían realizarse en Europa. Y — para citar sólo unos pocos ejemplos — el ensayo de Caldas sobre *La influencia del clima en los seres organizados*, la *Flora mexicana* de Mociño y Sessé, el *Diccionario geográfico-histórico de las*

*Indias Occidentales*, de Alcedo, la *Historia antigua de México*, de Clavijero, perduran como obras clásicas. No olvidemos que los hombres que dirigieron doctrinalmente nuestras revoluciones de independencia y la organización de las repúblicas se habían formado en nuestro siglo XVIII, en parte oponiéndose a la educación oficial, pero en parte aprovechándola. Andrés Bello, el hombre de más amplio saber que tuvo en su tiempo la América española, aunque debió mucho a veinte años de Europa, se educó en su nativa Venezuela, en aquella Caracas donde tanta influencia ejercía la Universidad de Santo Domingo, y allí comenzó los trabajos en que con poderosa originalidad había de cimentar sobre nuevas bases el estudio del sistema estructural de nuestro idioma.

Sobre las universidades dominicanas, dije, sabemos muy poco. Y sin embargo su existencia al parecer larvada estaba llena de vitalidad intelectual. Sabemos de sus eminentes hijos Pedro Agustín Morell de Santa Cruz (1684—1768), historiador y predicador, obispo de Cuba, “el obispo” de la larga fama, el que valerosamente afrontó a los invasores ingleses de La Habana en 1762; el Racionero Antonio Sánchez Valverde (1729—1790), orador y escritor, que defendió a su tierra nativa contra el desdén metropolitano; el jurista Vicente Antonio Faura (1750—1797), ilustre por su fracasada defensa de unas víctimas de la falsía política.

Cuando hasta la isla llegan las tempestades de la Revolución Francesa, los hombres sedentarios de la medio olvidada colonia se convierten en hombres activos y apasionados al trasladarse a tierras nuevas. El caso es complejo y de mucha historia. Las tierras del Mar Caribe habían padecido mucho tiempo el persistente ataque de los enemigos de España: poco a poco, Inglaterra, Francia, Holanda, hasta Dinamarca, le roban sus islas y parte de las tierras continentales, hasta el punto de que ahora, entre todas las Antillas, grandes y pequeñas, sólo dos, Cuba y Puerto Rico, y la porción mayor de otra, Hispaniola, pertenecen al dominio de nuestro idioma. En 1586, Drake asalta la ciudad de Santo Domingo, con saqueos, incendios y muertes; en 1591, Newport destruye la Yaguana,

cerca de donde ahora se alza la capital de la República de Haití. Para evitar los daños de la piratería, las autoridades inventan y cumplen el peregrino y funesto plan de despoblar el norte de la isla: con ello se abrió entrada a los usurpadores de tierras. En 1697, España hubo de reconocer la soberanía de Francia sobre la porción occidental de Hispaniola. En 1795, en el tratado de Basilea, que pone fin a la guerra con la República Francesa, España le cede su parte de isla y dispone trasladar a Cuba la Real Audiencia de Santo Domingo, el personal de la administración pública, y hasta los restos de Colón, enterrados en la Catedral dominicana según voluntad testamentaria del Descubridor. El traspaso a Francia no se cumplió en seguida: hubo que esperar a 1801. Entretanto, en la porción de isla originariamente francesa habían ocurrido los levantamientos de esclavos que fueron preludio de la independencia de Haití, proclamada en 1804. Los franceses permanecieron en la antigua porción española cuando los arrojaron de la que había sido francesa; pero de la española los echaron también, en 1808, como consecuencia del alzamiento del 2 de mayo en España. Vuelve Santo Domingo a formar parte del imperio español, hasta que en 1821 José Núñez de Cáceres (1772-1846), hombre de gobierno y de universidad, docto e inquieto, declara la independencia. Al año siguiente, los haitianos invaden el territorio de Santo Domingo y pretenden hacer de toda la isla, a pesar de las diferencias de idioma y de costumbres, una nación sola; pero se les expulsa en 1844, y se funda la República Dominicana, cuyo centenario conmemoramos ahora.

Asistimos entonces a la agonía de la cultura colonial. Durante este medio siglo (1795-1844) de acontecimientos calamitosos, Santo Domingo se despuebla: miles de familias, principalmente las acaudaladas, emigran a Cuba, a Puerto Rico, a Venezuela, hasta a Nueva Granada y a México. A veces, con la esperanza del regreso, cerraban sus casas con su instalación y su mobiliario completos; regresaban, en efecto, y bien pronto nuevos trastornos los obligaban a reexpatriarse. Conventos hubo que quedaron abandonados. La Universidad de Santo Tomás de Aquino se cerró en 1801; restaurada en 1815, bajo la dirección

de José Núñez de Cáceres, durante el breve paréntesis de retorno al poder de España, sobrevivió dos lustros, y al fin se extinguió, por desangramiento, durante la invasión de los haitianos. Poco a poco se fueron arruinando muchos edificios: iglesias, conventos, colegios, palacios, casas particulares, hasta casas de campo. Hacia 1880, la ciudad capital estaba todavía llena de ruinas. *Ruinas*, precisamente, titula una de sus más conocidas composiciones (1876) el poeta que en su tiempo representó los anhelos patrióticos del país (Salomé Ureña de Henríquez):

*Memorias venerandas de otros días,  
soberbios monumentos,  
del pasado esplendor reliquias frías...*

*¡Oh Quisqueya! Las ciencias agrupadas  
te alzaron en sus hombros  
del mundo a las atónitas miradas,  
y hoy nos cuenta tus glorias olvidadas  
la brisa que solloza en tus escombros.*

*Ayer, cuando las artes florecientes  
su imperio aquí fijaron  
y creaciones tuvistes eminentes,  
fuiste pasmo y asombro de las gentes  
y la Atenas moderna te llamaron...*

*Vinieron años de amarguras tantas,  
de tanta servidumbre,  
que hoy esa historia al recordar te espantas...*

*Y las artes entonces, inactivas,  
murieron en tu suelo,  
se abatieron tus cúpulas altivas,  
y las ciencias tendieron, fugitivas,  
a otras regiones, con dolor, su vuelo...*

Fue Cuba el país donde los dominicanos — “su juventud más florida, sus ancianos prominentes” — se refugiaron en mayor número. Su influencia se extendió a toda la vida social. Llevaban consigo sus costumbres señoriales; llevaban obras de arte y bibliotecas; el primer piano de concierto lo llevó el Dr. Bartolomé de Segura, y en su casa dió el músico alemán Carl Rischer las primeras lecciones en aquel instrumento. Refiriendo el caso, el compositor cubano Laureano Fuentes Matons comenta ingenuamente: “las familias dominicanas... como modelos de cultura y civilización nos aventajaban en mucho entonces”. Y Manuel de la Cruz, el estimado crítico literario, dice: “aquellos hijos de la vecina isla de Santo Domingo..., al emigrar a nuestra patria en las postrimerías del siglo XVIII, dieron grandísimo impulso al desarrollo de la cultura, siendo para algunas comarcas, particularmente para el Camagüey y Oriente, verdaderos civilizadores”.

Durante el siglo XVIII había comenzado en Cuba el ímpetu de prosperidad que había de transformarla en uno de los países privilegiados de América, capaz de atravesar largos períodos de guerra y de crisis, si no incólume, a lo menos con inexhausto vigor que le ha permitido siempre el fácil recobro. Con la prosperidad cundía el afán de saber y de progreso. La Sociedad Económica de Amigos del País, organizada en 1793, es la grande impulsora: crea la primera biblioteca pública; años después, en 1831, funda la mejor revista de su tiempo en idioma castellano, la *Bimestre*. Presiden el grupo el filósofo José Agustín Caballero (1762—1835) y Francisco de Arango y Parreño (1765—1837), el jurisconsulto y economista de quien tantos bienes recibió en su tierra. Entrado ya el siglo XIX, otro nuevo grupo, mucho más nutrido, da a la cultura cubana extraordinario empuje: lo encabezan los filósofos Félix Varela (1787—1853) y José de la Luz y Caballero (1800—1862), el naturalista Felipe Poey (1799—1891), el historiador - sociólogo “avant la lettre” — José Antonio Saco (1797-1879), el humanista Domingo Del Monte (1804-1853) y el poeta José María Heredia (1803-1839), el “cantor del Niágara”. De ellos, los dos últimos son hijos de dominicanos emigrantes: Del Monte, nacido en

Venezuela, pero residente en Cuba desde su infancia hasta que el gobierno español, sospechándolo peligroso, lo confina en Madrid, donde ha de morir; Heredia, nacido en Cuba, no alcanza a vivir en ella ocho años y reparte sus andanzas entre Santo Domingo, Venezuela, los Estados Unidos y México. A Domingo del Monte se le llamó siempre dominicano (así, por ejemplo, en la célebre novela de Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés*, la *Amalia* de Cuba): su nacimiento en Venezuela se miró siempre, con clara razón, como cosa accidental; pero su casa opulenta fue el centro de la vida literaria de Cuba: allí se repartían gloria y consejo. Fue uno de los sostenes de la egregia *Revista Bimestre*. Y de él se ha dicho, además, que “inaugura el arte de la prosa en Cuba”. La poesía de Heredia, expatriado perpetuo, será la voz de protesta de la patria cubana, atada todavía al poder de España cuando sus hermanas se habían hecho libres. La cultura en Cuba, durante cien años, será siempre cultura en rebeldía.

La contribución dominicana había comenzado mucho antes, desde luego, y de modo directo, con la presencia de emigrados que en su mayor parte habían sido alumnos de la Universidad de Santo Tomás de Aquino y se habían doctorado en ella: Leonardo Del Monte y Medrano, el padre de Domingo, teniente de gobernador en La Habana desde 1811 hasta su muerte en 1820; José Francisco Heredia y Mieses (1776-1820), el padre de José María, escritor severo y juez probo, cuya vida es toda honestidad, bondad y dolor (“bajo cada dolor, una virtud”); José Antonio Bernal (1775-1853), propagador de la vacuna en compañía del insigne Romain; Juan de Mata Tejada (1790-1835), que además de abogado fue pintor e introductor de la litografía; el magistrado Gaspar de Arredondo y Pichardo (1773-1859); fray José Félix Ravelo, rector de la Universidad habanera (1817); Antonio Del Monte y Tejada (1783-1861), historiador de prosa magistral; los abogados Lucas de Ariza (m. 1856) y Sebastián Pichardo...

En la época de José María Heredia y de Domingo Del Monte hay otro grupo de dominicanos nativos que interviene en la vida intelectual de Cuba: entre ellos, los poetas Francisco Muñoz Del Monte (1800-c.1865) y Manuel Garay Heredia; el

matemático Manuel Fernández de Castro; el dramaturgo Francisco Javier Foxá (1816-c.1865), que inicia el teatro romántico en América al mismo tiempo que aparece en España; el geógrafo y lexicógrafo Esteban Pichardo (1799-c.1880), cuyo *Diccionario provincial* (1836) es el más antiguo y el de más sabor entre los vocabularios de regionalismos en América; el naturalista Manuel de Monteverde (1793-1871), a quien Varona llamaba “hombre de estupendo talento y saber enciclopédico” (dejó, entre otros pocos escritos, unas deliciosas cartas sobre el cultivo de las flores). De este grupo, dos hermanos, los Angulo Guridi, regresaron a Santo Domingo, establecida ya la República: el mayor, Javier (1816-1884), arraigó allí de nuevo y escribió teatro, novela y poesía, con temas ya indígenas, ya coloniales. Al llegar, en 1853, escribió en el barco una extensa composición *A la vista de Santo Domingo*, de la cual se hicieron célebres en el país cuatro versos halagadores y consoladores para la antigua “Atenas del Nuevo Mundo”:

*¡Quién te dijera, Grecia, que algún día  
modesta virgen de la indiana zona  
su delicada frente adornaría  
con el mismo laurel de tu corona!*

Alejandro (1818-1906), el otro hermano, nunca se fijó suelo; erró por todos los países de América; cuando lo conocí, de paso en Cuba, tenía ochenta y seis años, y recorría el tradicional Paseo del Prado como los jóvenes, sin sombra de fatiga; dos años después murió en Nicaragua. En Chile publicó su libro más valioso, de estudios constitucionales.

Después, los descendientes de familias dominicanas pululan en la escena intelectual de Cuba. Recordaré solamente a los Del Monte, y a los Pichardo.

José Núñez de Cáceres, el autor de la primera y efímera independencia de la que después se llamó República Dominicana, jurista y escritor, vivió algún tiempo en Cuba, donde ejerció influencia intelectual; tras la invasión haitiana que aniquiló su obra, buscó refugio en Venezuela (1823); pero su



acritud en la polémica política le valió la expulsión; se trasladó a México, y allí, tal vez morigerado por la experiencia, pudo merecer el título de benemérito del Estado de Tamaulipas que le otorgó la legislatura local. Uno de sus hijos, Pedro, nacido en Cuba (1802), fue senador en México; uno de sus nietos, José María, poeta académico en Venezuela.

En ningún país hicieron tanta variedad de labor intelectual como en Cuba los emigrantes y sus descendientes: sólo recordaré que de familias dominicanas proceden, en parte unos, totalmente otros, Rafael María Baralt y Aristides Rojas en Venezuela, Lola Rodríguez de Tió y Eugenio María Hostos en Puerto Rico.

\*\*\*

El tiempo me obliga a presentar en forma breve la historia del segundo momento de la historia cultural de Santo Domingo, el período de reconstrucción que abarca de 1873 a 1903.

Al nacer la República Dominicana, tras tanto desastre y tantas angustias, el país estaba exhausto. Las instituciones de enseñanza superior habían desaparecido. La cultura se refugiaba en las residencias particulares: así, Juan Pablo Duarte (1813-1876), el fundador de la Trinitaria (1838), la sociedad en cuyo seno se gestó la nueva independencia, daba a sus amigos lecciones de matemáticas; el sacerdote limeño Gaspar Hernández enseñaba filosofía y ciencias, hasta cuatro horas diarias. Organizada la República, no faltaron calamidades nuevas, tanto en las luchas internas como en la guerra siempre renovada contra el antiguo invasor, nunca resignado a sus derrotas; así y todo, hubo atención para la cultura, se crearon asociaciones literarias, revistas, bibliotecas, teatros; en 1852 se restauró la enseñanza universitaria — humanidades, matemáticas, derecho y medicina — fundándose la institución que asumió el modesto nombre de Colegio de San Buenaventura; al reorganizarse en 1866 se le llamará Instituto Profesional; en 1914 se decidirá al fin llamarla Universidad. Esta instrucción superior se mantiene de restos de la antigua. La

gente culta tenía hábitos señoriales, en su porte y en sus maneras, en su lenguaje y en su hábito de las reminiscencias clásicas, latinas o castellanas; su reposo era colonial todavía.

La aspiración a la novedad sólo se hace visible hacia 1873. El cambio de gobierno ocurrido entonces se interpretó en todo el país como una transformación política esencial. No lo fue, en apariencia, porque los trastornos civiles no desaparecieron; pero la opinión popular tenía razón: habían comenzado tiempos nuevos. El pueblo arrojó al mar los grillos de las cárceles. “Ya no hay vencidos ni vencedores”, exclamaba el poeta desterrado, José Joaquín Pérez (1845–1900), al regresar. La idea de paz se abría camino; aunque no pudo afianzarse de modo inmediato, persistió como deseo. Y con la idea de paz, la idea de progreso, el gran mito del siglo XVIII y del XIX. En los versos de otro poeta, la cantora de *Ruinas*, toman cuerpo estas dos ideas. Su prédica, durante ocho años, abre hondo surco en las conciencias:

*¡Fue un contagio sublime! Muchedumbre  
de almas adolescentes la seguía  
al viaje inaccesible de la cumbre  
que su palabra ardiente prometía.*

Esos eran los deseos. ¿Y la acción? En la acción, las dos islas vecinas, Cuba y Puerto Rico, nos pagaron la deuda del bien que nos debían. Los cubanos emigraron de su isla natal durante la guerra de los Diez Años (1868-1878) llevaron a Santo Domingo industrias nuevas, y entre ellas la primera gran industria, la del azúcar: dudoso beneficio, hoy lo sabemos, porque sólo aspira a mantenerse pagando salarios de hambre, pero beneficio que en aquellos tiempos nadie discutía. Cubanos y puertorriqueños fundaron periódicos, disertaron, enseñaron. El portador de la ciencia nueva fue uno de los puertorriqueños, el gran patriota emigrado Román Baldorioty de Castro (1822–1889): en 1875 dirigió la Escuela de Náutica y además enseñó particularmente a jóvenes y a adultos ansioso de acercarse a las nuevas fuentes de saber. Sus principales adeptos

fueron los miembros de la Sociedad “Amigos del País”. Ido Baldorioty, otro puertorriqueño, Eugenio María Hostos (1839-1903), fuerte y original en todo, como pensador y como escritor, recoge su magisterio y va más lejos: se encarga de fundar y dirigir la primera Escuela Normal (1880), a la vez que de enseñanza universitaria en el Instituto Profesional. Su obra de educador ha sido descrita muchas veces: aquí mismo lo hizo, no muchos años atrás, mi distinguido compatriota Tulio Manuel Cestero. La transformación de la vida intelectual del país fue total. Coincidió con el floreciente despertar de las energías mentales que se revelaba entonces en la literatura. Difundir la instrucción, fundarla sobre bases de certidumbre racional: esas fueron las miras de Hostos, y realizó gran parte de ellas. En 1903, cuando muere en Santo Domingo, en momentos trágicos para el país, dejaba los surcos llenos de simientes que habían de germinar con lozana profusión.

LAS CORRIENTES LITERARIAS  
en la  
AMERICA HISPANICA

Traducción del inglés de Joaquín Díez – Canedo

INTRODUCCION



ESTE libro reúne las conferencias de la cátedra Charles Eliot Norton del año académico 1940-1941, que di, por invitación de la Universidad de Harvard, en el Fogg Museum of Art, las noches del seis, trece y veinte de noviembre, del once de diciembre, del once, dieciocho y veinticinco de febrero y del cuatro de marzo. Dos años y medio me ha llevado la tarea de volver a redactar el texto primitivo, ampliarlo y ajustar las notas.

Mi primera intención fue limitarme en estas conferencias a la literatura de la América hispánica (nombre que me parece más satisfactorio que el de "América latina"); más tarde decidí no excluir las artes, con objeto de reforzar mejor el sentido de la unidad de cultura en los países que, en este hemisferio, pertenecen a la tradición hispánica. Con todo, no he hecho sino aventurar alguna que otra observación en materia de arte, ya que no es ésta la especialidad que cultivo; un conocimiento a fondo de todas las obras importantes hubiera requerido, sobre una adecuada preparación técnica, una visita personal a todos los países de la América hispánica —y, hasta el momento, conozco poco más de la mitad de nuestras veinte entidades

políticas, inclusive Puerto Rico, que, en el campo de la lengua y de la cultura, se conserva dentro de la tradición hispánica. El resumen que hago de los movimientos artísticos debe tomarse, pues, sólo como complemento del cuadro que trazo de la literatura. Por fortuna, la excelente colección de fotografías del Fogg Museum me permitió mostrar al público que siguió mis conferencias buen número de ejemplos característicos de arquitectura y pintura, mucho más elocuentes, estoy seguro, que mis propias palabras.

Como el tema de mis conferencias no era familiar a la mayoría del auditorio a quien se dirigían, hube de completar mi exposición con multitud de datos meramente informativos, que, de otro modo, podría haber omitido. He procurado aquí pasar todo esto al cuerpo de las notas; tanto en ellas como en la bibliografía general que cierra el volumen el lector hallará muchas referencias que le permitirán ahondar más en el tema, si así lo desea.

Las páginas que siguen no tienen la pretensión de ser una historia completa de la literatura hispanoamericana. Mi propósito ha sido seguir las corrientes relacionadas con la "busca de nuestra expresión". En realidad, las conferencias se anunciaron precisamente con ese título, que luego decidí cambiar por el de "Corrientes literarias". Los nombres de poetas y escritores citados los escogí como ejemplos de esas corrientes, pero no son, en rigor, los únicos que podrían representarlas. Ello explicará muchas omisiones, especialmente en nuestro siglo: los movimientos literarios han llegado a ser tan amplios que el solo intento de mencionar la mayoría de los nombres significativos de la actualidad convertiría estas páginas en listas interminables y llevaría la confusión al lector. Debo advertir que ninguna omisión responde a un propósito crítico.

P. H. U.

## EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO EN LA IMAGINACION DE EUROPA



EN una de las cartas que escribió hacia el fin de su vida, Charles Eliot Norton felicitaba a su amigo Horace Howard Furness, el gran erudito shakesperiano, por el viaje que iba a emprender a través de las "traicioneras aguas australes" del Atlántico. Ya octogenario, seguía conservando aquella curiosidad infatigable que le había hecho recorrer tantos campos del esfuerzo humano, y que ahora avivaba en él el deseo de visitar los mares y las tierras saqueadas un día por piratas y bucaneros, ansioso, como dice Frampton refiriéndose a los humanistas europeos del siglo XVI, de "alegres nuevas del mundo recién hallado". "Me gustaría ir con usted —agrega— y surcar ese mar español que fue antaño escenario de aventureros".

Quizá no sea inoportuno que ahora, en el curso de estas conferencias instituidas para honrar su memoria, emprendamos el viaje por esas tierras y esos mares para descubrir lo que el esfuerzo humano ha hecho allí, en el ámbito más grato al corazón de Norton, el de las letras y las artes, y mostrar cuál puede ser todavía su interés para una curiosidad humanista.

En una época de duda y esperanza, cuando la independencia política aún no se había logrado por completo, los pueblos de la América hispánica se declararon

intelectualmente mayores de edad, volvieron los ojos a su propia vida y se lanzaron en busca de su propia expresión. Nuestra poesía, nuestra literatura, habían de reflejar con voz auténtica nuestra propia personalidad. Europa era vieja; aquí había una vida nueva, un nuevo mundo para la libertad, para la iniciativa y la canción. Tales eran la intención y el significado de la gran oda, la primera de las *Silvas americanas*, que Andrés Bello publicó en 1823. Bello no era un improvisador, un advenedizo del romanticismo; era un sabio, un gran gramático, traductor de Horacio y de Plauto, explorador adelantado en las selvas todavía vírgenes de la literatura medieval. Su programa de independencia nació de una meditación cuidadosa y un trabajo asiduo. Desde entonces nuestros poetas y escritores han seguido en la búsqueda, acompañados, en años recientes, por músicos, arquitectos y pintores. En las páginas que siguen hemos de ver cómo se ha cumplido este deber, y hasta qué punto se han colmado esas esperanzas.

Siglos antes de que esta busca de la expresión llegase a ser un esfuerzo consciente de los hombres nacidos en la América hispánica, Colón había hecho el primer intento de interpretar con palabras el nuevo mundo por él descubierto. Como navegante, lo abrió a exploradores y conquistadores; como escritor, lo descubrió para la imaginación de Europa, o, para decirlo con palabras del Dr. Johnson, “dió un mundo nuevo a la curiosidad europea”. De él proceden dos ideas que pronto llegaron a ser lugares comunes: América como tierra de la abundancia, y el indio como “noble salvaje”. Con lenguaje espontáneo y pintoresco, describe en su *Carta sobre el descubrimiento* (1493) las islas del Archipiélago Caribe como un paraíso de abundancia y de eterna primavera:

*Esta isla (Española) y todas las otras son fertilísimas en demasiado grado, y ésta en extremo. En ella hay muchos puertos en la costa de la mar y hartos ríos y buenos y grandes que es maravilla. Las tierras de ellas son altas y en ellas hay muchas sierras y montañas altísimas... Todas son hermosísimas, de mil hechuras y todas andables y llenas de*

*árboles de mil maneras y altas, y parecen que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja según lo que puedo comprender, que los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España. De ellos están floridos, de ellos con frutos y de ellos en otro término según es su calidad: y cantaba el ruiseñor y otros pájaros de mil maneras en el mes de noviembre por allí donde yo andaba. Hay palmas de seis o de ocho maneras que es admiración verlas por la disformidad hermosa de ellas, más así como los otros árboles y frutos y hierbas. En ella (la isla) hay pinares a maravilla, y hay campiñas grandísimas, y hay miel y muchas maneras de aves y frutas muy diversas... La Española es maravilla; las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares... Esta es para desear y vista es para nunca dejar.*

En su *Diario* de viaje del descubrimiento —o lo que queda de él en los extractos hechos por el padre Las Casas— Colón se muestra en continuo arrobamiento ante el paisaje del Nuevo Mundo. La descripción de la primera isla, Guanahani, sorprende por su concisión, quizá porque Las Casas la abrevió: “Puestos en tierra (los marineros) vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras”. Al día siguiente (13 de octubre), Colón describe más extensamente la isla, y por fortuna conservamos sus propias palabras, sin recorte alguno: “Esta isla es bien grande y muy llana, y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla”. Luego, cuatro días más tarde, la pequeña isla Fernandina:

*es isla muy verde y fertilísima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas; y vide muchos árboles muy disformes de los nuestros, y de ellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una*



*manera y otro de otra, y tan disforme, que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la adversidad de una manera a la otra, verbigracia, un ramo tenía las hojas a manera de cañas y otros de manera de lentisco; y así en un solo árbol de cinco o seis de estas maneras; y todos tan diversos; ni estos son enjeridos, porque se pueda decir que el enjerto lo hace, antes son por los montes, ni cura de ellos esta gente.*

En esta afirmación, Colón se dejó engañar por el gran número de plantas parásitas que puede padecer un árbol tropical. Añade después: “Aquí son los peces tan disformes de los nuestros, que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mil maneras; y las colores son tan finas, que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos”. Una y otra vez reaparece el tono hiperbólico, como por ejemplo (19 de octubre): “vide este cabo de allá tan verde y tan hermoso, así como todas las otras cosas y tierras de estas islas, que yo no sé adónde me vaya primero, ni me sé cansar los ojos de ver tan hermosas verduras y tan diversas yerbas... Y llegando yo aquí a este cabo vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo”. O, más adelante (21 de octubre): “el cantar de los pajaritos es tal que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos oscurecen el sol”. Luego, hablando de Cuba (28 de octubre), dice que “es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto”. Y de la Española (11 de diciembre), que es “la más hermosa cosa del mundo”.

Colón describe a los isleños de las Bahamas y de las Grandes Antillas como seres sencillos, felices y virtuosos. En su *Carta del descubrimiento* dice: “la gente de estas islas andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren”. Esta desnudez fue una de las cosas que más le sorprendieron, como a todos los exploradores que llegaron tras él, acostumbrados a una Europa vestida con exceso. Añade luego:

*No tienen hierro ni acero ni armas ni son para ello. No porque no sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temerosos a maravilla... Son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creerá sino el que lo viese. Ellos de cosas que tengan pidiéndoselas jamás dicen que no; antes convidan a la persona con ello y muestran tanto amor que darían los corazones... No conocían ninguna secta ni idolatría, salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo; y creían muy firme que yo con estos navíos y gente venía del cielo y en tal acatamiento me reciben en todo cabo después de haber perdido el miedo. Y esto no procede porque sean ignorantes, salvo de muy sutil ingenio y hombres que navegan todas aquellas mares que es maravilla la buena cuenta que ellos dan de todo, salvo porque nunca vieron gente vestida ni semejantes navíos.*

Y en el *Diario del descubrimiento* (11 de octubre): “son muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos, y muy buenas caras.. No traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia”. Luego (13 de octubre): “gente muy hermosa: los cabellos no crespos, salvo corredíos y gruesos como sedas de caballo... y los ojos muy hermosos y no pequeños, y de ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios (los antiguos guanches)... las piernas muy derechas... y no barriga, salvo muy bien hecha”. Y más adelante (16 de octubre): “No les conozco secta ninguna, y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender”. Y en su *Diario*, imaginando ya cómo habría de referir su descubrimiento a los soberanos (25 de diciembre), escribió: “Certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen un habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa”.

No todos los indios eran, en verdad, “nobles salvajes” como los taínos que encontró en las Antillas. Por ellos supo de sus enemigos, las feroces tribus de las pequeñas islas del Sur, de

quienes se decía que comían carne humana. El nombre de esas tribus guerreras —caribes, o canibes, o caníbales— llegó a convertirse, andando el tiempo, en un símbolo de espanto.

Toda Europa leyó la carta de Colón sobre el descubrimiento. En 1493, inmediatamente después de su publicación en castellano, fue traducida al latín por el catalán Leandro de Cosco y tuvo por lo menos ocho ediciones, amén de una paráfrasis en verso italiano hecha por el teólogo florentino Giuliano Dati.

La imaginación de los europeos halló en estas descripciones, entre tantas nuevas extrañas, la confirmación de fábulas y sueños inmemoriales, *la merveille unie à vérité*”, según la bella expresión arcaica de Mellin de Saint-Gelais. El mismo Colón había visitado nuestras islas tropicales con la imaginación llena de reminiscencias platónicas y en sus viajes recordaba una y otra vez cuanto había oído o leído de tierras y hombres reales o imaginarios: leyendas y fantasías bíblicas, clásicas o medievales, y particularmente las maravillas narradas por Plinio y Marco Polo. Toma a los manatíes, en el mar, por sirenas, aun cuando no le parecen “tan hermosas como las pintan”. Imagina que los indios le cuentan de amazonas, cíclopes u hombres con cara de perro, hombres con cola, hombres sin cabellos. (2) Hasta el canto de un pájaro tropical se convierte, para él, en el canto del ruiseñor.

Mucho se ha elogiado a Colón por sus descripciones de la naturaleza en los trópicos. Todo un maestro en ese mismo arte, Alexander von Humboldt, encuentra en ellas “belleza y simplicidad de expresión”, y un “hondo sentimiento de la naturaleza”. Menéndez y Pelayo les atribuye la “espontánea elocuencia de un alma inculta a quien grandes cosas dictan grandes palabras”. Pero Cesare de Lollis, en su edición crítica del texto de Colón, las juzga monótonas y superficiales; según él, Colón, por un entusiasmo forzado, trata de probar la importancia de su descubrimiento. Hay, sin duda, una nota de exceso en los escritos de Colón, pero es congénita en él. También es cierto que en sus cartas a los soberanos y a sus protectores Santángel y Sánchez —cartas que, prácticamente, no

son más que una— no menciona para nada las características desagradables de las islas; en su *Diario* habla aquí y allá del incómodo calor que sufrió en las Bahamas, pero en sus cartas no se refiere a ello. Y su lenguaje peca en ocasiones de monótono, con repeticiones de fórmulas hiperbólicas, porque no era hombre de letras y no disponía de un gran caudal de palabras; pero consigue efectos deliciosos con su escaso vocabulario, como cuando habla de árboles que “dejaban de ser verdes y se tornaban negros de tanta verdura”, o de “el canto de los grillos a lo largo de la noche”, o de la sonrisa que acompaña el habla de los isleños, o cuando dice simplemente “cantaba el ruiseñor”. Igualmente, sus descripciones podrán parecer artificiales, pero sólo porque las hace siguiendo la moda literaria de su época, a la que prestaba obediencia, aun cuando no era gran lector. Todo paisaje, para ser perfecto, tenía que ser un jardín de eterna primavera. El Paraíso mismo no se había concebido de otra manera durante muchos siglos. Y la verdad es que las islas del Caribe son verdes y están llenas de flores, frutos y pájaros que cantan durante todo el año, aun mientras en Europa es invierno.(3)

Como sus descripciones se ajustaban al ideal de belleza natural entonces al uso, impresionaron vivamente la imaginación europea. Más tarde se vieron confirmadas y ampliadas por muchos cronistas. El Nuevo Mundo, o al menos su zona tropical, ha conservado en la imaginación de la mayoría de los hombres los rasgos esenciales que aparecen en la famosa carta de 1493: una riqueza y una fertilidad sin límite, y esa primavera eterna de los trópicos que experiencias más prosaicas han venido a cambiar en un verano perenne y no muy grato. Después de Colón se descubrieron y exploraron muchas otras regiones; los hombres vieron que en América había también desiertos, maniguas, praderas sin árboles, cordilleras formidables, dos zonas con rotación de estaciones y hasta una región polar. Pero el cambio, en la concepción popular, ha sido muy lento. En la actualidad, se considera que Norteamérica es, en términos generales, parecida a Europa, en cuanto al clima; el resto, los vastos y abigarrados territorios de Centro y

Sudamérica, suele concebirse vagamente como un revoltillo de tierras más o menos tórridas, por más que la altura o la latitud hagan que una porción considerable de ellas sea templada. Buena parte de la sociología popular descansa sobre esta falsa concepción geográfica.

El retrato que hace Colón de los taínos como nobles salvajes es en parte una figura poética, compuesta bajo la influencia de una tradición literaria y con el deseo de realzar el valor del descubrimiento. Pero es el caso que el retrato se les parecía mucho. No tuvo igual fortuna que sus descripciones del paisaje; pero llevaba dentro la semilla del complejo problema del "hombre natural" que ocupó el pensamiento europeo durante trescientos años. En él encontramos hasta una preferencia por los nativos de América, basada en su belleza física, en contraposición a los nativos de Africa Central, preferencia que se repite en muchas vindicaciones de los indios y que sigue siendo bastante común, a pesar del elocuente elogio de la belleza negra hecho por el Conde de Keyserling.

Tras el efímero revuelo que levantaran las noticias comunicadas en la carta de Colón, vino un período de calma. Durante algún tiempo se pensó que el Descubrimiento había sido un fracaso. Grandes esperanzas habían acompañado a Colón en su segundo viaje (1493), en el que vino a la Española con diecisiete barcos y mil quinientos hombres de diverso estado y oficio. Pero estallaron las disensiones, y era poco el oro que había. El resto, lo sabemos. En España, según Fernando Colón, se apellidó al descubridor "el Almirante de los Mosquitos, que ha hallado tierras de vanidad y engaño, para sepulcro y ruina de los hidalgos castellanos". Pasaron quince años, y los españoles no habían colonizado más que la Española.

Sin embargo, las exploraciones siguieron llevándose a cabo, aunque sin plan ni método. Y de pronto el relato de los viajes de Américo Vespucio, cuando salió "para ver una porción del mundo y sus maravillas", volvió a despertar el interés de los lectores europeos. Sus descripciones del Brasil parecen como variaciones sobre los temas de Colón, aunque a menudo contienen palabras de censura para los indios:

*Andan todos completamente desnudos, tanto los hombres como las mujeres... Son de mediana estatura y muy bien proporcionados. Su carne es de un color que tiende al rojo, como melena de león, pero creo que si anduvieran vestidos serían blancos como nosotros. No tienen en el cuerpo nada de vello, salvo el pelo de las cabelleras, largas y negras, especialmente en las mujeres a las cuales hermocean... Son muy ligeros en sus personas al andar y al correr, tanto los hombres como las mujeres... Nadan de una manera increíble, las mujeres mejor que los hombres... Sus armas son arcos y flechas... No acostumbran tener capitán alguno, ni andan en orden, pues cada uno es señor de sí mismo... No usan justicia ninguna, ni castigan al malhechor, ni el padre o la madre castigan a los hijos; y... no vimos jamás haber pleitos entre ellos... Son gente limpia y aseada en sus cuerpos por la mucha frecuencia con que se lavan... No supimos que tuvieran ley alguna... Juzgo que llevan una vida epicúrea (enérgica condenación por aquel entonces)... No usan comercio ni compran ni venden... Se contentan con lo que les da la naturaleza. Las riquezas que en esta nuestra Europa usamos... no las estiman... Son liberales en el dar y sólo por rareza os niegan algo... Comen poca carne, excepto la carne humana... Comen a todos sus enemigos que matan o hacen prisioneros...*

*¿Qué diremos de los pájaros que son tantos y de tan variados colores en sus plumas de tal manera que maravilla el verlos? La tierra es muy amena y fructífera, llena de grandes selvas y bosques y siempre está verde y no se pierden las hojas. Las frutas son tantas que son incontables y muy diferentes de las nuestras. (4)*

Vespucio habla también de cielos nuevos y nuevas estrellas. “Ya (en su tercera navegación) no veíamos la Osa Menor, y aun la Mayor la veíamos muy baja, y casi al remate del horizonte... Entonces nos dirigimos por las estrellas del otro polo, el del Sur, que son muchas más, mucho mayores y más brillantes que las del nuestro; por eso dibujé las figuras de muchísimas de ellas”.

Ya Colón había dicho, en su patética carta a Doña Juana de la Torre (c. 1500): “Hice un nuevo viaje hacia el cielo y el mundo nuevos, desconocidos hasta entonces”. El cielo y las estrellas nuevas, que no habían sido más que un dato científico en los tratados astronómicos desde Aristóteles hasta Alfonso el Sabio, convirtiéronse en tópico literario en el siglo XVI. Reaparecen en las *Décadas De Orbe Novo* de Pedro Mártir de Anghiera, en el *Itinerarium* del humanista italiano Alessandro Geraldini, primer obispo de Santo Domingo y probablemente el primero que escribió verso y prosa latinos en América (“*alia sub alio caelo sidera*”); en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo (“estrellas no vistas sino por acá”); en el poema de Girolamo Fracastoro *Morbus gallicuss* (“*diversum caelo, et clarum maioribus astris*”), en la Epístola sobre Colón de Etienne de la Boétie *Ad Belotium et Montanum* (“*alio fulgentia sidera caelo*”); en el soneto de Mellin de Saint-Gelais en alabanza de los *Voyages aventureux* de Jean Alphonse de Saintonge (“*et autre ciel s’y voit d’autre nature*”); en los *Lusiadas* de Camoens (“*lá no novo hemispherio nova estrella*”); en la *Araucana* de Ercilla (“climas pasé, mudé constelaciones”); en las *Elegías de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos (“otras estrellas ve nuestro estandarte / y nuevo cielo ve nuestra bandera”). Durante el siglo XVII sobreviven cuando menos en Bernardo de Valbuena, que los menciona en varias ocasiones. (5)

A partir de Vespucio, Europa no dejó ya de mirar hacia Occidente. La información fluía de muchas fuentes. La más rica de todas fue *De Orbe Novo* de Pedro Mártir. Hombre genial, a su manera, humanista con vocación de periodista, Pedro Mártir (1457–1526) ofreció a sus lectores un espectáculo pleno y brillante, como los frescos de Benozzo, con reyes exóticos, con oro, pájaros y árboles exóticos. Sus descripciones generales de la naturaleza son pocas pero grandiosas:

*Refieren los españoles que aquella tierra es la más fértil de cuantas las estrellas rodean. (6)*

*Plantan toda clase de vegetales... A los diez y seis días de*

*haberlos sembrado los han cogido en regular sazón; los melones, calabazas, cohombros y cosas así los cogieron a los treinta y seis días y decían que jamás los habían comido mejores. Estas hortalizas las tienen frescas todo el año... Algunos de los árboles estaban en flor y desde el mar se percibían sus suaves olores; otros se veían cargados de frutas. (7)*

*Tiene, pues, esta dichosa isla (Española) perpetua primavera y perpetuo otoño. Allí todo el año tienen hojas los árboles y están verdes los prados; todas las cosas prosperan allí admirablemente... ¿Qué mayor felicidad que pasar la vida donde no se vea uno obligado a encerrarse en estrechas habitaciones, con horroroso frío o angustioso calor, ni tenga uno que cargar el cuerpo en invierno con pesados vestidos o estar quemándose las espinillas continuamente al fuego (sin duda una costumbre de Pedro Mártir, dado lo mucho que escribía), que son cosas que envejecen a los hombres rápidamente y quebrantan las fuerzas y traen consigo mil clases de enfermedades? Dicen, además, que es saludable el aire y saludables las aguas de los ríos, como que corren siempre sobre oro. (8)*

Consagra muchas páginas a las descripciones de la fauna y la flora, y muchas más a los habitantes. Habla con horror de las costumbres de los “odiosos caníbales”, esos “lobos rapaces”, pero elogia a los plácidos taínos:

*Me parece que nuestros isleños de la Española son más felices que lo fueron los latinos... porque viviendo en la edad de oro, desnudos, sin pesos ni medidas, sin esa fuente de toda desventura, el dinero (¿reminiscencia de San Pablo, “el amor del dinero es la raíz de todo mal”? ), sin leyes, sin jueces calumniosos, sin libros, contentándose con la naturaleza, viven sin solicitud ninguna acerca del porvenir. Sin embargo, también les atormenta la ambición del mando y se arruinan mutuamente con guerras. (9)*



*Tienen ellos por cierto (en Cuba) que la tierra, como el sol y el agua, es común y que no debe haber entre ellos meum y tuum, semillas de todos los males, pues se contentan con poco... Para ellos es la edad de oro. No cierran sus heredades ni con foso, ni con paredes, ni con setos; viven en huertos abiertos, sin leyes, sin libros, sin jueces; de su natural veneran al que es recto; tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria a cualquiera. (10)*

Parece probable que este cuadro arcádico llamara la atención sólo de una minoría humanista. El europeo común, como tantos exploradores de espíritu sencillo que vieron a los indios y escribieron sobre ellos, concebíalos como poco mejores que los animales salvajes, inofensivos o peligrosos, según el caso. En América, los colonizadores españoles y portugueses no tardaron en acostumbrarse a ellos, tratándolos ya como amigos, ya como enemigos, pero siempre como vecinos; hiciéronse parte normal dentro de la comunidad de las colonias. Pero para los pensadores y escritores de Europa planteaban un problema por demás interesante, relacionado con una de las grandes cuestiones que debatía el espíritu del Renacimiento, el secular contraste entre naturaleza y cultura. Quedaba otro problema de raíz más honda todavía, el concepto mismo de la naturaleza, heredado de la Antigüedad y planteado en nuevos términos. ¿Era el hombre bueno por naturaleza? ¿Era el indio el "hombre natural"? ¿Vivía en estado de inocencia? ¿Era la suya una vida feliz? ¿Gozaba acaso de privilegios mayores que los dudosos de la civilización europea? ¿Podían considerarse los peores hábitos de los caníbales más criminales que las prácticas de los cristianos, que no se comían a sus semejantes, pero sí los torturaban, mutilaban y quemaban en la hoguera?

Cuando Tomás Moro buscó un rincón apartado y seguro de la tierra donde poder levantar su *Utopía* (1516), escogió deliberadamente una isla incierta, visitada por un compañero imaginario de Vespucio. El ideal utópico, una de las grandes invenciones del genio griego, una de las más bellas flores de la cultura mediterránea, no podía dejar de tener un nuevo brote en

el Renacimiento; fue “descubierto nuevamente, junto con el Nuevo Mundo”. (11) Maquiavelo describe la Europa política tal cual es; Moro, que no la encontraba de su gusto, concibe una perfecta *politeia* y la sitúa en tierras nuevas, no corrompidas todavía. Siguiendo su ejemplo, Campanella levanta su *Ciudad del Sol* (1623) en otro país incierto situado al sur del Ecuador, pero le da algunos rasgos que toma, probablemente, de la civilización azteca o de la incaica. Bacon lleva su *Nueva Atlántida* más lejos todavía de la realidad, pero es significativo el que sus habitantes hablen español.

Mientras que en Europa se formulaban todas estas preguntas teóricas, españoles y portugueses enfrentábanse en América al problema práctico del trato de los indios. Para los conquistadores, la cosa era bien clara: debía someterse a la población nativa y hacerla trabajar para sus nuevos señores. En los primeros años de la conquista, se clasificó a los indios en dos grupos: los caribes, que ofrecieron resistencia y lucharon contra los europeos, y los guatíaos, que los recibieron con amistad. Y, sin embargo, fue tan duro y despiadado el trato que muchos conquistadores dieron a los guatíaos, en las islas, que hombres y mujeres murieron a millares. Algunos se rebelaron, pero no consiguieron mantener su independencia; finalmente la revuelta de Enriquillo (1519-1533), un taíno bautizado de la Española que leía y escribía español y conocía el uso de las armas europeas, logró salvar a algunos miles, que fueron declarados libres de todo dueño por decreto de Carlos V.

Ya en 1510, los hermanos de la Orden de Santo Domingo, a su arribo a la Española, habían visto con irritado asombro la conducta de los colonos privilegiados, los encomenderos, a quienes estaban confiados los indios jurídicamente como pupilos, pero prácticamente como siervos. Después de meditar y orar largamente, los frailes decidieron cuál había de ser su conducta. El acontecimiento es uno de los más grandes en la historia espiritual de la humanidad. Los predicadores devolvieron al cristianismo su antiguo papel de religión de los oprimidos. Fray Pedro de Córdoba (1482-1521), vicario de la Orden, dio instrucciones a Fray Antón de Montesinos, su mejor

orador, sobre el sermón que debía predicar el cuarto domingo de Adviento. Montesinos tomó como texto las palabras del Evangelio “La voz del que clama en el desierto”. “Hecha su introducción”, dice Las Casas,

*comenzó a encarecer la esterilidad del desierto de las conciencias de los españoles de esta isla y la ceguedad en que vivían, con cuánto peligro andaban de su condenación, no advirtiendo los pecados gravísimos en que con tanta insensibilidad estaban continuamente zambullidos... “He subido aquí, yo que soy voz de Cristo en el desierto de esta isla, y por tanto conviene que con atención no cualquiera, sino con todo vuestro corazón y con todos vuestros sentidos la oigáis; la cual voz os será la más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura... que jamás no pensasteis oír”. Esta voz encareció por buen rato con palabras muy pungitivas y terribles que les hacía estremecer las carnes.... “Esta voz es que todos estáis en pecado mortal, y en él vivís y morís por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes, que estaban en sus casas y tierras, mansas y pacíficas? ... ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y, por mejor decir, los matáis por sacar y adquirir oro cada día? Y ¿qué cuidado tenéis de quien los doctrine? ... Estos ¿no son hombres? ¿No tienen almas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ... Tened por cierto que en el estado en que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo...”* Los dejó atónitos, a muchos como fuera de sentido, a otros más empedernidos y algunos algo compungidos, pero a ninguno... convertido.

Después de una agitada comida dominical, los

encomenderos congregáronse ante la residencia de Diego Colón, Virrey de las Indias, y requirieron de él que solicitase la desautorización de la Orden Dominicana. Llegáronse luego todos juntos hasta el pobre edificio de madera del monasterio y sostuvieron una larga conferencia con los frailes, pero la única promesa que obtuvieron del firme y discreto Fray Pedro de Córdoba fue la de que Montesinos volvería a predicar el domingo siguiente, que se ocuparía de los mismos asuntos, y que trataría de satisfacerlos, si ello era posible. No hay necesidad de describir con detalle lo que dijo. Puede imaginarse fácilmente, sabiendo que tomó como texto para su sermón aquel pasaje de libro de Job que comienza: "Repetiré mi saber desde el principio... Porque en verdad que mis palabras carecen de mentira". (12).

Había comenzado un nuevo tipo de cruzada. El espíritu de caridad trataba de dominar la violencia rapaz de la voluntad de poderío. Quizá por vez primera en la historia, los hombres de una poderosa nación conquistadora se ponían a discutir los derechos de conquista. Grandes principios éticos y políticos, el derecho de cada individuo a su libertad y el de toda comunidad a su independencia, yacían en el fondo de la controversia y fueron llevados a ella más tarde por los contendientes. Córdoba y Montesinos llevaron la pelea hasta la corte de España. Créese generalmente que las Leyes de Burgos (27 de diciembre de 1512), destinadas a mejorar la condición de los indios, surgieron de las discusiones habidas entre Fernando el Católico y Montesinos. Meses después se promulgó un decreto complementario, la Clarificación de las Leyes de Burgos, parece que por influencia personal de Fray Pedro de Córdoba.

Pero la aplicación de las Leyes no fue satisfactoria, y la controversia no paró ahí. En el mismo año (1510) en que Córdoba y Montesinos arribaron a la Española, tomaba las órdenes en la ciudad de Concepción de la Vega un joven abogado que había recibido su grado de licenciado en la Universidad de Salamanca, Bartolomé de las Casas; fue el primer sacerdote que dijo su primera misa en América, "la primera misa nueva en el Nuevo Mundo". Como a cualquier español de

distinción establecido en las Antillas, se le asignaron indios; él los trataba bien, sin ver nada esencialmente malo en el sistema de la encomienda. En cierta ocasión, un fraile dominico a quien había ido para confesarse le amonestó por explotar a los nativos y le negó la absolución; no faltó, sin embargo, confesor menos exigente que se le diera. Después de haberse ordenado continuó teniendo indios a su servicio. Pero cuatro años más tarde, en Cuba, mientras se preparaba para predicar un sermón el domingo de Pentecostés, su ojos cayeron sobre el capítulo XXXIV del Eclesiastés:

*Mancillada es la ofrenda del que hace sacrificio de lo injusto y no son agradables los escarnios de los inicuos. No recibe el Altísimo los dones de los impíos... El que ofrece sacrificio de la hacienda de los pobres es como el que degüella a un hijo delante de su padre. La vida de los pobres es el pan que necesitan; aquel que lo defrauda es hombre sanguinario. Quien quita el pan del sudor es como el que mata a su prójimo. Quien derrama su sangre y quien defrauda al jornalero, hermanos son.*

Desde aquel día consagró su vida a la protección de los indios y se convirtió en el impetuoso e indomable Quijote de la fraternidad entre los hombres. Su campaña es bien conocida. Duró cincuenta años y contribuyó a producir dos grandes acontecimientos: uno, las Nuevas Leyes de 1542, que determinaron finalmente la situación de los indios; el otro, las doctrinas jurídicas expuestas en la Universidad de Salamanca por Fray Francisco de Vitoria, el reformador de la teología y de la teoría política. (13) Con frecuencia se ha dicho que, en la práctica no se dio mucho cumplimiento a aquellas leyes; indiscutibles son, con todo, sus buenos resultados, sea cual fuere el patrón por el que los juzguemos. Y la doctrina de Vitoria afirma los derechos de todos los pueblos a la libertad, aun cuando no sean cristianos, o aun cuando vivan en pecado; y su descreimiento, si se debe a ignorancia, no es pecado. Los indios eran los "verdaderos dueños" del territorio que ocupaban; no

eran súbditos naturales del “Emperador”, pero el rey de España podía gobernarlos, siempre que lo hiciera por el propio bien de ellos. Ningún hombre es esclavo por naturaleza: Vitoria desecha la teoría de Aristóteles a ese propósito como una teoría de “esclavitud civil y legal, en la cual no hay esclavos por naturaleza”. Su más grande discípulo, Fray Domingo de Soto, fue más allá y predicó la abolición. Vitoria justifica la guerra sólo como medio de reparar ofensa; como cuando los cristianos que procuran pacíficamente la propagación de la fe o el derecho al comercio se ven atacados por otros pueblos paganos. Podrá haber hoy día pacifistas más radicales, y en el siglo XVI el mismo Vives lo era más que el gran dominico; (14) pero, como suele ocurrir, lo que dio influencia a la doctrina de Vitoria no fueron sus antiguos elementos —el lastre que arrastraba desde el pasado—, sino sus innovaciones. Su doctrina del derecho de independencia, aun cuando no era nueva en el fondo, presentaba un aspecto que sí lo era por sus relaciones con nuevas circunstancias. Y su desenvolvimiento gradual a lo largo del siglo XVI condujo finalmente a la teoría de Grocio del derecho de las naciones, que significaba “un progreso en la vida moral de la humanidad”. (15) Por muchos que hayan sido sus errores, la España del siglo XVI merece el nombre que le ha dado Karl Vossler de mentora de éúica entre las naciones europeas.

Por desgracia, los esfuerzos de Las Casas produjeron otro resultado. Los enemigos del imperio español, celosos de su poder, apropiáronse de uno de sus muchos escritos polémicos, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (impreso en 1552), para levantar sobre él la “leyenda negra” de España. Poco contenía que no hubiera podido adivinarse fácilmente en la lectura de muchos cronistas, incluyendo a Oviedo, el obstinado antagonista de Las Casas, (16) pero su condición y su fuerza, la fuerza llameante de la ira, lo hacían particularmente aprovechable. Y Las Casas poseía esa cualidad peculiarmente andaluza de la exageración, que no limitó, ciertamente, a sus páginas de controversia. Ultimamente se han hecho muchos esfuerzos generosos por disipar la leyenda negra, y parte no

pequeña de ellos se debe a historiadores norteamericanos. Pero aún hoy no es tarea fácil convencer al hombre de la calle de que la conquista española, a pesar de los males de los que ninguna conquista está exenta, tuvo una cualidad humana única. Pues los españoles, como los portugueses, en seguida alcanzaron a ver que los indios eran, después de todo, hombres no muy distintos a ellos mismos, y se mezclaron con ellos, y los trataron como se trataban ellos entre sí; no mejor, como deseaba Las Casas, pero tampoco —o, si acaso, en contadas ocasiones— peor. La tiranía que más de un noble ejerció sobre sus vasallos en Europa hasta fines de la Edad Media, y aun después (por ejemplo, la tiranía de cualquiera de los comendadores que retrata Lope de Vega) era el equivalente exacto de la que los encomenderos ejercieron sobre los indios en América. (17)

Mientras se libraba esta larga batalla, los exploradores seguían descubriendo nuevas tierras y buscando muchas más que pertenecían a la quimérica geografía de la Edad Media y sobrevivían en la crédula imaginación de los navegantes: el país de las Amazonas, El Dorado, la ciudad encantada de los Césares, donde no había otro metal que la plata y las casas estaban hechas de él, el lugar donde se hallaba la fuente de la eterna juventud. Tanto las exploraciones reales como las búsquedas quiméricas dieron nuevo impulso a esa literatura europea de “viajes extraordinarios”, que con Rabelais nos da su primer gran ejemplo moderno. (18)

Vino después el descubrimiento y conquista de México y el Perú. El éxito coronaba, al fin, la aventura de Colón. En un lapso increíblemente breve, los dos vastos y opulentos imperios cayeron en manos de los españoles. La imaginación europea, que tanta atención dedicaba a los relatos acerca de las tribus salvajes, no estaba todavía preparada para comprender aquellas extrañas y magníficas civilizaciones de sus ciudades y costumbres: todo lo que sacó de ellas fue una caótica impresión de riqueza, poder y muchedumbres, pero no la revelación de nuevos tipos de cultura. Carlos V, por ejemplo, parece haber sido indiferente a la rara belleza de las joyas incas que los Pizarros eligieron para él. Hasta los *Comentarios Reales* del Inca

Garcilaso, aparecidos mucho después (1609), tardaron mucho en producir su efecto. Solamente en el siglo XVIII, a raíz del descubrimiento de la cultura china, se intentó una interpretación de México y del Perú. Los españoles que tomaron parte en las conquistas y vieron los dos imperios en todo su esplendor, jamás llegaron a dudar de la grandeza de aquellas civilizaciones, como lo demuestran sobradamente los escritos de Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Francisco de Jerez, Cieza de León, y aun cronistas como Sahagún, que no vio sino las ruinas del pasado glorioso. Pero esto era resultado de una experiencia inmediata, que, al parecer, no fue comunicable a Europa. (19)

Los pensadores y escritores europeos del siglo XVI no leyeron los relatos de descubrimientos y viajes en busca de nuevas formas de cultura que pudieran contrastarse con las suyas propias. Su principal preocupación era la Naturaleza. Colón, Vespucio, Pedro Mártir, Las Casas, les habían informado acerca de salvajes que vivían en “estado de naturaleza”, en una edad de inocencia. La oposición filosófica entre naturaleza y cultura, la comparación entre el hombre natural y el civilizado, se nutre del inagotable material con que le provee el Nuevo Mundo. Persiste y crece cada vez más complejo al correr de los siglos.

En España, rara vez se menciona al indio en este sentido; su defensa hubiera significado cuando menos un repudio teórico de la conquista, y las autoridades habrían visto con disgusto, probablemente, semejante actitud, una vez que la controversia iniciada por los frailes dominicos había quedado zanjada con disposiciones legales. (20) El indio aparece, pues, sólo como una figura exótica y pintoresca en obras como la trilogía de los Pizarros de Tirso de Molina, en donde se introducen las Amazonas; rasgo de fantasía que no deja de sorprender en un poeta que había vivido realmente en el Nuevo Mundo. ¿Pudo creer acaso seriamente, como Spenser, que “el gran río de las Amazonas” había “resultado verdad”? En general, América ocupa mucho menos espacio en la literatura de España y Portugal de lo que podía haberse esperado.

Aun cuando seguía en pie la controversia sobre el indio, los



humanistas españoles no consideraron al salvaje como la personificación de la naturaleza frente a la cultura; volviéronse, en cambio, hacia el campesino, labrador o pastor, de acuerdo con la tradición clásica — por ejemplo, Antonio de Guevara, en su *Reloj de príncipes* (1528), con su famoso cuento del villano del Danubio, y en su *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (1539). El sueño de una vida perfecta y sencilla, especie de utopía que adopta una amplia variedad de formas, invade la literatura española en el siglo XVI, desde Juan y Alfonso de Valdés hasta Fray Luis de León. Cuando concluye el Renacimiento y comienza la era prosaica típicamente moderna, Lope de Vega, poeta nacido en la ciudad, que amó el esplendor de las ciudades, sintió también la fascinación de la vida del campo y contrapuso muchas veces las virtudes sencillas y heroicas del campesino a la orgullosa tiranía del noble y la duplicidad intrigante del cortesano. En ocasiones fue más lejos: el tema familiar de la edad de oro reaparece cuando introduce salvajes en obras como *Los guanches de Tenerife*, *El Nuevo Mundo* y *el Arauco domado*. Con dramática imparcialidad, Lope pone en boca de los salvajes que defienden sus derechos, argumentos que hubiera aprobado Las Casas. También Cervantes, que no se hace ilusiones en cuanto a las perfecciones de la sociedad moderna, añora el ideal caballeresco de la Edad Media y el ideal culto del Renacimiento, y vuelve de vez en cuando los ojos hacia la edad de oro, como en el famoso discurso de Don Quijote a los cabreros. Y Quevedo, amargo censor de su época, escribe un elogio de la *Utopía* de Moro, traducida al español por su amigo Jerónimo de Medinilla (1627). Por último, Gracián presenta en su *Criticón* (1651—1657) un “hombre natural”, de acuerdo con el modelo inventado por Abén Tofail, en su *Filósofo autodidacto*. El Andrenio de Gracián no conoce ninguna sociedad, ni aun la de los salvajes, ni lenguaje alguno: después que Critilo le enseña a hablar, muestra que en su soledad había descubierto los principios morales y religiosos más altos y sencillos. La isla desierta de Andrenio no está en el Nuevo Mundo (¿lo haría Gracián intencionadamente?), sino cerca de Africa; es la de

Santa Elena.

En Francia, el tema indio se discutió con mayor libertad. Los franceses habían obtenido poco o ningún éxito en sus primeras aventuras coloniales. André Thévet, que vino al Brasil con la expedición de Villegaignon (1555), en sus *Singularidades de la Francia antártica* (1558), con más piedad que enojo, describe a los indios como “gente maravillosamente extraña y salvaje, sin fe, sin ley, sin religión ni civilidad alguna, que viven como animales irracionales, tal y como la naturaleza los ha hecho”. Pero Jean de Léry, que acompañó también a Villegaignon, se plantea la pregunta de si muchas de nuestras razones para despreciar a los indios no son simples prejuicios, y aun confiesa que su desnudez es casta, pensamiento atrevido para un teólogo calvinista. Y Jodelle, que escribió un poema laudatorio para el libro de Thévet, hace notar que si la barbarie existe en Río de Janeiro, en la “Francia Antártica”, también se da bajo otra forma, en su propia “Francia Artica”. Ronsard comentando la expedición de Villegaignon en su *Discours contre fortune* (1559), condena toda conquista y todo intento de imponer la civilización europea a los salvajes. Los indios viven en una edad de oro; ¿a qué enseñarles “el terror de la ley que nos hace vivir con temor”? Déjeseles vivir felices: “Yo bien quisiera vivir así”.

La discusión alcanza su mayor altura con Montaigne, en dos ensayos famosos —uno sobre los caníbales, el otro sobre los carruajes— y en muchas observaciones dispersas. Montaigne llevó la crítica de la civilización europea, en comparación con el estado salvaje, a sus consecuencias extremas. Había leído unas cuantas crónicas de viajes y conquistas; además, había conversado con viajeros, marineros, mercaderes, y aun con salvajes brasileños llevados a Rouen durante el reinado de Carlos IX. (21) “Creo”, dice en su ensayo *Sobre los caníbales* (I, 30),

*que nada hay en esa nación que sea bárbaro o salvaje, sino que cada cual suele llamar barbarie a aquello que no le es común... Son salvajes así como llamamos salvajes a aquellos frutos que la naturaleza por sí misma y por su*

*natural progreso ha producido, cuando en verdad es a aquello que nosotros mismos hemos alterado con nuestras artes y mudado de su orden común a los que con más propiedad debíamos designar salvajes. En aquéllos se hallan vivas y vigorosas las verdaderas y más provechosas virtudes y propiedades naturales, que en éstos hemos bastardeado, aplicándolas solamente al placer de nuestro gusto corrompido. (22)*

Y más adelante: “Es una nación en la que no hay especie alguna de tráfico, ningún conocimiento de letras, ninguna ciencia de números, nombre ninguno de magistrado, ni de superioridad política; ningún empleo de servicio, ni de riqueza o pobreza; ni contratos, ni sucesiones, ni particiones, ni otra ocupación que el ocio; ningún otro respeto del parentesco que el común, ni vestimenta alguna, ni agricultura, ni minería, ni empleo del vino, ni del trigo”. Shakespeare, como es bien sabido, adoptó este pasaje en *La tempestad*, obra que tanto refleja las lecturas de viajes, para describir la utópica república de Gonzalo ( ¡Utopía otra vez! ):

*No admitiría comercio alguno, ni nombre de magistratura; no se conocerían las letras; nada de ricos, pobres y uso de servidumbre; nada de contratos, sucesiones, límites, áreas de tierra, cultivos, viñedos; no habría metal, trigo, vino ni aceite; no más ocupaciones; todos, absolutamente todos los hombres estarían ociosos; y las mujeres también, que serían castas y puras; nada de soberanía... (28)*

“Las palabras mismas —sigue diciendo Montaigne— que significan mentira, falsía, traición, disimulo, codicia, envidia, maledicencia y perdón, jamás se oyeron entre ellos”; como, andando el tiempo, habían de ser también desconocidos entre los caribes de Surinam de Aphra Behn o los “houyhnhnmos” de Swift. Es cierto que comen carne humana, pero “no es que me duela el que nos cuidemos del bárbaro horror que hay en semejante acción, sino que, escudriñando tan de cerca sus faltas,

estemos tan ciegos para las nuestras". De hecho, "podemos llamarlos bárbaros en consideración a las reglas de la razón, pero no con respecto a nosotros, que los sobrepasamos en toda clase de barbarie".

La defensa del salvaje, como vemos, beneficia no sólo a las tribus pacíficas, como los taínos que encontró Colón en las Antillas; incluye atrevidamente también a los caníbales. Y Montaigne, que no pasa por alto ningún problema, refiere que cuando habló con los salvajes brasileños en Rouen le dijeron "que habían visto que había hombres entre nosotros colmados de toda clase de comodidades, mientras otros, desfallecidos de hambre y desnudos con pobreza y necesidad, pedían limosna a sus puertas: y encontraban extraño que esos otros hombres tan necesitados pudieran soportar tamaña injusticia, y que no cogieran a los otros por la garganta, o pusieran fuego a sus casas".

En su ensayo *Sobre los carruajes* (III, 6), dice: "Nuestro mundo ha descubierto otro últimamente..." Condena, con el mismo espíritu que Las Casas, la invasión europea: "La parte más rica y más hermosa del mundo, trastornada por el tráfico de perlas y pimienta. ¡Oh victorias mecánicas, oh baja conquista!" Y comprende —como muy pocos europeos en su tiempo— que había grandes civilizaciones en América cuando llegaron los españoles. Ensalza estas civilizaciones como pocos hombres lo han hecho antes del siglo XX: "Ni Grecia, ni Roma, ni Egipto pueden, ya sea en provecho o dificultad, igualar ninguna de sus obras". Pero, con el presentimiento de que las civilizaciones son mortales (según el dicho de Paul Valéry), dice: "Y, como nosotros, así juzgaron ellos que este Universo estaba próximo a su fin: y tomaron la desolación que nosotros les llevamos como signo de ello". Y aventura una profecía tremenda: "Este mundo no saldrá a luz sino cuando el nuestro caiga en la oscuridad".

Las meditaciones de Montaigne marcan el paso de futuras lucubraciones. (24) Durante los dos siglos siguientes, el tema de América no ocupa un lugar destacado en la literatura francesa de imaginación, a pesar de la *Alzire* y de *L'ingénu* (1767), de Voltaire; de *Les incas* de Marmontel (1777) y del *Camiré* de

Florian; ni tampoco en la literatura inglesa, a pesar del *Indian Emperor* de Dryden (1665), —quien, dicho sea de paso, parece haber sido el inventor del término “*noble savage*” en su *Conquest of Granada* (1670)—. Pero la literatura de viajes y descripciones de nuevas tierras sigue en aumento; todavía nos son familiares los nombres de muchos exploradores franceses: Champlain, Lescarbot, Claude d’Abbeville, Ives d’Evreux, Mocquet, Sagard, Lejeune, Brébeuf, Du Tertre, Marquette, Hennepin, Lahontan, Charlevoix. Vienen tras ellos La Condamine y Bougainville, dotados de una visión estrictamente científica.

Todos estos libros describían la vida de los indios, y los juicios de los autores seguían con frecuencia la tradición de Montaigne. Ya fuesen favorables o adversos a los salvajes, dieron nuevo sustento al ávido pensamiento filosófico. En el siglo XVIII, el espíritu europeo posesionábase al fin de la tierra y observaba a la humanidad, desde China hasta el Perú. Sabemos cómo la antigua disputa en torno a la naturaleza y la cultura se convirtió entonces en contienda apasionada. Diderot y Raynal, sin renunciar a los beneficios de la cultura europea, expresaron profunda simpatía por los pueblos oprimidos; Voltaire, igual que el Dr. Johnson en Inglaterra, se mostró activo defensor de la vida civilizada, desdeñando las virtudes atribuidas a los salvajes; frente a ellos, Rousseau es el gran negador de la civilización europea, aun cuando sus “hombres naturales” tienen sólo una superioridad negativa, debida a la falta de incitaciones al mal dentro de su medio; ni son lobos, como en Hobbes, ni corderos, como en Locke, dos de los maestros que le enseñaron la doctrina del contrato social. El ideal de Rousseau no es el salvaje, sino el hombre que, como Emilio, se educa en armonía con los dictados de la naturaleza. Y ésta fue la luz que llevó, por un camino, a la concepción romántica de la vida y del arte, y, por otro, a la revolución social y política. (25) Más generoso que cualquiera de sus predecesores, Condorcet, poco antes de morir en la guillotina, afirmó en su *Esquisse d’un tableau historique des progrès de l’esprit humain* (1794) su fe inquebrantable en el futuro y propuso a las naciones civilizadas

un plan para la ilustración pacífica de los pueblos atrasados.

La disputa entre naturaleza y cultura continuó durante todo el siglo XIX, y todavía sigue en pie. D. H. Lawrence nos ofrece un ejemplo bien patente: hastiado de las muchas represiones que ahogan al alma en las comunidades civilizadas, trató de volver a la vida verdadera por el camino de las emociones esenciales y de la comunión con la naturaleza primitiva. En *La serpiente emplumada*, su "hombre natural" es un indio visionario que, con bastante incongruencia, trata de reavivar el espíritu de la antigua y compleja cultura mexicana que existió antes de la conquista española. Pero nótese que sus muchos críticos, por lo general, no toman el partido de la civilización occidental, que ellos mismos han satirizado agudamente (vgr. Aldous Huxley en *Contrapunto*, donde se retrata a Lawrence), sino que se limitan a señalar que el retorno a la naturaleza por el contacto con los salvajes o campesinos no es más que una ilusión.

Desde otro punto de vista, la moderna teoría "difusionista" de la cultura nos da una nueva imagen del hombre primitivo, libre tanto de las ventajas como de los inconvenientes de la civilización: "El hombre natural —dice G. Elliot Smith— no exhibe un deseo innato de construir casas o hacer vestidos, de labrar el suelo o domesticar animales. No tiene ni religión ni organización social... La guerra organizada, la brutalidad y la mayoría de los diversos procedimientos de violencia se deben a las circunstancias de la civilización, y no se dan entre los pueblos realmente primitivos". (26)

Además de dar a Europa tantos motivos de especulación y fantasía, América le dio muchas palabras y cosas nuevas. Los exploradores, de regreso, llevaron consigo las palabras. Ya en 1493, Colón y sus compañeros hablaban de las *canoas* indias, y Nebrija, el gran humanista, registró inmediatamente el término. Aparecieron también nuevas palabras en los escritos de los incontables cronistas y en los poemas de Ercilla, Juan de Castellanos, Eugenio de Salazar y Juan de la Cueva. (27) Muchas de ellas se difundieron por el mundo entero y penetraron en idiomas bien lejanos: *tabaco*, *papa*, *maíz*, *hamaca*, *sabana*,

*caníbal*, del taíno de las Antillas; *huracán*, del quiché de Yucatán, a través de las Antillas; *piragua*, *manatí*, del Caribe; *cacao*, *chocolate*, *chicle*, *tomate*, *tamal*, *coyote*, del náhuatl de México; *quinina* (derivado de *quina*), *alpaca*, *guano*, *pampa*, del quechua del Perú; *coca*, del aimara (hablado en lo que hoy es Bolivia); *ipecacuana*, del guaraní de Brasil y Paraguay. Y asombra que por lo menos una de las palabras, *aje*, que aparece continuamente en los primeros cronistas, desde Colón hasta Bernabé Cobo, no tenga hoy significado alguno; se le han atribuido varios distintos, pero nadie sabe con certeza qué clase de planta era. (28)

Y después los objetos mismos que esos nombres designaban, tanto animados como inanimados, que transformaron la vida económica. Ante todo, los metales, “la causa más importante de la revolución de los precios en Europa en los siglos XVI y XVII”. (29) Las Indias, el Perú, Potosí, Jauja, llegaron a ser, en España, palabras familiares con que se designaba la riqueza. En Inglaterra, como dice Virginia Woolf en su hermoso ensayo *The Elizabethan Lumber Room*, “encontramos toda la literatura isabelina salpicada de oro y plata; de conversaciones sobre las rarezas de la Guayana, y de referencias a esa América —‘¡Oh, mi América! mi tierra nueva’— que no era un simple país en el mapa, sino que simbolizaba los territorios desconocidos del alma”. Allí se daban las piedras preciosas, los pájaros, las plantas, ya fuesen para alimento o medicina, para la construcción de casas, para adorno o recreo. La hoy humilde raíz de la batata fue en su día una de las golosinas más apreciadas en las mesas europeas, como lo demuestran muchos escritos españoles y portugueses, y cuando Falstaff imagina una fastuosa recepción para una de las damas de Windsor, exclama: “¡Que llueva el cielo papas!” Todo el mundo sabe cómo la papa se alzó, de un origen por demás modesto, a la posición tiránica que disfruta hoy día. La historia del tabaco no es menos pintoresca; baste recordar que los primeros pobladores españoles en las Antillas sintieron un terror indescriptible cuando por primera vez vieron fumar a los indios.

Algunos de los animales y plantas de América se adaptaron tan bien a otras tierras y climas que en ocasiones ha llegado a olvidarse su verdadero origen. El opulento pero insaciable Oriente se apropió del pavo, y aun de su nombre\* (fueron los europeos quienes enseñaron a los turcos a criarlo), y del maíz, el trigo indio, que los italianos llaman *granturco*. Victor Hugo, engañado por la transferencia, atribuye campos de maíz a Caldea, en su poema sobre la estela de Mesa (*Inscripción*, en la *Légende des Siècles*); Flaubert, tras todas sus fatigas arqueológicas para ofrecer en *Salambô* una reconstrucción impecable de Cartago, adorna inadvertidamente el paisaje africano con nuestro cactus espinoso, que es allí un recién llegado. Hoy día hemos de atribuir a un capricho de humor de Jean Giraudoux (*Electra*) sus tomates en plena Grecia antigua.

La pintura europea adoptó nuestras plantas y nuestros pájaros desde los primeros tiempos, como puede verse en los dibujos para tapices de Rafael. El cactus, después de su transplante el Viejo Mundo, no tardó en hacer su aparición en los cuadros sobre la vida de Cristo, dentro del árido paisaje de Tierra Santa. También en la arquitectura se introducen figuras ornamentales de salvajes —por ejemplo, los gigantes armados de mazos en el Colegio de San Gregorio, en Valladolid. Colón esperaba encontrar en sus viajes el lugar donde había estado el Paraíso Terrenal, (30) y en 1498 llegó a pensar, luego de haber explorado la costa norte de Sudamérica, que “la tierra donde había llegado es un gran continente en el que está situado el Paraíso Terrenal”. Vespuccio imaginaba que no podía quedar muy lejos del norte del Brasil; después de ellos, muchos hombres parecen haber pensado que las plantas y pájaros de la América tropical hubieron de figurar en el hogar perdido de nuestros primeros padres. Así, Skelton llama al papagayo “un pájaro del paraíso”. (31) Cuando Rubens copió el cuadro del Ticiano que representa a Adán y Eva en el Jardín del Edén, puso entre los árboles una guacamaya, un papagayo de color de fuego. Alguien ha observado que, comparando el original del Ticiano con la copia de Rubens, vemos cómo el arte del Renacimiento se transforma en el barroco. Muy adecuadamente,



el símbolo de ese cambio trascendental en la historia del arte es un pájaro de las fantásticas selvas de la América tropical.

## II

### LA CREACION DE UNA SOCIEDAD NUEVA

(1492 - 1600)



A conquista y la población del Nuevo Mundo por las dos naciones hispánicas dio origen a una sociedad nueva, probablemente distinta de cualquiera de las ya conocidas y, con seguridad, nunca igualada en cuanto a la magnitud del territorio en que se extendía. (1) Se alzaba sobre bases tradicionales y conocidas: de un lado los conquistadores, del otro los pueblos conquistados. La costumbre imponía que los conquistados trabajaran para los conquistadores. Ya desde 1500 quedó sellado el destino de los indios, por una generosa decisión de la reina Isabel, que se ajustaba a viejos principios católicos: no serían sometidos a esclavitud, sino a vasallaje. La decisión de la reina se vio luego apoyada por una serie de leyes que dieron lugar a las grandes controversias del siglo XVI. En la práctica, los indios eran explotados a menudo como siervos (costumbre que aún no ha desaparecido); pero su situación legal era de hombres libres. (2) Habían de trabajar bajo los encomenderos a quienes se les asignaba, o, si permanecían con sus antiguos jefes, los caciques, debían pagar un tributo estipulado a la Corona. Recibirían los fundamentos de la doctrina y de la cultura europea; a una minoría selecta se le permitirían estudios académicos, empezando por el latín. (3) La Inquisición no estaba autorizada

a seguirles proceso: sus errores en la interpretación de la Fe habrían de perdonarse como simples pecados de ignorancia. Y si a menudo se vieron oprimidos por voraces señores, también hallaron protección y defensa, unas veces entre rectos funcionarios de la Corona, muchas más entre los sacerdotes, y especialmente entre los miembros de las órdenes monásticas, que fiaban a la persuasión la obra del temor.

En la mayoría de los casos, son estos protectores quienes nos dan noticia de los abusos se cometían con los indios. Los esfuerzos hechos por los sacerdotes en favor de ellos constituyen una historia extraordinaria de devoción, valor y abnegación. Las campañas de Fray Pedro de Córdoba y de Fray Antón de Montesinos dieron una tradición evangélica a la Orden de Santo Domingo en el Nuevo Mundo. El mismo Las Casas ingresó en la orden en 1523, después de varios años de sacerdocio secular, y supo mantener aquella tradición, juntamente con predicadores y organizadores de tanto empuje como Fray Tomás de Berlanga, Fray Domingo de Betanzos y Fray Pedro de Angulo. Pero fueron los franciscanos los primeros europeos que enseñaron en el Nuevo Mundo: comenzaron hacia 1502 en la isla Española. En México cobraron fama por su caridad y humildad, especialmente Fray Pedro de Gante (c. 1479–1572), que fundó la primera escuela (1523), y Fray Toribio de Benavente (m. en 1568), a quien los indios llamaron Motolinía, “pobrecito”. Fray Juan de Zumárraga (m. en 1548), el eminente primer arzobispo de México, consagró buena parte de sus esfuerzos y de su inteligencia a la educación de los indios. Inspirándose en la *Utopía* de Moro, Vasco de Quiroga (c. 1470–1565), obispo de Michoacán, organizó a sus feligreses por aldeas, cada una con su oficio distintivo; las tierras eran de propiedad comunal. (4) La Iglesia católica ha canonizado a dos de los religiosos que consagraron sus vidas al bienestar de los indígenas de Sudamérica: el franciscano Fray Francisco Solano (1549–1610) (5) y el arzobispo de Lima, Toribio Alfonso de Mogrovejo (1534–1606). Y bien conocida es la obra de los jesuitas en el Paraguay, esa sociedad teocrática que organizaron, en que no existía la propiedad privada, y en que se

enseñaba a los guaraníes a trabajar y a orar, a construir sus viviendas y a pintar, cantar y bailar, y aun a imprimir libros con tipos de madera fabricados por ellos mismos. Pero los jesuitas descuidaron el seleccionar y formar dirigentes entre la población indígena, y cuando fueron súbitamente expulsados de todos los dominios españoles (1767) su obra se vino abajo: las mismas iglesias que habían levantado no tardaron en verse en ruinas, si bien es verdad que tal desastre se debió en parte a la mala administración de las autoridades que los reemplazaron. (6)

Los indígenas de las Grandes Antillas y de las Bahamas, los pacíficos taínos, fueron diezmados y reducidos a unos cuantos restos, hasta que desaparecieron por el mestizaje. En uno de sus contados momentos poéticos, refiere Las Casas "cómo había visto aquellas islas rebosantes de población y cómo, treinta o cuarenta años después, parecían vacías; "a veces pienso —dice— que he debido soñarlo". Extraña tragedia étnica, cuyas causas aún desconocemos, pues ni la crueldad de los conquistadores ni las enfermedades que éstos trajeron consigo de Europa pasan de ser explicaciones parciales. ¿Fue, acaso, el suicidio de una raza? Tanto Las Casas como Oviedo aducen razones que nos inclinan a creerlo así. Es probable que juzgaran que era inútil seguir viviendo, una vez destruida su antigua felicidad, aquella edad de oro en que Colón los había encontrado. Entre tanto, en las Pequeñas Antillas, los aguerridos caribes fueron en gran parte exterminados o deportados. En todos los demás países el indio aceptó el dominio del conquistador, aunque no faltaron rebeliones esporádicas. Sólo en Chile y en la Argentina sobrevivió como amenaza permanente para la población de habla española, casi hasta el final del siglo pasado.

Brasil no parece haber presentado problemas demasiado graves a los portugueses. El número de sus indios no era muy crecido; fueron retrocediendo ante los invasores, les hicieron frente con no excesivo empeño, o se les sometieron. La Sociedad de Jesús tuvo papel preponderante en la difusión del Cristianismo. Un historiador brasileño, Ronald de Carvalho, dice que "los jesuitas trabajaron con exquisito tacto, instruyendo a los indios en la Doctrina, sometiénolos por la persuasión o por

la fuerza a la disciplina de la religión, e impidiendo su esclavización por los *maganos de Portugal*". Otro historiador, Pedro Calmon, piensa que "el colegio rural de la Sociedad fue la primera *fazenda* organizada en el país, la primera empresa racional, el primer intento de una exploración metódica de los recursos naturales". Y los jesuitas obligaron a los indios a adoptar el guaraní como lengua común, una *lingoa geral* por encima de la Babel de las lenguas nativas: lengua que llegó a ser, según el brillante sociólogo Gilberto Freyre, "uno de los más sólidos fundamentos de la unidad del Brasil". (7)

Hubo también esclavos, al principio traídos de Europa —algunos de ellos blancos— y luego, en grandes masas, de Africa. Y también éstos encontraron protectores, como el jesuita catalán Pedro Claver (1580-1654), apóstol de la Nueva Granada, canonizado después por la Iglesia Católica al igual que Toribio de Mogrovejo y Francisco Solano. Las Casas, que había empezado por tolerar la esclavitud de los negros como medio de salvar a los indios, se arrepintió de ello después, diciendo que había llegado a la conclusión de que los portugueses, primeros explotadores del comercio de esclavos africanos, eran tan crueles esclavizando a los nativos del continente negro como lo eran los españoles al sojuzgar a los nativos de América. La esclavitud subsistió hasta que fue abolida durante las guerras de independencia, poco tiempo después; pero no faltaron abolicionistas en los tiempos coloniales, como el jesuita Diego de Avendaño, en el Perú, y Antonio Vieira y Manoel Ribeiro Rocha, en el Brasil. (8)

Suele describirse la nueva sociedad así constituida como gobernada por un rígido código de costumbres y un conjunto no menos rígido de leyes. No creo que esto responda enteramente a los hechos. Nominalmente, la estructura social era una jerarquía levantada sobre principios aristocráticos. Los principios existían, pero su aplicación no fue estricta. Como ya hemos visto a propósito de los indios, las leyes se burlaban con frecuencia. Y la legislación que regía las actividades económicas estaba a menudo tan mal concebida y era tan contraria al aprovechamiento de los recursos naturales y a la satisfacción de

los deseos generales, que su violación se convirtió en necesidad. En el comercio, el contrabando llegó a ser cosa normal, incluida la circulación de libros prohibidos. Aun después de la independencia, el contrabando siguió siendo, durante muchos años, una de nuestras costumbres típicas. De hecho, el divorcio entre la ley y la vida real siguió existiendo. (9)

Tampoco se observaban con mayor rigor las reglas sociales. En la misma España se seguían con escaso apego, fuera de la corte de los Habsburgos. El español ha mostrado siempre una tendencia a hacerse su propia ley; todo español, dice Unamuno, se siente igual al rey, "dineros menos". El clamor de la lucha entre el noble y el plebeyo llena los últimos siglos de la Edad Media; y en esa lucha suele verse al rey del lado de los pobres, en contra del poder de la nobleza. Los mismos españoles, fuesen plebeyos o hidalgos venidos a menos, que habían visto derrumbarse el poder de la nobleza, y quizá contribuido a ello, cayeron en masa sobre las tierras recién descubiertas. No hubo verdadero trasplante de las tradicionales divisiones de clase, sino más bien una nueva división de grupos sociales: las discriminaciones raciales surgieron como secuela de la esclavización de los negros, permitida por la ley, y de la servidumbre virtual de los indios, pero sin que llegara a abrirse ese hondo abismo que ha hecho del problema negro una cuestión al parecer insoluble en los Estados Unidos. Los cruzamientos dieron lugar a una curiosa subdivisión de castas, que con el tiempo hubo de recibir una como sanción legal; pero, como hace notar un autor contemporáneo, su misma persistencia tendió naturalmente a destruir las discriminaciones a que había dado origen, haciéndolas puramente nominales. (10) Proclamada la independencia, no sólo quedaron legalmente abolidas, sino que, poco a poco, fueron dejando de hacer sentir su peso sobre la costumbre.

Así, la nueva sociedad de la América hispánica retrocedió, en ocasiones a formas medievales que ya estaban desapareciendo en Europa, pero en conjunto se mantuvo en una condición fluida, debido a los cambios frecuentes en las fortunas de los individuos, a su movilidad y a su adaptación a las

nuevas circunstancias. Hubo un continuo flujo y reflujo entre España y sus colonias, un movimiento general de la sociedad que obedecía a las nuevas posibilidades de viaje y lucro, y todo esto contribuyó a derrumbar viejas reglas sociales en ambas orillas del océano. (11) Todo aquel que había tomado parte en la conquista, todo el que llegó a enriquecerse después, se sentía merecedor de cuantas distinciones pudieran otorgársele; y, a veces, no esperaba a que se le otorgaran.

En el siglo XVI, se hizo costumbre en España el llamar señora a cualquier mujer de conducta decente y posición no demasiado humilde, haciendo preceder su nombre del título de *Doña*. Sólo en el siglo siguiente se otorgó el mismo privilegio a los hombres; hasta entonces, el título de *Don* se concedía únicamente a la nobleza. Pero en América la costumbre se extendió mucho antes. Cualquiera que tuviese indios en encomienda, por ejemplo, se adjudicaba el título. Por una carta de Santa Teresa, fechada en 1576, sabemos que cuando su hermano Lorenzo de Cepeda (m. en 1580) volvió a España de Quito, dueño de gran fortuna, al cabo de treinta y cuatro años de ausencia, se hizo llamar Don, siguiendo la costumbre que había adquirido en América. Como los Cepedas eran familia de hidalgos, y no pertenecían a la nobleza, el acto de Lorenzo dio mucho que hablar en la sociedad provinciana de Avila, y la misma santa se afligía por tamaña vanidad y puntillo, que lindaba con la usurpación. A principios del siglo XVII, uno de los síntomas de locura del héroe de Cervantes es el cambiarse el nombre, mudando el simple Alonso Quijano por el Don Quijote. Recuérdese también que en España uno de los primeros casos conocidos del uso del Don por un hombre de buena cuna pero sin claros derechos a él es el del poeta mexicano Juan Ruiz de Alarcón.

Hasta en los graves asuntos de nacionalidad y religión se burlaban las disposiciones reales. Al principio, sólo los súbditos de la reina de Castilla podían obtener pasaje para el Nuevo Mundo; pero, sabe Dios cómo, también los de su astuto esposo, el rey de Aragón, lo conseguían con frecuencia. Los extranjeros estaban descartados, pero también venían, ya fuera por

autorización especial o clandestinamente. Para citar un solo ejemplo, baste saber que entre los conquistadores del Perú hubo un griego, Pedro de Candía, nacido en la misma isla que el Greco. Los judíos conversos —verdaderos o fingidos— contábanse por miles, y tampoco faltaban los protestantes. También vinieron en el siglo XVI muchos moros renegados: doscientos hubo en la conquista del Perú. Se sabe hasta de un turco mahometano, que volvió a su tierra cargado de riquezas. (12) Y si así iban las cosas en los dominios españoles, mayor facilidad había en el Brasil, ya que la legislación colonial de Portugal era bastante menos severa que la de España. Allí se admitía a cualquier extranjero, con tal que fuese católico; y, en punto a ortodoxia, no había grandes exigencias. (13)

Así pues, aun cuando la estructura social era formalmente aristocrática y había buen número de discriminaciones teóricas de clase o casta, las excepciones e irregularidades abundaban. La Iglesia, claro está, no hacía tales distinciones. (14) Las divisiones quedaban establecidas, entonces como ahora, por la riqueza y la educación. (15) Aunque haya podido verse en los colonizadores una tendencia a explotar al indio cuantas veces lo juzgaran provechoso, sabemos que acabaron por sentir que trataban con hombres iguales a ellos mismos. Durante los primeros cien años, fue cosa frecuente que el europeo tomara mujer india, en matrimonio o no: de estas uniones surgieron las más viejas familias, sin exceptuar la aristocracia; varios conquistadores casaron con mujeres incas o aztecas de sangre real. No estaba prohibido el matrimonio entre diferentes razas. (16) Hombres entera o parcialmente de raza india se destacaron como escritores y artistas durante el período colonial; así Ruy Díaz de Guzmán, o Juan de Espinosa Medrano, o Miguel Cabrera. Unos cuantos ostentaron con orgullo sus nombres indios: el Inca Garcilaso de la Vega, Juan Zapata Inga (es decir, Inca), Tito Cusi Yupanqui (heredero del trono de los Incas, y que también llevó el nombre español de Diego de Castro), Hernando Alvarado Tezozómoc (hijo del emperador azteca Cuitláhuac), Fernando de Alba Ixtlixóchitl (descendiente de los reyes de Texcoco), Felipe Huaman Poma de Ayala. En ocasiones



resultaba excesiva la ostentación, como en el caso de Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamayhua y Domingo Francisco de San Antón Muñoz Chimalpahin Quauhtlehuantzin. (17) De hecho, cualquiera que hubiese pertenecido a la antigua clase gobernante indígena o que descendiese de alguno de sus miembros tenía derecho a un tratamiento de respeto y recibía en los documentos coloniales el título de Don. Entre los portugueses del Brasil, parece haber sido aún más común que en las colonias españolas la ausencia de hondos prejuicios sociales y raciales. Y los prejuicios que había disminuyeron o desaparecieron —cuando menos tanto como en la comunidad que menos los tenga— una vez que, consumada la independencia, dejaron de contar con el respaldo de los preceptos legales. Con todo, nos llamaríamos a engaño si pensáramos que la conquista no fue una verdadera tragedia para los nativos. Tan sólo una minoría se libró del yugo, y los beneficios que para ella representó la educación fueron, en general, escasos. Por muchos que nos parezcan los que alcanzaron a descollar en el arte o las letras, no son, en realidad, sino excepciones desperdigadas entre los millones que quedaron al fondo. Con la conquista, como dice Justo Sierra, “comienza un raquitismo espiritual de la raza india”.

No todos los países tuvieron un mismo desenvolvimiento social. En unos, la minería constituía el fundamento de la riqueza; en otros la base era la agricultura, o la ganadería, o aun las industrias, como la del azúcar en Brasil. Era enorme la diferencia entre ciudades populosas y opulentas como México o Lima, iguales o superiores a Toledo, Madrid o Sevilla, con una nutrida clase ociosa de aires decididamente aristócratas, y ciudades que prosperaron con el comercio marítimo y alcanzaron la preeminencia sólo en el siglo XVIII, como La Habana y Buenos Aires: López y Mitre describen la capital de la Argentina como una democracia mercantil. (18) Había ciudades por el estilo de Boston, gobernadas por la Iglesia y la Universidad: así Córdoba, en la Argentina, Charcas, la Sucre de la actual Bolivia, o Santo Domingo, en su día “la Atenas del Nuevo Mundo”, en la isla Española. Tanto contaba el saber en

aquella antigua "capital del Caribe", que en el siglo XVII un individuo de sangre africana, Tomás Rodríguez de Sosa, nacido esclavo y manumitido por su amo, llegó a ser teólogo y orador de renombre: según un documento oficial del arzobispo Francisco Pío de Guadalupe y Téllez, el presidente y los jueces de la Real Audiencia lo invitaban a menudo a que predicara en su capilla privada.

No hace mucho, en una conferencia pronunciada en Buenos Aires (1939), José Ortega y Gasset sostenía que el español —y otro tanto puede decirse del portugués— se convirtió en un hombre nuevo tan pronto como se estableció en el Nuevo Mundo. El cambio no requirió siglos: fue inmediato y el correr del tiempo no hizo sino reafirmarlo. El inglés, dice el distinguido escritor colombiano Sanín Cano, se destaca por su capacidad para establecerse en los países más diversos sin adaptarse a ellos —brillante ejemplo de la "insurrección de los vertebrados" de Gourmont—. Pero el español responde en seguida al medio en donde vive. No es que dejara de elegir, entre tanto como le ofrecía el continente americano. Evitó, naturalmente, los desiertos, y las tórridas e intrincadas selvas tropicales, como también la crudeza de las tierras septentrionales y de la Patagonia, y aun, al principio, el moderado invierno de Buenos Aires, donde el conquistador Irala, en carta al rey fechada en 1545, se queja de que la tierra es muy fría. Si miramos un mapa climático de este hemisferio, descubrimos en seguida que la mayoría del territorio en donde se habla español lo forman grandes mesetas rodeadas de montañas, como reproducciones ampliadas de Castilla. Pero se exploraron toda clase de territorios; dígalos, si no, el trágico viaje de Alvar Núñez Cabeza de Vaca desde la Florida hasta la costa mexicana del Pacífico. Ciertamente que el español consiguió establecerse en muchas regiones tropicales: las islas del Archipiélago Caribe, las costas de México y América Central, de Venezuela y de los países que hoy se llaman Colombia y Ecuador, y las llanuras interiores del Paraguay; y, con el tiempo, llegó a acostumbrarse al Uruguay y a lo que es hoy la Argentina central, y aun ocupó las tierras áridas que se extienden de Texas

a California. Pero la mayor parte de las regiones verdaderamente tropicales quedó para los portugueses.

Españoles y portugueses trajeron al Nuevo Mundo su propia cultura, su religión y sus leyes, su literatura y su arte, su ciencia y sus industrias, sus plantas y sus animales domésticos, modificando con ello el medio y la vida nativos y produciendo una fusión e intercambio de influencias. Enseñaron al indio ideas y costumbres europeas, y, a su vez, fueron adaptándose a él. Aprendieron a comer su comida y a guisarla a su manera; a gustar sus bebidas y a utilizar sus hierbas medicinales; de él aprendieron a fumar, a construir y usar sus canoas y piraguas, sus cacharros, sus tejidos, sus hamacas; adoptaron sus métodos de caza de animales salvajes, su sistema de cultivos en terrazas con muros de contención en terrenos inclinados. Usaron sus caminos y canales. Tomaron centenares de palabras de sus muchas lenguas, y, lo que es más (como ha demostrado Cuervo), desde los primeros momentos dieron nuevo significado a antiguas palabras españolas, adaptándolas a las nuevas necesidades: palabras como *estancia*, que pasó a significar una gran propiedad raíz. (19 ) En resumen, las culturas nativas fueron decapitadas y toda la “alta cultura” de los indios desapareció — inclusive la capacidad de leer los códices mayas y aztecas—, pero las técnicas comunes de la vida diaria perduraron y se mezclaron con las europeas. Al mismo tiempo, no fueron pocos los españoles y portugueses que se lanzaron a la tarea de estudiar las lenguas indígenas. Para los misioneros fue éste trabajo de amor, que produjo una extensa y maravillosa colección de gramáticas, diccionarios, libros de lectura y catecismos; y, en ciudades como México y Lima, se crearon cátedras de las lenguas más importantes, principalmente para sacerdotes, en los seminarios teológicos y en las universidades.

El indio —el indio sedentario, por lo menos— dio un tono peculiar a la nueva sociedad del nuevo continente. Pese a la creencia instintiva en la igualdad humana que caracteriza a los pueblos hispánicos, era mayor la distancia entre amo y criado cuando el criado hablaba apenas español o portugués y casi no entendía las costumbres europeas. Y, sin embargo, las

costumbres indias influyeron sobre la sociedad entera. La cortesía y la reserva del indio, por ejemplo, llenan la vida de México y del Perú hasta hoy. Y en el Brasil y en Cuba, además, los esclavos africanos ponían también su parte en la vida común. (20)

La gente de las colonias no disfrutó, en más de un aspecto, de tanta libertad de movimiento como había tenido en Europa. Junto a las restricciones legales sobre las actividades económicas, existía una vigilancia rigurosa del orden público. Siempre se temía el peligro de posibles disturbios políticos, tanto de origen criollo como indígena. El primer período de la conquista había sido, en ocasiones, anárquico. Hubo ya diferencias entre los primeros colonizadores de la Española; hubo alzamientos en México, que sólo la energía y el tacto de Cortés lograron apaciguar; y la conquista del Perú degeneró en sangrienta guerra civil. Se acusó a muchos conquistadores de deslealtad a la Corona; había en todas partes una tentación natural a quebrantar los juramentos de fidelidad. Otro tanto ocurría en la vida privada; y todo ello llevó a las autoridades a la decisión de mantener el orden con severas disposiciones policíacas. Mientras en España o Portugal la gente iba y venía libremente a cualquier hora del día y, según el relato —más bien fantástico— de Mme de Aulnoy, cada noche se celebraban en Madrid, en tiempos de Felipe IV, trescientos duelos, en las colonias todas las actividades vigilables discurrían entre límites mucho más estrechos.

La debilidad esencial de esta sociedad estribaba en su desorganización latente. Manteníase agrupada principalmente por la fuerza externa de los distantes gobiernos europeos. Los derechos políticos de los coloniales eran muy limitados. Las relaciones de los españoles y portugueses con los indios eran, de por sí, humanas, pero anárquicas; tanto más sus relaciones con los esclavos negros. De ahí que las costumbres de las clases inferiores careciesen de organización, salvo en los lugares donde tribus indígenas aisladas o “pueblos olvidados” conservaron sus antiguos hábitos de vida. El ascenso social para los hombres bien dotados era ante todo cuestión de suerte. Sólo los grupos

ilustrados tenían pautas y tradiciones verdaderas y permanentes: ellos fueron los encargados de conservar y encaminar la civilización, con su esfuerzo y su ejemplo, aun cuando se mostrasen ciegos a los males que acarreaban a la sociedad con su conducta para con los grupos subyugados. El gran problema de la América hispánica fue, y lo es todavía, el de su integración social. (21)

Con todo, la que había sido al principio sociedad heterogénea de la América hispánica produjo, con el tiempo, un nuevo tipo de hombre, un tipo predominante, aunque todavía no general: el *homen novo* del sociólogo Euclides da Cunha, el “nuevo indígena” del poeta José Joaquín Pérez. No se trata de una raza, claro está, ni siquiera de una particular mezcla racial, sino del resultado, como dice Ricardo Rojas, no de un *ethnos*, sino de un *ethos*. Ya Bolívar había reparado en ello: “Nosotros somos —dijo— un pequeño género humano”. Y al emplear la primera persona del plural, pensaba, como solía, en toda la América hispánica.

Por raro que parezca, uno de los principios que en los tiempos de la Colonia guiaban a aquella sociedad, después de la religión, era la cultura intelectual y artística. Suponía la coronación de la vida social, del mismo modo que la santidad era la coronación de la vida individual. Aquella cultura no era progresiva; se fundaba en la autoridad, no en el experimento, y no se basaba en la educación del pueblo, como lo exige nuestro ideal moderno; Charles Péguy observa que el ideal de la educación popular no llega a los pueblos que viven dentro de la tradición latina sino con la Revolución francesa. Pero no era, en modo alguno, aristocrática; prácticamente, aun cuando no de modo nominal, los estudios estaban al alcance de todas las aspiraciones. Sólo que no se suponía que todos las tuvieran, ni mucho menos se concebía que el saber tuviese que llegar a todo el mundo. A menudo se enseñaba pintura, música y escultura, particularmente; a gente de muy humilde condición. (22)

España dio a sus colonias una organización de cultura tan completa como la que ella misma poseía. No así Portugal: quizá porque el Brasil estaba mucho más cerca de Lisboa que cualquier

dominio español de España, no se establecieron en sus vastas colonias instituciones de cultura superior, si se exceptúan los seminarios, y los más notables entre los brasileños hubieron de ir a Coimbra a seguir sus estudios. Pero en las posesiones españolas, tan pronto como las nuevas poblaciones se convirtieron en ciudades y villas de tipo europeo, se fundaron escuelas, lo mismo para criollos que para indios. (23) Aún no cumplía los cincuenta años la ciudad de Santo Domingo, en la Española, y ya tenía dos universidades: en 1538, por bula del Papa Paulo III, el colegio de la Orden de Santo Domingo se convertía en Universidad de Santo Tomás de Aquino, con iguales privilegios a los que tenían las de Salamanca y Alcalá de Henares (los frailes empezaron probablemente a impartir enseñanza en su convento poco después de su llegada en 1510); en 1540, un decreto real de Carlos V autorizaba la erección de la Universidad de Santiago de la Paz, dotada por un acaudalado extremeño, Hernando de Gorjón (m. en 1547), que se había establecido en la isla; tuvo su base en un colegio fundado antes de 1530 por el dinámico obispo Sebastián Ramírez de Fuenleal. En 1551, el Emperador creó dos grandes universidades en México y Lima, las dos únicas que llegaron a ser instituciones oficiales de la Corona. (24) Otras más se fundaron en Bogotá (1580), Quito (1586), Cuzco (1598), Charcas (1624), Córdoba del Tucumán, Huamanga (1677), Guatemala (1687), Caracas (1725), La Habana (1728) y Santiago de Chile (1738). Otros varios colegios aspiraron a la categoría de universidad, y aun llegaron ocasionalmente a obtenerla; con frecuencia disputábanse el privilegio dos órdenes monásticas: en Quito, en Bogotá y hasta en Córdoba hubo durante algún tiempo instituciones rivales. Las universidades principales tenían las cuatro escuelas tradicionales de la Edad Media: Artes, Teología, Derecho y Medicina. La tradición medieval prevaleció en ellas, como en las universidades españolas, y, pasado el primer siglo, sólo excepcionalmente abrieron sus puertas a la ciencia moderna. Cuando las colonias supieron de Galileo o Descartes, de Harvey, de Locke o de Condillac, fue por lo general gracias a esfuerzos individuales, o inclusive, por paradójico que parezca, a

los seminarios teológicos independientes. Fue la libre iniciativa privada la que primero introdujo en las colonias la ciencia moderna, que sólo en la última mitad del siglo XVIII penetró a través de vías oficiales tales como las expediciones científicas que pagaba el real tesoro (del que se dice que gastó dos millones de francos en tres expediciones botánicas), o a través de instituciones especiales como la Escuela de Minería en México (1792), que contaba entre sus profesores al químico vasco Fausto de Elhúyar (1757–1833), descubridor del vanadio y uno de los primeros que exploraron el campo de la geología y de la paleontología. Pero, en los últimos años del siglo, la Corona no se mostraba ya tan liberal como lo había sido antes y rechazó varios proyectos para nuevas instituciones científicas.

La imprenta se introdujo en México hacia 1535 (el libro más antiguo que se conserva lleva la fecha de 1539), y en Perú en 1584. Durante el siglo XVII apareció en Guatemala (1660), y, según el historiador norteamericano Isaiah Thomas, también en Santo Domingo, donde hay libros impresos con seguridad en el siglo siguiente. Fechas posteriores son las de 1703 para la Argentina y Paraguay (aquí con tipos de madera fabricados por los indios en las misiones jesuíticas), 1707 para Cuba, 1739 para la Nueva Granada, 1754 para el Ecuador, 1780 para Chile, 1807 para el Uruguay, 1808 para Venezuela y Puerto Rico. También aquí se queda atrás el Brasil, aun cuando su literatura colonial dista mucho de ser escasa; su primera imprenta data de principios del siglo XIX (si bien anteriormente había existido una clandestina, suprimida en 1706). Pero libros dignos de tal nombre, libros para leer y no meros textos escolares o folletos de devoción o publicaciones oficiales, sólo se imprimían en las dos ciudades virreinales, México y Lima, al menos hasta los últimos tiempos de la era colonial.

Antes de 1600 se imprimieron de vez en cuando hojas de noticias en México y Lima; vagos intentos de periodismo, que se adelantaron a los de muchas ciudades europeas. En el siglo siguiente estas hojas periódicas fueron más frecuentes. En el XVIII se publicaron en las capitales de México y Perú varios periódicos, excelentes revistas literarias y científicas, aparte de

las gacetas oficiales del gobierno. El primer diario apareció cuando era todavía una rareza en cualquier parte: el *Diario de Lima* (1790–1793), editado por Jaime Bausate, y después el *Diario de México* (1805-1817), que fundaron el oidor Jacobo de Villaurrutia, de Santo Domingo, y Carlos María de Bustamante, con el tiempo historiador prolífico. Pocas eran las noticias que publicaban: la mayor parte de sus páginas estaba consagrada a los asuntos públicos, a problemas económicos, a ensayos sobre temas científicos, literatura o arte (incluyendo traducciones de Winckelmann y Lessing) y a la poesía. En los primeros años del siglo XIX, cuando la imprenta se difundió por todas las colonias, muchas ciudades publicaron diarios y periódicos, juntamente con multitud de folletos, vehículos muy populares para la difusión de las ideas. (25)

Otra institución cultural —tal podemos llamarla— hizo bien temprana aparición en la América hispánica. El teatro público permanente, con sus edificios propios, compañías de actores y público de paga, cosa por entonces nueva en Europa, comenzó en México en 1597, con la “casa de comedias” de don Francisco de León, y poco después en Lima, hacia 1602 o quizá antes. Sabido es que el primer teatro público se construyó en París en 1548; en Londres se abrió el primero en 1576, y en Madrid en 1579. Fueron ellos los que impulsaron el espléndido desarrollo del teatro moderno en Francia, Inglaterra y España. (26) Por lo que hace a la América hispánica, los misioneros habían transplantado el teatro religioso de corte medieval en fecha muy temprana, no después de 1525, y seguía produciéndose en español y en portugués lo mismo que en muchos idiomas nativos, mezclando muy a menudo la técnica dramática europea con la indígena. (27) El teatro moderno pasó a las colonias españolas casi al mismo tiempo que empezó en la metrópoli. Bien a principios del siglo XVII, México tenía tres compañías teatrales y “comedias nuevas cada día”, según atestigua Bernardo de Valbuena en su poema sobre la grandeza de aquella ciudad (1604); Lima contaba con dos compañías. Más tarde, la rica ciudad minera de Potosí, en lo que es hoy Bolivia, y acaso también Puebla, en la Nueva España (la actual República



Mexicana), tuvieron sus teatros. Después ya no se construyeron más hasta los últimos años de la era colonial: en Buenos Aires, como capital de un nuevo virreinato, en el año de 1771, bajo los auspicios del virrey Vértiz; en La Habana, en 1776; en Montevideo, en 1792; en Bogotá, capital también de un nuevo virreinato, en 1805, y en Santiago de Chile en 1815, casi en vísperas de su independencia. (28 )

Olvídase con frecuencia que escritores de todas categorías vinieron en gran número a la América hispánica durante el siglo XVI y a principios del XVII. Los mismos descubridores, los exploradores y los conquistadores escribieron a menudo sus propias experiencias, aun cuando no fuesen del oficio: así, después de Colón, que apenas entendía de letras, y de Vespucio, que tenía inclinaciones literarias y era hombre muy leído, vinieron Hernán Cortés, que había sido estudiante en Salamanca, y Bernal Díaz del Castillo, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Pedro Pizarro, Pedro de Cieza de León, Pedro Sarmiento de Gamboa y Pedro Lopez de Sousa. A veces el escritor no era más que un aventurero, como Alonso Henríquez de Guzmán, “el caballero desbaratado” —y hasta una aventurera, como Catalina de Erauso, la increíble monja alférez—; otras, un funcionario del gobierno, como Gonzalo Fernández de Oviedo, o Francisco de Jerez, o el oidor Alonso de Zorita, el corregidor Juan Polo de Ondegardo, o Gabriel Soares de Sousa; más abundaban los religiosos, desde Fray Ramón Pané, el primer etnógrafo de América, que acompañó a Colón en su viaje en 1493, hasta los innumerables cronistas de las órdenes monásticas. Y hubo, por lo menos, un conquistador que fue gran poeta: Ercilla. Es lógico, por otra parte, que los verdaderos hombres de letras, los profesionales, no figuraran generalmente en las expediciones de exploración y conquista. Pero una vez que se hubieron poblado las nuevas tierras y se organizó la sociedad, fueron muchos los escritores que vinieron. Así, entre una multitud de *dii minores*, Gutierre de Cetina, autor de almibarados sonetos y madrigales, como el de “ojos claros, serenos” que nuestros jóvenes se saben todavía de memoria (murió en México, víctima, seguramente, de un marido celoso);

Francisco Cervantes de Salazar, erudito típico del prometedor período humanista de Carlos V; Micael de Carvajal, uno de los mejores autores dramáticos de la etapa de formación que precedió al auge de la comedia; Fray Alonso de Cabrera, predicador de los más originales, cuyas descripciones de las costumbres tenían tanto calor de vida que sirvieron de modelo a los novelistas; Eugenio de Salazar, maestro en la prosa de humor y poeta un tanto prosaico, pero poco común, de la vida doméstica; Juan de la Cueva, célebre precursor en el género de los dramas históricos sacados de las crónicas; Diego Mejía, traductor de las *Heroidas* de Ovidio; Fray Diego de Hojeda, cuya *Cristiada* es la más hermosa epopeya religiosa de toda la literatura española post-renacentista; (20) Enrique Garcés, traductor del Petrarca y de Camoens; Luis de Belmonte, dramaturgo errante de la escuela de Lope de Vega; Alvaro Alonso Barba, el mejor metalúrgico del siglo XVII, cuyo *Arte de los metales* se lee aún por su prosa magistral; Bento Teixeira, que cantó al Brasil, en su *Prosopopéa* (1601), a la manera de Camoens; (30) Francisco Manoel de Mello, historiador de la guerra de Cataluña (1645), maestro igualmente en lengua portuguesa y española, que, sentenciado a sufrir destierro en el Brasil (1655-1658), escribió allí su mejor obra, los *Apologos dialogaes*. (31) Hubo hasta escritores tan singulares como Luis de Carvajal, “el Alumbrado” (c. 1566-1596), mártir judío traspasado de un extraño fervor místico, y Lázaro Bejarano, infatigable seguidor de Erasmo, dotado de una irreprimible vena satírica; gobernador de la isla de Curaçao, por razón de su matrimonio con la hija de Juan de Ampfés, tuvo para los indios un trato paternal y escribió un diálogo filosófico en su defensa —hoy perdido, desgraciadamente— impugnando al brillante Sepúlveda. (32) Las figuras importantes, además de Ercilla y de Mello, fueron Mateo Alemán, el verdadero padre de la novela picaresca, y Tirso de Molina, creador de Don Juan y autor de tantas comedias y dramas espléndidos. Alemán vino a México en 1608 y publicó dos obras breves, un relato del viaje y muerte del arzobispo García Guerra y un tratado de ortografía, en el que se muestra buen conocedor de la ilustre tradición española,

Mexicana), tuvieron sus teatros. Después ya no se construyeron más hasta los últimos años de la era colonial: en Buenos Aires, como capital de un nuevo virreinato, en el año de 1771, bajo los auspicios del virrey Vértiz; en La Habana, en 1776; en Montevideo, en 1792; en Bogotá, capital también de un nuevo virreinato, en 1805, y en Santiago de Chile en 1815, casi en vísperas de su independencia. (28 )

Olvídase con frecuencia que escritores de todas categorías vinieron en gran número a la América hispánica durante el siglo XVI y a principios del XVII. Los mismos descubridores, los exploradores y los conquistadores escribieron a menudo sus propias experiencias, aun cuando no fuesen del oficio: así, después de Colón, que apenas entendía de letras, y de Vespucio, que tenía inclinaciones literarias y era hombre muy leído, vinieron Hernán Cortés, que había sido estudiante en Salamanca, y Bernal Díaz del Castillo, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Pedro Pizarro, Pedro de Cieza de León, Pedro Sarmiento de Gamboa y Pedro Lopez de Sousa. A veces el escritor no era más que un aventurero, como Alonso Henríquez de Guzmán, “el caballero desbaratado” —y hasta una aventurera, como Catalina de Erauso, la increíble monja alférez—; otras, un funcionario del gobierno, como Gonzalo Fernández de Oviedo, o Francisco de Jerez, o el oidor Alonso de Zorita, el corregidor Juan Polo de Ondegardo, o Gabriel Soares de Sousa; más abundaban los religiosos, desde Fray Ramón Pané, el primer etnógrafo de América, que acompañó a Colón en su viaje en 1493, hasta los innumerables cronistas de las órdenes monásticas. Y hubo, por lo menos, un conquistador que fue gran poeta: Ercilla. Es lógico, por otra parte, que los verdaderos hombres de letras, los profesionales, no figuraran generalmente en las expediciones de exploración y conquista. Pero una vez que se hubieron poblado las nuevas tierras y se organizó la sociedad, fueron muchos los escritores que vinieron. Así, entre una multitud de *dii minores*, Gutierre de Cetina, autor de almibarados sonetos y madrigales, como el de “ojos claros, serenos” que nuestros jóvenes se saben todavía de memoria (murió en México, víctima, seguramente, de un marido celoso);

Francisco Cervantes de Salazar, erudito típico del prometedor período humanista de Carlos V; Micael de Carvajal, uno de los mejores autores dramáticos de la etapa de formación que precedió al auge de la comedia; Fray Alonso de Cabrera, predicador de los más originales, cuyas descripciones de las costumbres tenían tanto calor de vida que sirvieron de modelo a los novelistas; Eugenio de Salazar, maestro en la prosa de humor y poeta un tanto prosaico, pero poco común, de la vida doméstica; Juan de la Cueva, célebre precursor en el género de los dramas históricos sacados de las crónicas; Diego Mejía, traductor de las *Heroidas* de Ovidio; Fray Diego de Hojeda, cuya *Cristiada* es la más hermosa epopeya religiosa de toda la literatura española post-renacentista; (20) Enrique Garcés, traductor del Petrarca y de Camoens; Luis de Belmonte, dramaturgo errante de la escuela de Lope de Vega; Alvaro Alonso Barba, el mejor metalúrgico del siglo XVII, cuyo *Arte de los metales* se lee aún por su prosa magistral; Bento Teixeira, que cantó al Brasil, en su *Prosopopéa* (1601), a la manera de Camoens; (30) Francisco Manoel de Mello, historiador de la guerra de Cataluña (1645), maestro igualmente en lengua portuguesa y española, que, sentenciado a sufrir destierro en el Brasil (1655-1658), escribió allí su mejor obra, los *Apologos dialogaes*. (31) Hubo hasta escritores tan singulares como Luis de Carvajal, "el Alumbrado" (c. 1566-1596), mártir judío traspasado de un extraño fervor místico, y Lázaro Bejarano, infatigable seguidor de Erasmo, dotado de una irreprimible vena satírica; gobernador de la isla de Curaçao, por razón de su matrimonio con la hija de Juan de Ampfés, tuvo para los indios un trato paternal y escribió un diálogo filosófico en su defensa—hoy perdido, desgraciadamente—impugnando al brillante Sepúlveda. (32) Las figuras importantes, además de Ercilla y de Mello, fueron Mateo Alemán, el verdadero padre de la novela picaresca, y Tirso de Molina, creador de Don Juan y autor de tantas comedias y dramas espléndidos. Alemán vino a México en 1608 y publicó dos obras breves, un relato del viaje y muerte del arzobispo García Guerra y un tratado de ortografía, en el que se muestra buen conocedor de la ilustre tradición española,

hoy casi olvidada, de la fonética técnica. Después de unos años de actividad, sus huellas desaparecen: debió de morir en México, pues cuando llegó había pasado ya de los sesenta. Tirso de Molina vino a Santo Domingo en 1616; era entonces un joven fraile —tendría unos treinta y tres años—, y hasta 1618 enseñó teología en el Convento de Nuestra Señora de la Gracia y participó en justas poéticas. El mismo Cervantes solicitó algún puesto oficial en las colonias, pero, por fortuna para nosotros, no llegó a obtenerlo: en este medio nuevo, donde estaba prohibida la impresión de novelas y donde hubiera tenido muchas ocupaciones que atender, probablemente no hubiera llegado a escribir el *Quijote*, ni aun las *Novelas ejemplares*. Hubo aún otros tres hombres de letras eminentes que quisieron venir y no llegaron a hacerlo: Diego Hurtado de Mendoza, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz.

No fueron en menor número los artistas. Aún no se completa el catálogo de sus nombres, que es ya extenso. Incluye a Fray Diego de Veladés, franciscano, que dio clases a los indígenas en la escuela fundada por Fray Pedro de Gante en México; Alonso de Narváez, autor de la milagrosa imagen de *Nuestra Señora de Chiquinquirá*, en Nueva Granada; los vascos Francisco de Zumaya y Baltasar de Echave Orio (1549-1620); Sebastián de Arteaga (1610- c. 1655), que pintó en México el impresionante claroscuro de la *Incredulidad de Santo Tomás* y el delicado y áureo *Matrimonio de José y María*; Pedro de Reinalte Coelho, hijo del pintor de corte Coelho; Gabriel Murillo, hijo del famoso artista sevillano; el romano Matteo Piero d'Alessio, renombrado discípulo de Miguel Angel; el napolitano Angelo o Angelico Medoro, nombre que parece inventado, por lo eufónico y arióstico; el flamenco Simón Pereyns, que, acusado de herejía, fue condenado por la Inquisición mexicana, en 1568, a pintar la imagen de la Virgen María (su mejor obra es el *San Cristóbal* de la Catedral), el holandés Frans Janszoon Post (1612–1682), que vino al nordeste del Brasil a mediados del siglo XVII e inventó los “primeros paisajes americanos” siguiendo “una fórmula artificial, un escenario de flora y fauna tropical con un fondo de

vapores azules luminosos”; y también otro holandés, mucho más notable, Albert Eckhout, que dibujó y pintó en forma magistral la flora, la fauna y los habitantes del Brasil. (33)

Entre los escultores de que se ha conservado memoria, Diego de Robles y Luis de Rivera fueron los primeros que hubo en Quito, y Matías de la Cerda en México; Ignacio García de Asucha hizo los relieves de altar mayor del Convento de San Francisco en Bogotá, y Diego Ortiz la imagen milagrosa de *La Virgen de Copacabana*, en el Perú.

Y quedan aún los incontables arquitectos que vinieron a la Española con Colón en 1493, empezando por Zafra. Entre los constructores de las primeras iglesias, palacios y fortalezas en la ciudad de Santo Domingo, la personalidad más destacada es la de Rodrigo Gil de Liendo, a quien debemos la iglesia de Nuestra Señora de la Gracia, el convento de la orden franciscana, hoy en ruinas, y parte de la Catedral (no ha llegado a nosotros el nombre del iniciador de esta obra maestra). En ocasiones, los mismos conquistadores se convertían en arquitectos: tal el caso de Pero Ansúrez Henríquez de Camporredondo, que planeó personalmente la ciudad de Charcas (1538). Y entre los miembros de las órdenes religiosas era cosa corriente entender de arquitectura. El primer arquitecto que hubo en el Brasil fue el jesuita portugués Francisco Días. El flamenco Jodoco Ricke, franciscano, abrió en Quito una escuela para arquitectos, escultores y pintores, que en 1553 pasó a ser el Colegio de San Andrés, el primero de su clase en América. De Francisco Becerra se dice que fue “el mejor arquitecto que vino al Nuevo Mundo en los tiempos de la Colonia”; fue el que hizo, total o parcialmente, las catedrales de Puebla, Lima y Cuzco y los conventos de Santo Domingo y San Agustín en Quito, además de palacios, fuertes y puentes. Y por todas partes hay obras de los hermanos Antonelli, italianos, que construyeron fuertes en La Habana, Santo Domingo, Puerto Rico, Guatemala, Cartagena de Indias, Chagres, Porto Belo y el Estrecho de Magallanes. Por último, los dos monumentos arquitectónicos más imponentes del período colonial, las catedrales gemelas de México y Puebla, han de clasificarse como obra primordialmente de artífices

Europeos. (34)

No fueron pocos los escritores que en el Nuevo Mundo encontraron su vocación. Cuando el joven abogado Bartolomé de las Casas llegó a la Española (1502) siguiendo los pasos de su padre (que acompañó a Colón en su segundo viaje), no era tal vez sino un aventurero que venía en busca de fortuna. Ya hemos visto que en las Antillas se ordenó de sacerdote, y que más tarde se consagró a su ardua tarea de defender a los indios. Ella le convirtió en escritor fecundo; nos dejó, aparte de sus cartas y escritos polémicos, dos libros gigantescos, la *Historia de las Indias*, relato de los acontecimientos desde el Descubrimiento hasta 1520 (la continuó hasta 1540, pero perdió su propio manuscrito), y la *Apologética Historia de las Indias*, donde rivaliza con Oviedo en la descripción geográfica, botánica y zoológica del hemisferio occidental. Alonso de Ercilla, oscuro capitán, se convirtió en poeta luchando contra los indomables araucanos. Su *Araucana* tuvo en España éxito sorprendente, igual que una novela de caballerías, y dio origen a muchas imitaciones y réplicas (hubo quien le encontró demasiado parco en sus elogios al joven comandante del ejército español, García Hurtado de Mendoza); hoy día sobrevive principalmente como la epopeya nacional de Chile. Con imparcialidad homérica, Ercilla distribuye equitativamente la grandeza y la gloria de la guerra entre los dos pueblos adversarios. Pero como los españoles no obtuvieron en Chile territorio comparable al que habían ganado a los aztecas o a los incas, ni aun llegaron a alcanzar un dominio completo sobre sus aguerridos enemigos, la resistencia de los indios se destaca con tanto mayor relieve. Los empecinados caciques del poema, Lautaro, Caupolicán, Tucapel, Galbarino, Colocolo (a quien hasta Voltaire admiró, comparándolo a Néstor), han llegado a convertirse en estatuarias figuras míticas representadas hoy apropiadamente en los pintorescos parques de su tierra natal. Se ha dicho que la imparcialidad de Ercilla puede deberse en parte a la influencia de Las Casas; el hecho tal vez se explique sobradamente tomando en cuenta que tal imparcialidad era ya tradición en la poesía épica clásica, aceptada aun en la historia por escritores

como Diego Hurtado de Mendoza en sus *Guerras civiles de Granada*. Además, Ercilla condena insistentemente la codicia como motivo de la guerra, y comparte la creencia en la pureza moral de los salvajes; cuando describe a los habitantes de Chile al sur de la Araucanía dice (canto XXXVI) que

*ni la maldad, el robo y la injusticia*

.....

*entrada en esta parte habían hallado  
ni la ley natural inficionado. (35)*

Cieza de León vino a las Indias a los catorce años. Más tarde, como soldado de Pizarro, llegó a ser el cronista sin rival —sólo igualado por Garcilaso— de la grandeza y caída del imperio inca. Bernal Díaz del Castillo, que había hecho la conquista con Cortés, se sintió obligado, al final de su vida, a reconstruir la historia de la conquista de México acudiendo a los archivos de su espléndida memoria, que conservaba aún vivos los rasgos y maneras de cada uno de los conquistadores y el color de cada uno de los caballos que montaran. Juan de Castellanos era, como Cieza, un mozalbete cuando vino a América; pero cuando comenzó a escribir sus *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, extraordinariamente minuciosas, el poema más largo que ha producido la literatura española, era ya sacerdote maduro. No sólo pertenecen al Nuevo Mundo los sucesos que narra; su lenguaje mismo es un claro espejo del español que vino a hablarse en la zona del Caribe durante la última mitad del siglo XVI.

Toda esta literatura, desde Colón hasta Palafox, pertenece a la América hispánica mucho más que a España y Portugal. Es la obra de hombres cuya vida, como dice Ortega, ha hecho de ellos hombres nuevos. Algunas de sus páginas revelaron el Nuevo Mundo a la imaginación de Europa, que tomó de ellos sólo unos cuantos tópicos llamativos. Pero en la prodigiosa cantidad de escritos salidos de las plumas de los primeros cronistas y poetas estaba el verdadero descubrimiento del Nuevo Mundo por ojos europeos. Sólo en América pudo entenderse plenamente su



visión directa, que para ellos era una toma de posesión imaginativa e intelectual. (36)

Las universidades y los conventos, los hombres de estudio y los que presidían diócesis y audiencias, los virreyes mismos en las grandes capitales, además de la presencia de tantos escritores, pintores, escultores y arquitectos, crearon un ambiente propicio a la literatura y las artes. Era de esperarse que los hijos de los conquistadores, y también los de los conquistados, trataran muy pronto de escribir en español y en portugués, y de pintar y levantar casas e iglesias al estilo europeo. Hacia mediados del siglo XVI comenzamos a encontrar nombres de escritores y artistas nacidos en América. Cincuenta años más tarde los hay en abundancia: en México, trescientos poetas concurrieron a una justa poética en 1585. (37) Los escritores escribieron obras religiosas, historia, poesía lírica y poesía épica, dramas y comedias; raras eran las novelas, pues estaba prohibido publicarlas, aunque se leían a pesar de las prohibiciones. (38) La mayor parte de esta literatura temprana se ha perdido: la imprenta era aún muy reciente y no daba abasto. Pero sabemos del poeta mexicano Francisco de Terrazas, hijo de conquistador, autor de refinados versos en español, en latín, que era la lengua culta, y en italiano, lengua entonces de moda. (39) Pedro de Oña (1570- c. 1643) de Chile, escribió cuatro grandes poemas; uno de ellos, el *Arauco domado*, es una variante, y enmienda quizá, de la *Araucana* de Ercilla. Oña escribe versos con soltura y a veces con mucha elegancia; carente del poder arquitectónico de su eminente rival, maneja con maestría las escenas artificiales al estilo del Renacimiento, en las que cuidadosamente omite la verdadera flora y fauna salvaje del país que describe, y que era el suyo propio. Con todo, no suprime enteramente los paisajes nativos, ya que los cuadros que traza de las tierras desérticas son bien realistas. En su última obra, *El vasauro*, (1635), muéstrase mucho mejor poeta y despliega no sólo soltura y elegancia, sino también energía y brillantez. Por los años en que escribió *El vasauro* se hallaba bajo la para él benéfica influencia de Góngora. (40) Cristóbal de Llerena, de Santo Domingo, y Juan Pérez Ramírez, de México, muestran sorprendentes dotes de

construcción y estilo en sus piezas breves. Y tampoco las mujeres vivían todas en ociosidad mental: Eugenio de Salazar menciona a “la ilustre poeta y señora Doña Elvira de Mendoza, nacida en la ciudad de Santo Domingo”, aunque no da muestras de su obra. Afortunadamente sí transcribió seis poemas deliciosos de otra dominicana, la monja Doña Leonor de Ovando (muerta después de 1609), que llegó a elevarse a conceptos devotos como éste:

*Y sé que por mí sola padeciera  
y a mí sola me hubiera redimido  
si sola en este mundo me criara. (41)*

Pedro Gutiérrez de Santa Clara, nacido en Cuba o en México, Cristóbal de Molina “de Cuzco”, Luis Jerónimo de Oré (1554-1627) y Blas Valera (c. 1538- c. 1598), del Perú, Juan Rodríguez Freile (1566-1638), de la Nueva Granada, Baltasar de Obregón, Hernando Alvarado Tezozómoc (c. 1520- c. 1600), Diego Muñoz Camargo (c. 1526- c. 1600), Baltasar Dorantes de Carranza, Juan Suárez de Peralta, y Fernando de Alba Ixtlilxóchitl (c. 1568- c. 1648), de México, y Ruy Díaz de Guzmán (c. 1554-1629), del Paraguay, son excelentes historiadores, y su obra viene a añadirse a la de los cronistas de origen europeo para trazarnos el cuadro completo de nuestro primer siglo colonial. El arzobispo Agustín Dávila Padilla (1562-1604) es el primer historiador de una orden monástica —la de Santo Domingo— en América, a la vez que un precursor de la arqueología. Pero no son éstos todavía los hombres y mujeres que representan el florecimiento del mundo colonial.

Ni son ellos tampoco quienes dan a nuestro siglo XVI su verdadera originalidad: dásela aquellas obras de arquitectura y teatro que muestran una mezcla de las dos culturas, la europea y la indígena. El Nuevo Mundo captó los últimos rayos tardíos del arte de la baja Edad Media, junto con el primer resplandor del Renacimiento, en pintura (como puede verse en los cuadros más antiguos que se conservan en las catedrales de Santo Domingo y Puerto Rico, y en los innumerables frescos de las primitivas

iglesias mexicanas); en escultura —el grupo de Diego de Robles titulado *El bautismo de Cristo*, en Quito, es todavía esencialmente de estilo gótico —; en arquitectura, (42) en poesía. Los romances tradicionales, lo mismo que las canciones viejas, a menudo rímadadas libremente, seguían siendo cosas vivas, y los compañeros de Cortés y de Pizarro, de Pedro de Valdivia y de Nuño de Chaves, improvisaron otros nuevos sobre la marcha o entre combate y combate; el “arte mayor”, el tipo de verso característico de Juan de Mena, vino también con los primeros colonizadores, como nos lo demuestra el más antiguo poema sobre la conquista del Perú, escrito probablemente alrededor de 1548; (42a) y en algunas obras posteriores Juan de Castellanos da fe del desagrado con que fue recibida en la Nueva Granada la adopción de los endecasílabos italianos en España por uno de los más grandes amigos de las letras entre los conquistadores, Gonzalo Jiménez de Quesada, y por el soldado poeta Lorenzo Martín.

Las primeras iglesias, palacios y fortalezas son de estilo isabelino —nombre creado por Bertaux— “la más viva expresión del genio nacional de España en arquitectura”, que combina el gótico posterior con el protorrenacimiento. Y no faltan, aquí y allá, reminiscencias románicas. La ciudad de Santo Domingo, rodeada de murallas como una ciudad medieval hasta los últimos años del siglo XIX, es un museo del estilo isabelino trasplantado; en ella pueden verse influencias directas de edificios tan típicos como la Catedral Nueva de Salamanca, las iglesias de Santa Cruz y de San Juan de los Reyes de Toledo, el palacio de Saldañuela y la Casa del Cordón en Burgos. Y aun edificios posteriores, como la iglesia de Regina Angelorum, siguen el patrón de las primeras que se levantaron. (43) Del estilo mudéjar, creado por los moros que convivían con los cristianos, hay también alguna muestra: un edificio entero, una iglesia de Santiago de los Caballeros en la Española, destruida por un temblor en 1524, y detalles aislados en muchos otros, desde México a Chile. Hacia fines del siglo XVII hubo en México, en lo que es hoy el estado de Puebla, un tardío renacimiento de este estilo, que dio origen a una nueva forma de

arte, con sus adornos de azulejos multicolores en paredes y torres. (44)

Nuestras primeras estructuras arquitectónicas se conformaban a las circunstancias peculiares del lugar en que se alzaban. El peligro de un ataque por parte de los indios impuso a veces las murallas, en las iglesias como en los palacios. La necesidad de que multitudes enteras tuviesen acceso a los servicios religiosos dio origen a las capillas abiertas, es decir, grandes iglesias sin puertas al frente. (45) Y no pocas veces construyeron los españoles sus edificios sobre las ruinas de algún templo o algún castillo indio: por ejemplo, en Cuzco, el Convento de Santa Catalina, el palacio del Marqués de San Juan de Buena Vista, la Casa de las Serpes y la iglesia de Santo Domingo, para la que se aprovechó una parte de las murallas de Coricancha, el templo central de los Incas, como todavía puede verse. En México, una enorme cabeza de serpiente preciosamente tallada, procedente de un templo azteca, sirve de mocheta a uno de los palacios coloniales.

En estos edificios la mezcla de culturas no es más que una superposición. La verdadera fusión comienza cuando el nativo de México o Perú se pone a trabajar bajo la dirección de un europeo, y su técnica antigua modifica la nueva que está aprendiendo. Su situación resulta igual a la del moro que, convertido en vasallo de los cristianos en Europa, trabaja para ellos. Estructuras y portadas revelan entonces una nueva simetría, de origen indio. Lampérez, el historiador español de la arquitectura, considera la portada de la iglesia de San Lorenzo en Potosí como el ejemplar donde la fusión de estilos, el *criollismo*, como él lo llama, “se presenta más terriblemente, si vale el calificativo”. Y añade: “La composición de la portada es genuinamente *plateresca española*, sin quitar ni poner un solo elemento, como los detalles, que lo cuajan todo, lo son también. ¡Pero qué interpretación tan india hay en aquella profusión, en aquellos entrelazados, en lo plano de la factura, en lo anguloso del dibujo, en lo oscuro de la composición!” (46) Las puertas y ventanas de forma trapezoidal, típicas de la construcción inca, aparecen en varios edificios del virreinato del Perú. Hay además

motivos indios: el sol, la luna y las estrellas, figuras humanas, fauna y flora de todos los colores. Donde más se evidencia esta fusión es en América del Sur, en la zona del lago Titicaca, e incluye las ciudades de Puno, Zepita y Pomata.

En pintura, los principales ejemplos de fusión son los códices mexicanos hechos después de la conquista: aún se usan en ellos los antiguos glifos aztecas, pero se ve una clara influencia del realismo europeo, sobre todo en las figuras de los españoles. (47) En escultura, la influencia indígena se advierte en la factura plana y en detalles ornamentales. (48)

Esta fusión de culturas es asimismo evidente en literatura. Por algo el primer libro que conservamos impreso en el Nuevo Mundo está en dos lenguas: una doctrina cristiana con dos textos, español y náhuatl, la lengua de los aztecas (México, 1539). Por algo también el primer libro impreso original de un hombre nacido en el Nuevo Mundo está escrito en una lengua indígena: la *Doctrina Cristiana* de Fray Juan de Guevara, en lengua huasteca (México, 1548). La obra de etnografía y arqueología más formidable de nuestro siglo XVI fue escrita en tres idiomas, latín, español y náhuatl; es la *Historia de la Nueva España*, de Fray Bernardino de Sahagún, natural del antiguo reino de León. El santo misionero José de Anchieta, en el Brasil, escribió obras de historia, sermones, poemas y piezas de teatro, ya en español o portugués; ya en latín, ya en guaraní. Muchos escritores, tanto de este como del otro lado del Atlántico, fueron bilingües. Y algunos de los que escribieron en una sola lengua parecen haber pensado en dos: Santa Cruz Pachacuti (que escribió pobremente en español), Blas Valera, Alvarado Tezozómoc, Alba Ixtlixóchitl, y el primero de nuestros clásicos, el Inca Garcilaso.

En el teatro la fusión es todavía más sorprendente. Entre los aztecas de México, entre los mayas y quichés de Yucatán y Guatemala, y los quechuas del Perú, se habían desarrollado varios tipos de tragedia y comedia, derivados, según parece, de celebraciones rituales —uno de ellos, quizá, de los ritos de vegetación, si interpreto bien a Garcilaso—. (49) Los primeros cronistas —Santa Cruz Pachacuti, Acosta,

Durán, Alba Ixtlilxóchitl, Landa—, describen las representaciones indígenas, sus teatros y su técnica escénica y de actuación. Conservamos por lo menos una obra, el *Rabinal Achí*, danza-tragedia ritual de los quichés. Parece auténtica, tan arcaica es su forma y tan distinta de cualquier tipo de teatro europeo. (50) Cuando vinieron los misioneros, decidieron adaptar el auto religioso medieval a la propagación de la fe entre los indios, y sagazmente combinaron la técnica europea con la indígena, lo mismo en el teatro que en las danzas rituales. Hasta en música se hizo un intento deliberado de fusión: refiere Garcilaso que el chantre de la Catedral de Cuzco compuso en 1551, para la festividad del Corpus Christi, un himno basado en motivos indígenas. No sabemos si la costumbre se siguió o si podrían hallarse algunas consecuencias de ella hoy día. Los misioneros escribieron sus piezas principalmente en las lenguas indígenas; las representaciones se daban por lo general en las iglesias o en lugares próximos, aun cuando también, en ocasiones, en pleno campo, con un fondo natural de rocas y vegetación, al que se añadían adornos artificiales, como guirnaldas de flores y pájaros de papel. Se permitía a los actores que echaran mano de recursos escénicos indígenas, tales como el simular la cojera, el fingirse sordos o imitar a ciertos animales. Había también danzas indias y europeas, que acompañaban a las representaciones o se celebraban por separado. Esta clase de teatro subsistió hasta el fin de la era colonial, y aún se cultiva en aldeas alejadas de los centros de civilización en muchos lugares, inclusive en el suroeste español de los Estados Unidos. Tuvo múltiple descendencia, en muchos idiomas indígenas, en español y portugués, y en latín. En ocasiones se usaban en la misma obra dos o tres lenguas: latín y español, como en el teatro de los jesuitas en la misma metrópoli, o, por ejemplo, español, náhuatl y otomí. Tales combinaciones aparecen, como motivo ornamental, hasta en los villancicos escritos para cantarse en grandes catedrales por Sor Juana Inés de la Cruz, a fines del siglo XVII. Otras veces se escriben en una especie de *lingua franca* mixta. Los mangués de Nicaragua siguen representando una comedia-ballet, *El güegüence*, en una mezcla de español y

náhuatl. (51) También siguen siendo comunes las pantomimas y danzas sobre motivos religiosos o históricos, como por ejemplo la conquista. Y finalmente, en el Perú durante los siglos XVII y XVIII, se escribieron largos dramas profanos en quechua, siguiendo los dechados españoles de Lope y Calderón —que, además, se traducían a las lenguas indígenas tanto en la América del Norte como en la del Sur. (52) Durante algún tiempo se consideró a una de estas piezas profanas, *Ollantay*, romántica historia de amor y de contienda civil, como supervivencia de los tiempos antiguos anteriores a la conquista. Tal vez las canciones y algunos detalles, así como el fondo mismo del asunto, sean verdaderamente antiguos, pero la conformación dramática y aun la forma métrica derivan de modelos españoles. *Ollantay* se representó en 1780 ante Túpac Amaru, el último gran rebelde inca alzado contra la Corona española, por más que, aunque resulte paradójico, *Ollantay* mismo se rebeló contra uno de los Incas reinantes. Pronto se prohibió la obra, y, por lo mismo, no faltó quien la conservara celosamente. Se ha traducido a muchos idiomas, desde el latín hasta el checo, y sigue siendo fuente de inspiración de poetas y músicos modernos. (53)

### III

## EL FLORECIMIENTO DEL MUNDO COLONIAL

(1600 – 1800)



A hemos visto cómo las nuevas experiencias convirtieron en hombres nuevos a los españoles y los portugueses que se establecieron en el Nuevo Mundo. A fines del siglo XVI, sus descendientes, algunos de ellos de pura sangre europea, pero en su mayoría con alguna mezcla de sangre india, eran hombres de un tipo nuevo, “el nuevo indígena”, que vivían dentro de un medio único, crisol de dos culturas. También los indios, por lo menos aquellos que aprendieron a hablar el lenguaje de los conquistadores, eran distintos de como habían sido: la vida había cambiado para ellos lo mismo que para los recién llegados. España y Portugal fijaron las líneas generales de la nueva estructura social y le impusieron sus principios rectores. Desaparecieron las formas superiores de la cultura nativa, pero no así muchas de las técnicas más humildes, que perduraron, algunas hasta ahora —en agricultura, en medicina, cocina, tejido y cerámica, y aun, como ya hemos visto, en literatura, arquitectura, escultura y pintura— injertándose sobre formas europeas.

Muy pronto esta sociedad nueva tuvo conciencia de su individualidad y se mostró celosa de sus derechos. La rivalidad entre los españoles y portugueses que cruzaban el océano y los hombres nacidos en el nuevo continente, lo mismo criollos que



mestizos convirtiéndose en franca contienda antes de que acabara el siglo XVI, y continuó siéndolo hasta las guerras de independencia. El poeta Terrazas se queja de que México sea una madrastra para sus propios hijos y acoja en cambio como “dulce madre pía” a quienes vienen de fuera. Tiempo después, Gregorio de Mattos define a los brasileños como bestias de carga que trabajan toda su vida para mantener a la canalla portuguesa, *maganos de Portugal...* (1) Un soneto anónimo de los primeros tiempos de la Colonia atiza el odio del hombre del Nuevo Mundo contra los buscadores de fortuna procedentes del otro lado del mar:

*Viene de España por el mar salobre  
a nuestro mexicano domicilio  
un hombre tosco, sin algún auxilio.  
de salud falto y de dinero pobre.  
Y luego que caudal y ánimo cobre  
le aplican, en su bárbaro concilio,  
otros como él, de César y Virgilio  
las dos coronas de laurel y robre.  
Y el otro, que agujetas y alfileres  
vendía por las calles, ya es un conde  
en calidad, y en cantidad un Fúcar. (2)  
Y abomina después el lugar donde  
adquirió estimación, gusto y haberes:  
¡y tiraba la jábega en Sanlúcar!*

Bastante a menudo, el descontento que se queja de la intrusión del europeo o no se aviene con sus modales era también hombre nacido allá en Europa, sólo que con muchos más años de vivir en América. El doctor Juan de Cárdenas, médico español que publicó en México, en 1591, un libro titulado *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, compara los toscos modales de muchos de sus compatriotas, los chapetones, los recién llegados, con el meticuloso refinamiento de los criollos, aun de los nacidos y criados en la aldea. Tal refinamiento era herencia insospechada, pero de hondo arraigo, de los aztecas, cuya

cortesía se hizo tan proverbial en la misma España que el novelista Espinel describe a uno de sus personajes diciendo: “cortés como un indio mexicano”.

Contradiendo sus propias leyes, los reyes de España y de Portugal acostumbraban enviar hombres nacidos en Europa a desempeñar importantes cargos políticos, administrativos, judiciales y eclesiásticos. En ocasiones libraron nombramientos en favor de personas nacidas en las colonias, pero pocas veces les dieron autoridad sobre sus propios distritos nativos. Vemos a Vértiz, de Yucatán, como virrey de Buenos Aires, o a fray Domingo de Valderrama, de Quito, como arzobispo de Santo Domingo, y, después, de La Paz. (3) Como era natural, criollos y mestizos tomaban a mal el proceder; juzgábanse mercedores de cierto grado de autonomía, tal como la que disfrutaban, por lo menos, en la administración de las ciudades. En represalia, y siempre que podían, obstaculizaban el progreso de cualquier europeo de nacimiento en los puestos que caían bajo su jurisdicción. En la Universidad de México, por ejemplo, las cátedras se otorgaban a los mexicanos, con preferencia sobre los españoles.

Hacia el año de 1600 las colonias estaban ya en plena actividad, especialmente los dos grandes virreinos —México, llamado entonces Nueva España, que se extendía desde lo que es hoy el estado de Nevada hasta la península de Yucatán, y el Perú, que abarcaba desde Quito hasta Potosí. La riqueza social descansaba en ellos sobre la numerosa y sufrida población indígena, pero también, como en cualquier otra parte, sobre los productos del suelo y la minería. Todavía algunos países no alcanzaban pleno desenvolvimiento: Argentina y Uruguay tenían pocos habitantes, españoles o indios, aun cuando, para mediados del siglo XVIII, manifestaban ya una intensa actividad comercial. Paraguay había sido, hasta 1600, la zona más importante de la región del Río de la Plata; había dado ya hombres prominentes como Hernandarias de Saavedra y su hermano el obispo Trejo, y allí acababan de establecerse las primeras misiones jesuíticas (1585). Mientras tanto, Santo Domingo, sede del primer virreinato, que tan corta vida había

disfrutado (1509-1526) bajo Diego Colón, atravesaba una época de decadencia económica, aun cuando mantuvo su importancia y su orgullo como capital política, eclesiástica y cultural de la zona oriental del Caribe por más de dos siglos, hasta verse desplazada por Cuba y Venezuela. Nueva Granada, la actual Colombia, era ya un pequeño mundo autónomo; lo mismo Chile. Guatemala había alcanzado fisonomía propia. Y en el Brasil los colonizadores portugueses del noreste hacían fortunas fabulosas con sus plantaciones de azúcar, que los negros trabajaban para ellos, mientras los *bandeirantes* se adueñaban por la fuerza de las tierras del sur.

Bernardo de Valbuena publicó en 1604 un espléndido poema sobre la *Grandeza mexicana*, en que describió la opulencia y el refinamiento de la ciudad, la suntuosidad de sus palacios, la belleza de sus jardines, donde se cultivaban los mejores árboles y plantas de Europa, el lujo de los adornos y de los carruajes, la variedad de los caballos: los mexicanos tenían ya fama de buenos jinetes, y Cervantes, en el *Quijote*, los compara a los cordobeses. (4) Entre los miembros más afortunados de la sociedad eran comunes la vida de lujo y el gusto artístico; y no sólo en México, sino también en colonias que podrían llamarse pobres, excepto por sus recursos naturales. Ya en 1520, el prelado italiano Geraldini lo observa así en Santo Domingo: “¿Y cómo hablaré de los nobles caballeros, resplandecientes de púrpura y sedas recamadas de oro, pues son tan innumerables?” (5) Verdad que, según Juan de Castellanos, la ciudad tenía la agradable peculiaridad de que en ella la gente podía vivir bien y conservar su posición social “sin dineros y sin renta”: (6) cosa muy cierta, y hasta no hace mucho tiempo. En Lima, según el padre Bernabé Cobo, las calles principales estaban atestadas de gente, hacia el año de 1629, y la actividad comercial era muy grande. Habla de la vanidad en los vestidos, adornos y pompa en las libreas de la servidumbre. La nobleza, y muchos simples ciudadanos, no se vestía sino de seda. Había más de doscientas carrozas, adornadas de seda y oro. En las casas se veían géneros de Venecia, de Flandes y de Holanda. Los más miserables tenían “joyas de oro o plata”; pero en esto

quizás exagere. En el Brasil, el lujo y el buen gusto eran comunes. Según el jesuita portugués Fernão Cardim, Recife de Pernambuco, por el año de 1584, excedía en punto a vanidad a la propia Lisboa:

*Algunos (dice) contraen muchas deudas... por los excesos y gastos a que les obliga su tren de vida. Se visten, y lo mismo sus mujeres y sus hijos, de toda clase de terciopelos, damascos y otras sedas. Las mujeres son muy grandes señoras y no muy devotas... Algunos hombres tienen hasta tres y cuatro caballos de gran precio. En una fiesta de bodas, algunos de los hombres estaban vestidos de terciopelo rojo, y otros de verde, y otros de damasco u otras telas de distintos colores, y los arreos y bridas de sus monturas eran de las mismas sedas que sus trajes.*

En los *Diálogos sobre la grandeza del Brasil*, de dudosa atribución, escritos en 1618, hay cuadros por el estilo.

El mundo colonial se desarrolló con asombrosa rapidez, aun si tenemos presente que los colonizadores trajeron consigo toda su civilización. Este florecimiento fue tanto más sorprendente cuanto que sólo una décima parte de la población, aproximadamente, era la que podía hablar en correcto español o portugués. La literatura y las artes encontraron el apoyo de las universidades y escuelas, de los conventos, de las autoridades políticas y eclesiásticas. Los virreyes trataron de resucitar la tradición de los mecenas. Tan pronto como el teatro moderno se hizo pasatiempo de moda, construyeron teatros privados en sus palacios de México y Lima. Algunos tuvieron salones o verdaderas academias literarias, como la Academia dos Esquecidos, fundada por el Conde de Sabugosa en Bahía (1724). Tres de los virreyes del Perú fueron poetas: el Príncipe de Esquilache, el latinista Conde de Santiesteban del Puerto y el Marqués de Castell-dos-Ríus. Otro virrey, Amat, dedicó sus ocios a la arquitectura.

La palabra viva ejerció siempre su encanto en nuestro mundo colonial. Nuestra gente siempre gustaba de leer versos en

alta voz, de asistir a las representaciones teatrales, de escuchar los sermones y controversias escolásticas, y aun los exámenes de los colegios. Y disfrutaban con la música. Poco sabemos de la música en los tiempos de la Colonia, pero sí que era una diversión a la vez aristocrática y popular. Aun a los esclavos negros se les enseñaba a tocar algún instrumento. Así surgieron en las colonias nuevos bailes y canciones, que a menudo se llevaban a España y se ponían allí de moda. El poeta moralista Bartolomé Leonardo de Argensola protesta contra la

*canción que de Indias con el oro viene  
como él a afeminarnos y a perernos,  
y con lasciva cláusula entretiene.*

Parece como si ya anticipara las cualidades lánguidas y acariciadoras de tantas de nuestras melodías, en contraste con los enérgicos ritmos de Castilla o de su Aragón nativo. Pero tal música no era india, ni mucho menos —y en esto no puede haber engaño, pese a tantas conjeturas arbitrarias (7)—: su ascendencia era europea, aun cuando el nuevo ambiente y las nuevas costumbres no tardaron en modificarla y en darle un nuevo e inconfundible aroma. A partir de 1580, aproximadamente, abundan en la literatura española y en los documentos de la metrópoli las referencias a los bailes que se tomaban de América: la *gayumba*, que sobrevivió en las Antillas hasta el siglo pasado (y el nombre se sigue dando allí a un instrumento musical), el *zambapalo*, el *retambo*, la *chacona*, que cruzó los Pirineos y llegó a ser una forma clásica, desde Lully y Purcell hasta Rameau y Gluck. La chacona era el más popular de todos estos bailes, y a menudo se menciona su origen. “De las Indias a Sevilla / ha venido por la posta”, dice Lope. Cervantes la llama “esta indiana amulatada”. (8) El *son* de las Antillas pertenece a este primer período y existe todavía, pero no pasó a Europa hasta época reciente, por lo general confundido con la rumba, que originalmente no tenía relación alguna con él. En el siglo XVIII, la *guajira* (y el tipo de canción llamado *guaracha*) se importó de Cuba, como en el XIX la

*habanera*, vanguardia de la inundación de música americana, procedente tanto del norte como del sur, que se difundió en el XX. Las canciones brasileñas que pasaron a Portugal, especialmente las *modinbas*, parecen haber sido parciales antecesoras del fado. (9)

Mundo barroco aquél, de riqueza fácil, de lujo y canciones; mundo que tenía mucho en común con el período barroco en que entraba Europa, pasado el auge del Renacimiento. Sin embargo, los dos verdaderos clásicos españoles nacidos en América, al decir de Menéndez y Pelayo, el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) y Juan Ruiz de Alarcón (c. 1580-1639), no sintieron la atracción de las nuevas corrientes. La evolución del primero se mantuvo dentro de puros ideales renacentistas; a Alarcón le guiaron normas de simetría y unidad de tono.

El Inca, como él mismo gustó de llamarse, fue hijo del conquistador Garcilaso de la Vega, miembro de la familia más poderosa y nutrida de la nobleza española y primo del admirable poeta español del mismo nombre. Su madre fue nieta de Túpac Yupanqui, y prima de Atahualpa. A la edad de veintiún años dejó su tierra natal para ya no volver a ella. En España se alistó en el ejército real, y sirvió en Navarra a las órdenes del Marqués de Priego, lejano pariente suyo, y en Granada contra los moriscos alzados de las Alpujarras, con el príncipe don Juan de Austria (1568). Con todo, su mismo origen le perjudicó seriamente; parece que fue la causa de su salida del Perú, como lo fue de su falta de fortuna en Madrid. La conducta de su padre durante la guerra civil entre los conquistadores del Perú no había estado libre de sombras, y probablemente su sangre inca lo hizo también sospechoso. Tras varios esfuerzos infructuosos por obtener reconocimiento de la corte, se retiró a Córdoba, la antigua capital del Califato, y consagró su vida a la literatura. En 1598 se ordenó sacerdote.

La belleza de su prosa sobresale en aquella edad de excelentes escritores. Su primer intento (1590) fue una de esas traducciones perfectas del Renacimiento en las que la obra original se vierte con un espíritu muy próximo a las intenciones

del autor y con un ritmo verbal análogo. En este caso, la traducción posee mejor estilo que el original. El libro que escogió para esta tarea fue la obra maestra del platonismo renacentista, la *Philographia* o *Diálogos sobre el amor* del judío español Judah Abravanel, o León Hebreo, que la escribió durante su destierro en Italia. Bien puede ser que los *Diálogos* se escribieran originalmente en español, pero sólo se publicaron en italiano. Pronto fueron el manual favorito de estética en Italia y España, y muchos que no los leyeron recibieron no obstante su influencia a través del *Cortesano* de Castiglione. La traducción de Garcilaso devolvió a España un libro que era esencialmente suyo, aunque el Renacimiento italiano le diera el último retoque. Coincidencia singular el que tanto el autor como el traductor estuvieran fuera de la órbita de lo que puede considerarse como estricta y legítimamente español, si bien es cierto que ambos quedan dentro de los amplios límites de la cultura española.

Después de los *Diálogos*, Garcilaso publicó *La Florida* (1605), relato de la expedición de Hernando de Soto a aquella península. Nunca había visitado él aquella tierra; a lo sumo, pudo haberla visto a distancia, suponiendo que en su viaje a España cruzara el brazo de mar que la separa de Cuba. Por consiguiente, no se propuso escribir una obra estrictamente histórica, con conocimiento directo del territorio de que hablaba, y en esto difiere de los cronistas contemporáneos de la América hispánica —exceptuando aquellos que, como Gómara y Herrera, trabajaron en Europa con gran acopio de documentos—. Trató su asunto a la manera de los escritores modernos que escriben la historia como literatura de imaginación. Y en verdad la aventura de Soto estaba llena de incidentes pintorescos, y la Florida era un jardín de primavera tropical, de una belleza enteramente distinta de la de las sierras y mesetas peruanas. El libro de Garcilaso fue una innovación, y uno de los más interesantes entre las obras históricas de aquel período.

Su última empresa, y la más grande, fueron los *Comentarios reales* (1609–1617), en algunos aspectos la mejor

de todas las obras que se han escrito sobre la historia antigua de América. En la parte primera narra la historia del imperio inca; en la segunda, la de los conquistadores. Y aquí también el historiador deja correr su imaginación. La crítica moderna, desde Prescott hasta nuestros días, ha suscitado serias dudas acerca de su fidelidad. El cuadro que traza de la civilización inca parece demasiado perfecto. Pero ya se ha iniciado una reacción en su favor, que va ganando terreno lentamente. Puede que, aquí o allá, haya aderezado algún punto, o callado algún acontecimiento desagradable; tal vez la cronología tenga errores. Pero se ha demostrado que el cuerpo del relato es verídico, a la luz de fuentes más antiguas, tanto arqueológicas como históricas, que son muy abundantes. El escepticismo de los críticos modernos obedecía al prejuicio y a la rutina, a su incapacidad provinciana para concebir una cultura que no era clásica ni cristiana. En Europa, como hemos visto, nunca se comprendieron en todo su valor las primeras noticias acerca de las civilizaciones azteca e inca —Montaigne fue, como siempre, la excepción—; pero los que vinieron al nuevo continente y fueron testigos de aquellas civilizaciones sí las comprendieron. En el siglo XVIII se inició el intento de comprensión, que se continuó a lo largo de la centuria siguiente; pero sólo en nuestros días ha empezado a aceptarse el concepto de la individualidad de las culturas. Sólo ahora empezamos a descubrir que la humanidad ha conocido muchísimas civilizaciones, enterradas ya bajo el polvo, y que en muy diversos tiempos y en muy distintos lugares se construyeron grandes ciudades, se hicieron grandes descubrimientos científicos y se crearon grandes formas artísticas. Muchas obras que antes figuraban en colecciones etnológicas o arqueológicas emigran ahora a los museos de arte, y las esculturas de Cambodia o de Ur, la ciudad de los caldeos, de Guatemala o de Cuzco, de la Isla de Pascua o del Africa Central figuran hoy al lado de las antes incomparables estatuas de Grecia e Italia. Ya no nos avergüenza confesar que cualquier civilización puede haber sido, en algunos aspectos, tan grande como la nuestra, si no mayor. ¿Por qué los incas no habrían de haber concebido el



ideal de una paz orgánica, e imponerlo sobre una población atrasada y remisa, aunque en el momento de la invasión española estuvieran enzarzados en una guerra dinástica? ¿Por qué no habrían de tener una economía comunal satisfactoria y una administración pública rigurosamente organizada, como la de los aztecas, que tanto había admirado Cortés, y que era superior a cualquiera de los sistemas por entonces practicados en el mundo occidental? ¿Acaso no eran sus caminos mucho mejores que los de Europa, desde tiempos de los romanos? Las descripciones optimistas de Garcilaso, desechadas en un tiempo como fantásticas utopías, parecen hoy perfectamente admisibles en sus características esenciales. Muchos años de estudio y de dedicación le permitieron recoger un vasto acervo de información, de fuentes indígenas y españolas, y una de sus mejores fuentes fue la palabra viva de los hombres y mujeres de su propia familia. Bien puede perdonársele que menospreciara las primitivas culturas aborígenes del Perú, puestas hoy de manifiesto por las investigaciones arqueológicas, tal como sus censores lo hicieron con la civilización de los incas, pues nada supo de ellas. Prescott, el menos severo de sus antiguos críticos, nos dice que “escribe de todo corazón e ilumina cualquier punto que trata con tal variedad y riqueza de ilustración que deja poco que desear a la curiosidad más importuna. La diferencia entre leer sus *Comentarios* y los relatos de los escritores europeos es la misma que hay entre leer una obra en su original o en una traducción escueta. Los escritos de Garcilaso son una emanación del espíritu indio”. Es el Herodoto de los incas; captó y supo dar, como ningún europeo podía hacerlo, el verdadero espíritu de su civilización, junto con el sentido del paisaje que la enmarca, con esa “abrumadora inmanencia de los Andes”; erigió a los incas un monumento no indigno de su poderosa arquitectura. Y, como historiador de la conquista española y de las guerras civiles que la siguieron, sólo tiene rival en Cieza de León, que no lo iguala en la forma artística, aunque sí en imaginación dramática. (10)

Juan Ruiz de Alarcón no tuvo, que sepamos, ningún antepasado indígena; pero, como Garcilaso, creció dentro de la

nueva sociedad de la América hispánica y su obra muestra, sutilmente, la influencia de su medio nativo. Dejó México cuando tenía unos veinte años (1600); para 1597 había ya terminado su bachillerato en artes en la universidad de aquella ciudad y había visto representaciones teatrales en el primer corral público que se abrió en ella. Tal novedad hubo de avivar su imaginación adolescente; Hartzenbusch, uno de los críticos más agudos de su obra, sospecha que pudo escribir dos o tres de sus comedias antes de cumplir los veinte años. Pasó ocho en España, estudiando leyes en la Universidad de Salamanca y practicándolas después en Sevilla; luego, otros cinco en México, tratando en vano de conseguir un puesto que llenara sus aspiraciones como miembro de una familia distinguida que había prestado buenos servicios al rey. Cuatro veces fracasó en el intento de obtener una cátedra en la escuela de leyes de la universidad. Como Garcilaso, tenía algo en su contra: en él la desventaja era corporal. Pues en una sociedad donde tanto contaba la apariencia exterior, no parece que las gentes de la universidad acogieran con agrado la idea de ver entre sus miembros, en las procesiones y ceremonias de solemnidad, a un jorobado. Alarcón decidió, por último, volver a España y solicitar allí un puesto. Al cabo de trece años de pretenderlo, obtuvo el nombramiento de relator supernumerario en el Consejo de Indias (1626); su trabajo allí no le obligaba a presentarse en público. Unos cuantos años más tarde, en 1633, el nombramiento se hizo permanente.

Durante sus años de pretendiente en la corte, probablemente se ganó la vida escribiendo comedias: no muchas, pues carecía de la fecundidad de Lope o Tirso; sólo escribió veintitrés. Algunas de ellas fueron celebradas por el público, otras fracasaron. Exito o fracaso era cuestión de suerte, según el humor en que estuviera aquel público franco y ruidoso. Sus competidores en el negocio del teatro llegarían en ocasiones hasta a organizar rechiflas y a poner redomas pestilentes en la platea. Alarcón, que era, desde luego, persona muy sensible, hubo de sentirse muy contento de retirarse del teatro tan pronto como pudo conseguir un ingreso fijo y suficiente. Pero

allí quedaban sus obras, y, tanto por gusto de ellas como porque empezaban ya a circular en ediciones piratas, las publicó él mismo en dos volúmenes (1628-1634), con la misma meticulosidad con que las había escrito. Ninguna de las ediciones de teatro español del siglo XVII puede compararse a la suya en lo que a pulcritud y corrección se refiere. En la breve noticia que precede al primer volumen, muéstrase aún dolido por las invectivas; se dirige al público con estas palabras: "Contigo hablo, bestia fiera... allá van esas comedias, trátalas como sueles, no como es justo, sino como es gusto, que ellas te miran con desprecio, y sin temor, como las que pasaron ya el peligro de tus silbos... Si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas..."

Se ha llamado a Alarcón el "clásico de un teatro romántico", el teatro español de la comedia. Esta había sido creada, unos cuantos años antes de que Alarcón la descubriera en México, por Lope de Vega y sus compañeros, y era una criatura típica del período barroco que empezaba a dar sus brotes. La comedia era todavía moderadamente barroca en su estilo; el frenesí estilístico no comienza hasta Calderón. Pero en su construcción sí era decididamente barroca; era, en lo esencial, movimiento, algo como un complicado paso de baile. En su adolescencia, Alarcón hubo de sentir su atracción; adoptó naturalmente su forma, y algunas de sus primeras obras no son sólo románticas, sino extravagantes. Conforme fueron pasando los años, comenzó a sentirse algo incómodo con el patrón aceptado; la construcción era para él demasiado suelta, el tono sumamente desigual. No se atrevió a introducir ningún cambio en la estructura; Cervantes, y con él otros genios menores, había fracasado en el intento. Lope era demasiado poderoso y brillante para enfrentarse con él; el público no lo escucharía. Y entonces Alarcón se contentó con adaptar a sus gustos la comedia triunfante, de manera tal que el público apenas lo notara. Consiguió la unidad de tono, hizo que el asunto fuera desenvolviéndose suavemente, y aun con lentitud; le dio un desarrollo lógico y no dejó cabo sin atar. Hasta omitió las canciones y bailes que tanto abundan —y que tan deliciosos

son— en las piezas de Lope y de Tirso. Su estilo es límpido y conciso, mucho más epigramático que poético. Sus escenas están bien cortadas, son muy precisas en tiempo y lugar: nunca son lo que Granville Barker llama “escenas personales”, de tiempo subjetivo e inestable localización, tan comunes en Lope o Tirso como en Shakespeare. Pero probablemente el público lo advirtió. Un fiel discípulo de Lope, Montalván, habla de la “novedad y extrañeza” de Alarcón; y aun cuando “extraño” era entonces término elogioso en España, no dejaba de tener un evidente doble sentido.

Ferdinand Wolf, el eminente erudito alemán, hace notar que Alarcón parece menos español que sus contemporáneos. Fitzmaurice-Kelly, el historiador de la literatura, lo describe como “menos nacional” que los demás. Y un agudo escritor de la España actual, José Bergamín, lo pinta como un intruso en el teatro español. La explicación es clara para mí: no es un español de España, sino un colonial; y un colonial de México, además, criado en una sociedad ya por entonces muy diversa a la de la madre patria. Ya hemos visto que la vida en México era, para las clases privilegiadas, una vida llena de entretenimientos, pero que carecía de movimiento. De un modo natural, Alarcón construye sus obras con menos vida que las de Lope y Tirso. Sus personajes pasan más tiempo dentro de casa que en la calle; los duelos no son inevitables; siempre hay lugar para la reserva y la prudencia. Sabemos que la cortesía era cualidad peculiar de la sociedad mexicana, y de hecho lo sigue siendo. Alarcón hace a sus personajes, en ocasiones, excesivamente corteses; como lo era él mismo, si hemos de creer a Quevedo, que lo llamaba “mosca y zalamero”. Sabemos que los criados, en México, por ser en su mayoría indios y miembros de una raza vencida, con poco dominio del idioma español, no se atrevían a mostrar hacia sus amos esa familiaridad descarada que tenían en España, lo mismo en la vida real que en el teatro. Alarcón condena abiertamente tal familiaridad en *Los favores del mundo*, y en sus comedias convierte a los criados en respetuosos sirvientes, aun cuando les conserva su carácter de graciosos. Pero él, pobre jiboso, carece del sentido de la opulencia y facilidad de su tierra

natal, exceptuando contadas ocasiones, como cuando Don García, en *La verdad sospechosa*, pretende ser un rico indiano y miente con verdadero sabor barroco; hasta el habla se le vuelve barroca con los primeros embustes. En cambio, Alarcón posee la fría tenacidad del carácter mexicano: fuego por debajo y nieve arriba, como los volcanes de su tierra.

Claro está que no ha de explicarse a Alarcón enteramente por su origen. Ante todo está su genio. Era un genio racional, ético. Pudo haber previsto su éxito entre los franceses (si hubiera conocido su literatura) cuando Corneille sacó su *Menteur* (1643) de *La verdad sospechosa*: obra en que la *raison* vigila todos los pasos y la fantasía, después de remontarse a su gusto, recibe su castigo. Su ética es esencialmente racional. Las virtudes que más ensalza son por lo general aquellas que podrían llamarse lógicas, que muestran una clara relación de causa y efecto: sinceridad, lealtad, gratitud, discreción. Y le es cara también otra virtud, menos lógica y aun temeraria: la generosidad. Su lógica y su moral son, después de todo, producto de una vida un tanto recluida, como la que su desventaja corporal hubo de obligarle a llevar, haciéndole reflexionar sobre los problemas fundamentales de la conducta humana y las tablas de valores al uso. No es un revolucionario; es, simplemente, un porfiado, que se limita a pedir a los hombres que vivan de acuerdo con la moralidad que profesan. El honor... sí, era principio fundamental de la moralidad española universal. No debía ceder ni ante el rey. Pero no había necesidad de hacerlo agresivo. ¿A qué atacar todos los problemas a estocadas? Cuando Alarcón tiene que escoger entre el código caballeresco y las enseñanzas de Cristo, se decide por éstas: "no matarás". La nobleza era patrimonio del alma, no accidente de herencia. Con todo, siente debilidad por la sangre noble. Y reniega del culto a la riqueza. En su comedia *No hay mal que por bien no venga* (probablemente la última que escribió, para su propio gusto, cuando ya nada tenía que temer de aquel público ingobernable), su Don Domingo de Don Blas lleva la crítica de las convenciones sociales y la lealtad a la razón a los extremos ultra-rationales de un personaje de Bernard

Shaw: “deja que digan”, podría ser su lema.

Mundo un tanto gris, éste de las comedias de Alarcón, muy distinto del mundo del amor romántico y aventurero, de baile y canción y frenesí al que nos llevan Lope y Tirso. No pertenece, como ellos, a la espléndida y alegre raza de Aristófanes y del Shakespeare de las primeras comedias, sino a otro linaje, al de Menandro y Terencio. Recrea sobre la escena moderna la comedia que analiza caracteres y costumbres, y por ahí, a través de su adaptador, Corneille, anuncia a Molière. Es una extraña conjunción del propósito ético razonable con el don de la viva creación dramática. Posee el toque perfecto que permite a su lógica y a su moral penetrar la textura de su obra sin dañar jamás su equilibrio artístico. (11)

Bernardo de Valbuena (c. 1562-1627) tenía todo el brillo y opulencia de que carecía Alarcón. Menéndez y Pelayo le llama “el primer poeta genuinamente americano”. Ciertamente que había nacido en España (el intento de probar que fue natural de México carece de base sólida), pero era todavía muy pequeño cuando fue traído al Nuevo Mundo, en donde su padre había ya fijado su residencia. Educóse en la Nueva España y se ordenó sacerdote; en 1606 fue a España para mejorar su estado, y permaneció en la península hasta 1606. Pasó la última parte de su vida en las Antillas; primero en Jamaica, en donde tuvo el cargo eclesiástico de abad y se “juzgó a sí mismo encantado”, tan grande era su aislamiento en la isla, que nada tenía de desierto; luego en Santo Domingo, por entonces la mayor ciudad de todo el Caribe, en donde permaneció por un período bastante largo, como visitante poco deseoso de partir; por último, en Puerto Rico, de donde fue nombrado obispo. Aun en vida suya se perdieron cuatro de sus obras, incluyendo una *Cosmografía* (en verso, cabe suponer), cuando la ciudad de San Juan de Puerto Rico fue saqueada por los piratas holandeses (1625); quedan tres, junto con algunas composiciones menores, dos de las cuales, en prosa, son defensas de la poesía, la carta al doctor Antonio de Avila y Cadena y el *Compendio apologético*. Las tres obras mayores son el poema de la *Grandeza mexicana*, la novela pastoril *El Siglo de Oro en las selvas de Erifile* y la

larga y fantástica epopeya caballeresca de *El Bernardo*.

Al contrario de Garcilaso y Alarcón, Valbuena es un artista francamente barroco. Pertenece a una era de invención, y tiene genio inventivo. Surgían por entonces en España diferentes tipos de poesía barroca. El culteranismo de Góngora es el más famoso y brillante de todos. Los poetas de Antequera y de Granada, Pedro Espinosa, Luis Martín de la Plaza, Pedro Soto de Rojas, crearon un estilo lleno de colorido, como luego, en Sevilla, lo haría Rioja. Y con el tiempo Castilla produjo su propio *conceptismo*. También en el verso fluido de Lope hay un dejo barroco; es fluido pero no verdaderamente sencillo; es una construcción española tradicional con ornato renacentista. La principal contribución de Hispanoamérica al barroco, en literatura, llegó a través de Valbuena. (12) Su estilo es pródigamente ornamental, pero su estructura sigue siendo simple, como en la arquitectura barroca mexicana. Su *Bernardo*, por el que aspiraba a ser el Ariosto español, es comparable, en su magnitud, al Convento de Tepozotlán; su *Grandeza Mexicana*, al Sagrario de la Catedral de México. Por un contraste inesperado, las églogas que figuran en su *Siglo de Oro* están escritas en un estilo más sencillo, aun cuando con aprendido artificio; los nombres de plantas y animales humildes y la pintura realista de cosas comunes las hacen únicas en la literatura española de la época. Como poeta bucólico, se ha dicho, está más próximo a Teócrito que a Virgilio; intentó una renovación de la égloga, de consecuencias que podían haber sido de interés si el género no hubiera empezado a declinar justamente por entonces.

Poco se le lee hoy en día. Las novelas pastoriles y las epopeyas fantásticas caballerescas tienen ya pocos lectores. Sólo su *Grandeza mexicana* se ha vuelto a publicar recientemente y se ha leído —espero— por lo menos en la ciudad que describe. Su *Bernardo* es desmesurado y complicado, pero debía leerse, cuando menos, como suele hacerse con la *Faerie Queene* de Spenser, tomando el libro de vez en cuando y leyendo dos o tres páginas. Si el arte de hacer antologías estuviera más de moda en los países hispánicos, Valbuena aún podría salvarse para una

posteridad indiferente que, por falta de atención, pierde algunas de las notas más tiernas, las descripciones más brillantes y los versos más bellos que pueden encontrarse en el idioma; como, por ejemplo, cuando habla de “las olas y avenidas de las cosas”, o del caballo alazán “hecho de fuego en la color y el brío”, o del doncel “de alegres ojos y de vista brava”, o del mar y sus “hombros de cristal y hielo”, o del cisne que “al suave son de su cantar se pierde”, o del sol que se alza sobre el mar todavía oscuro: “tiembla la luz sobre el cristal sombrío”. (13)

Antonio Vieira (1608–1697), el orador religioso más elocuente que ha conocido la lengua portuguesa, pasó al Nuevo Mundo de niño, como Valbuena. A los 6 años lo trajeron de Portugal al Brasil, donde se había establecido su padre, y permaneció en él hasta la edad de treinta y tres años. Se identificó plenamente con su país de adopción. Habiendo ingresado en la Compañía de Jesús, se consagró a la educación y defensa de los indios. Al cabo de varios años de esfuerzo continuado, obtuvo para ellos del Rey el derecho a vivir libremente, gobernados por sus propios jefes naturales y bajo la dirección espiritual de los jesuitas (1655). Su celo apostólico le llevó también a predicar contra la esclavitud de los negros; en su *Sermão dos cativos* desarrolla magistralmente sus argumentos emotivos y lógicos. Y predicó también contra la explotación de la colonia por la distante metrópoli. “La nube —dice— se hincha en el Brasil y llueve sobre Portugal. Las aguas que se despilfarran allá no provienen de la abundancia del mar, como en otros tiempos, sino de las lágrimas de los desdichados y del sudor de los pobres, y no sé cómo la constancia y fidelidad de estos vasallos dura tanto”. En su actitud, dice Afranio Peixoto, el Brasil cobra por vez primera conciencia de sí mismo. (14) Pero esta actitud no significa todavía un deseo de independencia.

Vieira pasó a Europa en 1641, joven y lleno de experiencia, con gran nombre como misionero y predicador. Acompañó a Mascarenhas, el delegado del Brasil cuya misión era dar a Portugal, libre ahora del breve dominio de España (1580-1640), la seguridad de que la vasta colonia permanecería unida a sus fundadores originales. No tardó en alcanzar fama en



Lisboa, y fue nombrado predicador del rey Juan IV (1644). Pasó muchos años de trajín en Europa; desempeñó varias misiones diplomáticas (Stefan Zweig le llama diplomático genial); permaneció durante un largo período en Roma (donde fue predicador privado de la ex-reina Cristina de Suecia), y hasta se vio envuelto en un proceso y encarcelado por la Inquisición portuguesa (1665-1667). Pero no se volvió europeo; regresó en dos ocasiones al Brasil, primero en 1652, para pasarse nueve años como misionero (salvo unos cuantos meses que estuvo en Lisboa, adonde fue para abogar por los indios), y luego en 1691, en que volvió de nuevo a su labor de misionero, hasta que lo avanzado de su edad le obligó a retirarse. Y murió en el Brasil frizando los noventa.

La voluminosa obra escrita de Viera comprende muchos tomos de sermones y cartas. Escribió también un tratado de oratoria. Como predicador, siguió su propia concepción de lo que había de ser un sermón, tanto en lo espiritual como en lo estético, y no olvidó dar reglas acerca de la voz y de los ademanes. Su estilo es mezcla de un complicado método escolástico, que adapta a sus líneas de razonamiento propias, y de giros claros y llenos de vida. Es uno de los auténticos maestros de la prosa portuguesa, en la que todavía hoy se advierte su influjo. (15)

Dos mujeres hubo, por lo menos, entre los primeros escritores y poetas nacidos en las colonias; fueron, como sabemos, una "gran dama" y una monja. Al siglo XVII pertenece Santa Rosa de Lima (1586-1617), que encontró tiempo, entre los contados momentos que le dejaron sus oraciones y disciplinas, para escribir versos devotos, sencillos y delicados. Mucho más rebuscado es el estilo en que escribieron dos damas misteriosas, contemporáneas suyas y también peruanas, que se firmaron Clarinda y Amarilis. Clarinda dedicó al poeta andaluz Diego Mejía un largo *Discurso en loor de la poesía*, en tercetos (1608). Amarilis dirigió a Lope de Vega, algún tiempo antes de 1621, una epístola en silva. Ambas se desempeñan a maravilla por entre los hermosos recovecos de la poesía post-renacentista; sus brillantes versos son fruto típico de

la cultura literaria de aquel virreinato. Un escepticismo mal fundado trata de despojarlas a las dos de su enigmática gloria. Yo no encuentro razones suficientes para ello.

Hacia fines del siglo apareció en Bogotá una lejana e interesante discípula de Santa Teresa, Sor Francisca Josefa de la Concepción (1671–1742), comúnmente llamada “la Madre Castillo”, por el apellido de su familia. Escribió buenos versos y una prosa elocuente e imaginativa, en que hizo el relato de su vida religiosa, como su gran modelo. (16) En realidad, las escritoras fueron muchas. Una de ellas, la brasileña Rita Joana de Sousa (1696–1718), escribió un tratado de física, *Tratado de philosophia natural*, además de unas *Memorias históricas*.

Pero ninguna de estas mujeres igualó la extraordinaria fama o el genio de la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, a quien se llamó la “décima musa”. Su vida es un caso prodigioso de devoción al saber. Nació en una alquería, próxima a los dos grandes volcanes nevados, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. A la edad de tres años hizo que la enseñaran a leer, sin decir nada a sus padres. Empezó a escribir versos desde muy niña, y ella misma declara que, en su infancia, pensaba que todo el mundo escribía en verso. Cuando supo que había universidades y colegios en donde se enseñaba a los hombres todas las ciencias, pidió a su madre que la vistiese de varón para poder así ser admitida y seguir los cursos. Por fin la enviaron a la ciudad de México, a casa de su abuelo, donde leyó todos los libros que éste tenía en su biblioteca —la cual, al decir de su biógrafo, el padre Calleja, no había servido hasta entonces más que de adorno—. A los catorce años era ya famosa por su saber y por su poesía, no menos que por su belleza. La Marquesa de Mancera, mujer del virrey, la invitó a vivir en palacio como dama de su corte. En una ocasión (tenía entonces diecisiete años) el Marqués convocó a cuarenta eruditos, entre profesores de la Universidad y aficionados o tertulios —como se les llamaba, por el placer que tomaban en la conversación intelectual—, para que la interrogasen sobre toda clase de asuntos. En aquella especie de examen “se deshacía de las preguntas y contradicciones que

le presentaron —dice el gran virrey— como se defendiera un galeón real de unas chalupas que le embistieran”. Pero ella no tardó en darse cuenta de su desvalida posición frente al mundo; veíase expuesta a ser “perseguida por hermosa y desgraciada por discreta”. ¿Cómo, pues, podría satisfacer su ansia de saber? En el matrimonio no había que pensar, dados los múltiples e interminables deberes hogareños que entrañaba para una mujer en el siglo XVII; mejor era el claustro, tanto para la salvación del alma como para el ocio estudioso. Y tuvo así que domar “todas las impertinencillas de mi genio —dice ella misma—, que eran de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros”. A los dieciséis años ingresó de novicia en la orden carmelitana; la severidad de la regla la hizo regresar al palacio de los virreyes; un año después abrazó la orden jerónima, en la que profesó tras breve noviciado (1669). La vida conventual no suponía, al fin y al cabo, una reclusión excesiva: apenas mayor de la que guardaban entonces las mujeres casadas. Las monjas recibían a sus visitantes en el locutorio, y podían hablarles, aunque sin verlos. Se dice de Sor Juana que tenía que pasarse horas enteras en el locutorio, pues no parecía bien que se retirara cuando el visitante, como tantas veces sucedía, era algún personaje distinguido.

Pero no todo era siempre fácil. Por mucho que su fama cruzase los mares y le trajera tributos de todos los rincones del imperio español, por mucho que se viera a los duques y condes literatos de Madrid rivalizar en su entusiasmo por ella con sacerdotes de Puerto Rico y caballeros de Lima o Bogotá, Sor Juana tropezaba con muchos censores en su propia tierra, que dudaban de la conveniencia de tanto saber en una mujer. *Mulieres in ecclesia taceant!* Hasta consiguieron en una ocasión convencer a una madre superiora, “una prelada muy santa y muy cándida”, de que le prohibiese la lectura de sus libros. Por fortuna, la prohibición no pasó de tres meses.

Pasados los cuarenta años, abandonó sus acostumbrados estudios y se entregó de lleno a la oración y a la penitencia, y a

la caridad. Su tierra padecía muchos males: hambres, plagas, incursiones de piratas, sanguientos disturbios políticos. Para ayudar a los pobres, Sor Juana vendió su biblioteca de cuatro mil volúmenes, sus instrumentos científicos y musicales, y todos los regalos de valor que había recibido. Por último, cuando la peste invadió su propio convento, se consagró al cuidado de las hermanas enfermas, contrajo ella misma el mal y murió a consecuencia de ello. En sus veintiséis años de vida monástica había rechazado por dos veces el puesto de abadesa.

Su deseo de saber y su disposición para la ciencia resultan en ella aun más extraordinarios que su talento literario. Cuando el obispo Manuel Fernández de Santa Cruz le escribió recomendándole que dedicase mayor parte de su tiempo a los estudios sagrados que a los profanos, se defendió humildemente refiriendo la historia de su vida, aquella extraña sed de conocimiento que había ido venciendo cuantos obstáculos encontrara en el camino. La tenacidad fue un rasgo de su carácter, lo mismo que en Alarcón. Sor Juana insiste en que las mujeres tienen tanto derecho a estudiar como los hombres, y propone que la enseñanza de las muchachas esté a cargo de mujeres adultas. Sin manifestarlo de una manera explícita, muestra su profundo conocimiento de las Escrituras y de teología, y arguye que cualquier tipo de saber facilita los demás. "No por otra razón es el ángel más que el hombre, que porque entiende más". ¡Qué angelología tan intelectualista! La razón que alega en su propia defensa es que se juzga incapaz de contener su deseo de aprender cada vez más. (17) Cuando se le prohibió estudiar, "obedecí —dice— en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió". Durante aquel período de privación, parecen preocuparla continuamente problemas científicos. ¿De dónde provienen tantas diferencias individuales como se ven entre las gentes, si todas pertenecen a una sola especie? Despierta su atención la figura geométrica de cualquier objeto, y trata de descubrir su relación con otras figuras. En un cuarto muy largo, observa

cómo las líneas paralelas de los lados parecen converger a la vista, produciendo como resultado una figura piramidal. Mira a dos niñas jugando con un trompo y decide averiguar qué clase de curva es la que va describiendo mientras gira: derrama harina en el suelo y descubre que la curva es una espiral. En la cocina, se fija en las propiedades del azúcar o de los huevos y añade: “Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito”.

No dejó, que sepamos, ningún escrito científico; acaso le resultara difícil coordinar su espontánea observación experimental con la estructura escolástica de su saber libresco. No demuestra tener noticia de Galileo o de Descartes, aun cuando ambos eran ya conocidos en México por una minoría. Se había conservado un ensayo filosófico suyo sobre el *Equilibrio moral*, en copia manuscrita, pero se perdió o lo robaron durante la invasión norteamericana de México en 1847. Su tratado de música, *El caracol*, se perdió igualmente. (18) A juzgar por las referencias a cosas de música que contienen sus otras obras, parece que aceptaba todavía el sistema medieval, supiera o no de la revolución que en armonía ocurrió en el siglo XVI. Tenemos pruebas de que Zarlino y otros teóricos posteriores de la música eran conocidos en México; pero las referencias de Sor Juana muestran la peculiar tendencia al estancamiento que pareció inherente a nuestro conocimiento teórico, tanto en España como en la América española, durante el siglo XVII, y contra la que poco podían los esfuerzos de una minoría.

Su inclinación científica, que en tiempos más recientes podía haberla llevado a seguir el ejemplo de una Sonia Kovalevska o de una Marie Curie, no encontró salida, y su fama descansa, ahora como en su propia época, sobre su poesía. Con todo, su carta autobiográfica merece tanta fama como sus mejores composiciones. Pese a la multitud de citas pedantes con que se creyó obligada a adornarla, es uno de los documentos más confortantes de la literatura española, y puede releerse con verdadero placer. Tiene un auténtico timbre femenino, hasta en la estructura rítmica de sus frases, como la prosa de Santa Teresa o las cartas de la reina Isabel. (19)

Parece que después de tomar el velo apenas volvió a escribir, salvo cuando se lo solicitaban (cosa que, por otra parte, ocurría muy a menudo); así lo dice ella misma, y señala como una excepción su largo poema titulado *Primero sueño*, casi de un millar de versos. A la casualidad se debe, principalmente, la conservación de su obra. Gran parte de lo publicado son insignificantes versos de circunstancia, que conservaron las personas a quienes iban dirigidos; así las epístolas a sus protectores la Marquesa de Mancera y la Condesa de Paredes, a quienes llama, respectivamente, Laura y Lisi, en la jerga arcádica de la época. Pero llegó a escribir muy buena poesía en los villancicos que compuso para que se representasen y cantasen en las festividades religiosas que tenían lugar en las catedrales de México, Puebla y Oaxaca.

Sus primeros versos acusan ya gran maestría en las tres variedades del estilo poético que privaba entonces en España: la fluidez de Lope, el conceptismo de Quevedo, el culteranismo de Góngora y Calderón. (20) Ninguno de sus contemporáneos, españoles o americanos, alcanza a hacerle sombra en cuanto a virtuosidad técnica. Dadas las circunstancias de su vida y su capacidad para la observación y el puro esfuerzo y deleite intelectual, hubiera podido esperarse que mucho de su obra fuese de tema impersonal, a la manera del *Polifemo* y de las *Soledades* de Góngora, por ejemplo, o de la *Fábula de Genil*, de Pedro Espinosa, o de la *Circe* y la *Gatomaquia* del propio Lope; o bien que hubiese escrito piezas de teatro. Y, efectivamente, antes de entrar en el convento escribió dos comedias en el estilo de Calderón, una de ellas en colaboración con su primo Juan de Guevara, titulada *Amor es más laberinto*; en la única que es enteramente suya, *Los empeños de una casa*, el elemento personal se reconoce fácilmente en el personaje de la heroína, que nos lleva a pensar que la autora no había perdido aún sus ilusiones sobre la posibilidad de un éxito mundano para una joven inteligente y culta. Sus obras de asunto religioso, mayores y menores, los autos sacramentales y los villancicos, dan fe de sus sentimientos devotos, especialmente el hermosísimo *Divino Narciso*. Los únicos poemas suyos que pueden llamarse

impersonales son algunos ejercicios retóricos, sonetos en su mayoría, sobre temas como el de Lucrecia o Píramo y Tisbe, una sátira en ovillejos sobre las modas literarias, hecha bajo el pretexto de trazar el retrato de una dama, y el *Primero sueño* bello poema a la manera de las *Soledades* de Góngora, que Vossler califica de obra maestra: (21) es, además, una complicada elaboración intelectual, típico reflejo de su pensamiento; una descripción de la noche y del sueño, durante el cual el espíritu se purifica, (22) se eleva hasta la contemplación del universo y trata de penetrar sus leyes. El alba llega demasiado pronto, en este primer sueño; es probable que en un segundo sueño por Sor Juana hubiera llegado a esbozar una cosmología poética. Como dice Vossler, partiendo del barroco vamos acercándonos a la poesía de las luces, y anticipando a Goethe y a Shelley. (23).

El acento más personal de Sor Juana se encuentra en los poemas amorosos de su primera juventud y en los que traducen luego su desilusión o su devoción religiosa. Alcanza en ocasiones una altura luminosa de tensa emoción, que se refleja en la suave intensidad del verso, en los poemas amorosos, como en el soneto “Deténte, sombra de mi buen esquivo”, en las lirás de ausencia, en las que

*el alma que te adora  
de inundación de gozos anegada  
a recibirte con amante prisa  
saldrá a los ojos desatada en risa,*

o en las rondallas sobre el tormento del amor,

*devaneo  
que empieza como deseo  
y para en melancolía.*

En los poemas de desilusión hay un ritmo más grave y sosegado; así en el romance “Finjamos que soy feliz”, en el soneto “Diuturna enfermedad de la esperanza”, (24) en que el

adjetivo inicial arroja una oscuridad nocturna sobre todo el resto del poema, en el soneto a su propio retrato, al que llama “cauteloso engaño del sentido”,

*... en quien la lisonja ha pretendido  
.....  
triunfar de la vejez y del olvido,  
.....  
es un resguardo inútil para el hado,  
es una necia diligencia errada,  
es un afán caduco, y bien mirado  
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.*

El último verso es reminiscencia de Góngora. (25) En un espléndido soneto a la rosa recoge de su breve vida la lección tradicional, “viviendo engañas y muriendo enseñas”; pero en otro aprueba la vida de la rosa:

*que es fortuna morirte siendo hermosa  
y no ver el ultraje de ser vieja.*

Es ésta una expresión de su espíritu tenaz y combativo, que la lleva a escribir los desafiantes versos:

*Si de mis mayores gustos  
mis disgustos han nacido,  
justos al cielo le pido  
aunque me cuesten disgustos,*

que muestran curioso coincidencia con muchos cantares populares y refranes mexicanos. Sus versos más conocidos son las redondillas en defensa de la mujer, una serie de antítesis en el estilo conceptista; sostiene en ellas que los hombres son inconsecuentes al acusar de imperfección a las mujeres, puesto que son ellos mismos los que continuamente contribuyen a hacerlas imperfectas. Poéticamente no valen gran cosa, pero sí son una obra maestra de polémica. (26)



Junto a las grandes figuras había otras innumerables, más pequeñas, hombres y mujeres, para quienes la literatura fue terreno increíblemente fértil. Pero lo que ha llegado hasta nosotros acaso no representa ni una veinteava parte de cuanto acaso se escribió en realidad; por desgracia las imprentas eran insuficientes, aun en México. En el siglo XVII, Córdoba del Tucumán, en la Argentina, era ciudad importante, sede de un obispado y de una universidad; no obstante, sólo una obra ha sobrevivido de toda su actividad literaria, en manuscrito, por supuesto: el volumen misceláneo de Luis de Tejeda (1604–1680), en prosa y verso, que contiene además su autobiografía, en donde se recogen las incontables experiencias de un hombre frívolo en sus años mozos, marido infiel, soldado y, finalmente, fraile arrepentido. De modo incidental habla de piezas de teatro que él mismo y sus amigos escribieron y representaron. En la ciudad de Santo Domingo, que reclamaba para sí el nombre de “Atenas del Nuevo Mundo”, se conservan los nombres de muchos poetas, escritores y oradores que nacieron allá en aquel siglo, pero las únicas piezas literarias que han llegado hasta nosotros son una obra histórica del sacerdote Luis Jerónimo de Alcocer, conservada en un manuscrito (27) y doce poemas laudatorios, en español y en latín, que acompañan a los *Antiaxiomas* (Madrid, 1682) de Fernando Díez Leiva, médico de Sevilla. Y ¿qué habrá sido de las comedias representadas en la otrora próspera ciudad de Potosí?

A mitad de camino entre las grandes figuras y la masa que escribió opúsculos religiosos y crónicas históricas (28) hallamos hombres de pensamiento original, como Fray Gaspar de Villarroel (c. 1587–1665), de Quito, obispo de Santiago de Chile, luego de Arequipa y finalmente de Charcas. En su monumental obra *Los dos cuchillos* (1656–1657) —el poder eclesiástico y el secular—, sobre el acostumbrado despliegue de erudición, se nos revela como un maestro del claro razonar, tanto como de la viva descripción y de la anécdota. El libro contiene lo que se considera “una teoría del sistema colonial de España”. El capitán chileno Francisco Núñez de Pineda Bascuñán (1607–1682), en su *Cautiverio feliz*, refiere cómo

cayó en manos de los indios araucanos, contra quienes había estado luchando, y cómo durante siete meses vivió con ellos (1629) en agradable camaradería, hasta que llegó su rescate. Tiene muchos cuentos pintorescos que contar y muchas cosas buenas que decir acerca de los indios, cuya rebelión contra la encomienda justifica. Es curioso verle comentar sus experiencias entre los salvajes con citas de poetas latinos. Juan de Espinosa Medrano (c. 1640–1682), apodado “El Lunarejo” y célebre por sus sermones, escribió un tratado en defensa de Góngora, el *Apologético* (1662), al que se ha llamado “perla de la poética barroca” en gracia a la sencillez de su argumentación, a la tersura de su estilo y a su sagaz apreciación de la belleza. Espinosa alcanzó también cierto renombre como dramaturgo, y escribió obras tanto en español como en el quechua de su Cuzco nativo. (29)

Suele decirse que el gusto barroco, y especialmente la influencia de Góngora, ensombrece de un modo lamentable la inteligencia de nuestros poetas, y aun de nuestros prosistas, en la segunda mitad del siglo XVII. Ciertamente es que, como una especie de *reductio ad absurdum* del barroco, produjéronse gran número de obras extravagantes e inútiles, desde los centones de versos tomados de Góngora o Virgilio hasta los sonetos acrósticos, “laberintos” con criptogramas, romances con eco, poemas en once idiomas, y poemas “retrógrados” en latín, que lo mismo pueden leerse de arriba abajo que de abajo arriba. Pero cargarle todo esto a Góngora es una aberración de críticos posteriores y mal informados, pues él nunca prohibió tan extraños monstruos. Lo que sí hizo fue estimular esa búsqueda de relieve y color en las imágenes, esa novedad en la combinación de las palabras que dieron distinción ocasional o permanente a las obras de Hernando Domínguez Camargo (1601–1656) en Bogotá, de Jacinto de Evia en Quito, de Matías de Bocanegra en México y de Luis de Tejeda en la Argentina. Al barroco sustituyó en España la “escuela prosaica” de Gerardo Lobo y otros ingenios insignificantes y justamente olvidados; el neoclasicismo académico vino después, de Francia e Italia. Pero las colonias tuvieron la fortuna de conservar la tradición barroca, al menos

en parte, y a su persistencia debemos la brillantez y el refinamiento de Juan Bautista Aguirre (1725–1786) en el Ecuador, y de Fray José Antonio Plancarte (1735–1815), Francisco Ruiz de León, Cayetano Cabrera Quintero (m. en 1775) y Joaquín Velázquez de Cárdenas y León (1732–1786) en México. (30) Durante los primeros años del siglo XIX, el *Diario de México* seguía publicando todavía poesías escritas en estilo culterano. (31)

La escuela neoclásica fue imponiéndose muy poco a poco en la América hispánica, con mucho mayor lentitud que en España o en Portugal. Muy contadas son las muestras de su influencia antes del fin de la era colonial, y está mejor representada por los poetas de las guerras de independencia. En las colonias españolas los mejores poetas neoclásicos del siglo XVIII son los que escriben en latín, los jesuitas mexicanos Diego José Abad (1727–1779) y Francisco Javier Alegre (1729–1788), y el guatemalteco Rafael Landívar (1731–1793). Los tres ocupan destacado lugar entre los mejores poetas latinos modernos, pero, excepción hecha de Landívar, son hoy poco leídos. La empresa mayor de Abad fue un poema teológico, *De deo* (Cádiz, 1769; aumentado, Cesena, 1780); la de Alegre, una traducción de la *Ilíada* al latín (Bolonia, 1776; reimpressa con muchas correcciones en Roma, 1788), tan excelente como, por desgracia, innecesaria. Alegre fue, además, buen historiador. El éxito de Landívar se debe al asunto que escogió para su poema en quince cantos, *Rusticatio mexicana* (Módena, 1781; aumentado, Bolonia, 1782). La *Rusticatio* es un rico panorama de la naturaleza y la vida del campo en México y Guatemala. Landívar es, entre los poetas de las colonias españolas, el primer maestro del paisaje, el primero que rompe decididamente con las convenciones del Renacimiento y descubre los rasgos característicos de la naturaleza en el Nuevo Mundo, su flora y su fauna, sus campos y montañas, sus lagos y sus cascadas. Hay en sus descripciones de costumbres, de industrias y juegos, una graciosa vivacidad, y, a lo largo de todo el poema, honda simpatía y comprensión por las supervivencias de las culturas indígenas. Mexicanos y guatemaltecos siguen leyendo con amor

la *Rusticatio*; en diferentes ocasiones, y comenzando por Heredia, se han vertido al español algunos de sus fragmentos, y, en fecha tan reciente como 1924, se dieron a luz dos traducciones completas. (32)

El Brasil produjo, durante el siglo XVIII, una escuela de poetas épicos que escribieron sobre asuntos nativos. Un sentimiento "nativista", que se nutre a la vez del amor de la naturaleza tropical y de la defensa de la colonia contra la codicia o la indiferencia de la madre patria, puede empezar a advertirse ya en los primeros sermones del padre Vieira y en la *História do Brasil* de Fray Vicente do Salvador; y luego a través de las sátiras y epigramas de Gregorio de Mattos (1633-1696) y de sus poemas para cantarse con acompañamiento de guitarra, sazonados con palabras indias y africanas; a través de las agradables descripciones de frutas —entre mucho verso prosaico— en *A Ilha da Maré*, de Manoel Botelho de Oliveira (1636-1711), la barroca y libertal *História da América portuguesa*, de Sebastião da Rocha Pita (1660-1738), y los pintorescos descubrimientos sobre la naturaleza y el hombre en el *Peregrino de América*, de Nuno Marques Pereira (1652-1728). Este "nativismo" es uno de los rasgos distintivos de la escuela épica. Es el que da al canto titulado *Descrição da Ilha de Itaparica* la altura de que carece el resto del largo y fastidioso *Eustáquidos* de Fray Manoel de Santa María Itaparica (1704- m. d. de 1768). Los dos mejores poemas de la escuela, *Uruguay* (Lisboa, 1769), de José Basilio da Gama (1740-1759), y *Caramuru* (Lisboa, 1781), de Fray José de Santa Rita Durão (1722-1784), describen la naturaleza en los trópicos y a sus pobladores aborígenes con trazo seguro y vívido y a menudo con fruición en el detalle minucioso. El estilo de Durão sigue aún dentro de la tradición de Camoens; Gama es más libre y sencillo, más fresco y espontáneo.

Gama y Durão pertenecen a un grupo de poetas que vivieron en la provincia de Minas Geraes, la *escola mineira*. Los otros miembros importantes del grupo escribieron principalmente poesía lírica: Claudio Manoel da Costa (1728-1789), autor también de la lánguida epopeya *Vila-Rica* y

probablemente de las incisivas *Cartas chilenas*; Thomaz Antonio Gonzaga (1774- c. 1807); Ignacio José de Alvarenga Peixoto (1744-1793), y Manoel Ignacio da Silva Alvarenga (1749-1814). Costa fue el más cumplido retórico, Gonzaga el mejor poeta; llegó a ser el cantor amoroso más popular de toda la literatura portuguesa. Costa, Gonzaga, Alvarenga Peixoto y otro poeta más joven, Domingos Vidal Barbosa Lage (1761-1793), intervinieron en la conspiración de Tiradentes, la *Infidencia mineira* de 1789, que buscaba la independencia del Brasil. Los tres últimos fueron deportados a colonias lejanas: Gonzaga, nacido en Portugal, murió en Mozambique; Alvarenga Peixoto murió en Angola; Barbosa Lage en Cabo Verde. A Costa lo hallaron muerto en la prisión. Dos trágicas historias de amor se entretajan con esta conspiración: Barbara da Silveira Bueno, la mujer de Alvarenga Peixoto, cuya hermosura corría parejas con su fama como poetisa, murió poco después de la deportación de su marido; Gonzaga, que durante muchos años había cortejado a otra famosa belleza, la Marília de Dirceu de sus delicadas rimas arcádicas, estaba ya a punto de hacerla su esposa cuando fue arrestado. Nada hay de extraordinario en la participación de Gonzaga en el movimiento, a pesar de haber nacido en Portugal (su padre era brasileño, su madre portuguesa); en aquella edad de rigurosa adhesión a elevados principios, quien abrazaba la causa de la libertad la defendía aun en contra de su propia patria: años más tarde, los españoles Mina y Arenales habrían de defender la independencia de las colonias españolas contra la misma España. (33)

Desde el punto de vista intelectual, los hombres más destacados de nuestro “siglo de las luces” fueron hombres de ciencia y eruditos de corte auténticamente moderno, (34) tipo que anuncian el mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) y el peruano Pedro de Peralta Barnuevo (1663-1743). Los dos fueron matemáticos. Sigüenza era, además, discípulo de Descartes y enemigo de la tradición escolástica; divulgó en tres de sus obras los últimos adelantos en los conocimientos astronómicos y físicos de su tiempo y formó parte de una expedición hidrográfica al Golfo de México

(1693). Peralta se destacó como ingeniero e hizo observaciones astronómicas, aun cuando no estaba enteramente libre (al revés que Sigüenza) de supersticiones astrológicas. Ambos gustaron de la literatura, y escribieron poesía muy barroca; Peralta llegó inclusive a escribir una epopeya entera sobre la fundación de Lima (1732) y varias obras de teatro de mediana calidad, en las que combina la influencia de Calderón, ocasionalmente, con la de Corneille y Molière, por primera vez en español. (35) Con el correr del siglo, los devotos de la ciencia se hicieron numerosísimos, y cultivaron, por lo general, dos o tres ramas del conocimiento: así, el famoso jurista Francisco Javier Gamboa (1717-1794), fue también geólogo de vocación; José Ignacio Bartolache (1739-1790), físico y matemático; Antonio León y Gama (1735-1802), matemático, astrónomo y arqueólogo. Muy rara vez llegaron a una generalización teórica comprensiva; el único ejemplo de importancia parece ser el ensayo *Del influjo del clima sobre los seres organizados*, de Francisco José de Caldas (1771-1811), que, además, escribió una prosa “no indigna de Buffon y de Humboldt”. Hicieron muchas contribuciones útiles a la ciencia descriptiva: observaciones astronómicas no practicables en cielos más septentrionales, determinación de posiciones geográficas y altitud de montañas, medición de tierras, sondeo de aguas, mapas y cartas, clasificaciones de flora y fauna, investigaciones sobre las propiedades industriales y medicinales de las plantas —el descubrimiento del caucho es una de sus conquistas—, investigaciones arqueológicas y estudios de las lenguas nativas. En muchos casos tuvieron que fabricarse sus propios instrumentos, ya que no siempre era fácil el hacerlos traer de Europa. Publicaron libros, folletos y periódicos; entre éstos, el *Diario literario* (1768), que no era ni diario ni principalmente literario, las *Gacetas de literatura* (1788-1795), del padre José Antonio Alzate (1729-1799), y el *Mercurio Volante* (1772), de Bartolache, en México; el *Mercurio Peruano* (1791-1795), en Lima, las *Primicias de la Cultura de Quito* (1791), y el *Semanario de la Nueva Granada* (1808-1810), en Bogotá. Tomaron parte en las expediciones científicas enviadas por los

monarcas españoles para estudiar el Nuevo Mundo. Encontraron naturalmente defectos en los anticuados procedimientos y métodos en universidades y colegios; algunas veces consiguieron introducir reformas. Fundaron, o contribuyeron a fundar, instituciones como la Escuela de Minería (1792) y el Jardín Botánico (1788) en la ciudad de México, en Museo de Historia Natural y el Jardín Botánico de Guatemala (1796), y el Observatorio Astronómico en Bogotá, lo mismo que las primeras bibliotecas públicas. (36) Las guerras de independencia vinieron a interrumpir sus espléndidos esfuerzos. Pero gracias a ellos pudo airearse la atmósfera intelectual; gracias a ellos, la filosofía y la ciencia modernas acabaron por reemplazar, siquiera parcialmente, al escolasticismo. (37)

El peruano Pablo de Olavide (1725-1804), que no fue hombre de ciencia pero sí de amplios conocimientos, llegó a alcanzar éxitos brillantes en la vida pública, para verse después perseguido injustamente. En Lima, a la edad de veintún años, había obtenido ya el grado de doctor en leyes, y era juez de la Real Audiencia cuando empezó a distinguirse por su energía filantrópica y su honradez en la reconstrucción de la ciudad, después del terremoto de 1746. Sin embargo, fue acusado de malversación de fondos y partió para España con ánimo de defenderse. En Madrid se le confiaron importantes funciones; según uno de sus más acérrimos enemigos, llegó a personificar el espíritu de innovación que caracterizó el reinado de Carlos III. Su fecunda inteligencia concebía planes de mejoramiento público, y tenía la capacidad de llevarlos a la práctica, una vez aprobados. En filosofía siguió a Rousseau y a los enciclopedistas; en literatura fue neoclásico. Abrió en España uno de los primeros salones al estilo de París y construyó un teatro privado para el que tradujo o adaptó obras italianas y francesas; entre ellas, la *Phèdre* de Racine, la *Zaire* de Voltaire, *Le Joueur* de Regnard, la *Merope* de Maffei, y la ópera cómica de Favart *Ninette à la cour*. En 1767 fue nombrado intendente de Andalucía. Reorganizó la Universidad de Sevilla (1769), de acuerdo con los principios de la Ilustración: suyo fue el primer plan de estudios de tipo moderno en España, y se dice que lo

adoptó la Universidad de Salamanca (1770). Su empresa más ambiciosa fue la normalización de Sierra Morena; aquellas tierras desiertas, donde hasta entonces sólo habían campado los bandidos, se poblaron de católicos alemanes y flamencos. Pero en 1776 lo detuvo la Inquisición, acusándolo de irreligiosidad, y en 1778 fue condenado. Deliberadamente se destruyó su obra en Sierra Morena. Huyó entonces a Francia (1780), donde tenía muchos amigos; la Academia Francesa lo recibió en sesión pública, y Marmontel fue el encargado de darle la bienvenida en un poema. Diderot escribió su elogio. (38) Al estallar la Revolución seguía disfrutando de la mejor reputación; la Convención le nombró ciudadano adoptivo de la República, y votó para él una corona cívica. Pero fueron pocos los que lograron salir con bien de aquel torbellino. Olavide fue encarcelado en 1794. Renegó entonces de su credo filosófico, se hizo devoto, escribió su autobiografía, *El Evangelio en triunfo* (Valencia, 1798), que alcanzó extraordinaria difusión, y vertió al español, en verso, los Salmos y muchos himnos medievales. Consiguió regresar a España, donde murió oscuramente. (39)

Resta aún un problema de difícil solución: ¿por qué, si hubo abundante capacidad y conocimiento, nuestro mundo colonial produjo mucha menos obra duradera de la que hubiera sido de esperar? Por lo que toca a la ciencia, las razones no parecen difíciles de señalar: los fundamentos teóricos eran menos amplios que la aptitud y los recursos para la investigación de los hechos naturales; en España y Portugal, donde prevalecían condiciones semejantes, la ciencia no avanzó más allá del punto a que llegó en la América hispánica. (40) Pero en literatura, ¿por qué no pasaron las colonias de ser sino rivales inferiores de sus capitales europeas durante el principal período creador de la literatura hispánica, el que va de 1500 a 1660, desde los tiempos de Fernando de Rojas y Gil Vicente a los de Gracián y Mello? Una de las razones es que las colonias, desde el punto de vista de la cultura europea, tenían población muy escasa: había millones de indios, millares de esclavos africanos, que todavía no hablaban mucho español o portugués. El



número efectivo de habitantes de los dos vastos imperios coloniales apenas excedía al de España y Portugal juntas, y, como sabemos, sólo una décima parte eran de origen europeo o habían adoptado plenamente las costumbres de Europa. (41) De esta suerte, la literatura, en el sentido europeo, quedó confinada a una minoría más pequeña que en España o Portugal. Además, una especie de timidez ataba el pensamiento colonial, que se sentía obligado a esperar una señal de la distante metrópoli acerca de “cómo debían hacerse las cosas”. Prohibiciones como la que afectaba a las novelas apretaban más el cerco. (42) Y la limitación de los medios de impresión, debida en parte a la escasez de lectores, produjo una situación peculiar, en la que el autor nunca estaba seguro de alcanzar un público o, si sus obras circulaban en manuscrito, sólo podía contar con un auditorio provinciano. Sólo una que otra vez se movieron nuestros escritores con libertad creadora, como en el caso de Alarcón o Valbuena, o en el de Landívar. Acabando la era colonial, hubo una franca rebelión —como, por ejemplo, en Espejo—, pero el esfuerzo se gastó en polémicas, no en labor creadora.

Tampoco en pintura y escultura alcanzaron las colonias las alturas a que llegaron Velázquez y Zurbarán, Berruguete y Montañés, pero al menos no se vieron arrastradas por el trágico derrumbe de la energía espiritual que sufrió la península ibérica durante la última parte del siglo XVII. La literatura de las colonias se salvó en parte de los efectos del derrumbamiento, como lo atestigua Sor Juana Inés de la Cruz, cuya aparición en semejante período tiene “algo de sobrenatural y extraordinario”, en opinión de Menéndez y Pelayo; pero después de su muerte no surgen sino figuras menores, si exceptuamos a los poetas jesuitas que escribieron en latín, especialmente Landívar, los brasileños Gama y Durão, y algunos de los hombres de ciencia, cuyos méritos sólo incidentalmente pueden considerarse literarios. Pintura y escultura florecieron hasta el fin de la era colonial. Los mejores artistas pertenecen, en su mayoría, al siglo XVII: los pintorescos de las familias Echave y Juárez, junto con el español Arteaga en México, Gregorio Vásquez (1638-1711) en Bogotá, Miguel de Santiago

(m. en 1673) en Quito, Juan Espinosa de los Monteros en Cuzco, y escultores como el padre Carlos en el Ecuador y Alonso de la Paz (1605-1676) en Guatemala. Durante el siglo XVIII la producción artística de las colonias excedió a la de España y Portugal; la simple enumeración de las obras resulta asombrosa y, aun cuando la calidad es, por lo general, más baja que antes, no faltan los nombres excepcionalmente dotados: el más grande es, sin duda, el Aleijadinho, Antonio Francisco Lisboa (1730-1814), del Brasil, escultor y arquitecto. En los años que precedieron a las guerras de independencia, José Luis Rodríguez Alconedo, de México, captó un destello de la elegancia de Goya, y Francisco Javier Matiz (1774-1851), de Bogotá, era “el mejor pintor de flores del mundo”, en opinión de Humboldt. (43).

Las mayores dotes creadoras se desplegaron en arquitectura. Pasada la conquista, hubo ciudades que construir a la manera europea, ya fuese, como en Lima, en lugares hasta entonces vacíos, ya, como en México, reemplazando gradualmente los asentos de población indígenas. Desde el primer momento esta enorme actividad fue un estímulo para la creación. En 1623, Gil González Dávila dice que se han levantado ya en la América hispánica (en aquella época, Portugal seguía unido a España) (44) setenta mil iglesias y quinientos conventos. La cifra de setenta mil es, por supuesto, pura hipérbole, bien fácil de advertir si consideramos que muchos de los edificios que hoy quedan en pie pertenecen a épocas posteriores. Solamente en México, se dice, hay nueve mil iglesias de mérito, desde el punto de vista arquitectónico, lo cual parece menos improbable. Durante todo el siglo que siguió a la conquista, los arquitectos fueron europeos —españoles y portugueses, y algunos italianos y flamencos—. Los indios intervinieron en la tarea sólo como subordinados, aunque ya hemos visto que no fue el suyo un papel enteramente pasivo. Al principio, los estilos siguieron las corrientes europeas; primero la transición isabelina del gótico al estilo renacentista, después el plateresco, luego las severas formas clásicas de Herrera y Siloe y, finalmente, el barroco, que se mantuvo durante dos siglos. El

ornamento mudéjar se aplica en los detalles, tales como arcos, puertas, ventanas y techos, y la influencia morisca se manifiesta en el empleo de azulejos. Hacia fines del siglo XVI encontramos ya entre los maestros constructores hombres nacidos en el Nuevo Mundo. Al mismo tiempo surgen innovaciones arquitectónicas. Una de las primeras, aparte ciertos rasgos de influencia indígena, como los vanos trapezoidales, es la transplatación de la columna salomónica, en la arquitectura religiosa, del altar a la fachada. Esta innovación ocurre en Quito, ciudad que parece también haber sido la cuna hispánica de la columna con éntasis, que puede o no proceder de Asia. Y luego el barroco se convierte en el estilo característico de la América hispánica. Se desarrolla y crece cuando la inspiración arquitectónica va adelgazándose en España, cuando allá empieza a escasear la riqueza, lo mismo la de la Corona que la privada, en tanto que las colonias mantienen su opulencia o comienzan a alcanzarla. Hacia 1700 el barroco hispanoamericano es ya un ultrabarroco, equivocadamente llamado churrigueresco, puesto que Churriguera sólo tiene con él muy escasa relación. Difiere, tanto en esencia como en apariencia, del de España. El churrigueresco español tiende a hacer confusas las líneas estructurales: recuérdense el transparente de Narciso Tomé (1732) en la catedral de Toledo, el palacio del Marqués de Dos Aguas (1740) en Valencia, y la Capilla Real de San Pascual en Villarreal, provincia de Castellón. En el ultrabarroco de la América española las líneas estructurales nunca desaparecen bajo la extraordinaria profusión de adornos; por ejemplo, en los grandes altares dorados. Como señala Manuel Toussaint, la arquitectura tiende a convertirse en escultura; con todo, las líneas de la composición arquitectónica se pierden sólo en determinados puntos, no en el conjunto, como puede verse en las iglesias de Santa María Tonantzintla y Nuestra Señora de Ocotlán. (45) En una de las variedades del barroco, el estilo local de Puebla, que viene a ser una como transmigración del antiguo mudéjar, el talaverano, según lo ha llamado Romero de Terreros, el azulejo pasa del interior de los edificios, o de las cúpulas, a las fachadas y torres.

La culminación del barroco en toda la América española, y señaladamente en México, entre 1700 y 1780, produjo un gran número de edificios en los que el lujo del adorno se hermana con la magnificencia de la estructura. Estos edificios influyeron en las formas arquitectónicas españolas; varios críticos españoles (Juan de la Encina, Francisco de Cossío, Enrique Díez-Canedo, Luis Bello) han comentado este reflujo, que se advierte notablemente en Andalucía. Se ha dicho que en México están cuatro de las obras maestras del barroco de todo el mundo: el Sagrario de la catedral metropolitana, el Colegio de los jesuitas en Tepozotlán, el Convento de Santa Rosa en Querétaro y la iglesia parroquial de Santa Prisca, en Taxco.

En contraste con la América española, que comienza a apartarse de España ya desde los primeros tiempos, el Brasil nunca se alejó notablemente de Portugal en su hermosa arquitectura barroca. En los más apartados rincones del antiguo imperio portugués, de Río de Janeiro a Mozambique, de San Salvador de Bahía y Recife de Pernambuco a Goa y Macao, sin excluir Madeira y las hechiceras Azores, hubo una clara unidad de estilo. Sólo se advierten, aquí y allá, divergencias menores, como las torres ovaladas de Minas Geraes, y detalles ornamentales como piñas o indios con plumas. (46)

Después de 1780, el estilo neoclásico académico sustituyó al barroco. El cambio está brillantemente ejemplificado por el arquitecto mexicano Francisco Eduardo Tresguerras (1745-1833): de sus dos obras más famosas, Santa Rosa, en Querétaro, y la iglesia del Carmen, en Celaya, la primera pertenece al barroco típico mexicano, la segunda es neoclásica. El Carmen (1802-1807) es, según las explosivas palabras de Sacheverell Sitwell, "la última gran iglesia que se ha construido". (47)

IV  
LA DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA  
INTELLECTUAL  
(1800 – 1830)



HAMOS visto que, bajo la aparente inmovilidad del sistema colonial, había en la América hispánica una anarquía latente. En lo político, se traducía en las conspiraciones y alzamientos que ocurrían de tiempo en tiempo. Las últimas y más importantes rebeliones en el siglo XVIII fueron la insurrección de Túpac Amaru, un descendiente de los Incas, en el Perú (1780), y el levantamiento de los comuneros en Nueva Granada (1781). Por aquel tiempo se había proclamado la independencia de los Estados Unidos, y nuevas doctrinas políticas se difundían por las colonias hispánicas, principalmente a través de los libros franceses, que se leían con no mucho secreto. Montesquieu, Voltaire y Rousseau se contaban entre los autores de mayor influencia. En esto vino la Revolución francesa, que espantó y llenó de sorpresa la imaginación de los coloniales; sólo unos cuantos alcanzaron a discernir sus principios esenciales. Antonio Nariño (1765-1823), de la Nueva Granada, vertió al español la *Déclaration des droits de l'homme*, la hizo imprimir secretamente (1794) y la distribuyó por toda Sudamérica.

El movimiento que, andando el tiempo, llevaría a las guerras por las que las colonias se convirtieron en naciones libres puede remontarse a los años de 1781-1782, en que ya el

extraordinario precursor Francisco de Miranda (1750-1816) mantenía correspondencia con los descontentos aristócratas venezolanos. Por aquel tiempo era miembro de la expedición naval enviada por Carlos III de España para ayudar a los Estados Unidos atacando las posesiones inglesas; había sido uno de los vencedores que entraron en Pensacola en mayo de 1781, y en Nueva Providencia, entonces capital de las Bahamas, en mayo de 1782. Tras esto, rompiendo los lazos que le unían a España, pasó a los Estados Unidos. Allí, el espectáculo de la democracia, tanto en las instituciones políticas como en las costumbres sociales, fue para él una sorpresa no enteramente agradable, pero sí una lección provechosa. En su diario dejó anotadas sus impresiones del país. Aunque era hombre de amplias lecturas, carecía de ambiciones literarias; sin embargo, el diario que llevó —extraordinario documento— lo coloca en una posición única dentro de la literatura hispanoamericana. (1) Recoge en él cuanto dato pueda serle útil, anota cuanto rasgo personal, cuanta costumbre le llama la atención en las regiones que visita. Sus comentarios son breves y agudos; muy a menudo, también, enteramente imprevistos. Anota fríamente la delirante admiración del pueblo norteamericano por Washington, ese “hombre fortunado”, en quien “las producciones y hechos de tantos individuos en América reflejan sobre la independencia y concentran como en el foco”. En realidad, Washington no parece llenar enteramente su ideal de grandeza: tal vez su ideal fuese demasiado latino. No tiene muy alta opinión de Lafayette; encuentra al héroe francés demasiado inquieto. Le agrada la universidad de Yale; los ejercicios de oratoria de los estudiantes le parecen “método excelente para acostumarlos a hablar en público”. Cree que el de Harvard está “más bien calculado para formar clérigos que ciudadanos hábiles e instruídos”. Le parece “cosa extraordinaria” que no haya allí cátedras de lenguas vivas, y subraya la desnudez de los cuartos de los estudiantes y la frugalidad de sus comidas. Atribuye atinadamente la prosperidad de la Nueva Inglaterra a la industria de sus habitantes y al estímulo que les da su libertad. Pero pone dos objeciones a la constitución de Massachusetts, que discutió

ampliamente con Samuel Adams:

*La primera fue, cómo en una democracia cuya base era la virtud, no se le señalaba puesto alguno a ésta, y por el contrario, todas las dignidades y el poder se daba a la Propiedad, que es justamente el veneno de una República semejante. —El otro fue la contradicción que observaba entre admitir como uno de los derechos de la humanidad el tributar culto al ente Supremo del modo y forma que le parezca, sin dar predominancia por Ley o Secta alguna; y que después se excluía de todo cargo legislativo o representativo al que no jurase ser de la religión cristiana! : graves solecismos, sin duda.*

Hizo innumerables amigos. Stiles, el presidente de Yale, le llamó, en el estilo oratorio de aquellos tiempos, “hombre ilustrado y flamígero hijo de la libertad”. John Adams dijo que se había puesto tan “de moda” en los Estados Unidos el admirarlo que en todas partes se creía que “sabía más de cada una de las campañas, sitios, batallas y escaramuzas que habían ocurrido en toda la guerra (de la independencia norteamericana) que cualquier oficial de nuestro ejército o cualquier estadista de nuestros consejos”. Se le consideraba “hombre de conocimiento universal... de gran sagacidad, espíritu inquisitivo y curiosidad insaciable”. (2) En Europa, muchos años después, Napoleón le llamó, según la duquesa de Abrantès, “un Don Quijote, con la diferencia de que no está loco” . “Este hombre —añadió— tiene un fuego sagrado en el alma”.

En los Estados Unidos sus planes para la independencia de Hispanoamérica tomaron forma definitiva. Mantuvo largas conversaciones acerca de ellos con Alexander Hamilton y Henry Knox. Después, en Inglaterra, cuya ayuda buscó, se los expuso a Pitt. La Gran Colombia, como llamaba a la América española, desde las fuentes del Mississippi hasta el Cabo de Hornos, habría de convertirse en una gran nación, bajo un monarca constitucional, que sería llamado Inca y se elegiría entre los descendientes de los antiguos gobernantes del Perú. Se revivirían

y adaptarían las instituciones indias, en la medida de lo posible, dentro de los usos modernos; los senadores recibirían el nombre de caciques. Muchos años pasaron antes de que recibiera la ayuda que buscaba. Mientras tanto, había viajado a través de todo el continente europeo, desde Turquía hasta Suecia, se había hecho amigo de Catalina la Grande de Rusia y recibido de ella muy útil ayuda (1787), había servido como general de la república francesa y tomado Amberes (1792), y había sido injustamente encarcelado en París en cuatro ocasiones; la primera, por haber incurrido en la enemistad de Robespierre. Finalmente, en 1806, condujo su primera expedición a Venezuela, que fracasó. En 1810 volvió allí como jefe reconocido. Fracasó de nuevo, y acabó sus días en la prisión, en España.

Miranda desapareció poco tiempo antes de que su plan de independencia triunfase. Cuando Napoleón invadió España en 1807, las colonias se encontraron en una situación contradictoria; no querían aceptar el gobierno napoleónico, pero no había en España un rey español; tanto Carlos IV como su presunto heredero, Fernando, habían abdicado y emigrado. ¿Qué había ocurrido con la soberanía? La teoría moderna —moderna al menos en su forma— de la soberanía del pueblo se mezclaba, en el pensamiento de muchos coloniales, con la única tradición de autonomía que conocían, la tradición española del gobierno municipal. Se convocaron reuniones de cabildo en las capitales coloniales. Esto constituía de hecho una revolución, y fue el nombre que tomó en Buenos Aires (mayo de 1810). Nominalmente, sin embargo, se mantuvo la fidelidad a la Corona, y la mayoría de las colonias enviaron representantes a las Cortes que se reunieron en Cádiz (septiembre de 1810) para reorganizar a España mientras luchaba contra la invasión. Aquella famosa asamblea no fue menos importante para nuestra historia intelectual que para nuestra historia política. Muchos de los diputados elegidos por las colonias eran hombres de letras que allí desplegaron insospechados dotes de elocuencia y lucharon en favor de la independencia y el progreso intelectual. Sus palabras provocaron, en ocasiones, gran revuelo,



especialmente las del Inca Yupanqui, del Perú, y las del incisivo orador —el mejor de las Cortes— José Mejía (1777-1813), del Ecuador. “Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre”, dijo el Inca. Y Mejía:

*Se habla de revolución, y que eso se debe desechar. Señor, yo siento, no el que haya de haber revolución, sino el que no la haya habido. Las palabras revolución, filosofía (quiere decir, por supuesto, pensamiento filosófico libre), libertad e independencia, son de un mismo carácter: palabras que los que no las conocen las miran como aves de mal agüero, pero los que tienen ojos, juzgan; yo juzgando digo, que es un dolor que no haya en España revolución.*  
(3)

Las guerras de independencia comenzaron en las colonias españolas en 1810; las últimas batallas se libraron en 1825. (4) El Brasil se hizo independiente en 1822, sin grandes luchas. (5) En estos movimientos, muchos de los jefes —además de Nariño y de Miranda— eran hombres de educación filosófica y literaria. La literatura desempeñó un papel ancilar en su actividad política; en realidad, la había anunciado ya, en los escritos de hombres como Baquíjano y Espejo. Los periódicos y folletos fueron instrumentos esenciales en sus campañas. La difusión de las nuevas ideas, y la “ilustración” y educación del pueblo, en oposición a la cultura restringida y anticuada que había prevalecido en los tiempos coloniales, juntamente con la perfección de la libertad individual por la abolición de todas las formas de esclavitud y servidumbre, se concebían como concomitantes naturales de la libertad nacional.

Miguel Hidalgo (1753—1811), el cura de Dolores, había traducido a Molière y quizá a Racine para representarlos ante sus feligreses indios, a los que había enseñado a fabricar seda, cerámica y ladrillos. Después de haber dado al pueblo de México la señal de la rebelión (15 de septiembre de 1810), decidió publicar un periódico, *El Despertador Americano*, el 20 de diciembre del mismo año; su director fue otro sacerdote,

Francisco Severo Maldonado (c. 1770–1832), una especie de socialista nato. Camilo Henríquez (1769–1845), “el Fraile de la Buena Muerte”, fue el primero en reclamar la independencia para Chile e hizo de ello motivo de sermones, poemas, dramas, panfletos y artículos. Dio a su país su primer periódico, *La Aurora de Chile* (1812–1813); su aparición produjo tal entusiasmo que, según su contemporáneo Fray Melchor Martínez, los hombres corrían por las calles con el periódico en la mano, paraban a cuanto amigo encontraban, leían y releían su contenido, y se felicitaban de su buena suerte, confiando en que la ignorancia y la ceguera en que habían vivido desaparecerían y dejarían lugar a la ilustración y a la cultura, que harían de Chile un país de hombres sabios. Es significativo que el padre Henríquez, en su defensa de la libertad de prensa, citara la *Areopagítica* de Milton; hacia fines del siglo XVIII nuestros hombres de letras habían empezado a leer autores ingleses tanto como franceses; se traducían o citaban pensadores tan opuestos como Tom Paine y Adam Smith y, por supuesto, los estadistas norteamericanos, Washington, Jefferson, Madison y John Quincy Adams. En la Argentina, Mariano Moreno (1778–1811) y Bernardo de Monteagudo (c. 1787–1825) expresaron sus ideas políticas en excelente prosa; Moreno era dueño de una sintaxis compleja y arquitectónica, Monteagudo de una expresión concisa y vigorosa. El mismo Bolívar (1783–1830), el más brillante y original de los libertadores, el Libertador por excelencia, escribió un idioma claro y vívido. Sus mejores páginas son probablemente las de su discurso ante el Congreso de Angostura (12 de febrero de 1819), con que presentó el proyecto de una constitución hecho por él mismo y por Zea para la república de Colombia. En sus cartas hay pasajes sorprendentes, especialmente la “profecía” escrita en Jamaica (6 de septiembre de 1815). Escribió hasta una especie de poema en su subida al Chimborazo. (6) Y José Bonifacio de Andrada e Silva (1765–1838), el que movió los hilos en el curioso proceso de la independencia brasileña, era también el hombre de letras mejor informado de su país, y, cuando menos en opinión de Afranio Peixoto, el promotor de su autonomía literaria. (7)

El deseo de independencia intelectual se hace explícito por vez primera en la *Alocución a la Poesía* de Andrés Bello (1781–1865), la primera de sus dos *Silvas americanas*. (8) Bello había ido a Inglaterra en 1810, junto con Bolívar, en representación de los patriotas de Venezuela. Su *Alocución* apareció como una especie de programa editorial (¿y quién, si no un hispanoamericano, habría hecho otro tanto?) en las páginas iniciales de una revista que él y el colombiano Juan García del Río (1794–1856) publicaron en Londres, en 1823, con el título de *Biblioteca Americana*. Muchos años después, el argentino Juan María Gutiérrez, crítico e historiador de la cultura, reprodujo el poema como introducción declaratoria en nuestra primera gran antología, la *América poética* (Valparaíso, 1846). Comienza con una invocación a la musa en seis versos de silva, en los que el juego delicado de las vocales da fresca calidad a las viejas imágenes pastoriles. (9) Requiere a la musa para una “vuelta a la naturaleza”, invitándola a que abandone Europa, la “culta Europa”, “región de luz i de miseria”, “que tu nativa rusticidad desama”, y vuele a la “grande escena” del mundo de Colón

*do viste aún su primitivo traje  
la tierra...*

Como Emerson en su conferencia sobre *The American Scholar* (1837), piensa que “hemos prestado demasiada atención a las cortesanas musas de Europa”. Procede a describir la riqueza natural del Nuevo Mundo y la proeza de los libertadores, que estaban librando aún su última campaña. Eran éstos nuevos temas de poesía. Las pacíficas sombras imperiales de Virgilio y Horacio son sus guías en este intento revolucionario, juntamente con los escritores dieciochescos que hacen literatura de los temas científico: camino prometedor del que por desgracia nos hemos alejado. De su estilo se ha dicho que es clásico, concebido dentro del molde romano, con un toque del aroma nativo de nuestro suelo.

La *Biblioteca Americana* apareció sólo durante 1823. En

1826, Bello y García del Río comenzaron otra revista, el *Repertorio Americano*. Este duró hasta 1827 y publicaba, como la *Biblioteca* artículos sobre temas muy diversos, ciencias naturales, puras y aplicadas, historia y arqueología, política y economía, educación y gramática, arte y literatura. Como la *Biblioteca* también, publicó en sus páginas iniciales un poema de Bello, *La agricultura en la zona tórrida*, segunda de sus *Silvas americanas*. Aquí vuelve a pintar, con mayor detenimiento que en la *Alocución*, la riqueza natural de las tierras tropicales, esa zona “que al sol enamorado circunscribe el vago curso”, y esboza un futuro próspero para las jóvenes naciones, si están dispuestas a consagrar sus esfuerzos al cultivo del suelo. Concluida ya la guerra de independencia, Bello tiende la mano, franca y desarmada, a los españoles.

Sus famosas descripciones de las plantas, lo mismo nativas que aclimatadas, que crecen en los trópicos son una curiosa mezcla de detalles realistas y alusiones clásicas:

*el algodón despliega al aura leve  
las rosas de oro y el vellón de nieve...  
... el maíz, jefe altanero  
de la espigada tribu...  
... el cacao  
cuaja en urnas de púrpura su almendra...  
el ananás sazona su ambrosía...*

A veces cae en conceptos un tanto enredados, al viejo estilo de Góngora y Calderón, reliquia de sus gustos de adolescente. (10) Por lo general, su verso es más elocuente que poético, al menos para la sensibilidad de nuestros días. Acaso necesitemos en la América hispánica un crítico de la escuela de T. S. Eliot que nos haga volver a gustar las virtudes de nuestros escritores neoclásicos del siglo XVIII y de principios del XIX. Lo cierto es que, si Bello escribe aquí y allá versos prosaicos, con frecuencia alcanza una concisión de palabra muy efectiva dentro de la tradición latina de lo sentencioso. (11)

No escribió Bello muchas poesías originales. Espíritu muy

siendo, cumplidos los cien años, la más completa descripción sincrónica de nuestra lengua y una de las mejores de cualquier idioma moderno. (16)

Amigo de Bello y nacido en Guayaquil, José Joaquín de Olmedo (1780-1847) fue el poeta que cantó en versos sonoros las últimas batallas de nuestras guerras de independencia, las victorias de Junín y Ayacucho. Su oda en loor de Bolívar lleva por título *La victoria de Junín* (1825); en ella el espíritu del Inca Huayna Capac anuncia la mayor y decisiva victoria de Sucre en Ayacucho. Aun cuando Olmedo escribió dentro de la manera clásica, y las apariciones seguían estando de moda, ésta del Inca ha despertado objeciones. Una de ellas es que el emperador peruano celebra a Bolívar como libertador de su raza. ¿Perseguía Bolívar —dicen— la restauración del imperio inca, o el establecimiento de una nación moderna cuyo idioma oficial habría de ser el español y no el quechua? Sabemos que Bolívar no pretendía semejante restauración, si se exceptúa la reconstrucción puramente simbólica del templo inca de Pacha Cámac; pero también sabemos que Miranda había soñado algo muy semejante, y que algunos de los dirigentes posteriores (el argentino Belgrano, por ejemplo) acariciaron proyectos por el estilo. Cabe todavía señalar que se esperaba que la liberación de Sudamérica del dominio español habría de traer no sólo la independencia política para la comunidad, sino también la libertad personal de los indios, muchos de los cuales permanecían aún bajo una esclavitud legalmente disimulada. En la mayoría de las colonias constituían la mayoría de la población. Habían planeado serias rebeliones en el Perú: una, cuando menos, con cada siglo. Olmedo mismo había hablado contra la mita, el tributo que debían pagar los indios, en su único discurso importante ante las Cortes de Cádiz. Mariano Moreno, el jefe de la Revolución de Mayo (1810) en Buenos Aires, había escrito su tesis para el grado de doctor en leyes en la Universidad de Charcas (1802) sobre la prestación de servicios personales de los nativos. San Martín, dirigiéndose a los araucanos argentinos en 1816, y para hacerles entender su campaña de independencia, les dijo: “Yo también soy indio” (lo

que literalmente no era cierto). La justicia para con el indio fue uno de los ideales del movimiento de independencia. El fracaso, a lo largo de todo el siglo XIX, de convertir este ideal en realidad, nos dejó ese problema como herencia.

Bello no desaprobó la visión de Olmedo; por el contrario, en el *Repertorio Americano* (1826) elogia la profecía del Inca y el coro de las vírgenes sacerdotisas del Sol, que invocan la ayuda de su luminoso Dios. El indio y sus tradiciones, lo mismo que las peculiaridades de la Naturaleza en el Nuevo Mundo, nombradas a menudo con vocablos nativos, estuvieron siempre presentes en sus propias *Silvas americanas*: un largo pasaje de su *Alocución* refiere la leyenda de Huitaca, diosa de las aguas, y Nenqueteba, hija del Sol, en Bogotá. Dicho sea en pocas palabras, el indio había llegado a cobrar tanta importancia en lo literario como en lo político. (17)

Cualidades de *La victoria de Junín* son el sentido de la estructura y desarrollo —con frecuencia llamado pindárico—, el don de la metáfora y de la descripción, y la redonda plenitud del verso. Olmedo poseía ese *os magna sonaturum*, patente en la metáfora onomatopéyica inicial del trueno, que es una reminiscencia del *caelo tonantem* horaciano. (18)

La oda es de una extensión desusada (pasa de los novecientos versos) pero, fuera de eso, Olmedo escribió bien poco. Sus actividades políticas no le dejaron por lo general tiempo para la literatura. (19) Tenía, además, el hábito clásico de retocar y pulir continuamente sus poemas, buscando con frecuencia el consejo de amigos eruditos. Nos dejó unos cuantos, no muchos, versos de circunstancia sin mayor interés, y muy pocos poemas importantes aparte de *La victoria de Junín*: la soberbia oda al vencedor de Miñarica (1835), la oda prelopardiana (1817) *A un amigo en el nacimiento de su primogénito* (“¿Tanto bien es vivir? ...”) y una traducción en verso de las tres primeras epístolas del *Ensayo sobre el Hombre*, de Pope. (20)

Con Bello y Olmedo, el éxito justificó el esfuerzo consciente hacia la independencia intelectual. No introdujeron ninguna innovación en la versificación o el estilo, fuera del uso

de palabras indígenas, cuidadosamente enmarcadas dentro del más castizo español. En sus descripciones de la naturaleza, en cambio, sí había novedad, y quedaron como conquistas definitivas en nuestra búsqueda de expresión. Nuevo fue en ellos, también, el hecho de dar voz a propósitos políticos y sociales en su poesía. Y en la vida pública contribuyeron a la formación de las jóvenes naciones, especialmente Bello, que desempeñó el papel más destacado en la reorganización de la vida cultural de Chile.

Bello y Olmedo, el mexicano Andrés Quintana Roo (1787-1851) y el argentino Juan Cruz Varela (1794-1839) fueron, entre otros muchos, los poetas de la independencia consumada. (21) José María Heredia (1803-1839), de Cuba, lo fue de la independencia frustrada. Como Domingo del Monte (1804-1853), la otra gran figura literaria cubana de su generación, vino al mundo en el seno de una familia distinguida emigrada de Santo Domingo, país que atravesó una crisis desastrosa con las invasiones de los esclavos insurgentes de Haití, y que a causa de ello perdió muchos de sus hombres de posición y cultura. La corta vida de Heredia fue una procesión de infortunios. Su padre, José Francisco Heredia (1776-1820), juez de gran probidad y sentido común, destrozó su propia vida tras varios años (1811-1818) de esfuerzos infructuosos en Venezuela, durante el período revolucionario, y murió poco después en México. El hijo pasó entonces a Cuba (1820-1823), tomó parte en una conspiración para libertarla, fue desterrado, vivió dos años en los Estados Unidos (1823-1825) y finalmente fijó su residencia en México, donde hubo de sufrir muchas penalidades a causa de la intranquilidad política. Sólo una vez volvió a ver su isla nativa, en una visita de unas cuantas semanas (1836).

Su poesía es claro trasunto de su vida desdichada. Desde niño empezó a escribir versos, y sus dos mejores poemas, *En el Teocalli de Cholula* (1820) y *El Niágara* (1824), los escribió antes de llegar a su mayoría de edad. Lo cierto es que durante sus últimos años achacosos no siempre escribió bien. Su educación había sido clásica —el poeta Francisco Muñoz del

Monte recuerda cómo traducía a Horacio en Santo Domingo, antes de cumplir los diez años—, y se movió dentro del estilo neoclásico del siglo XVIII; pero su vida fue semejante a la de sus contemporáneos los poetas románticos de Europa, y su poesía, como la del español Cienfuegos, aun cuando está concebida dentro de un marco neoclásico, es ya una anticipación de nuestro romanticismo, en sus arrebatos de emoción y aun, a veces, en su descuido de la forma. Al iniciarse las grandes luchas de la Hispanoamérica continental, Bello y Olmedo eran ya hombres hechos y derechos, y como tales tuvieron su parte y responsabilidad en el movimiento. Su obra literaria se beneficia todavía de las costumbres plácidas de su educación colonial: está cuidadosamente planeada, desarrollada, pulida y acabada. Heredia no disfrutó ni de la tranquilidad de espíritu ni del tiempo suficiente para adquirir los hábitos de un orden lúcido y de un idioma impecable. Era un niño cuando estalló el conflicto, y como tal sufrió sus consecuencias. Cuando, todavía muchacho, quiso participar en el intento de dar la libertad a su isla, se estrelló contra el fracaso. Nunca iba a verla independiente. Es el poeta del fracaso, de la rebelión sofocada; en el mejor de los casos, el desdichado profeta de la libertad, el autor de los versos que habían de repetir sus compatriotas durante setenta años para animarse con ellos al esfuerzo y al sacrificio. Entre tanto, cantó con alegría las alabanzas de los héroes de los países libres, especialmente de Washington y Bolívar.

Como es de suponer, Heredia es el más auténticamente lírico entre todos nuestros poetas de aquellos tiempos revueltos. Es el primero de nuestra larga serie de poetas que cantaron la ausencia y el destierro (tradicción latina), las esperanzas sin colmar y los tesoros perdidos. El amor de su tierra nativa es una pasión desolada y constante. Basta la simple caricia de la tibia brisa de su clima natal para arrancarle un grito, como en su *Vuelta al Sur* (1825), uno de sus poemas más originales, si bien de los menos recordados.

Pero, como Bello y Olmedo, tuvo el don de la descripción objetiva. Su oda *En el Teocalli de Cholula* describe la lenta



caída de la tarde sobre las solemnes mesetas de México, entre las cumbres nevadas, y discurre acerca de la mortalidad de las civilizaciones y de la vanidad del esfuerzo humano. Su oda al *Niágara* retrata el salto del agua con rápidos trazos, entremezclados con rememoraciones emotivas. El poema alcanza su mayor intensidad cuando el poeta, llevado por su nostalgia a evocar las palmeras de los trópicos, refrena su imaginación, pensando que estarían fuera de lugar al lado de las grandes cataratas, que en los abetos tienen su única corona adecuada. El verso tiene magnífica sonoridad. (22)

Durante este breve período se introducen muchas novedades en nuestra literatura; el deseo de independencia e innovación crece y se difunde. Los paisajes de México, después de Landívar y antes de Heredia, aparecieron en la obra de muchos poetas, y particularmente en algunas composiciones de Fray Manuel de Navarrete (1768-1809). Este delicado poeta provinciano probablemente nunca llegó a ver las abarrotadas calles de la capital, pero fue reconocido y proclamado como jefe (mayoral) por la banda metropolitana de sus hermanos arcades, entre quienes figuraba un excelente traductor de las *Heroidas* de Ovidio, Anastasio de Ochoa (1783-1833). En contraste con ellos, el dinámico e intransigente Fray Servando Teresa de Mier (1765-1827) viajó por muchos países y llevó una vida política de perpetuo desasosiego, durante la cual llegó a adquirir la peculiar habilidad de fugarse de la cárcel cuantas veces dio en ella. Sus escritos y sermones dejan ver una gran penetración para los problemas políticos y sociales, y sus memorias suenan, en ocasiones, a novela picaresca. Novela picaresca auténtica, la última de su clase en español, es la de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), que se hizo llamar "El pensador mexicano", título de uno de los periódicos que publicó (1812) para la difusión de ideas nuevas. Su *Periquillo Sarniento* (1816; completado, en cuatro volúmenes, 1830) es en realidad la primera novela de un escritor nacido en la América hispánica que se haya impreso de este lado del Atlántico. (23) Es una historia en el estilo del *Guzmán de Alfarache* de Alemán y del *Marcos de Obregón* de Espinel; el héroe es un pícaro, que tiene

una serie de aventuras ignominiosas y viaja hasta las Filipinas. En tanto que, por su estructura, pertenece a una escuela antigua y por entonces ya extinta, por su asunto es un cuadro realista de la vida mexicana en todos sus aspectos, hasta el más bajo, en donde la miseria y el vicio cobran forma fantasmal. Y sus comentarios morales están convenientemente mezclados: las citas tomadas del acervo clásico —Aristóteles, Horacio, Juvenal o Séneca, traducidos por el autor— dejan lugar, aquí y allá, a reflexiones inspiradas por autores bien modernos, Rousseau en particular. (24) Con posterioridad, Lizardi se inspiró directamente en Rousseau para otra de sus cuatro novelas, *La Quijotita y su prima* (1818-1819). Sus muchísimos escritos —más de trescientos folletos, periódicos, almanaques, obras de teatro, novelas y fábulas— constituyen una rica cantera que puede darnos un conocimiento completo de aquellos tiempos complicados en una sociedad que lo era todavía más. (25)

Mariano Melgar (1791-1815), en el Perú, fue el primero que intentó de modo sistemático dar salida en versos españoles a sentimientos indios. Escribió *yaravíes* a la manera de los cantos amorosos nativos, y fábulas sazonadas de un solapado humor indígena. Si hubiera sido gran poeta, podría haber dejado abierta una vena de riqueza incalculable. No lo hizo; como tampoco José Joaquín Pesado (1801-1861), en México, poeta un tanto tibio, aunque muy superior a Melgar en el dominio del lenguaje y de los tradicionales recursos poéticos. Poseedor de una cultura clásica, abordó los temas indios a lo erudito. Con ayuda de la traducción literal de un amigo, vertió en versos españoles cierto número de antiguos poemas aztecas. El resultado fue, si no muy grande, al menos decoroso y agradable. *Las aztecas* de Pesado es su mejor obra, junto con sus descripciones de la naturaleza en los alrededores de Orizaba, esa suave y encantadora franja de tierra situada entre la costa tórrida y la fría meseta de Anáhuac.

Por esa época se multiplicaron la sátira y las fábulas. Desde los tiempos de la conquista se habían producido en abundancia los versos satíricos en la América hispánica; los mismos conquistadores, y los primeros pobladores, poseían pasmosas

dotes para la improvisación del comentario humorístico, en verso, sobre los sucesos cotidianos, como compensación a sus duras experiencias. Andando el tiempo, la ciudad de Lima llegó a ser famosa por su genio, y ha seguido siéndolo: todavía se recuerda a Caviedes como la encarnación del ingenio limeño. (26) Pero la sátira colonial, por lo general, no llegó a imprimirse. En las guerras de independencia, se convirtió en un arma política, y como tal persistió a lo largo del siglo XIX. Dos satíricos típicos fueron Francisco Acuña de Figueroa (1790-1862), uruguayo, que escribió cerca de mil quinientos epigramas (además de un poema trágico, *La madre africana*, contra la esclavitud), y Antonio José de Irisarri (1786-1868), de Guatemala. Este último, que llevó una vida política muy agitada en su propia tierra, en Chile y en Colombia, goza de mayor fama como maestro de la prosa polémica. Dejó una novela autobiográfica sin terminar, *El cristiano errante* (1845-1847).

El mejor de los poetas dotados del don del humor fue José Batres Montúfar (1809-1844), de Guatemala. Poco después de concluir la era colonial, descubrió las antiguas y reposadas gracias de aquel país, hazaña sorprendente, si se considera el corto tiempo transcurrido, aunque no tanto si tenemos en cuenta los cambios de espíritu y de costumbres que produjo la independencia. Escribió tres novelas satíricas breves en verso, a la manera de *La Fontaine y Casti*, vertiendo en ellas algunas gotas del *Don Juan* de Byron; son las *Tradiciones de Guatemala*. Acertó a descubrir un campo en que se aúnan lo pintoresco y lo cómico.

En Cuba, Domingo del Monte descubrió la vida rural contemporánea como tema para la literatura, dando así origen a uno de nuestros tipos de poesía criollista. (27) Algunos años antes, en Uruguay y Argentina, había hecho su aparición Bartolomé Hidalgo (1788-1823), a quien se tiene por el primer maestro del criollismo en dialecto gauchesco. (28) Claro que, en su forma espontánea, la poesía criolla había existido desde los primeros tiempos. Españoles y portugueses trajeron a América sus canciones y romances tradicionales; algunos de ellos, como el de *Delgadina* y el de *Gerinaldo*, la *Pájara pinta* y *A la limón* se

siguen cantando o recitando en la ciudad y en el campo. Diéronse, además, a improvisar nuevas canciones y romances. Este tipo de poesía cotidiana, espontánea, no tardó en ser uno de los hábitos permanentes del hombre nuevo del Nuevo Mundo. Lo mismo entre los campesinos que entre los más humildes trabajadores de las ciudades hubo siempre —y sigue habiéndolos— poetas que improvisaban acompañándose con la guitarra. Componen romances narrativos, especialmente en México, donde se han recogido recientemente millares de corridos, lo mismo que se han recogido chácaras en el Brasil. Componen canciones amorosas, religiosas, humorísticas, homilías morales, discursos escépticos en verso. Miden sus fuerzas en largas justas poéticas llamadas porfías y contrapuntos. En países o regiones de vasta población indígena, el verso criollo se convierte a menudo en mestizo: mezcla palabras nativas con palabras españolas y portuguesas. En Cuba, y también en el Brasil, hay mezcla de palabras africanas y europeas. En la literatura de los tiempos coloniales no faltaron, aquí y allá, los ecos de cantos populares y parodias de dialectos locales, como, por ejemplo, en los villancicos de Sor Juana Inés de la Cruz; esta práctica vino también de España y Portugal, de Juan del Encina y Gil Vicente, de Lope y Tirso, Quevedo y Góngora. Por fin, entre 1810 y 1830, aparecen los primeros poetas de la ciudad que describen con detenimiento la vida de los criollos. Bartolomé Hidalgo, además, escribió sistemáticamente el dialecto criollo del Uruguay y de las provincias bajas de la Argentina. En sus cielitos y diálogos en el lenguaje de los gauchos saca a relucir las cuestiones políticas del momento, y con preferencia las que tocan a la independencia de los países del Río de la Plata; sus apuntes de la vida rural anuncian ya los amplios frescos del *Santos Vega* y del *Martín Fierro*. Su modesto esfuerzo, fue, probablemente, el más revolucionario de todos.

V  
ROMANTICISMO Y ANARQUIA  
(1830 – 1860)



A independencia no trajo la tan esperada felicidad a los pueblos de la América hispánica. La mayoría de los países salieron arruinados y con su población diezmada de la larga lucha sangrienta. Y luego se desató la anarquía latente del régimen colonial; sucedieronse alternativamente la guerra civil y el despotismo, salvo cuando el gobierno estuvo en manos de algún hombre de gran carácter y energía. Hubo dos excepciones principales: Brasil, una monarquía, y Chile, una república aristocrática; ambas alcanzaron hacia 1830 la paz orgánica. La monarquía se intentó en México, con Iturbide, y fracasó (1822-1823); fracasaría nuevamente con Maximiliano de Habsburgo (1864-1867). Y tanto las administraciones conservadoras como las liberales del gobierno republicano se frustraron una y otra vez, en México como en los demás países. También los hombres: buenos y malos, sabios y tiranos, Rivadavia y Rosas, Gómez Farías y Santa Anna, todos fueron derribados con el tiempo. Caso de excepción fue el del doctor Francia en el Paraguay, que se mantuvo en el poder hasta el momento de su muerte. (1)

Por fin, entre 1850 y 1870, la estabilidad fue afirmándose lentamente, ya fuese porque la democracia iba cobrando realidad, como en la Argentina, ya porque el poder quedara

durante un largo período en manos de un hombre fuerte, que mantenía una apariencia de gobierno republicano al tiempo que promovía al progreso material. Sólo en algunos países, por lo general de pequeño territorio o de escasa población, persistió la antigua turbulencia. (2)

Durante los cincuenta agitados años que transcurren entre 1820 y 1870, emprendióse una tarea titánica. Se cambió la estructura de la sociedad. Se abolió la esclavitud; como abolicionistas, las repúblicas hispanoparlantes se adelantaron todas a los Estados Unidos y con frecuencia también a Inglaterra (1833). (3) Igualmente quedó abolida por la ley la virtual servidumbre de los indios; pero para destruirla se necesitaba algo más que la abolición legal. Alteróse radicalmente el sistema económico, de acuerdo con los principios del liberalismo. Y, sobre todo, se intentó y se llevó a cabo, en parte, una reforma amplia de la educación. La instrucción del pueblo, la creación de escuelas para todos los hombres y mujeres, había sido uno de los ideales de los dirigentes intelectuales en las luchas por la independencia; nunca dejó de serlo entre los mejores hombres en la vida pública. La pobreza impidió que se hiciera realidad, pero al menos llegaron a fundarse muchas escuelas. Y en las formas superiores de la educación la tradición escolástica de la era colonial cedió el sitio a la influencia de la moderna filosofía francesa, inglesa y alemana, y de la ciencia moderna. (4) Por último, nuestra legislación tropezó repetidamente con los hechos sociales en nuestras sociedades anárquicas, pero a pesar de todos los escepticismos tuvo un papel profético y fue gradualmente configurando la difícil masa de la realidad. En esto se mostraba conforme con la tradición romana que, según Lecky, “en vez de ser un mero sistema empírico ajustado a las necesidades existentes, sentó principios abstractos de derecho a los que trató de plegarse”.

Las artes padecieron con la disminución general de la riqueza. Apenas se construyeron ya nuevas iglesias y contados edificios públicos. Había poca demanda de cuadros. La pintura religiosa sobrevivió como un modesto oficio que proveía a las necesidades de las damas devotas, o cayó en el arte popular,

expresándose en las ofrendas votivas que la gente pobre coloca en las iglesias humildes; así ocurre todavía en países como México y el Perú. Se perdieron las tradiciones coloniales. En las academias de bellas artes que se habían fundado a fines del siglo XVIII o a principios del XIX —entre ellas la Academia de San Carlos en México (1783), precedida por una escuela de grabado (1778), la Escuela de Bellas Artes en Guatemala (1797), la Escuela de Bellas Artes en Río de Janeiro (1815) y la Academia de San Alejandro en La Habana (1817)— se importó de España y Francia el estilo neoclásico. La influencia tuvo efectos esterilizantes, probablemente no por ningún defecto particular, sino porque no se halló empleo para la nueva pintura profana. (5) En la América hispánica solamente el retrato, entre las formas cultivadas del arte, conservó originalidad y carácter. (6) La escultura sobrevivió, también, como artesanía menor: tuvo sus clientes en las iglesias pequeñas y en los hogares piadosos.

Sólo en la imperial Río de Janeiro se construyeron nuevos palacios y jardines suntuosos, dentro del estilo neoclásico francés. Fue por entonces cuando se inició en la capital del Brasil esa planificación urbana sin precedente que pronto había de transfigurarla, haciendo de ella un delicioso laberinto de perpetuas sorpresas luminosas entre los cerros y las aguas. (7)

Sin que, al parecer, hubiese mucha razón para ello, la literatura prosperó durante aquellos años revueltos. Pero sí había razones: razones políticas, no económicas. La literatura no producía dinero; nadie en la América hispánica vivía de su pluma, y raro es el que lo hace, aun hoy. Pero tenía una utilidad política que las artes parecían no tener —aun cuando a fines del siglo pasado nuestros gobernantes descubrieron que la arquitectura podía utilizarse como propaganda, y la pintura es, en nuestros días, portadora de mensajes sociales—. La literatura demostró su utilidad para la vida pública durante las guerras de la independencia. Con frecuencia tomó forma de periodismo u oratoria, o de ensayo político; ya hemos visto que también tomó forma de novela (nuestra primer novela, *El Periquillo Sarniento*, perseguía un propósito social); otras veces era el drama patriótico, la oda clásica que se leía en público, el himno

que se ponía en música. Había tipos especiales de cantos populares políticos: los "cielitos" de la Argentina y del Uruguay son los mejores ejemplos. En Cuba y en Puerto Rico, donde no se había logrado la independencia, toda literatura, y aun toda manifestación de cultura, era una especie, a veces muy sutil, de rebeldía.

En los países ya independientes, la literatura, en todas sus formas, conservó todas las funciones públicas que había cobrado con el movimiento de liberación. En medio de la anarquía, los hombres de letras estuvieron todos del lado de la justicia social, o al menos del lado de la organización política contra las fuerzas del desorden. Para mencionar sólo algunos ejemplos notables, en México, cuando Iturbide fue coronado emperador (1822), Francisco Ortega (1793-1849), poeta neoclásico y católico devoto, profetizó su caída en una oda horaciana; en Chile, cuando fue asesinado el eminente estadista Diego Portales (1837), el sentimiento público ofendido halló expresión en una solemne elegía escrita por una dama de calidad, Mercedes Marín de Solar (1804-1866). En el Perú, el poeta y dramaturgo aristocrático Felipe Pardo (1806-1868), expresó su opinión sobre la democracia en una sátira desdeñosa. En la lucha de facciones en Colombia, sus dos mejores poetas, Julio Arboleda (1817-1861) y José Eusebio Caro (1817-1853) escribieron elocuentes versos políticos. En el Brasil, los profetas de la abolición de la esclavitud fueron Antonio Gonçalves Dias (1823-1864), Antonio de Castro Alves (1847-1871), Luis Nicolas Fagundes Varela (1841-1875), y Tobias Barreto (1839-1889). Y los dos movimientos nacionales más importantes del siglo, la Reforma en México (1855-1874) y la lucha contra Rosas (1837-1852), seguida de la reconstrucción orgánica del país (1853-1880), en la Argentina, se llevaron adelante con la ayuda de una enorme cantidad de literatura. En México había, además de los incontables periodistas y oradores, los poetas: entre los del bando conservador, José María Roa Bárcena (1827-1908), que celebró la llegada de Maximiliano de Habsburgo (1864) evocando las sombras de los antiguos reyes indios como padrinos del nuevo emperador, y el obispo Ignacio



Montes de Oca (1840-1920), traductor de Píndaro y Teócrito, que lamentó los infortunios del efímero imperio; entre los liberales, hombres de más valer aún, como Ignacio Ramírez (1818-1879), Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), Vicente Riva Palacio (1832-1896) y Guillermo Prieto (1818-1897), autor de una colección de romances de tema patriótico a la que llamó *Romancero nacional*. Y, tras los poetas, estaban los historiadores, para justificar el paso de los héroes a la posteridad. (8) La canción popular de intención política, que durante las campañas de independencia había culminado con las conmovedoras coplas a Morelos, el cura de aldea convertido en general, (9) divulgó ahora las intencionadas estrofas de *Los cangrejos*, que comparaban al partido conservador con esos animales que andan hacia atrás, y la *Mamá Carlota*, que cantaba con sarcasmo un imperio fuera de la realidad y predecía su caída. (10) Y cuando los desterrados argentinos trabajaban por la destrucción del poderío de Rosas y de todos los demás caudillos, sus más poderosas armas literarias fueron los impetuosos versos de José Mármol y su trágica novela *Amalia* (1851), las canciones de Hilario Ascasubi en dialecto gaucho y los grandes libros de Sarmiento, que habían de culminar muy adecuadamente en su diario de la campaña militar por la que se tomó la ciudad de Buenos Aires y se depuso a Rosas (1851-1852).

Nuestros hombres de letras fueron, pues, por regla general, también hombres de acción. Buen número de ellos llegaron a ser presidentes en sus repúblicas. (11) Muchos, ministros de gobierno. La mayoría, en una u otra ocasión, fueron miembros de las cámaras. A menudo sufrieron el destierro. Hasta el pacífico Brasil tuvo sus desterrados, como José Bonifacio de Andrada e Silva o mucho después, Ruy Barbosa. Los hubo que murieron de muerte violenta: así Arboleda, a raíz de su elección como presidente de Colombia. En Cuba, donde la lucha por la independencia continuó, de modo intermitente, desde 1823 hasta 1898, dos poetas, Plácido (1809-1844) y Juan Clemente Zenea (1832-1871), fueron condenados a muerte por jueces españoles; José Martí murió en el campo de batalla

(1895), y después de él los jóvenes poetas Francisco Gonzalo Marín (1863–1897), de Puerto Rico, y Carlos Pío Uhrbach (1872–1897) perecieron también en la guerra.

Los poetas de las guerras de la independencia habían descubierto la utilidad pública de la poesía, y hasta las odas en que Bello proclamaba nuestra aspiración a la autonomía intelectual fueron una manera de actividad política. Para la generación que vino después de 1830, Olmedo, Heredia y Juan Cruz Varela eran demasiado europeos en las formas que adoptaron para expresar a América. No bastaba la novedad del asunto; imponíase también la novedad de la forma, de una forma adaptada estrictamente (tal era el sueño) a los nuevos asuntos.

Semejante sueño, como es fácil compender, había nacido del contacto con el romanticismo europeo. En 1825, un joven de Buenos Aires, Esteban Echeverría (1805-1851), fue a París y pasó allí cinco años, en plena insurrección romántica. Descubrió el romanticismo como revolución espiritual que abría a cada grupo nacional o regional el camino de su expresión propia, de la completa revelación de su alma, en contraste con la fría y ultra-racional universalidad del clasicismo académico. Había que dar suelta a las *Stimmen der Völker*, ordenaba el *Zeitgeist*; “el espíritu del siglo lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar la independencia no sólo política, sino filosófica y literaria”, dice Echeverría, que conoce su Herder y su Mme de Staël. El romanticismo era una batalla de las naciones que se estaba librando en muchos frentes, de Noruega a Rusia, de Escocia a Cataluña. Echeverría quería extender el campo de batalla a nuestro hemisferio, y concibió su propósito como deber de patriotismo. Cuando partió para Europa no se consideraba poeta, aun cuando debía tener escritos uno o dos poemas, como cualquier joven que se respetase de nuestras “buenas familias” de la época. Ahora se propuso estudiar la literatura española del pasado, con el fin de adiestrarse en el manejo de la lengua y del verso. Lo consiguió, aunque nunca llegó a ser un verdadero poeta: sus versos arrojan sólo sonidos opacos, y su estilo carece de la magia de las imágenes. Su único

mérito estriba en la simplicidad y en la limpieza del trazo. Es una desgracia que escogiera el verso como vehículo de expresión, pero el prejuicio en favor de la poesía seguía siendo demasiado grande en la América hispánica. Su prosa es mucho mejor —en realidad, excelente— lo mismo en sus lúcidos ensayos filosóficos que en las cálidas descripciones realistas de *El matadero*, obra vigorosa a la que parece haber concedido poco valor, puesto que nunca la publicó. Y, sin embargo, su éxito como poeta fue extraordinario: pero fue el éxito de un descubridor, más que el de un artista.

El primer poema que publicó después de su regreso a Buenos Aires fue *Elvira, o la novia del Plata*. La fecha —1832— es significativa: *Elvira* precede por un año a la primera obra admitida como de la escuela romántica en España, el *Moro expósito* del Duque de Rivas (1833-1834). Nuestra emancipación literaria demostró ser cierta en lo que se refería a España; adoptamos el nuevo movimiento sin esperar a que ella nos diera la señal. (12)

Pero *Elvira* despertó poca atención. Había fracasado en su propósito: Echeverría sólo había orientado hacia otra nación, también europea, nuestro vasallaje. Su poema es una historia a la manera de las baladas de Bürger, con fantasmas y todo; no tiene de sudamericano más que el subtítulo, *La novia del Plata*. Dos años después sacó a luz un volumen de poesías románticas, los *Consuelos*, con otro cuento a la manera de las baladas, *Laida*, que tuvieron una acogida más calurosa que *Elvira*. Su éxito definitivo vino en 1837 con el volumen de *Rimas*, que incluía un tercer cuento en verso, *La cautiva*. Aquí, por fin, cumplía su promesa: *La cautiva* ofrecía al lector una semblanza fiel de la vida y de la naturaleza argentina —la pampa, “inconmensurable, abierta”, toda hierba, sin árboles, con sus vientos persistentes y sus nubes extendidas, sus lluvias, sus sequías y sus fuegos, los gritos de guerra de sus indios, que ya habían dominado el caballo y las armas europeas, y sus criollos, que luchaban por llevar una vida civilizada en medio de un vasto desierto y con la constante amenaza de un ataque por parte de los salvajes. Echeverría es el antecesor de todo el linaje de

pintores argentinos de la naturaleza; entre ellos, un maestro de la prosa inglesa, William H. Hudson, el naturalista. El estilo de *La cautiva* era directo, claro, sencillo; tan sencillo que alcanzó originalidad, aunque no llegó a alcanzar distinción.

1837 fue el *annus mirabilis* de Echeverría. Se le aclamó como el poeta que había revelado el alma de la pampa, su esplendor y su tragedia. (13) Se le aclamó también como jefe de los jóvenes idealistas políticos con quienes fundó la Asociación de Mayo (1838) y escribió las *Palabras simbólicas*, rebautizadas luego *El Dogma Socialista*: socialismo significaba, para ellos, el deseo de bienestar social, no su programa posterior de reforma económica. Por lo que hacía a la organización económica de la sociedad, adoptaron los principios del liberalismo clásico, que eran entonces una novedad en la América hispánica. Pronto los jóvenes idealistas empezaron a verse perseguidos por Rosas, y fueron escapando uno tras otro; volvieron, al cabo de quince años de destierro, para reorganizar el país de acuerdo con sus sueños. Echeverría vio sólo de lejos la tierra prometida: murió pocos meses antes de la caída del tirano.

Escribió cuatro largos poemas después de *La cautiva*, todos ellos de asunto argentino. Suele considerárseles inferiores a su obra anterior; en realidad no lo son mucho, pero vinieron después de aquélla, cuando la novedad había ya pasado. Sólo un canto, en su *Avellaneda*, encontró muchos admiradores, porque describía un nuevo tipo de paisaje, el tropical de Tucumán, enteramente distinto del de las pampas.

Echeverría tuvo, naturalmente, muchos imitadores. Un año después de *La Cautiva*, su amigo Juan María Gutiérrez (1809-1878) escribió *Los amores del payador*, y después otros poemas sobre los gauchos o las pampas; escribió también poemas con motivos indios (*Irupeya*, *Caicobé*, *Las flores del Lilpú*) en los que no hizo, como Echeverría, un retrato realista de los guerreros pampeanos, sino una idealización de los antiguos nativos, menos alborotadores. Y Bartolomé Mitre (1821-1906) escribió *Santos Vega* (1838), poema corto, el primero sobre el legendario payador que con el tiempo llegaría a ser tema

favorito de la literatura gauchesca. (14)

Pero ni Gutiérrez ni Mitre deben su fama a sus poemas. **Los** dos fueron eruditos. Gutiérrez es más conocido como **crítico** literario e historiador de la cultura, y fue él quien **concibió y** llevó a cabo con éxito la primera antología sistemática de la poesía hispanoamericana en el siglo XIX, la *América poética* (Valparaíso, 1846); escribió también extensamente sobre los poetas coloniales y publicó o reimprimió algunas de sus obras. Mitre fue, con Vicente Fidel López (1815-1903), uno de los **dos** mayores historiadores de la Argentina. Hizo historia, también, durante su período de gobierno, en que puso al país sobre el camino del progreso moderno (1862-1868), como **orientador** de la opinión en su gran diario *La Nación* (desde 1870), y finalmente, durante su larga vejez, como patriarca democrático. (15)

El poeta romántico típico de la Argentina, típico en sus cualidades como en sus defectos, fue José Mármol (1817-1871), famoso por sus feroces invectivas contra Rosas. En su lucha contra la tiranía parecía guiarle la fe de que

*. el poeta que...  
arranca al monstruo la usurpada gloria  
es un genio, es un dios, que de la historia  
la profanada dignidad vengó,*

como dijo uno de sus contemporáneos. (16) Tenía auténtico don lírico y una viva percepción de la naturaleza, tierra, mar y cielo. Pero le faltaba paciencia, y todos sus poemas son improvisaciones sin aliño, tan pronto brillantes como pesadas. Poeta nato, como no lo fue Echeverría, jamás escribió un poema perfecto; donde más se acercó a este ideal fue en su himno al Plata. Por lo general, leyéndolo habremos de contentarnos con una estrofa o un verso hermosos, aquí y allá, como cuando describe el paisaje tropical de Río de Janeiro o cuando habla de la "fraternidad de lágrimas", dirigiéndose a la condesa de Walewski. (17)

Los desterrados argentinos durante la tiranía de Rosas

(1837-1852) llevaron el movimiento romántico al Uruguay y a Chile, en donde libraron una batalla breve pero ruidosa (1842) con los discípulos neoclásicos de Andrés Bello. Los argentinos se vieron apoyados por algunos jóvenes chilenos, especialmente por José Victorino Lastarria (1817-1888), cuyo discurso ante la Sociedad Literaria de Santiago, en mayo de 1842, se reputa como origen de la controversia. Lastarria había hablado de la necesidad de una emancipación literaria, declarando que la literatura debía ser “la expresión auténtica de nuestra nacionalidad”, y, aunque cuidadosamente evitó la palabra *romanticismo*, citó a Victor Hugo y ensalzó la literatura de Francia, libre al fin de “rigorosas y mezquinas reglas”. Los partidos en pugna llegaron pronto a un entendimiento. El mismo Bello demostró que no dejaba de reconocer las cualidades de la nueva poesía al publicar sus propias adaptaciones de Hugo (había dado ya a la escena, en 1839, una traducción de la *Thérèse* de Dumas), y en su discurso de apertura como rector de la Universidad de Chile (septiembre de 1834), zanjó definitivamente la disputa de una manera magistral, reconociendo que la “libertad en todo” era esencial para la creación artística, si bien no se debía renunciar jamás a la norma platónica de la “belleza ideal”. (18)

En el resto de la América hispánica el movimiento comenzó independientemente, pero después que en la Argentina. (19) Por lo general venía de Francia. Francia había llegado a ser para nosotros, cuando no la fuente principal, el canal por el que recibíamos la cultura moderna, aun antes de nuestras guerras de independencia, y continuó siéndolo hasta el siglo XX; las ideas alemanas e inglesas nos llegaron principalmente a través de ella. En ocasiones hubo contacto directo con la literatura inglesa, como en el caso de Caro y Arboleda en Colombia. Y, por otra parte, los lazos con España nunca llegaron a romperse en la realidad, y, cuando su propio romanticismo llegó a pleno florecimiento, Larra, Espronceda y Zorrilla encontraron muchos imitadores entre nuestros jóvenes escritores.

Contrastando con los países de habla española en su

relación con España, el Brasil continuó a la zaga de Portugal, en donde el movimiento romántico comenzó, con Almeida Garret, antes de 1830. No han faltado los intentos de remontar los orígenes del romanticismo brasileño hasta las *Poesías* de José Bonifacio de Andrada e Silva, impresas en Burdeos en 1825, o las de José Domingos Gonçalves de Magalhães, impresas en Río de Janeiro en 1832; ambos autores, sin embargo, fueron hombres de educación clásica que llegaron a sentir la atracción del romanticismo y leyeron a Scott o a Byron o a Lamartine, como el cubano Heredia. No eran revolucionarios. Gonçalves de Magalhães (1811-1882), por ser más joven que José Bonifacio, se acercó mucho más el romanticismo, y sus *Suspiros poéticos*, impresos en París, en 1836, contenían suficiente novedad como para que un autorizado escritor contemporáneo, Torres Homem, haya podido declarar que “abrieron una nueva época en la poesía brasileña”. Con todo, en 1839 Gonçalves de Magalhães seguía considerándose ecléctico: “No acepto el rigor de los neoclásicos ni el descuido de los románticos... Hago a ambos las debidas concesiones”. El primer romántico en sazón del Brasil, y, con mucho, el mejor poeta brasileño de esos años, es Antonio Gonçalves Dias (1823-1864), cuyos *Primeiros cantos* aparecieron en 1846.

Su poesía era sencilla y fresca; sin esfuerzo aparente alguno, daba expresión a una amplia variedad de sentimiento y emoción. En él, más que en ningún otro de nuestros poetas, el programa del romanticismo se cumple en lo que toca al problema central de dar expresión artística a nuestra vida. Su *Cancao do exílio* (destierro, dijo, aun cuando era simple ausencia) es un canto de amor exaltado y febril por su tierra natal (como las canciones, posteriores en algunos años, de Casimiro de Abreu, 1837-1860). Y fundó la literatura “indianista” del Brasil con su *I-Juca-Pirama*, su *Canto do Tamoio* y su *Timbiras*, extenso poema que había planeado en dieciséis cantos, de los que sólo llegó a escribir cuatro (1848). Aportó aquí no sólo sus dotes de imaginación y su pasión por las bellezas de la naturaleza, sino también el fruto de sus estudios etnológicos y lingüísticos, que prosiguió a lo largo de

toda su vida. En 1857 publicó un *Dicionario da língua tupí* y en 1860 se unió, como etnógrafo, a una expedición oficial enviada por Pedro II a estudiar el norte del Brasil. También se entretuvo en demostrar su pericia en el portugués tradicional escribiendo las *Sextilhas de Frei Antão* en el idioma del siglo XV. Tanta era la importancia que se concedía al guaraní que José de Alencar dijo en 1865, en una carta añadida a su novela *Iracema*: “El conocimiento de la lengua indígena es el mejor criterio para juzgar del carácter nacional en nuestra literatura”. La cuestión “indianista”, claro está, se discutió con calor. Pero varios poetas siguieron el ejemplo de Gonçalves Dias; entre ellos, conviene destacarlo, algunos de más edad que él, como Gonçalves de Magalhães en la *Confederação dos tamoios* (1856) y Manoel de Araújo Pôrto-Alegre (1806-1879) en *Colombo* (1866), enorme poema al que salvan del olvido algunas hermosas descripciones. (20)

Nuestro movimiento romántico comenzó en la poesía, y luego se difundió al teatro y a la novela. Nuestro primer drama romántico acusa la influencia de Victor Hugo: es el *Don Pedro de Castilla* de Francisco Javier Foxá (1816- c. 1865), nacido en Santo Domingo. Foxá lo escribió en Cuba en el transcurso de 1836, un año después de la aparición de la primera tragedia plenamente romántica en Madrid, el *Don Alvaro* del Duque de Rivas, y se representó en La Habana en 1838, con gran éxito. Se llegó hasta a la coronación pública del autor, siguiendo los usos del protorrenacimiento italiano. Ya en 1836 se había publicado en aquella ciudad una traducción en verso del *Hernani* de Hugo, hecha por Agustín Zárraga y Heredia. Es de lamentar que el teatro decayera hasta llegar a desaparecer justamente por esta época en la América hispánica. Sólo en Lima hubo una escuela de comedia que mantuvo la tradición del teatro colonial. Las obras de Felipe Pardo y Manuel Ascencio Segura (1805-1871) son todavía, en parte, de estilo dieciochesco, pero tienen genuino y delicioso color local. También en el Brasil, en donde el teatro disfrutó de un breve período de actividad después de 1838, Luis Carlos Martins Penna (1815-1848) escribió entretenidos cuadros de la vida cotidiana. Y la América española



dio a la antigua metrópoli dos de los mejores dramaturgos de su período romántico, Ventura de la Vega (1807-1865), nacido en Buenos Aires, y Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), nacida en Camagüey. El primero es un caso de transplatación completa. A los once años fue llevado a Europa, muy contra su voluntad; nunca regresó a la Argentina y son contadas las veces que la menciona en sus obras. (21) La Avellaneda, en cambio, era ya una joven poetisa cuando salió de Cuba (1836); (22) nunca perdió contacto con su tierra, ni siquiera en medio de sus triunfos resonantes, y volvió a ella en la flor de su vida, para ser coronada como gloria nacional (1860). Ni Ventura de la Vega ni la Avellaneda fueron, en su teatro, completamente románticos; templaron siempre el fuego romántico con la lógica clásica. La vida de la Avellaneda, sin embargo, tuvo todos los rasgos del inquieto romanticismo: abandonada dos veces por amantes inconstantes (uno el mejor tipo de Madrid, el otro, poeta y político al mismo tiempo, García Tassara), casada otras dos con hombres distinguidos que parecen haberle dado algunos años de tranquila felicidad, aclamada en lo mejor de su vida por sus admiradores, hasta por el escéptico Juan Valera, como la poetisa más grande de todos los tiempos, pero olvidada y pobre en la hora de su muerte. Sus espléndidos poemas, como era de esperar, son a veces retozones y alegres (*Los reales sitios*, gracioso relato de una fiesta ofrecida por la reina de España en Aranjuez), otras, trágicamente apasionados; en sus últimos años, se refugió en los versos devotos. Halló tiempo también para hacer ejercicios clásicos sobre motivos impersonales: su soneto a Washington, por ejemplo, está escrito en el más majestuoso estilo del siglo XVII. (23)

Tampoco en la novela histórica, género literario tan estrechamente relacionado con el movimiento romántico, esperó la América española el ejemplo de España. *Jicoténcal*, relato basado en la conquista de México, se publicó en Filadelfia en 1826; su autor anónimo fue, probablemente, un mexicano. (24) En realidad, su aparición marcaría los comienzos del romanticismo en la América española si no fuera porque se trató de una obra aislada en la que casi nadie paró mientes y que no

tuvo continuadores ni influencia. Sólo a partir de 1845 empiezan a multiplicarse las novelas, de asunto histórico o contemporáneo, en el estilo de Walter Scott, Victor Hugo o Eugène Sue. En México surgió toda una escuela de novelistas tras *El pistol del diablo* de Manuel Payno (1845); esta escuela contó con el apoyo de casas editoras que se las arreglaron para medrar en medio del desbarajuste político, a tal punto que llegaron a sacar una Biblia en varios volúmenes y una excelente enciclopedia. (25) Las novelas de este período son por lo general débiles de estructura, pero con frecuencia sobresalen en la descripción de costumbres, una de las características principales de nuestra literatura en aquellos tiempos. Como género en sí mismo, el cuadro de costumbres gozó de gran boga en países como Venezuela, Colombia, Perú y Chile. Es una de nuestras expresiones más auténticas, especialmente en el chileno Jotabeche (José Joaquín Vallejo, 1811-1858), el venezolano Daniel Mendoza (1823-1867), que creó un magnífico prototipo en el campesino que visita la ciudad, Palmarote, y los colombianos José Caicedo Rojas (1816-1898) y José Manuel Marroquín (1827-1908), que desplegó auténtica originalidad en *Yerbabuena*, la historia de su propio terruño, y en *El moro* (1897), la autobiografía de un caballo. (26) El cuadro de costumbres era una crítica de la vida social, a menudo con un propósito público declarado, la corrección de hábitos anticuados y perjudiciales. Tuvo relación con la literatura política, con los escritos de hombres que querían dar nuevos moldes a la sociedad y al estado: hombres como los mexicanos del movimiento de la Reforma, los argentinos que lucharon contra los caudillos hasta acabar con ellos, los venezolanos Antonio Leocadio Guzmán (1800-1884) y Fermín Toro (1807-1865), cuya descripción de una parroquia, en un discurso pronunciado en 1858, podría confundirse con una página de algún costumbrista, y el chileno Francisco Bilbao (1823-1865), autor de un violento libelo sobre la estructura de la sociedad de su país (*Sociabilidad chilena*, 1844), que cayó como una bomba sobre la modorra mental de las familias privilegiadas y la empingorotada cerrazón de los políticos gobernantes (Bilbao,

por supuesto, se anticipó con exceso; su único camino posible, después del escándalo, fue el destierro). En el Perú fueron igualmente los cuadros de costumbres los que reflejaron el primer choque entre los viejos y los nuevos usos políticos y sociales, y también las comedias de Pardo y Segura. En la Argentina, Juan Bautista Alberdi (1810-1884), el futuro mentor de los legisladores constitucionales de 1853, el futuro predicador contra *El crimen de la guerra* (1870), comenzó su carrera pública como iniciador del costumbrismo en el país (y, lo que no deja de ser curioso, también como músico). El costumbrista se convierte declaradamente en escritor político y sociólogo en *El matadero* de Echeverría y en los retratos de Sarmiento de tipos humanos de las pampas, el rastreador, el baquiano, el gaucho malo y el cantor, en su *Facundo*.

Las novelas más interesantes de esta época se escribieron en el Brasil. Joaquim Manoel de Macedo (1820-1882) pinta agradables cuadros de la vida cotidiana y retratos de tipos humanos, como su famosa *Moreninha* (1844) y su *moco louro* (1845). Más ambicioso que Macedo, José de Alencar (1829-1877) intentó la novela arqueológica e histórica de asunto indígena y colonial, y triunfó con especial acierto en *Guarani* (1856) y en *Iracema* (1865) por su habilidad de narrador, sus poco comunes dotes de descripción y la sobria belleza de su estilo. Sus personajes están concebidos como los de Scott —por citar un nombre—, y resultan mejores mientras más sencillos. También ensayó la novela social, como en *O gaúcho* (1870). (27)

El movimiento romántico adquirió fisonomía propia en la América hispánica. Antes que nada, en su ruptura con todo el bagaje de reglas neoclásicas, nuestros románticos intentaron realmente deshacerse de todo canon. (28) No quiere esto decir que siempre lo consiguieran de un modo claro. En la misma Europa no siempre se entendió con claridad que la revolución romántica partía del supuesto de que ninguna regla era posible en literatura, de que la creación poética era en su esencia libre, puesto que las únicas limitaciones que había de respetar surgían *de la naturaleza del idioma* / en movimientos más recientes, en

los que se lleva el romanticismo a sus últimas consecuencias, desde Mallarmé hasta Gertrude Stein y los surrealistas, se hace el intento de trascender aun estas limitaciones). Nuestros poetas creyeron simplemente que se habían emancipado de la “imitación de los modelos” —no más reminiscencias de Virgilio y Horacio, de Garcilaso y Fray Luis de León— y que el campo de sus temas se había ensanchado, lo mismo que su vocabulario y su repertorio de formas métricas. Pero, además, habían adoptado un nuevo estilo emocional de composición y desarrollo en lugar de la supuesta técnica racional de los neoclásicos. Y estaban convencidos, como Ión después de su diálogo con Sócrates, de que su único guía era la inspiración. Esto, desgraciadamente, condujo a la pérdida de dos excelentes hábitos de nuestros neoclásicos: el apego a los usos normales del idioma y el conocimiento de todo lo que razonablemente debía conocerse acerca del tema por tratar. El descuido se hizo moda, y el poeta se sintió con libertad para permitirse cualquier “licencia poética” que se le viniera en gana: podría alterar las palabras para acomodarlas a las necesidades del acento o de la rima, y no se metería a investigar si la gacela era un animal con alas o si Leónidas había muerto en las Termópilas o en Platea. La anarquía era tan frecuente en la literatura como en la vida pública, y la intranquilidad política, por su influencia sobre los negocios privados, era otra causa de precipitación y descuido. Se dejaba que la inspiración lo santificase todo. Muchos de nuestros innumerables poetas procedían como si pensasen, lo mismo que Rimbaud en años posteriores, que su desorganización mental era sagrada (“*J’ai fini par trouver sacré le désordre de mon esprit*”). ¿Cómo podía dejar de ser perfecto cualquier verso de un verdadero poeta? Hubo excepciones, naturalmente: por ejemplo, Gonçalves Dias en el Brasil, los colombianos, atentos siempre a las reglas del idioma —Caro, Arboleda, Gutiérrez González— y algunos de los venezolanos, Yepes, Escobar, Calcaño, Pardo y Gutiérrez Coll. (29) Y luego los poetas que seguían siendo clásicos en parte, como la Avellaneda, con su maestría infalible, o Baralt, o Ignacio Ramírez.

El romanticismo fue en Europa la literatura de la rebelión: rebelión contra la opresión política y en favor de la libertad, ya fuese que estuviera personificada en Marco Botzaris o en Toussaint Louverture; en ocasiones, también, rebelión contra la sociedad misma. Después, los problemas sociales y políticos dejaron de ser temas poéticos; el poeta prefirió vivir en aislamiento, en su propio mundo de imaginación y de sentimiento. No es que se mostrara conforme con el orden existente; por el contrario, se convirtió en un proscrito, como el albatros de Baudelaire.

Nuestros románticos, en la América hispánica, hablaron alguna que otra vez como desterrados; pero no hacían entonces más que imitar diligentemente a sus dechados europeos. A menudo fueron auténticos desterrados: desterrados políticos, término que significaba exactamente lo contrario de desterrados de la sociedad, puesto que demostraba la parte que tenían en la vida pública y de la comunidad. Y su obra, como sabemos, fue con frecuencia una forma de servicio público. En esto se hallaban más próximos a los primeros románticos europeos que a los últimos, más cerca de Wordsworth o de Shelley, o del Byron campeón de Grecia, más cerca de Victor Hugo, que conservó a lo largo de toda su vida su fe en el papel profético del poeta, y que, en parte por esta razón, ejerció poderosa influencia en la América hispánica. Nunca fueron rebeldes, pese a algunos ecos descarriados de Byron o de Espronceda; (30) estrechos lazos los ligaban a la tierra y a la familia y a las costumbres tradicionales, y jamás llegaron a ser revolucionariamente individuales. Sólo en el Brasil encontramos, hacia mediados del siglo, una epidemia del *mal du siècle*; foco de la infección fueron los poemas (*Lira dos vinte annos*, 1851) de Manoel Antonio Alvares de Azevedo (1831-1852), y alcanzó a Laurindo Rabello (1826-1864), Luis José Junqueira Freire (1832-1855), el monje que se sintió arrastrado a abandonar el claustro, y, en años posteriores, Fagundes Varella.

En agudo contraste con la literatura europea de pasión desatada, a la greña con la sociedad, la América hispánica produjo gran cantidad de poesía doméstica. Mucha de ella nos

parece hoy algo ridícula; cuando los poetas mediocres nos fastidian, claro es que hallaremos sus lágrimas inútiles; pero debe recordarse que sus sufrimientos fueron reales: pocas veces han sufrido tanto los hombres, y por tantos años, como ellos sufrieron en la mayoría de nuestros países durante los anárquicos años románticos. A veces la lágrima se cambia en perla, como en el *Canto fúnebre* del venezolano José Antonio Maitín (1804-1874) a la muerte de su mujer, o, en años posteriores, en la *Vuelta a la patria* de otro venezolano, Juan Antonio Pérez Bonalde (1846-1892), o en el *Regreso al bosque*, de la poetisa cubana Luisa Pérez de Zambrana (1837-1923).

Con la expansión de las luces, la fe religiosa desapareció de muchos espíritus o se redujo a un vago teísmo. En las controversias políticas, aquellos de nuestros escritores que pertenecían a partidos liberales atacaban la influencia de la iglesia, especialmente en México; muy pocas veces discutían la religión, (31) y sólo incidentalmente hablaban de sus creencias. En ocasiones, algún poeta, estudiante de ciencias, se alzaría hasta una inspiración lucreciana y hablaría del cambio como el único rasgo permanente del universo, y del espíritu humano como mera llama fugaz que desaparece con el cuerpo. Así Ignacio Ramírez:

*Madre Naturaleza, ya no hay flores  
por do mi paso vacilante avanza;  
nacé sin esperanza ni temores:  
vuelo a ti sin temores ni esperanza,*

y, en una generación posterior, Manuel Acuña (1849-1873). (32) Entre los poetas que conservaron la fe tradicional los había también filosóficos, especialmente José Eusebio Caro y Gertrudis Gómez de Avellaneda; la mayoría de ellos escribieron versos religiosos que no pasaban de la intención piadosa o narrativa. Pero, en su conjunto, la poesía romántica, en la América hispánica como en Europa, no realizó ningún esfuerzo sistemático por adaptarse a las nuevas interpretaciones científicas y filosóficas del universo. Los poetas dieciochescos

escribieron como si todavía concibiesen el mundo dentro del marco de los mitos griegos y romanos, pero unos cuantos intentaron introducir en su obra las concepciones modernas del mundo: Pope, Chénier, Goethe (poetas muy distintos, como vemos) y, en español, Quintana, Bello, Olmedo (al menos como traductor de Pope) y, más tarde, Heredia. Para los románticos, la mitología dejó de ser el marco del universo: el sol ya no es un dios ni los bosques están habitados por ninfas; los mitos antiguos se emplean como tales mitos, Prometeo, Hiperión, Endimión. Pero al mismo tiempo, y como un deber del nuevo culto de la imaginación, y de la emoción, los poetas románticos abandonan el intento de alojar su poesía dentro de un mundo construido con los materiales de la ciencia moderna. Whitehead explica esa actitud como una negativa a aceptar la explicación mecánica del universo; pero fueron contadas las veces que intentaron —como Wordsworth— afirmar un credo más amplio. En esto, como en otras cosas, la poesía del siglo XIX vivió en un aislamiento nada espléndido.

La descripción de la naturaleza, que comenzó con los neoclásicos, fue ahora para nuestros románticos un deber que había de cumplirse religiosamente. Era un dogma que nuestros paisajes sobrepasaban a todos los demás en belleza. Nuestros poetas y escritores intentaron, y prácticamente llegaron a realizarla, una conquista literaria de la naturaleza en cada uno de sus aspectos: nuestras interminables cordilleras, las altas mesetas de claros perfiles, el aire transparente y la luz suave, selvas tropicales, desiertos, llanuras como mares, ríos como mares, y el mismo mar resonante.

Un poeta verdaderamente original, Gregorio Gutiérrez González (1826-1872), mezcló las descripciones de la naturaleza con la de las costumbres en su poema titulado *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia* (1868), al que se ha llamado las Geórgicas colombianas. Pero ningún ejemplo clásico movió la pluma del poeta: su obra fue resultado de un azar feliz. Invitado a formar parte de una sociedad científica, en la que era requisito de ingreso presentar un informe más o menos científico, decidió hacerlo en verso, escogiendo como tema las labores rurales de su

apasionado torrente de palabras, junto con vivaz percepción de los hechos y rápido fluir de pensamiento. Con todos esos dones, no se resignaba a quedarse en mero escritor; sólo pensaba en servir a su patria argentina, a Chile, a toda la América española. Educar fue pasión suya, la más temprana, educarse a sí mismo y educar al pueblo. En la infancia y la adolescencia trató de adquirir conocimientos, luchando contra la pobreza de su familia venida a menos, en su anticuada provincia montañosa de San Juan, y logró darse el tipo de educación que necesitaba, según sus propósitos. Tuvo que estudiar latín, que le interesó poco, pero le dio, dice, un instrumento valioso para la adquisición del francés y del inglés; leyó todo lo que pudo encontrar de filosofía, de historia, de doctrinas políticas, de pedagogía; como no podía dejar de leer cuanto cayera en sus manos, se leyó además la Biblia y muchos libros de religión. Cuando apenas contaba catorce años, sabía matemáticas suficientes para aprender el arte de la agrimensura ayudando al ingeniero francés Barreau. Como hombre del siglo XIX, tuvo la veneración de las ciencias de la naturaleza, aunque no fue mucho lo que de ellas pudo aprender en las tierras donde vivió hasta terminar la adolescencia. A los quince años empezó a enseñar, adoctrinando a gentes campesinas, junto a su tío el sacerdote José de Oro, a quien ayudó a construir una escuela y a reconstruir una iglesia herida por el rayo. No fue precoz en su vocación literaria. Después de muchos cambios de lugar y de trabajo, comenzó a escribir a los veinte y ocho años, y sus motivos fueron políticos: fundó su primer periódico, *El Zonda*, en San Juan, para combatir por la libertad y el progreso. Naturalmente, tuvo que salir desterrado, y se estableció en Chile. Allí atrajo la atención de Manuel Montt (1809-1880), estadista de larga mirada, a quien no le puso temor la idea de encomendar a este maestro autodidacto la organización de la primera escuela normal de la América española (1842). Para entonces ya escribía en los periódicos principales de Chile y tomaba parte en la querrela de clasicistas y románticos. Y aquel año fundó, además, el primer diario de Santiago, con el característico nombre de *El Progreso*.



De ahí en adelante, y durante toda su vida, tuvo siempre entre manos dos o tres o más tareas a la vez. En 1845 emprendió el estudio sistemático del despotismo en la Argentina, escogiendo como asunto la vida de Aldao, el fraile convertido en jefe militar, e inmediatamente después publicó *Facundo*, vida del feroz caudillo de la Rioja —por ello recibió de Alberdi, en momentos de irritación, el mote de “Plutarco de los bandidos”. La biografía de Facundo Quiroga iba precedida por una descripción de la Argentina, especie de ensayo de geografía humana donde trató de discernir las causas de la enfermedad social del país, la tiranía engendrada por la anarquía; al final del libro iba el estudio de la situación política: allí demostraba que era inevitable la caída de Rosas y de todo el sistema del caudillaje, al cual sucedería la reconstrucción orgánica. Era una profecía sorprendente: se cumplió pocos años después. Este libro poderoso es la obra maestra de su tiempo en América. Ha sido la obsesión de muchos lectores cuya preocupación esencial es el problema de las causas y los remedios de los males que ha padecido y padece la América española. (38)

Tres años (1845-1848) en Europa y en los Estados Unidos estudiando las nuevas orientaciones de la enseñanza, dieron como fruto dos nuevos libros: *De la educación popular* (1849) y *Viajes* (1849). (39) Como respuesta a los absurdos ataques que le dirigían los partidarios de los caudillos, Sarmiento había escrito en 1843 un folleto, *Mi defensa*; al regresar a Chile lo desarrolló y lo convirtió en *Recuerdos de provincia* (1850), libro que contiene su autobiografía junto con descripciones ya vigorosas, ya pintorescas, ya delicadas, de la vida común en su tierra natal, y espléndidos retratos como el de Domingo de Oro.

A fines de 1851, Sarmiento se une al ejército de Urquiza, que marcha desde Entre Ríos para luchar contra Rosas en Buenos Aires, y asume el papel de boletín oficial de la campaña; estuvo presente en la batalla de Caseros (3 de febrero de 1852), donde quedó finalmente derrotado el dictador, y narró sus experiencias en un libro muy original, *Campaña del Ejército Grande* (1852). Se había alcanzado la meta, al parecer. Pero Sarmiento se separó de Urquiza, en quien hallaba todavía

demasiados rasgos de caudillo, y regresó a Chile. Al fin volvió a Buenos Aires (1855), para comenzar su larga carrera de constructor de la nación, el más grande que en su especie ha conocido América. Su carrera abarcó muchas campañas en la prensa y en el Congreso, dos años de gobierno en San Juan (1862-1864), tres como ministro en los Estados Unidos (1866-1868), seis como presidente de la República (1868-1974). El prodigioso catálogo de sus hazañas comprende centenares de escuelas y bibliotecas, observatorios astronómicos, jardines botánicos y zoológicos, parques, carreteras, ferrocarriles, barcos, líneas telegráficas, inmigración, hasta nuevas ciudades. Tuvo parte en toda contienda cuyos motivos fueran la libertad y la justicia, y, sobre todas cosas, la regeneración del pueblo mediante la educación. La guerra de tres países —Brasil, Uruguay, Argentina— contra el Paraguay llegó a su término mientras él gobernaba, y a su gobierno se le pidió que formulara sus demandas territoriales; la inmortal respuesta la dio su ministro de Relaciones Exteriores, Mariano Varela: “La victoria no da derechos”.

Sarmiento vivió pluma en mano, y escribió tanto después de regresar del destierro como antes: artículos de periódicos, discursos, mensajes e informes oficiales, libros de texto, vidas de hombres que le interesaron (Lincoln, o el naturalista Muñiz, o su propio hijo, Dominguito, que murió en la guerra del Paraguay mientras él se hallaba en los Estados Unidos); finalmente emprendió una vasta obra sociológica que nunca terminó, *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883).

A su propio período inicial pertenecen sus tres libros mejores, *Facundo*, *Recuerdos de provincia*, *Viajes*. Están sólidamente contruidos; los escribió de prisa, pero concibió su estructura íntegra y armoniosa desde el principio. Hechos y teorías, en ellos, marchan de la mano. Todo hecho que observa —y observa mucho— está siempre, implícita o explícitamente, en relación con un amplio y coherente sistema de ideas. Todo lo que atrae su atención lo espolea a pensar. Pero su mirda no es sólo intelectual; es también imaginativa. Tiene el don descriptivo: su pintura de Río de Janeiro en diez líneas es un

ejemplo clásico. No menos clásica es su pintura de las pampas de la Argentina en las primeras páginas del *Facundo*, después de la Introducción; culmina en aquel momento en que la mesnada de gauchos “vuelve maquinalmente la vista hacia el sur, al más ligero susurro del viento que agita las yerbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje (de indios) que puede de un momento a otro sorprenderla desapercibida; si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo oscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de algún caballo que esté inmediato al fogón, para observar si están inmóviles y negligentemente echadas hacia atrás; entonces continúa la conversación interrumpida...” Cuando escribió estas páginas excitantes, Sarmiento conocía la pampa sólo de oídas.

A veces su pensamiento mismo se encarnaba en imágenes: así, el doctor Francia, el tirano del Paraguay “muerto de la quieta fatiga de estar inmóvil pisando un pueblo sumiso”; o el viajero ignorante que nada entiende de las modernas maravillas de invención técnica que se le muestran: “el Anacarsis no viene con su ojo de escita a contemplar las maravillas del arte, sino a riesgo de injuriar la estatua con sólo mirarla”; o nuestras tradiciones latinas, resumidas en una frase: “pertenece al Imperio Romano”; o los hábitos de los gauchos, a quienes describe viviendo en una edad de cuero, porque el cuero les servía no sólo para calzado, sombreros, trajes, camas, sillas, mesas y alfombras, sino también para techar casas y para construir botes.

Tuvo extraña maestría de lenguaje. Hubo muchas leyendas sobre él mientras vivió, y una de ellas le ha sobrevivido: la de su estilo descuidado. Como inició su carrera literaria cuando era nuevo el romanticismo y las opiniones en literatura estaban gobernadas todavía, a sabiendas o no, por las doctrinas clasicistas, se le condenó en nombre del siglo XVIII. Transcurridos cien años, sus escritos nos lo revelan como maestro. Es desigual, sin duda. Como hombre público y como periodista escribió muchas páginas que no esperó vivieran más

de un día; pero las hemos recogido todas. Es apresurado, como hombre que escribía para la publicación inmediata; apresurado, además, porque las ideas se le agolpaban con impulso tumultuoso y en ocasiones se olvidaba de enlazarlas adecuadamente: es a menudo elíptico. “Un estilo castizo y correcto —decía en 1842— sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa”. Pero nunca fue descuidado a la manera de los mediocres, y nunca escribió jerga periodística, ni siquiera en sus artículos de periódico sin firma. Su estilo tenía vigor de raza y podía alzarse hasta la brillantez sin esfuerzo. Acertaba muchas veces con la palabra justa, que podía ser un solo adverbio, como cuando habla del “camino que sólo conduce a la riqueza”. Se le acusó de caer en el galicismo, plaga que infectó el idioma castellano durante los siglos XVIII y XIX; en verdad, sólo hizo uso de unas pocas palabras de origen francés, y éstas las empleó, por lo común, deliberadamente: creía que el empobrecido español de sus tiempos necesitaba enriquecerse. Al contrario: su lenguaje era ricamente idiomático, cualidad que heredó del habla tradicional de su provincia nativa, libre entonces, como ahora, de los vientos internacionales que soplan sobre Buenos Aires. “Mi español —decía— es algo colonial”.

Los libros que escribió después de su regreso a la Argentina en 1855 no igualan, como literatura, a los que escribió antes: estaba entonces más urgido que nunca por la desconcertante multiplicidad de sus actividades; además, ahora era constructor que se exprimía en “la labor del minuto” para alcanzar “el prodigio del año”, y no ya el combatiente crítico cuyos ojos tratan de escudriñar bajo las apariencias para penetrar hasta el corazón de la realidad social. (40) Pero todavía escribió páginas magníficas, como el discurso sobre la bandera, al inaugurarse la estatua de Belgrano. Poco antes de su muerte, Sarmiento resumió su autobiografía en pocas palabras, apropiada conclusión de semejante vida:

*Partiendo de la falda de los Andes nevados (dice), he recorrido la tierra y remontado todas las pequeñas*

*eminencias de mi patria.*

*No se describirá con menos frases vida más larga. He vivido en todas partes de la vida íntima de mis huéspedes y no como viajero. Dejo tras de mí un rastro duradero en la educación y columnas miliarias en los edificios de escuelas que marcarán en la América la ruta que seguí. Hice la guerra a la barbarie y a los caudillos en nombre de ideas sanas y realizables, y, llamado a ejecutar mi programa, si bien todas las promesas no fueron cumplidas, avancé sobre todo lo conocido hasta aquí en esta parte de América.*

*He labrado, pues, como las orugas mi tosco capullo, y, sin llegar a ser mariposa, me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan.*

*Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía, de mi patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creí bueno, y coronada la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra, y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé, y no deseé mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé sólo a hurtadillas. (41)*

VI  
EL PERIODO DE ORGANIZACION  
(1860 – 1890)



EL período de inquietud que en la América hispánica siguió a las guerras de independencia fue al mismo tiempo, como sabemos, un período de completa transformación. Nuevas instituciones políticas, nuevas costumbres cambiaron la estructura de la sociedad; la educación tomó nuevas orientaciones, siguiendo los ideales del siglo. Y luego, entre 1850 y 1870, comenzó un período de organización. Las innovaciones sociales eran para entonces permanentes. No existía ya la división en clases al viejo estilo europeo (que, como hemos visto, ni aun durante la época colonial alcanzó a ser muy rígida); las divisiones respondían ahora a diferencias de poder, o de riqueza, o de educación. Las instituciones republicanas se mantuvieron, cuando menos de nombre, y sus formas se respetaron efectiva o nominalmente. En la educación, después de diversas influencias filosóficas que suplantaron la tradición escolástica de la era colonial, se impuso el positivismo francés e inglés, señaladamente en el Brasil, México, la Argentina y Chile. (1) Los grandes movimientos nacionales de la Argentina y México llegaron a sazón. En la Argentina, después de la caída de Rosas (1852), una aristocracia intelectual, cuyos miembros habían permanecido en el destierro durante la mayor parte de un período de quince años, organizó el país en todas sus

actividades; al cabo de otros diez años de esfuerzo y discusión, abrióse una era constitucional en 1862. La fuente de la nueva Constitución, votada en 1853, era obra de un intelectual, las *Bases* de Alberdi. El primer presidente (1862-1868) de la república federal fue otro hombre de letras, Mitre, así como el segundo (1868-1874) y el tercero (1874-1880), Sarmiento y Avellaneda. Fueron los mejores gobernantes del país, juntamente con Rivadavia, el prolífico precursor. (2) Durante sus mandatos, asegurada definitivamente la paz orgánica, garantizadas las libertades civiles y establecidas nuevas escuelas en gran número, se derramó sobre aquel territorio casi vacío una corriente de inmigración europea; bajo la dirección de los criollos, los recién llegados adquirieron pronto riqueza y bienestar. El vecino Uruguay, aunque menos pacífico, se benefició del ejemplo de la Argentina y del influjo de población.

En México, el movimiento de innovación política, propiamente llamado de la Reforma, adquirió forma legal en la constitución liberal de 1857. Suscitó una poderosa oposición, que con el tiempo hizo resucitar la monarquía; pero el gobierno republicano, manteniéndose a veces sobre una estrecha franja de territorio, jamás se dio por derrotado. Cuando fue ejecutado Maximiliano de Habsburgo (1867), después de un proceso legal, en represalia por su propio decreto contra los "rebeldes", (3) y los conservadores desaparecieron definitivamente de la escena política, Juárez se dedicó a la tarea de la reconstrucción, con la ayuda de liberales de su confianza: entre ellos los poetas y escritores Prieto, Ramírez, Altamirano y Riva Palacio. Prieto, el poeta del *Romancero nacional*, llegó a desempeñar el ministerio de Hacienda, e introdujo en su departamento la práctica de los asientos por partida doble. A la muerte de Juárez (1872), su sucesor Sebastián Lerdo de Tejada, brillante orador, llevó adelante el programa de la reforma liberal. Vino después Porfirio Díaz, y durante su largo y pacífico —aunque no democrático— gobierno (1876-1911), (4) el país entró francamente por el camino del progreso material que los esfuerzos de Juárez y Lerdo habían abierto.

En Chile, los gobiernos aristocráticos conservadores de la

era de Portales y Montt (1831-1861), que habían dado al país su organización estable, fueron seguidos por gobiernos liberales (1861-1891); con todo, los gobernantes siguieron saliendo del seno de las familias tradicionales.

El Brasil, bajo el benévolo y activo gobierno del emperador Pedro II (1825-1891), hombre erudito y verdadero creyente en la libertad, disfrutó de paz y progreso. Luego, en 1889, la monarquía dejó paso, pacíficamente, a la forma republicana de gobierno. (5)

Dos tragedias políticas ensombrecen este período: la guerra del Brasil, Uruguay y Argentina contra el Paraguay (1864-1869), y la guerra entre Chile y Perú (1879-1881). La literatura, como era de esperarse en la América hispánica, no desoyó el llamado a filas. Sus mejores manifestaciones vinieron de los poetas argentinos, especialmente de Carlos Guido Spano (1827-1918) y Ricardo Gutiérrez (1836-1896), que lamentaron el destino del Paraguay.

El propio gobierno de Sarmiento había declarado, como hemos visto, que “la victoria no da derechos”. La *Nenia* de Guido Spano pinta a una muchacha paraguaya que llora la destrucción de su tierra natal. En *La victoria*, Gutiérrez declara las razones que le impiden cantar un peán de triunfo: “Yo no canto la muerte de mi hermano”. La actitud de estos poetas es semejante a la de algunos grandes escritores norteamericanos durante la guerra contra México en 1847. Pero en la Argentina la compasión por el vencido se difundió en círculos muy amplios. Versificadores anónimos escribieron conmovedoras elegías que se cantaban al compás de lánguidas notas. “Es cosa grande —ha dicho un poeta posterior, Arturo Capdevila— un pueblo entristecido por una victoria”.

Durante este fructífero período de reconstrucción social y política no hubo revolución, ni demasiadas innovaciones deliberadas en las artes o en la literatura. El programa romántico seguía en pie. Si exceptuamos al Brasil, ningún país tenía todavía suficiente riqueza para emprender grandes obras arquitectónicas. En las ciudades pequeñas —Guayaquil o San José de Costa Rica— las casas seguían construyéndose de



acuerdo con los usos tradicionales heredados de los tiempos coloniales; en el viejo Santo Domingo, por ejemplo, no es fácil decir, a primera vista, si una residencia particular data de 1570 ó de 1870. Las ciudades mayores, México o Buenos Aires o Santiago de Chile, comenzaron a adoptar la anárquica moda del siglo XIX europeo de reproducir y aun mezclar los más diversos estilos y épocas. (6) Escasa era la demanda de pinturas; con todo, las academias de arte crecían y se multiplicaban. Tenemos de esos años muchos buenos retratos —algunos excelentes—, finos paisajes y pintorescas escenas callejeras, y unos pocos lienzos de asunto histórico. (7) Lo más original y castizo lo debemos a caricaturistas que publicaban sus dibujos en los periódicos: José María Villasana en México y Pancho Fierro (1803-1879) en el Perú. En un nivel social más humilde, floreció una especie de arte popular urbano en los dibujos que José Guadalupe Posada (1851-1913), en México, hacía para ilustrar corridos o historias que se publicaban en hojas sueltas o en folletos. (8) En cuanto a la escultura, era en su mayoría importada; los monumentos públicos se confiaban, por sistema, a artistas europeos, regla que persistió hasta principios de nuestro siglo: la estatua de Sarmiento por Rodin, en Buenos Aires, lleva la fecha de 1910. La majestuosa figura de Cuahtémoc por Miguel Noreña (1889) en la capital mexicana es una de las contadas excepciones; en su pedestal, además, se ve un curioso injerto de motivos aztecas sobre una armazón europea, repetición deliberada del proceso que había tenido lugar espontáneamente cuando la arquitectura europea se transplantó por vez primera al Nuevo Mundo. Hasta la escultura religiosa venía ahora de fuera — ¡ay! hecha a máquina. Sólo las más pobres iglesias continuaron dando empleo a los talentos locales.

En música, las tradiciones coloniales no se habían interrumpido como en las artes plásticas. En las iglesias seguía oyéndose a Palestrina y Victoria, a Bach y Haydn. La ópera era diversión frecuente en las ciudades. Las orquestas sinfónicas, que hicieron su primera aparición en el siglo XVIII, se iban desarrollando lentamente. (9) Y los conservatorios crecían y

se multiplicaban como las academias de arte. Los compositores ensayaban los más ambiciosos tipos de música, la sinfonía, el cuarteto, la sonata, la ópera, la cantata, la misa; como las iglesias conservaron sus organistas y sus maestros de coro, la música sacra sobrevivió a la pintura religiosa. (10)

Sobresale entre estos compositores el brasileño Carlos Gomes (1836-1896), cuya ópera *Il guarani*, escrita en el estilo de Verdi y representada en la Scala de Milán en 1870 (con asistencia del propio Verdi, para mejor), es uno de los más estimables productos de la escuela italiana durante los años de transición del *Don Carlos* y *Aída*, el *Mefistófeles* de Boito y *La Gioconda* de Ponchielli; Gomes goza, además, fama de clásico nacional en el Brasil gracias a sus melodías indias y al asunto de su ópera, tomado de la novela de Alencar. (11)

No fue él, por supuesto, el único compositor nativista. El nacionalismo musical había aparecido ya en Europa como un destello tardío del romanticismo, y su procedimiento más típico seguía siendo la explotación de canciones y bailes populares. En la América hispánica emprendimos una tarea semejante, explotando las melodías indias (no siempre de intachable autenticidad) o los tipos locales de canciones y bailes criollos de origen europeo, o las tonadas y ritmos de los transplantados africanos. (12)

Ya hemos visto que la invención de cantos y bailes entre los criollos surgió casi a raíz de la conquista; podemos estar seguros de que nunca se interrumpió desde entonces y que se nutrió permanentemente de los modelos europeos que, con el mar de por medio, sufrían una inmediata transformación; a la vuelta de algunos años habían dado formas nuevas que diferían grandemente de sus originales. Las fuentes europeas eran, naturalmente, España y Portugal, y luego Italia y Francia; después, durante el siglo XIX, recibimos y aceptamos ávidamente danzas germánicas y eslavas, el vals, el schotis, la polka, la mazurca, la *varsoviennne*, la *cracoviennne*. De ellas surgieron nuevos tipos, como el "vals tropical" de la zona del Caribe, el "pasillo" de Colombia, la "polka paraguaya" y la "rachera" argentina. (13) El fruto más delicado de toda la

cosecha fue la habanera. Hacia el año de 1800 la *contredanse* pasó de Francia a Cuba y se hizo extraordinariamente popular. En la Habana se compusieron muchas contradanzas; su nombre se abrevió. Para 1840, la “danza” se había convertido en algo nuevo, con un ritmo propio bien distinto, no ya el de su antepasado. (14) Con aquel nombre de danza o habanera invadió toda la América hispánica y, por último, Europa. Tal vez nadie hizo tanto por su difusión como Sebastián Iradier, un vasco que vivió en Cuba y murió hacia 1865; se le recuerda como autor (aunque acaso no hizo más que transcribirla) de *La paloma* y de la habanera que Bizet adoptó en *Carmen*. Aun cuando este invento cubano no llegó a verse en forma clásica, como nuestra chacona, cautivó por lo menos la atención de Gade y Saint-Saëns, Chabrier y Ravel. En la América hispánica fue la forma predilecta de los compositores de “música ligera”, tales como el encantador Juan Morel Campos (1857-1896), de Puerto Rico, que tuvo un exquisito don de la melodía. También los compositores más cultos escribieron habaneras —por ejemplo, Ignacio Cervantes (1847-1905) y José White (1836-1918) en Cuba, Felipe Villanueva (1863-1893) y Ernesto Elorduy (1853-1912) en México, y Enrique Price (1819-1863) en Colombia. (15)

En literatura, el romanticismo era ya tradición en la América hispánica, como en España y en Portugal. Prosiguió las tareas que se había trazado: la conquista del paisaje, la reconstrucción del pasado, la descripción de las costumbres. Los poetas conservaron las mismas imágenes, el vocabulario y las formas métricas de la generación de Echeverría. Una que otra vez parecieron desear cierta variedad. Unos pocos emprendieron el estudio de los maestros de los siglos de oro de la literatura española y portuguesa, o cuando menos volvieron, en parte, a las formas dieciochescas, tales como la oda libre o silva, con frecuencia usada por Meléndez, Quintana y Gallego, Bello, Olmedo y Heredia, pero descartada después por los románticos. (16) Esta actitud se hizo extensiva a los prosistas, como Ricardo Palma y Juan Montalvo. En España, Bécquer simplificó su verso, desnudándolo de los ornamentos en boga; su conmovedora

canción tenía la pureza de un cuerpo desnudo; era “la canción que los poetas dotados alcanzan al fin”. Aunque desconcertó a los lectores que creían que la poesía sin adornos era apoética, muchos de los jóvenes siguieron su ejemplo, y más en la América española que en la misma España. (17)

Los poetas que escribían en portugués —los brasileños— se mostraron menos tímidos en su afán de novedad. Supieron del cambio del romanticismo al parnaso, en Francia, y en parte adoptaron la técnica parnasiana, sin dejar de ser, en el fondo, románticos, especialmente en su peculiar melancolía, su *saudade*. Uno de ellos, Antonio Gonçalves Crespo (1847-1883), fue un poeta transplantado, que vivió la mayor parte de su vida en Portugal; los otros permanecieron en el Brasil: Joaquín Maria Machado de Assis (1839-1889) más conocido como el novelista de la imperial Río de Janeiro, Luis Guimarães (1847-1898), y Teophilo Dias (1857-1889). Y simultáneamente, el romanticismo en su forma prístina se mantenía entre los *condoreiros*, así llamados por su costumbre de explotar al cóndor, el buitre gigante de los Andes, ya en metáforas, ya como símbolo continental (Tobias Barreto, 1839-1889); Antonio de Castro Alves, 1847-1871). (18) En esto se parecían al poeta argentino Olegario Víctor Andrade (1839-1882), cuya oda más famosa es el solemne y sonoro *Nido de cóndores* (1877), escrito con motivo de la repatriación de los restos de San Martín, el héroe nacional de las guerras de independencia, que, como tantos de nuestros antiguos héroes, había muerto en el destierro.

Otro grupo de poetas alcanzó expresión original cantando la vida rural de los criollos, especialmente en los países del Río de la Plata. Como hemos visto, esta poesía criollista nació con vida propia con Bartolomé Hidalgo y Domingo del Monte, durante las guerras de independencia o inmediatamente después. Del Monte tuvo muchos imitadores en Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico; Hidalgo, a quien comparten Uruguay y Argentina, fue el lejano iniciador de la poesía gauchesca. (19) Después, en la primera generación romántica, los principales criollistas fueron Guillermo Prieto (1818-1897), en México, y el argentino

Hilario Ascasubi (1807-1875)). Mucho se asemejaron en su carrera política y literaria; gozaron ambos de larga vida, intervinieron en las largas luchas por las que sus países pasaron de la anarquía a la organización, padecieron persecución y destierro, pero pudieron, en su madurez, disfrutar las dulzuras de la victoria. Sin poseer gran dominio de la forma, pero dotados de una rápida comprensión del sentir popular, escribieron poesías políticas que se cantaron en los campamentos y en las “pulperías”. Cuando sus países se vieron, finalmente, en paz, escribieron, o, mejor dicho, completaron y pulieron sus obras más extensas. Los romances de Prieto, en su *Musa callejera*, pintan el mundo abigarrado de la clase humilde de México —su escenario, tipos humanos, fiestas y luchas— y cantan sus amores y sus penas con singular ternura. (20) El extenso poema de Ascasubi *Santos Vega* (1850-1872) figura como escrito por el payador que, según la leyenda, sostuvo un duelo poético con el diablo. Se hace contar al viejo cantor, en dialecto gaucho, la historia de dos hermanos, *Los mellizos de la flor*, en el siglo XVIII; el poema es, además, una enciclopedia de la vieja vida gaucha. (21)

A una generación posterior pertenecen los dos mejores poetas gauchescos, Estanislao del Campo (1834-1880), el autor del *Fausto* (1866), y José Hernández (1834-1886), el autor del *Martín Fierro* (1872-1879). Estanislao del Campo empezó su carrera como poeta gauchesco escribiendo sátiras políticas a la manera de Ascasubi. También escribió versos sin mayor relieve en lenguaje normal. *Fausto* es su única obra notable. Un gaucho, apodado “El Pollo”, cuenta a su amigo la historia del doctor Fausto y el modo como llegó a conocerla. ¡Había visto al diablo! Días antes, en Buenos Aires, vio un gentío que iba hacia el teatro Colón; se unió a la multitud y presenció una representación de la ópera de Gounod. Creyó, por supuesto, que los episodios del drama estaban ocurriendo realmente ante sus ojos. Críticos con una idea limitada de lo “real” han objetado esta fantasía del poeta. Pero tenga o no visos de probabilidad la aventura del Pollo, la historia está magníficamente contada. Es tan clara y sencilla como los cuentos escritos o arreglados por

Tolstoi para los mujiks; la conversación de los dos gauchos es excelente y sus comentarios muy oportunos; por ejemplo, los que hacen a propósito de Siebel, el ridículo personaje que el libretista de Gounod introdujo en la trama; las descripciones de la naturaleza en Sudamérica, justificadas por la soltura de lengua del Pollo, son siempre deliciosas, especialmente el famoso cuadro del mar al amanecer, ya inevitable en las antologías. Una graciosa imaginación y un delicado humor son cualidades permanentes de este poeta. (22)

En contraste, las cualidades principales de José Hernández son su fuerza abrupta, su humor seco, su devoción por la verdad desnuda. Fue un verdadero maestro en su oficio. Estanislao del Campo había demostrado que el dialecto rural del Río de la Plata podía usarse como un delicado instrumento de viento; José Hernández le arrancó sonidos de poderoso bronce.

Hernández amaba la refriega política, y se metió en ella, hasta como soldado, igual que sus predecesores Hidalgo y Ascasubi. Libró también muchas batallas periodísticas, sin temor a apoyar al partido perdedor, cuando su causa le parecía justa. Su *Martín Fierro* es un alegato y una crítica de la vida pública. Según él, el gobierno no trataba bien a los gauchos; en nombre de la ley y del progreso, y en la creencia de que eran vagabundos perezosos y sin ley, así como su invariable libertad la fuente principal de la anarquía política y del retroceso económico, se les enrolaba por la fuerza en el ejército y se les enviaba a luchar contra los indios salvajes en la frontera. Sin los gauchos —contra ellos, podríamos decir—, se reorganizó al país y se le encaminó por el progreso. De ahí lo que se ha llamado su “naufragio étnico” (23) La inmigración europea que por entonces comenzó a afluir al país cortó en dos pedazos el cuerpo de la población, la unidad lograda por tres siglos de convivencia. La más afortunada clase de criollos, los ricos y educados, que vivían en su mayoría en las ciudades, obtuvieron los beneficios de la nueva situación, que era el coronamiento de sus esfuerzos. Pero los desventurados campesinos que estaban acostumbrados a vivir sobre el caballo y a cuidar el ganado salvaje, sin nada que estorbara su perpetuo vagar, se vieron de

repente confinados en estrechos lotes por el alambre de púa de las estancias donde los acaudalados criollos guardaban su ganado y de las chacras donde los industriales emigrantes cultivaban sus hortalizas. El gobierno ofreció a los gauchos sus escuelas y algunas otras ventajas, pero no podía ofrecerles ningún plan que pudiese tentarlos a competir con el ambicioso recién llegado de Europa. Algunos se sometieron pacientemente y se convirtieron en peones de las estancias, cultivando verduras, lo que juzgaban impropio de la dignidad varonil; muchos otros fueron llevados a filas. Y el gobierno no se anduvo con miramientos en sus métodos de reclutamiento.

Hernández presenta a su Martín Fierro como un gaucho bueno y trabajador, probablemente igual a muchos otros. El poema está escrito como autobiografía; el héroe, un payador, canta su propia historia. En el canto II describe una especie de edad de oro de los gauchos, en que el trabajo les daba la felicidad. Como el vaquero del poema de Robinson Jeffers, piensa que la vida del hombre a caballo es buena vida. Un buen día lo enrolan a la fuerza, como si fuese un vago y no tuviese familia que mantener, simplemente porque lo encuentran improvisando sus versos en una taberna; lo separan de los suyos, de sus caballos y sus vacas. En el ejército, los oficiales le tratan rudamente (a él, que nunca había conocido amo alguno), le dan poco de comer (a él, para quien el alimento nunca había sido problema) y no le pagan (aun cuando, legalmente, tenía derecho a ello); por último, tiene que vérselas con los despiadados salvajes. Al cabo de algunos años de tal servidumbre deserta del ejército, se coloca fuera de la ley y cae en los peores hábitos de los gauchos matreros: bebe, juega, se hace pendenciero y llega hasta a matar a dos hombres. Es libre, pero siempre ha de huir de la persecución. Por último decide unirse a los indios. Aun así, al marcharse, cuando se vuelve a ver las últimas aldeas de los blancos, dos lagrimones ruedan por sus mejillas.

Ahí acababa la historia en 1872. Siete años después, tanto Hernández como su héroe estaban dispuestos a volver y a aceptar las nuevas costumbres del país. El poeta escribió la segunda parte de Martín Fierro, "La Vuelta". Ahora las cosas

habían mejorado, por supuesto. La conscripción no era ya tan arbitraria como antes. Fierro lo había perdido todo, su familia y su pequeña propiedad; ahora consigue encontrar a sus hijos, hechos ya hombres, y vuelve a comenzar su vida.

*Martín Fierro* se abrió camino entre aquellos en cuya defensa había sido escrito. Impreso en cuadernillos que se vendían por unos pocos centavos, alcanzó muchas ediciones, y se leyó en voz alta en las tabernas del campo. Muchos de sus versos se han convertido en refranes, y como Hernández había tomado, a su vez, muchos refranes de labios del pueblo, hoy no es fácil decir si determinados versos existieron como proverbios antes o después de que él los escribiera. Los hombres de letras escribieron al autor celebrando su obra; es dudoso que ninguno la considerase “literatura”, exactamente igual a como, por aquellos mismos días, ocurría en los Estados Unidos con las canciones de Stephen Foster, que, para los músicos cultos, podían ser excelentes en su estilo, pero no “música”, es decir, no la música que se oía en los conciertos. Sólo pasados más de veinte años hubo una voz que inequívocamente declaró que el *Martín Fierro* era gran literatura: fue la de Unamuno, en España (1894). En seguida Menéndez y Pelayo (1895) alabó los poemas gauchescos como “las obras más originales de la literatura sudamericana”. Por último, Leopoldo Lugones, en la Argentina, sostuvo en una serie de conferencias (1913) que el *Martín Fierro* era la epopeya nacional. Semejante afirmación, eco tardío de la nostalgia de la épica que afligió a los románticos, despertó una encendida discusión en las páginas de *Nosotros*, la revista literaria más importante del Buenos Aires de entonces. Y aun cuando, como no podía por menos de suceder, no se llegó a ningún resultado, el *Martín Fierro*, sea o no epopeya, es ahora para todos los argentinos un verdadero poema nacional. (24)

Entre los poetas argentinos que escribieron de asuntos rurales en el idioma corriente se destaca Rafael Obligado (1851-1920). Una de sus leyendas argentinas obtuvo amplia difusión, *Santos Vega* (1877-1885), probablemente gracias a su asunto, sobre el que tanto se había escrito ya; es también la mejor entre las leyendas de Obligado. Abundan en ella imágenes



de rara originalidad, curiosamente ausentes en el resto de sus obras.

Las ciudades tenían ya sus novelistas: José Tomás de Cuéllar (1830-1894) en México, Cirilo Villaverde (1812-1894) en La Habana, Alberto Blest Gana (1830-1920) en Santiago de Chile, Manoel Antonio de Almeida (1830-1861), Machado de Assis, y luego Aluizio de Azevedo (1857-1913) y Raul Pompeia (1863-1895) en Río de Janeiro. Con frecuencia los novelistas marcaron el paso a los poetas en su busca de innovaciones, y pasaron del romanticismo al realismo. En muchos casos lo hicieron de manera espontánea, ahondando en el pozo de la tradición; el puente fueron los abundantísimos cuadros de costumbres. Las veinticuatro novelas de Cuéllar, reunidas bajo el título de *La linterna mágica* (1889-1892), eran cuadros ampliados más que verdaderas novelas. Pero Blest Gana, novelista auténtico, era también un realista consciente, formado en la lectura de los maestros franceses (para 1860 había leído, no sólo al ya famoso Balzac, sino también al todavía oscuro Stendhal, de quien cita pasajes). Tomó por modelo a Balzac, y sin embargo en sus primeros libros importantes, como *Martín Rivas* (1862), se halla más próximo a los realistas españoles de las postrimerías del XIX, como Galdós, que a Balzac. O, dicho con otras palabras, se parece menos a los autores franceses a quienes había leído y a quienes trataba de imitar que a los españoles a los que no había leído ni podía haberlo hecho, dado que sus libros aún no se escribían: *La fontana de oro*, de Galdós, primera novela de la nueva era realista en España, no se publicó hasta 1871. Como había ocurrido con el romanticismo en poesía, el realismo moderno en la novela hizo su aparición en la América española antes que en España. (25)

En el Brasil, la novela realista surgió antes todavía que en los vecinos países de habla española. Almeida, en su único relato, *Memorias de um sargento de milícias* (1854-1855), mostrábase ya como imitador de Balzac. El verdadero artista de la novela fue Machado de Assis, un creador de caracteres, dotado de singular habilidad para el detalle psicológico, un refinado sentido del humor y un límpido estilo. Sus historias no

pretenden abarcar demasiado: a menudo prefiere la restricción de foco impuesta por la forma autobiográfica, que en sus manos se convierte, a veces, en un “monólogo desesperado”. Unos cuantos trazos exactos bastan para dar el fondo social. Se le ha llamado con justicia el novelista del reinado de Pedro II; tras la abdicación del emperador, sus novelas reflejan los cambios sociales que vinieron con la república. Cuando comenzó a escribir, “las muchachas solían enamorarse del hombre que no les convenía y tenían que casarse con el que sí”; después, fueron más libres en la elección de marido. Pero Machado de Assis no perseguía un brasileñismo de color local: “Hay —dijo— un modo de sentir y de ver que da la nota íntima del país propio, aparte la cara exterior de las cosas”. (26)

De las dos formas típicas de la novela romántica, una, la truculenta y sombría, fue desapareciendo gradualmente, en tanto que la otra, la idílica, se mantuvo y dio su fruto más sazonado en la *María* (1867) del colombiano Jorge Isaacs (1837-1896): historia perfecta en su estilo, en la que sobresalen, junto a una delicada intensidad de sentimientos que está en el límite del sentimentalismo, los paisajes exquisitos —que han conquistado para los lectores la admiración por el valle del Cauca—, y la pureza de su prosa.

El encanto del pasado colonial no cautivó ahora los talentos de un poeta como José Batres Montúfar, en las primeras décadas del siglo, pero sí de un prosista delicioso, el peruano Ricardo Palma (1833-1919). Palma supo ver, como lo había visto Batres, su relieve humorístico, especialmente en el período del virrey Amat y de su amante, la encantadora y caprichosa Perricholi, período conocido de los lectores europeos por *La carroza del Santísimo*, de Mérimée, y de los norteamericanos por *El puente de San Luis Rey*, de Thornton Wilder. Ya hemos visto que Lima es y ha sido siempre famosa como ciudad de ingenios; la vida discurre en ella placentera y en un agradable discreteo. Palma es su cronista. Hurgó los archivos del virreinato y aprovechó cuanto suceso admitía un tratamiento humorístico, haciendo de él alguna de esas miniaturas que llamó *Tradiciones peruanas* (1860-1906). Bebía

en las proverbiales fuentes de la tradición española y en el inagotable humor verbal de Cervantes y Quevedo. Ninguno de sus muchos imitadores puede comparársele. (27)

Si para los románticos eran los siglos coloniales nuestra Edad Media, el pasado indio representaba nuestra Anigüedad; el culto de lo indígena estaba ahora en todo su apogeo. Dos novelas, *Cumandá* (1871) de Juan León Mera (1832-1894) y *Enriquillo* (1879-1882), de Manuel de Jesús Galván (1834-1910), los poemas de José Joaquín Pérez (1845-1900) titulados *Fantasías indígenas* (1877) —entre ellas la brillante aunque fantástica teogonía, el *Areito de las vírgenes de Marién*—, y el largo poema *Tabaré* (1886), de Juan Zorrilla de San Martín (1857-1931), fueron las obras más destacadas a que este culto dio origen. (28) Como suele suceder, el último de la serie fue el mejor. Fue también el último poema importante de gran extensión publicado en la América española, y sin embargo atrajo a innumerables lectores en una época en que pocos gustaban de la vieja epopeya. Pero la *Araucana* de Ercilla y el *Bernardo* de Valbuena, lo mismo que el *Gonzalo de Oyón* de Arboleda, estaban escritos en octavas reales con una complicada disposición de rimas que obligaba a un esfuerzo constante, aunque inconsciente, de atención; en *Tabaré*, por el contrario, la más sencilla asonancia va enlazando los versos y exige muy poco esfuerzo del lector. Fue un acierto feliz. Pero la sencillez va acompañada de una rica variedad de matices musicales, que incluyen el empleo de un estribillo. El poeta, además, tenía el don del pathos, pericia narrativa y descriptiva, y una fertilidad en la creación de imágenes libre de la manida ornamentación de tantos de nuestros románticos. *Tabaré* es una de las obras más originales de nuestra literatura.

Acaso no era pura casualidad el que algunas de las mejores novelas y poemas de asunto indígena procedan de países como el Uruguay y las Antillas, en donde los nativos habían ya desaparecido, en parte a causa de los malos tratos, en parte por su mestizaje con los europeos y sus descendientes. Al indio vivo no se le consideraba poético. Y, sin embargo, es el héroe de un libro singular, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), del

argentino Lucio Victorio Mansilla (1837-1913), que sólo tiene paralelo en el *Cautiverio feliz*, del colonial Pineda Bascuñán. El autor era un jefe militar a quien Sarmiento envió a la provincia de Córdoba con la misión de convencer a los indios ranqueles de que abandonasen el territorio que ocupaban y se fueran a otra parte, con objeto de permitir la construcción del ferrocarril. Naturalmente, los ranqueles no estaban dispuestos a hacerlo, y se necesitó mucho tiempo y muchos esfuerzos para convencerlos. Entre tanto, el coronel Mansilla pudo observarlos día tras día, y en cartas a un amigo fue describiéndole sus costumbres, caracteres y creencias. Hombre poco común, dotado de una vasta variedad de experiencia, sobrino de Rosas, se hizo amigo y admirador de Sarmiento, a quien sirvió complacido; viajero y lector infatigable, frecuentó la sociedad más refinada de París, en el *côté de chez Guermantes* (Proust lo conoció en realidad), y llegó a familiarizarse con ella tan bien como con los hábitos de los gauchos y de los indios; no padeció ninguna de las limitaciones de sus compatriotas, que veían en el nativo sólo un salvaje peligroso. Su libro contiene una maravillosa riqueza de detalles, y su caudal de saber y de humor parece inagotable. (29)

Los intelectuales más típicos en este período fueron aquellos a quienes podríamos llamar luchadores y constructores, herederos de Bello y de Heredia, de Sarmiento y Mitre, hombres que solían ver en la literatura una parte de su servicio público, siguiendo la que era ya una de nuestras tradiciones: Ruy Barbosa (1849-1923) en el Brasil, Juan Montalvo (1832-1889) en el Ecuador, Manuel González Prada (1848-1918) en el Perú, Justo Sierra (1848-1912) en México, Enrique José Varona (1849-1933) en Cuba, y Eugenio María de Hostos (1839-1903) en Puerto Rico. Apóstoles, al decir de sus discípulos y admiradores, consagraron un verdadero celo apostólico a la defensa de la libertad y a la difusión de la verdad. Con frecuencia fueron perseguidos por los enemigos de la "dulzura y luz", pero los mantuvo la fe de sus muchos seguidores. Y sus obras enriquecieron la literatura hispánica con nuevos tipos de prosa. (30)

luego desde el lugar de su destierro, fue la sombría tiranía de Gabriel García Moreno (1821-1875), que instauró en el país una especie de teocracia despiadada. (32) Cuando un grupo de jóvenes, que habían aprendido en Plutarco a admirar a Bruto, mataron al déspota, Montalvo lanzó su famosa bravata: “¡Mi pluma lo mató!” Pero los nuevos gobernantes no fueron de su gusto, ni en realidad podían serlo; volvió a la refriega, y continuó en ella hasta que sus amigos, temiendo por su vida, lo obligaron a fijar su residencia en Europa. Allí se consagró por entero a la literatura, excepto cuando tuvo que defenderse de los cargos que se le hacían de heterodoxia. Era un cristiano normal, pero los partidarios de García Moreno nunca le habían perdonado, y el arzobispo de Quito declaró herético uno de sus escritos.

Sus escritos polémicos no ilustraban ninguna doctrina nueva; como pensador, no fue muy original, ni muy atrevido; no hizo sino repetir principios viejos, claros y sencillos: justicia, honestidad, tolerancia. Estos escritos tienen hoy, principalmente, un valor histórico. Son recordados, también, por los amantes del estilo.

Montalvo fue un extraordinario maestro del idioma. Conoció todo el caudal de palabras y giros que el español puede ofrecer a un lector asiduo de los libros escritos en los siglos de oro; podía, a voluntad, imitar cualquier estilo antiguo, y en parte llegó a hacerlo con éxito con el estilo de Cervantes. Pero su vivacidad peculiar lo señala como hombre moderno y como sudamericano. Además de la riqueza de su vocabulario y sintaxis, tuvo un infalible sentido del ritmo y, en segundo término, un gran dominio del color y la luz. Podría describirse como un Landor o un Thomas de Quincey con la viveza de un Shaw o un Chesterton. Sus escritos de combate le muestran como luchador y, a la vez, como artífice; una especie de Benvenuto Cellini, con la diferencia de que él es un hombre bueno y reverencia la virtud.

Sobrevive ante todo como novelista de cierto tipo, en sus *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* (póstumo), y como ensayista, en sus *Siete Tratados* (1882) y su *Geometría moral*

(póstuma). Empezó los *capítulos* como una sátira en la que sus enemigos aparecían como enemigos de Don Quijote; con el tiempo suprimió las alusiones, y el libro pasó a ser como una parodia de novela. En sus ensayos, no son las ideas lo que importa —sus pensamientos parecen siempre obvios y aun superficiales; están lanzados al azar, un poco a la manera de Emerson: su modelo fue, desde luego, Montaigne—, sino la parte imaginativa: los relatos, los diálogos, los discursos breves, tales como la alabanza del agua y el elogio del maíz, o la defensa de la antigüedad clásica y especialmente de la virtud romana, las innumerables descripciones —de mujeres, de frutas, de caballos, de platos, jardines o batallas— y hazañas de virtuosismo en la pintura histórica tales como la cueva de Numa Pompilio o los tributos exigidos al rey moro Galafre. (33).

Muy semejante a Montalvo en su vida pública, Manuel González Prada nunca pudo llegar a hacer obra constructiva. Libró una larga batalla, y la juventud del Perú sigue librándola en su nombre, con la esperanza de que algún día le llegue el turno de ponerse a la tarea. Nacido dentro de la más tradicional sociedad de Sudamérica (y miembro él mismo de una familia tradicional), González Prada se rebeló contra su pulida estrechez, su reaccionarismo y su injusticia esenciales. Denunció a los gobernantes del país y el sistema que representaban; investigó la estructura social y encontró las causas de la corrupción en las supervivencias coloniales, la pasividad moral de las clases dirigentes y la subyugación del indio, que, entonces como ahora, constituía la mayoría de la población. Los años no hicieron mejorar la situación; antes al contrario, la explotación feudal encontró apoyo en los métodos capitalistas. Las primeras campañas de González Prada (1886) fueron estrictamente políticas; las últimas, sociales principalmente. Justicia social, suficiencia económica, y educación para las masas: tales fueron sus demandas. Su defensa del indio es la primera, desde que las naciones de la América hispánica ganaron su independencia, que adopta una forma sistemática y se convierte en un programa. La reciente literatura de protesta contra la opresión del indio, versión moderna de la larga campaña del siglo XVI, se inicia con

**él, lo mismo en prosa que en verso: léanse sus *Baladas peruanas*, especialmente, *El mitayo*. (34)**

Como escritor, González Prada fue maestro de un estilo conciso, vigoroso, lúcido y luminoso. Rebelde en literatura, como en política, huyó de la sintaxis enredada y del período ampuloso que pasaban por estilo en los círculos académicos, especialmente en España, y buscó la concisión y la claridad, consiguiendo una especie de elegancia matemática. Sin dejarse amedrentar jamás por los valores establecidos, por muy cimentados que estuviesen en la opinión pública, se mostró tan agudo e incisivo en la crítica literaria como en sus polémicas sociales. Cultivó asiduamente la poesía, e hizo innumerables experimentos en tipos de verso y estrofa, ya inventándolos, ya adoptando modelos griegos u orientales, medievales o del Renacimiento, como el *pantum* o la *gacela*, la estrofa alcaica o la spenseriana. Ningún otro poeta ha emprendido tal variedad de experimentos en nuestro idioma. La nota más persistente en sus poemas es una amargura suave, una visión desilusionada del mundo y de la vida humana; aquí y allá, el escepticismo deja paso a una justa indignación. (35)

Eugenio María de Hostos, al revés de Montalvo y de González Prada, pudo hacer obra constructiva, pero, como ellos, no alcanzó a ver plasmado por completo el ideal que le fue más caro. Desde su temprana juventud soñó con la independencia de su isla nativa, Puerto Rico; (36) no como una nación minúscula, sino como miembro de una confederación de las Antillas, junto con Cuba y Santo Domingo. Como Cuba y Puerto Rico seguían estando bajo el dominio de España, dedicó mucho de su tiempo, durante más de treinta años (1868-1899), a la causa de su liberación. Cuando, por fin, alcanzó Cuba su libertad (1898), su propia isla no hizo sino cambiar de dueño. Nunca se recobró del golpe de este desastre. (37) Entretanto, había realizado verdadera labor constructiva en el terreno de la educación, para tiempos futuros. En Santo Domingo (1879-1888), donde se estableció con la esperanza de ganar ayudas para su proyecto de confederación, fundó la primera escuela normal del país, dotándola de un programa centrado en torno a la ciencia y

estableciendo métodos pedagógicos muy avanzados para su tiempo. Como la pobreza de recursos impedía la expansión inmediata de las escuelas elementales, que eran la principal necesidad de su país, Hostos decidió formar maestros, confiando en que los pocos enseñarían a los más. Con el tiempo esta esperanza se vio cumplida, y la influencia de su escuela fue enorme; cambió la atmósfera intelectual. Igualmente, en Chile (1889-1899) sus ideas contribuyeron grandemente al adelanto de la educación pública. En sus últimos años (1900-1903), de vuelta en Santo Domingo, reorganizó todo el sistema educativo de la isla.

Su obra escrita tuvo papel importante en el desarrollo de sus campañas, tanto políticas como pedagógicas. Su primer libro, *La peregrinación de Bayoán* (1863), es una novela política. El mejor, *Moral social* (1888) fue pensado como libro de texto. Sus páginas más brillantes están probablemente en los discursos que leyó cuando se graduaron los primeros grupos de maestros en Santo Domingo; el primer grupo de hombres en 1884 y el primero de mujeres en 1887. Antonio Caso, el filósofo mexicano, llama al discurso de 1884 “la obra maestra del pensamiento moral independiente en la América española”.

Esencialmente moral es Hostos como pensador, y, al mismo tiempo, racionalista, con una profunda fe en el poder de la razón para descubrir la verdad.

*Dadme la verdad (dice) y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaráis el mundo; y yo, con la verdad, con sólo la verdad, reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis destrozado. Y no os daré solamente el mundo de las organizaciones materiales; os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de los afectos, junto con el mundo del trabajo, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto —para disparar el pensamiento entero— con el mundo que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural.*

Se obliga a creer que la armonía (esto es, la conducta ética)



y la verdad (principalmente como conocimiento) son las metas últimas del esfuerzo humano; piensa hasta que la contemplación del cielo imprime la ley del orden en nuestros espíritus; pero reflexiona acerca de la “eternidad de esfuerzos que ha costado el sencillo propósito de hacer racional al único habitante que está dotado de razón”, y el vasto espectáculo del conflicto en la vida individual y social es para él una perpetua angustia; sólo por un esfuerzo constante y heroico logra mantener su optimismo metafísico, su fe mística en la razón y en “el poder constructivo de la virtud”. A pesar de su temprana y sólida educación clásica (o acaso por ella misma) llegó a sentir una desconfianza platónica hacia toda literatura que pareciera estar en conflicto con la ética. Por fortuna, al revés que Bernard Shaw, descubrió una lección moral en Shakespeare y escribió un soberbio ensayo sobre *Hamlet* (1872), un análisis moral y psicológico de todos los personajes de la obra. De hecho, pese a toda su desconfianza hacia la literatura, era un escritor nato, dotado de una poderosa imaginación —de que es muestra, por ejemplo, esa descripción de la mujer campesina que confunde su escuela con una iglesia, se arrodilla ante ella, reza, se santigua, “y consagra así el templo”. Y otro don, el don de la elocuencia, resalta en cada una de sus páginas, aun en las cartas pergeñadas a la carrera, con letra apenas legible. (38)

Enrique José Varona, filósofo y estadista, inició su vida política trabajando por la independencia de Cuba; cuando la isla fue libre, reorganizó la educación pública de acuerdo con las orientaciones modernas, desde el jardín de niños a la universidad, rompiendo con el sistema atrasado que los españoles conservaron hasta 1898 y cuadruplicando el número de escuelas; además, expresó frecuentemente sus opiniones sobre muchas cuestiones públicas en los periódicos. Nunca fue un “político práctico”; con todo, resultó electo vicepresidente en 1913, por el prestigio que su nombre había de dar a la administración, sin dejar por ello de publicar sus opiniones, aun cuando estuviesen en desacuerdo con el gobierno o con el partido que le había dado sus votos. A partir de 1917 rompió con todos sus lazos políticos y actuó como mentor nacional, lo

mismo que Ruy Barbosa en el Brasil (aunque, al revés que el eminente brasileño, los gobiernos no siempre le mostraron el debido respeto). Con el correr de los años se fue acercando más a los ideales políticos y sociales de la juventud; nada nuevo le sorprendió o alarmó, ni el socialismo, por supuesto, ni el feminismo.

En Cuba, desde los tiempos de Heredia, Domingo del Monte, el sociólogo José Antonio Saco y el filósofo José de la Luz y Caballero (1800-1862), la literatura, y la cultura en general, habían sido una forma de rebeldía contra la dominación española. La literatura, por supuesto, solía ser insurgente. También la filosofía. Lo que las instituciones oficiales seguían enseñando, durante el siglo XIX, era una escolástica diluida; los cubanos se pusieron a estudiar y a difundir el pensamiento moderno: primero Félix Varela, luego Luz Caballero, socrático despertador de los espíritus, y por último Varona, fueron los jefes de la oposición filosófica. Varona pertenecía a una generación de hombres de talento y cultura excepcionales, en la que Manuel Sanguily, Enrique Piñeyro (1852-1911), Esteban Borrero Echeverría (1849-1906), Rafael Montoro (1852-1933) y Rafael María Merchán (1844-1905) son nombres sobresalientes. Sus órganos de expresión fueron la *Revista de Cuba* (1877-1884), editada por José Antonio Cortina (1852-1884), y la *Revista Cubana* (1885-1895), editada por Varona. *Hojas Literarias* (1893-1894) fue el órgano puramente personal de Sanguily, como la *Critica* de Benedetto Croce en la Italia de nuestro siglo. (39) Varona era todavía joven cuando se puso a la cabeza del movimiento filosófico por sus conferencias (1880-1882), publicadas después como tratados (1880-1888) sobre lógica, psicología y moral, y concebidos dentro de los lineamientos del positivismo según lo predicaron John Stuart Mill, Herbert Spencer y Alexander Bain, pero no sin puntos de vista originales, como lo demuestran sus páginas sobre la imaginación, la atención o la conciencia de la personalidad. Pero la literatura había sido la primera devoción de sus años mozos: poesía, crítica y aun filología. A los diecinueve años publicó un comentario sobre una de las odas de

Horacio; antes de los treinta, escribía todavía artículos sobre los arcaísmos del español rural de Cuba y sobre el iotacismo en la pronunciación del griego clásico. Podría haber llegado, como Hostos, a ser un gran crítico filosófico de la literatura; su conferencia sobre Cervantes (1882) fue una auténtica novedad en la crítica española; él fue uno de los primeros en descubrir la ecuación Don Quijote-Cervantes y en señalar el paralelo entre la vida del autor y la de su héroe; uno de los primeros, también, en percibir que la novela de Cervantes (como las obras de madurez de Shakespeare, podríamos añadir) es el espejo de una gran crisis histórica.

Cumplidos los cuarenta, Varona empezó a mostrarse cada vez más conciso en sus escritos; sus artículos, aun sus conferencias, eran cada vez más cortos, y acabó por cultivar de preferencia el aforismo: “chispas”, los llamó (*Con el eslabón*). Lo que tenía que decir, pensaba, no requería muchas palabras, y, ciertamente, ningún adorno; su pensamiento fue siempre claro, su estilo conciso, puro y terso. Llegó a hacer de sus artículos verdaderas maravillas de síntesis: buen ejemplo es su comentario sobre el proceso de Oscar Wilde considerado como desquite (*Un desquite*, 1895).

El único libro extenso que compuso después de 1890 fue su nuevo tratado de psicología (1905-1908), obra magistral, enteramente distinta de la anterior; su punto de vista filosófico había cambiado y no era ya positivista. Con todo, no se preocupó de volver a escribir su antiguo tratado de moral, aun cuando sus opiniones acerca de la conducta humana habían cambiado bastante más que sus ideas sobre el mecanismo de la mente. Habíase convertido en escéptico. Los hombres —dijo— han inventado la lógica, y sin embargo, nada hay tan ilógico como los hombres, a no ser la naturaleza. Gustaba de repetir las palabras de Puck: “¡Qué locos son estos mortales!” Pero el escepticismo no le llevó a la ataraxia; como Santayana, conservó su “fe animal”, que en su caso estuvo al servicio de sus congéneres; mientras mayor fue el escepticismo de su pensamiento filosófico, más se metió en la vida pública. Paradoja aparente, que se subrayó a menudo, y especialmente

por parte de sus adversarios políticos. Por último, se sintió obligado a dar una explicación pública, y en 1911 habló en el Ateneo de La Habana sobre su escepticismo, declarando que, fuesen las que fuesen sus dudas, desde el punto de vista de la razón pura, acerca de los principios universales, la razón práctica le señalaba el camino del deber. "La acción salva". (40)

Otra vida gastada en servir fue la de Justo Sierra. La educación pública fue su pasión. Fundó escuelas, como Sarmiento y Varona; en 1910 restableció la universidad de México, que los liberales de la cuarta década del siglo XIX habían escindido en escuelas profesionales separadas. Se le llamó escéptico, como a Varona, pero sólo porque jamás suscribió ningún credo ni doctrina, ni aun el positivismo, tan de moda en su juventud. En 1908, en su discurso en homenaje a Gabino Barreda (1818-1881), el filósofo que introdujo el positivismo en la educación pública mexicana (1867), trazó un vivo cuadro de la crisis del pensamiento en nuestros tiempos, "esta especie de temblor de tierra bajo las grandes teorías de la ciencia", que ha llegado a hacer de la geometría misma un problema discutible, y concluyó que "la bandera de la ciencia no es una enseña de paz". En el fondo, fue un entusiasta, un enamorado, como le llama uno de sus admiradores, en el sentido en que Walter Pater llama enamorado a Platón. Como en el caso de Varona, sus primeros entusiasmos fueron literarios: poesía, relatos breves, viajes, crítica; como Varona, también, y como Hostos, pudo haber llegado a ser un gran crítico, y cuando menos escribió uno de los mejores ensayos de crítica en idioma español, su prefacio a los poemas de Gutiérrez Nájera, comparable en calidad al ensayo de Varona sobre Cervantes y al de Hostos sobre *Hamlet*, o, en España, a las mejores páginas de Menéndez y Pelayo. Pero el amor de su tierra natal lo llevó a la historia, concebida como interpretación filosófica del esfuerzo humano a través de los tiempos y sólidamente cimentada sobre datos históricos y arqueológicos; y así, sus dos obras principales fueron los dos libros en los que refirió la historia de México: el uno, escrito para niños de escuela, pero igualmente interesante y revelador para los mayores; el otro, una síntesis de la "evolución

política” del país desde que Cortés plantó pie en su suelo, con una descripción preliminar de las civilizaciones indias antes de la conquista. El estudio concluye con el régimen de Porfirio Díaz; Sierra fue miembro de su gobierno, como secretario de educación, pero no escamoteó la verdad: la vida política del país había sido sacrificada en aras de la paz y de la prosperidad. Este libro poderoso había de tener en la estimación de los mexicanos el lugar que el *Facundo* de Sarmiento tiene para los argentinos.

Cuando murió Justo Sierra, México le rindió el más elocuente tributo de cariño y de admiración, en el que todos los hombres y mujeres tomaron parte, todos los que sabían lo que su vida había significado. Su entierro fue, en las palabras de alguien que lo presencié, uno de los momentos más altos y más puros en la vida espiritual del país. (41)

VII  
LITERATURA PURA  
(1890 -- 1920)



Después de la independencia siguió en la América hispánica un período de anarquía, y a éste un período de organización; a partir de 1870, empezamos a cosechar los frutos de la estabilidad, y, para 1890, había ya prosperidad. En la Argentina y en el Uruguay, ésta alcanzó a muchos niveles de la sociedad; en países como el Brasil, Chile o México, llegó sólo a las clases dominantes; en los demás países, con una organización menos perfecta y la anarquía todavía en acecho tras las esquinas y en ocasiones estallando en guerras civiles, el adelanto económico, si no muy señalado, no por ello dejaba de ser evidente.

Nacida de la paz y de la aplicación de los principios del liberalismo económico, la prosperidad tuvo un efecto bien perceptible en la vida intelectual. Comenzó una división del trabajo. Los hombres de profesiones intelectuales trataron ahora de ceñirse a la tarea que habían elegido y abandonaron la política; los abogados, como de costumbre, menos y después que los demás. El timón del estado pasó a manos de quienes no eran sino políticos; nada se ganó con ello, antes al contrario. Y como la literatura no era en realidad una profesión, sino una vocación, los hombres de letras se convirtieron en periodistas o en maestros, cuando no en ambas cosas. Muchos de ellos

siguieron la carrera de derecho en las universidades, pero pocos ejercieron después la profesión. Algunos obtuvieron puestos diplomáticos o consulares, costumbre que se matiene hasta la fecha e incluye ahora a mujeres como las chilenas Gabriela Mistral y Marta Brunet, la cubana Flora Díaz Parrado y la colombiana Laura Victoria.

En los países sometidos todavía al dominio español, Cuba y Puerto Rico, el desenvolvimiento económico siguió exactamente los mismos cauces que en las naciones libres de la América hispánica. Pero los hombres de letras continuaron tomando parte en la vida pública; en general, como hemos visto, luchando por la libertad de ambas islas. La revolución de 1895, por la que Cuba alcanzó su independendencia, se debió principalmente a los esfuerzos de José Martí (1853-1895), el último de los grandes hombres de letras en la América hispánica que fueron al mismo tiempo dirigentes políticos.

Aun cuando al iniciarse en Cuba la Guerra de los Diez Años (1868) Martí no tenía sino quince, emprendió la publicación, con ayuda de su querido maestro el poeta Mendive, de un diario político titulado *La Patria Libre* (1869). (1) Tal vez pasó entonces inadvertido a las autoridades españolas. Pero poco después fue encarcelado por opiniones expresadas en una carta particular, y se le condenó a trabajos forzados; al cabo de seis meses de sufrimientos, que habían de minar ya para siempre su salud, se le conmutó la sentencia por la deportación a España. Allá publicó su primer folleto, *El presidio político en Cuba* (1871), y estudió en las universidades de Madrid y Zaragoza; en esta última obtuvo su licenciatura en filosofía y letras y en derecho. Cuatro años después abandonó Europa (1875). Pasados algunos más de viajar por México y Guatemala, una breve permanencia en Cuba (1878-1879), en donde la Guerra de los Diez Años acababa de terminar con la derrota de los patriotas, lo confirmó en su resolución de consagrar su vida a la redención de la isla de una servidumbre que no tenía visos de llegar a hacerse jamás llevadera. Sus discursos, demasiado francos, y sus planes secretos, lo obligaron a abandonar la isla. En 1881 se estableció en Nueva York, donde se ganó la vida

como periodista, (2) y en catorce años de esfuerzo constante, de elocuencia y paciencia, logró organizar la nueva revolución de Cuba. Nada sabía del arte de la guerra, pero persuadió a dos grandes soldados, Máximo Gómez y Antonio Maceo, de que se pusieran al frente de la campaña militar; cuando llegó el momento de salir para el frente, lo hizo entre los primeros. Un pueblo, dijo, “no se deja servir sin cierto desdén y despego de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida”. Fue también uno de los primeros en caer en el campo de batalla. Su vida, dice Federico de Onís, es una de las más puras en la historia de la humanidad.

Exceptuando la mayoría de sus poemas y algunas obras en prosa de su juventud, Martí no escribió nada que no fuese para fomentar la liberación de Cuba o para ganarse la vida. Su obra es, pues, periodismo; pero periodismo elevado a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma. Cuando, mozo todavía, empezó a escribir, poseía ya un estilo, por más que no pueda decirse de él, como de Ruskin, que escribió tan bien a los dieciocho años como a los cuarenta. Su estilo fue evolucionando y madurando lentamente; llegó a su plenitud cuando frisaba en los treinta, y a partir de entonces ninguna línea insignificante salió de su pluma, ya fuese en un trozo de suelto periodístico o en una carta particular. Desde muchacho fue orador deslumbrante, lo mismo en discursos improvisados que en los escritos, pero rara vez la manera oratoria se deslizó en sus artículos. Su conocimiento de los clásicos españoles era muy amplio, y parece que tuvo especial devoción por Santa Teresa, descubridora de una forma sutil de expresión para experiencias místicas en su lenguaje coloquial cotidiano, tan típicamente femenino en su construcción que nos parece oír la entonación de su voz; debió ser también lector atento de los conceptistas del siglo XVII, Quevedo, Mello y Gracián, al igual que de escritores menos inclinados a las complicaciones barrocas, como Saavedra Fajardo. Los extremos se tocan: Santa Teresa, la escritora espontánea, “natural”, es tan gran maestra en punto a innovación y complejidad como los escritores cuya principal



preocupación estilística fue la concisión sentenciosa. Entre los escritores modernos de la América hispánica, Martí leyó ciertamente a Hostos y a Montalvo, a cuyo linaje espiritual pertenece. El ensayo de Hostos sobre Plácido, comparado con una página de Martí en su madurez adolescente, es como un cuadro del Tintoretto que anuncia al Greco.

Martí hizo suyo un estilo enteramente nuevo en el idioma. No sigue ningún molde rítmico particular, sino que constantemente lo cambia; por lo que hace al vocabulario, rehuye las palabras pedantes, excepto cuando son estricta y técnicamente necesarias, con lo que pierden toda pedantería, pero es muy libre en la elección, desde latinismos como *pervadir* (penetrar, desusado entonces en español, y todavía muy raro) a palabras rústicas indias; su sintaxis abunda en construcciones inesperadas pero de buena cepa, como, por ejemplo, el uso del dativo ético; combina palabras —y significados— en muchas formas no familiares. El efecto es un entrecruce en variación continua de luz y color. En el terreno del estilo, así como en lo que está detrás del estilo y se hace expresión, su poder de invención fue inagotable.

El cuerpo principal de su obra en prosa está en las publicaciones que él mismo editó, tales como *Patria* (1892-1895), órgano de la campaña para la independencia de Cuba, y *La Edad de Oro* (1889), revista para niños escrita como desde una mentalidad infantil, algo que nadie ha logrado hacer tan bien en español (dígalo, especialmente, los cuentos *Nené traviesa* y *La muñeca negra*, o el poema *Los zapaticos de rosa*); y, además, la nutrida serie de crónicas para diarios y revistas de México y Sudamérica, sobre todo para *La Nación* de Buenos Aires (1882-1890). La crónica era el comentario en torno a algún suceso de actualidad; cuando se enviaba desde un país extranjero, era obligado que tratase de toda clase de acontecimientos: una campaña política o un descubrimiento científico, una catástrofe ferroviaria o una exposición de arte, una crisis financiera, una obra de teatro o un libro nuevo, el asesinato de Jesse James y el levantamiento del puente de Brooklyn: forma de periodismo literario desconocida antes de

1870, y que ya ha pasado de moda. Solía ser superficial, si el autor también lo era. Pero Martí tenía dotes poco comunes para habérselas con asuntos difíciles; además de sus estudios de leyes y de literatura, había adquirido por su propia cuenta una preparación especial en el terreno de la ciencia, como editor de una versión española de *The Scientific American*, y en el de la crítica de arte por asiduas visitas, en las que tomó copiosas notas, al Prado y al Louvre. Entre sus crónicas encontramos páginas inolvidables sobre la vida de Grant, desde su nacimiento en la casuca de madera hasta su carroza fúnebre tirada por veinticuatro caballos negros; sobre la poesía de Walt Whitman y la celebración de su septuagésimo aniversario; sobre la primera exposición de impresionistas franceses en Nueva York. No menos copiosas, y de mayor interés, son sus escritos sobre la América hispánica, “nuestra América”, según la expresión que acuñó en un famoso artículo (1891); solicitaron su atención lo mismo los sucesos más humildes que pudiesen denotar alguna originalidad en nuestra vida o progreso en nuestra civilización que los más graves problemas, como el de la condición de los indios. No le pasaron inadvertidas la crueldad, la voracidad, la deshonestidad y el impulso retrógrado y, sin embargo, jamás dio muestras de flaqueza, jamás cejó en su ternura, en su fe por “Nuestra América” y en su fe en el hombre y en el universo, su fe, como él diría, en “la música y la razón”.

En poesía fue Martí un innovador, tanto como en prosa. Con él, el verso español se deshizo definitivamente de las ya anticuadas zarandajas del romanticismo y volvió a cobrar frescura y vida. La sencillez se hace intensidad en sus *Versos sencillos* (1891); el brillo y la delicadeza se combinan en su *Ismaelillo* (1882). (3)

No tuvo Martí intención de iniciar una revolución literaria, entregado como estaba a sus planes de insurrección política, pero el año de 1882, en que se publicó *Ismaelillo*, suele tomarse como fecha inicial de una nueva tendencia en nuestra poesía, conocida más tarde bajo el incoloro título de *modernismo*. La primera obra de este movimiento apareció exactamente cincuenta años después de la primera de nuestro romanticismo. Pero si la

*Elvira* de Echeverría se había anticipado en un año a la primera obra romántica española, el *Ismaelillo* de Martí se anticipaba en más de dieciséis a las primeras manifestaciones del modernismo en España. Y, lo que es más, ahora la América española no sólo se mostró independiente de España en literatura; fue un hispanoamericano, Rubén Darío, quien llevó el mensaje del nuevo movimiento a la madre patria (1899), como su crítico Rodó había vaticinado. Y otra vez, como en 1832, las influencias europeas que surgieron del cambio vinieron de Francia, o a través de Francia; (4) pero el movimiento dejó bien atrás sus orígenes y adquirió un carácter típicamente hispanoamericano.

La transición del romanticismo al modernismo empezó con escritores como González Prada y Zorilla de San Martín. (5) Mas tarde, Othón, Díaz Mirón e Icaza en México, Almafuerte en la Argentina, y Deligne en Santo Domingo, poetas todos ellos de alta calidad, pertenecieron en parte al nuevo movimiento. (6) El general consenso reconoce en Martí, Casal, Gutiérrez Nájera, Silva y Darío a los dirigentes. Los cinco nacieron en países situados al norte del ecuador: Julián del Casal (1863-1893) era, como Martí, cubano; Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), mexicano; Jose Asunción Silva (1865-1896), colombiano; Rubén Darío (1867-1916), nicaragüense. Martí fue el único que intervino en política; Casal, Gutiérrez Nájera y Darío se ganaron la vida como periodistas; la familia de Silva tenía bienes de fortuna que él llegó a perder. Darío desempeñó puestos diplomáticos o consulares en distintas épocas de su vida; Silva ingresó también en el servicio diplomático de su país por breve tiempo.

Fue Casal un doliente poeta romántico, y al mismo tiempo un artífice de la palabra, al modo del Parnaso. Su tristeza provenía de las raíces de su ser, de su cuerpo enfermizo, de su vida desdichada, que no conoció casi ninguna de las alegrías de la juventud, y de los presentimientos de su temprana muerte. Trataba de ser un pesimista sistemático; leyó y anotó a Leopardi, pero en realidad nunca vio este mundo como un valle de lágrimas, a no ser para él mismo. En uno de sus sonetos pinta

la pompa de un día de fiesta, en que las casas están engalanadas con estandartes de color morado, y, con todo, él no hace sino sentir un “ansia infinita de llorar a solas”; en otro poema, *Páginas de vida*, observa todo cuanto “gozoso existe” junto a él, y pregunta a Dios: “¿Por qué has hecho ¡oh Dios mío! mi alma tan triste?” Encantáronle los aspectos visibles del mundo; encontró en ellos su única evasión. Rara vez llegó a describir paisajes o escenas de Cuba (excepción notable es un soneto en un día tormentoso, en que el viento marino aúlla sobre las rocas); la distancia parecía necesaria a su visión, y buscó sus temas, ya en la antigüedad (*Elena, o Hércules y las Estinfálidas, o El camino de Damasco*, el más rico en color de todos sus poemas, puramente pictórico, sin la menor alusión a la conversión de Saúl), ya en tierras muy distantes como el Japón (*Kakemono, Sourimono*). Fue el primero que introdujo en la América hispánica los temas japoneses, tan de moda por aquellos días en Francia. España misma —el único país europeo que visitó— le pareció pintoresca, porque pudo mirarla como una tierra exótica, como a través de los ojos de un Gautier o un Mérimée. Sin embargo, no se mostró indiferente a los problemas de su isla nativa, y trazó, en prosa, agrios cuadros de la vida política bajo el gobierno de los hombres sin escrúpulo que enviaban allí las autoridades españolas. (7)

Silva fue también un romántico doliente. A un *Nocturno* debe su fama póstuma —póstuma fuera de Colombia, al menos—; es una elegía trágica, romántica en cuanto al sentimiento, pero revolucionaria por el tema, estilo y metro, que hizo sentir un *frisson nouveau* a millares de lectores. Al contrario que Casal, Silva llegó a hacerse un pesimista sistemático, con un toque de cinismo sarcástico en sus *Gotas amargas*; pero su pesimismo no llegó muy al fondo. Vivió en la desesperación de ver el mundo que conocía desmoronarse a su alrededor, y, ensombrecido por la muerte de tantas gentes queridas, lo incierto de su porvenir en medio del desastre económico y un trabajo duro y sin provecho, buscó con frecuencia refugio en los recuerdos felices de su niñez.

Igualmente romántico, en el fondo, fue Gutiérrez Nájera, y

su tristeza igualmente trágica, si bien la expresó con menos vehemencia que Casal o Silva, excepción hecha de contados poemas, como *Después*. Por lo común dijo sus quejas en un murmullo suave, y su desesperación le llevó a una filosofía resignada de la vida, que condensó en las tiernas cuartetas de *Pax animae*. Hay en su melancolía un dejo otoñal, que concuerda con el constante clima otoñal de las altas mesetas de México. Es el más mexicano de los poetas —un mexicano del valle de Anáhuac, en el que está la capital—, como Casal es uno de los más cubanos, en su amor por los colores vivos. Su poesía es también pictórica, especialmente en las *Odas breves*, llenas de reminiscencias griegas y latinas. En *Pax animae*, algunos paisajes en miniatura sirven de marco a su meditación. y en *Non omnis moriar*, en donde se despidió de la vida a los treinta y cuatro años, traza, con perfección clásica, la imagen del guerrero agonizante. (8)

Dos son los períodos en este movimiento literario: el primero va de 1882 a 1896; el segundo, que arranca de 1896, acaba diluyéndose poco a poco, después de 1920, en un nuevo período con más nuevas tendencias. Martí, Casal, Gutiérrez Nájera y Silva mueren entre 1893 y 1896; Darío queda, pues, como cabeza indiscutible para los veinte años siguientes. Entre tanto, viene a unírsele un segundo grupo: en la Argentina, donde fijó su residencia entre 1893 y 1898, Leopoldo Díaz (n. en 1862), Enrique Larreta (n. en 1875) y Leopoldo Lugones (1874-1938); en el Uruguay, José Enrique Rodó (1871-1917), Carlos Reyles (1868-1938), Horacio Quiroga (1879-1937) y Julio Herrera y Reissig (1875-1910); en Bolivia, Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933); en Chile, Manuel Magallanes Moure (1878-1924) y Carlos Pezoa Velis (1879-1908); en el Perú, José Santos Chocano (1875-1934); en Colombia, Baldomero Sanín Cano (n. en 1860) y Guillermo Valencia (1873-1943); en Venezuela, Manuel Díaz Rodríguez (1868-1927), Rufino Blanco Fombona (1874-1944); en México, Luis Gonzaga Urbina (1868-1934), José Juan Tablada (1871-1945), Enrique González Martínez (n. en 1871) y Amado Nervo (1870-1919). (9) En su mayoría, todos estos escritores se mantuvieron

alejados de la política —Valencia es el único a quien pudiera llamarse afortunado en este terreno, aun cuando fue derrotado dos veces como candidato conservador a la presidencia de la república; Blanco Fombona conoció por igual el éxito, la prisión y el destierro; Sanín Cano y Rodó figuraron por breve tiempo en la vida pública; Lugones y Chocano fracasaron en ella. (10)

El nuevo movimiento alcanzó ahora a todos los países, al norte y al sur del ecuador; entre 1896 y 1900, su centro estuvo al sur, en Buenos Aires y Montevideo. En los dos grupos, antes y después de 1896, predominaron en número los poetas; pero el movimiento afectó por igual a la prosa y a la poesía. Varios de los poetas, además de Martí, fueron también excelentes prosistas; Gutiérrez Nájera, Darío, Lugones, Valencia, Blanco Fombona, Urbina y Nervo. Larreta, Rodó, Reyes, Quiroga, Sanín Cano y Díaz Rodríguez han escrito sólo o principalmente en prosa. Juntamente con los españoles surgidos hacia el año funesto de 1898 o poco después, los hispanoamericanos han dado al idioma español su mejor poesía desde los siglos de oro. Remozóse el español literario, lo mismo en verso que en prosa, y este milagro, que comenzó en “Nuestra América”, fue completado y prolongado en España por Unamuno, Valle Inclán, Azorín, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y, finalmente, José Ortega y Gasset.

Después de 1896, en que publicó (en Buenos Aires) *Prosas profanas*, y más todavía después de 1905, en que publicó (en Madrid) *Cantos de vida y esperanza*, Rubén Darío fue considerado como el más alto poeta del idioma desde la muerte de Quevedo: Hacia 1920 se inició la inevitable reacción en su contra, pero, sea cual fuere el juicio definitivo que merezca su obra, su influencia ha sido tan duradera y penetrante como la de Garcilaso, Lope, Góngora, Calderón o Bécquer. De cualquier poema escrito en español puede decirse con precisión si se escribió antes o después de él. Sus admiradores sintieron la fascinación de sus imágenes llenas de color, su riqueza de alusiones literarias, su felicidad verbal, y la infinita variedad, flexibilidad y destreza rítmica de su verso, en la que sobrepasa a cualquier otro poeta de nuestro idioma y se iguala a Swinburne

en el inglés. Sus detractores le reprochan su prociosismo, su amor excesivo por el mundo externo —en lo que se asemeja a Góngora—, y le hallan falto de una rica intimidad como la de Garcilaso o Bécquer, de una hondura filosófica como la de Fray Luis de León o Quevedo. Su vida emocional fue ciertamente estrecha, y durante sus años mozos pudo parecer superficial; pero posteriormente, en algunos de los *Cantos de vida y esperanza* y en el *Poema del Otoño*, llegó a alcanzar la intensidad de la desesperación. Estos poemas, al menos, no dejan duda acerca de su grandeza. Había dado al idioma su más florida poesía, igual a la de Góngora, en su juventud; dióle también, en su madurez, su poesía más amarga, comparable a la de la vejez de Quevedo. Hay dos momentos inmortales en su obra: uno, el alegre descubrimiento de la belleza del “aspecto inmarcesible del mundo” y el florido sendero del placer juvenil; otro, el triste descubrimiento de la fragilidad del amor y de la vaciedad del éxito, la vanidad de la vida y el terror de la muerte.

(11)

Nuestra poesía experimentó por esta época un cambio total, en temas, estilo, vocabulario y formas poéticas. Los jóvenes adoptaron una actitud severamente estética frente a su arte y decidieron escribir poesía pura —si no ajustada estrictamente a la fórmula del abate Brémond, cuando menos una poesía liberada de esas impurezas de la vida cotidiana que tantas veces arrastraron consigo los versos románticos—. Réianse de los poetas “explícitos”, como los llama Santayana. Nuestros románticos, cuando estaban enamorados, se dirigían a una mujer concreta y la nombraban —la Julia con quien casó Gutiérrez González, la Rosario que llevó a Acuña al suicidio— o hablaban de ella bajo un tenue disfraz —la María de la novela de Isaacs—. Pero la poesía amorosa adquirió ahora un aire vagamente impersonal; no la inflamaba fuego romántico alguno y a menudo recordaba los poemas “*carpe diem*” del Renacimiento. Los nuevos poetas lloraron sus penas con una sinceridad mayor que la que mostraban en sus amores; una profunda tristeza, una soledad doliente corre a través de las elegías de Gutiérrez Nájera, Casal y Silva. Darío, en su juventud,

habían visto. Versalles era un nombre simbólico para la nueva vida de las ya prósperas ciudades de la América hispánica.

Sin embargo, rara vez siguió Darío sus propias reglas. En *Prosas profanas* había ya dos poemas sobre Buenos Aires (“el regio Buenos Aires”, lo llama) y sus alrededores, y en uno de ellos hasta presenta al “último gaucho”. Paso a paso, el paisaje de América, sus leyendas y su historia, fueron reapareciendo en su obra, y, por supuesto, en la de muchos otros poetas. El libro de poemas de Chocano *Alma América* (1906) marca el pleno retorno a los temas nativos en la poesía hispanoamericana. Pero, mientras este proceso seguía su camino, un grupo de poetas menores muy interesantes y originales, que se mantenían realmente aparte de la corriente principal de su época, había conservado la tradición de los temas criollos. Tales eran Aquileo Echeverría, Francisco Lazo Martí, Arturo Pellerano Castro y *El Viejo Pancho*. (13)

La transformación social y la división del trabajo disolvieron el lazo tradicional entre nuestra vida pública y nuestra literatura. Martí fue, por supuesto, la gran excepción; en esto estuvo más próximo a la generación que le precedió que a la suya propia. Gutiérrez Nájera fue el primer poeta que hizo público su propósito de no tener nada que ver con la política; invitado a cantar las alabanzas de Hidalgo, el cura libertador de México, escribió una oda reverente en la que se declaró incapaz de blandir “la alta espada del canto”, y, años después, solicitado nuevamente, esta vez para honrar a la heroína que el pueblo conoce con el nombre de “la Corregidora”, se limitó a describir las flores que pagan tributo a su estatua. Casal nunca rompió la regla de abstención, excepto en prosa. Silva lo hizo una vez —una única vez— ante la estatua de Bolívar, en su visita a Caracas. Darío, en su temprana juventud, no desdeñó la política romántica en verso (ahí está su poema a Colón); luego, durante el período de *Prosas profanas*, —el libro de poemas más característico, y el de mayor influencia que produjo el movimiento— juzgó que la política no era materia poética, y lo mismo hicieron sus innumerables imitadores; pero después de la



llegada a España a fines de 1898, y de verse aclamado como maestro por los poetas jóvenes de aquella vieja tierra, sintió brotar en él una nueva emoción, una nueva especie de patriotismo, basado en la unidad espiritual de los pueblos hispánicos, que cristalizó en su *Salutación del optimista* (1902). Luego vino su reto a Roosevelt, a raíz de la ocupación de Panamá (1903), la elegía a la muerte de Mitre (1906), los poemas sobre su tierra natal en el *Viaje de Nicaragua* (1906), y el opulento *Canto a la Argentina* en el centenario de su independencia (1910). Podría haberse temido que nuestros maestros preciosistas hubiesen perdido ya la capacidad de “amar a una mujer, odiar a un tirano y cavilar sobre el misterio del mundo”, que hubieran podido encerrarse para siempre en su torre de marfil. Pero la vuelta de Darío a los grandes temas de nuestra vida pública fueron un ejemplo para los hombres más jóvenes, y algunos de ellos lo siguieron: Lugones con sus *Odas seculares* (1910) y Valencia con el canto a su ciudad natal de Popayán. Con todo, no hubo lo que podríamos llamar un retorno a la poesía de combate; tendremos que esperar hasta que Chocano escriba su *¿Quién sabe?* (1913) antes de ver a la poesía convertida nuevamente en arma.

Como era natural el estilo cambió también, a la par que los temas. Las palabras mismas eran nuevas. Pasada la opulencia verbal del barroco siglo XVII, la reforma neoclásica del XVIII empobreció el lenguaje poético español. En el XIX, el romanticismo introdujo buena cantidad de términos nuevos, pero desdichadamente no tantos como en francés. Ahora los modernistas desterraron blandas palabras neoclásicas como *ledo* (del latín *laetus*), y otras románticas demasiado altisonantes, como *bravío* o *fatídico*; pero pusieron en juego un vocabulario muy extenso —tal el vocabulario del lujo, nombres de piedras preciosas, metales, telas, pieles, pájaros, flores—. En cambio simplificaron la sintaxis. Suprimieron el hipérbaton, exceptuando aquellas de sus formas que eran comunes en el habla cotidiana; acabaron con todas las “licencias poéticas”, que no eran sino el recurso de los flojos. Combatieron el desaliño de los románticos. En punto a gramática, fueron impecables. Ciertamente que usaron

galicismos, pero siempre lo hicieron deliberadamente y con buen sentido.

En metros y formas poéticas la riqueza de la innovación fue extraordinaria, y se debió en muy gran parte a Darío. Nunca hasta entonces había contado la poesía española con más de unos pocos tipos de verso, tales como el endecasílabo, importado de Italia, y el castizo octosílabo, durante los siglos de oro y también después (las demás formas se usaban sólo ocasionalmente), aun cuando los últimos neoclásicos, y luego los románticos a fines del siglo XVII y en el XIX, llegaron hasta a barajar cinco o seis tipos de verso, y hubo quienes inventaron formas nuevas, poco afortunadas. Con la aparición de los modernistas, entran en circulación todos los metros conocidos, se ensayan otros nuevos, y algunos de los viejos se remozan con cambios de acentuación y cesura. La variedad de las formas estróficas se hizo infinita. Darío intentó hasta el verso libre, con *Heraldos* (en *Prosas profanas*), pero luego recogió velas con timidez sorprendente. Esa conquista había de quedar para la generación de 1920. Con todo, Darío volvió, especialmente en su *Canto a la Argentina*, al verso corto y fluctuante de los siglos XII y XIII, los de la *Razón de amor* y los de *Elena y María*. Lugones, en su *Lunario sentimental* (1909), y después Chocano, escribieron una especie de verso libre —libre en cuanto al número de sílabas de cada verso—, pero con rima regular. Silva intentó, en su *Nocturno*, un nuevo tipo de verso, consistente en un pie de cuatro sílabas que puede repetirse libremente de dos a seis veces; y, con objeto de romper una posible monotonía, introdujo de vez en cuando un pie bisílabo. Darío adoptó el principio, prefiriendo generalmente el pie de tres sílabas, y lo aplicó con marcial rigidez en su *Marcha triunfal*, y con más elasticidad en su *Salutación a Leonardo*. Ensayó también —como lo hicieron algunos otros poetas, antes y después que él— el hexámetro, en su *Salutación del optimista* (1902) y en su *Salutación al águila* (1907), pero sin adoptar un sistema definido, conformándose simplemente con una vaga semejanza de ritmo:

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

Mientras en la América española se iniciaba y crecía el movimiento modernista, otro tanto ocurría, paralela e independientemente, en la poesía brasileña. El movimiento, aquí, fue menos súbito y menos revolucionario. Había sido preparado, antes de 1880, por los primeros parnasianos —Luis Guimarães, Machado de Assis y Theophilo Dias—, que allanaron el camino a Raimundo Correa (1860-1911), Alberto de Oliveira (1857-1937), Olavo Bilac (1865-1918), Bernardino Lopes (1859-1916) y João de Cruz e Sousa (1862-1898). Correa había publicado en 1877 sus *Primeiros sonhos*, en los que el nuevo estilo no acababa aún de definirse, y seis años después (en 1883) sus *Sinfonías* —título que evoca inmediatamente la *Symphonie en blanc majeur* de Théophile Gautier, que también influyó sobre los poetas de la América española: recuérdese el *De blanco* de Gutiérrez Nájera, la *Sinfonía en gris mayor* de Darío y la soberbia traducción de Balbino Dávalos—. A las *canções românticas* de Alberto de Oliveira, de 1878, que confiesan aún su primera filiación, siguen sus cuadros pictóricos *Meridionais*, en 1884. Lopes publicó sus *Cromos* en 1881; el primer libro de *Poesías* de Olavo Bilac apareció en 1884. Al principio, todos estos poetas consagraron sus esfuerzos a la búsqueda de una expresión pictórica y a bruñir el estilo como una joya. En la última década del siglo, la corriente cambió del parnasianismo al simbolismo, bajo la influencia de Verlaine, con dos libros de Cruz e Sousa: los *Broquéis*, en verso, y *Missais*, en prosa, ambos de 1893.

Se ha definido a Raimundo Correia como “un pintor de paisaje, exquisitamente impresionista, que refleja, con sensibilidad encantadora, las sombras y la luz del Brasil”. Era, dicen, un hombre tímido, que vivía silenciosa y tristemente encerrado dentro de sí mismo. Tras de su amor por la naturaleza yace un pesimismo desprovisto de toda ilusión. Todo es dolor (“dolor é tudo”), y Dios es cruel; tales fueron sus últimas conclusiones acerca de la vida. Alberto de Oliveira, después de darse a conocer con sonetos típicamente parnasianos (estaba de

moda llamarle “aristocrático”, palabra muy socorrida por aquella época en el Brasil, lo mismo que en la América española) fue poco a poco abandonando la forma ornamental y las pirotecnias verbales y buscó una simplicidad clásica a la que llegó triunfalmente. Describe “vastas y sombrías extensiones de bosque —dice Ronald de Carvalho— en las que árboles tricentenarios extienden su tupido follaje, lleno de plantas parásitas y de nidos de aves; los valles cubiertos de trémulos juncos, en los que pululan pájaros y mariposas; los lagos soñolientos, salpicados de plantas acuáticas; los ríos impetuosos, que arrastran, en sus corrientes invernales, gruesos y nudosos troncos de árboles; las noches, cuajadas de estrellas; las montañas, con su exuberante vegetación”. Conforme evolucionaba Oliveira fue haciéndose cada vez más subjetivo; el cambio se observa, por ejemplo, en el conocido soneto en que habla de la ruidosa selva y dice: “Si gritamos los dos al mismo tiempo, / no llegaremos nunca a comprendernos”. Olavo Bilac es, probablemente, el más típicamente brasileño de todo el grupo y fue el que disfrutó de mayor popularidad. Auténtico hijo de los trópicos, une una espontánea magnificencia a una gracia y una armonía perfectas. La brillantez de sus descripciones y de sus canciones amorosas tiene un toque de deliciosa voluptuosidad; pero una vaga nostalgia —que nunca llegó a convertirse en pesimismo— penetra su alegría de vivir. En Bernardino Lopes y João Cruz e Sousa se echa de menos, con frecuencia, la perfección formal de Correa, Oliveira y Bilac. Lopes pinta paisajes y escenas de la vida rural —casas modestas, tareas domésticas, campos de labranza— con vivos colores y muchos delicados toques de carácter; recuerda a los poetas criollos de los países de habla española. Cruz e Sousa alcanzó, en sus mejores momentos, una amarga profundidad y una intensidad desconsolada. (15)

En prosa, los modernistas de la América española abandonaron la lenta y difusa solemnidad del discurso académico, que había invadido muchos campos además de la oratoria, y el forzado y anticuado humor de los cuentistas. Adoptaron un tipo de período breve y simple; en esto les

habían precedido hombres como González Prada y como Varona. Perdieron sabor, sin duda, y elocuencia, pero adquirieron, en cambio, nueva elegancia, desconocida hasta entonces en el idioma, una fina libertad de movimiento y una delicada destreza en matices de ritmo. Como de costumbre, Martí fue la excepción; era a un tiempo agudo y elocuente, sin caer en las costumbres mecánicas del pasado reciente. Pero la mayoría de los nuevos escritores no gustaron de la elocuencia ni tuvieron necesidad alguna de ella, puesto que no figuraron para nada en la vida pública. Los mejores entre ellos llegaron a poseer el arte de la prosa imaginativa, que Walter Pater consideraba típica de los últimos años del siglo XIX. En Gutiérrez Nájera encontramos una admirable variedad de estilo, que va desde los frescos ornamentales, con una brillantez similar a la de sus poemas pictóricos, hasta las miniaturas limpias, trazadas con multitud de líneas precisas, arte en el que precedió a Azorín por muchos años. Darío, en los relatos breves y en los apuntes de *Azul* (1888), sentó un modelo de elegancia frívola, ahora pasada de moda, tanto más cuanto mayores fueron la admiración y el eco que despertó en su día. Alcanzó un estilo más sobrio y, con todo, lleno de color, en sus crónicas posteriores, especialmente en las recogidas bajo el título de *Tierras solares* (1904). El guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), cuyas crónicas de París se leyeron en toda la América hispánica durante más de treinta años, dio también un ejemplo práctico de prosa simple y graciosa. Rodó, aclamado universalmente como el mayor prosista del segundo grupo de modernistas, despuntó como maestro de todas las nuevas gracias y sutilezas en su largo ensayo sobre las *Prosas profanas* de Darío (1899); después volvió al período largo, juzgándolo más adecuado para aquella como prédica laica que empleó en *Ariel* (1900) y en los *Motivos de Proteo* (1909), si bien lo enriqueció de color y matiz. En estos años, pocas veces se elevó la oratoria al plano de lo estrictamente artístico en que había andado en otro tiempo, con Ignacio Ramírez, Justo Sierra, Hostos o, finalmente, Martí. Recordemos como excepción a Guillermo Valencia y al mexicano Jesús Urueta (1868-1920).

A juzgar por el despliegue de imaginación y de perfección técnica en la poesía de los modernistas, podríamos haber esperado un florecimiento paralelo en las obras de ficción. Sin embargo, la mayor parte de su prosa, y por regla general lo mejor de ella, adoptó la forma de ensayos, crónicas, artículos y libros de viajes, y crítica literaria. Buena parte de los escritos de Martí, como ya hemos visto, y lo mismo de los de Gutiérrez Nájera y Darío, consiste en crónicas; un apunte de viaje de Díaz Rodríguez, para citar un ejemplo, estará tan minuciosamente trabajado como un poema. La crítica, desde luego, fue de extraordinaria importancia para el movimiento, como medio de defensa y explicación contra los ataques de los reaccionarios y la inercia del público. El libro de Darío *Los raros* (1896), formado por artículos que fueron viendo la luz en *La Nación* de Buenos Aires, era un valiente intento de dar a conocer al lector remiso los nombres de algunos maestros europeos y otras figuras menores hoy casi olvidadas; a los europeos añadió los nombres de Poe y de Martí. El persuasivo ensayo de Rodó sobre Darío, tan bellamente escrito, convenció probablemente a muchos lectores. Y con todo, aún en 1907 seguía escribiendo Díaz Rodríguez su polémico *Camino de perfección* y Gómez Carrillo dirigiendo un simposio sobre el modernismo en *El Nuevo Mercurio*, la revista literaria que editaba en París. Sanín Cano, en Bogotá, figuró entre los primeros críticos que pusieron su saber y su erudición al servicio de la causa modernista; más tarde pasó de la crítica literaria a la crítica de la vida pública, tanto local como internacional: su análisis de la sociedad moderna es radical e implacable. También Rodó se transformó de crítico literario en moralista. Su *Ariel* (1900), discurso en seis partes, dirigido a la “juventud de América” —de “Nuestra América”— predica verdades fundamentales, por más obvias que parezcan, porque siempre hay una generación que se está formando y “la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación”. Insistió en la necesidad de proteger la totalidad de la personalidad humana contra los abusos de la especialización o cualquier otra forma de pobreza; en la lección de Grecia, con su plena

humanidad, frente a Fenicia o Cartago; en la fe en el modo de vida democrático, que, rectamente interpretado, obra como salvaguardia de la libertad espiritual. Las palabras de *Ariel* se dijeron en el momento oportuno. El prodigioso desenvolvimiento de los Estados Unidos, seguido de la victoria de 1898, asombrosamente fácil, sobre una nación que nominalmente seguía conservando rango de potencia mundial, había hallado incontables admiradores en los países del sur. Surgió un brote de "nordomanía". Y, como la admiración conduce a la imitación, buen número de los admiradores del éxito soñaron con una Sudamérica entregada por entero a empeños "prácticos", de acuerdo con su interpretación miope del ejemplo dado por la democracia norteamericana. Rodó les puso en guardia contra el remedo a ciegas de una civilización que él veía como magnífico torso, pero no como estatua terminada, y nos advirtió a todos del peligro de que nuestra reciente prosperidad pudiera llevarnos sólo a un futuro fenicio. Durante muchos años, desde México y las Antillas hasta la Argentina y Chile, todo el mundo leyó y discutió el *Ariel*, y el "arielismo" substituyó a la "nordomanía", cuando menos entre muchos de los jóvenes. Luego Rodó publicó los *Motivos de Proteo* (1909), libro muy extenso, hecho de ensayos y parábolas sobre el desarrollo de la personalidad humana, todos ellos dentro de un mismo espíritu; su tema principal es el de las ilimitadas posibilidades de renovación que hay en el espíritu humano. Su base filosófica es una especie de ética de la renovación, muy en armonía con la doctrina entonces nueva de la "evolución creadora" de Henri Bergson. Los ensayos posteriores de Rodó sobre Bolívar y Montalvo, incluidos en su libro *El mirador de Próspero* (1913), son el resultado de estudios sobre la historia y los problemas de la América hispánica. En el *Montalvo* se revela, aun cuando la generación más joven no parece haberse dado cuenta de ello, como precursor del reciente movimiento literario que toma como propósito principal los sufrimientos del indio, y, en consecuencia, de esa vasta porción de nuestra literatura que estudia los problemas de nuestro tiempo. Hasta 1914 conservó su fe optimista en el esfuerzo de la humanidad hacia la

luz y la verdad, y siguió predicando el entusiasmo y la esperanza, "los dones de la juventud". La guerra europea hizo tambalear su fe, y en Florencia (1916) imaginó un diálogo entre el *David* de Miguel Angel y el *Perseo* de Cellini, en el que estas dos encarnaciones de la humanidad plena y armoniosa reflexionan sobre las causas del conflicto para concluir que la humanidad se ha destruido a sí misma. (16)

Un ensayista brasileño, Eduardo Prado (1860-1901), precedió a Rodó como crítico de la democracia norteamericana, pero únicamente desde el punto de vista político. (17) Su contemporáneo, el erudito historiador Manoel de Oliveira Lima (1867-1928), se afanó, por el contrario, en fomentar la mutua comprensión entre Norte y Sudamérica. (18) De mucho mayor importancia literaria fue Euclides da Cunha (1866-1909), el autor de *Os sertões* (1902), que es, en opinión de muchos, la más grande obra escrita hasta la fecha en el Brasil. En muchos aspectos se parece al *Facundo* de Sarmiento; es una historia trágica, tomada como ejemplo ilustrativo de los problemas sociales y políticos del país, y precedida de una especie de ensayo de geografía humana. La historia no es la de un caudillo, un jefe político o militar, como en Sarmiento, es la historia de un delirante místico rural, Antonio Conselheiro, que congregó y estableció en torno suyo una multitud fanática en el sertón, esa zona vasta y peculiar del interior del Brasil. Andando el tiempo, esta comunidad anómala llegó a declararse en rebeldía, y el gobierno republicano envió cuatro expediciones sucesivas para someterla; las tres primeras fracasaron, pero la cuarta arrasó la colonia. (19) La sombría historia está poderosa y brillantemente narrada; no menos vigorosa y brillante es la descripción de los sertones y de los tipos humanos que ellos forjan, aunque los fundamentos científicos que la sustentan han venido a quedar, en parte, anticuados. (20)

Nuestras concepciones filosóficas estaban, en este punto, sufriendo un cambio. El positivismo seguía preponderando a fines del siglo XIX; el argentino José Ingenieros (1877-1925) fue su último y más popular representante; Alejandro Deustúa (n. en 1849) en el Perú, Farías Brito (1862-1917) en el Brasil,



Alejandro Korn (1860-1936) en la Argentina y Carlos Vaz Ferreira (n. en 1873) en el Uruguay fueron los que empezaron a difundir las nuevas tendencias de pensamiento. Korn y Vaz Ferreira son pensadores muy originales y maestros de la prosa filosófica. (21)

En el terreno de la ficción, las preferencias de los modernistas confluyen en un tipo de narración breve, concebida y desarrollada poéticamente. De este género fueron los cuentos escritos por Martí para los niños que leían *La Edad de Oro*, los relatos de Casal, de Gutiérrez Nájera (el mejor ejemplo es su obsesionada fantasía sobre Rip van Winkle), los de Darío en *Azul* (libro que contenía también poemas en prosa a la manera de Baudelaire), los de Díaz Rodríguez (*Cuentos de color*, 1898, en cada uno de los cuales hay un color dominante), los de Urbina, Nervo y Lugones (particularmente *La lluvia de fuego* y *Los caballos de Abdera*). Este modo poético de concebir y de realizar se adoptó también, aunque con menos frecuencia, en las novelas. Muestra famosa es *La gloria de don Ramiro* de Larreta (1908), relato que tiene por escenario la España de Felipe II. (22)

Dos corrientes confluyeron en la literatura de ficción: la fantasía poética y el realismo; si unas veces el choque fue violento, otras, las dos corrientes acabaron por confundirse. La novela realista, que había comenzado en la América hispánica con Blest Gana y Almeida ya a mediados del siglo pasado, había ido progresando lentamente, y hacia la penúltima década de aquel siglo recibió la influencia del naturalismo francés; el primer libro del argentino Eugenio Cambaceres (1843-1890), *Potpourri*, está fechado en 1882, lo mismo que el *Ismaelillo*, el primer libro de poesía del movimiento modernista. Aunque muy leído, Cambaceres carecía de la talla necesaria para convertirse en el maestro de una nueva escuela. En el Brasil, los comienzos del naturalismo suelen fijarse en la fecha de publicación de *O mulato* (1881), de Aluizio de Azevedo, mucho mejor escritor que Cambaceres, y dueño de gran variedad de recursos en la descripción. Azevedo era más realista que naturalista, en el sentido estricto de la definición de Zola, y en

ocasiones hasta llegó a remontarse a los hábitos románticos de su temprana juventud. Juli Ribeiro (1845-1890), con *A carne* (1888), se acercó más a la práctica y a la teoría del maestro francés. (23) Pero la mayoría de nuestros novelistas apegáronse instintivamente a nuestro tradicional y espontáneo realismo, ya evidente en el *Periquillo Sarniento* de Lizardi, de 1816. Los escritores más refinados, como Reyles y Díaz Rodríguez, llegaron a un compromiso entre las dos corrientes contrarias; hay realismo en la descripción de los aspectos externos de la vida, pero la vida de sus personajes es limitada e introvertida. Hay un vacío entre la vida de los individuos y la de las ciudades en que viven, una ausencia de lo que podría llamarse densidad social. El estilo está siempre cuidadosamente trabajado. (24) Hubo, además, escritores menos exigentes que se contentaron con hacer realismo en una prosa cotidiana, como tantos de los novelistas españoles de la misma época. El mejor de estos escritores es el argentino Roberto José Payró (1867-1928), maestro en el retrato satírico de tipos sociales, tales como su Laucha, un vagabundo, un pícaro del siglo XX; en su *Pago chico* —que no es una novela, sino una serie de cuadros— pinta con aguda ironía la vida de la pequeña ciudad provinciana en Sudamérica. (25)

En tanto que la novela iba creciendo y multiplicándose, el teatro disfrutaba en la ciudad de Buenos Aires de un período de esplendor en los comienzos de nuestro siglo. Nuestro teatro, como es bien sabido, empezó como festival religioso a raíz de la conquista, y como tal sobrevive aún en lugares apartados; después, el teatro profano llegó a convertirse, a fines del siglo XVI, en una de las principales diversiones en las grandes ciudades. Declinó después de consumada la independencia, durante los anárquicos años de la primera mitad del siglo pasado, y por mucho tiempo todas nuestras ciudades, que aún conservaban en el recuerdo la costumbre de ir al teatro, tuvieron que contentarse con las representaciones de las compañías teatrales españolas y portuguesas. Nuestro teatro propio se redujo, como regla general, a comedias cortas, pequeñas zarzuelas, con música, o sainetes; las obras más ambiciosas de

nuestros autores se representaban de vez en cuando —con poco entusiasmo, cuando no con hostilidad mal encubierta— por las compañías europeas. Pero no estaba lejano el día en que la América del Sur iba a presenciar un renacimiento nuevo y original del teatro, y en la cuna más humilde que podría imaginarse: el circo. En 1884, un empresario de circo de Buenos Aires, José Podestá, decidió presentar una pantomima sobre la vida de los proscritos, los “gauchos malos”, adaptada por el novelista Eduardo Gutiérrez de su propia novela *Juan Moreira*. La pista permitía gran libertad de movimiento; los actores podían salir a caballo, hacer toda clase de evoluciones y hasta lanzarse al galope; introdujéronse bailes y canciones. Dos años después, en la pequeña ciudad de Chivilcoy, Podestá añadió diálogos a la pantomima. La representación alcanzó gran éxito, como era de esperarse, teniendo en cuenta su asunto y su público, y se montaron muchas otras obras, todas ellas sobre la vida del campo: *Martín Fierro*, *Santos Vega*, *Juan Cuello*, *Julián Jiménez*, *Pastor Luna*, *Zorzal* y *Tranquera*. A principios de siglo existía ya un teatro popular floreciente, que se presentaba lo mismo en circos que en teatros, en la Argentina y en el Uruguay, por varias compañías de la familia Podestá; ahora representaban, además de sus antiguas y toscas obras surgidas de la pantomima, otras de escritores como Martiniano Leguizamón y el uruguayo Elías Regules. En el año de 1910 los Podestá invadieron el barrio teatral del centro de Buenos Aires, y cuatro de las nuevas piezas que representaron entre febrero de 1902 y agosto del año siguiente obtuvieron espléndida acogida. Bien pronto muchos jóvenes escritores de la ciudad escribían obras para el teatro, y, en general, las veían representadas. Aquel entusiasmo duró unos doce o quince años. Luego el teatro fue comercializándose poco a poco, y perdiendo con ello muchos de los mejores talentos; hoy día los que mantienen su nivel más alto son los teatros experimentales, como el Teatro del Pueblo. Durante los primeros años del siglo la figura más destacada del teatro rioplatense fue el uruguayo Florencio Sánchez (1875-1910), que nos ha dejado una obra maestra, su poderosa y sombría tragedia rural *Barranca abajo* (1905). (26)

VIII  
PROBLEMAS DE HOY  
(1920 – 1940)



ON la estabilidad política, bajo una forma real o fingidamente democrática, y con el desenvolvimiento económico, se fue imponiendo en la mayoría de las naciones de la América hispánica, como hemos visto, una división del trabajo por la que los hombres de letras dejaron de ser ya al mismo tiempo directores de la vida pública. Se dedicaron ahora a la “literatura pura”: tal fue cuando menos durante algún tiempo, su propósito y su ideal. La torre de marfil se convirtió en símbolo familiar. El conato de “espléndido aislamiento” era en realidad su manera de vengarse de la supuesta indiferencia que hacía ellos mostraba la tan vituperada burguesía. En el fondo, se sentían insatisfechos: quejábanse de que ya nadie les hacía caso, pero en eso se equivocaban. Nuestros escritores nunca han dejado de tener un público lector: si no es más numeroso, la falta está en el analfabetismo y en la pobreza de gran parte de nuestra población; y, por lo que toca a nuestros poetas, tienen proporcionalmente muchos más lectores que los de cualquier otro país de cultura occidental. (1) Con los años, dejaron la incómoda torre de marfil por el ágora, al menos de tiempo en tiempo, para tratar asuntos de interés público.

Nuestra literatura ha seguido, desde entonces, dos

caminos: uno en el que se persiguen sólo fines puramente artísticos; otro en que los fines en perspectiva son sociales.

Entre el último grupo de modernistas, el grupo de Lugones, Valencia y Chocano, y el primer grupo vanguardista del siglo XX, el grupo de Borges y de Neruda, hubo una generación intermedia, nacida entre 1880 y 1896, que fue gradualmente apartándose de los ideales y prácticas de sus predecesores. (2) La nueva generación, nacida después de 1896, rompió con ellos lo mismo que con los otros.

La influencia de los poetas y escritores de las dos últimas décadas del siglo pasado fue favorable al estudio de la forma literaria, como reacción contra el descuido de los románticos; y ello, por su propio peso, llevó con frecuencia al preciosismo, tanto estilístico como temático. Después, como era de esperarse, advirtiéronse signos de impaciencia, protestas contra toda aquella literatura de palacios, lagos, pavos reales y cisnes. “Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje” —fue la consigna—: el sapiente buho es mejor consejero. Esas portentosas palabras aparecieron en un soneto (1910) de González Martínez, para quien la poesía es, sobre todo, contemplación, “emoción recordada en tranquilidad”. (3) Amado Nervo, que había comenzado asimilando todas las modas aristocráticas y exóticas de 1896, se convirtió ahora en una especie de predicador laico del amor y de la oración cristiana, con un toque de misticismo budista. Otro grupo de poetas decidieron, un poco a la manera de Wordsworth, despojar de adornos su verso, adoptando “una selección del lenguaje realmente empleado por el hombre” y llevando la simplificación del estilo a extremos que sorprendieron a sus lectores; éstos, sin embargo, no tardaron en acostumbrarse a ella, lo mismo que a los nuevos asuntos: sucesos de la vida diaria, memorias, viajes, caminos, aldeas. Los más característicos de esos poetas fueron Fernández Moreno, Luis Carlos López y el brasileño Mario Pederneiras (1868-1915).

La actitud impersonal que había tendido a suprimir o reprimir el sentir personal se vio atacada desde otro ángulo por una nueva especie de romanticismo exaltado, representado por

poetas como Miguel Angel Osorio, Arturo Capdevila, Carlos Sabat Ercasty y, especialmente, por un destacado grupo de mujeres: las uruguayas María Eugenia Vaz Ferreira, Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou, la argentina Alfonsina Storni, la chilena Gabriela Mistral y la brasileña Gilka Machado. Quizá valga la pena señalar el hecho de que, con muy pocas excepciones, las mujeres estuvieron ausentes del copioso movimiento literario de las dos últimas décadas del siglo anterior; probablemente fue demasiado impersonal para ellas. (4) Y cuando al fin se incorporaron a él, como grupo, lo hicieron como rebeldes. Todas lo fueron, cada una a su manera. No rechazaban abiertamente las restricciones tradicionales a la vida de la mujer en los países de cultura hispánica; se las saltaban, simplemente, cuando se ponían a escribir. Desnudaron su alma y hablaron francamente de amor y de pasión, de alegría, cuando la disfrutaron, pero más a menudo de desilusión y de vida frustrada. La más grande de todas, Gabriela Mistral, ha superado ya la etapa del desencanto juvenil; su voz es de consejo y de piedad, que se manifiestan en su amor por los niños, por las madres, por los pobres, los campesinos, el indio y el negro, en una palabra, por toda la humanidad doliente. Su obra, lo mismo en prosa que en verso, es una de las más nobles de nuestro tiempo. (5)

En esta generación que he llamado intermedia, nuestros escritores fueron volviendo poco a poco a su costumbre tradicional de intervenir en los negocios públicos. Así lo hicieron, si no todos, al menos muchos más que en los dos grupos precedentes de modernistas. Pero ahora sabían que no tenían probabilidades de ser elegidos como jefes: su principal función fue la discusión y difusión de las doctrinas políticas, y, con no poca frecuencia, el examen de sus fundamentos filosóficos. Así, en la Argentina, Ricardo Rojas comenzó en 1909 a predicar una nueva y más amplia forma de patriotismo, que había de tener como objeto el desenvolvimiento espiritual. (6) Luego, en 1918, un movimiento de reforma universitaria agitó el país entero; su programa pedía una renovación del contenido intelectual de la educación superior y una viva

conexión entre las universidades y el pueblo. (7) En México la revolución política de 1910 fue precedida de un movimiento puramente intelectual que se inició hacia 1907 en la Sociedad de Conferencias, llamada después el Ateneo de México (1909-1914). Los miembros de este grupo juvenil estaban interesados tanto en la literatura y en la filosofía como en los problemas políticos y sociales del país. Su actividad pública más importante, aparte de sus conferencias, fue la organización de un centro de difusión cultural, el primero de esta clase en el país, llamado Universidad Popular de México (1912-1920). Combatieron el positivismo, filosofía oficial durante los últimos veinte años del régimen de Porfirio Díaz; dos miembros del grupo, Acevedo y Mariscal, despertaron el nuevo interés, que ahora ha llegado a adquirir enormes proporciones, por la arquitectura mexicana de la era colonial. Más tarde la Revolución mexicana habría de tener una vasta literatura propia, que culminaría en *Los de abajo* de Mariano Azuela y *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, miembro del Ateneo. (8) En el Perú, tras el movimiento literario de la revista *Colónida* en 1915, editada por Abraham Valdelomar, vino la "Reforma universitaria", siguiendo el ejemplo de la Argentina, en 1919, y después el movimiento político del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), bajo la dirección de Víctor Raúl Haya de la Torre (n. en 1895), pensador político dotado de una sólida educación filosófica y de lúcido estilo. (9) Rasgo típico de este movimiento peruano fue la creación de una cadena de universidades populares llamadas "González Prada", como homenaje a su gran precursor. Más tarde, en Puerto Rico, los grandes jefes de partido fueron hombres de letras: Pedro Albizu Campos y Juan Antonio Corretjer, del Partido Nacionalista organizado en 1922, y Luis Muñoz Marín, fundador del muy reciente Partido Popular Democrático. En el Brasil, el movimiento literario de 1922 fue, según uno de sus dirigentes, Mario de Andrade, la advertencia de la actitud revolucionaria en ciernes que se enfrentó con los problemas del país. Y la historia de una revista famosa, el *Repertorio Americano*, editado por Joaquín García Monge en San José de

Costa Rica, es por demás significativa: comenzó en 1920 como publicación literaria y se ha ido transformando gradualmente en tribuna de los problemas sociales y políticos de toda la América hispánica. Los hombres de letras que toman parte en nuestra vida pública figuran rara vez en el gobierno: pertenecen a la oposición, y suelen estar mucho más tiempo en la cárcel que en el poder, cuando no en el destierro, forzoso o voluntario. Aun cuando su partido llegue a gobernar, ellos suelen tener puntos de vista más avanzados. Todo partido con una filosofía política, dice T. S. Eliot, es un partido revolucionario; en nuestro caso, mejor que "partido" diríamos "hombre". (10)

En el terreno puramente literario, otra vía de innovación consistió en llevar hasta el límite ciertas tendencias inherentes a la literatura de las dos últimas décadas del siglo pasado. El preciosismo se hizo complejidad, en que inesperadas asociaciones de imágenes —o de simples palabras—, acabaron por ser normales. El cambio puede rastrearse hasta Lugones, que hacia 1898 se había convertido ya en la "extrema izquierda" del movimiento, con su serie de sonetos de *Los doce gozos*, posteriormente incluidos en su libro *Los crepúsculos del jardín* (1905). En cierto modo recuerda la transición del estilo renacentista al barroco. Pero Lugones no se detuvo ahí, sino que, como Stravinsky y Picasso, buscó nuevos rumbos cada cuatro o cinco años. La tendencia barroca creció con Julio Herrera y Reissig, cuyo juego de imágenes no tardó en hacerse alarmante, y aun delirante en ocasiones; alcanzó pleno auge en *Los éxtasis de la montaña*. De un modo diferente, los poemas de Enrique Banchs, de José María Eguren, de Alfonso Reyes llegaron a hacerse esotéricos, no en cada una de sus imágenes, sino en las remotas fuentes y alusiones de sus poemas. (11) Y todavía otro tipo de poesía barroca, en que la complicación y novedad de las imágenes se dan la mano con una cariñosa ternura por las cosas comunes y cotidianas, apareció con Ramón López Velarde, que retrató la vida pintoresca de las viejas ciudades del centro de México y finalmente trazó una breve síntesis del país en su *Suave patria*. (12)

Hacia 1920 se inició un nuevo movimiento, en que España



y la América española marcharon a la par —no, como en el período romántico, partiendo ambas simultáneamente, pero por separado, y siguiendo luego cada una su propio camino, ni, como en el período comprendido entre 1882 y 1900, precediendo el Nuevo Mundo al Antiguo. Como de costumbre, hubo influencias extranjeras, de Francia y de otras partes. (13) Un movimiento similar empezó en el Brasil en 1922; suele fechársele a partir de la “semana del arte moderno”, consagrada a exposiciones de pintura y escultura, conciertos, conferencias y lecturas en la ciudad de San Pablo. Sus jefes fueron los poetas Mario de Andrade (n. en 1893) y Manuel Bandeira (n. en 1886). Tuvieron el apoyo no sólo de los escritores y artistas de las generaciones más jóvenes, sino también de algunos de su misma edad y que gozaban ya de reputación, como Ronald de Carvalho, Guiherme de Almeida, Alvaro Moreyra y hasta el veterano Graça Aranha.

El nombre que al principio se dio a este movimiento en España fue el de *ultraísmo*: los nuevos escritores se proponían no sólo ir más allá —*ultra*— de cuanto hasta entonces se había hecho, sino aun más allá de los meros hechos de la realidad tal como había solido interpretarla la literatura, del pasado. El pasado reciente era, naturalmente, el más detestado: quienquiera que aceptase sus gastadas interpretaciones recibía el apodo, tomado de los futuristas italianos, de “pasatista”, partidario del pasado, *laudator temporis acti*. Y aun había quienes no se conformaban con el reacomodo de la realidad; proponían la creación de un nuevo “reino del ser”, del que el poeta y el artista debían extraer sus materiales y se llamaron a sí mismos “creacionistas” (término que procede, al parecer, de uno de los jefes del movimiento, el chileno Vicente Huidobro). (14) El resultado general fue una forma de expresión críptica, una red de complicadas metáforas, un continuo y elíptico tránsito de una imagen a otra. Uno de los poetas más refinados, Mariano Brull, llegó hasta inventar —sólo como pasatiempo, dicho sea en honor de la verdad— la *jitanjáfora*, poema sin palabras, mera sucesión de sílabas sin sentido, que derivaba todo su encanto exclusivamente de la combinación de los sonidos. (15)

Esta búsqueda de nueva expresión, fuese cual fuese el valor de la obra que produjo, resultó un experimento fructífero. No se mantuvieron las exigencias metafísicas de los precursores. Hasta el nombre del movimiento se cambió por un término más vago y general, el de “vanguardia”. El nombre se hizo popular. En el Brasil, sin embargo, el nombre que se adoptó para el movimiento local fue el de modernismo, aplicado ya en la América española al de las dos últimas décadas del siglo anterior; y los más revolucionarios de todos los revolucionarios brasileños, en su afán de dar con la palabra más fulminante que pudiera imaginarse, llamáronse a sí mismos “antropófagos”.

Hoy, al cabo de veinte años, sobreviven al movimiento el uso atrevido de la metáfora, una gran variedad de asociación de imágenes y una sintaxis libre y viva. Como era de esperar, también el verso libre se puso de moda, y aunque, contra lo que muchos imaginaron y pareció probable en algún momento, no ha venido a ser el único tipo aceptable de verso, sigue siendo vehículo normal de expresión para poetas tan distintos unos de otros como el argentino Jorge Luis Borges, el chileno Pablo Neruda, el colombiano Rafael Maya, el ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, el dominicano Héctor Incháustegui Cabral y los brasileños Jorge de Lima, Carlos Drummond de Andrade y Cecilia Meireles. No muchos años después de iniciarse la moda del verso libre, buen número de poetas se dedicaron a revivir formas tan rígidas y clásicas como el soneto, el terceto dantesco, la espinela de Calderón y Zorrilla y la lira de Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. En ocasiones adoptaron una lucidez de expresión igualmente clásica, pero muy frecuentemente las viejas formas contienen atrevidas metáforas del estilo más moderno.

Baste un ejemplo sacado de un libro de poemas recientemente publicado, el primero de una brillante poetisa uruguaya, Sara de Ibáñez:

*Diré a mi nube blanda:  
Can de mi pensamiento, vuelve al río.  
Tus espumas desanda.*

*Muérete en el rocío,  
en el oro, en la sangre y en el frío.*

Los adelantados de este movimiento aspiraban a una “pureza” aún mayor que la de las primeras décadas modernistas. De haber colmado sus aspiraciones, su poesía hubiera sido la más pura de todas, libre de toda la escoria de la naturaleza, de las heces de la realidad. (16) Pero aun entre ellos hubo quienes jamás prescindieron de la clara referencia a los hechos inmediatos, quienes —por ejemplo— persistieron en el amor y la descripción de su tierra natal, y, como en el caso de Borges y sus imitadores en la Argentina, describieron los suburbios de la gran ciudad con sus calles olvidadas que van a perderse en la pampa, con sus casas humildes y sus “almacenes rosados”, o bien las costumbres de domadores y reseros.

Paradójicamente, algunos de los innovadores condenaron toda nuestra literatura anterior porque, según ellos, pecaba de europea y carecía del aroma del terruño. Dieron a la revista que publicaron en Buenos Aires, hacia 1925, el nombre de *Martín Fierro*, como el gaucho del poema de José Hernández, una de las contadas obras del pasado que estaba libre de condena. Allí se publicaban poemas de asunto nativo junto a lo que pudiera llamarse “poesía abstracta”, que lo mismo podía haberse escrito en Marte que en la América del Sur. La discusión no era nueva: la busca de una expresión artística que nos fuera propia, y no subsidiaria de Europa, había comenzado, según hemos visto, ya en 1823, cuando Bello proclamó nuestra independencia literaria en la primera de sus *Silvas americanas* renováronla en 1832 Echeverría y los románticos; reapareció con Martí y Rodó, y aun con Darío, no obstante su abjuración momentánea de todos los temas americanos por antipoéticos. El nuevo movimiento de Buenos Aires fue un signo de los tiempos. En la mayoría de los países de la América española, la literatura había ya vuelto a aceptar en gran escala lo nativo, después de la señal dada por el *Viaje a Nicaragua* de Darío, *Alma América* de Chocano y las *Odas seculares* de Lugones. (17) Y en cuanto a la

poesía brasileña, los paisajes nativos, al menos, nunca habían estado ausentes en ella.

Mientras tanto, seguía en pie otra controversia. Los escritores modernistas no habían tropezado con oposición alguna a sus ideales. Sus lectores disfrutaban esos cuadros de palacios y jardines porque ellos mismos estaban disfrutando la novedad de sus propias ciudades prósperas y lujosas. Pero el encanto de semejante novedad acabó por gastarse, y pronto hubo, de un lado, cansancio y desilusión en medio de aquel esplendor, y, de otro, como ya hemos visto, el redescubrimiento de los problemas sociales y nacionales como tema de literatura. Ahora los escritores y poetas del movimiento de "vanguardia" que siguieron apegados a su fe en la "literatura pura" se colocaron a mucho mayor distancia de los problemas sociales y políticos que sus predecesores. El primer ataque vino de un grupo de escritores socialistas, que eran, por lo que se refiere a la forma literaria, "pasatistas", rezagados, en opinión de sus oponentes. En la ciudad de Buenos Aires hubo, hacia el año de 1925, una controversia entre dos calles: la calle de Florida, la de los comercios de lujo y las exposiciones de arte, y la calle de Boedo, de la clase media trabajadora. La discusión estalló también en la ciudad de México, más o menos por esos mismos días: aquí la pintura intervino a la par de la literatura. Como ocurre a menudo, los más radicales en su credo social y político no eran "avanzados" en sus nociones de arte y literatura, y al contrario. Pero no duró mucho aquella elemental y clara separación. Una parte del grupo de los innovadores literarios empezó a interesarse en los problemas sociales, y la mayoría de los socialistas aprendieron la técnica de la nueva literatura. Hoy día, el poeta de mayor influencia en toda la América hispánica, Pablo Neruda (n. en 1904), es un atrevido innovador desde los dos puntos de vista, el social y el literario. (18)

En el fondo de esta controversia yacía la famosa cuestión, que no tardó en salir a flote: ¿el arte por el arte, o el arte al servicio de los grandes ideales de la humanidad? O, si lo de "arte por el arte" parece propósito demasiado fútil, y demasiado propicio al descrédito, ¿el arte como autoexpresión,

o el arte como servicio? La cuestión, por supuesto, carece de sentido fuera de una compleja civilización urbana. En cualquier sociedad que, por comparación, pueda llamarse simple, la de los griegos primitivos, la de franceses o españoles en los siglos XI y XII, las manifestaciones artísticas, en su mayoría, impulsan los ideales religiosos y heroicos comunes. Aun en la civilización ateniense, sostiene Gilbert Murray, el ideal del poeta o del artista era el servir: la gloria era, ante todo, el reconocimiento de un servicio, no el mero aplauso al genio. En Roma, Virgilio y Horacio cantan como profetas de la grandeza imperial. Pero en los tiempos modernos, es fácil distinguir entre el poeta que se interesa o parece interesarse sólo en su propia creación y el poeta que escribe con un propósito algo más que individual: entre Shakespeare y Milton, Góngora y Quevedo, Keats y Shelley, Musset y Hugo, Poe y Whitman. La comparación no demuestra sino las dos posibilidades. El debate, pues, viene a estrecharse en una disyuntiva (y cada bando impondría su solución si tuviese libertad de hacerlo): que a ningún artista o escritor se le permita introducir problemas sociales o políticos en su obra, o que a todos se les obligue a hacerlo. La mentalidad moderna rechaza ambos extremos, acostumbrada como está a su libertad romántica. El genio humano tiene modo de hacer milagros bajo la tiranía de un insignificante príncipe del Renacimiento o la de un editor en una ciudad cualquiera de nuestra época. Esperemos que en lo futuro pueda verse libre de toda coacción.

Gran parte de la mejor literatura de la América hispánica expone hoy problemas sociales, o al menos describe situaciones sociales que contienen en germen los problemas. Normalmente es la novela el género que con más frecuencia apunta a estos aspectos de la sociedad en los tiempos modernos. En nuestra literatura aparecen tan pronto como nuestros novelistas pasan del romanticismo al realismo. El realismo, tal como lo entendía el siglo XIX, con sus relatos de vidas desdichadas, principalmente entre los pobres, condujo naturalmente a un tipo de novela de tesis, exactamente igual que el teatro psicológico de aquel mismo período condujo al drama de tesis.

*Canaan* (1902), del brasileño Graça Aranha (1868-1931), es la más destacada entre nuestras primeras novelas de tesis en el siglo actual. Participa de la naturaleza del ensayo, al igual que novelas posteriores de Wells o *La montaña mágica* de Thomas Mann. El modelo lejano es el *Wilhelm Meister* de Goethe. En la novela de Aranha hay muy vivas descripciones de paisajes y tipos humanos del trópico. Algunos de los personajes ahondan en el tema del Brasil, de su pasado, su presente y su futuro. Por aquel entonces, la América hispánica prestó seria consideración a teorías raciales emanadas de fuentes europeas, vestidas de lo que parecía un atuendo científico. Ahora nuestra actitud es distinta. (19) Un repaso realista a la verdadera situación de las muchas razas que se mezclan en Hispanoamérica nos ha llevado a una convicción simple y clara: que ninguna comunidad tendrá “problemas raciales” como no quiera creárselos ella misma. El Brasil es, entre todos los países hispánicos, el que mejor ha resuelto en la práctica la convivencia de muchas cepas raciales distintas. Pero en *Canaan* el problema principal que se debate no es el de la convivencia, sino el de la aptitud racial. Muy apropiadamente, en los diálogos de la novela el punto de vista extremo de la superioridad europea lo mantiene un alemán. Tras de permitir a sus personajes que se expresen a sus anchas, el autor no se deja vencer por ninguna consideración pesimista sobre el futuro del Brasil. (20) Hoy, a los cuarenta años de escrita su novela, sus esperanzas parecen estar justificadas. Ningún testimonio mejor podría aducirse que el inesperado tributo de Rudyard Kipling a la civilización brasileña, escrito hacia el fin de su vida. (21)

El hábito y el sentido común han ido reduciendo gradualmente nuestros “problemas raciales” a sus fundamentos culturales y económicos. Ya hemos visto que los indios han conservado una parte importante de sus antiguas culturas, fundiéndola con la escasa porción de civilización europea que recibieron. También los negros trajeron consigo mucho de sus culturas tribales africanas. En ambos casos acostumbrábamos considerar estas supervivencias como problemas; pensábamos que no lograríamos un desarrollo social perfecto mientras el

indio y el negro no se “europeizaran” completamente, mientras no adoptaran las técnicas y hábitos que la revolución industrial obligó a adoptar a Europa y a los Estados Unidos. Ahora tenemos una idea más justa. Las solas supervivencias, como tales, no entrañan peligro; antes al contrario, añaden color y sabor a una vida social que podría llegar a hacerse demasiado gris y monótona; en muchos casos, además, salvan al nativo de la factoría o de la plantación. (22) La insuficiencia de la educación y de las oportunidades económicas que se ofrecen a las masas son el origen de todos los obstáculos con que tropezamos en nuestras aspiraciones de progreso.

En literatura, los temas indios, viejos y nuevos, se tratan en muchos países en español o en portugués o en las lenguas nativas. (23) Y hacia 1925 surgió en Puerto Rico y en Cuba una poesía sobre la vida de los negros —poesía negra, como se llama—. Obtuvo una boga inmensa, y produjo versos muy hermosos en la obra de Nicolás Guillén (n. en 1904), Emilio Ballagas (n. en 1908), Luis Palés Matos y algunos otros. En conjunto, estos poetas no cantan los sufrimientos del hombre de color; prefieren hablar de sus tradiciones africanas, describir sus amores y sus goces, imitar las cadencias de su habla y de sus bailes. (24) Aun cuando Agustín Acosta (n. en 1887) no ha escrito poesía negra, podemos relacionarlo con ella por su largo y original poema sobre la industria de la caña de azúcar, *La zafra* (1926).

Continúa, desde luego, el viejo problema de la explotación de los indios, que, en países como México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia, constituyen la mayoría de nuestro proletariado en campos, minas o fábricas. Los escritores que se aplican a la cuestión social del indio lo presentan, por consiguiente, como un proletario, e incidentalmente aprovechan los aspectos pintorescos de su manera de vivir. Contribuyen con ello al esfuerzo por redimirlo de su vieja servidumbre y elevarlo al nivel de ciudadano real, intento que ha tenido sólo en México un éxito parcial, mientras que en los demás países ha quedado circunscrito a las páginas de escritores y poetas y a los programas de partidos políticos orientados hacia la reforma

social, partidos que, hasta hoy, nunca han ocupado el poder.

Tras los contados alegatos en favor del indio que periódicamente se dieron en nuestra literatura a lo largo del siglo XIX, desde los escritores que tomaron parte en el movimiento de independencia hasta González Prada y Clorinda Matto de Turner, hasta Martí y Rodó, el movimiento indianista sistemático tomó cuerpo, tanto en política como en literatura, con la Revolución mexicana de 1910. Su primera página literaria importante fue el poema *¿Quién sabe?* del peruano Chocano, escrito en 1913, mientras el poeta acompañaba al ejército revolucionario:

*Indio que labras con fatiga  
tierras que de otros dueños son:  
¿ignoras tú que deben tuyas  
ser, por tu sangre y tu sudor?  
¿ignoras tú que audaz codicia,  
siglos atrás, te las quitó?  
¿ignoras tú que eres el amo?*

El indio contesta: “ ¡Quién sabe, señor! ”, (25) y esta respuesta es el estribillo del poema.

Posteriormente, la poesía indianista creció en unión de la literatura de rebeldía social; ejemplo de ella son los poemas de César Vallejo, de Carrera Andrade y del venezolano Jacinto Fombona Pachano. (26)

El relato absorbió la mayor parte de la literatura que se ocupaba del indio. La más famosa novela de esta clase, y una de las primeras cronológicamente, es *Los de abajo* (1916), del mexicano Mariano Azuela (n. en 1873). Se desenvuelve como una sucesión de cuadros breves y penetrantes, escritos en un estilo conciso y vigoroso, y presenta a los indios como las víctimas de las guerras civiles: reclutados por uno u otro de los partidos contendientes, no saben por qué causa perecen. (27)

El problema, en *Los de abajo*, es la explotación militar del indio. Su servidumbre virtual, desde todos los puntos de vista, especialmente su servidumbre económica, es tema central o



secundario en muchas otras novelas y relatos cortos. Los autores más conocidos son los peruanos Vallejo, Falcón y Alegría, los ecuatorianos Jorge Icaza, Fernando Chaves y Enrique Gil Gilbert, el boliviano Alcides Arguedas y el mexicano Gregorio López y Fuentes. (28)

El grupo más brillante entre los novelistas que tratan problemas sociales, especialmente desde 1930, es el brasileño formado por Rachel de Queiroz, Graciliano Ramos, Jorge Amado, José Lins do Rego, Lucio Cardoso, Marques Rebelo y Erico Verissimo. No se limitan a la descripción de cómo viven y sufren los indios o los negros; trazan un vasto cuadro de los afanes del obrero en el Brasil, de cómo trabaja y ama, juega y muere en las plantaciones de café, cacao y algodón, en los ranchos de ganado, en los molinos de azúcar, en las minas, en los muelles y en los barcos, en los bajos fondos de las ciudades. (29) Incidentalmente, lo mismo en el Brasil que en la América española, los escritores de ficción describen en toda su variedad regional a todos los países, aun en sus puntos más remotos: la Tierra del Fuego y el Estrecho de Magallanes, las Orcadas y las islas de Chiloé.

Los problemas de la América hispánica no lo son exclusivamente de relaciones entre seres humanos. Hay la lucha contra la naturaleza, el esfuerzo para dominarla. El primer intento de describir la lucha del hombre con la selva está en Horacio Quiroga. Sus poderosos y horripilantes cuentos presentan con frecuencia al hombre derrotado por la selva o el desierto. Tanto lo atraen los enemigos del hombre, a los que él de sobra conocía por experiencia, que a veces transfiere su atención del hombre a los animales. Ha escrito preciosos cuentos de serpientes. José Eustasio Rivera, joven escritor fallecido pocos años después de la publicación de su única novela, *La vorágine* (1924), lleva a sus principales personajes por entre la selva sudamericana, desde Colombia hasta el Brasil, en una expedición cauchera. El viaje se convierte en una Odisea en que todos los lugares visitados pertenecen al Hades. En su episodio más saliente, los viajeros se ven obligados a arrojar a un pantano y quedarse allí durante doce horas, rodeados de

roedores y serpientes, mientras un gigantesco ejército de hormigas coloradas, *tambochas*, pasa junto a ellos, devorando todo lo que es tierno, despojando a toda planta de sus hojas y a todo animal de su carne. (30)

Otro novelista, Rómulo Gallegos, registra una lucha semejante contra la naturaleza salvaje en la novela a la que dio el título simbólico de *Doña Bárbara* (1929). No sólo la naturaleza es bárbara, en la sabana de Venezuela: ella hace que el hombre también lo sea; y la protagonista de esta novela es ejemplo característico. Pero el llano es más propicio a la esperanza que la selva, y en su siguiente novela, *Cantaclaro* (1934), el autor se muestra más confiado en la victoria del hombre sobre sus mudos enemigos y sus propios excesos.

Literatura muy distinta es la que mira a las pampas argentinas y uruguayas, hoy enteramente sometidas y transformadas por el hombre. Para comprender el cambio que han experimentado hemos de volver a las páginas de Sarmiento en su *Facundo* y de W. E. Hudson en su libro autobiográfico *Allá lejos y hace mucho tiempo* y en sus descripciones del *Naturalista en el Plata*. Las pampas no tenían árboles, como no fuera en las orillas de los ríos; sólo hierba alta, de más de dos metros. Los caballos y el ganado traído por los conquistadores se criaron libremente en ellas y se hicieron salvajes; hace cien años los había por millares. Los hombres —los gauchos— se hicieron tan salvajes como ellos, aun cuando conservaron sus arreos europeos. Domar la pampa y al gaucho era el plan, que parecía irrealizable, de los hombres de 1852; cumpliéndose en un lapso sorprendentemente corto, si bien dejó el camino sembrado de víctimas, como Martín Fierro. Hoy lo que mejor caracteriza a la pampa moderna es esa admirable invención, la estancia argentina o uruguaya, vasta hacienda en donde la mano del hombre ha plantado hasta dos millones de árboles.

La novela de la pampa moderna es *Don Segundo Sombra* (1926), de Ricardo Güiraldes. El nuevo gaucho ya no es el dueño de la pampa; trabaja para los propietarios de la estancia. Pero conserva su viejo amor a la libertad y a menudo prefiere, a una vida estable, un continuo vagar de lugar en lugar, domando

potros salvajes o conduciendo puntas de ganado a través de los caminos. Don Segundo Sombra viaja de esta manera por la provincia de Buenos Aires; un muchacho, Fabio, fascinado por su serena fortaleza y su destreza infalible, le sigue como discípulo. Nada sucede, excepto los incidentes propios de esa vida de aspereza pintada por Güiraldes, no obstante, con el delicado pincel de una imaginación poética que nunca le abandona. Al final, cuando Fabio se ve inesperadamente en posesión de una fortuna, Don Segundo lo acompaña algún tiempo en su estancia, hasta que su instinto vagabundo le hace partir de nuevo. (31)

La novela rural y la novela social del proletariado en las ciudades o en los campos oscurece hoy día en la América hispánica a los demás tipos de ficción —por ejemplo, la novela de la gran ciudad, concebida a la manera de Balzac o de Tolstoi, o, entre los novelistas hispánicos de Europa, Pérez Galdós y Eça de Queiroz—. Pero se intentan muchas formas, con distinta fortuna. El novelista psicológico suele ser a la vez y esencialmente, ensayista, como el argentino Eduardo Mallea, cuyo libro más difundido y de mayor influencia no es ninguno de sus intensos retratos de almas solitarias en conflicto, sino su largo ensayo de interpretación que lleva por título *Historia de una pasión argentina* (1937). (32 )

Hemos visto ya cómo en el siglo XVI, probablemente dentro de los primeros cincuenta años de la conquista, la América hispánica comenzó a crear una música propia. No se basaba en la música india, ni estaba, que sepamos, influida por ella. Era música europea, que, transportada del otro lado del océano, se convirtió en cosa nueva; cuando volvieron a oírla los europeos, sonaba de modo distinto, como sabemos por Bartolomé de Argensola; los hombres nuevos del Nuevo Mundo, en la nueva sociedad que fundaron, tan diferente de cualquiera otra de las ya conocidas, transformaron la música que trajeron consigo, o que recibieron aquí, en algo tan rico y extraño como demostró serlo la chacona. Desde entonces, los países de la América hispánica no han dejado de producir nuevos tipos de canción y baile. En ellos, además, la música se enseñaba

privadamente o en las escuelas y universidades, como una de las siete artes liberales, y se enseñaba a todas las clases sociales y a todas las razas. Ya en los primeros años del siglo XVIII se habían compuesto y representado óperas en México y en el Perú. El descubrimiento, en Venezuela, de una nutrida colección de viejos manuscritos parece probar, según sus entusiastas descubridores, que la música en la América hispánica durante el período colonial alcanzó un grado de excelencia tan alto como la arquitectura. Sabemos que los maestros europeos de tres siglos se estudiaron en la mayoría de nuestros países: Palestina y Victoria, Bach y Haydn, Gluck y Mozart. (33) Al revés de lo que sucedía con la pintura y escultura, la enseñanza oficial (y la particular) no parece haber tenido ningún efecto pernicioso sobre la música durante el siglo XIX. Ciertamente que, mientras en Europa la enseñanza oficial de la pintura y la escultura acabó por degenerar en un frío academicismo, no llegó a ocurrir cosa tan grave con la música. La América hispánica produjo, durante los últimos cien años, compositores tan destacados como Carlos Gomes, Felipe Villanueva, Ignacio Cervantes y Julián Aguirre, e intérpretes de fama internacional como Teresa Carreño y José White. Probablemente su contribución más clara fue en ese tipo de música popular que está a mitad de camino entre las formas clásicas y la melodía popular; así el vals *Sobre las olas*, del mexicano Juventino Rosas, que sigue estando tan de moda como los vales vieneses que le sirvieron de modelo; las danzas del portorriqueño Juan Morel Campos; la habanera *Tú*, del cubano Eduardo Sánchez de Fuentes; o, más recientemente, los mejores tangos argentinos y uruguayos, las canciones y bailes del cubano Ernesto Lecuona y el *Ayayay* del chileno Osmán Pérez Freire, a los que podemos añadir, dada su enorme difusión, por más que esté escrita en un idioma estrictamente culto por un compositor culto, la *Estrellita*, del mexicano Manuel M. Ponce. (34)

Hoy día hay una vasta actividad musical en toda la América hispánica, y los nombres de algunos de nuestros compositores han cruzado ya nuestras fronteras —sobre todos el de Carlos Chávez, que personifica a un tiempo la energía y la

reserva de su México nativo, y el de Heitor Vila-Lobos, verdadera revelación del Brasil, en toda su espléndida originalidad y su hábil aprovechamiento de los abigarrados tesoros del país, que proceden de tres tradiciones. Nuestros mejores músicos — Juan José Castro, de la Argentina, Silvestre Revueltas, de México, Humberto Allende y Domingo Santa Cruz, de Chile, Alejandro García Caturla y Amadeo Roldán, de Cuba, Burle Marx, Camargo Guarnieri, Lorenzo Fernandes y Francisco Mignone, del Brasil, además de Chávez y Vila-Lobos—, estudian las tradiciones de sus países respectivos y destilan las más bellas esencias del idioma vernáculo en un lenguaje que es por fuerza internacional. Salvando las naturales diferencias que responden al talento individual y al ambiente local, a todos ellos podemos aplicarles lo que dice Virgil Thompson a propósito de Revueltas: “su música es a la vez castiza y refinada”. No tiene “pretensión ninguna de parecer nativa. Ha escrito música mexicana que suena como el México español, y la ha escrito en la mejor sintaxis parisiense”. Pero “nadie la tomaría por música francesa”. (35)

Ahora bien, si es muy rara una ausencia absoluta de “nativismo”, éste se da en muchos grados. William Berrien clasifica a nuestros compositores en tres grupos: “los que prefieren escribir en un idioma ‘europeo’ y en formas ya consagradas y universalmente empleadas (Juan José Castro, por ejemplo, aun cuando no es enemigo de la transmutación del material nativo); los que tratan de utilizar siquiera el espíritu de la tradición musical popular de la América latina, en un esfuerzo por alcanzar un idioma original y auténtico —relativamente independiente de la tradición europea, especialmente en sus aspectos ‘académicos’ (Vila-Lobos y Chávez, por ejemplo); y los experimentalistas ‘más austeros’, cuya música apenas refleja el ambiente racial y cultural en que se desenvuelve” (Santa Cruz y el argentino Juan Carlos Paz).

Por último, la pintura es el arte con que la América hispánica ha demostrado al fin ante el mundo moderno su aptitud creadora. Nuestra “nueva pintura” no es vieja, excepto en la tradición que parcialmente la inspira; se inició en México

en fecha tan reciente como 1921, por más que se considere ya su aparición como un acontecimiento histórico internacional. En 1921, tras de vivir catorce años en Europa, Diego Rivera volvió a la capital de su país y fue invitado a decorar la Universidad Nacional con pinturas murales. Su técnica magistral se mostró a la altura de esta (para él) nueva empresa, ya que había adquirido, en largos estudios que van desde Giotto al cubismo, una amplia variedad de recursos. A su regreso a México se interesó por el estudio de la arquitectura y la escultura indígenas y del arte popular mexicano, desde los retablos votivos de las iglesias humildes hasta los grabados de los periódicos satíricos y de las hojas de corridas. Y cuando el gobierno mexicano invitó a otros artistas a pintar los muros de la Universidad y luego los de varios otros edificios públicos, no tardó en revelarse una nueva personalidad: José Clemente Orozco. La pintura se hizo pasión nacional, y hasta se enseñó a pintar a los niños campesinos, con resultados sorprendentes. Desde entonces han ido surgiendo muchos otros artistas.

“Por el 1925 —se explica en el “Preliminar” del Museo de Arte Moderno el Catálogo de la exposición de *Veinte siglos de arte mexicano*, celebrada en Nueva York en 1940—, llegan a los Estados Unidos rumores de un ‘renacimiento mexicano’, y en los diez años siguientes la pintura mural mexicana es la influencia extranjera preponderante en el arte de los Estados Unidos”. Pero esta influencia no se extendió sólo a los Estados Unidos; su fuego alcanzó a todo nuestro hemisferio. Todos los países con tradición india siguieron el ejemplo de México, que se convirtió en tierra de peregrinación para los artistas de toda América. Un brillante grupo de pintores surgió en la América Central, Ecuador, Perú, Bolivia y Brasil. En realidad, el movimiento moderno del Brasil se había iniciado ya independientemente hacia 1922, antes de que hubiesen llegado a Sudamérica noticias de las actividades mexicanas. La Argentina y el Uruguay limitaron su imitación de México a una actividad artística creciente y aun febril, especialmente después de las primeras exposiciones de Emilio Pettoruti (1924); pero sus pintores han alcanzado un alto grado de perfección técnica y

están poco a poco produciendo un arte típico, aun cuando prescindan de los elementos pintorescos que abundan en la vida que los rodea, proeza nada fácil. Los artistas más conscientes que buscan expresión propia en la Argentina y en el Uruguay pocas veces pintan al indio o al gaucho, cosa ya del pasado, o al negro, que es allí también cosa del pasado; sólo el uruguayo Pedro Figari (1861-1938) pintó de memoria deliciosas escenas de la vida de gauchos y negros de hace un siglo, junto a paisajes no menos encantadores en que captó las largas siluetas de las nubes en las pampas y el delicado juego de luz y color en ellas. (36)

Muchos de los pintores, principalmente en México, pero también en otras partes, se esfuerzan por relacionar su arte con los movimientos y las aspiraciones sociales de sus países. Su obra es así, al mismo tiempo, una conquista artística singular y, en lo que tiene de amor al pasado y al presente de la América hispánica, una ayuda única en su esfuerzo hacia una mayor libertad y una civilización mejor.

## NOTAS

### NOTAS DEL CAPITULO I

(1) En ésta y en las demás citas de Colón sigo el texto de la edición de Cesare de Lollis en la *Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana...* (Roma, 1892). Sobre el español de Colón cf. el ensayo de don Ramón Menéndez Pidal "Cómo hablaba Colón", en la *Revista Cubana* de La Habana, XIV (1940), 5-18, incluido después en su libro *La Lengua de Cristóbal Colón... y otros estudios...* (Buenos Aires, 1942).

(2) Existen aún, entre los campesinos de Santo Domingo, la creencia de que pueden hallarse en los bosques de la isla mujeres salvajes con los pies invertidos, como las que describe Plinio; las llaman con el nombre indio de *ciguapas*.

(3) El profesor Samuel Eliot Morison, en su cautivante biografía de Colón, *Admiral of the Ocean Sea* (Boston, 1942), publicada después que se pronunciaron estas conferencias, dice que el Descubridor "unfa a un sentido helénico de lo maravilloso la sensibilidad de un artista en la apreciación de la belleza natural".

(4) Los pasajes transcritos son del *Primer Viaje*.

(5) Las *Décadas de Orbe Novo* de Pedro Mártir se publicaron en 1511 - 1516 - 1520 - 1530. La mención de las estrellas nuevas aparece en la Década I, libro 9, impresa

en 1511 (y escrita probablemente en 1504). El *Itinerarium ad regiones sub aequinoctiali plaga constitutas* de Geraldini se escribió en 1520 y se publicó en Roma en 1631. Gonzalo Fernández de Oviedo comenzó su *Historia general y natural de las Indias* probablemente hacia 1520; parte de la obra se publicó en 1535-1557; la edición completa, en cuatro volúmenes, es de Madrid, 1851-1855 (véase III, 360). El poema de Fracastoro *Syphillis sive Morbus gallicus* apareció en Verona en 1530: véase libro II, versos 19-20 y 35-36. La Epístola de Etienne de la Boétie fue escrita hacia 1550; el soneto de Mellin de Saint-Gelais, hacia 1558. *Os Lusíadas* de Camoens se publicaron en 1572: véase canto V. El canto trigésimoséptimo de la *Araucana* de Ercilla, al que pertenece el verso citado, fue impreso en 1589, lo mismo que la primera parte de las *Elegías* de Castellanos (véase *Primera Parte, Elegía I*, canto II). Bernardo de Valbuena hace referencia a las nuevas estrellas en su poema *La grandeza mexicana*, y en su *Canción* al Duque de Lemos, publicadas ambas en 1604; otras muchas alusiones hay en su larga epopeya *El Bernardo*, publicada en 1624: véase cantos IV (tres veces), XVI y XIX.

Posteriormente, las nuevas estrellas han vuelto a aparecer en el famoso soneto de José María de Hérédia *Les conquérants* (1868) y en el *Canto a la Argentina*, de Rubén Darío (1910).

(6) Década I, libro I.

(7) Década I, libro III.

(8) Década III, libro VII.

(9) Década I, libro II.

(10) Década I, libro III.

(11) Lewis Mumford, *The Story of Utopias* (Nueva York, 1922): véase p. 57.

(12) Las Casas, refiriéndose a los sermones de Montesinos, cita de la Vulgata: *Repetam scientiam meam a principio... Et probado esse sine mendatio*. Parece que el padre Montesinos jugaba con el sonido de la forma verbal latina *repetam*, semejante al verbo español "repetir", prescindiendo de su verdadera significación.

Sobre Fray Pedro de Córdoba y Fray Antón de Montesinos véase Las Casas, *Historia de las Indias*, libro II, capp. 54, y libro III, caps. 3-12, 17-19, 33-35, 81-87 y 94-95. Digamos de paso que no está claro si Montesinos predicó sus sermones en 1510 o en 1511. Cf., además José María Chacón y Calvo, "Cartas censorias de la conquista", en la *Revista Cubana*, octubre-diciembre de 1937; transcribe un pasaje de una carta de Fray Pedro, escrita hacia 1517, donde dice que los indios de las Antillas son "gentes tan mansas, tan obedientes, tan buenas, que... pienso que se pudiera fundar en ellos casi tan excelente Iglesia como la primitiva".

(13) En Salamanca, Fray Francisco de Vitoria vivió en el convento dominico de San Esteban, de donde salieron Fray Pedro de Córdoba, Fray Antón de Montesinos y sus compañeros en la obra misionera Fray Domingo de Mendoza, Fray Domingo de Betanzos y Fray Tomás de Berlanga.

(14) Vives observó agudamente que la distinción entre guerras justas e injustas es un ardid utilizado por los traficantes de guerras en provecho propio. Es de lamentar que no llegara a escribir (o, cuando menos, que no haya llegado hasta nosotros) el tratado que prometió en defensa de los indios.

(15) Marcialino Menéndez y Pelayo, "Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria y los orígenes del derecho de gentes" (1889), en sus *Ensayos de crítica filosófica*. Cf. también, sobre Vitoria, Eduardo de Hinojosa, *Estudios sobre la historia del derecho español* (Madrid, 1903); Ernest Nys, "Les publicistes espagnols du XVIe



siècle et les droits des Indiens”, en sus *Etudes de droit international et de droit politique* (Bruseias y París, 1896); Luis G. Alonso Getino, *El Maestro Fr. Francisco de Vitoria y el renacimiento filosófico-teológico del siglo xvi* (Madrid, 1914); James Brown Scott, *The Spanish Origin of International Law* (Oxford, 1934) —al frente de su libro coloca el profesor Scott una cita del Dr. Johnson, tomada de Boswell: “Amo la Universidad de Salamanca, porque cuando los españoles dudaban de la legitimidad de su conquista de América, la Universidad de Salamanca manifestó su opinión de que no era legal”—; Silvio Zavala, *Las instituciones jurídicas en la Conquista de América* (Madrid, 1935) cf., también, su *Filosofía de la Conquista*, F. C. E., México, 1947, con una extensa bibliografía; por último, el *Anuario de la Asociación Francisco de Vitoria*, iniciado en 1929.

(16) El Dr. Chacón y Calvo, en su ya citado ensayo “Cartas censorias de la conquista”, dice haber reunido hasta doscientas cartas en que se hacen muy severas críticas de los conquistadores; parte de ellas son de funcionarios públicos.

(17) En la obra del profesor Herbert Ingram Priestley *The Coming of the White Man* (Nueva York, 1929) puede verse una comparación entre los procedimientos españoles e ingleses, tanto en pensamiento como en acción, en sus relaciones con los indios: véase cap. v.

(18) Cf. Geoffroy Atkinson, *The extraordinary Voyage in French Literature before 1700* (Nueva York, 1920), *The Extraordinary Voyage in French Literature from 1700 to 1720* (París, 1922), y *Les Relations de voyages du xviiiè siècle et l'évolution des idées* (París, s. f. (1924)); Philip Babcock Gove, *The Imaginary Voyage in Prose Fiction: a History of its Criticism and a Guide for its Study* (Nueva York, 1941).

(19) Francisco López de Gómara, por ejemplo, llegó hasta a decir, en su *Hispania victrix* (1552), que los monumentos de los aztecas y de los incas excedían a los de los egipcios; no mencionó, naturalmente, a griegos ni a romanos.

(20) Un caso notable: Fray Jerónimo Román publicó en Madrid (1575) sus *Repúblicas de Indias*, examen de las religiones, legislación y formas de gobierno en la América precolombina. Con frecuencia elogia a los indios y su sabiduría legal. Sólo han llegado a nosotros unos cuantos ejemplares de este libro, todos ellos mutilados por la Inquisición.

Otro caso, aún más extraño: en el auto de Micael de Carvajal y Luis Hurtado de Toledo, *Las cortes de la muerte*, impreso en 1557, la escena XIX es un diálogo entre dos indios, San Agustín, Santo Domingo, San Francisco de Asís, el el Demonio, la Carne y la Muerte; los indios se quejan del trato que reciben de los españoles, y los santos convienen en que las quejas están justificadas. Micael de Carvajal había vivido en Santo Domingo y pudo haberse dejado influir por los frailes dominicos; pero no sabemos si fue él o Hurtado de Toledo quien escribió la escena. De cualquier modo, parece haber pasado inadvertida.

(21) Los brasileños gozaban de favor en Francia, y la Corte asistió, en Rouen, a un festival de danzas y ceremonias religiosas en el que intervinieron indios y franceses disfrazados. Cf. Ferdinand Denis, *Une Fête brésilienne célébrée à Rouen en 1550* (París, 1850). Esta fiesta se adelantó casi doscientos años a la ópera-ballet de Rameau *Les Indes galantes* (1735); según Lincoln Kirstein, es “no sólo un ejemplo perfecto de la... ópera-ballet semipolítica, sino también de la moda geográfica de una Europa recién enterada del tamaño de nuestro globo” (*Dance*, Nueva York, 1935; reeditado con el título *The Book of Dance*, 1942: véase p. 204).

(22) Para las citas de Montaigne he utilizado en parte la traducción de Evelyne Hassin (México, 1945.)

(23) Cito de la traducción de Luis Astrana Marín (Madrid, 1933)

(24) Pueden seguirse extensamente en el célebre libro de Gilbert Chinard *L'Amérique et le rêve exotique dans la littérature française au xviiie et xviiiie siècle* (París, 1913). Su libro anterior, *L'Exotisme dans la littérature française au xvie siècle* (París, 1911), concluye prácticamente con Montaigne. En *The American Indian in English Literature of the Eighteenth Century*, de Bissell (New Haven, 1925), y *The Noble Savage* (Nueva York, 1928), de Hoxie Neal Fairchild, se describen ejemplos semejantes, pero de menor importancia, en la literatura inglesa. Cf. también Albert Keiser, *The Indian in American Literature* (Nueva York, 1933). Algunos otros datos aporta el artículo de H.F.C. Ten Kate "The Indian in Literature", en el *Annual Report... of the Smithsonian Institution* (Washington, 1922). No he encontrado ningún estudio sobre el indio en la literatura alemana. Mucha fama alcanzaron en su tiempo, desde luego, *Die Sonnenjungfrau* (1791) y *Die Spanier in Peru o Rollas Tod* (1796), de Kotzebue; Sheridan adaptó esta última obra al inglés con el título de *Pizarro* (1799).

(25) Cf. el agudo análisis del profesor Arthur Oncken Lovejoy de "The Supposed Primitivism of Rousseau's 'Discourse on Inequality'", en *Modern Philology*, XXI (1923), 165-186. Sobre la relación entre las teorías de Rousseau y su conocimiento de los indios americanos, cf. la obra de Chinard *L'Amérique et le rêve exotique*, antes citada, y *O indio brasileiro e a Revolução Francesa*, de Afonso Arinos de Mello Franco (Rio de Janeiro, 1937).

(26) G. Elliot Smith, *In the Beginning* (Londres, 1937), pp. 22-23. Por supuesto que la mayoría de las tribus indígenas del Nuevo Mundo no eran primitivas: muchas de ellas poseían, por lo menos, una cultura rudimentaria; pero algunas se mencionan como ejemplos del hombre natural (G. E. Smith, pp. 20-21).

(27) Cf. mi libro *Para la historia de los indigenismos* (Buenos Aires, 1938), estudio preparatorio para un diccionario de voces españolas de origen indio, proyectado por el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires.

(28) Cf. "El enigma del aje", en mi libro *Para la historia de los indigenismos*.

(29) Clarence Henry Haring, *Comercio y navegación entre España y las Indias* (trad. de Emma Salinas, México, Fondo de Cultura Económica, 1940): véase el Prefacio. Cf. también Earl Jefferson Hamilton, *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650* (Cambridge: Harvard University Press, 1934). No debe olvidarse el ensayo de Montesquieu sobre *Les Richesses de l'Espagne*. Según Werner Sombart, el oro del Brasil era ya en el siglo XVIII uno de los factores principales de la Revolución Industrial en Europa.

(30) *Diario* de Colón, 21 de febrero de 1493.

(31) Thomas Skelton, *Spanish Parrot*, 1525.

## NOTAS DEL CAPITULO II

(1) Para la organización de la sociedad colonial véase la descripción magistral que hace Justo Sierra en su *Evolución política del pueblo mexicano* (México, 1940; publicado por primera vez en 1900-1902).

Sobre el Brasil colonial: Pedro Calmon, *Historia social do Brasil*, I, *O espirito*

*da sociedade colonial* (São Paulo, 1937); Gilberto Freyre, *Casa-grande e senzala* (Rio de Janeiro, 1934; hay traducción española).

(2) En ocasiones se permitía a los españoles esclavizar a los indios que habían luchado contra ellos, pero por regla general pronto se retiró el consentimiento, hasta que fue abolido por la Corona a fines del siglo XVII.

Cf. José Antonio Saco, *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo* (La Habana, 1883); Henry Charles Lea, "The Indian Policy of Spain", en la *Yale Review*, VIII, 119-55; Ricardo Levene, *Introducción a la historia del derecho indiano* (Buenos Aires, 1924); José María Ots Capdequí, *Instituciones sociales en la América española en el período colonial* (La Plata, 1934; véase cap. III); Lewis Hanke, *The First Social Experiments in America* (Cambridge, EE. UU., 1935).

(3) Las primeras prescripciones legales (hay una fechada en 1518) sobre la educación de los indios se refieren a las Antillas. Más tarde encontramos escuelas y colegios fundados exclusivamente para indios que admitían también a mestizos y criollos; por ejemplo, sólo en México, la Escuela de San Francisco, fundada por Fray Pedro de Gante (1523), el Colegio de Santiago Tlatelolco, fundado por Zumárraga (1536), el de San Juan de Letrán, por el Virrey Antonio de Mendoza, y el de San Gregorio (1576); o, en el Perú, el Colegio de los Caciques.

(4) Cf. Justino Fernández y Edmundo O'Gorman, *Santo Tomás Moro y la Utopía en la Nueva España* (México, 1937); Silvio Zavala, *La "Utopía" de Tomás Moro en la Nueva España* (México, 1937), e *Ideario de Vasco de Quiroga* (México, 1941), y Benjamín Jarnés, *Don Vasco de Quiroga, Obispo de Utopía* (México, 1941).

(5) Cf. Otto Mass, *San Francisco Solano*, traducción inglesa del alemán, por Marion A. Habig (Paterson, New Jersey, 1942).

(6) Cf. *A Spiritual Conquest: The Jesuit Reductions in Paraguay, 1610-1767* (editado por el Colegio Marv Grove, de Detroit, e impreso en Westminster, Maryland, 1942).

(7) Ronald de Carvalho, *Pequena historia da literatura brasileira* (Rio de Janeiro, 1919; véase cap. III); Pedro Calmon, *Historia social do Brasil* (São Paulo, 1937; véase cap. VI); Gilberto Freyre, *casa-grande e senzala* (Rio de Janeiro, 1937; véase cap. II). En las obras de Joaquim Nabuco y Eduardo Prado pueden hallarse testimonios semejantes. El Padre Serafim Leite está escribiendo una monumental *Historia de Companhia de Jesus no Brazil*, cuyos dos primeros volúmenes han aparecido en Lisboa en 1938.

(8) Avendaño, *Thesaurus Indicus* (Amberes, 1668); Antonio Vieira, *Sermão dos cativos* (véase el capítulo siguiente); Ribeiro Rocha, *O Ethiope resgatado, empenhado, sustentado, corregido, instruido e libertado* (Lisboa, 1758). En España, además de Domingo de Soto: Bartolomé Frías de Albornoz, *Arte de contratar* (Madrid, 1573); Alfonso de Sandoval, *De instauranda Aetiopum salute* (Madrid, 1647). Sobre la esclavitud en España, cf. el artículo de William E. Wilson en la *Hispanic Review*, VIII (1939), 171-174.

(9) Suele establecerse un contraste (aristocracia-democracia) entre la vida colonial en la América hispánica y en las trece colonias inglesas que formaron los Estados Unidos. Tal criterio es, desde luego, superficial. La mayoría de las colonias inglesas, como es hoy bien sabido, comenzaron con una organización más o menos aristocrática (cf. Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, *The Growth of the American Republic*, Nueva York, 1937, especialmente el comienzo del capítulo III, y Vernon Louis Parrington, *Main Currents of American Thought*, Nueva York,

1926), pero fueron evolucionando ininterrumpidamente hacia la democracia, tanto social como política. La América hispánica evolucionó también gradualmente hacia la igualdad social, pero no en lo político; la democracia hubo de ser impuesta por ley, una vez consumada la independencia.

(10) Cf. Angel Rosenblat, *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad*, Buenos Aires, 1945. Sobre la desaparición de las clases europeas en el Nuevo Mundo, cf. Edward John Payne, *History of the New World called America* (Oxford, 1892), I, 60.

(11) Este flujo y reflujo tuvo su efecto sobre el lenguaje: fue probablemente una de las causas de la aceleración del gran cambio que sufrió el español en el siglo XVI, especialmente en su aspecto fonético.

(12) Sobre la presencia de extranjeros, cf. C. H. Haring, *Comercio y navegación entre España y las Indias*, anteriormente citado, parte I, cap. v, y Germán Arciniegas, *Los alemanes en la conquista de América* (Buenos Aires, 1941). Mucho trabajo tuvo la Inquisición por las acusaciones contra los judíos, todavía hasta fines del siglo XVII: cf. el libro de José Toribio Medina, *La primitiva Inquisición americana (1493-1569)* (Santiago de Chile, 1914), y sus *Historias de la Inquisición en Lima (1887)*, en Chile (1890), en Cartagena de Indias (1889), en las provincias del Río de la Plata (1899) y en México (1905). También le dieron trabajo los seguidores de Erasmo: cf. mi artículo "Erasmistas en el Nuevo Mundo", en *La Nación* (Buenos Aires), 8 de diciembre de 1935, y la magistral obra de Marcel Bataillon *Erasme et l'Espagne* (Paris, 1937; pp. 580, 674, 770, 852 y 854). Y también los protestantes: Gil González Dávila, en su *Teatro eclesiástico de la primitiva Iglesia de las Indias Occidentales* (Madrid, 1649-1655) nos refiere que en la ciudad de Santo Domingo fueron quemadas entre 1600 y 1604 trescientas Biblias en una traducción protestante (evidentemente la espléndida obra de Casiodoro de Reina arreglada por Cipriano de Valera).

(13) Sobre la infiltración judía: Solidonio Leite filho, *Os judeus no Brazil* (Rio de Janeiro, 1923); *Los judíos en el siglo XVI* (en México), colección de documentos publicada por el Archivo General de la Nación (México, 1932); Julio Jiménez Rueda, *Moisén* (México, 1934); Marie Syrkin, "Jews in México", en *Jewish Frontier*, Agosto-septiembre de 1940.

(14) En su libro sobre *South America* (Londres, 1911), observa James Bryce: "En el caso de los españoles y los portugueses, la religión, apenas bautizados los indios, hizo que las diferencias raciales parecieran insignificantes". A lo que agrega Gilberto Freyre: especialmente en el caso de los portugueses.

Con todo, la Iglesia limeña hizo a las veces discriminaciones, cediendo a orgullos locales.

(15) Resulta artificial una tajante línea divisoria entre el *criollo* como descendiente puro de europeos y el *mestizo* como hombre de sangre mezclada. Por regla general, decláse criollo al miembro de los grupos sociales más altos, aun cuando tuviese sangre india —acaso no muy perceptible después del siglo XVI, pues los grupos a que pertenecía continuamente se mezclaban, por matrimonios, con los recién llegados de Europa. Los mestizos constituían una especie de clase media naciente. El choque más violento no se dio entre criollos y mestizos, sino entre ambos grupos y los europeos, debido, sobre todo, a la preferencia que estos últimos tenían para la provisión de puestos oficiales, en contra de lo dispuesto por las leyes. Obra clásica sobre este problema de la postergación de los criollos en la vida pública es la *Política*

*Indiana* (1648), de Juan de Solórzano Pereira. Otra posterior es el *Elogio* de José de Baquijano, dirigido al Virrey Jáuregui en el Perú (1781). Dicho sea de paso, la palabra "criollo" no es antigua; probablemente no aparece antes del siglo XVII.

(16) Cf. J. M. Ots Capdequí, *Instituciones sociales*, cap. v.

(17) Una lista parcial de escritores y artistas indios o mestizos en el período colonial incluye, entre los hombres de letras: en el Perú, al Inca Garcilaso, Blas Valera, Tito Cusi Yupanqui, Juan de Santa Cruz Pachacuti, Felipe Huaman Poma de Ayala, Cristóbal de Molina "de Cuzco", Juan de Espinosa Medrano, Calixto Bustamante Carlos Inca (si fue realmente el autor que se firmó Concoloncorvo), y Mariano Melgar; en México, a Pedro Gutiérrez de Santa Clara (a quien se da por hijo de una india cubana), Alba Ixtlilxóchitl, Alvarado Tezozómoc, Muñoz Chimalpahin, Diego Muñoz Camargo, Pablo Nazareo, Juan Bautista Pomar, An Nakuk Pech y Gaspar Antonio Xiu (o Herrera); en Guatemala, a Fray Diego de Reinoso o Diego de la Anunciación (a quien se atribuye la redacción del *Popol Vuh*, entre 1534 y 1539), Francisco Hernández Arana Xahilá y Francisco Díaz Gebuta Quej; en Nueva Granada (la actual Colombia), al Obispo Lucas Fernández de Piedrahita y a Fray Alonso de Zamora; en el Ecuador, a Francisco Eugenio de Santa Cruz Espejo; en lo que es hoy Bolivia, a Vicente Pazós Kanki y a José Domingo Choquehuanca; en el Paraguay y Argentina, a Ruy Díaz de Guzmán, y en el Paraguay, a Nicolás Yapuguay.

Entre los escultores: en México, a Luis de la Cerda y Pedro Patiño Ixtolinque; en Quito, a José Olmos (apodado Pampite), Francisco Tipan, Gabriel Guillachamin, José Díaz, Manuel Chillí (apodado Caspicara), y Gaspar Zangurima (apodado Llauqui); en el Perú, a Juan Tomás, Melchor Huaman, Francisco Tito Yupanqui, Juan Huaican, Marcos Rengifo, Baltasar Gavilán y José Condori; en la Argentina a José "el Indio", Juan "el Indio" y Hermenegildo de Eguívar.

Entre los pintores: en México, a Marcos o Andrés de Aquino (cuyo nombre indio original fue Cípac), Juan de la Cruz, y Crespo, "El Crespillo", mencionados los tres por Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera*, cap. 209 (según F. B. del Paso y Troncoso, Aquino pintó la imagen milagrosa de Nuestra Señora de Guadalupe, aunque en opinión de Joaquín García Icazbalceta ésta no fue pintada hasta el siglo XVII); Juan de Arrué o de Rúa, Miguel de Mendoza y Miguel Cabrera; en el Perú, a Juan Zapata Inga, Simón Inca, Bartolomé de Figueroa, Diego Quispe Tito, y José Uscamita; en Quito, a Fray Pedro Bedón, Miguel de Santiago, su hija Isabel y su sobrino Nicolás Javier de Goribar, y el Hermano Domingo; y en el Paraguay, a J. M. Kabiyyú.

Manuel Toussaint, en *La pintura en México durante el siglo xvi* (México, 1936), menciona algunos otros nombres de pintores mexicanos.

Los músicos ejecutantes (no con tanta frecuencia los compositores) eran, generalmente, hombres y mujeres de origen humilde, indios y negros.

(18) Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina* (Buenos Aires, 1883-1893; véase vol. I, Introducción).

(19) Rufino José Cuervo, prefacio a la séptima edición de sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (Bogotá, 1939). Este prefacio se había publicado ya en volumen aparte con el título de *El castellano en América* (Bogotá, 1935).

Por lo que toca a la evolución del español en este hemisferio, cf. Amado Alonso, "Primeros problemas históricos del castellano en América", en *Ho. Congreso Internacional de Historia de América*, tercer volumen (Buenos Aires, 1938), y la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* publicada por el Instituto de Filología

de Buenos Aires desde 1930 (hasta 1946). Nuestros modos de hablar varían naturalmente según la localidad; no hay unidad de "español americano" que oponer al "español de España", donde las variaciones locales son todavía mucho mayores. El español de las Américas no se deriva de Andalucía, como con ligereza han supuesto unos cuantos autores. Ya en 1901 (en el *Bulletin Hispanique*, III, 41-42), Cuervo refutó la especie y mantuvo que nuestra población procedía de "toda la península ibérica", Portugal inclusive. En mi libro *Sobre el problema del andalucismo en América* (Buenos Aires: Instituto de Filología, 1932) he reunido datos que apoyan la afirmación de Cuervo.

Sobre las características del portugués hablado en el Brasil, que naturalmente difiere del de la madre patria, cf. Antenor Nascentes, *O idioma nacional*, en 5 vols. (Rio de Janeiro, 1941).

(20) Sobre la adopción de costumbres indias y africanas por los portugueses en el Brasil, cf. Pedro Calmon, *Historia da civilização brasileira* (Rio de Janeiro, 1933), cap. III, y en especial, el excelente estudio sociológico de Gilberto Freyre *Casa-grande e senzala* (como Ortega, afirman ambos que los colonizadores europeos se hicieron hombres nuevos en las Américas desde el principio). Sobre Cuba: Fernando Ortiz, *Los negros esclavos* (La Habana, 1916).

(21) En *Colonial Hispanic America*, volumen colectivo publicado bajo la dirección del profesor Alva Curtis Wilgus (Washington, 1936), se hace un estimable intento de trazar un panorama de aquella sociedad; la obra incluye una bibliografía crítica muy extensa. Otra obra colectiva igualmente útil, *Concerning Latin American Culture*, dirigida por el profesor Charles Carroll Griffin (Nueva York, 1940), abarca un campo más amplio (llega hasta el siglo XX), aun cuando no pretende agotar el tema.

(22) Cabría alegar que por lo menos las universidades eran de tipo aristocrático, ya que, en principio, no admitían personas de raza negra; pero esta regla, como tantas otras, sufrió continuas violaciones, hasta en la orgullosa y cerrada Lima. Aun después de haberse insitado en su aplicación (reales cédulas de 1752 y 1768), se hizo excepción en favor del brillante médico José Manuel Valdés, que con el tiempo sería nombrado profesor de la Universidad (1811) y elegido miembro de la Real Academia de Medicina de Madrid (1815). Valdés era zambo, de sangre india y africana. Cf. J. A. de Lavalle, *El Doctor Don José Manuel Valdés* (Lima, 1866) y Fernando Romero, "José Manuel Valdés, gran mulato del Perú", en *Revista Bimestre Cubana*, XLIII (1939), 178-209.

Indios y mestizos tenían, por supuesto, libre acceso a las universidades; a algunos de ellos, por ejemplo, estudiantes del Colegio de San Juan de Letrán en México, se les hacía regularmente seguir las clases de la Universidad. He leído en alguna parte la afirmación de que estaban excluidos en el Perú, pero la cosa no parece probable. Juan de Espinosa Medrano, por sólo citar un ejemplo, era graduado en la Universidad de Cuzco.

En Panamá, la Universidad de San Javier fue fundada, en 1749, por un sacerdote mulato, el Dr. Francisco Javier de Luna y Victoria, designado después obispo de Trujillo, en el Perú (1759).

Los portugueses, como de costumbre, tenían menos prejuicios que los españoles, y sus leyes especificaban que ninguna ascendencia racial podría ser obstáculo para ningún "oficio, honor o dignidad" (cf. *Anais da Biblioteca Nacional*, de Rio de Janeiro, XXXVII, 85).

(23) Véase *supra*, nota 3. .

(24) La Universidad de San Marcos, en Lima, es hoy la más antigua entre las del hemisferio occidental cuya vida no ha conocido interrupción importante. Las de Santo Domingo y México sí sufrieron largas interrupciones, en el siglo XIX; sus descendientes actuales son, en realidad, creaciones nuevas. Parece que el número total de universidades de la América hispánica durante el período colonial fue de veinticuatro. El profesor John Tate Lanning, en su artículo "The Transplantation of the Scholastic University", en *University of Miami Hispanic-American Studies*, vol. I, 1939, da la cifra de veintitrés. No hace mención de Santiago de la Paz; éste, y no el de Santo Tomás de Aquino, es el colegio del que se dice que no comenzó a funcionar como universidad hasta 1558 ó 1559 (véase pp. 7 y 12 de su artículo). Cf. también su libro *Academic Culture in the Spanish Colonies* (Nueva York, 1940). No tenemos aún una historia pormenorizada de todas las universidades coloniales, aun cuando poseemos algunos libros sobre instituciones individuales y también sobre la educación colonial en distintos países, considerados separadamente. El libro *México: a Century of Educational Thought*, por Irma Wilson (Nueva York, 1941), contiene un capítulo preliminar sobre "Education in New Spain" (pp. 15-53).

(25) Para la historia de la imprenta en la América hispánica, cf. los exhaustivos libros de José Toribio Medina *La imprenta en México (1539-1821)*, 8 vols. (Santiago de Chile, 1907-1912), y *La imprenta en Lima (1584-1824)*, 4 vols. (Santiago de Chile, 1904-1907), y sus estudios sobre Santiago de Chile (1891), Las Misiones del Paraguay y Argentina, Córdoba, Buenos Aires y Montevideo (1892), Oaxaca, Quito, Caracas y muchas otras ciudades (1904), Puebla, en México (1908), Guatemala (1910); Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo xvi* (México, 1886), que "en su línea es obra de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna", según Menéndez y Pelayo; Vicente de Paul Andrade, *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo xviii*, 5 vols. (México, 1902-1908) —las tres últimas con reproducciones facsimilares—; Juan María Gutiérrez, *Bibliografía de la primera imprenta en Buenos Aires* (Buenos Aires, 1866) y José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española* (Buenos Aires, 1940); M. Cadwalader Hole, "The Early Latin-American Press", en el *Bulletin of the Pan American Union*, LX (1926), 323-352.

(26) La escena moderna es, desde luego, creación italiana, pero el teatro moderno hubo de esperar, para su completo desarrollo, a que se abrieran salas públicas permanentes en las tres principales capitales de la Europa del siglo XVI. Cf. John Addington Symonds, *Renaissance in Italy*, cap. XI del libro sobre la literatura italiana.

(27) Cf. mi ensayo "El teatro en la América española durante la época colonial", en los *Cuadernos de Cultura Teatral*, vol. III (Buenos Aires, 1936). Acerca del gran número de representaciones teatrales en México antes de que se estableciera el primer teatro público, cf. José Rojas Garcidueñas, *El teatro de Nueva España en el siglo xvi* (México, 1935), Amado Alonso, "Biografía de Fernán González de Esclava", en *Revista de Filología Hispánica* (Buenos Aires), II (1940-), 213-321 (especialmente pp. 248-250), y Harvey Leroy Johnson, *An Edition of "Triunfo de los Santos" with a consideration of Jesuit school-plays in Mexico during the sixteenth century* (Filadelfia, 1941). Sobre Lima: Guillermo Lohmann Villena, *Historia del arte dramático en Lima durante el virreinato*, vol. I (Lima, 1941).

(28) Cf. mi ensayo en la nota anterior, y Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña*

*histórica del teatro en México* (México, 1895).

(29) Cf. F. Pierce, "Hojeda's 'La Cristiada,'" en el *Bulletin of Spanish Studies* (Liverpool), XVII (1940), 203-218.

(30) Hasta hace algún tiempo se creyó a Bento Teixeira nativo del Brasil; hoy se cree que nació en Oporto. Pero de Magalhães Gandavo, el latinista y gramático portugués, autor del primer libro sobre la gran colonia portuguesa, el *Tratado de terra do Brasil y la Historia da província de Santa Cruz* (1576) no parece haber visitado la tierra que describe.

(31) Cf. Edgar Prestage, *D. Francisco Manuel de Mello* (Oxford: Historia Hispanic Society of America, 1922).

(32) Sobre Luis de Carvajal, cf. Pablo Martínez del Río, *Alumbrado* (México, 1937); sobre Bejarano, mi libro *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (Buenos Aires, 1936; véanse pp. 66-67, 79-80, 89-90), y mi artículo "Erasmistas en el Nuevo Mundo", arriba citado. Sobre Alonso Henríquez de Guzmán, cf. Leslie Byrd Simpson, "A Precursor of the Picaresque Novel in Spain", en *Hispania*, enero de 1934.

(33) Cf. Robert C. Smith, Jr., "The Brazilian Landscapes of Frans Post", en *The Art Quarterly*, I (1938), 239-268, y "Brazilian Art", en el volumen colectivo *Concerning Latin American Culture*; Thomas Thomsen, *Albert Eckhout... and Moritz der Brasilianer* (Copenhague, 1937). Sobre los primeros pintores europeos en México, cf. Manuel Toussaint, *La pintura en México durante el siglo xvi*. Su formación era española, italiana o flamenca; con mucha frecuencia se combinan las tres escuelas en un solo artista. Hasta la fecha, la única obra extensa que abarca todos los países es la *Historia del arte hispanoamericano* de Miguel Solá (Barcelona, 1935); estudia la pintura, la escultura y la arquitectura, pero no pasa del período colonial.

(34) Problema punto menos que insoluble es a quién corresponde el título de arquitecto de la catedral de México, si es que un solo artista lo merece. Se ha demostrado (cf. Manuel Toussaint, "La Catedral de México", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, No. e, 1939, pp. 5-19) que Claudio de Arciniega trazó el proyecto primitivo y que Juan Miguel de Agüero trabajó sobre él; pero se hicieron modificaciones siguiendo los consejos dados desde España por Alonso Pérez de Castañeda y Juan Gómez de Mora. No parece posible determinar, por ahora, el alcance y la calidad de tales modificaciones. Por lo que hace a la Catedral de Puebla, se sabe que Francisco Becerra fue nombrado maestro constructor en 1575; pero parece que tanto Pérez Castañeda como Gómez de Mora tuvieron que ver con la obra.

(35) Se ha señalado (cf. Aída Cometta Manzoni, *El indio en la poesía de la América española*, Buenos Aires, 1939) que, con dos excepciones acaso, los autores de poemas épicos sobre la conquista presentan al indio bajo una luz favorable. Ercilla dio indudablemente, el ejemplo. Cf. John Van Horne, "The Attitude toward the Enemy in Sixteenth-Century Spanish Narrative Poetry", en *The Romantic Review* (1925). Dicho sea de paso, la acusación lanzada contra Ercilla de no describir Chile es ociosa. No eran comunes los paisajes en la tradición épica que él seguía, pero sus contados toques descriptivos son claros y exactos—no escenarios artificiales, como ocurre en su discípulo el chileno Oña, de inspiración más arcádica. Por otra parte, Ercilla no se arredró ante el empleo de palabras indias, como "maíz", "cacique" "arcabuco", "caimán", "piragua", "curaca", aunque al mismo tiempo sigue los cánones de su tiempo en el uso de la mitología clásica.

(36) Los nombres más destacados de esta literatura de europeos trasplantados



son, después de Colón (c. 1451–1506), Vesputio (1451–1512) y Francesco Antonio Pigafetta (1491–1534); Martín Fernández de Enciso, Bartolomé de Las Casas (1474–1566), Gonzalo Fernández de Oviedo (1478–1557), Juan de Castellanos (1522–1607), Hernán Cortés (1485–1547), Bernal Díaz del Castillo (1496–1584), Alonso de Zorita (1512-c. 1586), Fray Toribio de Benavente, "Motolinía" (muerto en 1568, de edad avanzada), Fray Bernardino de Sahagún (c. 1500–1590), Francisco Cervantes de Salazar (c. 1514–1575), Fray Jerónimo de Mendieta (1525–1604), Fray Diego Durán (nacido antes de 1538 en Sevilla, no en México, aunque quizá de madre india), el jesuita José de Acosta, admirable naturalista (1539–1600), Fray Juan de Torquemada (c. 1563–1624), Fray Diego de Landa (1524–1579), Gonzalo Jiménez de Quesada (c. 1499–1579), Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1507–1559), Pascual de Andagoya, Fray Pedro de Aguado (muerto después de 1589), Fray Pedro Simón (1574-c. 1630), Fray Bernabé Cobo (1582–1657), Pedro Sarmiento de Gamboa (c. 1530–1592), Fray Antonio de Remesal, Fray Alonso de Espinosa (sobre este escritor, el primer etnógrafo de las Islas Canarias, cf. mi libro *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, pp. 92–93 y 97–99), Francisco de Jerez (1504–1539), Alonso Henríquez de Guzmán, Pedro de Cieza de León (1518–1560), Agustín de Zárate (muerto después de 1560), Pedro Pizarro (c. 1514–1571), Juan Polo de Ondegardo, Diego Fernández "el Palentino", Pedro Sancho de Hoz (muerto en 1547), Juan de Betanzos (muerto en 1576), Fernando de Montesinos (1593–1655), Cristóbal de Molina "de Santiago", (1494–1578), Miguel Cabello de Balboa, Rodrigo de Carvajal y Robles Alvaro Alonso Barba, Alonso de Ercilla (1533–1594), Alonso González de Nájera, Cristóbal de Acuña (1597–1675?), Toribio de Ortiaguera, Pedro Fernández de Quirós (1565–1615), Fray Reginaldo de Lizárraga (1545–1615), Alonso de Góngora Marmolejo (1536–1575), Pedro Mariño de Lobera (1536–1595), Fray Diego de Rosales (1633–1677), Fray Diego de Hojeda (c. 1570–1615), Fray Francisco Ximenes (1666-c. 1722), el Conde de La Granja (1636–1717); en el Brasil, Pero Lopes de Sousa, el jesuita José de Anchieta (1530–1597), y Manoel de Nóbrega (muerto en 1570), Bento Teixeira Pinto (1545–c. 1619), el Padre Fernão Cardim (1540–1625), Gabriel Soares de Sousa (1540-1591).

Hay otro grupo de escritores a quienes puede considerarse como meros visitantes; lo principal de su obra no se refiere a las Américas, aunque hacen referencia a ellas y aun les consagran muchas páginas: Micael de Carvajal, Gutierre de Cetina (c.1518-c. 1554), Fray Alonso de Cabrera (c. 1549-1606), Eugenio de Salazar (c. 1518-c. 1602), Juan de la Cueva (1543-1610), Diego Mejía (c. 1565-c. 1620), Pedro de Liévana, Lorenzo de Cepeda (muerto en 1580), Mateo Rosas de Oquendo, Enrique Garcés, Luis de Ribera, Mateo Alemán (1547-muerto después de 1614), Tirso de Molina (1584-1648), Luis de Belmonte (c. 1580-c. 1650), los Virreyes del Perú Príncipe de Esquilache (1581-1658), Conde de Santistegán del Puerto y Marqués de Castell-dos-Ríus; el obispo Juan de Palafox (1600-1659), Francisco Manoel de Mello (1608-1666), y el Virrey del Brasil Vasco Fernandez, Conde de Sabugosa.

Cf. Bernard Moses, *Spanish Colonial Literature in South America* (Nueva York, 1922); Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana* (Madrid, 1911-1913); Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana* (México, 1928); Domingo Amunátegui Solar, *Bosquejo histórico de la literatura chilena: Período colonial* (Santiago de Chile, 1918); José Toribio Medina, *Historia de la literatura colonial de Chile* (Santiago de Chile, 1878); Luis Alberto Sánchez, *Los*

*poetas de la colonia* (en el Perú), volumen primero de una incompleta *Historia de la literatura peruana* (Lima, 1921), José de la Riva Agüero, *La historia en el Perú* (Lima, 1910); F. B. Steck, "Early Mexican Literature (1522-1572)", en *Hispanic American Essays: A Memorial to James Alexander Toverson* (Chapel Hill: University of North Carolina, 1942); John Van Horne, "Motofinía as a Man of Letters", en *Philological Quarterly*, XXI (1942), 47-53; R. B. Cunninghame-Graham, *Bernal Díaz del Castillo*.

(37) Cf. Bernardo de Valbuena, *Siglo de Oro*, edición de la Academia Española (Madrid, 1821), p. 133.

(38) Investigaciones recientes —especialmente las del profesor Irving A. Leonard: véase, por ejemplo, *Romances of Chevalry en the Indies*, Berkeley, California, 1933— han demostrado que las novelas se enviaban de España a América en grandes cantidades, y que aquí las vendían abiertamente los librerías. No parece que tan floreciente comercio haya sido de contrabando, y por lo tanto se desprende que los reales decretos de 1531 y 1543 contra la circulación de "vanas y mentirosas fábulas" en el Nuevo Mundo no se aplicaban ya hacia 1600 (cf., sin embargo, A. E. Serrano Redonnet, sobre un sínodo en la Argentina, en 1597, en la *Revista de Filología Hispánica*, V, 1943). Pero la prohibición se mantenía de algún modo, en la práctica, contra la impresión de esa clase de literatura en las colonias, y, si exceptuamos una de carácter religioso-pastoral, *Los sirgueros de la Virgen*, de Francisco Bramón (México, 1620), no hubo ninguna novela impresa en la América española durante tres siglos. Tan pronto como las Cortes de Cádiz otorgaron la libertad de imprenta a todo el imperio español (1810), apareció en México la primera novela de tema profano: el *Periquillo Sarniento*, de Fernández de Lizardi (1816).

*El Siglo de Oro* de Valbuena se imprimió en Madrid, 1608; la traducción, hecha del francés, de las *Memoirs of Miss Sidney Bidulph*, de Frances Sheridan, por Jacobo de Villaurrutia, en Alcalá de Henares, 1792. Cf. mi artículo "Apuntaciones sobre la novela en América", en *Humanidades* (La Plata), XV (1927), 133-146.

La única novela escrita en el Brasil colonial, *Las Aventuras de Diophanes*, por Teresa Margarita da Silva, a la manera del *Télémaque* de Fénelon, fue impresa en Lisboa, 1752. Las primeras novelas impresas en el Brasil fueron *Jerônimo Corte Real* (Rio de Janeiro, 1839), por João Manoel Pereira da Silva (1817-1898), y *El hijo del pescador* (Rio de Janeiro, 1843), por Antonio Gonçalves Teixeira e Sousa (1812-1861).

(39) Había un poeta en Lima que escribía versos en francés —por capricho, evidentemente, ya que entonces el francés no era lengua literaria de moda entre la gente hispánica.

(40) Con posterioridad a mi conferencia, ha salido a luz, completa, la mejor obra de Pedro de Oña, el poema histórico *El vasauo* (Santiago de Chile, 1941). Su lectura nos obliga a una revaloración del poeta.

(41) Sobre Doña Leonor, cf. James C. Bardin, "Three Literary Ladies in Spain's American Colonies", I, en el *Bulletin of the Pan American Union*, diciembre de 1940 (las otras dos son Amarilis y Sor Juana Inés de la Cruz, de quienes hablaremos en el capítulo siguiente).

(42) Cf. Manuel Toussaint, *Supervivencias góticas en la arquitectura mexicana del siglo XVI* (Madrid, 1935).

(42a) Cf. el artículo de R. Porras Barrenechea en *Las Moradas* (Lima), 2, pp. 113-121, y 3, pp. 272-283.)

(43) Cf. Mario J. Buschiazio, *Los momentos coloniales de Santo Domingo*

(Buenos Aires, 1940). Podría señalar de pasada, que parece dudoso que la iglesia de Regina Angelorum pueda ser de fecha tan tardía como 1722; el convento existía ya en el siglo XVI, y en 1568 contaba con unas cien monjas (una de ellas era la poetisa Leonor de Ovando); quizá la iglesia fue reconstruida.

(44) Cf. Manuel Toussaint, "Arte mudéjar en América", en la revista *Kollasuyo*, de La Paz No. 11, noviembre de 1939. Otro tipo de influencia morisca es visible en la Capilla Real de Cholula, en México, que sigue el trazado de una mezquita, con siete naves y dos filas de capillas, cientos de columnas y muchas cúpulas.

(45) Cf. Manuel Toussaint, *Iglesias de México*, vol. VI (México, 1927); Rafael García Granados, "Capillas de indios en Nueva España", en el *Archivo Español de Arte y Arqueología* (Madrid), abril de 1935; Mario J. Buschiazzo, *Las "capillas abiertas" para indios* Buenos Aires, 1939). El profesor George Kubler identificó recientemente una "capilla abierta" en San Ildefonso (Nuevo México).

(46) Vicente Lampérez y Tomez, *La arquitectura hispano-americana en las épocas de colonización y los virreinos* (Madrid, 1922). Citado en la *Historia del arte hispanoamericano* de Solá, p. 183; véase también pp. 32, 39, 43, 82, 103, 135, 145, 146, 179, 181-184, 197-199, 200, 203, 210-211, 213, 218-219, 221, 279, 283-284, 297, 302.

En el *Bulletín of the Pan-American Union* (abril de 1941) se ha publicado una conferencia de Mario J. Buschiazzo donde se hace un breve resumen de esta fusión de estilos. Libros más extensos sobre el tema son los de Angel Guido, *Fusión hispano-indígena en la arquitectura colonial* (Rosario, 1925) y Martín S. Noel, *Teoría estética de la arquitectura virreinal* (Buenos Aires, 1932).

(47) Cf. Manuel Toussaint, *La pintura en México durante el siglo XVI*, pp. 8 y 29-36, Federico Gómez de Orozco, "La decoración en los manuscritos hispano-mexicanos primitivos", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, de México, II, No. 3 (1939), 48-52.

La fusión fue posible, naturalmente, sólo donde los indios poseían una gran tradición artística propia anterior a la Conquista, es decir, en México o en Guatemala, o en el territorio gobernado o influido por los Incas. Nada semejante se da, por ejemplo, en las Antillas, o en el Brasil colonial. Este país permanece enteramente europeo durante tres siglos, exceptuando algunas innovaciones de últimas fechas.

(48) Cf. José Moreno Villa, *La escultura colonial mexicana* (México, 1942). Moreno Villa da el nombre de *tequitqui* ("vasallo" en náhuatl, como "mudéjar" en árabe) al estilo peculiar producido por la fusión de las técnicas europeas e indias, especialmente en los relieves de piedra y en los altares.

(49) Inca Garcilaso, *Comentarios reales*, libro II, cap. 27.

(50) Fue publicado por el abate Brasseur de Bourbourg en su *Collection de documents dans les langues indigenes*, vol. II (París, 1862).

(51) *El güegüence* fué publicado, con una traducción inglesa, por Daniel Garrison Brinton (Filadelfia, 1883).

(52) Hasta la *Phédre* de Racine se tradujo al quechua, por Pedro Zegarra (m. en 1839), hacia el final del período colonial.

Sobre la evolución de este tipo de teatro, cf. mi ensayo: "El teatro de la América española durante la época colonial".

El erudito mexicano Francisco B. del Paso y Troncoso publicó entre 1850 y 1907 seis de las piezas cortas primitivas en sus idiomas indios originales y en

traducción española. El coloquio más antiguo que se conoce en español, atribuido a Cristóbal Gutiérrez de Luna, pero escrito acaso por Motolinía, ha sido publicado, junto con su traducción inglesa, por Carlos E. Castañeda, en *Preliminary Studies of the Texas Catholic Historical Society* (Austin), vol. III No. 1 (1936), como "la primera obra de teatro americana". *Los pastores*, obra mexicana con el tema del Nacimiento, ha sido traducida al inglés por M. R. Cole (Boston, 1907). Véase también "Los comanches" a Spanish Heroic Play of 1780", edición crítica del profesor A. M. Espinosa, en el *Bulletin of The University of New México*, 1907; Arthur L. Campa, "Spanish Religious Folk- Theatre in the Southwest", en el *Bulletin of the University of New México*, 1934, números 1 y 2; Carolina, 1938); y, además, artículos de Mary Austin en el *Theatre Arts Monthly*, agosto de 1929 y agosto de 1933, y de Dorothe Herschfeld en la misma revista, diciembre de 1928; y John Eugene Englekirk, "Notes on the Repertoire of the New-Mexican Spanish Folk Theatre", en la *Southern Folklore Society*, diciembre de 1940. El artículo de J. H. Cornyn "An Aztec Drama", publicado en *Books Abroad*, julio de 1934, estudia un misterio del Día del Juicio representado en 1535.

(53) Hay varias ediciones del texto quechua del *Ollantay*, empezando por la de J. J. von Tschudi en su obra *Das Kechuasprache* (Viena, 1853). La obra se ha traducido al español, al inglés, al alemán, al checo y al latín; también se le ha puesto música. Hay muchos estudios sobre el caso del *Ollantay*. El último es el de Ricardo Rojas, *Un titán de los Andes* (Buenos Aires, 1939), derivado de su propia tragedia sobre el tema de la antigua pieza quechua (*Ollantay*, Buenos Aires, 1939). "The Quechua Drama 'Ollanta'", en *The Romanic Review*, 1914, incluido después en su libro *Hispanic Studies* (Stanford University, 1929).

### NOTAS DEL CAPITULO III

(1) Sobre la actitud crítica que parece haber predominado durante la segunda mitad del siglo XVI en las colonias, cf. Julio Caillet-Bois, "El teatro en la Asunción a mediados del siglo XVI", en *Revista de Filología Hispánica* (Buenos Aires), vol. III, 1941.

(2) Fugger, los banqueros alemanes del siglo XVI. Fueron banqueros de Carlos V. En España el nombre sufrió una deformación popular, Fúcar. Sobre su relación con el Nuevo Mundo, cf. Germán Arciniegas, *Los alemanes en la conquista de América* (Buenos Aires, 1941).

(3) Se ha hecho el cálculo (C. Parra Pérez, *El régimen español en Venezuela*, Madrid, 1932) de que desde los tiempos en que se hicieron los primeros nombramientos después del descubrimiento hasta 1811 hubo 702 obispos y arzobispos nacidos en Europa, contra 278 nacidos en las Américas; virreyes, 166 contra 4; capitanes generales, 558 contra 14.

(4) Uno de los primeros libros escritos en México es el *Tratado de la caballería de la jineta y de la brida*, por un hijo de conquistador, Juan Suárez de Peralta; se imprimió en España en 1580.

(5) "Quid referam, nobilis Equites vestibus purpureis, sercis, auro intertexto claros, qui innumeri sunt?" —En su *Itinerarium ad regiones sub aequinoctiali plaga constitutas*, publicado póstunamente en Roma, 1631.

(6) Sobre esta "cuna de América", cf. Vicente Llorens Castillo, "Vida cultural de Santo Domingo, en el siglo XVI", en la *Revista Cubana* (La Habana), XV (1941), 176-205, además de mi propio libro *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*.

(7) El estudio de la auténtica música india de la América hispánica comienza en el siglo XX, especialmente con Raoul y Marguerite d'Haucourt, *La Musique des Incas et ses survivances* (París, 1925). La música popular de los países que hablan español o portugués no guarda relación alguna con ella. Buena parte de esa música popular tampoco guarda relación con las formas africanas. En Cuba, Eduardo Sánchez de Fuentes distingue entre música "blanca", como la habanera, y música de influencia negra, como la rumba y el clave (cf. *El folklore en la música cubana*, La Habana, 1923; *Influencia de los ritmos africanos en nuestro cancionero*, La Habana, 1927, y *La canción cubana*, La Habana, 1930). Los brasileños distinguen también entre música "blanca", "negra" e "india"; la "blanca" incluye, por ejemplo, la música gaucha de Rio Grande do Sul. En los siglos XVI y XVII hubo también danzas negras, auténticas o simuladas, que estuvieron de moda en España, como el guineo, el zarzameque y acaso el cumbé. Ignoramos de dónde fue llevada a España esa música; si de la misma África, cosa que no parece probable, o de los esclavos africanos de América.

(8) Emilio Cotarelo y Mori ha reunido muchos pasajes de Cervantes, Lope y otros escritores acerca de la moda de las danzas americanas en España en la Introducción a sus colecciones de *Entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas*, vol. I (Madrid, 1911). Según el poeta andaluz Mateo Rosas de Oquendo, en Lima, hacia 1590, se bailaba, entre otras cosas, la chacona, el "Puelo Rico" (evidentemente americano) y la valona (en México todavía las hay).

(9) Escasa atención se ha concedido, hasta años recientes, a las formas mayores de música en la América hispánica colonial. Ya desde el siglo XVI se fundaron escuelas de música, que también se enseñaba en las universidades, como parte del antiguo quadrivium. Es sabido que las normas adoptadas, en sucesión gradual e imbricada, fueron las formas polifónicas de Palestrina y Victoria, el contrapunto de Corelli y Bach, la sonata y suites de Haydn y Mozart, amén de la ópera italiana y la zarzuela y tonadilla españolas. A Beethoven se le conocía ya en los primeros años del siglo XIX, como puede inferirse de una alusión en un poema del botánico mexicano Juan José Lejarza (1785-1824). Es interesante señalar que en varios países se construían órganos, y en México, hacia fines de la era colonial, pianos.

Las obras de muchos compositores del Brasil, Venezuela, Nueva Granada, Perú, Chile y México se han conservado en manuscrito. La mayoría son obras religiosas. El padre Manuel Zumaya, de México, compuso la primera ópera, *Rodrigo* (1708), y después *Parténope* (1711). Otra ópera, *Perseo*, con libreto del virrey Castell-dos-Riús, se representó en Lima en 1709. La ópera italiana y francesa parece haber llegado en el siglo XVIII —por ej., Grétry, en La Habana, en 1790. En cuanto a los compositores venezolanos (Juan Manuel Olivares, que organizó un concierto de orquesta en 1750, el padre Pedro Palacios Sojo, José Francisco Velázquez, José Angel Lamas, Cayetano Carreño, Lino Gallardo —llamado "el Haydn de Caracas"— y Atanasio Bello), críticos entusiastas mantienen que su mérito iguala al de los grandes arquitectos coloniales. No es poco decir.

Cf. Renato Almeida, *Historia da musica brasileira* (Rio de Janeiro, 1926); Vincenzo Cernicchiario, *Storia della musica del Brasile* (Milán, 1926); Ramón de la

Plaza, *Ensayo sobre el arte en Venezuela* (Caracas, 1883); José Antonio Calcaño, *Contribución al estudio de la música en Venezuela* (Caracas, 1939); Andrés Martínez Montoya, *Reseña histórica sobre la música en Colombia* (Bogotá, 1932); Miguel Galindo, *Historia de la música mexicana*, vol. I (Colima, 1933); Gabriel Saldívar, *Historia de la música en México* (México, 1934); Eugenio Pereira Salas, *Los orígenes del arte musical en Chile* (Santiago de Chile, 1941); Flérida de Nolasco, *La música en Santo Domingo* (Ciudad Trujillo, 1939), y el *Boletín Latinoamericano de Música*, publicado en Montevideo por Francisco Curt Lange desde 1935.

La literatura sobre la música popular es muy extensa; cubre principalmente los siglos XIX y XX. Cf. Eleanor Hague, *Latin American Music, Past and Present*, con bibliografía (Santa Ana, California, 1934).

(10) Los *Comentarios Reales* fueron traducidos al inglés por Sir Paul Rycart (Londres, 1688). Sir Clements Markham hizo una nueva traducción de la primera parte (sobre los Incas; Londres, 1869). Cf. Julia Fitzmaurice-Kelly, *El Inca Garcilaso de la Vega* (en inglés; Oxford: The Hispanic Society of América, 1921), y en español, José de la Riva Agüero, *Elogio del Inca Garcilaso de la Vega* (Lima, 1916), reimpresso después como prefacio a una colección de *Páginas escogidas del Inca* (París, 1938); Luis Alberto Sánchez, *Garcilaso Inca de la Vega* (Santiago de Chile, 1939). (Cf., además, R. Porras Barrenechea, *El Inca Garcilaso*, Lima, 1947; J. Durand, "La biblioteca del Inca", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, II (1948), 3, pp. 239-264.)

(11) En el siglo XVIII se encuentra un lejano reflejo de esta obra en *The Lying Lover*, de Steele (1703), adaptación de *Le menteur* de Corneille.

Sobre Alarcón, véase el prefacio de Juan Eugenio Hartzenbusch al volumen de *Comedias* de Alarcón en la Biblioteca de Autores Españoles (Madrid, 1852); Alfonso Reyes, prefacio a su edición de *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen* (Madrid, 1918); Julio Jiménez Rueda, *Juan Ruiz de Alarcón y su tiempo* (México, 1939); Antonio Castro Leal, *Juan Ruiz de Alarcón* (México, 1943), y mi conferencia *Juan Ruiz de Alarcón* (México, 1914), incluida después en mi libro *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, 1928).

Hay autores que sienten ciertos escrúpulos —enteramente superfluos— en incluir a Alarcón en la historia de la literatura mexicana, porque, al mismo tiempo, deben incluirlo también en la historia de la literatura española. Pero Henry James —que era más viejo, cuando se estableció en Inglaterra, que Alarcón cuando se fijó definitivamente en España— ha de figurar en la historia de la literatura norteamericana tanto como en la inglesa. Y a Bernardo de Valbuena, que probablemente no pasó en Europa más de siete años de su vida —murió a los sesenta y cinco—, suele incluirse en la literatura española, como a Antonio Vieira en la portuguesa.

Hay muchos otros escritores en la América hispánica que han pasado largos años en Europa, sin romper por ello los lazos con su tierra natal. El mismo W. H. Hudson, aun cuando utiliza un idioma que no es el suyo, debe cuando menos ser mencionado en la historia de la literatura argentina.

Cf., en inglés, Dorothy Schons, "The Mexican Background of Alarcón", en *Publications of the Modern Language Association*, LVII (1942), 89-104; S. Griswold Morley, *Studies in Spanish Dramatic Versification of the "Siglo de Oro": Alarcón and Moreto* (Berkeley: University of California, 1918); J. B. Segall, *Corneille and the Spanish Drama* (Nueva York, 1902); y S. Mo Waxman, "Chapters on Magic in Spanish Literature", en *Revue Hispanique*, XXXVIII (1916), véase pp. 351-352,

360-362, 382-383, 400-409, 417, 458-461; también, los prefacios de Carolina Brown Bourland a su edición de *Las paredes oyen*, texto español (Boston-Nueva York, 1914), reseñado por Frank Otis Reed en *Modern Language Notes*, XXXI (1916), 95-104 y 169-178; de Arthur L. Owen a su edición de la *La verdad sospechosa*, texto español (Boston-Nueva York, 1928), y de Frank Otis Reed y Frances Eberling a su edición de *La prueba de las promesas*, texto español (Nueva York, 1928).

(12) Con todo, en su *Siglo de Oro*, Valbuena debe algo a Góngora —en el romance y los dos sonetos de la égloga tercera y en el soneto “Mientras que por la limpia y tersa frente” de la égloga sexta.

(13) Sobre Valbuena, cf. John Van Horne, “*El Bernardo*” of *Bernardo de Balbuena* (Urbana: University of Illinois, 1927) —el poeta se firmaba generalmente, aunque no siempre, Balbuena; la forma etimológica correcta es Valbuena—; Joseph G. Fucilla, “Gloses on Bernardo de Balbuena’s *El Bernardo*,” en *Modern Language Notes*, enero de 1934. El profesor Van Horne ha publicado también un libro en español, *Bernardo de Balbuena* (Guadalajara, México, 1940).

(14) Esta actitud se descubre aún antes en Fray Vicente do Salvador, nacido en el Brasil (1564-c. 1639). Su *Historia del Brasil* fue concluida en 1627. Según Pedro Calmon, “su propósito, su composición y su estilo hacen de este libro una de las joyas de la primitiva literatura de las Américas; es no menos admirable en su profético sentir acerca del país”.

(15) Vieira comenzó, sin acabarla nunca, una curiosa obra titulada *Historia del futuro*, en la que pretendía describir la futura grandeza de Portugal. Era singularmente afecto a hacer profecías. Se le ha atribuido también, como a otros cuatro escritores, un libro humorístico sobre el *Arte de robar*, que demostraba la universalidad del robo, desde los reyes hasta los bandidos comunes.

(16) Cf. Thomas Walsh, “A South American Mystic” (con traducciones), en *The Catholic World*, noviembre de 1925.

(17) Sin embargo, en un poema no fechado —quizá uno de los últimos— muestra su desaliento: “Si es para vivir tan poco ¿de qué sirve saber tanto?”

(18) Se atribuye a Sor Juana el haber escrito música para villancicos. Muchas fueron las mujeres que compusieron música en los tiempos de la Colonia; por ejemplo, la Marquesa de Vivanco, en México; tenemos un minué suyo, fechado en 1804.

(19) “Sabe el Señor, y lo sabe en el mundo quien sólo lo debió saber, lo que intenté en orden a esconder mi nombre, y que no me lo permitió, diciendo que era tentación: y sí sería.” —“Sucedía así que él (el pelo) crecía, y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa, y yo aprendía despacio, y con efecto lo cortaba, en pena de la rudeza; que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno.” —“En esto sí confieso que ha sido inexplicable mi trabajo; y así, no puedo decir lo que con envidia oigo a otros, que no les ha costado afán el saber: dichosos ellos.”

(20) Cf. Eunice Joiner Gates, “Reminiscences of Góngora in the Works of Sor Juana Inés de la Cruz”, en *Publications of the Modern Language Association*, LIV (1939), 1041-1058; Dorothy Schons, “The Influence of Góngora on Mexican Literatura during the Seventeenth Century”, en *Hispanic Review*, VII (1939), 23-24, muestra que su influencia no fue tan absoluta como se había pensado. La señorita Schons ha hecho muy valiosas investigaciones acerca de la vida, obras y fama de Sor Juana; véase, por ejemplo, “Some Obscure Poets in the Life of Sor Juana Inés de la Cruz”, en *Modern Philology*, XXIV (1926), 141-162. Cf. también Lucile K. Delano,

"The Influence of Lope de Vega upon Sor Juana Inés de la Cruz", en *Hispania*, XIII (1930), 79-94.

(21) El profesor Vossler lo ha traducido en verso al alemán: *Die Welt im Traum* (Berlín, 1941). Habla con extensión del poema, además, en su *Poesie der Einsamkeit in Spanien* (Munich, 1935; hay traducción española), I, pp. 152-153, y en su ensayo *Die "Zehnte Muse von México"* (Munich, 1934).

(22) ¡Cuán deliciosamente contrario al moderno psicoanálisis! Pero era ésta idea favorita suya, y en su autobiografía habla de sueños en los que resuelve problemas intelectuales.

(23) Hay una coincidencia notable entre los primeros versos del Sueño:

*Pyramidal, funesta, de la Tierra  
nacida, sombra, al cielo encaminaba  
de vanos obeliscos punta altiva...*

y un pasaje del cuarto acto del *Prometeo Desencadenado* de Shelley, en el que la Tierra dice:

*I spin beneath my pyramid of night...*

La forma geométrica a que ambos se refieren no es, por supuesto, una pirámide, sino un cono.

(24) Escribió otro soneto, en un estilo más culterano, sobre la esperanza, llamándola "verde embeleso... frenesí dorado". El profesor Vossler ha traducido al alemán el soneto "Diuturna enfermedad..."

(25) Y, sin embargo, se dice que pintó su propio retrato, del que derivan todos los posteriores. El de fecha más antigua está hoy en el Art Museum de Filadelfia, aunque —me dicen— guardado en el depósito. En el siglo XVIII se pintaron otros dos retratos, uno por el famoso artista indio Miguel Cabrera (actualmente en el Museo Nacional de la ciudad de México), el otro por Andrés de Isla, en 1772 (actualmente en el Museo Provincial de Toledo). En todos ellos aparece como mujer hermosísima.

(26) Cf. también el artículo de G. W. Umphrey sobre Sor Juana en la revista trimestral *Fantasy*, publicada en Pittsburgh en el primer trimestre de 1942; Elizabeth Wallace, *Sor Juana Inés de la Cruz, poetisa de corte y convento* ("Vidas mexicanas", vol. XII; México, 1944).

(27) La Relación sumaria del canónigo Alcocer ha sido publicada ya por Emilio Rodríguez Demorizi en el *Boletín del Archivo General de la Nación* de Ciudad Trujillo, enero-abril de 1942, números 20-21, pp. 31-103.

(28) A los historiadores coloniales se les ha leído, principalmente, como fuentes; sus obras han sido impresas o reimpresas; en ocasiones se les ha apreciado como escritores —por ejemplo, Bartolomé Martínez Vela (1645-1702), Fray Antonio de la Calancha, nacido en Charcas (1584-1654), Juan Rodríguez Freile (1566-1638), y el Obispo Lucas Fernández de Piedrahita (1624-1688), ambos de Nueva Granada, Fray Juan de Barrenechea y Albis, de Chile (cuya *Restauración de la Imperial*, escrita en 1693, y publicada sólo parcialmente hasta la fecha, parece más bien una novela barroca que una narración histórica), Pedro Agustín Morell de Santa Cruz (1694-1768), nacido en la Española, Obispo de La Habana, venerado por sus feligreses por su actitud heroica durante la invasión de la ciudad por los ingleses (1762), el



jesuita Juan de Velasco (1727-1792), de Quito, el peruano Fray Juan Meléndez y también Peralta Barnuevo (de quien hablaremos más adelante), los chilenos Alonso de Ovalle (muerto en 1650), Diego de Rosales (1603-1677), Miguel de Olivares (1674-1788), y Vicente Carvallo y Goyeneche (1740-1816), los mexicanos Matías de la Mota Padilla (1688-1776), Mariano Veitia (1718--c. 1779), y Andrés Cavo (1739-c. 1795), los brasileños Fray Vicente do Salvador (véase nota 17 de este capítulo) y Sebastião da Rocha Pitta (de quien hablaremos más adelante). Cf. Charles Edward Chapman, "Essay on Authorities", pp. 347-385 de su libro *Colonial Hispanic America* (Nueva York, 1933). Pero las obras de los escritores religiosos son difíciles de obtener hoy, y apenas se leen. Muy poco sabemos de sus méritos. Una excepción es el jesuita chileno Manuel Lacunza (1731-1801); su obra profética *La venida del Mesías en gloria y magestad* tuvo muchos lectores; existe una traducción al inglés. En el Perú, el padre Rubén Vargas Ugarte ha hecho un valiente intento de despejar la niebla que rodea a los autores de libros religiosos y sermones en *La elocuencia sagrada en el Perú* (Lima, 1942); lo mismo ha hecho, para Colombia, Antonio Gómez Restrepo en su *Historia de la literatura colombiana* (de la que ya hay tres volúmenes publicados, que llegan hasta el siglo XIX).

(29) En quechua escribió por lo menos una pieza, un drama bíblico, *El hijo pródigo*. También se le ha atribuido otra pieza en quechua, *El pobre más rico*, pero, según un manuscrito, es obra de Gabriel Centeno de Osmá, que vivió un siglo antes de Espinosa; fue publicada por la Universidad de San Marcos, con su traducción española, en Lima, 1938.

(30) Sólo se conservan dos sonetos de Velázquez. En uno pinta un clavel que Gerarda tenía entre los labios, creando así una confusión de color ("Estrella de carmín, que a ser llegaste /iisonja del abril en que naciste") En el otro habla del espejo de Belisa, que se había caído y roto en pedazos: "Cíclope antes de vidrio, en mejor suerte / se hizo Argos de cristal para mirarte".

(31) Poeta no culterano, como los imitadores de Góngora, sino inclinado más bien hacia el extremo opuesto del estilo barroco, el conceptista, fue el autor del soneto más famoso que se ha escrito en español, "No me mueve, mi Dios, para quererte..." Es bien sabido que este soneto, tan admirable como enigmático, ha sido irresponsablemente atribuido a santos y pecadores, desde Santa Teresa hasta Lope. Parece hoy que pudo haberse escrito en México, pues el más antiguo manuscrito en que figura es un libro del agustino Fray Miguel de Guevara. Cf. A. M. Carreño, *Fray Miguel de Guevara* (México, 1915).

(32) Los autores de estas traducciones son el padre Federico Escobedo (en verso) y Don Ignacio Loureda (en prosa).

(33) Sobre Gama y otros escritores brasileños, cf. Aubrey Fitz-Gerald Bell, *Portuguese Literature* (Oxford, 1922), pp. 270 ss.; también David Miller Driver, *The Indian in Brazilian Literature* (Nueva York, 1942). En Portugal llegó a ser famoso durante el siglo XVIII el brasileño Antonio José de Lisboa (1705-1739), llamado el "judío brasileño". En Lisboa dio muchas comedias a la escena, lo que le valió el nombre de "el Molière portugués-americano". Acabó por ser procesado por la Inquisición como falso converso, sentenciado a muerte, y quemado en la hoguera. Otro caso de "transplantación", más afortunado, fue el del moralista y arquitecto Matías Aires (1705- antes de 1770).

(34) Cf. la obra colectiva *Latin America and the Enlightenment*, editada por el profesor Arthur P. Whitaker (Nueva York, 1942).

(35) Cf. Irving A. Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, a Mexican Savant of the Seventeenth Century* (Berkeley: University of California, 1929), "A Great Savant of Colonial Peru", en *Philological Quarterly*, XII (1933), 54-72; y "An Early Peruvian Adaptation of Corneille's 'Rodogune'", en la *Hispanic Review*, V (1937), 172-176. El profesor Leonard ha publicado una edición completa de las *Obras dramáticas* de Peralta Barnuevo, con introducción y notas en español (Santiago de Chile, 1937).

(36) Humboldt dijo, en 1802, que "ninguna ciudad del Nuevo Mundo, sin exceptuar las de los Estados Unidos, poseía establecimientos científicos tan grandes y sólidos como los de la capital mexicana". En conjunto, la cultura científica en las ciudades más importantes de la América hispánica aventajaba a la de las ciudades de habla inglesa hasta que empezó nuestro movimiento de independencia. Y Humboldt nos dice que en el terreno de la ciencia los mexicanos se consideraban más adelantados que los españoles.

(37) Los directores de esta actividad en el terreno de la ciencia y de la erudición fueron, en México, el matemático, astrónomo y arquitecto, citado ya como poeta, Joaquín Velázquez de Cárdenas y León (llamado algunas veces Velázquez de León, nombre de otro hombre de ciencia del XIX, 1803-1882), Gamboa, Bartolache, León y Gama, Alzate (todos ellos anteriormente mencionados), el matemático Agustín Rotea (muerto en 1788), los naturalistas José Mariano Mocino (c. 1750-1821), autor de la monumental *Flora mexicana*, Luis Montaña (1755-1820), el padre Pablo de la Llave (1773-1833), Juan José Lejarza (1785-1824), y Juan José de Oteiza (1777-1810); los arqueólogos Márquez y F. Javier Clavijero (1731-1787), cuya *Historia Antigua de México*, publicada en italiano (Cesena, 1780-1781), convirtióse pronto en libro clásico, el geógrafo José Antonio Villaseñor, los filósofos cartesianos Guevara y Díaz de Gamarra (1745-1783), los bibliógrafos P. Juan José de Eguara (1706-1763) y canónigo José Mariano Beristáin de Souza (1756-1817); en América Central, José Cecilio del Valle (véase el próximo capítulo), el físico Fray José Antonio de Liendo Goicoechea (1735-1814), y el anatomista José Flórez (1758-1814); en Cuba, los filósofos P. José Agustín Caballero (1758-1835) y P. Félix Varela (1787-1853) y el economista Francisco de Arango y Parreño (1765-1837); en Santo Domingo, el geógrafo P. Antonio Sánchez Valverde (1729-1790) —a un período posterior pertenece el naturalista Manuel de Monteverde (1793-1871), pero, como el eminente zoólogo de Cuba, Felipe Poey (1799-1891) y el historiador José Antonio Saco (1797-1879), es aún producto de la educación colonial—; en Venezuela, el filósofo Baltasar Marrero y el jurista Miguel José Sanz; en Nueva Granada, el astrónomo-naturalista Caldas, ya mencionado, los naturalistas Francisco Antonio Zea (1770-1822), que ayudó a Bolívar a redactar la constitución de Angostura (1819), Francisco Ulloa, José Tadeo Lozano (1771-1816), Florentino Vega y el arqueólogo José Domingo Duquesne; en el Ecuador, los geógrafos Pedro Vicente Maldonado (1704-1748), que trabajó con los miembros de la expedición científica franco-española de 1736, Antonio de Alceco (1735-1812), que compiló el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* (Madrid, 1786-1789; traducido al inglés por G. A. Thompson, Londres, 1812-1815), y Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre (que fue un mecenas para los hombres de estudio), los naturalistas Mariano Villalobos y Pedro Francisco Dávila, Francisco Eugenio de Santa Cruz Espejo (1747-1795), médico de cultura enciclopédica, cuyos diálogos manuscritos *Nuevo Luciano o Despertador de ingenios*, en 1779, corrían de

mano en mano y eran, para muchos lectores, una severa pero justa crítica del sistema anticuado de la mayoría de las universidades y colegios españoles (escribió también crítica literaria y tradujo a Longino); en el Perú, el prolífico escritor, astrónomo y naturalista José Eusebio Llano de Zapata, los naturalistas Gabriel Moreno, P. Francisco González Laguna, Hipólito Ruiz e Hipólito Unanue (1755-1833), memorable por su ensayo sobre el clima de Lima (*Observaciones sobre el clima de Lima*, 1808), el economista José de Baquijano y Carrillo, el físico Toribio Rodríguez de Mendoza (1750-1825), el médico José Manuel Valdés (1767-1843); en Chile, Manuel de Salas (1755-1841), los geógrafos y naturalistas Juan Ignacio de Molina (1740-1829) y Felipe Gómez de Vidaurre (1740-1818); en la Argentina, el naturalista P. Gaspar Juárez (1731-1804), Juan Baltasar Maziel (1727-1788) y el deán Gregorio Funes (1749-1829); en el Paraguay, el jurista Pedro Vicente Cañete; en el Uruguay, el geógrafo y naturalista Dámaso Larrañaga (1771-1846); en el Brasil, el físico P. Bartolomeu Lourenço de Gusmão, o *padre voador*, a quien se atribuye la invención del globo aerostático (1708) antes de los Montgolfier (1783), los naturalistas Fray Conceição Velloso (1742-1811) y Alexandre Ferreira (1765-1815), los geógrafos Francisco de Lacerda (1750-1798), que exploró el río Amazonas y el África portuguesa, y Manoel Ayres do Casal, el lexicógrafo Antonio de Moraes e Silva (1756-1824), el P. Francisco Luis Dos Santos Leal (1740-1820), que publicó una historia de la filosofía (Lisboa, 1788), y José Bonifacio de Andrada e Silva, geólogo y mineralogista (véase el próximo capítulo). Algunos españoles participaron en este movimiento científico; los más destacados fueron el naturalista José Celestino Mutis (1732-1808), Martín de Sessé (muerto en 1809) y Juan del Castillo (muerto en 1793), que dio su nombre a la planta del caucho (*Castilloa*), el químico Elhúyar y el mineralogista Andrés del Río (ya mencionados en el texto). Entre los jesuitas que vivieron en la América hispánica había hombres de estudio de casi todos los países de Europa; cf. Moll, *Aesculapius in Latin America* (1944). (Cf. P. González Casanova, *El misionismo y la modernidad cristiana en el siglo xviii* (México, 1948), M.L. Pérez Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo xviii en México* (México, 1945), B. Navarro, *Introducción de la filosofía moderna en México* (México, 1948).

(38) *Oeuvres* de Diderot (París, 1875), VI, 467-472.

(39) No hay hasta ahora una biografía completa de Olavide. Marcelino Menéndez y Pelayo habla largamente de él, pero desde el punto de vista de un católico no muy tolerante, en su *Historia de los heterodoxos españoles* y su *Historia de la poesía hispanoamericana*.

(40) Por lo menos después de 1540. Pero antes de esa fecha las colonias eran demasiado recientes para ser tenidas en cuenta.

(41) Sobre la población de la América hispánica en diferentes períodos de la era colonial, véase la obra de A. Rosenblat, anteriormente citada, *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad*.

(42) Véase nota 38 al capítulo II.

(43) *La Historia del arte hispano-americano* (Barcelona, 1935), de Miguel Solá, que incluye la arquitectura y los oficios artísticos, es el primer intento de un panorama completo de ese campo. No pasa de la era colonial y no incluye al Brasil —para éste, cf. Laudelino Freire, *Galeria histórica dos pintores do Brasil* (Rio de Janeiro, 1914); A. Morales de los Ríos, *Resumo monographico da evolucao da arquitectura do Brasil* (Rio de Janeiro, 1923); Annibal Mattos, *Arte colonial brasileira*, 2 vols. (Bello Horizonte, 1936-1937); Carlos Rubens, *Pequeña historia das*

*artes plasticas no Brasil* (São Paulo, 1941), Philip L. Goodwin, *Brazil Builds* (Nueva York, 1943); y los artículos de Robert Chester Smith, Jr. en la obra colectiva *Concerning Latin America* (Nueva York, 1940), en *Estudos Brasileiros*, de Rio de Janeiro, IV (1940), 419-429, y en *The Art Quarterly*, especialmente XX (1938), 110-159.

Durante los últimos treinta años ha surgido una vasta literatura en relación con las artes de los distintos países, literatura que está creciendo rápidamente, con que no pequeño aporte de los eruditos norteamericanos (véase la bibliografía al final de este volumen). Los trabajos más antiguos sobre la materia son el artículo de Miguel Luis Amunátegui sobre el arte en Chile (1869) y el *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, de José Bernardo Couto (1872), (Cf. la edición de Fondo de Cultura Económica, en esta Biblioteca Americana, vol. 3 (1947), establecida por Manuel Toussaint).

(44) Gil González Dávila, *Teatro de las grandezas de la villa de Madrid* (Madrid, 1623).

(45) Cf. la excelente síntesis de Manuel Toussaint en *Twenty Centuries of Mexican Art* (Nueva York: Museo de Arte Moderno, 1940), y en *II Congreso Internacional de Historia de América*, vol. I (Buenos Aires, 1938).

(46) Cf. los artículos de R. C. Smith, Jr., citados en la nota 43 de este capítulo.

(47) Cf. Sacheverell Sitwell, *Southern Baroque Art* (Londres, 1926), y *Spanish Baroque Art* (Londres, 1931).

#### NOTAS DEL CAPITULO IV

(1) Miranda conservó también una nutrida colección de documentos. La historia de cómo el diario y los documentos —sesenta y tres volúmenes en total— estuvieron perdidos durante un siglo y fueron recobrados después (en Inglaterra, por el profesor Robertson), es una adecuada corona póstuma a su fantástica carrera. Cf. William Spence Robertson, Introducción a *The Diary of Francisco de Miranda, Tour of the United States, 1783-1784* (Nueva York, 1928); también su *Life of Miranda* (Chapel Hill: University of North Carolina, 1929), obra de erudición. El gobierno de Venezuela está publicado en Caracas el *Archivo de Miranda*.

(2) John Adams, *Work* (Boston, 1856), X, 134-158. Sobre la visita de Miranda a Nueva Inglaterra cf. S. E. Morison y H. S. Commager, *The Growth of the American Republic* (2a ed., Nueva York, 1937), I, 193-194.

(3) Sesión del 20 de diciembre de 1810. (Las palabras del Inca son de su intervención en la sesión del 16 de diciembre).

(4) Las juntas de cabildos o ayuntamientos comenzaron ya desde 1808. Las acciones de guerra, en 1810, dentro todavía de la fidelidad a España. La independencia se declaró, primero, en Venezuela (5 de julio de 1811), luego en el Paraguay (12 de octubre de 1813), en la Argentina, bajo la inspiración de San Martín, el gran jefe silencioso (9 de julio de 1816), en la Nueva Granada, que se unió a Venezuela bajo el nombre de Colombia (17 de diciembre de 1819), en el Ecuador (9 de octubre de 1820), en el Perú (28 de julio de 1821), en Centroamérica (15 de septiembre de 1821) y en Santo Domingo (30 de noviembre de 1821). Las últimas batallas se libraron en Sudamérica, sobre territorio peruano: Junín, ganada por Bolívar

(6 de agosto de 1824) y Ayacucho, ganada por Sucre contra catorce generales realistas (9 de diciembre de 1824). Tras de algunas escaramuzas en el Alto Perú, la actual Bolivia, Sucre declaró que la guerra había terminado en la América del Sur (3 de abril de 1825). En México la lucha cesó en 1821 (15 de septiembre). No hubo lucha en Centroamérica ni en Santo Domingo. Sólo las islas de Cuba y Puerto Rico siguieron sometidas al gobierno español hasta 1898. Haití, la antigua Saint-Domingue, se hizo independiente de Francia en 1804; no hemos de ocuparnos de ella en estas páginas.

(5) Los proyectos frustrados de independencia fueron tan comunes en el Brasil como en las colonias españolas durante el período colonial. En 1789 se descubrió una gran conspiración, la *conjuração mineira*; su jefe, Tiradentes, fue ejecutado (1792), y sus compañeros encarcelados o deportados a Africa. El ejército de Napoleón invadió Portugal en 1807 y la familia reinante, siguiendo el consejo de Inglaterra, se trasladó a Sudamérica. Llevó al Brasil su primera imprenta pública. Una segunda conspiración, verdadera revolución "nativista" acaudillada por sacerdotes y miembros de las logias masónicas de Pernambuco, fue aplastada en 1817. El rey Juan VI volvió a Portugal en 1821, y, a principios del año siguiente, llamó a su hijo Pedro, que había quedado como regente; Pedro decidió quedarse ("*Eu fico*", 9 de enero de 1822), declaró la independencia (7 de septiembre de 1822) y se convirtió en emperador constitucional del Brasil (octubre de 1822). Abdicó en 1831, volvió a Lisboa (donde reinó como Pedro IV hasta su muerte, en 1834), y fue sucedido en el trono por su hijo Pedro II (depuesto en 1889 por un movimiento republicano).

(6) Necesitamos un estudio sistemático del pensamiento político de todos los caudillos de nuestra independencia. Alguna atención se ha dedicado a la influencia de los pensadores europeos; pero lo que importa investigar es no tanto lo que nuestros caudillos leían como lo que hicieron con las ideas que asimilaron. Las tradiciones hispánicas, más la filosofía de la ilustración y las corrientes de "federalismo norteamericano, jacobinismo francés, realismo inglés y monarquismo constitucional", al converger en la América hispánica, produjeron tal diversidad de proyectos y leyes que nuestras tierras se convirtieron en "el laboratorio político más extenso que jamás ha conocido el mundo" (Belaúnde). Bernard Moses, *The Intellectual Background of the Revolution in South America* (Nueva York, 1926) y Víctor Andrés Belaúnde, *Bolívar and the Political Thought of the Spanish-American Revolution* (Baltimore, 1938) han estudiado parcialmente el tema. Belaúnde distingue seis etapas en el pensamiento de Bolívar. Sobre la Argentina solamente, cf. José Ingenieros, *La evolución de las ideas en la Argentina*, vol. I (Buenos Aires, 1918), y Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, en el tercer volumen de sus *Obras* (La Plata, 1940). (Cf., además J. L. Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, F. C. F., México, 1947.) Cf., también, Jefferson Rea Spell, *Rousseau in the Spanish World* (Austin, Texas, 1938).

(7) Sobre los hombres de letras complicados de la conspiración de Minas Geraes, en 1789, véase el capítulo III.

(8) "El estudio adecuado a los hombres de América es América", dijo un contemporáneo de Bello, nacido en Honduras, el apostólico José Cecilio del Valle (1780-1834), que redactó la declaración de la independencia política de la América Central (1821) y escribió bellas descripciones de la de la naturaleza es una especie de enciclopedia personal. Hacia fines de 1823, el poeta argentino Juan Cruz Varela publicó en Buenos Aires una serie de artículos sobre el tema de la literatura nacional.

En los Estados Unidos, Noah Webster había declarado en 1783 que “América debe ser tan independiente en *literatura* como en *política*”. Durante el siglo XIX, Emerson y Channing sintieron la necesidad de insistir en esta cuestión. Oliver Wendell Holmes llamó al mensaje de Emerson *The American Scholar* (1837) “nuestra Declaración de Independencia intelectual”. Channing, en su ensayo *On National Literature* (1823), dijo: “Mejor sería no tener literatura que abandonarnos sin resistencia a una extranjera”.

- (9) *Divina Poesía,*  
tú de la soledad habitadora,  
a consultar tus cantos enseñada  
con el silencio de la selva umbría  
tú a quien la verde gruta fue morada  
y el eco de los montes compañía...

(10) Describiendo la cochinita, llega a extremos abiertamente barrocos: “Bulle carmín viviente en tus nopales / que afronta fuera al múrice de Tiro”.

(11) “Tantos héroes contó como soldados”; “Virtud no le faltó, sino fortuna”; “La pompa Augusta del solemne día”; “Y al delito espuela / es antes el ejemplo que el deseo”; “No así trató la triunfadora Roma / las artes de la paz y de la guerra”; “La oscuridad de su infructosa pompa”; “Sólo cenizas... burla del viento”; “Ya la primera flor desvuelve el seno / bella a la vista, alegre a la esperanza”; “La libertad, más dulce que el imperio”; “Y no basta la hoz a las espigas”.

(12) Otro poeta de esta generación, el argentino José Antonio Miralla (1790-1825), hizo una soberbia traducción de la *Elegía* de Gray, verso por verso; verdadera hazaña de exactitud literal, si consideramos la diferencia usual entre el español y el inglés en cuanto a la longitud de las palabras.

(13) “Brotó del seno de la azul esfera / uno tras otro fúlgido diamante”; “¡Oh dulce devoción, que reza y ríe! ”; “Piedad, Señor, al hombre que criaste: —eres justicia, eres bondad: ¡perdón! ”.

(14) La expedición de Alexander von Humboldt a Cuba, América del Sur y México (1799-1804) y su obra monumental, escrita con la colaboración de su compañero de viaje Aimé Bonpland, *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, 30 vols. (París, 1897-1834), tuvo el valor de una nueva revelación del Nuevo Mundo que influyó en los jefes del movimiento de independencia tanto como en los hombres de letras.

(15) La *Chanson de Roland* no se publicó hasta 1837; el *Roman de Berthe* se había editado ya en 1832. Bello publicó su artículo “Sobre el origen de la rima asonante” en el *Repertorio Americano*, 1827.

(16) Sobre Bello, cf. Elijah Clarence Hills, *The Odes of Bello, Olmedo and Heredia*, textos en español, introducción y notas en inglés (Nueva York: The Hispanic Society of America, 1920). En español hay dos libros extensos sobre Bello, uno de Miguel Luis Amunátegui (*Don Andrés Bello*, Santiago de Chile, 1935). (Cf., además, el *Andrés Bello* de Pedro Lira Urquileta, F. C. E., México, 1948.) Los mejores estudios críticos de su obra son los de Miguel Antonio Caro (prefacio a un volumen de sus *Poesías*, Madrid, 1881) y Marcelino Menéndez y Pelayo, en el primer volumen de la *Historia de la poesía hispanoamericana*. (Cf. también el extenso estudio de José Gao al frente de la edición de la *Filosofía del Entendimiento* en esta Biblioteca Americana, F. C. E., México, 1948).

(17) El éxito de la *Atala* de Chateaubriand (1800)—que, siendo en realidad la última de una larga serie de obras sobre el mismo asunto, fue la primera en tratarlo al modo romántico—dio nuevo ímpetu a los temas indios en literatura, especialmente en la América hispánica. La *Canción indiana* de Olmedo es una adaptación, en verso español, de un pasaje en prosa de la *Atala*. Heredia y Plácido (1809-1844) escribieron también poemas derivados de la novela de Chateaubriand.

(18) *El trueno horrendo que en fragor revienta  
y sordo retumbando se dilata  
por la inflamada esfera  
al Dios anuncia que en el cielo impera.*

(19) Olmedo representó al distrito de Guayaquil en las Cortes de Cádiz (1810-1814), presidió la Junta que declaró a la provincia de Quito libre del gobierno español en 1820, y fue miembro de la asamblea que dio una constitución al Perú en 1823. Figuró siempre en el primer plano de la vida pública, particularmente después que el Ecuador se separó de Colombia y se convirtió en república independiente (1830); fue una vez vicepresidente, otra presidente de un gobierno provisional (1845) y otra candidato derrotado a la presidencia del gobierno constitucional (1845).

(20) El mejor juicio crítico de la poesía de Olmedo es el de Menéndez y Petayo en su *Historia de la poesía hispanoamericana*, si exceptuamos su injusta condenación de la aparición del Inca. (Cf. además el prólogo de Aurelio Espinosa Pólit a las *Poesías completas* de Olmedo en esta Biblioteca Americana, F. C. E., México, 1947.)

(21) Rasgo significativo de las odas e himnos escritos durante las campañas de independencia es que hablan de la América española como de una unidad; p. ej., en la Argentina, Vicente López y Planes, Esteban de Luca y Juan Ramón Rojas. Con el nacimiento de las nuevas naciones, la literatura que se escribió en favor de su independencia ganó en la estimación popular; la que se escribió en favor de la causa realista cayó en el olvido. En general, esta literatura realista fue muy inferior a la de los insurgentes. Pero no siempre: un poeta español olvidado, que había nacido en Granada, vivió en México y llegó a ser gobernador de las Californias. Ramón Roca (m. en 1820), tuvo el don del verso resonante (cf. *Antología del Centenario*, compilada por Luis Gonzaga Urbina, Nicolás Rangel y el autor de este libro, México, 1910, pp. CCXVI-CCXXXIV y 1002-1003). Sobre la relación entre la literatura y el movimiento de independencia en los países del Río de la Plata, cf. Carlos Ibarguren, *Las sociedades literarias y la revolución argentina (1800-1825)*, Buenos Aires, 1938.

(22) "Ni otra corona que el agreste pino / a tu terrible majestad convine". Cuando advertí, en 1919, que no había pinos junto a las cataratas del Niágara, pregunté al profesor Elijah Clarence Hills, que había estudiado a Heredia, para saber qué podía haber sucedido con los pinos que había visto el poeta—no me cabía duda de que así fuera—. El Profesor Hills averiguó que en los años que siguieron a 1840 una compañía maderera había adquirido los derechos de explotar los bosques que rodean a las cataratas; la tala acabó con los pinos. Cuando, andando el tiempo, se levantó allí un parque, sus embellecedores no tenían, evidentemente, idea del aspecto primitivo del lugar. Los artículos del profesor Hills sobre Heredia están incluidos en sus *Hispanic Studies*.

Hacia la época en que Heredia las visitó y durante algunos años después, las cataratas fueron tema favorito de los poetas norteamericanos—John Gardner Calkins Brainard, John Neal, Mrs. Sigourney—. Es bien sabido que Chateaubriand las describe

en *Atala*. Varios poetas hispanoamericanos posteriores a Heredia las han cantado; señaladamente Gertrudis Gómez de Avellaneda (véase el capítulo siguiente), el colombiano Rafael Pombo (1833-1912) y el venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde (1846-1892). Una de las grandes cataratas de Sudamérica, el Tequendama, ha sido tema de varios poemas de poetas colombianos, de los cuales el más famoso es el de Agripina Montes del Valle (1844-1915). No sé de ningún buen poema sobre las cataratas del Iguazú.

El poema de Heredia sobre el Niágara fue traducido anónimamente al inglés y publicado bajo el patrocinio de William Cullen Bryant. Este tradujo la oda de Heredia *En una tempestad*. Cf. Hills, *Hispanic Studies*.

(23) Cf. nota 38 al capítulo 2.

(24) El título de la novela es una desfiguración del nombre de su héroe, Pedro Sarmiento.

(25) Cf. Jefferson Rea Spell, *The Life and Works of José Joaquín Fernández de Lizardi* (Filadelfia, 1931), y sus artículos en la *Romanic Review*, XVII (1926), 338-348, en la *Hispanic American Historical Review*, VII (1927), 104-123 y 490-507, y en *Hispania*, mayo de 1925, mayo de 1928 y febrero de 1931.

(26) Juan del Valle Caviedes (fl. 1683-1691). Se ha descubierto recientemente que nació en Andalucía, no en el Perú. Cualquiera que sea el lugar de su nacimiento, llegó a ser un típico limeño —y para muchos, de hecho, el más típico de todos—. Cf. Guillermo Lohmann Villena, "Dos documentos inéditos sobre don Juan del Valle y Caviedes", en *Revista Histórica* (Lima), XI, 277-283. (Cf. *Obras de don Juan del Valle y Caviedes*, introducción y notas de Rubén Vargas Ugarte, Lima, 1947.)

(27) Con todo, fue mejor prosista que poeta, crítico muy informado y uno de los directores de la renombrada *Revista Bimestre Cubana* (1831-1834), la mejor revista literaria, por entonces, de todos los países de habla española, sin excluir a España.

(28) Cf. Madaline Wallis Nichols, *The Gaucho: Cattle-Hunter, Cavalryman, Ideal of Romance* (Durham: Duke University, 1942).

## NOTAS DEL CAPITULO V

(1) Sobre el doctor Francia, véase el célebre ensayo de Carlyle y el libro de Edward Lucas White *El Supremo* (Nueva York, 1919). Este tirano taciturno, que logró mantenerse en un aislamiento absoluto, habría sido, por extraño que parezca, lector de Rousseau y de la *Encyclopédie*.

(2) Es frecuente oír que el acercamiento a la democracia aumenta en la América hispánica en proporción al número de habitantes de pura cepa europea. Cierta sociología periodística cuelga a los indios y a los negros el sambenito de nuestros fracasos políticos. En buena lógica, los responsables serían los europeos y sus descendientes, que durante siglos han mantenido a los indios y a los negros en la servidumbre y la ignorancia, negándoles el ejercicio de derechos políticos. Dondequiera que los grupos sometidos antiguamente obtienen un mínimo de justicia económica y cívica, el adelanto político se hace evidente. Y debe tenerse presente que la inmigración europea que vino en el siglo XIX a países como Argentina y Uruguay lo hizo con la condición explícita de que habría de disfrutar una libertad política y económica plena.



(3) En México, Hidalgo proclamó la abolición de la esclavitud al lanzarse a la guerra de la independencia en septiembre de 1810; un decreto presidencial de Guerrero la hizo efectiva en 1829, con excepción de Texas, que aún formaba parte de la nación mexicana —excepción que se debió a la presión del Sur de los Estados Unidos—. En 1823, América Central, que era entonces una federación, decretó la abolición. En “la gran Colombia” quedó establecida en la Constitución de Bolívar de 1819 (ya antes había sido proclamada por el libertador en plena guerra, en julio de 1815). Las tres repúblicas que surgieron de esta confederación ratificaron luego la medida —la nueva Colombia (esto es, la antigua Nueva Granada) en 1851; Ecuador, en 1853; Venezuela, en 1854. Bolívar la declaró durante la guerra de independencia, en 1811 (fue completada por la Constitución de 1833); en Argentina, desde 1812 —emancipación gradual, que se hizo total al través de decretos constitucionales posteriores (la constitución vigente se votó en 1853); en Uruguay, en 1842; en Perú, en 1854.

En Cuba y Puerto Rico, sometidas al dominio español, la esclavitud se mantuvo mucho más tiempo; fue abolida al fin en 1872 (Puerto Rico) y 1880 (Cuba). En Haití, la antigua Saint-Domingue, situada en el costado occidental de Hispaniola, había sido abolida por la Revolución Francesa, después de cuatro años de injustificable vacilación, en 1793; pero ese país de habla no española queda fuera del marco que este libro se ha trazado. En Santo Domingo, el costado oriental de Hispaniola, desapareció en 1822.

También el Imperio brasileño quedó rezagado. Ya en 1823, José Bonifacio de Andrada e Silva, el “patriarca de la independencia”, presentó ante la asamblea que votó la primera constitución un proyecto para la liberación gradual de los esclavos, junto con un plan para la educación de los indios y hacer innecesaria la esclavitud negra. Sin embargo, la abolición no vino hasta 1888, después de la supresión del comercio de esclavos, decretada en 1831 y aplicada realmente en 1850, y de la manumisión de los hijos de esclavos, en 1871. El día en que se proclamó la abolición total (13 de mayo de 1888) fue de extraordinario regocijo popular.

(4) Hay muchos libros sobre la historia de la educación en los distintos países de la América hispánica. Ya hemos citado el de Irma Wilson, en inglés, *Mexico: a Century of Educational Thought*. El de Juan María Gutiérrez, *Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires* (1868), es ya clásico. Excelente ejemplo es, entre las obras más recientes, la *Historia de la enseñanza en Chile*, por Amanda Labarca Hubertson (Santiago de Chile, 1939).

(5) Théodore Chassériau (1818-1856), el último gran pintor de la escuela clasicista francesa, que, tras de seguir la estricta disciplina de Ingres, se dejó prender del fuego romántico de Delacroix, había nacido en Santo Domingo, bajo el dominio español, y al parecer tenía sangre india, por el lado materno.

(6) Sobre los pintores del siglo XIX véanse las breves referencias en el capítulo siguiente.

(7) Muchas páginas brillantes han escrito sobre Río de Janeiro visitantes extranjeros: en inglés, Rudyard Kipling en sus *Brazilian Sketches*; Philip Guedalla, en *Argentine Tango*; Waldo Frank, en *América Hispana*; en español, Sarmiento, en sus *Viajes*.

(8) En México fueron dos las generaciones que intervinieron en la larga lucha. Prieto y Ramírez pertenecían al primer grupo de románticos; Altamirano y Riva Palacio, al segundo. Sobre Ramírez, cf. Irma Wilson, *Mexico: a Century of*

- (9) *Por un cabo doy dos reales,  
por un sargento un doblón;  
¡por mi general Morelos  
doy todo mi corazón!*

(10) Los *Cangrejos* y la *Mamá Carlota* pueden considerarse canciones populares porque las cantaban aun los totalmente analfabetos, pero no fueron obra de oscuros poetas desconocidos. Prieto escribió *Los Cangrejos*; la *Mamá Carlota* se atribuye a Riva Palacio.

(11) He aquí una lista parcial de los escritores que han sido presidentes de repúblicas hispanoamericanas (la mayoría de ellos en el siglo pasado; muy pocos en el presente): en la Argentina, 1827, Vicente López y Planes (1783-1856), el autor del himno nacional; 1862-1868, Bartolomé Mitre (1821-1906); 1868-1874, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888); 1874-1880, Nicolás Avellaneda (1837-1885); en el Paraguay, 1905-1906, Cecilio Báez (n. en 1862); 1910 y 1920-21, Manuel Gondra (n. en 1872); en el Uruguay, 1830-1835 y 1839-1845, Bernardo Prudencio Berro (1803-1868); 1890-1894, Julio Herrera y Obes (1842-1912); en Bolivia (1872-1874), Adolfo Ballivián (1831-1874); en el Ecuador, 1830-1835 y 1839-1845, Juan José Flores (1800-1864); 1835-1839, Vicente Rocafuerte (1783-1847); 1845, José Joaquín de Olmedo (1780-1847); 1861-1865 y 1869-1875, Gabriel García Moreno (1821-1875); 1888-1892, Antonio Flores Jijón (1833-18..); 1892-1895, Luis Cordero (1833-1912); 1916-1920, Alfredo Baquerizo Moreno (n. en 1859); en Colombia, auténtica *république de professeurs*, 1857-1861, Mariano Ospina (1805-1885); 1874-1876, Santiago Pérez (1830-1900); 1880-1888, Rafael Núñez (1825-1894); 1892-1898, Miguel Antonio Caro (1843-1909); 1898 y 1900-1904, José Manuel Marroquín (1827-1908); 1918-1922, Marco Fidel Suárez (1855-1927); en Santo Domingo, 1876, Ulises Francisco Espaillat (1823-1878); 1880-1882, Fernando Arturo de Meriño (1833-1907); 1884-1885, Francisco Gregorio Billini (1844-1898); 1916, Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935); en Honduras, 1876-1883, Marco Aurelio Soto (1846-1908). Quedan excluidas de esta lista los escritores puramente políticos, como Francisco I. Madero (1873-1913) en México (1911-1913); los periodistas como José Batlle Ordóñez (1854-1930) en el Uruguay (1903-1907) y 1911-1915; los oradores, como Sebastián Lerdo de Tejada (1827-1889) en México (1872-1876), Epitacio Pessoa en el Brasil (1918-1922) o Mariano Baptista (1832-1907) en Bolivia (1890-1894); y los profesores universitarios que sólo escribieron sobre temas de su especialidad, como José Vicente Concha en Colombia (1914-1918). Si alguien piensa que esos hombres de letras fracasaron en la política, permítasenos recordar, entre otros hechos significativos, que la Argentina moderna fue organizada —creada, podríamos decir—, bajo Mitre, Sarmiento y Avellaneda; que Colombia ha sido siempre una de las repúblicas honradamente democráticas; que las administraciones de Espaillat y Billini en Santo Domingo se mencionan siempre entre las más ejemplares que el país ha conocido.

(12) Comparo las dos fechas oficiales —digámostlo así— para los comienzos de la escuela romántica en lengua española. Por supuesto que no han faltado poemas “prerrománticos” en España, lo mismo que en la América española. En el teatro también, y en la novela, las fechas andan muy próximas; en ambos casos, la América

(3) En México, Hidalgo proclamó la abolición de la esclavitud al lanzarse a la guerra de la independencia en septiembre de 1810; un decreto presidencial de Guerrero la hizo efectiva en 1829, con excepción de Texas, que aún formaba parte de la nación mexicana —excepción que se debió a la presión del Sur de los Estados Unidos—. En 1823, América Central, que era entonces una federación, decretó la abolición. En “la gran Colombia” quedó establecida en la Constitución de Bolívar de 1819 (ya antes había sido proclamada por el libertador en plena guerra, en julio de 1815). Las tres repúblicas que surgieron de esta confederación ratificaron luego la medida —la nueva Colombia (esto es, la antigua Nueva Granada) en 1851; Ecuador, en 1853; Venezuela, en 1854. Bolívar la declaró durante la guerra de independencia, en 1811 (fue completada por la Constitución de 1833); en Argentina, desde 1812 —emancipación gradual, que se hizo total al través de decretos constitucionales posteriores (la constitución vigente se votó en 1853); en Uruguay, en 1842; en Perú, en 1854.

En Cuba y Puerto Rico, sometidas al dominio español, la esclavitud se mantuvo mucho más tiempo; fue abolida al fin en 1872 (Puerto Rico) y 1880 (Cuba). En Haití, la antigua Saint-Domingue, situada en el costado occidental de Hispaniola, había sido abolida por la Revolución Francesa, después de cuatro años de injustificable vacilación, en 1793; pero ese país de habla no española queda fuera del marco que este libro se ha trazado. En Santo Domingo, el costado oriental de Hispaniola, desapareció en 1822.

También el Imperio brasileño quedó rezagado. Ya en 1823, José Bonifacio de Andrada e Silva, el “patriarca de la independencia”, presentó ante la asamblea que votó la primera constitución un proyecto para la liberación gradual de los esclavos, junto con un plan para la educación de los indios y hacer innecesaria la esclavitud negra. Sin embargo, la abolición no vino hasta 1888, después de la supresión del comercio de esclavos, decretada en 1831 y aplicada realmente en 1850, y de la manumisión de los hijos de esclavos, en 1871. El día en que se proclamó la abolición total (13 de mayo de 1888) fue de extraordinario regocijo popular.

(4) Hay muchos libros sobre la historia de la educación en los distintos países de la América hispánica. Ya hemos citado el de Irma Wilson, en inglés, *Mexico: a Century of Educational Thought*. El de Juan María Gutiérrez, *Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires* (1868), es ya clásico. Excelente ejemplo es, entre las obras más recientes, la *Historia de la enseñanza en Chile*, por Amanda Labarca Hubertson (Santiago de Chile, 1939).

(5) Théodore Chassériau (1818-1856), el último gran pintor de la escuela clasicista francesa, que, tras de seguir la estricta disciplina de Ingres, se dejó prender del fuego romántico de Delacroix, había nacido en Santo Domingo, bajo el dominio español, y al parecer tenía sangre india, por el lado materno.

(6) Sobre los pintores del siglo XIX véanse las breves referencias en el capítulo siguiente.

(7) Muchas páginas brillantes han escrito sobre Río de Janeiro visitantes extranjeros: en inglés, Rudyard Kipling en sus *Brazilian Sketches*; Philip Guedalla, en *Argentine Tango*; Waldo Frank, en *América Hispana*; en español, Sarmiento, en sus *Viajes*.

(8) En México fueron dos las generaciones que intervinieron en la larga lucha. Prieto y Ramírez pertenecían al primer grupo de románticos; Altamirano y Riva Palacio, al segundo. Sobre Ramírez, cf. Irma Wilson, *Mexico: a Century of*

- (9) *Por un cabo doy dos reales,  
por un sargento un doblón;  
¡por mi general Morelos  
doy todo mi corazón!*

(10) Los *Cangrejos* y la *Mamá Carlota* pueden considerarse canciones populares porque las cantaban aun los totalmente analfabetos, pero no fueron obra de oscuros poetas desconocidos. Prieto escribió *Los Cangrejos*; la *Mamá Carlota* se atribuye a Riva Palacio.

(11) He aquí una lista parcial de los escritores que han sido presidentes de repúblicas hispanoamericanas (la mayoría de ellos en el siglo pasado; muy pocos en el presente): en la Argentina, 1827, Vicente López y Planes (1783-1856), el autor del himno nacional; 1862-1868, Bartolomé Mitre (1821-1906); 1868-1874, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888); 1874-1880, Nicolás Avellaneda (1837-1885); en el Paraguay, 1905-1906, Cecilio Báez (n. en 1862); 1910 y 1920-21, Manuel Gondra (n. en 1872); en el Uruguay, 1830-1835 y 1839-1845, Bernardo Prudencio Berro (1803-1868); 1890-1894, Julio Herrera y Obes (1842-1912); en Bolivia (1872-1874), Adolfo Ballivián (1831-1874); en el Ecuador, 1830-1835 y 1839-1845, Juan José Flores (1800-1864); 1835-1839, Vicente Rocafuerte (1783-1847); 1845, José Joaquín de Olmedo (1780-1847); 1861-1865 y 1869-1875, Gabriel García Moreno (1821-1875); 1888-1892, Antonio Flores Jijón (1833-18..); 1892-1895, Luis Cordero (1833-1912); 1916-1920, Alfredo Baquerizo Moreno (n. en 1859); en Colombia, auténtica *république de professeurs*, 1857-1861, Mariano Ospina (1805-1885); 1874-1876, Santiago Pérez (1830-1900); 1880-1888, Rafael Núñez (1825-1894); 1892-1898, Miguel Antonio Caro (1843-1909); 1898 y 1900-1904, José Manuel Marroquín (1827-1908); 1918-1922, Marco Fidel Suárez (1855-1927); en Santo Domingo, 1876, Ulises Francisco Espaillat (1823-1878); 1880-1882, Fernando Arturo de Meriño (1833-1907); 1884-1885, Francisco Gregorio Billini (1844-1898); 1916, Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935); en Honduras, 1876-1883, Marco Aurelio Soto (1846-1908). Quedan excluidas de esta lista los escritores puramente políticos, como Francisco I. Madero (1873-1913) en México (1911-1913); los periodistas como José Batlle Ordóñez (1854-1930) en el Uruguay (1903-1907) y 1911-1915; los oradores, como Sebastián Lerdo de Tejada (1827-1889) en México (1872-1876), Epitacio Pessoa en el Brasil (1918-1922) o Mariano Baptista (1832-1907) en Bolivia (1890-1894); y los profesores universitarios que sólo escribieron sobre temas de su especialidad, como José Vicente Concha en Colombia (1914-1918). Si alguien piensa que esos hombres de letras fracasaron en la política, permítasenos recordar, entre otros hechos significativos, que la Argentina moderna fue organizada —creada, podríamos decir—, bajo Mitre, Sarmiento y Avellaneda; que Colombia ha sido siempre una de las repúblicas honradamente democráticas; que las administraciones de Espaillat y Billini en Santo Domingo se mencionan siempre entre las más ejemplares que el país ha conocido.

(12) Comparo las dos fechas oficiales —dígámoslo así— para los comienzos de la escuela romántica en lengua española. Por supuesto que no han faltado poemas "prerrománticos" en España, lo mismo que en la América española. En el teatro también, y en la novela, las fechas andan muy próximas; en ambos casos, la América

española obró en completa independencia con respecto a España. Cf. E. Allison Peers, *A History of the Romantic Movement in Spain* (Cambridge, Inglaterra, 1940). "Hasta 1833 —dice— la Revolución no es más que una corriente subterránea en un río neoclásico aparentemente tranquilo". Cf. también Enrique Piñeyro, *El romanticismo en España* (París, 1904) y I. L. McClelland, *The Origins of the Romantic Movement in Spain (1700 to 1800)* (Liverpool, 1937).

(13) Hasta en España, donde se hicieron dos ediciones de sus *Rimas*.

(14) Las obras más conocidas sobre Santos Vega, todas ellas con su nombre como título, son el largo poema en dialecto campesino y lleno de sabor de Hilario Ascasubi (1807-1875), otro más breve y espléndido, en español corriente (1877-1885) de Rafael Obligado (1851-1920), la novela (1881) de Eduardo Gutiérrez (1853-1890), y la pieza de Juan C. Nosiglia (1894), sacada de la novela y representada en las pistas del circo por las compañías de los Podestá. Cf. Robert Lehmann-Nitsche, *Folklore argentino: Santos Vega* (Buenos Aires, 1917).

(15) La historia fue uno de los géneros literarios favoritos en la América hispánica durante la era colonial, y siguió siéndolo después de proclamada la independencia. Los historiadores principales son: en México, Lucas Alamán (1792-1853), Lorenzo de Zavala (1788-1836), José María Luis Mora (1794-1850), José Fernando Ramírez (1804-1871), Manuel Orozco y Berra (1816-1881), Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) y Justo Sierra (1848-1912); en Cuba, José Antonio Saco (1797-1879); en Venezuela, Rafael María Baralt (1810-1860), Juan Vicente González (1811-1866), Felipe Larrazábal (1817-1873), Aristides Rojas (1826-1894), Eduardo Blanco (1840-1912) y José Gil Fortoul (1862-1943); en Colombia, José Manuel Restrepo (1782-1865), Joaquín Posada Gutiérrez (1797-1881), José Manuel Groot (1800-1878), Joaquín Acosta (1800-1852) y Ernesto Restrepo Tirado (n. en 1862); en el Ecuador, Pedro Moncayo (1804-1888), Pedro Fermín Cevallos (1812-1893) y el obispo Federico González Suárez (1844-1917); en Bolivia, Gabriel René Moreno (1834-1908); en Chile, Miguel Luis Amunátegui (1828-1888), Diego Barros Arana (1830-1907), Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), Vicente Pérez Rosales (1807-1886), Ramón Sotomayor Valdés (1830-1903) y Domingo Amunátegui Solar (n. en 1860); en el Uruguay, Andrés Lamas (1820-1891), Francisco Bauzá (1849-1899) y Carlos María Ramírez (1848-1898); en el Brasil, Francisco Adolfo de Varnhagen (1816-1878), Alexandro Mello de Moraes (1816-1882), João Capistrano de Abreu (1853-1927), y João Ribeiro (n. en 1860).

Paul Groussac (1848-1929), que, nacido en Francia, vivió en la Argentina sesenta años, y que fue tan buen escritor en francés como en español, fue un verdadero maestro del método crítico y lo aplicó a la historia de Sudamérica. Cf. A. Curtis Wilgus, *Histories and Historians of Hispanic America* (Nueva York, 1937; edición corregida, 1942).

(16) Félix María del Monte (1819-1899), de Santo Domingo:

*Que el poeta que...  
arranca al monstruo la usurpada gloria  
es un genio, es un dios, que de la historia  
la profanada dignidad vengó.*

(17) Cf. Stuart Cuthbertson, *The Poetry of José Mármol* (University of Colorado Series, 1935). El profesor Cuthbertson es un entusiasta admirador de

Mármol, a quien llama "el mejor lírico romántico de la Argentina". Sus investigaciones muestran, en oposición a Menéndez y Pelayo, que las influencias sufridas por Mármol fueron "mucho más cosmopolitas que españolas", y que "deriva más de Echeverría que de ningún otro poeta".

(18) Cf. Lastarria, *Recuerdos literarios*, primera parte (Santiago de Chile, 1878). Sobre la emancipación literaria, véanse especialmente pp. 68-70, 92-137, 182-184, 203, 222 y 225-234 de la edición de 1885. No siempre hace justicia a Bello. Cf. también José Enrique Rodó, "Juan María Gutiérrez y su época", el mejor estudio sobre un período literario en la América española (en su libro *El mirador de Próspero*, Montevideo, 1913).

(19) Fernando Calderón (1809-1845), el primer poeta romántico mexicano, publicó en 1828 su primer libro de poesías; no hay en él sino vagos anuncios del romanticismo. Sólo algunos años después se incorporó plenamente al movimiento romántico.

En Venezuela, los primeros románticos son, al parecer, Fermín Toro (1807-1865) y Juan Vicente González, citado ya entre los historiadores (nota 15 de este capítulo). Maitín, el mejor de los poetas románticos venezolanos, escribió aún tragedias clásicas en 1836; poco después se incorporó al romanticismo. González escribió acerca de la necesidad de una "literatura nacional".

(20) Sobre el movimiento romántico en el Brasil, cf. Isaac Goldberg, *Brazilian Literature* (Nueva York, 1922); sobre los "indianistas", Driver, *The Indian in Brazilian Literature*, ya citado. Sobre la poesía "indianista" en los países de habla española, Aída Cometta Manzoni, *El indio en la poesía de América española* (Buenos Aires, 1939). El primer poema indianista de Gonçalves Dias fue un diálogo corto, *O índio*, publicado en Pitôes (Portugal), en 1844, que luego no incluyó en sus colecciones posteriores de *Cantos*. Sus *Primeiros cantos* (1846) incluían las *Poesías americanas*, once de las cuales son de tema indio: pertenecen a este grupo *I-Juca-Pyrama* y la *Canção do Tamoyo*.

(21) La comedia más famosa de Ventura de la Vega, *El hombre de mundo* (1845) tuvo muchas representaciones privadas en Madrid, antes de ser dada a conocer al público; Eugenia de Montijo, futura emperatriz de Francia, hizo el principal papel femenino en una de las funciones. No he podido averiguar si Eugenia trabajó con el mismo Vega, de quien se dice que fue excelente actor. Cf. John Kenneth Leslie, *Ventura de la Vega and the Spanish Theatre 1820-1865* (Princeton University, 1940).

Ventura de la Vega pertenece enteramente a la literatura española. Gertrudis Gómez de Avellaneda, como Juan Ruiz de Alarcón, se divide entre Europa y el Nuevo Mundo. Hay algunos otros casos como el de ella entre sus contemporáneos: el venezolano Rafael María Baralt, citado ya como historiador (nota 15), y José Heriberto García de Quevedo (1819-1871), son los más conocidos. En cambio, Antonio Ros de Olano (1802-1887), nacido en Venezuela, Fermín de la Puente y Apezechea (1821-1875), nacido en México y Antonio Gonçalves Crespo (1847-1883), nacido en Brasil, vivieron desde niños en Europa, como Ventura de la Vega. Antes de este período, México dio a España al dramaturgo neoclásico Manuel Eduardo de Gorostiza (1789-1851), que en Europa escribió sus mejores comedias (1818-1833); de vuelta en su país natal, sólo hizo adaptaciones de piezas extranjeras, como la *Emilia Galotti* de Lessing. Más adelante hay otros casos de transplatación, con cambio de idioma, además del de W. H. Hudson: José María de Hérédia (1842-1905), el poeta de *Les Trophées*, que nació en Cuba como su primo y tocayo

“el cantor del Niágara” (y que, aparte de sus poemas franceses, escribió algunos en español —tres sonetos en el centenario de su primo), y tres poetas nacidos en el Uruguay, Jules Laforgue (1860-1887), el Conde Lautréamont (Isidore Ducasse, 1846-1870), y Jules Supervielle; todos ellos pertenecen a la literatura francesa. El compositor Reynaldo Hahn (n. en 1874) y la pianista Teresa Carreño (1853-1917) son venezolanos de nacimiento.

Podemos añadir que muchos escritores hispanoamericanos han vivido en España o en Francia, o en los dos países, durante muy largos períodos, y se han encontrado allá enteramente a sus anchas, aunque no han llegado a romper los lazos con sus países de origen; por ejemplo, Gonçalves de Magalhães, Felipe Pardo, Hilario Ascasubi, Alberto Blest Gana, Juan Montalvo, Manuel González Prada, Rufino José Cuervo, Enrique Piñeyro, Carlos María Ocantos, Francisco A. de Icaza, Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, Luis Bonafoux, Enrique Larreta, Carlos Reyes, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Carlos Pereyra y su mujer María Enriqueta, Rufino Blanco Fombona, Alfonso Reyes, Francisco y Ventura García Calderón, Martín Luis Guzmán y Teresa de la Parra. Sólo sé de uno —Gonzalo Zaldumbide— que se haya quejado de sus dobles lazos —“las vicisitudes del descastamiento”. La identidad de lengua y tradiciones explica suficientemente el hecho con respecto a España y Portugal. Y Francia, desde principios del siglo XIX, ha sido para nosotros un hogar espiritual y la fuente de donde hemos sacado la mayor parte de nuestra información acerca de la cultura europea. En su biografía de George Cabot Lodge, dice Henry Adams que “la ilusión de comodidad y horizonte dura poco en París. Bastan unos días para destruirla por completo... Para un norteamericano, los procesos y la maquinaria de una educación francesa son de difícil aplicación en el medio en que trabaja”. Todo lo contrario podría decirse de los hispanoamericanos. París es, sobre todas las ciudades, la que mejor sienta a nuestras inclinaciones intelectuales y artísticas. “Hasta la atmósfera de París en diciembre —sigue diciendo Henry Adams— carece de alegría, como no sea para los parisienses o para quienes el tiempo y el temperamento han convertido más o menos en parisienses”. Es difícil de concebir un hispanoamericano para quien, en tiempos normales, la atmósfera de París en diciembre o en cualquier otro mes, aun en verano, pueda carecer de alegría o estímulo. La caída de París en 1940 fue una tragedia personal para muchos miles de hispanoamericanos.

Cf. Richard Eugene Bailey, *French Culture in Mexico in the Nineteenth Century* (París, 1936); Gilberto Freyre, *Un engenheiro francês no Brasil* (Louis Léger Vauthier) (Río de Janeiro, 1940).

(22) Una de las mejores poesías de la Avellaneda, *Al partir*, fue escrita al abandonar Cuba. Cf. Edith L. Kelly, “The Centennial of a Great Sonnet”, con versión en inglés, en *Hispania*, XIX (1936), 337-344.

(23) Sobre la Avellaneda, cf. Edwin Bucher Williams, *The Life and Works of Gertrudis Gómez de Avellaneda* (Filadelfia, 1924); Enrique Piñeyro, *The Romantics of Spain*; Edith L. Kelly, “The Metamorphosis of a Poet”, en el *Bulletin of the Pan American Union*, LXXI (1937), 546-552. En español, el artículo de Juan Valera, en la *Revista de España*, 1869, incluido después en sus *Disertaciones y juicios literarios*, y M. Menéndez y Pelayo, *Historia de la Poesía hispanoamericana*.

(24) Todas las circunstancias abonan esta conclusión. Es muy poco probable que el autor haya nacido en España; su crítica de los conquistadores es demasiado áspera, aun para un español liberal. Y hay una especie de patriotismo indio en la

novela. Cf. J. Lloyd Read, *The Mexican Historical Novel, 1826-1910* (Nueva York, 1939). La primera novela histórica española es *Ramiro, Conde de Lucena*, de Rafael Húmara (París, 1828). Otro español, Telesforo Trueba y Cosío, escribió en inglés tres novelas históricas, que publicó en Londres: *The Castilian* (1829), *Gómez Arias* (1830) y *The Romance of the History of Spain* (1830). No incluimos en la cuenta, naturalmente, las obras primitivas, como las *Guerras civiles de Granada* (1595-1604?), de Ginés Pérez de Hita, que no se concibieron deliberadamente como novelas históricas.

(25) Resulta paradójica la prosperidad de las casas editoras mexicanas entre 1830 y 1880, el período que presenció la guerra con los Estados Unidos, la guerra civil de la Reforma, la intervención francesa, el efímero imperio de Maximiliano y el triunfo final del gobierno liberal republicano de Juárez. La enciclopedia en diez volúmenes publicada por la casa Rafael se titulaba *Diccionario universal de historia y de geografía* (1853-1856), y contenía artículos sobre temas mexicanos escritos por los eruditos más distinguidos del país (como García Icazbalceta, José Fernando Ramírez, Lucas Alamán, José Bernardo Couto, José Joaquín Pesado, Guillermo Prieto, Manuel Payno y el Conde José Gómez de la Cortina); son todavía valiosos. El primer intento de una clasificación de las lenguas nativas de México fue hecho por Manuel Orozco y Berra, sólo cuarenta años después del esfuerzo semejante de Bopp en el campo indoeuropeo.

(26) Los principales costumbristas, además de los ya mencionados, son los peruanos Felipe Pardo, Manuel Ascencio Segura —citados ambos como dramaturgos— y Abelardo Gamarra (1857-1924), José David Guarín (1830-1890), José María Vergara y Vergara (1831-1872) y José Joaquín Borda (1835-1878); los mexicanos Juan Bautista Morales (1788-1856), que publicó *El Gallo Pitagórico* en 1844-45, y Micrós (Ángel de Campo, 1868-1908); los venezolanos Daniel Mendoza (1823-1867), Francisco de Sales Pérez (1836-1926), y Nicanor Bolet Peraza (1838-1906). Los autores de memorias coinciden a menudo con los costumbristas; así Guillermo Rea Spell, "The 'costumbrista' movement in Mexico", en *Publications of the Modern Language Association*, marzo de 1935.

(27) Sobre Alencar y la novela brasileña, cf. Goldberg, *Brazilian Literature*, y Driver, *The Indian in Brazilian Literature*. Sobre las novelas "indianistas" en los países de habla española, Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica* (1832-1889; Madrid, 1934).

(28) En la América hispánica continuaron escribiéndose hasta este siglo, lo mismo que en España, tratados sobre reglas literarias, llamados primero, a la manera aristotélica, de "retórica y poética" (con muchos más tipos de prosa literaria que los encuadrados dentro de la retórica griega), luego de "preceptiva literaria" y finalmente, con vergonzante falsedad, de "teoría literaria". Y la enseñanza de la disciplina siguió manteniéndose mucho tiempo después de que las escuelas y colegios de la mayoría de los países de Europa y de los Estados Unidos la hubieran abandonado, cambiándola por un curso de composición (aun cuando subsistiese, aquí y allá, el nombre de *retórica*).

(29) José Ramón Yepes (1822-1881), Eloy Escobar (1824-1889), José Antonio Calcaño (1827-1897), Francisco Guacaipuro Pardo (1829-1882), Jacinto Gutiérrez Coll (1836-1901).

(30) En el chileno Guillermo Matta (1829-1899), por ejemplo, o en el venezolano Heraclio Martín de la Guardia (1829-1908).



(31) Entre las excepciones inevitables: Ignacio Ramírez y Francisco Bilbao. En el Perú, el sacerdote Francisco de Paula Vigil (1792-1875) atacó a la iglesia de Roma como monopolio de religión y propugnó la creación de una iglesia nacional.

(32) El poema en tercetos *Por los muertos*, de Ramírez, acaba con el cuarteto citado.

El poema filosófico más conocido de Acuña es *Ante un cadáver*, también en tercetos. Termina proclamando la ley de la conservación de la materia, pero, con harta incongruencia, compara la materia con la gloria:

*La materia, inmortal como la gloria,  
cambia de formas, pero nunca muere.*

La influencia de Schopenhauer es visible en el ecuatoriano Numa Pompilio Llona (1832-1907).

(33) Ejemplos en el teatro: *Don Pedro de Castilla* (1836), *El templario* (1838) y *Enrique VIII* (1839), de Foxá; *El Conde Alarcos*, del cubano José Jacinto Milanés (1814-1863); *El torneo* (1839), *Ana Bolena y Hernán o La vuelta del cruzado*; del mexicano Fernando Calderón (1809-1845); *El cruzado* (1851 y *El templario* (1855), del peruano Manuel Nicolás Corpancho (1830-1863); *El cruzado*, del argentino Mármol; *Juana de Nápoles* (1850), del chileno Salvador Sanfuentes (1817-1860); *Miguel de Cervantes* (1849), del colombiano José Caicedo Rojas (1816-1898); *Roberto d'Evreux* (1856), *Bernardo de Palissy* (1857) y *Camoens* (1868), del portorriqueño Alejandro Tapia (1827-1882); *Los horrores del triunfo* (1887), de Salvador Brau (1852-1913), también portorriqueño; *Jacobo Molay* (1851) y *El castillo de Berkeley* (1856), del colombiano Santiago Pérez (1830-1900); *Rienzi*, del venezolano Eloy Escobar; *Leonor de Mendonça* (1847) y Carlos Martins Penna (1815-1848), ambos brasileños.

En España se escribieron *Munio Alfonso* (1844), *El príncipe de Viana* (1844), *Egilona* (1845) y *Recaredo* (1850), de la Avellaneda, *Don Fernando el de Antequera*, de Ventura de la Vega, e *Isabel de Médicis*, de García de Quevedo.

Hubo también alguno que otro drama con asunto tomado de la antigüedad clásica: *Coriolano* (1849) y *Lucrecia* (1849), del colombiano Manuel María Madieto (1815-1888).

En España, Ventura de la Vega escribió *La muerte de César*. La Avellaneda escribió dos espléndidas tragedias bíblicas, *Saúl* (1849) y *Baltasar* (1858).

Los temas extranjeros fueron raros en la novela. Las excepciones más curiosas son dos novelas del portorriqueño Francisco Mariano Quiñones (1830-1908), *Nadir Shah* (1875) y *La magofonia* (1875), de ambiente persa.

(34) En el teatro: *El privado del virrey* (1841) y *Muñoz visitador de México* (1838), del mexicano Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842); *El oidor* (1865) de Germán Gutiérrez de Piñeres (1816-1872); *El corsario negro*, de Lázaro María Pérez (1824-1892), ambos colombianos; *Blanca de Silva* (1879), de la peruana Carolina Freyre de Jaimes (m. en 1916); *La cruz del Morro* (1862), de la portorriqueña Bibiana Benítez (1783-1875); *Alfredo el sevillano* (1856), del peruano Luis Benjamín Cisneros (1837-1904); *La hija del rey* (1876) y *El conde de Peñalva*, del mexicano José Peón Contreras (1843-1907); *O jesuita* (1875), del brasileño Alencar; *Gonzaga ou A Revolução de Minas* (1867), de Castro Alves, también brasileño.

En la novela: *Don Alvaro*, del Colombiano José Caicedo Rojas; *La novia del*

*hereje*, del argentino Vicente Fidel López; *La hija del Adelantado* (1866), y *El visitador*, del guatemalteco José Milla (1822-1882); *El oidor*, de José Antonio de Plaza (1809-1854); *El oidor de Santa Fe*, de José Joaquín Ortiz (1814-1892), ambos colombianos; *Cofresí* (1876), del portorriqueño Tapia; *Mariana Belzunce*, del peruano José Antonio Lavalle (1833-1893); *El Inquisidor Mayor* (1852), del chileno Manuel Bilbao (1827-1895).

Ya hemos visto que el ambiente colonial se empleó por vez primera en los poemas narrativos humorísticos de José Batres Montúfar, que era todavía principalmente neoclásico. Algunas otras obras de este tipo, humorísticas en parte y en parte dramáticas, fueron escritas por el gran Bello (*El proscrito*, que no pasó de los cinco primeros cantos); por su discípulo chileno Salvador Sanfuentes (*El campanario*, 1842, y *El bandido*); por los guatemaltecos José Milla (*Don Bonifacio*, 1862; cf. el artículo de John L. Martin, en *Hispania*, XXIV (1941), 281-284); y Salvador Barrutia (una continuación de *El reloj*, 1881, de Batres); por el peruano Carlos Augusto Salaverry, 1831-1890 (*Abel, el pescador americano*, 1857).

El verdadero maestro de los temas coloniales (en prosa), el peruano Ricardo Palma, pertenece al siguiente período literario.

(35) Los mejores ejemplos son, además de los poemas de Gonçalves Dias, las novelas de Alencar, el *Gonzalo de Oyón* de Arboleda y el romance *Jicotencal* del cubano Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés, 1809-1844), los contados versos *En boca del último Inca*, de José Eusebio Caro, el poema de Rodríguez Galván *Profecía de Guatimoc*, y la novela *Guatimozín* (1846) de la Avellaneda; después, las novelas *Cumandá* (1871), de Juan León Mera (1832-1894), del Ecuador, y *Enriquillo* (1879-1882), de Manuel de Jesús Galván (1834-1910), de Santo Domingo, y los poemas *Fantasías indígenas* (1877) del dominicano José Joaquín Pérez (1845-1900), y *Tabaré* (1886), del uruguayo Juan Zorrilla de San Martín (1857-1931).

El teatro en torno al conflicto entre el indio y sus conquistadores españoles no es de mucho mérito, aun cuando sí muy numeroso; se remonta ya a los últimos años de la época colonial, comenzando con *Siripo* (1789), del argentino Manuel de Lavardén (1754-1809). El tema se explotó con frecuencia, naturalmente, durante las campañas de la independencia, y luego en el período romántico.

Cf. Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica*; Aída Cometta Manzoni, *El indio en la poesía de América española* (que incluye el teatro en verso); Driver, *The Indian in Brazilian Literature*.

(36) A diferencia de la mayoría de nuestros escritores, Sarmiento nunca publicó versos. Se sabe que los escribió y en 1838 envió una muestra de ellos, en demanda de consejo, a su contemporáneo Juan Bautista Alberdi, que sólo le llevaba un año de edad, pero que disfrutaba las ventajas de residir en Buenos Aires y haber comenzado a hacerse de nombre en las letras. No conocemos la respuesta de Alberdi; debió de serle desfavorable, porque no parece que Sarmiento haya escrito más versos, y hasta manifestó en ocasiones desdén platónico hacia ellos, incitando así a Bartolomé Mitre a escribir su defensa de la poesía (1858).

(37) En el mismo año, Dámaso Zapata planeó en Colombia un sistema de escuelas normales.

(38) *Facundo*, o *Civilización y barbarie*, fue traducido al inglés por Mrs. Horace Mann, con el título de *Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants*, o *Civilization and Barbarism* (Londres, 1868). Mrs. Mann añadió un apunte biográfico de Sarmiento.

(39) Madaline Wallis Nichols, "A United States Tour by Sarmiento in 1847", en *Hispanic American Historical Review*, XVI (1936), 19-212 (con muchas citas) incluido, con otros ensayos —uno de ellos titulado "Sarmiento on our Sixties" —en el volumen *Sarmiento: a Chronicle of Inter-American Friendship* (Washington, 1941). Cf. también Percy Alvin Martin, *Sarmiento and New England* (trata de sus visitas a los Estados Unidos en 1847 y en 1865-1868 y de su correspondencia con distintas personas de la Nueva Inglaterra).

Cuando Sarmiento emprendió su viaje a Europa y los Estados Unidos, uno de sus propósitos era describir, estudiando la situación de España, las causas de las enfermedades políticas y culturales de la Argentina (censuraba acremente los errores de España, pero fue siempre muy español en el fondo, como observó Unamuno), y, estudiando el desarrollo de los Estados Unidos, el método para hacer triunfar la democracia. Mantuvo siempre su fe política, pero no cerraba los ojos ante hechos sociales que impiden la perfección del sistema democrático.

Sarmiento fue gran amigo de Mrs. Horace Mann, y se ha publicado una correspondencia muy extensa entre ellos. Conoció también a Emerson, Longfellow, Ticknor y al presidente Hill de Harvard, donde estuvo un par de días. En 1868 la Universidad de Michigan le confirió un título de doctor *honoris causa*.

(40) La obra de mayor amplitud que emprendió Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América* (publicada en 1883), la concibió como desarrollo de las ideas contenidas en *Facundo*. Pero resultó cosa distinta. Cuando él escribió *Facundo* percibió claramente y describió las influencias de la geografía y la historia en la vida social y política de la Argentina: hechos como la vastedad del territorio y la escasez de la población, o la muchedumbre de vacas y caballos que hacían gratuitos el comer y el viajar. Después, en el libro nuevo, quiso explicar la historia de la América hispánica desde el punto de vista de la raza. Pero la raza no explica nada. Y el método que adoptó se le convirtió en carga onerosa: leyó obras recientes sobre sociología y etnología, citó autoridades, reunió documentos de la época colonial. Se ve que el esfuerzo lo fatigó: el libro no se terminó nunca, y aun en la porción que dio a la imprenta el plan no se discierne con claridad. En suma: tuvo éxito en *Facundo* porque fundó sus interpretaciones en la cultura, según se entiende ahora el vocablo en etnología y sociología; fracasó en la obra posterior porque quiso fundarlas en la raza.

(41) Muchos libros se han escrito en español sobre Sarmiento. Los más importantes son los de José Bernardo Suárez (1863), José María Zuviría (1889), Manuel Antonio Ponce (1890), José Guillermo Guerra (1893), Augusto Belin Sarmiento Ponce (1905), Leopoldo Lugones (1911), Enrique Richard Lavallo (1911), Carlos Octavio Bunge (1926), Armando Donoso (1927), Alberto Palcos (1929), Aníbal Ponce (1932), Porfirio Fariña Núñez (1934), Juan Rómulo Fernández (1938), Bernardo González Arrioli (1938), Emeterio S. Santovenia (1940), y Ricardo Rojas (1944). Hay importantes artículos y discursos, o extensas referencias en libros, de Charles de Mazade, en *Revue des deux mondes*, noviembre de 1846, y de Juan Bautista Alberdi, Nicolás Avellaneda, Aristóbulo del Valle, Carlos Pellegrini, Diego Barros Arana, Lucio Victorio Mansilla, Santiago Estrada, Pedro Goyena, Miguel Cané, Martín García Mérou, Paul Groussac, Joaquín V. González, David Peña, Ernesto Quesada, Agustín Alvarez, José Ingenieros, Raúl A. Orgaz y Rafael Alberto Arrieta. Pocos son los estudios consagrados exclusivamente a su obra literaria: cf. Carlos María Onetti, *Cuatro clases sobre Sarmiento escritor* (Tucumán, 1939); Roberto Fernando Giusti, "Sarmiento, escritor", en la revista *Cursos y Conferencias* (Buenos

Aires), octubre-noviembre de 1938, y Juan Pablo Echagüe, *Sarmiento, crítico teatral* (Buenos Aires, 1925), (Cf. además el "Homenaje a Sarmiento", en *Cuadernos Americanos*, México, septiembre-octubre de 1945, con textos de Gregorio Bermann, Antonio Castro Leal, Waldo Frank, Carlos García Prada, José Iturriga, Medardo Vitier, Leopoldo Zea, Enrique Anderson Imbert, Dardo Cúneo, P.H.U. y Ezequiel Martínez Estrada).

## NOTAS DEL CAPITULO VI

(1) Sobre la filosofía en la América hispánica, cf. Francisco García Calderón, libro V de su obra *Les démocraties latines de l'Amérique* (París, 1912) —traducida al inglés con el título de *Latin America: its Rise and Progress*— y su informe *Les courantes philosophiques dans l'Amérique latine* presentado al Congreso Internacional de Filosofía reunido en Heidelberg en 1908; Salomón Carrillo Ramírez, "La evolución filosófica en la América hispana", en *Revista de las Españas*, 1935; Aníbal Sánchez Reulet, "Panorama de las ideas filosóficas en Hispanoamérica", en *Tierra Firme* (Madrid), 1936 (y mi reseña en *Sur*; Buenos Aires, septiembre de 1936). Sobre distintos países: en Cuba, José Zacarías González del Valle, *De la filosofía en La Habana* (1839); José Manuel Mestre, *De la filosofía en La Habana* (1862); Manuel de la Cruz (1861-1896), capítulo primero de su *Reseña histórica del movimiento literario en Cuba* (1890), incluido en el tercer volumen de sus *Obras* (Madrid, 1924); Medardo Vitier, *Las ideas en Cuba* (La Habana, 1938), y sus estudios sobre Enrique José Varona. (Cf., además, su libro posterior *La filosofía en Cuba*, F. C. E., México, 1947.) En México: Agustín Rivera (1824-1916), *La filosofía en la Nueva España* (1885); Emeterio Valverde Téllez, *Apuntaciones históricas sobre la filosofía en México* (1896); Leopoldo Zea, *El positivismo en México* (1943); Samuel Ramos, *Historia del pensamiento filosófico en México* (1943). En el Perú, algunas páginas de Francisco García Calderón en su libro *Le Pérou contemporain* (Paris, 1907). En la Argentina, los ensayos de Alejandro Korn y José Ingenieros mencionados en el capítulo 4, nota 6; Coriolano Alberini, *Die deutsche Philosophie in Argentinien* (Berlín, 1930); Francisco Romero, Angel Vassallo y Luis Aznar, *Alejandro Korn* (Buenos Aires, 1940.). En Colombia: Cayetano Betancur, "La filosofía en Colombia", en *Anales de la Universidad de Antioquia*, noviembre de 1933, pp. 15-77. En el Brasil: Silvio Romero (1851-1914), *A filosofía no Brasil* (Porto Alegre, 1878); Clovis Bevilacqua, *A filosofia positiva do Brasil*; Leonel França *Noções de historia da filosofia*; Guillermo Francovich, *Filosofos brasileiros* (Rio de Janeiro, 1939).

(2) Sobre Mitre y Sarmiento, ver capítulo 5. Nicolás Avellaneda (1837-1885), orador y ensayista, escribió muchos estudios sobre temas históricos y literarios, además de sus libros y artículos sobre problemas públicos.

Bernardino Rivadavia (1780-1845), primero como ministro del gobierno de la provincia de Buenos Aires (1821-1826), y luego como presidente de la primera y efímera República Argentina (febrero de 1826-julio de 1827), fundó muchas instituciones importantes, incluyendo la Universidad de Buenos Aires (agosto de 1821) y la Sociedad de Beneficencia (1822), que floreció bajo la dirección virtual de Mariquita Sánchez (María Sánchez de Mendeville, 1786-1868), cuyo "salón" era el más afamado de la ciudad. Creó también muchas escuelas para mujeres. Después del

retiro de Rivadavia, la República volvió a desmembrarse en "Provincias Unidas" hasta 1853.

(3) Después de 1867 no volvió a haber nuevos intentos europeos de dominación sobre los territorios del Nuevo Mundo. España, que mantuvo su dominio en Cuba y Puerto Rico hasta 1898, volvió a anexarse Santo Domingo en 1861, pero abandonó su adquisición en 1865. Sus ataques contra la costa del Pacífico e islas de Sudamérica (1863-1866) fueron rechazados eficazmente por Chile y Perú. Francia invadió México (1862) y ayudó a Maximiliano a subir a su efímero trono (1864); luego el ejército francés abandonó el país (1865) y la monarquía se vino abajo (1867).

(4) Aunque Manuel González fue presidente de México de 1880 a 1884, suele contarse su administración como parte de la "era porfiriana", ya que se le confió la presidencia en el entendimiento de que una vez concluido su mandato sería reelegido Porfirio Díaz.

(5) Las anteriores afirmaciones sobre el progreso han de entenderse con una salvedad: el progreso significó prosperidad para la clase superior y para una clase media creciente; los pobres siguieron tan pobres como siempre.

(6) El gótico reapareció después de 1840. No se conoce la fecha exacta, porque hasta ahora se ha investigado poco la arquitectura del XIX en la América hispánica (cf., sin embargo, Adolfo Morales de los Ríos filho, *Grandjean de Montigni* (un arquitecto francés) *e a evolução da arte brasileira*, Rio de Janeiro, 1941, y Philip L. Goodwin, *Brazil Builds*, Nueva York, 1943).

El más curioso ejemplo de nuestro nuevo gótico es, probablemente, la iglesia parroquial de San Miguel de Allende, en el México central, reconstruida por un arquitecto local, Zeferino Gutiérrez. La bella iglesia de Gloria, en Rio de Janeiro, fue construida en 1842 por Julio Frederic Koeller y Philippe Garçon Rivière.

(7) Pintores representativos del período fueron, en México, José María Estrada, Hermenegildo Bustos (1832-1907), Santiago Rebull (1829-1902), José María Velasco (1840-1912) y Félix Parra (1845-1919); en Venezuela, Antonio José Carranza, Carmelo Fernández (m. en 1877), Martín Tovar (1828-1902), Cristóbal Rojas y Arturo Michelena (1863-1898); en Colombia, José María Espinosa, Luis García Hevia y Ramón Torres Méndez; en el Perú, Ignacio Moreno (1817-1876), Francisco Lasso (m. c. 1868); Daniel Hernández (1856-1932), y, parte en ese período y parte después, Carlos Baca-Flor (1869-1941), que pintó un famoso retrato de John Pierpont Morgan el viejo y otros residentes de la Quinta Avenida; en Chile, Manuel Antonio Caro (1835-1903), Pedro Lira (1845-1912), Alfredo Valenzuela Puelma (1856-1908), Cosme San Martín Juan Francisco González y Tomás Somerscales, que vivió en Londres y ha sido considerado frecuentemente como pintor inglés; en la Argentina, Carlos Morel (1813-1894), que en realidad pertenece a un período anterior, pues se volvió loco y dejó de pintar en 1838; Prilidiano Paz Pueyrredón (1823-1870), y Eduardo Sívori (1847-1918), con quien se abre un nuevo período; en el Uruguay, Juan Manuel Bienes (1830-1901); en el Brasil, Víctor Meireles (1832-1903), Zeferino da Costa (1840-1915) y Pedro Américo de Figueiredo (1843-1905). Los mejores parecen haber sido el mexicano Velasco, el argentino Pueyrredón y el uruguayo Bienes. Cf. Lincoln Kirstein, *The Latin-American Collection of the Museum of Modern Art* (Nueva York, 1943).

(8) Posada fue también caricaturista y trabajó para *El Ahuizote*, *Hijo del Ahuizote* y otros periódicos satíricos. Cf. la revista *Art and Life*, publicada en

México, D. F., 1938-1939, y especialmente los artículos "The Political Caricature in México", de Manuel Toussaint, "Mexican Lithographic Tradition", de Francisco Díaz de León, y "The Art of Engraving in Mexico", de Alfonso Toro; el libro de Manuel Toussaint *La litografía en México* (México, 1934); Frances Toor, *José Guadalupe Posada*, con un prefacio de Diego Rivera (México, 1933); Angélica Palma, *Pancho Fierro* (Lima, 1935). Para un período posterior, Bernardo G. Barros, *La caricatura contemporánea* (Madrid, s. f.; c. 1918).

(9) Parece que la primera orquesta fue la de Caracas, organizada hacia 1750. Alrededor de 1800 se fundó otra en Guatemala, organizada por el Padre José María de Santa Eulalia, español. En el siglo XIX sabemos de las orquestas organizadas en Bogotá (1846) y en México (1857). Los primeros programas no eran puramente sinfónicos; incluían selecciones de óperas populares y aun cosas mucho más ligeras. Parece que el primer periódico dedicado exclusivamente a la música fue la *Lira Granadina*, de Bogotá (1836), dirigida por Eugenio Salas (1823-1853).

(10) Entre los compositores de música religiosa pueden mencionarse, en Colombia, José Joaquín Guarín (1825-1854), José María Ponce de León (1846-1882), que escribió una ópera bíblica, *Ester*, representada en Bogotá (1874), Diego Fallon (1834-1905), que era también buen poeta, y Julio Quevedo Arvelo (1829-1897). En fecha tan tardía como 1892, el Padre José Guadalupe Velázquez (1856-1920) fundó una escuela de música sacra en Querétaro (México). José de Jesús Ravelo, en Santo Domingo, compone todavía oratorios.

(11) Dos de las óperas de Carlos Gomes fueron escritas para libretos en portugués, *A noite no castello*, puesta en Rio de Janeiro (1861) y *Joanna de Flandes*, en Rio (1863); las demás tenían libreto italiano; *Il guarany* (1870), *Fosca* (Milán, 1872 ó 1873), *Salvator Rosa* (Milán, 1874; fue un gran éxito), *María Tudor* (Milán, 1879), y *Lo schiavo*, de tema brasileño, que se reputa como la mejor de sus obras (Rio, 1889). Compuso también un poema sinfónico coral, *Colombo* (1892), y dos revistas con letra en dialecto milanés, representadas en Milán, *Se sa minga* (1867) y *Nella luna* (1868). Fueron varios los compositores hispanoamericanos que vieron sus obras representadas en Europa durante el siglo XIX, además de Carlos Gomes; el cubano Gaspar Villate (1851-1891), autor de *Zilia*, cantada en París, 1877, por Tamberlick y Elena Sanz, *La czarine*, representada en El Haya, 1888, *Richelieu y Baldasarre*, el mexicano Melesio Morales (1838-1909), autor de *Ildegonda*, representada en Florencia, alrededor de 1868, *Romeo y Julieta* (México, 1863), *Gino Corsini* (México, 1877) y *Cleopatra* (México, 1891).

(12) Ejemplos de esta música nativista: la *Sinfonía sobre temas colombianos*, de José María Ponce de León, ya mencionado como compositor religioso (nota 10); las *Variaciones sobre el tema del jarabe mexicano* (1841), por José Antonio Gómez; la "Danza tlazcalteca", en la ópera *Guatimotzín* (1871), y el *Vals jarabe*, del mexicano Aniceto Ortega (1823-1875); *Ecos de México*, un potpourri de sonos populares mexicanos, por Julio Ituarte (1845-...); *Rapsodias cubanas*, de José Manuel Jiménez (1859-19...).

Cf. Otto Mayer Serra, *Panorama de la música mexicana* (México, 1941) y artículos de diferentes autores en el *Boletín Latinoamericano de Música*, desde 1935, además de las obras citadas en la nota II, capítulo 3.

(13) Cf. Carlos Vega, *Danzas y canciones argentinas* (Buenos Aires, 1936), y *Panorama de la música popular argentina* (Buenos Aires, 1944).

(14) La forma final de la habanera se atribuye a Manuel Saumell (1817-1870).

Sobre la música de las Antillas, cf. Eduardo Sánchez de Fuentes, *El folklore en la música cubana* (La Habana, 1923), *Influencia de los ritmos africanos en nuestro cancionero* (La Habana, 1927) y *La canción cubana* (La Habana, 1930), todos ellos con ejemplos musicales y mi propia conferencia "Música popular de América", en el volumen colectivo *Conferencias*, vol. I (La Plata: Colegio de la Universidad Nacional de La Plata, 1930). (Cf., también, A. Carpentier, *La música en Cuba*, F. C. E., México, 1946.)

(15) Uno de los primeros músicos que prestaron atención a las canciones y danzas de la América hispánica fue el en su tiempo famoso pianista y compositor Louis Moreau Gottschalk (1829-1862), nacido en Nueva Orleans; visitó Cuba, Perú, Chile, Argentina y Brasil, donde murió. El compositor cubano Nicolás Ruiz Espadero (1833-1890) anotó y publicó algunas de sus fantasías y transcripciones de aires tropicales, como el *Cocoyé*.

(16) Olegario Víctor Andrade (1839-1882), de la Argentina; Julio Zaldumbide (1833-1887), del Ecuador; Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897), de Santo Domingo; Miguel Antonio Caro (1843-1909), de Colombia; Joaquín Arcadio Pagaza (1839-1918), de México. Pagaza tradujo a Virgilio, Horacio, y al moderno latinista guatemalteco Landívar; Caro hizo muchas versiones de poemas breves de las lenguas clásicas y modernas, y las mejores versiones españolas de la *Eneida* y las *Geórgicas*; escribió también una gramática latina en colaboración con Rufino José Cuervo (1844-1911). Bello y Cuervo fueron los más grandes gramáticos de la lengua española en el siglo XIX; Cuervo, además, pasó de los estudios de gramática a la filología. Obras clásicas son sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (Bogotá, 1867-1872) —que aumentaron y mejoraron con cada nueva edición, hasta la sexta, publicada póstumamente, París, 1914), sus copiosas notas a la *Gramática de la lengua castellana* de Bello, y su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (letras A a D, París, 1886-1893; el resto permanece todavía inédito).

A principios del siglo XIX nuestros escritores eran todavía buenos latinistas y lo demostraban en sus traducciones o cuando menos en las reminiscencias de la literatura clásica que hay en sus escritos: Bello, Olmedo, Heredia, José Bonifacio de Andrada e Silva, Juan Cruz Varela, Francisco Acuña de Figueroa, Mariano Melgar, Felipe Pardo, Irisarri, Batres Montúfar, Domingo del Monte, Ochoa, Navarrete, Quintana Roo, Ortega, Pesado y aun Fernández de Lizardi (ver capítulos 4 y 5). *El Diario de México* (1805-1817), por ejemplo, publicó muchas traducciones locales de Horacio, Ovidio, Catulo y Marcial (lo mismo que de Safo). Después del movimiento romántico, se prestó menos atención a las literaturas de la antigüedad clásica; sin embargo, no se perdió el arte de la traducción —díganlo, además de Pagaza y Caro, los mexicanos Montes de Oca y Roa Bárcena (ver capítulo 5), José María Vigil (1829-1909), que hizo una versión magistral de Persio, Joaquín Diego Casasús (1858-1916), traductor de Catulo, Tibulo y Propertio, Ambrosio Ramírez (1859-1913), y el Padre Federico Escobedo; el guatemalteco Juan José Micheo (1847-1869), los venezolanos Jesús María Morales Marcano (1830-1888) y Diego Jugo Ramírez (1836-1903), el colombiano Rafael Pombo (1833-1912), el peruano Juan de Arona (seudónimo de Pedro Paz Soldán y Unanue, 1839-1895), que tradujo la *Eneida* (1854), la *Iliada* y la *Odisea* al portugués, Juan Gualberto Ferreira dos Santos, Manoel Ignacio Soares Lisboa, y Juan Nunes de Andrade. Sobre éstos y otros traductores, cf. M. Menéndez y Pelayo, *Horacio en España* (Madrid, 1877; aumentado, 1885), *Biblioteca hispano-latina clásica* (incompleta, Madrid, 1902), y

notas a las ediciones de Homero y Virgilio en la *Biblioteca Clásica* de Madrid; Gabriel Méndez Plancarte, *Horacio en México* (México, 1937); Antonio Castro Leal y Enrique Díez-Canedo, en *Revista de literatura mexicana*, I (1940), 134-148, 318-347, y 363-369; Juan Augusto Perea y Salvador Perea, "Horacio en Puerto Rico", en la revista *Índice*, de San Juan (1930).

En nuestros días podemos mencionar como ejemplos del fruto de los estudios clásicos las traducciones de teatro griego por el chileno Juan R. Salas y el exquisito poeta boliviano Gregorio Reynolds, las biografías *Cicerón* (Santiago de Chile, 1933), *Horacio* (Santiago, 1938) y *Juvenal* (Santiago, 1940) del padre Alejandro Vicuña, los libros del mexicano Alfonso Reyes (ver capítulo 8) sobre *La crítica en la edad ateniense* (México, 1941) y *La antigua retórica* (México, 1942), la traducción de Lucrecio y los libros sobre *Horacio y Virgilio* del colombiano José María Restrepo Millán, y, en la Argentina, la versión de muchas partes de la *Ilíada* y la *Odisea* por Lugones (ver capítulo 7), los estudios históricos de Abraham Rosenvasser (cuyos estudios sobre Egipto son aún más importantes) y José Luis Romero, y las investigaciones de María Rosa Lida sobre la evolución de ciertos temas clásicos en la literatura española, lo mismo que su *Introducción al teatro de Sófocles* (Buenos Aires, 1944).

(17) Sobre la influencia de Bécquer, frecuentemente combinada con la de Heinrich Heine, cuyo *Buch der Lieder* fue traducido por Pérez Bonalde, cf. Max Henríquez Ureña, *El retorno de los galeones* (Madrid, 1930), pp. 23-27. A los nombres que ahí cita pueden añadirse los de Federico Rivas Frade (1858-1922), de Colombia, Enrique Henríquez (1859-1940), de Santo Domingo, y José Rosas Moreno (1838-1883), de México.

(18) Tobías Barreto fue no sólo poeta sino también filósofo, profundamente versado en el pensamiento alemán. Su amigo Silvio Romero (1851-1914) fue filósofo y crítico literario.

(19) Cf. en final del capítulo cuarto. Entre los imitadores de Del Monte figuran, en Cuba, Ramón Vélez Herrera (1820-1858) y el Cucalambé (seudónimo de Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, 1829-1862); en Santo Domingo, Félix María del Monte (1819-1899), Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875), y José María González Santín (1830-1863); en Puerto Rico, Manuel Antonio Alonso (1822-1889), más conocido como autor de cuadros de costumbres que como poeta (sobre los cuadros de costumbres, ver capítulo 5). Todos ellos escribieron poesías narrativas y descriptivas de la vida campesina. A su lado hay que mencionar algunos poemas descritos en alabanza de la naturaleza y de la mujer, escritos por Plácido, José Jacinto Milanés, y luego por Diego Vicente Tejera (1848-1903). En Colombia, después de Gutiérrez González (ver capítulo 5), Rafael Pombo, uno de los mejores poetas de aquel país (citado ya como latinista en la nota 6), escribió ocasionalmente sobre temas criollos como el bambuco, una de las danzas nacionales.

(20) La *Musa callejera* de Prieto (1883) es sólo una de sus obras poéticas. Le sigue en importancia su *Romancero Nacional* (1885), mencionado ya en el capítulo 5. Sus cuadros de costumbres y sus *Memorias* son tan pintorescos como sus romances.

(21) Dígase, de pasada, que el dialecto gaucho difiere del idioma de las ciudades de España y de la América española sólo en algunos cambios fonéticos, supresiones en su mayoría; pero estos cambios los conoce la gente de la ciudad en todas partes, porque existen en el habla popular de ambas orillas del Atlántico. En lo que hace al vocabulario, sólo se diferencia del lenguaje normal en el empleo de



algunos arcaísmos y palabras indias.

(22) Cf. F. M. Page, " 'Fausto', a gaucho poem", introducción, texto español, traducción y notas, en *Publications of the Modern Language Association*, XI, 1896.

Después de *Fausto* e inmediatamente antes de *Martín Fierro*, en 1872, apareció en Montevideo un poema gauchesco —que Hernández leyó y elogió, aun cuando no es de mucho mérito—, titulado *Los tres gauchos orientales*, por Antonio Lussich (1848-1928), que fue seguido por *El matrero Luciano Santos* (1873). La contribución uruguaya a la literatura gauchesca incluye, además el poema *Cefiar* (1852) y la novela *Caramurú* (1854) de Alejandro Marariños Cervantes (1825-1893), en español normal.

A la literatura de temas gauchos en Argentina han de añadirse las novelas de Eduardo Gutiérrez (1853-1890), escritas en prosa periodística: *Juan Moreira* (1880), *Juan Cuello* (1880), *Santos Vega* (1881), etc. El teatro gauchesco comienza en el circo en 1884 con la pantomima *Juan Moreira*, arreglada por Gutiérrez, a la que José Podestá añadió algunos parlamentos en 1886. Esta literatura sobrevive en el siglo XX con los inevitables cambios derivados de los cambios en la vida campesina, en las obras del uruguayo Florencio Sánchez y de los argentinos Martín Coronado (1850-1919) y Martiniano Leguizamón (1858-1935), así como en los relatos de los argentinos Benito Lynch, Ricardo Güiraldes, Enrique Larreta, y de los uruguayos Javier de Viana y Carlos Reyles (cf. el último capítulo).

El gaucho existe también en el Brasil, pero no ha recibido allí tanta atención como en la Argentina y en el Uruguay. Recordemos, además de la novela de Alencar, *O gaúcho*, los poemas de Mucio Teixeira y algunos de los relatos de Alfonso Arinos.

(23) Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, cap. IV (ver *Obras*, La Plata, 1940, III, 192-193).

(24) Como una excepción entre los argentinos, antes de que Unamuno escribiera sobre *Martín Fierro*, podríamos mencionar a Joaquín V. González (1863-1923); en su libro *La tradición nacional* (1888), elogia el *Fausto* con entusiasmo, y lo coloca al mismo nivel que el *Santos Vega* de Obligado; menciona *Martín Fierro* sólo de pasada, amontonándolo junto con *Lázaro* y *La fibra salvaje* (1860), dos mediocres poemas de Ricardo Gutiérrez. Por lo menos, González no se arredra ante la idea de agrupar la poesía escrita en dialecto con la escrita en las "lenguas cultas".

Cf., en inglés, Henry Alfred Holmes, *Martín Fierro, an Epic of the Argentine* (Nueva York, 1923), y G.W. Umphrey, "The Gaucho Poetry of Argentina", en *Hispania*, mayo de 1931.

(25) Blest Gana publicó nueve novelas entre 1855 y 1863, y otras cuatro después, entre 1897 y 1912. De 1867 a 1897 desempeñó importantes puestos diplomáticos y no escribió literatura (digamos, de paso, que nunca volvió a su tierra natal). Sus obras más importantes son (además de *Martín Rivas*) *La aritmética en el amor* (1860), que ganó el primer premio ofrecido por la Universidad de Chile a la mejor novela "de asunto chileno", *El ideal de un calavera* (1863), *Durante la Reconquista* (1897), novela histórica sobre la guerra de independencia, que comenzó a escribir en Chile antes de 1867 y volvió a redactar en Europa, *Los transplantados* (1904); sobre los sudamericanos en París, y *El loco Estero* (1909), en que hay muchos recuerdos de su niñez. Cf. Raúl Silva Castro, *Alberto Blest Gana* (Santiago de Chile, 1941) y Alone (seudónimo de Hernán Díaz Arrieta), *Alberto Blest Gana* (Santiago de Chile, 1941); en inglés, W. C. E. Wilson, "The Historical Element in the

novels of Alberto Blest Gana", en *University of Washington Digest of Theses* (1914-1931), pp. 243-251.

(26) Machado de Assis publicó varios volúmenes de poesías, ensayos, obras de teatro y novelas cortas, y nueve novelas. Las más importantes son *Iaiá García* (1878), *Memorias póstumas de Braz Cubas* (1881), *Quincas Borba* (1891), *Don Casmurro* (1900), *Esau e Jacob* (1904) y *Memorial de Ayres* (1908).

Otros narradores brasileños de este período fueron imitadores de Balzac, y los "novelistas del sertón", Bernardo da Silva Guimarães (1827-1885), Franklin Távora (1842-1888) y Alfredo d'Escragnoille Taunay (1843-1899), cuya *Inocencia* puede llamarse el equivalente brasileño de la *María* de Isaacs (ver la próxima nota), con la adición de una veta de tragedia, que acaba en crimen.

El sociólogo y crítico literario José Veríssimo (1857-1916) escribió muchas descripciones de la naturaleza y cuadros de costumbres: *Quadros paraenses* (1877), *Viagem ao sertão* (1878), *Cenas da vida amazônica* (1886), *A pesca na Amazonia* (1893).

(27) Cf., en inglés, G. W. Umphrey, "Palma: Tradicionista", en *Hispania*, mayo de 1924, y Sturgis E. Leavit, "Ricardo Palma", en *The Hispanic American Historical Review*, III (1920), 63-67.

(28) Cf. notas 20, 24, 27 y 35 al capítulo V.

(29) Durante este período se escribieron varios libros sobre los conflictos con los indios; por ejemplo, en la Argentina, *Costumbres de los indios pampas*, de Federico Barbará (1856), y *Fronteras de las pampas del sud*, de Alvaro Barros (1872); en Chile, *Crónica de la Araucanía*, historia de los araucanos, de Horacio Lara (1889), y *La guerra a muerte*, del eminente historiador Benjamín Vicuña Mackenna.

(30) Este grupo de "luchadores y constructores" incluyen a otros hombres, como José Hernández, Joaquim Nabuco (1849-1910), del Brasil, que luchó hombre con hombre con Ruy Barbosa en las campañas abolicionistas y más tarde llegó a ser gran estadista y distinguido crítico e historiador; Manuel Sanguily (1848-1925), de Cuba, brillante orador, historiador y crítico, que consagró su vida a la independencia de su isla natal y a la difusión de la cultura, o Federico Henríquez y Carvajal (n. en 1848), de Santo Domingo, orador, poeta, periodista y educador, que ha tomado parte en cuanto acontecimiento cultural se ha producido en el país desde 1873.

También hay mujeres en el grupo, como Salomé Ureña de Henríquez, que, tras de combatir la guerra —la guerra civil— en sus poemas patrióticos, de 1873 a 1880, fue la fundadora de la educación superior para mujeres en Santo Domingo (1881), y Clorinda Matto de Turner (1854-1909), que describió en su novela *Aves sin nido* (1889) el sistema social que hace del oprimido indio del Perú la presa y víctima de toda clase de rapiñas.

El último hombre de este grupo es, en realidad, José Martí, el libertador de Cuba; su relación con la revolución literaria de los ochentas lo sitúa en el capítulo siguiente.

(31) Sólo una pequeña parte de los escritos de Ruy Barbosa son puramente literarios. Pero escribió, además de artículos y breves ensayos, un largo ensayo sobre Swift (1887), a quien defendía contra Taine (dando de paso una apreciación muy aguda del pensador francés, que ejerció poderosa influencia en aquella época sobre la América hispánica), y libros sobre Alexandre Herculano, el historiador y novelista portugués (1877), y el poeta abolicionista Castro Alves (1881).

(32) García Moreno ha encontrado admiradores entre los europeos que creen

en el dogma de que el fin justifica los medios, por ilícitos que sean, y se le han consagrado varios libros en dos o tres idiomas. Dígase, de paso, que García Moreno era hombre de letras dueño de buena prosa y verso tolerable, y que enseñó física y química en la Universidad de Quito; durante su administración creó buen número de escuelas y dio al país su primer ferrocarril. Y, por supuesto, fue de una estricta honestidad en asuntos pecuniarios, cosa todavía usual en sus tiempos. El venezolano Cecilio Acosta (1818-1881) se parecía a Montalvo en el conocimiento de los clásicos españoles y en la maestría del estilo, pero no tenía su espíritu combativo.

(33) Cf. el ensayo de José Enrique Rodó "Montalvo", verdadera obra maestra, en su libro *El mirador de Próspero* (1913), y Gonzalo Zaldumbide, "Montalvo", en su volumen *Montalvo y Rodó* (Nueva York, 1938).

(34) Poco después de haber iniciado González Prada su campaña, Clorinda Matto de Turner escribió *Aves sin nido* (cf. nota 32).

(35) Cf. J. H. Cutler, "Manuel González Prada, Precursor of a Modern Peru", con traducciones de muchas de sus páginas; disertación de Harvard, 1936, mimeografiada, en la Biblioteca de Harvard, e Isaac Goldberg, "A Peruvian Iconoclasta", en *The American Mercury*, noviembre de 1935. En español: Luis Alberto Sánchez, *Don Manuel* (Lima, 1930; segunda edición, Santiago de Chile, 1937).

(36) Los hombres más distinguidos de la isla consagraron todos sus esfuerzos a liberarla o darle por lo menos autonomía dentro del imperio español; así José Julián de Acosta (1825-1892), Román Baldorioty de Castro (1822-1889), Ramón Emeterio Betances (1827-1898), Francisco Mariano Quiñones (1830-1908) y Segundo Ruiz Belvis (1829-1867).

(37) Hostos fue a Washington en 1899, como miembro de una delegación que iba a solicitar del presidente McKinley la libertad de Puerto Rico. Naturalmente, sufrió una rotunda desilusión.

(38) Las *Obras completas* de Hostos, en veinte volúmenes, se publicaron en La Habana en 1939.

Cf. Juan Bosch, *Hostos, el sembrador* (La Habana, 1939), Rafael Esténger, *Hostos* (La Habana, 1942), Camilla Henríquez Ureña, *Las ideas pedagógicas de Hostos* (Santo Domingo, 1932) y Antonio Salvador Pedreira, *Hostos, ciudadano de América* (Madrid, 1932).

(39) En la nota 30 de este capítulo se ha mencionado ya a Sanguily.

(40) Cf. *Homenaje a Enrique José Varona* (La Habana, 1935).

(41) Sobre Justo Sierra, cf. Irma Wilson, *México: A Century of Educational Thought* (Nueva York, 1941). (La Universidad Nacional Autónoma de México ha emprendido la edición de las obras completas de J. S., que comprenderá 15 volúmenes. Los seis primeros han aparecido en 1948.)

## NOTAS DEL CAPITULO VII

(1) Rafael María de Mendive (1821-1886), fino poeta, tradujo a Byron y a Thomas Moore. Una versión inglesa de su poema *La sonrisa de la virgen* se atribuye a Longfellow.

(2) Durante su primera visita a Nueva York, en 1880, antes de establecerse allí

en 1881, Martí escribió artículos en inglés para el *Sun* (era amigo de Charles A. Dana) y para la revista *The Hour*.

(3) El primero que intentó la publicación de las obras completas de Martí fue su amigo Gonzalo de Quesada y Aróstegui; la inició en Washington, en 1900, y la fue continuando en diferentes ciudades hasta 1919, cuando iba por los quince volúmenes. Hoy día el valor de esta colección estriba principalmente en los abundantes artículos sobre Martí que aparecen al frente de cada volumen. Néstor Carbonell volvió a intentar la edición de las obras completas, en La Habana, y alcanzó a publicar ocho volúmenes (1925). Por supuesto que todas ellas quedaron incompletas. Más metódico es el intento de Gonzalo de Quesada y Miranda, que comenzó su colección de *Obras completas* en La Habana en 1936; sigue en marcha, y comprende ya más de 60 volúmenes (1947).

Hay ya una literatura muy extensa sobre Martí, que va aumentando día con día. Los libros y folletos más importantes sobre él son los de Néstor Carbonell (La Habana, 1923), Antonio Iraizoz (La Habana, 1924), Raimundo Lazo (La Habana, 1928), Emilio Roig de Leuchsenring (varias publicaciones: La Habana, 1927, 1932, 1935, 1938, 1941), Gonzalo de Quesada y Miranda (La Habana, 1929), Alfonso Hernández Catá (Madrid, 1929), Jorge Mañach (Madrid, 1931), Emeterio S. Santovenia (varios libros: La Habana, 1934, 1936, 1938, 1940, y Buenos Aires, 1943), Gabriela Mistral (La Habana, 1935), Mauricio Magdaleno (México, 1940), Antonio Martínez Bello (La Habana, 1940), Félix Lizaso (Buenos Aires, 1940), Luis Rodríguez Embil (La Habana, 1941), M. Isidro Méndez (La Habana, 1941), Carlos Márquez Sterling (La Habana, 1942), los volúmenes colectivos *Vida y Pensamiento de Martí* (La Habana, comenzado en 1942), y la revista *Archivo de Martí*, editada por Félix Lizaso en La Habana desde 1940. En inglés: Anna Maria Barnes, *Martí: A Story of the Cuban War* (Chicago, 1899).

(4) Las fuentes francesas decisivas fueron Théophile Gautier, Théodore de Banville, el Parnaso, Baudelaire y los simbolistas, especialmente Verlaine.

Hasta los poetas norteamericanos que tenían popularidad entre nosotros se la debían, en parte, a Francia, y particularmente Poe, a quien habían elogiado y traducido al francés Baudelaire y Mallarmé. Claro que hubo también contacto directo entre los Estados Unidos y la América hispánica. Longfellow tuvo entre nosotros muchos traductores; entre otros, Bartolomé Mitre, Rafael Pombo, Rafael María Merchán, el chileno Carlos Morúa Vicuña (1846-1901) y el mexicano Joaquín Diego Casasús (1858-1916). La traducción de *El cuervo* de Poe por Pérez Bonalde y de *Las campanas* por el guatemalteco Domingo Estrada (c. 1858-1901) tuvieron amplia difusión. Además, Martí escribió innumerables artículos sobre literatura norteamericana, y Varona un fino ensayo sobre Emerson. Y hay otros muchos ejemplos de conocimiento directo de la literatura norteamericana en otros escritores. Cf. John Eugene Englekirk, *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature* (Nueva York, 1934), y John DeLancey Ferguson, *American Literature in Spain* (Nueva York, 1916) —y mi reseña con muchos nuevos datos, en la *Revista de Filología Española*, VII (1920), 62-71.

Entonces como ahora, los ensayos y libros sobre poetas y escritores extranjeros eran mucho más comunes en la América española que en España.

(5) Cf. cap. V.

(6) Manuel José Othón (1858-1906) une a la imaginación y la pasión romántica una perfección clásica en el estilo. Varios de sus poemas son grandes

frescos del paisaje mexicano. Salvador Díaz Mirón (1853-1928) se inició como poeta romántico a la manera declamatoria de Víctor Hugo; después de su volumen *Lascas* (1901) adoptó un estilo complicado y muy trabajado, y con los años fue haciéndose cada vez más exigente. Antes de los cuarenta años intervino activamente en la política, como miembro del congreso; escribió también dos magníficos poemas sobre acontecimientos políticos, *Sursum* y *Voces interiores*. Después de 1892 su actividad política fue puramente nominal. Francisco Asís de Icaza (1863-1925), que pasó la mayor parte de su vida en Europa, como diplomático, especialmente en España, fue poeta delicado y de sentimiento. Alcanzó también gran renombre como crítico, y su libro sobre las *Novelas ejemplares* de Cervantes (1901) fue durante muchos años el mejor sobre el tema. Almafuerte (seudónimo de Pedro Bonifacio Palacios, 1854-1917) fue siempre un romántico impetuoso por su temperamento y su descuido de la forma, pero su estilo estaba lleno de originalidad y novedad, acertada o no. Gastón Fernando Deligne (1861-1913) poseía aguda mente filosófica y estilo vigoroso, que no desdeña el detalle pintoresco; como verdaderos relatos psicológicos en verso pueden clasificarse algunos de sus poemas; el más original de todos es la historia de una alquería olvidada e invadida por la maleza. Su hermano Rafael Alfredo Deligne (1863-1902) fue buen poeta y excelente prosista. Francisco Gavidia (n. en 1863), de El Salvador, conocedor de muchas literaturas, escribió poemas de tema indio e hizo experimentos métricos que influyeron en su amigo Rubén Darío.

En España, Manuel Reina, Ricardo Gil y Salvador Rueda habían empezado a alejarse del romanticismo hacia 1890, y a Rueda puede considerársele modernista después de su contacto con Darío en 1892; pero no hubo "movimiento" general hasta después de 1898.

(7) Sobre Casal y el resto de los modernistas, cf. Isaac Goldberg, *La literatura hispanoamericana. Estudios críticos* (Madrid, s. f.). Rufino Blanco Fombona, *El modernismo y los poetas modernistas* (Madrid, 1929), Roberto Meza Fuentes, *De Díaz Mirón a Rubén Darío* (Santiago de Chile, 1940), Arturo Torres Riosco, *Precursores del modernismo* (Madrid, 1925), y Federico de Onís, introducción y notas críticas a su *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)* (Madrid, 1934). En inglés, el ensayo de Cecil Knight Jones en la obra colectiva *Modern Hispanic America*, editada por Alva Curtis Wilgus (Nueva York, 1933) y G. Dundas Craig, *The Modernist Trend in Spanish American Poetry*, con textos españoles y traducciones en inglés (University of California, 1934).

(8) Cf. Nell Walder, *The Life and Works of Manuel Gutiérrez Nájera* (The University of Missouri Studies, 1927); Dorothy Schons, "An interpretation of 'La Serenata de Schubert'" (una poesía de Gutiérrez Nájera), con anotaciones musicales, en *Hispania*, XIX (1936), 437-440; Erwin K. Mapes, "The First Published Writings of Manuel Gutiérrez Nájera", en *la Hispanic Review*, V (1937), 225-240.

(9) Todos estos escritores merecen estudio especial, que no hacemos aquí por falta de espacio. También habría que mencionar otras figuras: por ejemplo, César Zumeta (n. en 1860), Pedro Emilio Coll (1872-19...), y Luis Manuel Urbaneja Achelpohl (1874-1937), en Venezuela; Santiago Pérez Triana (1858-1916), Ismael Enrique Arciniegas (1865-1937), Cornelio Hispano (seudónimo de Ismael López, n. en 1880), Julio Flórez (1869-1923) y Víctor Manuel Londoño (1876-1936), en Colombia; Américo Lugo (n. en 1871), Fabio Fiallo (1866-1942) y Tulio Manuel Cestero (n. en 1877), en Santo Domingo; Luis Bonafoux (1855-1925), en Puerto Rico; Manuel Márquez Sterling (1872-1934), en Cuba; Clamente Palma (1872-19...),

en el Perú; Remigio Crespo Toral (1860-1939), en el Ecuador; Franz Tamayo (n. en 1879), en Bolivia; Manuel Ugarte, en la Argentina; Alejandro Guanes, en el Paraguay; Alvaro Armando Vasseur (n. en 1878), en el Uruguay; Balbino Dávalos (n. en 1866), en México; Alberto Masferrer (m. en 1932), en El Salvador; Santiago Argüello (1871-1940), en Nicaragua; Juan Ramón Molina (1875-1908), y Froilán Turcios (1878-1943 en Honduras; Roberto Brenes Mesén (1874-19...), en Costa Rica; Darío Herrera (1871-1914), en Panamá; Justo A. Facio (1859-1931), de Panamá y Costa Rica. Para las poetisas de este período, véase el último capítulo.

(10) Un número muy reducido de escritores pertenecientes a este período ocuparon importantes puestos políticos y aun llegaron a la presidencia de la república: Cecilio Báez y Manuel Gondra en el Paraguay, Francisco Henríquez y Carvajal en Santo Domingo, y Alfredo Baquerizo Moreno en el Ecuador; son auténticos hombres de letras, pero su obra escrita trata principalmente de los problemas sociales y políticos y no tiene relación directa con el movimiento modernista. En Puerto Rico, los líderes del movimiento político que reclamaba cierta autonomía para la isla e insistía en la conservación de su cultura de tipo hispánico fueron dos hombres de letras, José de Diego (1868-1918) y Luis Muñoz Rivera (1859-1916).

(11) Los principales libros de Rubén Darío son *Azul*, verso y prosa (Santiago de Chile, 1888); *Prosas profanas*, verso (Buenos Aires, 1896); *Los raros*, ensayos de crítica (Buenos Aires, 1896); *La España contemporánea*, crónicas y retratos literarios (París, s. f. (1901)); *La caravana pasa*, crónicas (París, s. f. (1903)); *Tierras solares*, cuadros de viaje (Madrid, 1904); *Cantos de vida y esperanza*, verso (Madrid, 1905); *Oda a Mitre*, verso (París, 1906); *Opiniones*, prosa (París, s. f. (1906)); *El canto errante*, verso (Madrid, 1907); *El viaje a Nicaragua*, verso y prosa (Madrid, 1909); *Poema del otoño y otros poemas*, verso (Madrid, 1910); *Canto a la Argentina*, verso (Buenos Aires, 1910). Tres veces se ha intentado en Madrid editar sus *Obras completas*, pero no hay ninguna colección completa, ni siquiera cuidadosamente editada. Muchos escritos dispersos de Darío han sido recogidos y publicados de tiempo en tiempo por Erwin K. Mapes, Regino E. Boti, Raúl Silva Castro, Armando Donoso, Joaquín García Monge, Julio Saavedra Molina y otros. Muchos son los libros sobre él en español; los más importantes son los de José Enrique Rodó (Montevideo, 1899), Andrés González Blanco (Madrid, 1908), Tulio Manuel Cestero (La Habana, 1916), Max Henríquez Ureña (La Habana, 1918), Gustavo Alemán Bolaños (Guatemala, 1923), Leopoldo Lugones (Buenos Aires, 1919), Lauxar, seudónimo de Oswaldo Crispo Acosta (Montevideo, 1924), Máximo Soto Hall (Buenos Aires, 1925), Guillermo Díaz Plaja (Barcelona, 1930), Francisco Contreras (Barcelona, 1930), Raúl Silva Castro (Santiago de Chile, 1930), Arturo Torres Rioseco (Cambridge, Massachusetts, 1931), y Arturo Marasso (La Plata, 1934). En portugués, por Elísio de Carvalho (Rio de Janeiro, 1906). En francés: Erwin K. Mapes, *L'influence française dans l'oeuvre de Rubén Darío* (París, 1925). Artículos de Juan Valera en sus *Cartas americanas*, vol. I (Madrid, 1899); Miguel Santos Oliver, en sus *Hojas del sábado*, vol. II (Barcelona, 1918); Armando Donoso, en la revista *Nosotros*, de Buenos Aires, 1919; Ventura García Calderón, en sus *Semblanzas de América* (Madrid, 1919); Enrique Díez-Canedo, en sus *Conversaciones literarias* (Madrid, 1921). (Y en *Letras de América*, México, 1944.)

Sobre Darío, en inglés, cf. James Fitzmaurice-Kelly, *Some Master of Spanish*

Verse (Oxford, 1924); Elijah Clarence Hills, *Some Spanish Americann Poets* (1915), incluido en *Hispanic Studies* (Stanford University, 1929); Isaac Goldberg, en *The Bookman*, XLIX (1919), 563-568; S. Griswold Morley, en *The Dial*, LXII (1917), 509-511; G. W. Umphrey, en *Hispania*, II (1919), 64-81; E. K. Mapes, en *Publications of the Modern Language Association*, vol. XLIX (1934), y en el *Philological Quarterly*, enero de 1935. Cf., además, Henry Grattan Doyle, *A Bibliography of Rubén Darío* (Cambridge: Harvard University Press, 1935), y reseña de E. K. Mapes, en la *Hispanic Review*, IV (1936), 298-300.

(12) Tal vez parezca extraño el hecho de que precisamente en este período de prosperidad nuestros hombres de letras hayan sido tan pesimistas. En cada caso hubo, naturalmente, razones particulares (por ejemplo, Casal y Silva), pero también hubo un motivo general: estos hombres hallaron la situación del intelectual súbitamente disminuida tan pronto como dejó de intervenir activamente en la vida pública; vieron que sus mayores eran aún grandes figuras nacionales —Mitre y Miguel Antonio Caro y Justo Sierra y otros— pero que ante ellos no se abría ese mismo porvenir. Ya hemos visto que sus mayores no alcanzaron la eminencia sólo en las letras y estos jóvenes contaban con el gran aprecio de sus lectores —de hecho, la literatura sigue dando más prestigio a un hombre en la América hispánica que en la mayoría de los otros países. Pero el contraste que produjo la nueva situación era evidentemente grande, y les hizo sentirse frustrados.

(13) Aquileo Echeverría (1866-1909), de Costa Rica, con *Concherías*; Francisco Lazo Martí (1864-1912), de Venezuela, con su *Silva Criolla*; Arturo Pellerano Castro (1865-1916), de Santo Domingo, con sus *criollas* (1907); Elías Regules (1860-1929), del Uruguay, con sus *Versitos criollos* (1893); *El Viejo Pancho*, seudónimo de José Alonso y Trelles (1860-1925), que había nacido en España, pero vivió la mayor parte de su vida en el Uruguay (su libro de poesías *Paja Brava*, 1916, ha tenido muchas ediciones); a éstos podemos añadir el chileno Carlos Pezoa Velis, citado ya en el texto, y el venezolano Udón Pérez (1868-1925), que también escribió poesías de tema indio. En el Brasil, Catulo Cearense, autor de deliciosas composiciones en el dialecto de Ceará. Posteriormente, los temas criollos reaparecen en distintas formas con Miguel Andrés Camino (1877-1944), Evaristo Carriego (1883-1912), de la Argentina, Luis Carlos López (n. en 1883), de Colombia Ramón López Velarde (1888-1921), de México, Fernán Silva Valdés (n. en 1887), del Uruguay, ocasionalmente en Fernández Moreno (n. en 1886) y Jorge Luis Borges (n. en 1899), de la Argentina, y en muchos otros. Carriego describe los suburbios de una gran ciudad (Buenos Aires); Luis Carlos López y Ramón López Velarde las ciudades provincianas; los demás reparten su atención entre la ciudad y el campo.

Los temas indios y negros, tan de moda en estos últimos veinticinco años, corren paralelamente con los temas criollos, pero aparte de ellos. Como precursor de los maestros recientes de la poesía negra en Cuba y Puerto Rico, podemos mencionar a Candelario Obeso, de Colombia (1849-1884), cuyos *Cantos populares de mi tierra* aparecieron en 1877.

(14) Sobre las formas métricas de los modernistas, cf. Lauxar, *Rubén Darío y José Enrique Rodó* (Montevideo, 1924), y mi propio libro *La versificación irregular en la poesía castellana* (Madrid, 1920, segunda edición, 1933), capítulo V, págs. 12 a 17.

(15) Cf. Isaac Goldberg, *Brazilian Literature*.

(16) Cf. los artículos de Havelock Ellis en su libro *The Philosophy of Conflict*. (Londres, 1919), e Isaac Goldberg, en *La literatura hispanomamericana. Estudios*

*críticos*. En español, cf. los estudios de Gonzalo Zaldumbide (primero en la *Revue Hispanique*, 1918; impresos después por separado varias veces, y, finalmente, en el volumen *Montalvo y Rodó*, Nueva York, 1938), Víctor Pérez Petit (Montevideo, 1918), Max Henríquez Ureña (La Habana, 1918) y Lauxar (Montevideo, 1924). El volumen *Rodó y sus críticos*, editado por Hugo Barbagelata (París, 1920), contiene juicios de Unamuno, Juan Valera, Clarín (Leopoldo Alas), Rubén Darío, Francisco García Calderón, Ricardo Rojas, Jesús Castelianos, Francis de Miomandre, Camille Le Senne y otros. Cf. también Ventura García Calderón, en sus *Semblanzas de América*, Federico García Godoy, en sus libros *La hora que pasa* (Santo Domingo, 1910), *De aquí y de allá* (Santo Domingo, 1916), y *Americanismo literario* (Madrid, s. f. (1918)), Rufino Blanco Fombona, en su libro *Grandes escritores de América* (Madrid, 1917) y mi conferencia "la obra de José Enrique Rodó", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (México, 1910).

(17) El libro *A Ilusão americana* de Eduardo Prado fue impreso en 1895, pero el gobierno brasileño no permitió su circulación. La prohibición se mantuvo hasta 1902, después de la muerte de su autor.

(18) Ver *Pan americanismo* (Rio de Janeiro, 1907) y *América latina e América inglesa* (Rio de Janeiro, s. f.), de Oliveira Lima.

(19) El norte de México presenció en la última década del siglo XIX una tragedia análoga (aunque en menor escala) a la brasileña de Canudos. La historia queda referida en *Tomóchic* (1894) de Heriberto Frías (1870-1928), uno de los oficiales que tomaron parte en el ataque contra los fanáticos. Euclides da Cunha no intervino personalmente en la campaña de *Canudos*; fue allá como periodista, pero había recibido también una educación militar.

(20) Aunque ingeniero militar de profesión, Euclides da Cunha abrazó la carrera de periodista. Como tal describió la campaña de Canudos, tema después de su gran libro. En 1939 se publicó su diario de la campaña. Otro de sus libros es un estudio de *Castro Alves e seu tempo*, (Rio de Janeiro, 1908). El libro de R. B. Cuminghame Graham *A Brazilian Mystic* (Nueva York, 1925) se basa en gran parte en *Os sertões*.

(21) Hay ya colecciones de *Obras completas* de Ingenieros y Korn, publicadas en la Argentina.

El movimiento filosófico crece en la siguiente generación con hombres como Francisco García Calderón (n. en 1883) y Víctor Andrés Belaúnde (n. en 1883) en el Perú, Antonio Caso (1883-1946) y José Vasconcelos (n. en 1881) en México, y Francisco Romero en la Argentina.

Muchos de los más jóvenes, nacidos después de 1900, han consagrado sus actividades a la filosofía, tanto a la investigación original como a la crítica del pensamiento clásico y moderno.

En este período no hay prácticamente literatura religiosa. Los últimos neoclásicos y los románticos que no habían perdido su fe escribieron aún poesía religiosa (por ejemplo, José Joaquín Pesado, José Eusebio Caro y Gertrudis Gómez de Avellaneda). Entre los poetas del primer grupo de modernistas, Gutiérrez Nájera, Casal y Darío invocan a Dios en el desconsuelo; después de ellos, hasta el nombre de Dios desaparece de la poesía. La única excepción importante es Amado Nervo, católico no muy ortodoxo, ya que su fe tomó un fuerte matiz oriental, pero al menos cristiano. Cf. Esther Turner Wellman, *Amado Nervo: Mexico's Religious Poet* (Nueva York, 1937), Elijah Clarence Hills, en *Hispania*, diciembre de 1941, y John Eugene



Englekirk, en *New Mexican Quarterly*, II (1932), 53-65. En años recientes, algunos poetas han revivido los temas religiosos; así Francisco Luis Bernardez en la Argentina y Jorge de Lima en el Brasil.

(22) Cf. Amado Alonso, *Ensayo sobre la novela histórica: El modernismo en "La gloria de Don Ramiro"* (Buenos Aires, 1943). Entre los autores de novelas históricas o épicas, recordaremos a Pedro César Dominici (n. en 1872), de Venezuela, que sitúa su *Dionisos* en Grecia, y Angel de Estrada (1872-1923), de la Argentina, que se inspira en la antigüedad clásica, o en la Edad Media o el Renacimiento.

(23) Raul Pompeia (1863-1895), autor de *O Atheneu* (1898), novela autobiográfica de la vida de colegio, figura también en el primer grupo de "naturalistas" brasileños, aun cuando es más bien un psicólogo sombrío y maestro de la descripción poética. El segundo grupo de "naturalistas" incluye a Henrique Coelho Netto (1864-1934), José Joaquim de Medeiros e Albuquerque (1867-1934) y Xavier Marques (n. en 1861). José Pereira de Graça Aranha (1868-1931) pertenece a la misma generación, pero su obra es el punto de partida de un nuevo tipo de novela (ver el próximo capítulo).

(24) El primer grupo de modernistas hizo algunos ensayos en el género de la novela, pero sin perseverar en ellos. Martí escribió en su juventud *Amistad funesta* e hizo una traducción resumida de la *Ramona* de Helen Hunt Jackson, mejorando el estilo del original. Rubén Darío, a los veinte años apenas, escribió *Emelina* (1887) en Chile, en colaboración con Eduardo Poirier; mucho después comenzó, sin llegar nunca a terminarlas, *El hombre de oro* y *Oro de Mallorca*. Silva perdió en un naufragio la única novela que escribió. Los modernistas del segundo grupo fueron más asiduos: la mayor parte de la obra de Larreta, Reyes, Quiroga, Díaz Rodríguez, y Urbaneja Achelpohl, y parte de la de Lugones, Blanco Fombona, Nervo, Cestero y Clemente Palma es novela o cuento.

(25) Los nombres principales en la historia de nuestra novela realista, después del período de Blest Gana y Cuéllar, son, en México, José López Portillo y Rojas (1850-1923), Rafael Delgado (1853-1914), Federico Gamboa (1864-1939), en quien hay alguna influencia del gusto modernista, y Emilio Rabasa (1856-1930), mucho más estimable por sus obras sobre ciencia política (en su historia constitucional de México, *La Constitución y la dictadura*, 1912, las doctrinas políticas se mueven y enfrentan como los personajes de una novela); en Cuba, Nicolás Heredia (nacido en Santo Domingo, c. 1849-1901) y Carlos Loveira (1882-1928); en Puerto Rico, Manuel Gandía (1855-1930); en Venezuela, Gonzalo Picón Febres (1860-1918), Manuel Vicente Romerogarcía, y Miguel Eduardo Pardo (1865-1905); en Colombia, Lorenzo Marroquín (1856-1918) y Tomás Carrasquilla (1858-1940); en el Perú, Clorinda Matto de Turner (ver cap. 6, notas 30 y 34), Mercedes Cabello de Carbonera (c. 1847-1909), que también escribió ensayos sobre el arte moderno de la ficción (1892) y sobre Tolstoi; en Chile, Luis Orrego Luco (n. en 1866), Baldomero Lillo (1867-1923), Federico Gana (1867-1926) y Emilio Rodríguez Mendoza (n. en 1873); en el Uruguay, Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921) y Javier de Viana (1872-1927); en la Argentina, además de Cambaceres y Payró, Lucio Vicente López (1848-1893), José Miró (1867-1896), que con el seudónimo de Julián Martel escribió *La bolsa*, famosa novela en su tiempo, sobre la crisis financiera de 1890, Carlos María Ocantos (n. en 1860), Manuel Podestá (1853-1920), Francisco Sicardi (1856-1927), Martiniano Leguizamón (1858-1935) y José Sixto Alvarez, más conocido por su seudónimo de Fray Mocho (1858-1903). Viana y Fray Mocho, como Magón, de Costa

Rica (seudónimo de Manuel González Zeledón, 1864-1936), escribieron sobre todo novelas cortas.

Hay un estudio en inglés sobre uno de estos novelistas: *Carlos María Ocantos*, por Theodore Anderson (Yale University Press, 1934). Cf., además, Dillwyn F. Ratcliff, *Venezuelan Prose Fiction* (Nueva York, 1933).

(26) Cf. Ruth Richardson, *Florencio Sánchez and the Argentine Theatre* (Nueva York, 1933); Madaline Wallis Nichols, "The Argentine Theatre", en *Bulletin Hispanique*, XLII (1940), 39-53; Cyrus Townsend Brady, Jr., "Lively Theatre in Buenos Aires", y Edith R. Isaacs, "Argentine Drama", en *Theatre Arts Monthly*, mayo de 1939; Willis Knapp Jones, "La gringa' Theme in River Plate Drama" (*La gringa* es una obra de Florencio Sánchez, 1904), en *Hispania*, XXV (1942), 326-332.

Las obras de Florencio Sánchez pueden dividirse en rurales y urbanas; las rurales son las mejores, e incluyen *Barranca abajo*, *La gringa* y *M'hijo el doctor*, su primer éxito (1903); entre las piezas urbanas figuran *En familia* (1905), *Los muertos* (1905), *Los derechos de la salud* (1907) y *Nuestros hijos* (1907).

Otros dramaturgos uruguayos de interés fueron Ernesto Herrera (1887-1917), autor de *El León ciego* y *La moral de Misia Paca*, y Samuel Blixen (1869-1911), que se distinguió también como crítico.

Los principales dramaturgos del grupo argentino son Martín Coronado (1850-1919), buen poeta romántico cuyas piezas rurales están escritas en verso; Payró, el novelista; Gregorio de Laferrere (1867-1913), que escribió las mejores comedias; Enrique García Velloso (1880-1938); Julio Sánchez Gardel (1879-1937), Emilio Beriso (1878-1922), César Iglesias Paz (m. en 1922), José León Pagano (n. en 1875), Roberto Gache (n. en 1892) y José Antonio Saldías (n. en 1891). El dramaturgo italiano Darío Niccodemi (1874-1934) pasó parte de su juventud en Buenos Aires, donde escribió crítica dramática durante los primeros años del siglo, y dio a la escena su primera obra (en español), *Duda suprema* (1900).

Sobre el Teatro del Pueblo, dirigido por el escritor Leónidas Barletta (n. en 1902), cf. John Erskine, "The People's Theatre", en la revista *Tomorrow*, marzo de 1943. Entre los dramaturgos recientes figuran Samuel Eichelbaum (n. en 1840), el poeta y humorista Conrado Nalé Roxlo (n. en 1898) y Román Gómez Masía, autor de *El señor no está en casa*, buena farsa teológico-socialista a la manera de Bernard Shaw.

Durante la segunda mitad del siglo XIX hubo en México, además del teatro religioso tradicional (que perdura aún en el Perú, en la América Central y otros lugares, inclusive Nuevo México), una especie de drama popular en el que los principales personajes eran hombres fuera de la ley, como en la Argentina: destácase entre todas la figura de *Chucho el Roto*. Pero este teatro no llegó a alcanzar vuelo nacional.

Muchos esfuerzos se han hecho, por parte de los hombres de letras, por crear en la mayoría de los países hispanoamericanos un "teatro nacional" estable, organizando compañías dramáticas y temporadas especiales (cf. Rodolfo Usigli, *Caminos del teatro en México*, México, 1933, y Antonio Magaña Esquivel, *Imagen del teatro*, México, 1940). Hasta ahora sólo el Brasil se acerca a los países del Río de la Plata en el desarrollo de su teatro; es el único que ha progresado de manera permanente más allá de esas breves farsas, con o sin música, que prácticamente existen en todas partes. En el Brasil el teatro ha logrado mantenerse con un éxito asegurado desde los días de Martín Penna. Los nombres más destacados son Joaquín

José da França el joven (1838-1890), Agrario de Menezes (1834-1863), Arthur Azevedo (1855-1908), Valentin Magalhães (1859-1903), Claudio de Souza, Oduvaldo Vianna y Jovacy Camargo. Los novelistas Alencar, Macedo, Aluizio de Azevedo y Coelho Netto fueron también dramaturgos de éxito. Cf. Lafayette Silva, *Historia do teatro brasileiro* (Rio de Janeiro, 1938).

## NOTAS DEL CAPITULO VIII

(1) Dos anécdotas: Se dice que en Colombia, durante una elección presidencial, dos grupos rivales de manifestantes estaban próximos a llegar a las manos frente a la casa del poeta Guillermo Valencia, que era uno de los candidatos, cuando surgió una voz anónima pidiendo que aquél leyese uno de sus célebres poemas; apaciguados los ánimos, el poeta procedió a la lectura. La especie puede no ser verídica, pero es típica. Yo puedo dar fe de la otra anécdota. En el comercial Buenos Aires, Fernández Moreno compró una casa en 1940, y tanto el agente de la propiedad como la empresa que hizo la limpieza y desinfección del edificio se negaron a cobrar sus honorarios porque el comprador era un poeta famoso.

(2) A esta generación de transición pertenecen el ensayista Ricardo Rojas (n. en 1882), el filósofo Francisco Romero (n. en 1891), los poetas Evaristo Carriego, Enrique Banchs (n. en 1888), Arturo Capdevila (n. en 1889), Baldomero Fernández Moreno (n. en 1886), Rafael Alberto Arrieta (n. en 1889), Oliverio Girondo (n. en 1891), y Alfonsina Storni (1892-1938), los críticos literarios Roberto Fernando Giusti (n. en 1887) y Julio Noé (n. en 1893), los novelistas Benito Lynch (n. en 1885), Ricardo Güiraldes (1886-1927), Manuel Gálvez (n. en 1882) y Alberto Gerchunoff (n. en 1884), periodista distinguido también, y el originalísimo ensayista y poeta Ezequiel Martínez Estrada (n. en 1895), en la Argentina; el dramaturgo Ernesto Herrera, los poetas Delmira Agustini (1887-1914), Juana de Ibarbourou (n. en 1895), Fernán Silva Valdés, Emilio Oribe (n. en 1893) y Carlos Sabat Ercasty (n. en 1887), el orador y poeta socialista Emilio Frugoni (n. en 1880), en el Uruguay; el historiador Efraín Cardozo y los poetas Eloy Fariña Núñez (1885-1929) y Juan Emilio O'Leary (n. en 1880), en el Paraguay; Gabriela Mistral (n. en 1889), el novelista y poeta fantástico Pedro Prado (n. en 1886), los críticos literarios Armando Donoso (n. en 1887) y Hernán Díaz Arrieta (n. en 1891), los novelistas Eduardo Barrios (n. en 1884), Mariano Latorre (n. en 1886), Jenaro Prieto (n. en 1889) y Joaquín Edwards Bello (n. en 1888), el poeta Pablo de Rokha (seudónimo de Carlos Díaz Loyola (n. en 1894), en Chile; los novelistas Alcides Arguedas (n. en 1879) y Armando Chirveches (1883-1926) y los poetas Gregorio Reynolds (n. en 1882) y José Eduardo Guerra (1893-1943), en Bolivia; los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, Víctor Andrés Belaúnde, Abraham Valdelomar (1888-1919), autor de pintorescos relatos sobre temas nativos, los poetas José María Eguren (1882-1942), José Gálvez (n. en 1885) y Alberto Hidalgo (n. en 1897), la novelista Angélica Palma (1883-1935), el historiador de la literatura José de la Riva Agüero (1885-1944), los ensayistas José Carlos Mariátegui (1891-1930) y Luis Alberto Sánchez (n. en 1900), en el Perú; el crítico literario Gonzalo Zaldumbide (n. en 1885) y el poeta Medardo Angel Silva (c. 1899-1921), en el Ecuador; el novelista José

Eustasio Rivera (1888-1928), los poetas Luis Carlos López, Rafael Maya (n. en 1898), León de Greiff (n. en 1895) y Miguel Angel Osorio (c. 1883-1942; conocido por los seudónimos de Ricardo Arenales y Porfirio Barba Jacob), el ensayista Luis López de Mesa (n. en 1884), en Colombia; los poetas Alfredo Arvelo Larriva (1883-1934) y J. T. Arreaza Calatrava, los novelistas José Rafael Pocaterra (n. en 1890) y Rómulo Gallegos (n. en 1884), en Venezuela; los poetas Salomón de la Selva (n. en 1894), que publicó en inglés su primer libro de poemas, *Tropical Town* (Nueva York, 1919), Rafael Heliodoro Valle (n. en 1891) y Rafael Arévalo Martínez (n. en 1884), novelista también de tipo muy poco común, y el ensayista Omar Dengo (1888-1928), en Centroamérica; Octavio Méndez Pereira (n. en 1887) y Ricardo Miró (1883-1940), en Panamá; Ramón López Velarde, el poeta y ensayista Alfonso Reyes (n. en 1889), los filósofos Antonio Caso y José Vasconcelos, el arqueólogo Alfonso Caso (n. en 1896), los novelistas Carlos González Peña (n. en 1885), José Rubén Romero (n. en 1890) Genaro Estrada (1887-1937) y Martín Luis Guzmán (n. en 1887), los ensayistas Julio Torri (n. en 1889) y Antonio Castro Leal, el historiador del arte Manuel Toussaint, en México; el sutil ensayista Francisco José Castellanos (1892-1920), los poetas Mariano Brull (n. en 1891), Agustín Acosta (n. en 1887) y Juan Marinello (n. en 1899), los novelistas Jesús Castellanos (1879-1912) y Alfonso Hernández Catá (1885-1940), los ensayistas José María Chacón y Calvo (n. en 1893), Jorge Mañach (n. en 1898) y Félix Lizaso (n. en 1891), en Cuba; los poetas Olegario Marianno (n. en 1889), e Felipe d'Oliveira (m. en 1932), Raul de Menotti del Picchia (n. en 1892), el poeta y crítico Ronald de Carvalho (1893-1935), los críticos literarios Alcides Maya (n. en 1878) y Agrippino Grieco (n. en 1888), los ensayistas Jackson de Figueiredo (1891-1928) y Renato Almeida, el cuentista Humberto de Campos (1886-1934), los novelistas Alfonso Henriques de Lima Barreto (1881-1922), Afranio Peixoto (n. en 1876) y Monteiro Lobato (n. en 1883), el filósofo Tristão de Athayde (seudónimo de Paulo Barreto, 1881-1921), en el Brasil.

(3) Entre 1915 y 1925, González Martínez influyó mucho en México sobre los poetas jóvenes de entonces.

Semejantes a González Martínez en sus tendencias son el chileno Magallanes Moure, citado ya en el capítulo anterior, y el argentino Rafael Alberto Arrieta.

Sobre la mayoría de los poetas citados en este capítulo, ver las excelentes notas críticas de Federico de Onís en su *Antología*.

(4) Dos poemas exquisitos ("¿Quieres sondear la noche...?" y "Yo he soñado en mis lúgubres noches..."), escribió, entre muchos otros versos sin relieve, la cubana Juana Borrero (1878-1896). Su hermana Dulce María Borrero (n. en 1883), alcanzó, con menor intensidad, un estilo más acabado; su *Nueva vida* es uno de los raros poemas que aciertan en la expresión de una emoción alegre. Pero Juana murió muy joven y Dulce María ha escrito muy poco desde la publicación de su único libro de poemas (1912); de ahí su escasa participación en el movimiento literario.

La poetisa mexicana María Enriqueta Camarillo de Pereira (n. en 1875), que se firma María Enriqueta, comenzó a publicar cuando tenía cerca de treinta años. Su obra es desigual; en sus mejores poesías (*Paisaje*; *Sendero olvidado*) alcanza una sombría profundidad con procedimientos muy simples.

En el Brasil, Francisca Julia (1874-1920) siguió la escuela parnasiana.

(5) María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924) luchó —en su estilo al menos— por conseguir la serenidad, y con fingida calma parnasiana trazó el retrato de su ideal de la fuerza masculina (*El cazador de estrellas*). Pero su vida solitaria acabó por

romperse en lamento y protesta, envidiando a los dichosos que todavía pueden soñar. Delmira Agustini fue la primera en hablar franca y libremente de su pasión; su exaltado temperamento adolescente hizo de su vida una tragedia. Alfonsina Storni era desigual y original; dan fe de esta última cualidad su hábito de analizar (en verso) a los hombres con quienes se topaba por la calle, imaginando el alma por el cuerpo, y sus *Versos a la tristeza de Buenos Aires*, en los que descubre la invencible tristeza de la orgullosa ciudad a la que, según Lugones, cada día dorado "aproxima a la nueva ventura". Juana de Ibarbourou, la más joven del grupo, inició su carrera literaria como rebelde feliz —su poesía tenía la juvenil frescura de una vida sin trabas; pero el paso del tiempo le trajo la melancolía de *El afilador*— el día, con su piedra de afilar y sus doce cuchillos de plata, que le cortan las alas—.

Por centenares se cuentan las imitadoras de estas poetisas, especialmente en la Argentina y en el Uruguay; simultáneamente nuevos tipos de mujer han aparecido en nuestra literatura: Victoria Ocampo, Silvina Ocampo, María Rosa Lida, Nora Lange, Margarita Abella Caprile, María Alicia Domínguez, María de Villarino y María Rosa Oliver, en la Argentina; Sara de Ibáñez y Selva Márquez, en el Uruguay; Amanda Labarca, Ana M. Berry (autora de varios libros en inglés, publicados en Londres), María Luisa Bombal, Marta Brunet y Magdalena Petit, en Chile; Rosa Arciniaga y Magda Portal, en el Perú; María Villar Buceta, Carolina Poncet, Lydia Cabrera y Dulce María Loynaz en Cuba; Camila Henríquez Ureña, en Santo Domingo; la deliciosa novelista Teresa de la Parra (1891-1936) y Enriqueta Arvelo Larriva, en Venezuela, Rachel de Queiroz, Cecilia Meireles, Lidia Besouchet, Carolina Nabuco, Lucía Miguel Pereyra, Heloísa Alberto Torres y Adalgisa Nery, en el Brasil.

(6) Ricardo Rojas publicó en 1909 su libro *La restauración nacionalista*, que trata principalmente de educación pública; en 1916, *La argentinidad* (fue él quien acuñó el término); de 1917 a 1922 su historia de *La literatura argentina*; en 1924, *Eurindia* (otro término acuñado por él, de "europeo" e "indio"), al que llamó "ensayo de estética"; en 1927, *El Cristo invisible*; en 1933, su biografía de San Martín, *El santo de la espada*; en 1942, *Archipiélago*, escrito en Tierra del Fuego, en 1934, cuando fue encarcelado como jefe de la oposición; en 1945 apareció su biografía de Sarmiento (*El profeta de la pampa*). De Sudamérica, y especialmente de la Argentina, ha tomado los temas de la mayoría de sus obras: por ejemplo, sus relatos de *El país de la selva* (1907) y sus obras de teatro *Ollantay* (1939) y *La Salamanca* (1934). Da muestras de su devoción por España, además, en sus libros *El alma española* (1908) y *Retablo español* (1938).

Cf. J. A. Mackay, *The Other Spanish Christ* (Londres, 1932).

(7) Cf. *La Reforma Universitaria*, editada por Gabriel del Mazo, 6 vols. (Buenos Aires, 1926-1927; segunda edición en 3 vols., La Plata, 1941).

(8) Los miembros más conocidos del Ateneo son Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Mariano Silva Aceves, Julio Torri (cf. nota 2 de este capítulo), el compositor Manuel M. Ponce, los arquitectos Jesús Tito Acevedo (c. 1880-1918) y Federico E. Mariscal, y los pintores Diego Rivera y Angel Zárraga. Al grupo se unió el poeta González Martínez, aunque pertenecía a una generación anterior. Varios de sus miembros han tomado parte activa en la política, especialmente Vasconcelos, Isidro Fabela, Alfonso Cravioto y Alberto J. Pani, primer presidente de la Universidad Popular (el segundo y último fue el Dr. Alfonso Pruneda). Aunque nacido fuera de México, el autor de estas líneas perteneció también al Ateneo, fue el primer secretario de la Universidad Popular y,

antes de ello, miembro de la redacción de *El Antirreeleccionista*, órgano del partido que se oponía a la reelección de Porfirio Díaz, y que con el tiempo eligió a Madero presidente; el periódico fue suprimido por el gobierno de Díaz en 1910. Cf. mi artículo "The Revolution in Intellectual Life", en *Survey Graphic*, mayo de 1924, y, en español, Alfonso Reyes, *Pasado inmediato* (México, 1941).

(9) Semejante a Haya de la Torre en su educación filosófica y en su estilo es el dirigente obrero mexicano Vicente Lombardo Toledano (n. en 1894).

Sobre la relación entre literatura y política en el Perú, cf. José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Lima, 1928), y Luis Alberto Sánchez, capítulo final de *La literatura del Perú* (Buenos Aires, 1939).

(10) Es digno de notarse el hecho de que sean pocos los escritores de primera fila, entre los nacidos después de 1880, que pertenecen a los partidos conservadores. Como una de las excepciones recordemos a José de la Riva Agüero, que ha sido miembro del gabinete en el Perú. No cuento como políticos los puestos diplomáticos; no es raro que un diplomático tenga opiniones políticas que difieren, en mayor o menor medida, de las del gobierno que representa.

(11) Banchs publicó cuatro libros de versos de los diecinueve a los veintitrés años, y luego dejó de escribir para el público —problema que ha venido intrigando a sus muchos admiradores hasta hoy. Hacia 1928, sin embargo, dio al diario *La Prensa*, donde dirige una sección infantil, cuatro sonetos en que, sin abandonar su acostumbrada maestría formal, da salida a emociones románticas (especialmente en "Si en el mar de la vida soy estela...").

(12) Ramón López Velarde murió cuando sólo había publicado dos libros de poesía. Escribió también excelente prosa y buena crítica, publicada en la colección póstuma de sus obras.

Sobre Herrera, cf. Thomas Walsh, "Julio Herrera y Reissig, a Disciple of Poe", en *Poet Lore*, XXXIII (1922), 601-607.

(13) Nuestro nuevo movimiento fue, por supuesto, parte de un movimiento internacional que incluye expresionismo, surrealismo y otras muchas tendencias menores. Cf., por ejemplo, el *Axel's Castle* de Edmund Wilson (Nueva York, 1931), sobre aspectos importantes del movimiento en inglés y francés, y *The Heritage of Symbolism*, de C. M. Bowra, sobre cinco poetas europeos (Londres y Nueva York, 1943). Para España, y parcialmente la América española, el libro de Guillermo de Torre *Literaturas europeas de vanguardia* (Madrid, 1925).

(14) Vicente Huidobro (n. en 1893) ha publicado libros en prosa y verso, en español y francés. Sobre su poesía, cf. Henry Alfred Holmes, "The Creationism of Vicente Huidobro", en *The Spanish Review*, marzo de 1934.

(15) Cf. el ensayo de Alfonso Reyes sobre "Las jitanjáforas" (1929) en su volumen *La experiencia literaria* (Buenos Aires, 1942.).

(16) Fue en el período culminante del movimiento cuando Ortega y Gasset escribió su famoso ensayo sobre lo que llamó "arte deshumanizado", incluyendo, por supuesto, todas las formas de arte y no solamente las literarias.

(17) Como es natural, el nativismo fue más común en la novela y en el cuento que en la poesía; aun durante el período romántico, como hemos visto, mientras el teatro buscaba frecuentemente sus asuntos en la historia o leyendas del Viejo Mundo, la novela se inclinó en general hacia los temas locales.

Además de Madrid, los dos centros del movimiento de "vanguardia" en lengua española fueron Buenos Aires, con Borges (n. en 1899), Güiraldes, Girondo,

Francisco Luis Bernárdez (n. en 1900), Leopoldo Marechal (n. en 1900) y Ricardo Molinari (n. en 1898), y México, con Carlos Pellicer (n. en 1897), Jaime Torres Bodet (n. en 1902), José Gorostiza (n. en 1901), Enrique González Rojo (1899-1939), Bernardo Ortiz de Montellano (n. en 1899), Salvador Novo (n. en 1904) y Xavier Villaurrutia (n. en 1903), y la rama de los estridentistas Manuel Maples Arce (n. en 1898) y Germán Llist Arzubide; Octavio Paz (n. en 1914), entre otros muchos, pertenece a un grupo posterior.

El Brasil es un mundo en sí, y sus relaciones con Portugal son mucho menos hondas que las de la América española con España (además, desde la guerra civil de 1936, la mayoría de los mejores escritores españoles viven en el Nuevo Mundo). En los últimos años pueden contarse hasta seis ciudades literarias en el Brasil, de Norte a Sur: Belem do Para, San Salvador de Bahía, Recife de Pernambuco, Rio de Janeiro, São Paulo y Porto Alegre en Rio Grande do Sul. Rio de Janeiro y São Paulo son los dos centros directores.

Los poetas brasileños más destacados de los grupos que surgieron después de 1922 son, junto con Manuel Bandeira y Mario de Andrade, Jorge de Lima, Murilo Mendes, Oswald de Andrade, Raul Bopp, Cecilia Meireles, Ribeiro Couto, Carlos Drummond de Andrade, Adalgisa Nery, y el más joven de los maestros, Augusto Frederico Schmidt. Cf. "La moderna poesía brasileña" por Vinicius de Moraes (poeta él mismo, y uno de los mejores entre los jóvenes), en la revista *Sur* de Buenos Aires, septiembre de 1942.

(18) Sobre Neruda, cf. Amado Alonso, *Poesía y estilo de Pablo Neruda* (Buenos Aires, 1940).

(19) Una comparación entre *Os sertões* de Euclides da Cunha (citado en el capítulo anterior) y *Casa-grande e senzala* de Gilberto Freyre (citada en el segundo), o sus *Sobrados e mucambos*, o su *Nordeste*, o los estudios sociológicos de Arthur Ramos, puede dar, en el mismo Brasil, una clara idea del contraste. Tanto Freyre como Ramos han superado ya la que podríamos llamar "mentalidad siglo diecinueve" sobre la raza.

(20) Canaan de Graça Aranha fue traducido al inglés por Mariano J. Lorente (Boston, 1920), con un prefacio de Guglielmo Ferrero. Cf. el artículo de Ernesto Montenegro sobre esta edición en *The New York Times Book Review*, 1o. de junio de 1923 (en la misma revista hay otros artículos de Montenegro sobre literatura hispanoamericana; ver especialmente los números de 18 de febrero de 1923, 9 de marzo de 1924, 7 de junio de 1925, 10 de junio de 1928 y 30 de marzo de 1941).

(21) Rudyard Kipling, *Brazilian Sketches*, reunidos en volumen (Londres y Nueva York, 1941).

(22) Stuart Chase, *México*, escrito en colaboración con Marian Tyler (Nueva York, 1935), y Robert Redfield, *Tepoztlan* (Chicago, 1930).

(23) Puede citarse, entre muchos, Miguel Asturias, *Leyendas guatemaltecas*, de las que hay una traducción francesa con prefacio de Paul Valéry. El libro de Antonio Mediz Bolio, *La tierra del faisán y del venado*, basado en tradiciones mayas, ha aparecido en traducción inglesa (México, 1935). También en México, y especialmente en Yucatán, existe teatro en lenguas nativas.

Otros muchos ejemplos se hallarán entre los escritores peruanos, en los cuentos de Valdelomar, Enrique López Albújar (n. en 1872), Luis Eduardo Valcárcel (n. en 1891), Ernesto Reyna, Ventura García Calderón, y en los poemas de Alejandro Peralta (n. en 1899), Guillermo Mercado (n. en 1900), Gamaliel Churata, Eustakio

Aweranka y Luis Fabio Xammar (n. en 1911). Churata y Aweranka escriben en español y en las lenguas indígenas. Hay, además, la literatura más militante de César Vallejo (1895-1938), César Falcón, Serafín Delmar y Ciro Alegría (n. en 1909).

En el Paraguay hay también hombres de letras que emplean tanto el español como el guaraní nativo en su poesía (Juan Natalicio González, conocido historiador y ensayista; Manuel Ortiz Guerrero, Narciso Colman) y en el teatro (Julio Correa).

En la misma Argentina existe una literatura de temas indios y mestizos en la región noroeste del país (Juan Carlos Dávalos, Pablo Rojas Paz, Fausto Burgos, Carlos B. Quiroga, Rafael Jijena Sánchez).

(24) Los poetas más importantes (blancos en su mayoría) de la "poesía negra" son, en Puerto Rico, Luis Palés Matos (a quien se da por iniciador del movimiento) y Tomás Blanco; en Cuba, Nicolás Guillén, Emilio Ballagas, José Zacarías Tallet (n. en 1893), Rafael Esténger (n. en 1899), Alejo Carpentier (n. en 1904), Regino Pedroso (n. en 1897), Ramón Guirao (n. en 1912), y Vicente Gómez Kemp (n. en 1914); en Santo Domingo, Manuel del Cabral y Tomás Hernández Franco.

En el Brasil no hay movimiento de poesía negra, pero sí muy buena poesía sobre temas negros —Menotti del Picchia (*Juca Mulato* 1917), Jorge de Lima, Mario de Andrade y Cassiano Ricardo—. No faltan en otros países poetas interesados en el tema; por ejemplo, Ildefonso Pereda Valdés, en el Uruguay.

(25) Aimé F. Tschiffely, el famoso viajero que hizo a caballo el camino de Buenos Aires a Washington (en los caballos argentinos Mancha y Gato), describe la actitud de los indios en su reciente libro *Coricancha* (Londres, 1943): "Los indios siguen sentándose en sus chozas, oyendo intensamente, esperando y orando porque se cumpla la segunda parte de la profecía de sus antepasados, la que ve a la liberación definitiva del dominio del hombre blanco".

(26) "Esencialmente indio" consideran a César Vallejo sus admiradores peruanos, aun cuando los asuntos de sus poemas no son predominantemente indios. Su poesía expresa la vieja tristeza contra la opresión. Pero en su novela *Tungsteno* toma partido abiertamente (1930). Visitó las repúblicas soviéticas y escribió allí un libro titulado *Rusia en 1931*. Los últimos poemas que escribió fueron sobre la guerra civil española (*España, aparta de mí este cáliz*). Cf. Edna Worthley Underwood, "César Vallejo", en *The West Indian Review*, Julio de 1939.

Sobre los poetas indianistas, cf. Aída Cometta Manzoni, *El indio en la poesía de América Española*.

Refuerzo muy interesante a la milicia indianista fue el del gran novelista y poeta español Ramón del Valle-Inclán (1869-1936) con su poema *Nos vemos*, escrito en México en 1921 ("¡Colgad al encomendero!"), y su novela sobre la vida política en la América española, *Tirano Banderas* (1926), en donde los personajes hablan una "lengua sintética hispanoamericana" ingeniosamente ideada, con mezcla de cubano, mexicano, argentino y otros localismos.

(27) *Los de Abajo*, de Azuela, ha sido traducido al inglés por Enrique Munguía con el título de *The Under Dogs*, y publicado en Nueva York en 1929. También se ha traducido al francés, alemán, checo, ruso, yiddish, portugués y japonés. Anita Brenner tradujo *Mala yerba*, con el título de *Marcela* (Nueva York, 1932).

Como novela suele considerarse *El Aguila y la serpiente* (1928), de Martín Luis Guzmán (n. en 1887), traducida al inglés por Harriet de Onís (Nueva York, 1930); en realidad relata, de modo brillante y sorprendente, las experiencias vividas por el autor durante la revolución de Carranza contra el usurpador Huerta; todos los sucesos y



nombres son estrictamente históricos. Guzmán ha escrito después una novela, *La sombra del caudillo*, y las *Memorias del Pancho Villa*. Ha sido traducido al inglés, francés, holandés, alemán y checo.

Hay muchas otras novelas sobre la Revolución Mexicana, por José Rubén Romero, Xavier Icaza, Gregorio López y Fuentes, Rafael Muñoz, José Mancisidor y el nicaragüense Hernán Robleto (y obras de teatro de Mauricio Magdaleno y Juan Bustillo Oro). Concluida definitivamente la Revolución, estos autores volvieron su atención a distintos asuntos, tales como la "reconstrucción", que era su secuencia lógica, la aplicación de las leyes agrarias, y otros problemas relacionados a menudo con el indio. Robleto ha escrito relatos sobre las revoluciones de Nicaragua y la intervención de los Estados Unidos (notablemente en *Sangre en el trópico*). Sobre las revoluciones de otros países: *Fiebre*, del venezolano Miguel Otero Silva (n. en 1908); *La mañosa* (1936), del dominicano Juan Bosch (n. en 1909). Sobre la guerra del Chaco: *Aluvión de fuego* (1935), de Oscar Cerruto, y *Sangre de mestizos* (1936) de Augusto Céspedes, ambos bolivianos.

Excelente novela histórica sobre la revolución de independencia en Venezuela es *Las lanzas coloradas* (1936), de Arturo Uslar Pietri (n. en 1905).

Cf. Berta Gamboa de Camino, "The novel of the Mexican Revolution", en *Renascant Mexico*, editado por Hubert Herring y Herbert Winstock (Nueva York, 1935); Ernest R. Moore, *Bibliografía de Novelistas de la Revolución Mexicana* (México, 1941), e "Influence of the Modern Mexican Novel on the American Novel", en *Revue de Littérature Comparée*, enero-marzo de 1939.

Sobre los novelistas más recientes cf. Octavio Paz, "Una Nueva Novela Mexicana", en *Sur*, julio de 1945.

(28) Los grupos más numerosos de novelistas sociales son, además del mexicano, el ecuatoriano y el peruano. En el grupo del Ecuador figuran, además de Icaza, Chaves y Gil Gilbert, José de la Cuadra, Demetrio Aguilera Malta, Humberto Salvador, Alfredo Pareja Díez Canseco, Pablo Palacios y Joaquín Gallegos Lara. El grupo del Perú incluye, junto a Vallejo, Falcón y Alegría, a Adalberto Ortiz, Gerardo Gallegos, Serafín Delmar, conocido también como poeta (su nombre verdadero es Oscar Bolaños, n. en 1900), José María Arguedas, Pedro Barrantes Castro, Julio Garrido Merino, José Díez Canseco, Fernando Romero y Juan Seoane.

Cf. Arturo Torres Riosco, "Social Trends in the Latin American Novel", en el *Quarterly Journal of Inter-American Relations*, enero de 1939; Esther Crooks, "Contemporary Ecuador in the Novel and Short Story", en *Hispania*, febrero de 1940. (Cf. *La novela ecuatoriana*, de Angel F. Rojas, F. C. E., México, 1948).

(29) Cf. Samuel Putnam, "The Brazilian Social Novel, 1935-1940", en el *New Mexican Quarterly*, II (1940), 5-12.

(30) *La Voragine*, de José Eustasio Rivera, fue traducida al inglés con el título *The Vortex* por Earle K. James (Nueva York, 1935). También se ha traducido al alemán y al ruso. Cf. Eduardo Neale-Silva, "The Factual Bases of 'La Voragine'", en *Publications of the Modern Language Association*, 1939.

(31) Además de *Don Segundo Sombra*, Güiraldes escribió poemas, cuentos y otras tres novelas, entre ellas *Xaimaca* (1923), delicado relato psicológico.

(32) La novela de concepción poética sigue estando de moda. Excelentes ejemplos del género pueden hallarse en las obras de los mexicanos Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia y Gilberto Owen, el argentino Enrique Anderson Imbert y la chilena María Luisa Bombal.

El colombiano Germán Arciniegas es otro de los mejores ensayistas.

(33) Cf. capítulo 3 y notas 7 a 9. Hay pruebas sorprendentes de la amplia difusión que tuvo la música antigua en la América hispánica. Durante el siglo XIX corrieron por mi Santo Domingo natal dos canciones populares basadas en melodías de Mozart, y un himno de las sacerdotisas de Diana de la *Ifigenia en Tauris* de Gluck se hizo muy popular en una adaptación como himno a la Virgen María. El compositor Gustavo E. Campa escuchó en una aldea remota de México una canción basada en uno de los temas empleados por Beethoven en la *Séptima Sinfonía*.

(34) Cf. capítulo 6 y notas 9 a 15.

(35) Cito del artículo de Virgil Thomson "Revueltas Evening" en el *New York Herald Tribune*, 5 de marzo de 1941.

Sobre nuestros compositores modernos, ver los capítulos 3 y 6; Mario Sánchez de Fuentes, *Panorama actual de la música cubana* (La Habana, 1940); también, Mario de Andrade, *Eusaíao sob a musica brasileira* (São Paulo, 1928), y Adolfo Salazar, último capítulo de *La nueva música* (Buenos Aires, 1944).

(36) Sobre el arte en la América hispánica (lo mismo pintura que arquitectura y escultura), del siglo XVI al XIX, cf. capítulo 2 y notas 17, 33, 34 y 42-48; capítulo 3 y notas 43-47; capítulo 5 y notas 5-6; capítulo 6 y notas 6-8.

## SOBRE LA HISTORIA DEL ALEJANDRINO\*



El verso alejandrino tiene en castellano larga historia, con cuatro épocas: aparece, nebulosamente, en el siglo XII; se impone, como forma fundamental del mister de clerecía, durante los siglos XIII y XIV; (1) se eclipsa del XV al XVIII, salvo apariciones esporádicas (2) en la poesía culta y en los cantos populares; reaparece a plena luz en el XIX, y alcanza nuevo esplendor con los románticos y los modernistas.

En la cuarta época es común señalar dos períodos: antes y después de las innovaciones que, tras estudiar el modelo francés de Víctor Hugo, introdujeron Francisco Gavidia (1883) y Rubén Darío. En vez de dos períodos, deberán señalarse tres; desde principios del XIX hasta 1838; de ahí hasta Gavidia y Darío; de estos modernistas en adelante. Quizá haya que contar, si la situación actual no se modifica, una nueva fase; desde alrededor de 1920 los poetas emplean poco el alejandrino, y bien podría eclipsarse de nuevo.

Durante la Edad Media, es bien sabido, los poetas españoles que aspiraban a escribir alejandrinos no llegaban fácilmente a la medida exacta de catorce sílabas: Sólo Berceo

---

\**Revista de Filología hispánica*, Año VIII, No. 1-2, Instituto de Filología, Universidad de Buenos Aires, 1946.

alcanza – las más veces– el fin que se propone, si bien alterando el fluir normal del habla con la supresión total de la sinalefa. (3) Cuando el alejandrino de los siglos XII a XIV realiza plenamente su módulo ideal, su estructura es sencilla: se compone de dos hemistiquios de siete sílabas, que pueden terminar en palabra llana, o esdrújula, o aguda. La acentuación interna de los hemistiquios es libre; puede caer en cualquiera de las sílabas que definen la fisonomía rítmica de este verso, sea en sílabas pares, la segunda o la cuarta o ambas (acentuación yámbica, según la terminología de Bello), sea en sílaba impar, la tercera (acentuación anapéstica):

*La verdura del prado, la olor de las flores,  
las sombras de los árboles de temprados sabores.  
(Gonzalo de Berceo)*

*Era vieja buhona destas que venden joyas;  
éstas echan el laço, estas cavan las foyas...  
(Arcipreste de Hita)*

Eran rítmicamente libres los pocos alejandrinos de los siglos XVI y XVII:

*Olor tengan más fino las coloradas rosas...  
Floridos ramos mueva el viento sosegado...  
Más que el antiguo Néstor tengáis larga la vida...  
(Gil Polo, Diana enamorada) (4).*

*Y después, no sabiendo lo que de mí sería  
me vine aquí a Ruán por una fantasía...  
(Ambrosio de Salazar, La vida del autor)*

*Como el triste piloto que por el mar incierto  
se ve, con turbios ojos, sujeto de la pena  
sobre las corvas olas que vomitando arena  
lo tienen de la espuma salpicado y cubierto...  
(Pedro Espinosa, Soneto a la Virgen)*

En el siglo XVIII el alejandrino reaparece en Cándido María Trigueros (1736-1800), que lo llamó *pentámetro* (creía haberlo inventado), desde 1774:

*Y sufriendo en mil tierras y el reino de Neptuno  
las iras poderosas de la enojada Juno...*

(*Eneida*, 1)

y en Tomás de Irarte (1850-1791):

*Yo leí, no sé dónde, que en la lengua herbolaria,  
saludando al Tomillo la hierba Parietaria...  
Apenas medio palmo del suelo te levantas...*

(*Fábula X, La parietaria y el tomillo*)

La acentuación interna de los hemistiquios es, como se ve, libre. Igualmente en Alberto Lista (1775-1848):

*Ya de fulgentes flores se adorna primavera...  
Yo traspongo ligero los cántabros collados...  
Allí están sus rediles: amor, yo soy dichoso,  
que ya vuela a mis brazos la amada Filis mía...*

(*El deseo*)

Se mantiene libre, durante el siglo XIX, en los del prócer chileno Camilo Henríquez (1769-1845):

*Los talentos de Chile yo te vi que aplaudías,  
pero su sueño y ocio sempiterno sentías...*

(*Exhortación al estudio de las ciencias, ¿1812?*)

*¡Salve, gloria del mundo, república naciente,  
vuela a ser el imperio más grande de Occidente! ...*

(*A Buenos Aires, ¿1816?*)

En los del romántico argentino Esteban Echeverría  
(1805-1851):

*Dichosos si durasen las horas de ese sueño  
como duran y vuelven las del sueño común...*

*(La Guitarra)*

En los de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda  
(1814-1873):

*Sola al pie de la torre, donde la voz tonante  
resuena pavorosa de tu señor fatal...*

*(A Polonia, versión de Hugo, 1840)*

En los de Pablo Piferrer (1818-1848):

*Y el negro sumidero en que bota y retumba...  
Más allá está tu patria, un eterno confín...  
El aura vespertina que en las ramas suspira...  
el sol la roja cúspide por vez postrera mira...*

*(La cascada y la Campana)*

En los del mexicano Ignacio Rodríguez Galván  
(1816-1842):

*Hijos de tales padres, por las sendas impuras  
de avaricia y torpeza caminarán a oscuras  
y en fiestas crapulosas los hallará la luz...*

*(El privado del virrey)*

Todavía en los del novelista andaluz Juan Valera  
(1824-1905):

*De la sabia Minerva maravillosa fábrica,  
¿cómo se ha destruido, Atenas, tu poder? ...*

*(Fábula de Euforión)*

En los de José Selgas (1822-1882):

*Coronadas de lágrimas las ondas de su velo,  
rota sobre los aires su toca virreinal...*

*(La nube de verano)*

Y, tardíamente, en Miguel Antonio Caro (1843-1909):

*Le traerían ensueños floridos a la mente  
y olvidados afectos del corazón marchito...*

*A soñar a la sombra de tus copados árboles,  
de tus bullentes ondas al amoroso ruido...*

*Mi amor es puro y vago, misterioso y fecundo,  
más hermoso que el cielo, más que la mar profundo...*

*(El descubridor)*

Y en otro gran colombiano, Rafael Pombo (1833-1912):

*¿Qué suerte me ha tocado! ¡iqué esclavitud la mía!  
¡Vivir atado a un libro! ¡trabajar todo el día! ...  
Hoy no sabes ser libre. La virtud y la ciencia...*

*(El escuelante y la oruga)*

*Sorprendida in fraganti cayó la pulga un día...  
Muy poco mal me hiciste, más ello se te debe  
a que te era imposible hacérmelo mayor...*

*(El hombre y la pulga)*

*Entonces no se usaban estas carnicerías  
y eran artes incógnitas chorizos y jamón...*

*(Chanchito)*

Y hasta en el dramaturgo Echegaray (1832-1916):

*Cuando del viento el ímpetu logra al sauce doblar...*

*Y en la marmórea piedra el cincel ha grabado...*

*(Noviembre) (5)*

## II

¿Cuándo empezó la acentuación yámbica rigurosa de los hemistiquios del alejandrino? En *El deseo*, de Lista, está comenzando: solamente la última estrofa de la composición lleva acentuación libre; las anteriores tienen toda acentuación yámbica. Podría esperarse que los clasicistas del siglo XVIII hubieran introducido el rigor rítmico, como lo hicieron —por lo menos los últimos, Leandro Fernández de Moratín, Quintana, Gallego, Lista— con el endecasílabo, suprimiendo una *a* de sus formas, la de acento interior sólo en la sílaba cuarta, que se había mantenido desde los tiempos de Boscán y Garcilaso. (6) Pero el alejandrino tuvo escaso favor entre ellos. La acentuación yámbica exclusiva se adopta en el período romántico, y, según parece, la innovación se debe a Zorilla (1817-1893): los primeros alejandrinos que aparecen en sus obras son los de la plegaria *A María*, que forma parte de la colección inicial de sus poesías, publicadas en 1838:

*Aparta de tus ojos la nube perfumada...*

Vienen inmediatamente después los conocidísimos versos de *Las píldoras de Salomón*, en la sexta parte de los *Cantos del trovador* (1840-1841): constituyen el tercer “fragmento”, que alcanzó extraordinaria popularidad; no llevaba título, pero después se le ha denominado unas veces *Las nubes*, otras veces *La tempestad*:

*¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan  
del aire transparente por la región azul? ...  
¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se ensanchan  
y el firmamento trepan en lóbrego montón! ...*

Poco posteriores a los alejandrinos de *Las píldoras de Salomón* son los de la *Apoteosis de Calderón* (1841):



*Yo oí entre las hojas de mi laurel sonoro  
brotar de un arpa nueva el inspirado són...*

y los del “capítulo cuarto” de la *Azucena silvestre*:

*¡Ay triste del viajero que pierde su camino...!*

Contemporáneo estricto de Zorrilla, Salvador Bermúdez Castro (1817-1883) publica en esos mismo años sus *Ensayos poéticos* (1840) donde emplea el alejandrino de acentuación yámbica en las composiciones *Un baño en el Tajo* y *A Toledo*, fechadas ambas en el año de aparición del volumen.(1) A poca distancia debieron de seguir a Zorrilla, y a Bermúdez de Castro, Gabriel García Tassara (1817-1875) y Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881). Hasta la Avellaneda adoptó la nueva forma en su composición *Al mar* y en dos estrofas de *La noche de insomnio y el alba*:

*¡Ay! de la ardiente zona do tienes almo asiento  
tus rayos a mi cuna lanzaste abrasador...*

En América se difundió la innovación con el argentino José Mármol (1818-1871) y el venezolano Abigaíl Lozano (1821-1866).

### III

Durante cuarenta años, desde el éxito de Zorrilla, la mayoría de los poetas consideraron obligatoria la forma que él le dio al alejandrino: en comparación con la libertad anterior, hubo de parecer que el rigor acentual creaba una superior estructura rítmica. Pero sobrevino, después de 1880, la revolución de los *modernistas*, que prefería, a las formas de verso rígidamente acentuadas, las de acentuación libre: así ocurrió con el eneasílabo; para el endecasílabo se restauraron las cuatro formas originarias, las de la primera mitad del siglo XVI,

y después se ha llegado a formas descoyuntadas. (8) El alejandrino no podía quedarse intacto.

Cuando Gavidia y Darío descubren, con la lectura de poesía francesa, y particularmente de Hugo, la variedad rítmica de que es capaz el alejandrino, se limitan a devolverle la libertad de acentuación que tenía antes de Zorrilla y ensayar cortes internos:

*Yo dormía una noche a la orilla del mar,  
Sopló un helado viento que me hizo despertar.  
Desperté. Vi la estrella de la mañana. Ardía...*

(Gavidia, *Versión de la Stella de Hugo*, 1883)

*Trae, al soplar, la brisa, ruidos, besos, pasión,  
Lleva enjambres de arpas, bandadas de preludios...  
Allí el pétalo es eco, allí el fuego es un ritmo...*

(Gavidia, *El idilio de la selva*, 1883)

Además, en la *Sonatina* (¿1893?), Darío emplea otro tipo de alejandrino, con ritmo anapéstico, no menos rígido que el yámbico de Zorrilla; la acentuación interior de cada hemistiquio cae exclusivamente en la sílaba tercera:

*La princesa está triste. ¿Qué tendrá la princesa? ...*

Idénticos son los alejandrinos de José Joaquín Pérez (1845-1900) en *La española en América* (1894); es muy poco probable que el poeta dominicano conociese la *Sonatina*:

*Al desgaire cruzado el mantón de Manila,  
con orgullo y con gracia, como reina y manola,  
en la cruz centellante de la negra pupila  
incendiando las almas, va la ardiente española... (9)*

Salvador Rueda (1857-1933) adoptó este alejandrino en el *Preludio de La procesión de la naturaleza*, hacia 1909:

*Por mitad del París de artificio dorado  
que, de tanta luz ciego, del abismo va en pos...*

En este poema emplea también el alejandrino zorrillesco:

*Un Niágara te cuelga de crines hechas rizos...*  
(*El caballo*)

*Los árboles frenéticos de todas las ciudades...*  
(*La carrera de árboles*)

Nunca parece haber mezclado libremente el tipo yámbico y el anapéstico.

Después, Rubén Darío desarticuló completamente el alejandrino, haciendo alternar versos en que se mantiene la cesura con versos en que se suprime, y hasta versos de trece sílabas:

*Y los moluscos reminiscencias de mujeres...  
¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo? ...  
Coronada con el laurel del rey del día...  
Cuando surgen de su prisión los olvidados...  
Y el duelo de mi corazón, triste de fiestas...  
Significas en mi primavera pasada...  
De ir a tientas, en intermitentes espantos...  
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa...  
Y por caso de cerebración inconsciente...*

A veces se destacan tres acentos que dividen el verso en tres grupos rítmicos:

*Y tú, paloma arrulladora y montañera...  
En los instantes del silencio misterioso...  
Todo lo que hay en la divina primavera...  
Huérfano esquife, árbol insigne, oscuro nido...  
Ojos de víboras, de luces fascinantes...  
Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo...*

*Que el soñador imperial meditabundo...  
Del ruiseñor primaveral y matinal...  
Tarda en venir a este dolor adonde vienes...  
Sueña, hijo mío, todavía, y cuando crezcas...  
Cristalizamos en palabra y pensamiento... (10)*

#### IV

Desde el siglo XVIII se intenta en castellano el llamado “alejandrino de trece sílabas”, especie de alejandrino sin cesura: el primer hemistiquio debía terminar en palabra aguda o bien en palabra llana cuya sílaba final hiciese sinalefa con la inicial del hemistiquio siguiente:

*En cierta catedral una campana había  
que sólo se tocaba algún solemne día...  
Cuatro golpes o tres solía dar no más...  
Celebrada fue siempre en toda la comarca...*

*(Fábula VII, La campana y el esquilón)*

Después lo emplea Leandro Fernández de Moratín (1760-1828):

*La bella que prendó con gracioso reír  
mi tierno corazón alterando su paz...*

Todavía en 1842 lo ensayaba de nuevo, llamándolo *tredecasílabo*, el infatigable y poco afortunado experimentador Sinibaldo de Mas (1809-1868):

*Fragante y rubicunda, entre sus hojas bellas,  
es la rosa al nacer de célica figura...*

Y hasta en 1894 reaparece en el opúsculo *Al lector*, del uruguayo Roberto de las Carreras:

*¡Vivir! He aquí una cosa extraña como el hombre,  
que nos causa, lector, bastante pesadumbre...*

Andrés Bello, en su tratado de *Ortología y métrica* (1835), lo llama *alejandrino a la francesa* y lo distingue del normal: uno y otros eran raros todavía entonces. (11). Tratadistas posteriores le niegan el derecho a la vida. (12) En principio esta negativa es arbitraria y obedece a prejuicios retóricos; la intención de los poetas debe acatarse, y así lo hizo Bello. Pero la verdad es que los versos citados resultan ambiguos: siempre pueden leerse como si tuvieran catorce sílabas, haciendo hincapié en la cesura cuando el primer hemistiquio es de terminación aguda y no haciendo sinalefa cuando la terminación es llana. El intento, pues, fracasó.

La Avellaneda sí acertó a escribir versos de trece sílabas que no podían confundirse con los de catorce, en dos estrofas de *La noche de insomnio y el alba*. Pueden leerse como de estructura similar a la del alejandrino:

*Yo palpito, tu gloria / mirando sublime,  
noble autor de los vivos / y varios colores...*

Pero es probable que el ritmo concebido por la poetisa haya sido otro:

*Yo palpi/to tu glo/ria miran/do sublime,  
noble autor/de los vi/vos y va/rios colores...*

Igual metro usó Ventura Ruiz Aguilera en *El árbol de la Libertad*:

*Aún vagaba en mi boca sonrisa de niño  
cuando cerca del árbol sagrado pasé...*

Los poetas del movimiento modernista lo adoptaron después, y ya no evitaron, como la Avellaneda y Ruíz Aguilera, las formas ambiguas de Iriarte y Moratín: establecido el eje de trece sílabas, resulta obligatorio prescindir de la cesura en los hemistiquios de final agudo y de la sinalefa en los de final llano. Así en el boliviano Ricardo Jaime Freyre (1870-1933):

*Canta Lok en la oscura región desolada  
y hay vapores de sangre en el canto de Lok...*

En Rubén Darío, soneto *Urna votiva*:

*Sobre el caro despojo esta urna cincelo...  
En la copa que guarda rocío del cielo...  
Una alondra fugaz sorprendida en su vuelo...  
Una estatua de Diana en la selva nativa...  
En el mármol divino que brinda Carrara...*

Y en el chileno Pedro Antonio González (1863-1903):

*Yo mecí los embriones de todos los mundos...  
y la sombra de Dios en las aguas del caos...*

(Occidentales)

Enrique Díez Canedo (1879-1944) traduce a Francis Jammes en versos de trece sílabas que los acentos dividen en tres secciones.

*Dentro de poco nevará. Me acuerdo bien...  
¿A qué pensar y hablar, entonces? ¡Qué gracioso! ...  
¿Y dónde están en este instante mis tristezas? ...*

Igualmente el argentino Francisco Luis Bernárdez en su *Alabanza didáctica de un toro*:

*Para cantarte, dictador de la llanura,  
hincha sus líricos pulmones cada verso...*

En *La canción de la vida*, el mexicano Enrique González Martínez (n. 1871) combina el verso de trece sílabas tripartito con el de nueve, enlazándose rítmicamente con él:

*La vida está | cantando afuera...  
En el jardín | hay un olor | de primavera...*

A pesar de la importancia de los poetas que lo emplean, el verso de trece sílabas no ha alcanzado popularidad.

## NOTAS

(1) Sobre el alejandrino de los primeros siglos, cf. mi libro *La versificación irregular en la poesía castellana*, capítulo I, y 4; el estudio de John Dricoll Fitz-Gerald, *Versification of the cuaderna vía*, Nueva York., 1905, y los trabajos de H. H. Arnold mencionados en mi nota sobre la cuaderna vía (*RFH*, 1945, VII, págs. 45-47).

(2) Consúltese el erudito estudio de Arturo Marasso, *Ensayo sobre el verso alejandrino*, en *BAAL*, en la *Diana enamorada*, 1564 (llama a sus alejandrinos *rimas francesas*, pues nadie recordaba la cuaderna vía, salvo excepciones muy contadas, como Gonzalo Argote de Molina, a quien también cita Marasso); Pedro Hurtado de la Vera (¿o Pedro de Faría?) soneto en versos muy mal medidos, en la comedia *Dolería*, 1572; sonetos (¿de quién?) en elogio de *Dos tratados* del insigne protestante español Cipriano de Valera, publicados en Londres, 1588 (influencia francesa); Pedro Espinosa, el conocido soneto en elogio de la Virgen María; Alonso Carrillo, en el *argumento* del *Libro de la erudición poética*, de su hermano Luis, 1611 (versos sin rima; se reimprimen en 1613 partidos en heptasílabos); Ambrosio de Salazar, *La vida del autor*, en pareados, como prólogo de su *Espejo general de la gramática*, impreso en Ruan, 1614 (influencia francesa); en el siglo XVIII, Cándido María Trigueros, Tomás de Iriarte, Tomás Antonio Sánchez (composición en cuaderna vía y lenguaje antiguo, en elogio de Berceo, al publicar sus poemas, 1782), Leandro Fernández de Moratín y hasta el P. Bartolomé Pou (1727-1802), que escribe en su versión de Heródoto un único alejandrino al traducir un verso de la *Odisea*:

*En Libia presto apuntan las astas del cordero.*

Podría agregarse un único alejandrino con que remata Juan María Maury *El festín de Alejandro*, Traducido de Dryden:

*Y a fuer de nueva Elena incendia nueva Troya.*

En la poesía popular (a la cual no hace referencia Marasso) aparecía de tarde en tarde, durante el siglo XVI, el alejandrino, mezclado con versos distintos, en la poesía de metro fluctuante:

*Aquellas sierras, madre, altas son de subir...  
Lavarm'e yo, cuitada, con penas y dolores...*

(3) Cf. los trabajos indicados en nota anterior.

(4) La mayor parte de los alejandrinos de Gil Polo, puede observarse, son de acentuación yámbica.

(5) En la segunda edición de mi libro *La versificación Irregular de la poesía castellana*, Madrid, 1933, pág. 318, atribuí el poeta uruguayo Juan Carlos Gómez (1820-1884) alejandrinos de acentuación libre; no los encuentro ahora en su colección de poesías: si no sufrí equivocación, debí de leerlos en una composición no recogida en volumen.

No recuerdo el autor chileno de unos alejandrinos que he visto citados no sé dónde, pero creo que son anteriores a los de Zorrilla:

*Las alhajas que hurtó no encontrándosele,  
fue puesto en libertad, y a Copiapó se fué...*

Hizo también alejandrinos de acentuación libre el argentino José María Cantillo (1816-1872).

(6) Cf. mi trabajo sobre *El endecasílabo castellano* en *BAAL*, 1944, XIII, págs. 725-824, ampliación y renovación del publicado en *RFE*, 1919, VI, págs. 132-157.

(7) En *Un baño en el Tajo* hay un renglón que —podríamos pensar— viola la rigidez yámbica:

*Corred, plácidas ondas, corred y murmurad...*

Pero, probablemente, para el poeta el acento de *corred* dominaba sobre el de *plácidas*.

La violación es franca, pero aislada, en este verso de *A Toledo*:

*Duerme, Toledo, duerme, y en tu almohada de piedra...*

(8) Cf. mi trabajo sobre *El endecasílabo castellano*, parte final.

(9) El alejandrino clásico francés, el de Corneille y Racine, tendía de preferencia a este ritmo anapéstico, con cuatro acentos:

*Mais tout dort, el l'armée, et les vents et Neptune...*

Consúltese Maurice Grammont, *Le vers français*, 4ta. edición, París 1937, y la obra clásica de Becq de Fouquières, *Traité général de versification française*.

(10) El modelo de Darío para estos descoyuntamientos fue principalmente Verlaine:

*Et le vieux tremble sa plainte sempiternelle...  
Tu sonsoles et tu berces, et le chagrin...  
Et tout le cirque des civilisations...  
Et l'extase perpétuelle et la science...  
De cette Science intruse dans la maison...  
Oiseau sur ce pâle roseau fleuri jadis...  
Et quelque responsabilité d'Empereur...  
Depuis Eden pour jusqu'a Ce jour Irrité*

En Verlaine abundan, además, los alejandrinos tripartitos:

*De mes ennuis, de mes dégouts, de mes détresses...  
De la douceur, de la douceur, de la douceur...  
L'oubli qu'on cherche en des breuvages exécrés...  
Je suis indigne, mais je sais votre clémence...  
Regrets sans fin, ennuis profonds, poignants remords...  
En composant des acrostiches indolentes...*

Sobre el alejandrino descoyuntado en Juan Ramón Jiménez ("Menos puro que



tu vestido blanco, el aire..."; "¡Qué nobleza la de tu palidez indolente!"), cf. Enrique Díez Canedo, *Juan Ramón Jiménez en su obra*, México, 1944, págs. 46-47.

(11) En su tratado de *Ortología y métrica*, Bello dice que el *alejandrino a la francesa* "el número de sílabas de que consta... pudiera adaptarse lo mismo al ritmo anapéstico que al yámbico, y, en efecto, se le ve pasar algunas veces del yambo al anapesto" (así lo demuestran las sílabas que he subrayado en los versos citados en el texto).

Señala Bello después como verso distinto "el alejandrino de los antiguos poetas castellanos", es decir, los del mester de clerecía, y dice que "no era... simple; sino compuesto de dos versos heptasílabos de acentuación yámbica": afirmación gratuita, la del ritmo yámbico, que sorprende en quien la hace. En ediciones de su tratado posteriores a 1835, Bello agregó ejemplos de alejandrinos de Salvador Bermúdez de Castro y Fernando Velarde.

(12) Cf. Julio Vicuña Cifuentes, *Estudios de métrica española*, Santiago de Chile, 1929, págs. 13-175 y 151-156, y especialmente 35, nota.

# HISTORIA de la CULTURA en la AMERICA HISPANICA

## INTRODUCCION



A América hispánica, que corrientemente se designa con el nombre de América latina, abarca hoy diez y nueve naciones. Una es de lengua portuguesa, el Brasil, la de mayor extensión territorial. Diez y ocho son de lengua española: Uruguay, Paraguay, Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala, México, Cuba, Santo Domingo. A estas naciones independientes hay que agregar la isla de Puerto Rico, donde se mantiene viva, con la lengua, la cultura de tipo español.

En la primera mitad del siglo XIX había que contar, además, el Sudoeste de los Estados Unidos, que fue miembro del imperio español hasta 1821 y después formó parte del México independiente. Desde 1848 perdió su contacto con la cultura hispánica (cosa que no ha sucedido en Puerto Rico), pero en el Estado de Nuevo México y en buena parte de los de Colorado, Arizona y Oklahoma se ha mantenido el idioma español junto al inglés, y desde 1910 su vitalidad, que ya empezaba a declinar, se ha renovado en el constante ir y venir de mexicanos que salen de su país.

En el Mar Caribe hay gran número de islas, grandes y pequeñas, que fueron de España y pasaron a manos de otras

naciones (Francia, Inglaterra, Holanda, Dinamarca) durante los siglos XVII y XVIII; quedan en ellas muy pocos rastros de cultura española. Sólo en las posesiones holandesas de Curazao, Aruba y Bonaire queda un rastro lingüístico bajo la forma del dialecto criollo llamado *papiamento*: este dialecto, el único hasta ahora que ha nacido del idioma castellano en toda su larga historia, debe su nacimiento a la circunstancia de que aquellas islas interrumpieron su comunicación con los demás territorios gobernados por España cuando Holanda se apoderó de ellas en 1634.

El idioma español, pues, se ha conservado normal en toda la América hispánica, e igual cosa sucede con el portugués en el Brasil. Eso no significa que no haya diferencias, en el uso de los idiomas, entre la Península Ibérica y el hemisferio occidental: son como las diferencias entre Inglaterra y los Estados Unidos en el uso del inglés. El caso más semejante al del inglés en los Estados Unidos es el del portugués en el Brasil: con la unidad política coincide una relativa uniformidad lingüística. El español, derramando sobre territorios vastísimos y poco comunicados entre sí, presenta menos uniformidad. Puede decirse que hasta 1936 Madrid era el centro, puramente cultural, en que se apoyaba la unidad del idioma español en América; ahora esta dirección cultural está repartida entre México y Buenos Aires, como centros principales de producción editorial.

No existe el "lenguaje hispanoamericano" único. El solo rasgo común a toda la América española es la pronunciación de *s* en lugar de la *z* y *c* de Castilla; pero este rasgo se halla también las Islas Canarias, en gran parte de Andalucía (no en toda ella), y en muchos catalanes, valencianos y vascos al hablar español. El uso de *y* en lugar de // no es igualmente característico, aunque muchos lo creen: la // sobreviene en extensas regiones de Colombia, Ecuador, Perú, Chile y la Argentina; en cambio la *y* en lugar de // abunda en España, y no sólo en Andalucía sino en gran parte de Castilla, incluyendo el habla vulgar de Madrid. Hay en América cinco zonas, de límites no siempre claros, con cinco modos de hablar español: 1, México y la América Central (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica,

Panamá); 2, la zona del Mar Caribe, que comprende las Antillas, la mayor parte de Venezuela y la costa atlántica de Colombia; 3, la zona andina: parte de Venezuela, la mayor parte de Colombia, el Perú, Bolivia, el noroeste argentino; 4, Chile; 5, la zona rioplatense: la mayor parte de la Argentina, Uruguay, Paraguay. Cada una de estas zonas, a su vez, presenta diferencias de región a región, como es natural. Además, hay muchos indígenas que mantienen sus lenguas propias y no han aprendido el español: en México, por ejemplo, poco más de un millón, dentro de una población total de unos veinte millones. Pero todo nativo de América que hable español, sea de México o del Ecuador o del Paraguay, se entiende sin dificultad con cualquier nativo de Castilla, de León, de Extremadura o de Andalucía.

## CAPITULO I

### LAS CULTURAS INDIGENAS



REINTA años atrás se habría creído innecesario, al tratar de la civilización en la América hispánica, referirse a las culturas indígenas. Ahora, con el avance y la difusión de los estudios sociológicos e históricos en general, y de los etnográficos y arqueológicos en particular, se piensa de modo distinto: si bien la estructura de nuestra civilización y sus orientaciones esenciales proceden de Europa, no pocos de los materiales con que se la ha construido son autóctonos.

En la época del Descubrimiento, existían en el hemisferio occidental muy diversos tipos de culturas: desde las muy rudimentarias, como la de los indios onas en el sur de la Patagonia, hasta las muy complejas de México y el Perú. Además, altas culturas habían existido antes, y de ellas se conservaban solamente ruinas: así en Yucatán, en Guatemala, en la costa del Perú, y en la región de Tiahuanaco, cerca del lago Titicaca.

Era enorme la variedad de los pueblos indígenas. Los idiomas que hablaban eran centenares. Según una de las clasificaciones propuestas por los filólogos (Rivet), constituían ciento veinte y tres familias. De esas familias, unas comprenden una sola lengua, como la araucana de Chile, mientras otras

abarcan docenas: por ejemplo, la familia uto-azteca o shoshone-azteca, que abarca veinte y cinco grupos de dialectos en México, los Estados Unidos y la América Central; la familia chibcha, en la América Central y en la del Sur, con diez y seis tipos; la familia maya o maya-quiché, en México y la América Central; la arahuaca y la caribe, en las Antillas y la América del Sur; la tupí-guaraní, en la América del Sur.

De estos idiomas, los que dieron mayor contingente de palabras a los europeos, especialmente al español, fueron el taíno de las Grandes Antillas, perteneciente a la familia *arahuaca*: (*barbacoa, batata o patata, batea, bohío, cacique, caníbal, canoa, caoba, carey, cayo, ceiba, cocuyo, guayacán, hamaca, huracán, iguana, macana, maguey, maíz, maní, naguas, papaya, sabana, tabaco, yuca*), el náhuatl, la lengua de los aztecas (*aguacate, cacao, coyote, chicle, chile, chocolate, hule, jícara, petaca, petate, tamal, tiza, tomate*), el quechua del Perú (*alpaca, cancha, cóndor, guano, llama* —animal—, *mate, pampa, papa, puma, tanda, vicuña, yapa o ñapa*). De la familia caribe proceden unas pocas (*manatí, piragua*, probablemente *butaca y colibrí*); de la tupí-guaraní, *ananás, copaiba, ipecacuana, jaguar, mandioca, maraca, ombú, petunia, tapioca, tapir, tucán, tupinambo*.

Había pueblos guerreros, como los caribes de las Pequeñas Antillas y la parte septentrional de la América del Sur, entre las tribus de cultura elemental, y los aztecas, entre los grupos de civilización avanzada; y había pueblos de inclinaciones pacíficas, aunque no ignoraran las artes de la guerra, como los taínos de las Grandes Antillas y las Bahamas, de cultura sencilla, y los quechuas del Perú, cuya civilización lleva el nombre de sus gobernantes los Incas.

Entre los pueblos que habían alcanzado culturas medianas, sin llegar a constituir civilizaciones con grandes ciudades y estructuras políticas complejas, se cuentan los taínos, los araucanos, los aimaras en la región que hoy ocupa la República de Bolivia, los omaguacas y los diaguitas (entre ellos los

calchaquíes) del noroeste de la Argentina, los guaraníes del Brasil y del Paraguay, los guetares de Costa Rica. Los más avanzados eran los chibchas, de las mesetas de Bogotá y Tunja. En el momento de la conquista española estaban, al parecer, a punto de organizar una especie de imperio. Se distinguían en la metalurgia, la cerámica y los tejidos. Quedan pocos restos de su arquitectura, que era principalmente de madera. Los quimbayas, famosos por sus miniaturas escultóricas en oro fundido y cincelado, eran chibchas, según unos arqueólogos; arahuacos, como los taínos, según otros. En estas tribus, las actividades más importantes eran la agricultura, el tejido, la alfarería y la construcción de edificios. Generalmente se construía con madera o con adobes; a veces, con piedra.

Ni entre las tribus de cultura sencilla ni entre los pueblos de cultura superior estaba muy avanzada la domesticación de animales; los taínos, por ejemplo, no habían domesticado ninguno, lo cual se explica porque había pocos mamíferos en las Antillas, y escaseaban las aves de las cuales se pudiera obtener utilidad. En México se había domesticado el pavo, y en gran parte de la región andina, en la América del Sur, eran domésticas la llama y la alpaca, animales de carga; además se hacía uso de su piel lanuda y de su carne. El guanaco y la vicuña, rumiantes de la familia de la llama y la alpaca, se mantenían salvajes, pero los indios utilizaban su carne y su piel. El perro y la cobaya o curí eran domésticos en diversos lugares. Había tribus que criaban tortugas (para alimento), abejas (para aprovechar su miel) o loros (para diversión). El caballo, que había existido en ambas Américas, se extinguió antes de que comenzaran las grandes culturas. En todas las regiones costeras se practicaba la pesca, y en el Perú se llevaban peces desde el mar hasta el Cuzco, para el consumo de los Incas. Las poblaciones costeñas eran hábiles en la fabricación de barcas, como las canoas de los taínos y las piraguas de los caribes, o las embarcaciones de los aztecas y de los aimaras para navegar en los lagos y canales.

El cultivo de las plantas alcanzó gran desarrollo: es bien sabido que toda planta cultivada representa a veces largos

esfuerzos del hombre para hacerla útil como alimento o como medicina, o como material para construcción o para tejidos o tintes, o hasta como ornamento. Las Américas han dado a la civilización universal muchas de sus plantas importantes: el cacao, el maíz, la papa o patata, la babata o camote, la yuca o mandioca, el tomate, el aguacate o palta, el maní o cacahuate, la guayaba, la papaya o lechosa, el ananás o piña, el zapote y el zapotillo (que además de sus frutos da el chicle), los árboles de donde se extrae el caucho, el tabaco, los cactus, el henequén o sisal, el maguey, la yerba mate, la quina, la ipecacuana, la jalapa, el guayaco, la zarzaparrilla, la coca, la vainilla, el palo de campeche, el palo brasil, el quebracho, la bija o achiote, la caoba, el jacarandá o palisandro, y especies de frijoles o judías, de calabazas, de ajíes o chiles, de palmeras, de pinos y de algodonereros.

En tres zonas del Nuevo Mundo se desarrollaron altas culturas: 1, en el territorio central y meridional de México, el que ahora ocupan los Estados de Oaxaca, Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo, Morelos, México y el Distrito Federal de la República; 2, en el territorio que ocupan los Estados de Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas, pertenecientes también a México; en el de las Repúblicas de Guatemala, Honduras y El Salvador, y en la Honduras británicas; 3, en el territorio donde hoy se encuentran las Repúblicas del Perú, Ecuador y Bolivia.

Difícil es decidir cuántas civilizaciones hubo en México y de cuándo datan. Es probable que hayan comenzado en los primeros siglos de la era cristiana, después de las culturas que se conviene en llamar arcaicas, y su apogeo se calcula que debió de ocurrir entre el siglo VII y el XV. De las grandes culturas, las más antiguas en la parte central de México son la de Teotihuacán (probablemente, siglos IV a IX) y la tolteca, hasta tiempos recientes muy discutida: su centro fue Tula, fundada en el siglo VIII y destruida en el XI o el XII. Entre las posteriores se distinguen la totonaca, en Veracruz y Puebla, la zapoteca y la mixteca en Oaxaca. Son características de ellas los monumentos en forma de pirámide truncada; eran adoratorios, y por lo común se edificaba encima de ellas el templo. Las más notables



de estas pirámides son la del Sol y la de la Luna, en Teotihuacán, a poca distancia de la ciudad de México: la del Sol tiene menor altura, pero mayor volumen que las famosas de Egipto. Otras muy interesantes hay en Tula, en Cholula, en El Tajín, en Tenayuca, en Calixtlahuaca, en Tepoztlán, y además ruinas importantes en Mochicalco, en Mitla y en Monte Albán, cuyas tumbas contenían extraordinaria riqueza en joyas. El arte de la escultura había alcanzado gran desenvolvimiento, comparable al de cualquiera de las demás grandes culturas del mundo. Entre sus obras maestras las hay “extrañamente semejantes —dice Roger Fry, el eminente crítico inglés— a las mejores de las civilizaciones del Viejo Mundo”.

La civilización de los mayas y los quichés, en la Península de Yucatán y en la América Central, que floreció del siglo IV al XV, ha dejado grandes construcciones de piedra: multitud de pirámides, templos y palacios, adornados con admirable escultura, según se puede observar en Tikal, Copán, Yaxchilán, Palenque, Piedras Negras, Quiriguá, Tulum, Zayil, Uxmal, Chichén Itzá. Esas “ciudades” —en vez de ciudades propiamente dichas se cree que eran centros religiosos y que la población vivía diseminada en campos cercanos— no eran todas contemporáneas; según tradiciones indias, iban abandonándose unas a medida que se construían otras, o bien las arruinaba la guerra. A la llegada de los españoles, las principales estaban en ruinas desde hacía tiempo; después de la Conquista se mantuvo todavía una que otra; la última, Tayasal, fue destruida en 1697.

Los mayas y quichés tuvieron conocimientos astronómicos extensos y precisos, no superados en Europa antes del siglo XVI, y avanzados métodos matemáticos: a principios de la era cristiana, antes que los hindúes (siglo VI), inventaron el cero y el principio de posición, que facilitan los cálculos aritméticos. Tuvieron escritura, que había comenzado como ideográfica, a la manera de los jeroglíficos de Egipto, y había dado pasos hacia el tipo fonético, la representación convencional de los sonidos elementales del habla, como en los idiomas europeos. Además, eran aficionados a conservar escritas sus tradiciones religiosas e históricas, y cuando aprendieron el alfabeto latino escribieron

con él sus idiomas; así, se conservan el *Popol Vuh* (o *Popol Buj*), el libro quiché sobre los orígenes del mundo y del hombre, el *Rabinal Achí*, drama guerrero quiché (tanto los mayas y los quichés como los aztecas de México y los quechuas del Perú tuvieron teatro, de tipo ritual, como todo teatro en sus orígenes), los *Anales de los Cakchiqueles*, tribu de Guatemala, los libros mágicos llamados de *Chilam Balam*, de origen yucateco, y muchos otros trabajos.

En la zona de los Andes existieron las civilizaciones de Tiahuanaco: dos, sucesivas, cuando menos. De ellas quedan imponentes ruinas de edificios construidos con piedras enormes; de su orientación se infiere que sus constructores poseían conocimientos astronómicos. En la costa del Perú las civilizaciones principales fueron la chimu, al norte, y la nazca, al sur. La chimu construyó por lo menos una gran ciudad y ahora disfruta de renombre gracias a su cerámica, especialmente los vasos-retratos, cuyo arte realista es insuperable. La nazca construyó pirámides truncadas y produjo cerámica de alto valor artístico y tejidos hábilmente coloreados.

Las dos civilizaciones florecientes en el siglo XVI eran la mexicana y la peruana. A estas dos grandes organizaciones políticas les dieron los españoles el nombre de imperios, nombre cuya legitimidad se ha discutido, particularmente con relación a los aztecas, pero que no es inexacto si se emplea, ya en el sentido en que se dice “el imperio inglés”, ya en el sentido en que se ha hablado de “imperio ateniense”.

Los aztecas, pueblo guerrero que en el siglo XIII, si no antes, se estableció en el valle de Anáhuac, donde ahora se asienta la ciudad de México, habían logrado, después de largas luchas, convertirse en la principal entidad política de la zona. A principios del siglo XVI existía en el valle de Anáhuac una confederación constituida por los aztecas de Tenochtitlán (la actual México, ciudad lacustre, con calles bordeadas por canales navegables y unidas por puentes de madera, que se dice fundada en 1325), los acolhuas de Tezcoco y los tecpanecas de Tlacopan, cuyo nombre hispanizado es Tacuba. La dirección de las operaciones militares de la confederación estaba

encomendada a los aztecas. El jefe militar (*tlacatecuhtli*), a quien los españoles llamaron emperador, tenía funciones como las primitivas del *imperator* en Roma: no era rey; su cargo era vitalicio, pero electivo, no hereditario. El poder civil estaba en manos de otro jefe (*cihuacóhuatl*), y tanto el civil como el militar dependían en último término, según parece, del consejo (*tlatocan*) de representantes de los grupos territoriales (*calpulis*), derivaciones de clanes originarios. La confederación dominó gran parte del territorio que actualmente ocupa la República Mexicana y penetró hasta la América Central. Los pueblos dominados no constituían provincias; eran simples tributarios. Y hubo pueblos que nunca fueron dominados, como el de Tlaxcala; sólo gracias a su ayuda pudo Hernán Cortés conquistar la ciudad de México.

La religión dominaba la vida toda de los aztecas, y sus gobernantes tenían funciones sacerdotales. El rito característico de esta religión, el sacrificio humano, tenía su explicación en la mitología; rito extraño para el hombre moderno, pero común en las épocas primitivas de muchos pueblos antiguos, entre ellos los antecesores de la civilización europea, griegos, germanos y celtas. Los dioses, creían los aztecas, se sacrificaron para crear al hombre; el hombre debía a su vez sacrificarse por ellos y alimentarlos. El dios mayor de la mitología azteca, Huitzilopochtli, es el Sol, que nace, combate y muere todos los días; “como dios que es —dice el arqueólogo mexicano Alfonso Caso—, desdeña los alimentos groseros de los hombres y sólo puede mantenerse con la vida misma, la sustancia mágica que se encuentra en la sangre del hombre”. La guerra, entre los aztecas, tenía como principal objeto obtener hombres para el sacrificio ritual. Pero la mitología mexicana tenía entre sus dioses otros, de tipo benigno, como el civilizador Quetzalcóatl (la serpiente de plumas, símbolo del planeta Venus), que enseñó a los hombres las ciencias, las artes y las industrias. La religión era politeísta, pero una escuela filosófica, ya antigua, reducía la multitud de los dioses a uno solo, divinidad doble, a la vez masculina y femenina.

Desde el punto de vista social y político se ha descrito la

confederación mexicana como democracia teocrática y militar. En los comienzos, el suelo había sido propiedad común; todos trabajaban, en la agricultura o en oficios, para el sostenimiento de sí mismos y de la comunidad, y prestaban servicio en la guerra. A cada padre de familia se le asignaba, de por vida, una parcela de tierra, que volvía a la comunidad cuando él moría o cuando dejaba de labrarla durante dos años. El abandono de las tierras, la negativa a casarse y muchos delitos se castigaban con una especie de esclavitud, que obligaba a trabajar para otros. No había, al principio, clases sociales en el sentido europeo, pero los sacerdotes y los jefes militares y civiles recibían honores y riquezas; además, no tenían que trabajar sus tierras. En los últimos tiempos del imperio, este sistema se iba transformando y empezaba a constituirse una aristocracia con propiedad privada.

El comercio era muy activo; el mercado de Tenochtitlán estaba siempre en movimiento, con miles de personas en él, según las descripciones de Hernán Cortés y de Bernal Díaz del Castillo. Se vendía por número y medida, pero no por peso (en el Perú si se vendía al peso).

Tuvieron los aztecas amplios conocimientos astronómicos, que heredaron de las culturas anteriores, pero menos avanzados que el saber de los mayas y quichés; queda como testimonio el Calendario Azteca, monumento de piedra labrada que se conserva en el Museo Nacional de México. Poseyeron escritura jeroglífica, magníficamente dibujada y coloreada; se conservan códices, anteriores unos, posteriores otros a la conquista española; pero se ha perdido el arte de leerlos, y sólo parcialmente es posible interpretarlos. Fabricaban papel, como los mayas, con fibras de higuera silvestre.

La civilización azteca heredó de las anteriores de México la arquitectura, con la característica pirámide; ejemplos: la de Cuernavaca, la de Tepoztlán, donde está grabada en jeroglífico astronómico la fecha de 1502, y la enorme que destruyeron los españoles en la ciudad de México, en la plaza donde ahora se asientan el palacio de gobierno y la Catedral. Heredaron también la escultura y la pintura. Se distinguieron, además, en la

orfebrería, la cerámica, los tejidos, la talla de piedra y el arte plumario. Extraían y trabajaban el oro, la plata, el cobre, el estaño; fabricaban bronce. Construyeron muchos caminos, puentes y acueductos. Tenían danzas y deportes rituales, teatro consagrado principalmente a Quetzalcóatl, poesía épica y lírica; entre los cantos que se conservan merecen especial atención los atribuidos o referentes a Netzahualcóyotl, rey de Tezcoco, en el siglo XV; además, tenían narraciones en prosa, de las cuales nos quedan muestras no escasas en adaptaciones como las contenidas en el *Códice Ramírez* y en la *Historia de las Indias de Nueva España* redactada por fray Diego Durán. La enseñanza estaba rigurosamente organizada; en las escuelas superiores se estudiaban la religión, la astronomía, la historia, las leyes, la medicina y la música; en las escuelas populares se enseñaban la religión y el arte de la guerra. Tenían los aztecas, finalmente, colecciones de animales vivos, en casas, jardines y estanques; además, jardines botánicos con viveros.

La nación de los pueblos de lengua quechua, gobernada por los Incas, sí merece el nombre de imperio a la manera del romano. Desde su capital, el Cuzco, fundada en el siglo XII —“la capital imperial que se ha edificado a mayor altura sobre el nivel del mar”, dice el arqueólogo argentino Fernando Márquez Miranda—, los Incas alcanzaron a gobernar vastísimo territorio, en las altiplanicies de los Andes y a lo largo de sus dos vertientes, desde Quito, conquistado en 1487, hasta el norte de Chile y de la Argentina. No se conocen con certeza los límites meridionales del imperio, pero en muchas zonas que tal vez no llegó a abarcar la dominación política penetró a lo menos la influencia cultural; así, en la provincia argentina de Santiago del Estero, se habla aún el idioma quechua.

La religión de los Incas tenía como centro el culto del Sol, antepasado de los monarcas. A su alrededor se agrupaban dioses menores. Además había divinidades puramente espirituales, sin forma representable, como Pachacámac, que animaba el mundo y sus criaturas. El Inca tenía funciones sacerdotales y militares. La monarquía era hereditaria; pero el Inca reinante elegía sucesor entre sus hijos según el mérito. Existía, además una

especie de consejo consultivo, cuya opinión era probablemente necesaria para dictar leyes.

La sociedad no estaba organizada como democracia, según se dice de la azteca, por lo menos en su origen, sino rigurosamente dividida en clases, con insignias y trajes distintivos. En las clases superiores figuraban el monarca, la numerosa descendencia de los Incas (que eran polígamos), los gobernantes locales (*curacas*) y sus familias; como excepción, el Inca podía elevar hasta la clase privilegiada a hombres de mérito. Estas clases recibían instrucción especial y nadie pertenecía a ellas de pleno derecho mientras no se le sometía a exámenes rigurosos y pruebas de iniciación.

El pueblo debía trabajar en la agricultura o en los oficios; como entre los aztecas, las tierras se distribuían entre los padres de familia (se repartían anualmente), y asimismo las aguas para regarlas; la ociosidad no estaba permitida, y nadie debía padecer hambre ni desnudez. La gente del pueblo tenía obligación de cultivar, por rotación, las tierras pertenecientes al Sol y al Inca y las destinadas al socorro de los necesitados: ancianos, viudas, niños, inválidos en general. En graneros o depósitos se guardaban comestibles, tejidos, armas y toda especie de materias primas o trabajadas, con lo cual se atendía a las necesidades del ejército, y, en casos de escasez, del pueblo. Había comercio, en pequeña escala; se permitía vender los sobrantes de la producción individual. La casa y los muebles eran de propiedad personal.

Para gobernar este enorme imperio con este sistema económico, resultaba indispensable llevar cuenta minuciosa de la población y de sus necesidades; los Incas llevaron la estadística a un grado de precisión que hoy mismo no existe, como práctica oficial, en ningún país civilizado. Habían conservado la división de los habitantes en comunidades propietarias de la tierra (*ayllus*), división anterior a la organización del imperio.

Los Incas se consideraban civilizadores, imponían su cultura a los pueblos que subyugaban y trataban de asimilárselos completamente. La capital del imperio estaba unida a todo el

territorio por medio de caminos y puentes, que facilitaban la rapidez de las comunicaciones. En la Europa del siglo XVI no había caminos comparables a éstos, ni habían existido antes sino en el Imperio Romano; Pedro de Cieza de León, el admirable historiador de la conquista del Perú, dice que “no fue nada la calzada que hicieron los romanos, que pasa por España, para que con ésta (la gran calzada de los Incas) se compare”. Sus puentes, de madera o de mimbres, eran admirables.

Como los mayas y quichés, y como los aztecas, los quechuas tuvieron literatura ampliamente desarrollada. Se conserva parte de su poesía lírica; hay cantares atribuidos al Inca Pachacútec. Nada completo se conserva de su teatro, que tuvo importancia. No tuvieron escritura; pero transmitían mensajes y llevaban cuentas mediante hilos de colores diversos en que se hacían nudos (*kipus*). Las órdenes y las noticias que interesaban al gobierno se transmitían por medio de hombres avezados a correr (*chaquis*); se relevaban en puestos situados cada cinco kilómetros aproximadamente y llevaban *kipus* cuyo significado sabía interpretar el que debía recibirlos. Los *kipus* les servían a los Incas para sus complejas estadísticas.

La arquitectura peruana tuvo formas muy variadas. Se distinguen en ella cinco tipos principales de construcción; la más notable es la que ha recibido de los arqueólogos el nombre de arquitectura ciclópea, porque los edificios se hacían con piedras enormes.

## CAPITULO II

### EL DESCUBRIMIENTO Y LA COLONIZACION DE AMERICA



A fecha de 1492 divide en dos partes la historia de España. En este año los Reyes Católicos, Isabel de Castilla y León (1451-1504) y Fernando de Aragón (1452-1516), que realizaron la unificación política del país, reconquistan la ciudad de Granada, y con ello desaparece el último baluarte de los moros, establecidos en la Península Ibérica durante cerca de ocho siglos (desde 711); expulsan a los judíos, y con ello desaparece el último vestigio de la tolerancia religiosa que había sido característica de la Edad Media española hasta cerca de 1400 (después, en 1609, se expulsa a los moriscos que conservaban la religión mahometana). Así termina el enlace con la cultura oriental, que había alcanzado admirable florecimiento en España, tanto la de los árabes como la de los judíos, en literatura, filosofía y artes industriales. En 1492, por último, Colón descubre, en misión de Castilla y León, el Nuevo Mundo.

La Edad Media había durado en España más que en Italia, pero a lo largo del siglo XV penetra en el territorio español la influencia de la otra gran península del Mediterráneo. El Renacimiento puede decirse que comienza cuando empiezan a gobernar los Reyes Católicos (1474). No hubo ruptura total con la Edad Media. Así, mientras en Francia se olvida la literatura



medieval cuando se adoptan las formas del Renacimiento, en España la balada nacional, el romance, nunca deja de escribirse: hoy mismo sobrevive como cantar tradicional que repite el pueblo en España y en América, e igualmente los judíos que conservan el idioma castellano en los Balkanes y el norte de Africa; a la vez existe como forma que cultivan los poetas refinados, Leopoldo Lugones o Federico García Lorca, Fernández Moreno o Rafael Alberti.

Al período de los Reyes Católicos sucede el de Carlos V (V de Alemania y I de España), de 1516 a 1556, y al de Carlos V el de Felipe II, de 1556 a 1598. Con Carlos V, España se convierte en la primera potencia de Europa. En los primeros años de su reinado hay actividad intelectual variada y libre, con gran interés en los problemas religiosos (es la época de las cálidas discusiones que suscita Erasmo), políticos (es la época en que Francisco de Vitoria y sus discípulos sientan principios fundamentales de derecho, entre ellos el de auto-determinación de las naciones), filosóficos (es la época de Luis Vives), científicos (la curiosidad se dirige especialmente hacia las matemáticas, la física y la biología), lingüísticos (Antonio de Nebrija había publicado en 1492 su gramática castellana, la primera gramática de idioma moderno escrita en Europa, y en 1493 su primer diccionario; Juan de Valdés escribió hacia 1535 su *Diálogo de la lengua*), literario (comienzan entonces los llamados "Siglos de Oro") y artísticos (es época de gran arquitectura, y en la escultura florece Berruguete). Pero antes de terminar este reinado se pone fin a la libertad en la discusión de doctrinas religiosas, y el Concilio de Trento (1545-1563), en que dominaron los españoles, reglamenta las restricciones. Bajo Felipe II la filosofía es teológica y escolástica (pero escolástica renovada, desde Vitoria hasta Suárez en el siglo XVII), la investigación científica pura se abandona, y sólo se trabaja en ciencias de descripción o de aplicación, como la geografía, la botánica y la minerología; florecen la literatura, las artes plásticas (es la época del Greco) y la música (es la época en que Tomás Luis de Victoria, uno de los grandes compositores del mundo, compete con el italiano Palestrina).

En el siglo XVII, bajo los reyes Felipe III, de 1598 a 1621, y Felipe IV, de 1621 a 1665, España mantiene el esplendor de su literatura y de su arte: es la época de Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón, Quevedo, Góngora y Gracián, del gran teatro y la gran novela; la época de Velázquez, Ribera, Zurbarán y Murillo, en la pintura. En su vida económica, faltándole buena organización, decae, y políticamente cede ante la Francia de Luis XIV, desde la batalla de Rocroi (1643). Durante el reinado de Carlos II, de 1665 a 1700, el país sufre decadencia en todo; hasta la población disminuye.

En el siglo XVIII mejora la situación, principalmente bajo Carlos III, de 1759 a 1788: este rey adopta muchas ideas del movimiento que se llamó de las *Luces* o de la *Ilustración*; pero España nunca recobra su esplendor antiguo.

Portugal tiene historia muy semejante a la de España, cuya suerte comparte en la historia antigua y medieval hasta que en el siglo XII se funda el reino; entonces, además, se les quita a los moros toda la zona desde Lisboa hasta el extremo sur. El reino quedó unido a España en 1580, pero recobró su independencia en 1640.

Los portugueses eran grandes navegantes desde el siglo XIV. En el XV exploran las costas de Africa y las islas vecinas; Vasco de Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza y llega hasta la India en 1498; Pedro Alvares Cabral descubre el Brasil en 1500; en 1519, Magallanes (Magalhães en portugués) emprende en nombre del rey Carlos de España el primer viaje de circunnavegación de la Tierra, y por su muerte (1521) lo termina su acompañante, el español Sebastián Elcano, en 1522. El imperio de Portugal, en el siglo XVI, sólo cede en extensión al de España: comprende el Brasil, tierras costeras del Africa, la India y la Indochina, islas del Océano Atlántico y del Indico.

La historia de la cultura portuguesa está ligada a la de la cultura española; en la literatura ha habido influencias mutuas, y así, mientras en los siglos XII y XIII era común que los castellanos compusiesen cantares en portugués, en el XVI y XVII los portugueses escribieron mucho en castellano, tanto verso como prosa. Su gran poeta nacional, Camoens, cantó en

*Los Lusíadas* (1572) las proezas de Vasco de Gama. La arquitectura portuguesa tiene caracteres originales y los conserva en las remotas colonias de la India o del Africa, en las Azores y en Madeira, en el norte y en el sur del Brasil.

Descubierto el Nuevo Mundo en 1492, el primer intento de colonización se hizo al año siguiente, estableciéndose Colón con unos mil quinientos hombres, en la isla que llamó Española: el cronista italiano Pedro Mártir de Anghiera la llamó luego en latín Hispaniola. Se fundan las primeras ciudades de tipo europeo: la primera fue la Isabela, en 1494, abandonada poco después; la segunda, y la más antigua de las que subsisten, es Santo Domingo, que, fundada por Bartolomé Colón en 1496, dio luego nombre a toda la isla. Para 1505 había en Hispaniola diez y siete poblaciones de tipo europeo, sin contar las fortalezas aisladas.

Durante quince años se emprenden muchas exploraciones, partiendo de Hispaniola, pero no se fundan pueblos ni ciudades. Sólo desde 1508 se empieza a colonizar las otras tres Grandes Antillas: Puerto Rico (1508), Jamaica (1509), Cuba (1511), la costa septentrional de la América del Sur (territorios que ahora forman parte de Venezuela y Colombia) y de la América Central. Sobrevino luego la conquista de México (1519-1521), donde los españoles se establecen inmediatamente, y la de Guatemala (1524); después, la conquista del imperio de los Incas (1531-1533), abarcando territorios que ahora forman parte del Perú, el Ecuador y Bolivia. La conquista de Chile comienza en 1535; la de la región del Río de la Plata (territorios que hoy ocupan la Argentina, el Uruguay), en 1534. La de Yucatán no se consuma hasta 1539-1542.

En el Brasil, después de la visita de Alvares Cabral, el primer conato de establecimiento de los portugueses es de 1503. Durante muchos años la América les interesó poco; la corona, y los exploradores, dedicaban su atención principal a la India. Por fin el rey envió en 1530 la expedición de Martim Affonso de Sousa, que hacia 1532 funda la primera población, San Vicente, y en 1534 divide el país en capitanías.

Los territorios que iba conquistando España se gobernaron

al principio desde la ciudad de Santo Domingo, en Hispaniola, donde Diego Colón, hijo del Descubridor, ejerció funciones de virrey desde 1509 hasta 1526. Muerto él, la corona de España suprimió el virreinato general de las Indias; se dividió el Nuevo Mundo en jurisdicciones independientes entre sí, y las más importantes fueron los nuevos virreinos: el de Nueva España, con su capital en la ciudad de México, establecido en 1534, y el del Perú, con su capital en Lima, establecido en 1543. En el siglo XVIII se crearon dos virreinos nuevos: el de Santa Fe de Bogotá, en 1739, y el de Buenos Aires, en 1776.

Los españoles fundaron enorme número de poblaciones. Las principales: San Juan de Puerto Rico, 1508; Santiago de Cuba, 1514; La Habana, 1515; Veracruz, 1519; Panamá, 1519; Guatemala, 1524; León de Nicaragua, 1524; Granada de Nicaragua, 1524; San Salvador, 1525; Santa Marta, 1525; Coro, 1527; Puebla de los Angeles, 1531; Cartagena de Indias, 1533; Guadalajara de México, 1533; Quito, 1534; Lima, 1535; Guayaquil, 1535; Buenos Aires, 1536 (fue abandonada y se restableció en 1580); la Asunción del Paraguay, 1537; Santa Fe de Bogotá, 1538; Charcas o Chuquisaca (llamada hoy Sucre), 1539; Santiago de Chile, 1541; Valladolid de Michoacán (ahora denominada Morelia), 1541; Mérida de Yucatán, 1542, Potosí, 1545; La Paz, 1549; Caracas, 1562 (abandonada poco después, restablecida en 1567); San Agustín, en La Florida, 1565 (es la más antigua ciudad de fundación europea en el territorio que ahora ocupan los Estados Unidos). Son tardías fundaciones importantes como la de Montevideo, 1722.

Ni la ciudad de México ni el Cuzco fueron fundadas por españoles; los conquistadores se limitaron a ocupar las capitales indias y gradualmente sustituyeron las construcciones de los nativos con edificios de tipo europeo; en el Cuzco conservaron a veces parte de la construcción antigua como base de la nueva.

Los portugueses, en el Brasil, después de San Vicente, fundan hacia 1534 la ciudad de Olinda, cerca de la cual surge después Recife de Pernambuco; en 1549, San Salvador de Bahía, destinada a capital de la colonia; en 1554 los jesuitas establecen el colegio de São Paulo, en torno del cual se forma la

ciudad de su nombre; en 1567 se funda Río de Janeiro, en el sitio que Portugal quitó a los franceses, establecidos allí desde 1555. En 1717 se le da a la colonia nombre de virreinato; la capital es Bahía hasta 1763; la sustituye entonces Río de Janeiro.

Al establecerse los españoles y los portugueses en América, trajeron consigo la cultura europea: religión, organización social, sistema jurídico, artes, ciencias, agricultura, crianza de animales domésticos, industrias, comercio, vestimenta, diversiones, costumbres en general. Trataron de transmitir esta cultura a los indígenas en mayor o menor medida, pero el empeño no pudo cumplirse de modo sistemático como lo había cumplido Roma en sus conquistas europeas; la colosal magnitud del territorio lo impedía; grandes núcleos de población nativa quedaron fuera del alcance de la nueva cultura, unos porque se oponían a ello violentamente, como los araucanos en Chile y los apaches en México, otros porque vivían en zonas donde resultaba difícil penetrar. En consecuencia, hay todavía más de dos millones de indios que no hablan español ni portugués; hay, además, mucho mayor número de habitantes que hablan, junto con el portugués o el castellano, algún idioma nativo. Existen ciudades bilingües como el Cuzco, la Asunción y Mérida de Yucatán, donde se hablan, respectivamente, el quechua, el guaraní y el maya. Hasta en países como la Argentina, donde hay ya pocos indios puros, existen regiones bilingües, como Santiago del Estero (quechua), Corrientes y Misiones (guaraní). Sobreviven centenares de lenguas, desde las habladas por más de medio millón de personas, como el náhuatl (el idioma de los aztecas), el quechua, el aimara y el guaraní, hasta los que sólo se hablan en grupos muy reducidos, como el tehuelche en Patagonia, el otomaco en Venezuela, el paya en Honduras, el huari y el karayá en el Brasil. El castellano y el portugués han recibido centenares de palabras de estas lenguas: unas están difundidas por el mundo entero, como *cacao* y *tabaco*, otras corren sólo en zonas limitadas. Además es interesante observar que los misioneros españoles y portugueses, después de aprender lenguas indígenas importantes para catequizar a los nativos, las

extendían sobre territorios mayores que aquellos donde antes se hablaban: así ocurrió con el náhuatl de México, con el quechua y el guaraní.

La cultura que españoles y portugueses implantan en el Nuevo Mundo no podía, desde luego, mantenerse idéntica a su tipo de origen. Ante todo, el simple trasplante obligaba a los europeos a modificarla inconscientemente para adaptarla a nuevos suelos y nuevas condiciones de vida, exactamente como ocurrió en las colonias inglesas que dieron origen a los Estados Unidos. Además, las culturas indias ejercieron influencias muy varias sobre los europeos trasplantados. La Conquista decapitó esas culturas nativas: hizo desaparecer la religión, las artes, la ciencia (donde la había), la escritura (entre los mayas y los aztecas); pero sobrevivieron muchas tradiciones locales en la vida cotidiana y doméstica. Hubo fusión de elementos europeos y elementos indígenas, que dura hasta nuestros días. La alimentación era, y es, europea en parte, en parte nativa. Los conquistadores y colonizadores trajeron del Viejo Mundo el trigo, el arroz, el café, la naranja, la manzana, la pera, el durazno o melocotón, el higo, la caña de azúcar, entre tantas otras plantas; trajeron el caballo, la vaca, el cerdo, el carnero, la gallina; importaron de Africa el banano, el ñame y la pintada o gallina de Guinea. Adoptaron de los aborígenes el maíz —que todavía no se emplea como alimento humano en muchos países de Europa—, la papa, la batata, el cacao, la yuca, el tomate, el maní, la enorme variedad de las frutas tropicales —desde el ananás o piña hasta la guayaba—, el pavo, la perdiz nativa, y con ellos recibieron los métodos culinarios de los indios. Así, junto al pan de trigo subsisten las tortas o tortillas de maíz en México, en la América Central y además en parte de Colombia, y el cazabe, hecho de yuca, en las Antillas. En muchos países la alimentación campesina de origen vegetal mantiene su base indígena: en México predominan el maíz, los frijoles, el chile o ají, el cacao y el maguey (de donde se saca el pulque), con la adición extranjera del arroz y el café; en las Antillas, a pesar de que no hay ya indios puros, el maíz, los frijoles, el ají, el cacao, la yuca, la batata, con el ñame, el arroz y el café; en el Perú, el

maíz, la yuca (allí denominada mandioca), la papa y el ulluco; en el Brasil, la yuca y el maíz. “La mandioca —dice el sociólogo pernambucano Gilberto Freyre— es el alimento fundamental del brasileño (en el campo), y la técnica de su elaboración permanece casi idéntica a la de los indígenas”. En la agricultura se han conservado, junto a las técnicas europeas, métodos indígenas como los cultivos en terrazas con muros de contención (*pircas*) en terrenos inclinados, y la fertilización de las tierras con el *guano*.

En las ciudades, mientras se construían casas, palacios, fortalezas, templos, a estilo de los países del Mediterráneo, se mantenía la choza nativa (la gran arquitectura desapareció), el rancho, el *bohío* (nombre de las Antillas), el *jacal* (nombre de México). Ahora estos edificios modestos están desterrados de las ciudades (donde a veces los ha sustituido una construcción muy inferior, de lámina de metal, comúnmente llamada zinc) y sólo subsisten en los pueblos pequeños y en los campos. De los materiales nativos de construcción, se emplean muchas clases de piedra, como el tezontle rojo oscuro y la chiluca gris clara de México, y muchas maderas, como la caoba y el jacarandá, hoy más frecuentes en muebles que en edificios.

Entre las industrias indígenas sobrevive el tejido, especialmente en ponchos y zarapes, el calzado (sandalias), las esteras, las hamacas, los cestos; igualmente la alfarería y la orfebrería, que mantiene toda su extraordinaria variedad, mezclando la tradición nativa con la europea.

La fusión de elementos europeos y elementos nativos alcanza a las artes plásticas (arquitectura, escultura, pintura), donde el indio, dirigido por maestros europeos, introdujo pormenores característicos que dan fisonomía peculiar a las obras. El fenómeno se ha estudiado detenidamente en la arquitectura. El poeta español y crítico de arte José Moreno Villa ha dado el nombre de *tequitqui* a estas formas de arte: *tequitqui* significa en náhuatl “vasallo”, como en árabe *mudéjar*, nombre que se dio al arte de los mahometanos que vivían entre los cristianos en España.

Esta fusión aparece también en el teatro. Cuando los

misioneros organizaron representaciones dramáticas que ayudasen a instruir a los indios en la doctrina cristiana, combinaron los recursos, no muy amplios, del teatro religioso medieval de Europa con los del teatro indígena. Así lo explica, por ejemplo, el P. Motolinía, quien probablemente dirigió la representación de unos autos, en Tlaxcala, en 1538. Las obras, además, se escribieron muy a menudo en lenguas nativas, desde California hasta la Argentina y el Paraguay. Y entre los indios se mantuvo, aunque de modo precario, el teatro propio, a su vez influido ahora por formas europeas: en el siglo XVIII produjo una obra muy interesante, *Ollantay*, escrita en quechua, en tres actos y en verso a la manera española de Lope y Calderón, pero de asunto anterior a la Conquista y con no pocas reminiscencias igualmente anteriores (*Ollantay* está traducido al castellano, al inglés, al francés, al alemán, al checo y hasta al latín). El teatro en lenguas indígenas se mantiene hasta hoy, especialmente en Yucatán y en el Paraguay.



## CAPITULO III

### LA CULTURA COLONIAL



**A** PENAS conquistaban una ciudad, o la fundaban, los españoles y portugueses establecían en ella las instituciones europeas: políticas, religiosas, educativas. La vida política tenía dos formas fundamentales: el gobierno en representación de la corona, y los municipios autónomos. La vida religiosa comienza con la erección de templos; al poco tiempo se instalan conventos; el primero fue el de los frailes franciscanos en la ciudad de Santo Domingo, en 1502; le siguieron, allí mismo, el de los frailes dominicos, en 1510, y el de los mercedarios, en 1514; algún tiempo después, las órdenes femeninas. Y desde 1504 el Vaticano decidió erigir obispados. Los religiosos tuvieron papel muy importante en la vida colonial: además de difundir el cristianismo, defendieron al indio contra la explotación del encomendero (en esta defensa se distinguió la Orden de Santo Domingo), y, por lo menos al principio, organización y dirigieron la enseñanza. La Iglesia Católica ha consagrado como santos, beatos o venerables, entre otros, al arzobispo Toribio Alfonso de Mogrovejo (1534-1606), al obispo Juan de Palafox (1600-1659), a Fray Francisco Solano (1549-1610), a Fray Luis Beltrán (1523-1581), al P. Pedro Claver (1580-1654), defensor de los esclavos, a la monja Rosa de Lima (1586-1617), al mexicano Fray Felipe de Jesús (1573-1597), mártir de la fe crucificado en el Japón y al mulato

peruano Fray Martín de Porres (1569-1639), que estableció en Lima el primer orfanato y enseñó agricultura.

La enseñanza escolar comenzó temprano: desde 1505, en el colegio que fundó Fray Hernán Suárez en el convento de la Orden de San Francisco en la ciudad de Santo Domingo; después, además de los colegios conventuales, se establecieron institutos independientes. La enseñanza se destinaba tanto a los hijos de españoles como a los indígenas: desde 1513 hay disposiciones de la corona de España que mandan enseñar latín a indios escogidos en las Antillas. Los colegios para indios fueron importantes en el Perú, y en México, donde se fundaron en 1523 el de San Francisco, bajo la dirección del fraile flamenco Pedro de Gante (allí se enseñaba religión, latín, música, pintura, escultura y oficios), y en 1536 el Colegio Imperial de Santa Cruz, para caciques, en la villa de Tlaltelolco, barrio ahora de la ciudad capital (tuvo entre sus enseñanzas la de medicina indígena, que los europeos, con gran acierto, quisieron aprovechar y de hecho aprovecharon). Naturalmente, los colegios y escuelas se establecían en las ciudades; pero no se intentó extender la cultura intelectual a todos los habitantes: en la Europa del siglo XVI no se había implantado aún la enseñanza obligatoria para todos, y no se podía esperar que los europeos la impusieran en América. En las aldeas no había otra enseñanza que la de religión, a cargo de los sacerdotes, y a veces la de artes y oficios europeos. Dos ejemplos famosos hubo: el del obispo Vasco de Quiroga, que, inspirándose en la *Utopía* (1516) de Sir Thomas More, estableció poblaciones, en la región mexicana de Michoacán, cada una con su oficio distintivo (en parte se conservan todavía); el de los jesuitas en las Misiones del Paraguay y nordeste de la Argentina, donde establecieron una especie de sociedad colectivista, dando a los indios guaraníes reglas de vida, de trabajo, de arte y de juego: esta organización duró desde fines del siglo XVI hasta 1767, año en que la Compañía de Jesús fue expulsada de todos los dominios españoles.

Cuando los colegios se desarrollaban y crecían, aspiraban a convertirse en universidades. Antes de cumplirse medio siglo del

Descubrimiento, en 1538, el colegio de los frailes dominicos en la ciudad de Santo Domingo quedó autorizado a llamarse Universidad de Santo Tomás de Aquino; en 1540 se autorizó la creación de otra universidad allí, la de Santiago de la Paz, con bienes donados por el opulento colonizador Hernando de Gorjón, y le sirvió de base el colegio establecido muchos años antes por el obispo Sebastián Ramírez de Fuenleal. En 1551, la corona de España decidió fundar universidades en las capitales de los dos virreinos entonces existentes: una en México, otra en Lima; se inauguraron en 1553. La de Lima es hoy la más antigua entre las de América, cuya vida no ha conocido interrupción importante desde que se fundó, pues las de Santo Domingo y México sí la sufrieron. Después de las cuatro primeras se fundaron nuevas universidades. Salvo excepciones como la de México y la de Lima, eran colegios que recibían autorización para asumir categoría universitaria y conferir títulos de doctor (y aun la de Lima fue, de 1553 a 1574, meramente colegio de los frailes dominicos); pero la autorización podía rescindirse, y de hecho se rescindió en ocasiones. Tuvieron la estructura de las universidades de la Edad Media, con cuatro facultades: artes (que confería medicina; no en todas partes se alcanzó a completar las cuatro. Los modelos generales eran Salamanca y Alcalá. El idioma obligatorio de las cátedras era el latín, excepto en medicina. En colonias donde abundaban los indios, como México, Guatemala y el Perú, estas instituciones ofrecían cursos de lenguas indígenas, como preparación para los estudiantes de teología que debían enseñar y predicar.

Contando todas las instituciones que tuvieron, o se atribuyeron, prerrogativas universitarias, aunque fuese por pocos años, se llega a veinte y seis (pero nunca coexistieron todas juntas, porque a veces se les revocaban las prerrogativas): dos en Hispaniola (ambas en la ciudad de Santo Domingo), una en Cuba (en la Habana), tres en México (una en la capital, una en Guadalajara, una en Mérida de Yucatán), una en Guatemala (en la capital) una en Nicaragua (en León), una en Panamá (en la capital), dos en Nueva Granada, la actual Colombia (ambas en

Bogotá), dos en Venezuela (una en Caracas, una en Mérida), cuatro en el Ecuador (todas en Quito), cuatro en el Perú (una en Lima, dos en el Cuzco, una en Huamanga) una en el Alto Perú, la actual Bolivia (en Charcas), dos en Chile (ambas en Santiago), dos en la Argentina (ambas en Córdoba del Tucumán). Las de mayor importancia fueron: la de Santo Tomás de Aquino, en Santo Domingo, adonde acudieron durante tres siglos estudiantes de Cuba, Puerto Rico y Venezuela; la de México, que alcanzó a graduar más de mil cuatrocientos doctores; la de San Marcos, en Lima; la de San Carlos Borromeo, en Guatemala, fundada en 1676 mediante legado de Pedro Crespo Suárez; la de San Jerónimo, en La Habana, establecida en 1728; la de Santa Rosa, en Caracas, inaugurada en 1725; la de dominicos de Bogotá, fundada en el siglo XVII; la de San Gregorio Magno, de jesuitas, en Quito, en 1620; la de San Francisco Javier, de jesuitas, en Charcas, en 1624; la de San Ignacio de Loyola, de jesuitas, en Córdoba, en el siglo XVII.

Hubo, además buen número de seminarios teológicos, que a veces se adelantaban a las universidades en la introducción de doctrinas filosóficas modernas, y en los últimos años de la era colonial se fundaron instituciones educativas de otra especie, como la Escuela de Minería, en México, en 1792, con catedráticos como los españoles Fausto de Elhúyar (1757-1833), descubridor del tungsteno, y Andrés del Río (1765-1849), descubridor del vanadio, y el mexicano Antonio León y Gama (1735-1802). Contemporáneas de la Escuela de Minería son las Academias de Bellas Artes de México (1783), de Guatemala (1797) y de otras ciudades: en realidad, la enseñanza artística se había iniciado desde los primeros tiempos (según queda dicho), y hasta tuvo centros especiales en el siglo XVI, como el Colegio de San Andrés, para formar arquitectos, escultores y pintores, en Quito (1553). Y en el siglo XVIII se establecen las primeras bibliotecas públicas, el jardín Botánico de México (1788), el Museo de Historia Natural y el Jardín Botánico de Guatemala (1796), el Observatorio Astronómico de Bogotá, la Escuela de Náutica de Buenos Aires (1799), fundada por Manuel Belgrano (1770-1820). Según Humboldt, que

escribía a principios del siglo XIX, “ninguna ciudad del Nuevo Mundo, sin exceptuar las de los Estados Unidos, poseía establecimientos científicos tan grandes y sólidos como los de la capital mexicana” —ciudad que era entonces la de mayor población en las Américas (112,926 habitantes, frente a 96,000 de Nueva York; Potosí, en el Alto Perú, había llegado a 114,000 en el siglo XVII, pero se despobló al agotarse las minas cercanas). Según Humboldt, además, no había en Europa biblioteca especial de botánica comparable a la del grupo de investigadores que dirigían Mutis y Caldas en Bogotá.

En el Brasil hubo colegios de estudios generales y seminarios teológicos. El colegio de los jesuitas en Bahía estuvo equiparado al de la Universidad portuguesa de Evora, hasta 1759, año en que la Compañía de Jesús fue desterrada de todos los territorios gobernados por la corona de Portugal. No se organizó ninguna universidad en el Brasil; los brasileños que deseaban adquirir títulos profesionales en medicina o en derecho tenían que trasladarse a Europa, generalmente a la Universidad de Coimbra. En el siglo XVIII se estableció el Gabinete de estudios de historia natural en Río de Janeiro (1784). Finalmente, con el arribo de la corte portuguesa (1808) se establecieron en la capital nuevas instituciones de cultura.

Entre las gentes educadas de la América hispánica hubo mucha afición a la lectura. En el Brasil, por ejemplo, los libros suplían la falta de universidades: no se advierte diferencia sustancial de cultura entre los súbditos de la corona de Portugal y los de la corona de España, si se exceptúan los dos grandes centros que fueron Lima y México. Las listas de obras remitidas de Europa a los libreros de las colonias abarcan la mayor variedad concebible de títulos y asuntos; las cantidades eran extraordinarias: así, en 1785, una sola remesa de libros recibida en El Callao, el puerto de Lima, sumaba 37,612 volúmenes. En el siglo XVIII circulaban muchos libros de orientación moderna: la *Encyclopédie*, obras de Bacon, Descartes, Copérnico, Gassendi, Boyle, Leibniz, Locke, Condillac, Buffon, Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Lavoisier, Laplace; se mantuvieron en circulación secreta todavía cuando se les consideró peligrosos y

se prohibió su lectura. Junto con el latín, que era el punto de partida de la enseñanza en las escuelas de las ciudades, se leía el italiano, que era adorno común en el siglo XVI para persona culta de habla española o portuguesa; en el siglo XVIII se hizo corriente el francés, y después se comenzó a aprender el inglés.

La imprenta apareció, como las universidades, antes de cumplirse medio siglo del Descubrimiento: en 1535 existía ya en México (el libro más antiguo que se conserva es de 1539). En 1583 se establece en Lima.

Durante el siglo XVII, mientras aparece en los Estados Unidos (1638), la imprenta se establece en Puebla, segunda ciudad, por su población, después de México, en el virreinato de la Nueva España (1640); en Guatemala (1641: reaparece en 1660); en las Misiones Jesuíticas del Paraguay y la Argentina —con tipos que los indios guaraníes fabricaban bajo la dirección de los sacerdotes de la Compañía de Jesús (poco antes de 1700); en Santo Domingo, según el bibliógrafo norteamericano Isaiah Thomas (hay pruebas de que existía por lo menos en la centuria siguiente). Después aparece en La Habana (1707), en Oaxaca, de México (1720), en Bogotá (hacia 1738; suspendida en 1742, reaparece en 1777), en el Ecuador (en Ambato, 1754; trasladada a Quito, 1760), en la Argentina (Córdoba, 1764; trasladada a Buenos Aires, 1780), en Cartagena de Indias (1776), en Santiago de Chile (1780), en Guadalajara, de México (1793), en Veracruz (1794), en Santiago de Cuba (1796). Durante los años que precedieron al movimiento de independencia, se instalan imprentas en Montevideo (1807), en Caracas, en San Juan de Puerto Rico (1808), y en Guayaquil (1810).

En el Brasil se estableció la primera imprenta en 1706; el gobierno la suprimió. No la hubo de nuevo hasta 1808, cuando el rey de Portugal se trasladó al Brasil.

En México llegaron a funcionar simultáneamente, en el siglo XVIII, seis imprentas, una de ellas (la de Eguiara) con tipos griegos y hebreos; en Puebla, tres; en Lima, seis.

Los impresos mexicanos de la época colonial, hasta 1821, se acercan a 12,000; los de Lima, 4,000.

Los primeros periódicos aparecen el siglo XVII. Desde antes de 1600 se imprimían hojas sueltas, en las capitales de los dos virreinos, con noticias europeas.

La primera *Gaceta de México* sale en 1667; todavía no se publica periódicamente: aparece de tarde en tarde. En el siglo XVIII se trató de imprimirla con regularidad; sólo se logró durante breves períodos: de enero a junio de 1722, bajo la dirección del sacerdote Juan Ignacio de Castorena (1668-1733), y de 1728 a 1738, bajo la dirección de Juan Francisco Sahagún de Arévalo; le siguió el *Mercurio de México*, 1740-1742; finalmente, la última *Gaceta de México*, dirigida por el militar y poeta Manuel Antonio Valdés (1742-1814): duró desde enero de 1784 hasta diciembre de 1809 y la sustituyó, en enero de 1810, la *Gaceta del Gobierno de México*, publicación oficial (las anteriores habían sido empresas de particulares), que se mantuvo hasta la terminación del dominio español en el país, en septiembre de 1821.

Guatemala tuvo de 1729 a 1731 su *Gaceta*; con igual nombre aparece allí otro periódico en 1794, dirigido por el jurista Jacobo de Villaurrutia, nativo de Santo Domingo (1757-1833), y sobrevive hasta 1816. En el Perú se inicia la publicación de la *Gaceta de Lima* en 1743; dura hasta 1767; reaparece de 1793 a 1795, luego de 1798 a 1804 y de 1810 a 1821. Hubo además periódicos informativos, antes de la terminación del régimen colonial, en La Habana (desde 1764), en Bogotá (desde 1785), en Buenos Aires (desde 1801), en Veracruz (1805), en Santiago de Cuba (1805), en San Juan de Puerto Rico (1807), en Montevideo (1807), en Guadalajara de México (1809), en Santo Domingo (1821).

El primer periódico cotidiano de la América española es el *Diario Erudito, Económico y Comercial* de Lima, de octubre de 1790 a septiembre de 1793, bajo la dirección del español Jaime Bausate y Mesa; el segundo fue el *Diario de México*, fundado por Villaurrutia (el de la *Gaceta de Guatemala*), con ayuda del historiador mexicano Carlos María de Bustamante (1774-1848); duró hasta 1817).

Merecen atención los periódicos dedicados a la literatura y

a las ciencias; fueron los principales: los cuatro que editó en México, entre 1768 y 1795, el sacerdote José Antonio Alzate (1729-1799), que cultivaba la física, la astronomía y las ciencias biológicas; el *Mercurio Volante*, en 1772, del mexicano José Ignacio Bartolache (1739-1790), médico y matemático; el *Mercurio Peruano*, de Lima, de 1791 a 1795, cuyo principal redactor fue el físico y naturalista Hipólito Unanue (1755-1833); el *Papel Periódico*, de La Habana, de 1790 a 1804; *Primicias de la Cultura de Quito*, en 1791, dirigido por Francisco Eugenio de Santa Cruz Espejo (1747-1795), médico de saber enciclopédico; el *Semanario de la Nueva Granada*, de Bogotá, de 1808 a 1811, dirigido por el sabio físico y naturalista Francisco José de Caldas (1771-1816).

La ciencia que trajeron los europeos al Nuevo Mundo fue la del Renacimiento, en la cual se combinaban restos de la Antigüedad y de la Edad Media con resultados de investigaciones nuevas. El Descubrimiento de América es, precisamente, una de las causas de la renovación científica. Es en América, ante todo, donde los europeos se ven obligados a modificar y ensanchar sus conceptos en astronomía, en geografía física, en zoología y en botánica. En la metalurgia, que tanta importancia adquirió entonces, hubo en América innovaciones técnicas, como el nuevo modo de beneficiar la plata. Después del siglo XVI hay poca actividad hasta fines del siguiente, cuando empiezan a llegar de Europa las doctrinas de la ciencia y de la filosofía propiamente modernas, representadas por Copérnico, Galileo y Descartes. En el siglo XVIII hay extraordinario interés en la ciencia, y en todos los países de América aparecen hombres dedicados a su estudio, que leen cuanto se produce en Europa y hacen trabajos que fueron contribuciones útiles para la constitución de la ciencia moderna, especialmente observaciones astronómicas y geográficas como las de Joaquín Velázquez de Cárdenas y León (1732-1786) y Antonio León y Gama (1735-1902) en México, observaciones físicas como las de Caldas, clasificaciones y descripciones de plantas y de animales: son particularmente notables las del mexicano José Mariano Mocino (c. 1750-1821). Durante el



a las ciencias; fueron los principales: los cuatro que editó en México, entre 1768 y 1795, el sacerdote José Antonio Alzate (1729-1799), que cultivaba la física, la astronomía y las ciencias biológicas; el *Mercurio Volante*, en 1772, del mexicano José Ignacio Bartolache (1739-1790), médico y matemático; el *Mercurio Peruano*, de Lima, de 1791 a 1795, cuyo principal redactor fue el físico y naturalista Hipólito Unanue (1755-1833); el *Papel Periódico*, de La Habana, de 1790 a 1804; *Primicias de la Cultura de Quito*, en 1791, dirigido por Francisco Eugenio de Santa Cruz Espejo (1747-1795), médico de saber enciclopédico; el *Semanario de la Nueva Granada*, de Bogotá, de 1808 a 1811, dirigido por el sabio físico y naturalista Francisco José de Caldas (1771-1816).

La ciencia que trajeron los europeos al Nuevo Mundo fue la del Renacimiento, en la cual se combinaban restos de la Antigüedad y de la Edad Media con resultados de investigaciones nuevas. El Descubrimiento de América es, precisamente, una de las causas de la renovación científica. Es en América, ante todo, donde los europeos se ven obligados a modificar y ensanchar sus conceptos en astronomía, en geografía física, en zoología y en botánica. En la metalurgia, que tanta importancia adquirió entonces, hubo en América innovaciones técnicas, como el nuevo modo de beneficiar la plata. Después del siglo XVI hay poca actividad hasta fines del siguiente, cuando empiezan a llegar de Europa las doctrinas de la ciencia y de la filosofía propiamente modernas, representadas por Copérnico, Galileo y Descartes. En el siglo XVIII hay extraordinario interés en la ciencia, y en todos los países de América aparecen hombres dedicados a su estudio, que leen cuanto se produce en Europa y hacen trabajos que fueron contribuciones útiles para la constitución de la ciencia moderna, especialmente observaciones astronómicas y geográficas como las de Joaquín Velázquez de Cárdenas y León (1732-1786) y Antonio León y Gama (1735-1902) en México, observaciones físicas como las de Caldas, clasificaciones y descripciones de plantas y de animales: son particularmente notables las del mexicano José Mariano Mociño (c. 1750-1821). Durante el

último período del régimen colonial, muchos hombres de ciencia europeos, desde el francés La Condamine hasta el alemán Alexander von Humboldt, se trasladan a América, y su influencia es muy fructífera. Son dignas de mención, además, las grandes expediciones de investigación científica costeadas por la corona de España. La arqueología de las culturas indígenas de América se inicia entonces, y su principal monumento es la *Historia antigua de México* (1780-1781), del P. Francisco Javier Clavijero (1731-1787).

Obra muy notable para su tiempo es también el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, en seis volúmenes (Madrid, 1786-1789), del ecuatoriano Antonio de Alcedo (1735-1812); se tradujo al inglés (Londres, 1812-1815).

Entre los conquistadores, exploradores, funcionarios del gobierno y sacerdotes encargados de la evangelización de América, muchos se dedicaron a describir las tierras nuevas y a contar sucesos que en ella ocurrían, comenzando desde Colón con su diario de navegación y sus cartas. A veces el conquistador es poeta, como Alonso de Ercilla (1533-1594), que relató en su poema épico *La Araucana* las luchas entre los españoles y los indios de Chile. Después, gran número de escritores españoles y portugueses residieron en América durante los siglos XVI y XVII: los más eminentes fueron el novelista Mateo Alemán, iniciador de la novela picaresca española con su *Guzmán de Alfarache*, el dramaturgo Tirso de Molina, creador de Don Juan, y el historiador portugués Francisco Manuel de Melo.

Desde mediados del siglo XVI empiezan a aparecer escritores nacidos en América, y para fines de la centuria hay centenares. Unos son hijos de matrimonios de europeos; otros, descendientes de indios, o mestizos de indio y europeo. De los mestizos, el más notable es el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), uno de los mejores historiadores con que cuenta la literatura castellana: su obra *Comentarios reales* es cuadro admirable de la civilización de los Incas y dramático relato de la conquista del Perú y de las posteriores luchas entre los conquistadores. Son también historiadores distinguidos los

indios mexicanos Hernando Alvarado Tezozómoc (c. 1520-c. 1600) y Fernando de Alba Ixtlilxóchitl (c. 1568-c. 1648). Mestizos eran el historiador neogranadino Lucas Fernández de Piedrahita (1624-1688) y el escritor cuzqueño Juan de Espinosa Medrano (c. 1640-1682), fino crítico de literatura y autor dramático. Entre los descendientes de europeos se cuentan el obispo ecuatoriano Gaspar de Villarreal (c. 1587-1665), los chilenos Pedro de Oña (1570-c. 1643), autor de extensos poemas narrativos como *El vasauo*, de estilo muy florido, y *Arauco domado* (Lima, 1596), primera producción poética, y Francisco Núñez de Pineda Bascañán (1607-1682), que relató su *Cautiverio feliz* de siete meses (1629) entre los indios araucanos; los brasileños Fray José de Santa Rita Durão (1722-1784), autor del poema *Caramurú* (1781), y José Basilio da Gama (1740-1795), autor del poema *Uruguay* (1769), que pintan la naturaleza de América y la vida de los indígenas; los poetas latinistas Francisco Javier Alegre (1729-1788), Diego José Abad (1727-1779) —mexicanos ambos— y Rafael Landívar (1731-1793), que en su hermoso poema *Rusticatio mexicana* (1781-1782) describe el paisaje y las costumbres de México y de su nativa Guatemala; el dramaturgo brasileño Antonio José de Lisboa (1705-1739), judío a quien quemó en la hoguera la Inquisición de Portugal y a quien se llamaba “el Molière portugués-americano”. Sobresale entre todos los descendientes de europeos el mexicano Juan Ruiz de Alarcón (c. 1580-1639), que se trasladó a Madrid cuando contaba unos treinta y tres años y allí dio a la escena sus comedias; es una de las cuatro figuras mayores del gran teatro español del siglo XVII, con Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón. En sus obras adopta el sistema dramático español de su tiempo, la comedia de la vida común de los nobles y los hidalgos, llamada comúnmente “comedia de capa y espada”; pero él lo matiza con las notas graves de su espíritu reflexivo. Su comedia más conocida, *La verdad sospechosa*, fue imitada en Francia por Corneille en *Le menteur*, y así resulta el antecedente mediato de Molière. Como americanos deben contarse Bernardo de Valbuena (c. 1562-1627) y el P. Antonio Vieira (1606-1697), que vinieron de

niños al Nuevo Mundo y aquí se formaron: Valbuena es uno de los poetas más brillantes de la lengua castellana, autor de la novela pastoril *Siglo de oro*, que contiene églogas muy pintorescas, del poema heroico y fantástico *El Bernardo*, comparable con *La reina de las hadas*, de Edmund Spenser, y del poema breve *La grandeza mexicana*, elogio de la capital del virreinato de la Nueva España. Vieira es uno de los principales oradores y maestros de la prosa en portugués: defendió siempre al Brasil contra los abusos de los gobernantes y de los mercaderes venidos de Europa y predicó la abolición de la esclavitud. Las mujeres no estaban ausentes de la literatura: así aparecen, entre muchas poetisas, la monja Leonor de Ovando, en Santo Domingo, la más antigua de todas, las cultísimas peruanas Clarinda y Amarilis (sólo conocemos sus seudónimos), y, entre las escritoras en prosa, la elocuente monja de Nueva Granada Sor Francisca Josefa de la Concepción, a quien era costumbre llamar “la Madre Castillo”, según su apellido de familia. La más ilustre es la poetisa de México Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), último de los grandes poetas de la lengua castellana en los Siglos de Oro; escribió poesías delicadamente expresivas de sentimientos de amor o de devoción religiosa, o exquisitamente imaginativas, o ingeniosas, como su célebre defensa de las mujeres (“Hombres necios, que acusáis / A la mujer sin razón”); escribió comedias y autos sacramentales a la manera de Calderón, villancicos para iglesias —breves representaciones cantadas—, y cartas magníficas, sobre todo la autobiográfica, en que cuenta la singular historia de sus estudios.

Los españoles y los portugueses trajeron a América el drama europeo cuando todavía no abandonaba las formas de la Edad Media: representaciones religiosas, alegorías morales, farsas cómicas. A medida que el drama se desarrolla en Europa, sus nuevas formas se transportan a las colonias de España y Portugal. A fines del siglo XVI, las ciudades de México y Lima tenían teatros permanentes, donde se presentaban obras, tanto de autores europeos como de autores locales. Con el tiempo, todas las ciudades importantes tuvieron teatros públicos.

La música y la danza europeas, a poco de trasplantadas, producen formas nuevas: canciones y bailes como la gayumba, el zambajalo, la chacona, que fueron adoptadas luego en Europa. Durante los siglos XVI y XVII se cultivaron las formas polifónicas de la música, especialmente en la iglesia; desde alrededor de 1700 se organiza la primera orquesta sinfónica (en Caracas). El grupo sobresaliente de compositores es el venezolano del siglo XVIII: en él se distinguieron el P. Pedro Palacios Sojo, Lino Gallardo y José Angel Lamas.

Distingue a la época colonial el florecimiento de las artes plásticas. Desde temprano vinieron a América arquitectos, escultores y pintores de España y de Portugal, a veces de Italia, o de Francia, o de Flandes, que practicaron y enseñaron técnicas europeas. Se formaron con el tiempo grandes grupos o escuelas de artistas, y fueron muy activas las de México, Puebla, Guatemala, Bogotá, Quito, Lima, el Cuzco, Potosí, y en el Brasil, San Salvador de Bahía, Recife de Pernambuco, Ouro Preto, Río de Janeiro. El trabajo fue cuantitativamente enorme: millares de iglesias, de edificios oficiales, de palacios y casas de particulares, centenares de fortalezas, de puentes, de fuentes públicas, millares de cuadros religiosos, para las iglesias y para las familias, centenares de retratos, centenares de estatuas policromas.

Buena parte de estas obras son de alta calidad artística. Es asimismo importante el esfuerzo de las artes industriales, especialmente los muebles, los tejidos y bordados, la alfarería, la orfebrería, los trabajos en hierro y en bronce. Tanto en las vasijas de barro y en la vajilla de metal como en las alhajas, por ejemplo, se mantiene hasta nuestros días la herencia de la época colonial, y hasta en formas artísticas como las calabazas (jicaras y mates) y las cajas de madera pintadas.

Entre los pintores se señalaron en México, los miembros de las familias Echave y Juárez, Juan de Herrera, a quien llamaron "el divino", como el poeta español de igual apellido (siglo XVII), y Miguel Cabrera (1695-1768), en Bogotá Gregorio Vázquez de Arce (1638-1711), en Quito Miguel de Santiago (m. 1673), en el Cuzco Juan Espinosa de los Monteros (siglo XVII),

en Charcas Melchor Pérez de Holguín (siglo XVIII); entre los escultores, en Guatemala Alonso de La Paz (1605-1676), en Quito el Padre Carlos (siglo XVII), Gaspar Zangurima (siglo XVIII) y Manuel Chilli, a quien llamaban Caspicara (siglo XVIII), y en el Brasil Antonio Francisco Lisboa (1730-1814), llamado "el Aleijadinho" (el mutilado), que fue además gran arquitecto.

La arquitectura de tipo europeo aparece en los países dominados por España poco después del Descubrimiento. En los primeros edificios, los de Santo Domingo y Puerto Rico, se combinan las formas de la Edad Media (la estructura es ojival) con las del Renacimiento (sobre todo en las portadas, con arcos de medio punto); es el "estilo isabelino", que corresponde a la época de Isabel la Católica. A veces hay reminiscencias del arte mudéjar. Sucede al estilo isabelino el plateresco, así llamado porque su ornamentación hace pensar en joyas labradas por plateros; después, durante breve tiempo, el severo estilo clasicista al modo de Herrera, el constructor del Monasterio del Escorial en España: a este estilo pertenece la Catedral de México, el más importante de todos los monumentos de la época colonial (inaugurada en 1656). Entrado ya el siglo XVII, se adopta el estilo barroco: estilo menospreciado después, pero ahora plenamente rehabilitado por autores como Wölfflin y Sitwell.

Desde alrededor de 1600 los arquitectos son, en su mayor parte, nacidos en el Nuevo Mundo, y acaban por desarrollar formas estilísticas originales. En el siglo XVIII, y en México sobre todo, el barroco avanza en Europa, y se produce el ultrabarroco (designación reciente que sustituye a la inadecuada de churrigueresco). En las complicaciones del ultrabarroco de América se mantienen definidas las grandes líneas estructurales, y sólo en las porciones ornamentales hay profusión. Son muchas las construcciones de grande importancia artística. En opinión de un crítico europeo, cuatro de las ocho obras maestras de la arquitectura barroca en el mundo se hallan en América: el Sagrario de la Catedral de México, el Colegio de los Jesuitas en Tepetzotlán, el Convento de Santa Rosa en Querétaro y la

Iglesia de San Sebastián y Santa Prisca, en Taxco. Con el tiempo, este estilo americano reflujo sobre España, y así lo señalan críticos españoles como Enrique Díez-Canedo y Juan de la Encina. Además, como estilo local, apareció en Puebla y se extendió a la comarca circunvecina el estilo talaveresco, que adornaba con azulejos multicolores las fachadas de los edificios.

Por fin, en las postrimerías de la época colonial llega de Europa la reacción clasicista del siglo XVIII, el estilo comúnmente llamado neoclásico: uno de sus mejores ejemplares es la Iglesia del Carmen (1802-1807), en Celaya, obra de Francisco Eduardo Tresguerras (1745-1833), que antes había dirigido la construcción de Santa Rosa en Querétaro.

Mientras en los países de habla española se creaban formas originales, en el Brasil se mantuvo siempre el carácter portugués en la arquitectura, salvo una que otra innovación de detalle, y se construyeron edificios de fino carácter barroco, especialmente en Bahía, Olinda y Recife de Pernambuco, Río de Janeiro y Minas Geraes.

## CAPITULO IV

### LA INDEPENDENCIA, 1800-1825



El pensamiento de que las colonias americanas se hicieran independientes de España y Portugal es muy antiguo. Era natural que los indios, y en particular los que pertenecían a los dos grandes imperios subyugados, México y Perú, pensaran en recobrar el dominio de sus tierras nativas: los levantamientos, mayores o menores, comienzan temprano y se repiten hasta el célebre de Túpac Amaru, descendiente de los Incas, en 1780. Los europeos también, y descendientes suyos después, iniciaron rebeliones, comenzando con la de Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú (1542-1544), y la de Martín Cortés, hijo del conquistador de México (1566), en las cuales se llegó a tratar de la secesión, aunque no existen pruebas de que los jefes aceptaran la idea. De todos modos, ninguno de esos levantamientos, fuesen de indios, de españoles o de criollos, alcanzó a poner en serio peligro la unidad del imperio español.

Pero además, de tarde en tarde, hay quienes prevén la independencia como hecho fatal en el futuro, aunque no lo comenten con ánimo rebelde, y en 1783 el Conde de Aranda, ministro de Carlos III de España, aconsejó a su rey la creación de tres monarquías, con infantes españoles como reyes, una en la América del Norte y dos en la del Sur.



Como en los países de habla castellana, hubo en el Brasil, antes del siglo XIX, conspiraciones y levantamientos; todos fracasaron. El más importante fue la "Infidencia Mineira" (de Minas Geraes), encabezada por Tiradentes (Joaquim José da Silva Xavier, 1748-1792) y apoyada —caso interesante— por cuatro de los mejores poetas brasileños: Claudio Manoel da Costa (1728-1789), Thomas Antonio Gonzaga (1744-1810), Alvarenga Peixoto (1744-1793) y Barbosa Lage (1761-1793).

Tres hechos provocaron, al fin, el movimiento de secesión de las colonias: la independencia de los Estados Unidos (1776); la Revolución Francesa (1789); la invasión napoleónica en España y Portugal (1807).

Desde mediados del siglo XVII se comenzó (según queda dicho) a leer obras de pensadores franceses e ingleses en quienes se encontraban doctrinas como la del contrato social (que arrancando de Grocio y de Altusio había llegado, a través de Spínosa y Locke —entre tantos otros—, hasta Rousseau), la soberanía popular, la división de poderes en el gobierno de las naciones. Estas doctrinas adquirieron vitalidad peligrosa —peligrosa para la autoridad tradicional— con los posteriores acontecimientos de la América septentrional y de Francia; contrariando las prohibiciones, no sólo se persistió en la lectura de las obras que contenían aquellas doctrinas, sino que se leyeron los documentos de ambas revoluciones y los escritos de pensadores que participaron en ellas o las apoyaron, como Jefferson. La *Declaración de los derechos del hombre* promulgada por la Asamblea Constituyente de París fue traducida por Antonio Nariño (1765-1823) e impresa clandestinamente en Bogotá (1794); circuló en buena parte de América.

Cuando Napoleón invade la Península Ibérica, los reyes de Portugal se trasladan al Brasil con más de diez mil personas, entre séquito y funcionarios (salen a fines de 1807; llegan a principios de 1808); el rey de España abdica.

Las colonias españolas se encontraron frente a una situación sin precedentes: no tenían gobierno legítimo, porque su rey había abdicado y no querían reconocerle derechos al

usurpador. La tendencia inicial consiste en desconocer la autoridad de Napoleón y proclamar fidelidad al depuesto monarca español. El órgano de esta tendencia es, en muchas ciudades, el ayuntamiento o cabildo municipal, única autoridad cuyo origen podría decirse que emanaba del pueblo, siquiera en parte, sobre todo cuando asumía la forma de "cabildo abierto", con participación de ciudadanos que no ejercían función oficial: así se combinaban la doctrina de la soberanía popular, muy en boga entonces entre los hombres ilustrados, y la antigua práctica española. Este movimiento fracasó en México (septiembre de 1808); triunfó, temporalmente, para quedar vencido después, en La Paz (julio de 1809), Quito (agosto de 1809), Caracas (abril de 1810), Bogotá (julio de 1810), Santiago de Chile (julio y septiembre de 1810); sólo en Buenos Aires (mayo de 1810) se impuso de modo definitivo: desde entonces el poder local quedó en manos de argentinos.

Mientras tanto, en España, en la parte que la invasión napoleónica no alcanzó a dominar, se convocó a cortes, según otra antigua tradición, y las "provincias de ultramar" enviaron representantes suyos. Este congreso celebró sus más importantes reuniones en Cádiz, donde españoles y americanos trabajaron juntos en redactar y discutir la primera Constitución de España, promulgada en marzo de 1812: tuvo orientación liberal. Decretaron, además, la libertad de imprenta (noviembre de 1810) y suprimieron el tribunal de la Inquisición (febrero de 1813). Entre los americanos, el que con mayor ahínco trabajó en darle forma a la Constitución fue el ecuatoriano José Mejía (1777-1813): se le consideraba el mejor orador de las Cortes.

Pero la inquietud de América no podía detenerse ahí: la aspiración a la independencia estaba en todas partes, y pronto asoma en muchos lugares. En la América del Norte, la insurrección comienza en México, en septiembre de 1810; la independencia queda consumada en 1821; como consecuencia, se declara libre, sin lucha, la América Central: Guatemala, desde cuya capitanía general se gobernaban las demás regiones, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica.

En la América del Sur, el movimiento parte de dos focos:

Venezuela y la Argentina. Desde 1782 había concebido el proyecto de libertar la América española el venezolano Francisco de Miranda (1750-1816), "el Precursor", hombre de carrera singular, que en nombre de España colaboró (1781-1782) en la guerra de independencia de los Estados Unidos, y después, como general de la Francia revolucionaria (1792), se apoderó de la ciudad de Amberes (su nombre figura en el Arco de Triunfo de la Estrella, en París); además recorrió toda Europa, hasta Turquía, Rusia y Suecia. Inició la campaña de Venezuela en 1806, fracasó, llevó allí nueva expedición en 1810, fracasó de nuevo y murió en prisión. Directamente, o a través de la Logia Lautaro, influye en muchos libertadores de América, entre ellos Bolívar, San Martín, O'Higgins. Simón Bolívar (1783-1830), hombre de genio militar, liberta al fin a Venezuela, después a Nueva Granada y al Ecuador. Mientras tanto, José de San Martín (1778-1850), otro militar de genio, asume (1812) la dirección de la campaña que había comenzado en la Argentina en 1810, lleva luego la guerra a Chile (1817), donde colabora con él Bernardo O'Higgins (1776-1842), y finalmente al Perú (1820). Las batallas finales de la campaña sudamericana quedaron encomendadas a Bolívar, que ganó la de Junín (6 de agosto de 1824), y a su lugarteniente Antonio José de Sucre (1793-1830), que triunfó en Ayacucho contra catorce generales españoles (9 de diciembre de 1824). Con el estímulo de las campañas de Bolívar, las Antillas españolas trataron de hacerse independientes: lo alcanzó sin pelear, Santo Domingo (1821); Cuba y Puerto Rico permanecieron sometidas a España hasta 1898.

La serie de las declaraciones de independencia es la siguiente: Venezuela, 5 de julio de 1811; Nueva Granada (la actual Colombia), 16 de julio de 1813 (declaración confirmada el 17 de diciembre de 1819, al unirse con Venezuela bajo el nombre de Colombia); Paraguay, 12 de octubre de 1813; México, 6 de noviembre de 1813 (Congreso de Chilpancingo); Argentina 9 de julio de 1816 (Congreso de Tucumán); Chile, 12 de noviembre de 1817; Ecuador, 9 de octubre de 1820; Perú, 28 de julio de 1821; América Central, 15 de septiembre de 1821;

Santo Domingo, 30 de noviembre de 1821. La República de Bolivia —llamada así en homenaje a Bolívar— se creó en agosto de 1825. El Uruguay se adhirió en 1811 a la revolución argentina de 1810, fue invadido por los portugueses en 1816, pero se libertó de la invasión y se proclamó república independiente en 1828. Panamá rompió con España el 28 de noviembre de 1821 y se unió a Colombia; dos veces después trató de separarse (1830 y 1840), pero fracasó el intento; lo realizó por fin el 3 de noviembre de 1903, con el apoyo de los Estados Unidos.

En el Brasil, el rey de Portugal, Juan VI, después de trece años de residir en Río de Janeiro con su corte, regresó a la metrópoli (abril de 1821), dejando a su hijo Pedro como regente de la colonia. A Pedro lo llama, poco después, el Congreso de Portugal; pero, aconsejado por amigos brasileños, y especialmente por José Bonifacio de Andrada e Silva (1765-1838), opta por quedarse (*eu fico*, en portugués “me quedo”, 9 de enero de 1822), proclama la independencia del Brasil (grito de Ipiranga, 7 de septiembre) y se hace coronar emperador (1o de diciembre). Los débiles intentos portugueses de reconquista fueron fácilmente rechazados. El imperio se organiza como monarquía constitucional. Pedro I (1798-1834) gobernó hasta 1831, fue depuesto, y le sucedió su hijo Pedro II (1825-1891) hasta 1889, año en que se adopta el sistema republicano.

En el proceso que produjo la independencia de la América española tuvieron grande importancia las teorías políticas. La doctrina de la soberanía del pueblo, opuesta a la tradición que concentraba la soberanía en el rey, es la base teórica en que se apoya la independencia: es el pueblo quien se determina a constituirse en nación libre. El habitante se convirtió, de súbdito, en ciudadano. El gobierno había de ser representativo: íntegramente, si la organización era republicana, a la manera de Francia o de los Estados Unidos; parcialmente, si la organización era monárquica, como en Inglaterra, según muchos pensaron: Miranda y Belgrano, entre otros, proponían que el monarca fuese uno de los descendientes de los Incas. El sistema

monárquico se ensayó en México dos veces, pero fracasó siempre: en 1822-1823, con Agustín de Iturbide; en 1864-1867, con Maximiliano de Habsburgo. La libertad, según los revolucionarios, debía ser amplia, y la igualdad completa. Se declararon nulas las discriminaciones de clase y de raza; quedaron abolidos los títulos de nobleza. Se decidió abolir la esclavitud: así se dispone en proclamas del cura Hidalgo, en México (septiembre de 1810), y de Bolívar, en Venezuela (julio de 1815), y en decretos del Congreso reunido en Chile (1811) y del triunvirato que gobernó en Buenos Aires; la abolición definitiva se cumplió después de consumada la independencia. Durante la época colonial, las razas se habían mezclado profusamente; llegaron a existir distinciones de castas (negros, indios, mulatos, mestizos y combinaciones de unos y otros) y hasta reglamentaciones legales sobre el asunto; pero tales reglamentaciones nunca fueron sistemáticas, y sí, muy a menudo, incongruentes; cualquier disposición relativa a los aborígenes (como las que pretendieron vedarles la entrada a la Universidad de Lima en el siglo XVIII) chocaba con las que en el siglo XVI recomendaban el matrimonio entre españoles y nativos (1503 y 1514; confirmadas en 1680) y establecían enseñanza superior para los indios. En la práctica estas distinciones estaban sujetas a infinita variación y modificación; nunca existió discriminación bien definida. "Las castas coloniales fueron resultado del mestizaje", dice el investigador argentino Angel Rosenblat; pero, al persistir, "el proceso mismo del mestizaje tendió a la disolución de las castas". En realidad, el español, hombre del Mediterráneo, antiquísimo lugar de confluencia de pueblos y de culturas, no tenía prejuicios arraigados de raza; tampoco, y menos quizá, los tenía el portugués. Las doctrinas igualitarias del siglo XVIII dieron nuevo apoyo a esta actitud tradicional en la América española, y las campañas libertadoras les dieron expresión oficial. Otra consecuencia de ellas fue la supresión de los tributos y cargas que soportaban los indios, como la mita en el virreinato del Perú; se trató de abolir la virtual servidumbre de los nativos: problema que, como no dependía sólo de las leyes, ha quedado

pendiente de solución, y sólo en México ha empezado a resolverse. Se declararon libres las actividades económicas; uno de los mayores estorbos del régimen colonial había sido la prohibición de todo comercio que no fuese con España (sólo se la modificó parcialmente en el siglo XVIII); de ahí el contrabando, que en gran escala practicaron ingleses, franceses y holandeses. La imprenta, por fin, quedó libre.

Hubo en el Brasil tanta fermentación de principios políticos como en la América española. El gobierno se convirtió en monarquía constitucional en 1820, antes de la independencia. Después se votó la Constitución del Imperio y fue promulgada en marzo de 1824. Se conservaron los títulos de nobleza, pero se borró la tacha de inferioridad que afectaba al trabajo manual, y el tener ascendientes obreros dejó de ser impedimento para el desempeño de funciones públicas.

Mientras se peleaba para conquistar la independencia, se trataba de destruir el sistema colonial y reemplazarlo con una organización social moderna, no solamente en el orden político y en el económico, sino también en el de la cultura. Planes de reforma de la instrucción pública acompañan a veces las proclamas o las constituciones. El ideal de muchos próceres fue extender la cultura a todo el pueblo y darle como base la ciencia moderna. En medio de la contienda se fundaron la Academia Lauretana (1821), convertida a poco (1827) en Universidad de Arequipa; la Universidad de Antioquia, en Nueva Granada (1822); la de Trujillo, en el Perú (decreto de Bolívar, 1824); las Escuelas Náuticas de Cartagena y Guayaquil; la Biblioteca Pública de Buenos Aires (septiembre de 1810), obra de Mariano Moreno (1778-1811), el alma de la Revolución de Mayo; la de Montevideo (1816); la de Santiago de Chile, y la de Lima, fundada por San Martín (1821); el Museo de Ciencias de Bogotá (1823). En lugares diversos se dispone que los conventos enseñen al pueblo a leer y escribir: así lo habían hecho en el siglo XVI, pero después olvidaron la costumbre.

No era mucho, desde luego, lo que podía emprenderse en medio de la lucha política y militar, de modo que la principal expresión de cultura fue la que mejor servía a la causa de la

libertad: la prensa. En este breve período salieron a luz periódicos en número mayor que durante toda la época colonial.

Mariano Moreno fundó la *Gaceta de Buenos Aires* en junio de 1810 (duró hasta septiembre de 1821). Miguel Hidalgo (1753-1811), el cura de Dolores, iniciador de la campaña libertadora en México, hizo publicar en Guadalajara (diciembre de 1810 a enero de 1811) *El Despertador Americano*, bajo la dirección de otro sacerdote, Francisco Severo Maldonado (c. 1770-1832), especie de socialista espontáneo; en el campo de la insurrección apareció después el *Ilustrador Nacional* (abril-mayo de 1812), dirigido por el Dr. José María Cos (1774-1819), sacerdote también, que improvisó su imprenta fabricando él mismo tipos de madera; en total la insurrección de México tuvo quince órganos periodísticos, entre 1810 y 1821 (y el país, en conjunto, cuarenta). Venezuela tuvo el *Semanario de Caracas* (noviembre de 1810; duró hasta 1811), el *Mercurio Venezolano* (enero de 1811) y *El Patriota Venezolano*, órgano de la Sociedad Patriótica (junio de 1811), durante el período que media entre el cabildo abierto de abril de 1810 y la proclamación de la independencia en julio de 1811. Entre los que tuvo después se distingue *El Correo del Orinoco*, bajo la dirección de Zea, en Angostura (1818-1821). Camilo Henríquez (1769-1825) editó *La Aurora de Chile* (1812-1813) en Santiago, primer periódico que existía en el país: despertó extraordinario entusiasmo. Y así tantos otros, como *El Diario Político de Santa Fe de Bogotá* (1810-1811), dirigido por Caldas y Joaquín Camacho (no aparecía diariamente, a pesar de su nombre), el *Argos Americano*, de Cartagena de Indias (1810-1812), trasladado luego a Tunja (1813-1815) y después a Bogotá (1815-1816), *La Bagatela*, de Bogotá (1811-1812), bajo la dirección de Nariño; de 1810 a 1825 salieron en Nueva Granada cerca de cincuenta periódicos distintos.

En ciudades que se mantuvieron bajo el dominio de los españoles durante la campaña salían periódicos para combatir a los patriotas, pero la libertad de imprenta decretada por las Cortes de España permitió la salida de otro tipo de prensa, que,

si no se atrevía a abogar francamente por la independencia, a lo menos comentaba con vivacidad los problemas del día. Tales fueron, entre muchos, en Lima, *El Cometa* (1811-1814), *El Peruano* (1811-1812) y *El Argos Constitucional* (1813); en la Habana, *El Americano Libre* (1820); en Santo Domingo, *El Telégrafo Constitucional* (1821); en México, los de Carlos María de Bustamante y los de Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), que llegó a adoptar como seudónimo el título de la más conocida de sus revistas, *El Pensador Mexicano* (1812-1814). Se imprimían, además, muchos folletos polémicos: Fernández de Lizardi por sí solo alcanzó a dar a las prensas unos trescientos durante su vida.

Finalmente, los patriotas publicaban periódicos y folletos en ciudades extranjeras, y particularmente en Londres, asilo entonces de tantos devotos de la libertad oprimida: así, *El Colombiano* (1810), de Francisco de Miranda, *El Censor Americano* (1810), del guatemalteco Antonio José de Irisarri (1786-1868), y las revistas del venezolano Andrés Bello (1781-1865) y del colombiano Juan García del Río (1794-1856): *Biblioteca Americana* (1823) y *Repertorio Americano* (1826-1827); estas dos grandes revistas no se limitaban a defender la causa de la independencia, y contenían estudios sobre temas muy variados de información sobre el movimiento científico europeo, con el fin de difundir ilustración en América.

Al establecerse en el Brasil los reyes de Portugal se realizaron muchas innovaciones: se decretó el comercio libre con naciones amigas (1808), se creó el Banco del Brasil, se abrieron las puertas a la inmigración extranjera, se estableció la imprenta (1808), se fundaron en Río de Janeiro las Academias de Marina (1808) y de Cirugía (1816), la Escuela de Bellas Artes (1816), el Museo, el Jardín Botánico (1811), la Biblioteca Pública (1811) y el Teatro Real (1809), todos en Río de Janeiro, y la Escuela de Medicina en Bahía (1816). Aparecieron los primeros periódicos brasileños; el primero fue la *Gaceta do Rio de Janeiro* (1808); acaso el de mayor interés es uno que se publicó fuera del país, en Londres: el *Correio Brasiliense*



(1808-1823), donde Hypolito José de Costa Mendonça (1774-1823) propagaba la idea de la independencia.

Los próceres de la independencia fueron, en su mayor parte, hombres de pensamiento a la vez que hombres de acción; el pensamiento preparó y dirigió la acción. No pocos de ellos eran universitarios. Miranda tuvo curiosidad insaciable e inmensa de lectura: se le consideraba, dice John Adams, “hombre de conocimientos universales” (*a man of universal knowledge*); Ezra Stiles, el presidente de Yale College, lo llamaba “hombre sabio y ardiente hijo de la libertad” (*a learned man and a flaming son of liberty*). Bolívar, gran lector y gran viajero, escribió páginas admirables en sus cartas, dedicó gran atención a los principios políticos y redactó dos constituciones, la primera de la “Gran Colombia”, en 1819 (con la colaboración de Francisco Antonio Zea, 1770-1822), y la primera de Bolivia, en 1826. Mariano Moreno estudió problemas sociales y económicos, señaladamente en su disertación *Sobre el servicio personal de los indios*, leída en Charcas (1802), y en la *Representación de los hacendados y labradores* ante el virrey de Buenos Aires en solicitud del comercio libre con países extranjeros (1809); tenía estilo elocuente. Hidaigo se había ocupado en enseñar a sus feligreses industrias y oficios; había sido rector del Colegio de San Nicolás, en Valladolid de Michoacán; había traducido obras del teatro francés. José Núñez de Cáceres (1772-1846), autor de la independencia de Santo Domingo en 1821, fue jurisconsulto y escritor; en 1815 había sido rector de la Universidad de Santo Tomás de Aquino. Y entre tantos otros patriotas que fueron juristas, escritores, oradores o poetas figuran, en México, Fray Servando Teresa de Mier (1763-1827), cuya autobiografía tiene animación de novela picaresca, y Andrés Quintana Roo (1787-1851); en Centro América, José Cecilio del Valle (1780-1834) y Fray Matías de Córdoba (c. 1750-1829); en Colombia, Francisco de Paula Santander (1792-1840), “el hombre de las leyes”, primer presidente de la nación después de separada de Venezuela y Ecuador; en Chile, Camilo Henríquez; en la Argentina Bernardo de Monteagudo (c. 1787-1825), Manuel Belgrano y José María

Pa<sup>z</sup> (1782-1854), generales los dos últimos. Hasta el general venezolano José Antonio Páez (1790-1873), que al estrenarse como guerrero era hombre de escasa cultura, se dedicó a instruirse, y en la vejez escribió sus memorias.

Este período, por su brevedad, y por sus necesarias inquietudes, apenas podía producir obras de arte: edificios, desde luego, ninguno, ni estudios; en pintura, sólo retratos de héroes; en música, himnos de guerra. Literatura sí hubo, en gran abundancia; fue, en su mayor parte, literatura de intención política o social. Las primeras novelas escritas y publicadas en la América hispánica son de entonces: las cuatro de Fernández de Lizardi; *El Periquillo Sarniento*, la primera y la más conocida, es novela picaresca todavía, pero las lecciones sociales que trata de inculcar proceden de la "Ilustración" del siglo XVIII. El teatro también se utilizó como medio de estimular el patriotismo y de propagar principios políticos y sociales. Hay propósito polémico hasta en obras de erudición como la *Biblioteca hispanoamericana septentrional* del canónigo mexicano José Mariano Beristain de Souza (1756-1817), publicada (1816-1821) durante la guerra: copiosa bibliografía, en tres volúmenes, de la producción escrita en México, la América Central y las Antillas durante tres siglos.

La poesía se pone al servicio de la libertad. Parte de esta poesía tiene origen popular, anónimo, como las conmovedoras coplas en honor de Morelos, otro sacerdote convertido en general, como Hidalgo:

*Por un cabo doy dos reales,  
por un sargento un doblón;  
por mi general Morelos  
doy todo mi corazón.*

Otra parte está escrita por poetas cultos en lenguaje popular. Como el más interesante de estos poetas se destaca Bartolomé Hidalgo (1788-1823), que nació en el Uruguay y trabajó por la independencia de la Argentina. Con él se inaugura en la zona del Río de la Plata la poesía gauchesca, distinta de la

poesía gaucha, compuesta por los campesinos a quienes se les llamaba gauchos, mientras la poesía gauchesca compuso *cielitos*, para cantar en los campamentos, y diálogos en verso.

Finalmente, la poesía culta celebró los triunfos de la revolución. Se escribieron muchos himnos y odas. Sobresale entre éstas *La Victoria de Junín* (1825), del ecuatoriano José Joaquín de Olmedo (1780-1847), en elogio de Bolívar: está en el estilo clasicista del siglo XVIII, que Olmedo manejaba magistralmente. Olmedo, que fue diputado de Guayaquil en las Cortes de Cádiz, hizo además una traducción del *Ensayo sobre el hombre*, de Pope. Otro poeta, el cubano José María Heredia (1803-1839), ensalzó igualmente a Bolívar y a Washington; fue el cantor de las desgracias de Cuba, que no logró entonces su independencia (él mismo participó en la frustrada conspiración de la Orden de los “Soles y Rayos de Bolívar”, en 1823). Sus mejores odas son *El teocalli de Cholula* (1820) y *Niágara* (1824): ésta tuvo tanta fama en todos los pueblos de habla española, que al autor se le llama todavía “el cantor del Niágara”. Dos odas no menos célebres que las de Olmedo y Heredia escribió el venezolano Andrés Bello (1781-1865) bajo el título de *Silvas Americanas*: la primera, *Alocución a la poesía* (1823), contiene una declaración de independencia intelectual de la América española, comparable a la de Channing en su ensayo *On National Literature* (1823) y a la de Emerson en su discurso *The American Scholar* (1837); la segunda, *La agricultura de la zona tórrida* (1826), excita a las “jóvenes naciones” a dedicarse a tareas civilizadoras. Bello era en su tiempo el hombre de más vasta cultura en el Nuevo Mundo: enseñó disciplinas filosóficas y produjo un tratado docto y a la vez original, *Filosofía del entendimiento*; enseñó derecho: fue el principal autor del Código Civil de Chile (1855), y compuso uno de los primeros tratados importantes de derecho internacional; escribió una extensa *Gramática de la lengua castellana* y una breve *Métrica*, fundamentales ambas y no igualadas hasta ahora; emprendió investigaciones de historia literaria, y esclareció antes que nadie los orígenes de la rima asonante; hizo traducciones de Horacio (como muchos de sus contemporáneos) y de Plauto, de

*Los Nibelungos* (fragmentos) y del *Orlando* de Boiardo, de Byron y de Victor Hugo. En su vida pública, después de haber servido a su país como agente de la revolución en Londres, donde vivió de 1810 a 1829, ejerció en Chile durante más de treinta años funciones de maestro y de consejero del gobierno en cuestiones jurídicas, reorganizó y presidió la Universidad (1843) y en general dio orientaciones a la cultura.

A José Bonifacio de Andrada e Silva, orador y poeta, autor verdadero de la independencia del Brasil, se le estimaba como el hombre de mayor ilustración en el país, tanto en ciencias como en letras. En la ciencia su especialidad fue la mineralogía. José da Silva Lisboa (1756-1836) se distinguió como economista y como historiador.

## CAPITULO V

### DESPUES DE LA INDEPENDENCIA, 1825-1860



El proceso de la independencia se desarrolló sin tropiezos muy graves en el Brasil. El país, desde entonces, empezó a adoptar formas modernas de vida pública y de vida social; la actividad económica se multiplicó, libre de las trabas coloniales; prosperaron las iniciativas de cultura.

La Constitución del Imperio, en 1824, establecía cuatro poderes: además del ejecutivo, el legislativo y el judicial, clásicos entonces para todo lector de Montesquieu, el poder moderador, derivado de Benjamín Constant. El poder moderador, en este caso, estaba representado por el monarca. El legislativo residía en la asamblea, compuesto de cámara renovable y senado vitalicio.

Esta constitución se mantuvo hasta la terminación del Imperio en 1889; recibió retoques, sin embargo, desde 1832 hasta 1888. La organización del país, unitaria al principio, avanzó gradualmente hacia la forma federal: el Acta Adicional de 1834 concedió autonomía a las provincias, dándoles asambleas legislativas propias. El método de gobierno, dice el historiador brasileño Pedro Calmon, “era implícitamente parlamentario, dadas las atribuciones que tenía el soberano de disolver la cámara, las amplias funciones de ésta, y

la responsabilidad, ante ella, de los ministros de la corona”. En 1847 se estableció el cargo de presidente del Consejo de Ministros, responsable ante la asamblea.

En 1835 quedaron abolidos los mayorazgos, aunque subsistían los títulos de nobleza, y se suprimieron las restricciones a la libre división de tierras.

Pedro II, hombre de estudio, cultivador y protector de las ciencias y las letras, se manifestó siempre respetuoso de las leyes de la libertad de opinión. Mitre, el historiador y estadista argentino, llama al Brasil “democracia con corona”.

Muy distinto fue el proceso en los pueblos de lengua española. Larga y sangrienta fue la lucha para conquistar la independencia; cuando terminó, los países estaban arruinados, diezmada su población, trastornada su vida social toda. El régimen colonial no había organizado ni educado políticamente a los pueblos; los había mantenido en orden por medio de la fuerza, y la fuerza residía en la distante capital europea. Al iniciarse las campañas libertadoras, hombres de alta inteligencia y de firme carácter, capaces de osadía y de sacrificio, se pusieron al frente de ellas y les dieron forma y cauce: las multitudes acataron sus normas, porque compartían sus aspiraciones de libertad. Pero, consumada la independencia, se desataron las fuerzas anárquicas, y se inició largo período de inquietud política, oscilando entre la guerra civil y el despotismo. Ni siquiera se mantuvo la unidad de todas las naciones recién fundadas. Así, la América Central, que al declararse independiente en 1821 se unió a México, deshizo la unión en junio de 1823, y luego, en 1838-1839, se dividió en cinco pequeñas repúblicas: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica (uno de los estorbos para que la unión se reconstituyera fue la oposición del gobierno de los Estados Unidos en 1882 y 1885); México sufrió, en 1836, la separación de Texas, que se constituyó en república aparte; al anexársela los Estados Unidos en 1845, sobrevino la guerra (1846-1848), y en ella perdió el antiguo virreinato la mitad de su territorio; la “Gran Colombia”, organizada bajo la influencia de Bolívar, se

dividió en tres países: Colombia, llamada antes Nueva Granada, Venezuela y Ecuador.

A veces se ha supuesto que el remedio para esta situación caótica habría sido, o la monarquía, como en el Brasil, o el gobierno dictatorial de los caudillos, debidamente establecido en la ley. La verdad es que todo se ensayó —monarquía, dictadura, democracia, sistema unitario, sistema federal— y todo fracasaba. Los tiranos, como Rosas en Buenos Aires y Santa Anna en México, caían del poder, no menos que los gobernantes democráticos. Por fin, después de 1850 empezaron a tranquilizarse los pueblos. Las agitaciones no desaparecieron enteramente y subsisten todavía; los estallidos son violentos en ocasiones; pero pocas veces se ha repetido la situación extrema de los años inmediatamente posteriores a la consumación de la independencia.

No todo fue anarquía o tiranía, además. Aparte del Brasil, donde la monarquía vivió sin demasiadas inquietudes durante el reinado de Pedro II, Chile se aquietó desde 1830, con gobiernos de tipo oligárquico, sin debilidades, pero sin violencia despótica. Y en otros países hubo gobernantes de clara orientación democrática y a veces liberal, como Bernardino Rivadavia (1780-1845) en la Argentina, Valentín Gómez Farías (1781-1858) y Benito Juárez (1806-1872) en México, Vicente Rocafuerte (1783-1847) en Ecuador, Francisco de Paula Santander y Tomás Cipriano Mosquera (1798-1878) en Colombia.

En medio de estas agitaciones, los hombres de pensamiento que alcanzaban posiciones de influencia en los gobiernos o en los congresos llevaron a cabo extraordinaria tarea de transformación social. Los próceres de la independencia la habían proyectado: ahora había que convertirla en hecho. En los intervalos entre la anarquía y el despotismo, o haciéndoles frente con decisión, se legislaba, tratando de imponer normas. Las tendencias dominantes eran, en general, democráticas, con ocasionales concesiones al espíritu autoritario, como en las constituciones chilenas de 1818, 1822, 1823 y 1833. La ley se adelantaba, a veces demasiado, a los hechos; representaba el

ideal y no la realidad; de todos modos, a la larga ha impuesto formas a la convivencia política.

El saber jurídico acumulado en las universidades y en las lecturas pocas veces tuvo aplicación en la época colonial, salvo excepciones como la de Antonio León Pinelo (siglo XVII), recopilador, sistematizador e historiador de las leyes de Indias, y mexicano Francisco Javier Gamboa (1717-1794), autor del Código Carolino sobre el tratamiento de los esclavos. Ahora este saber se manifiesta en prodigioso esfuerzo legislativo.

La primera preocupación de los organizadores de estos países fue votar constituciones. Durante las guerras de independencia se redactaron y promulgaron las primeras; después vinieron muchas otras.

En 1814 se dictó la primera constitución de México (Congreso de Chilpancingo); en 1818, la de Chile (otra la sustituyó en 1822, y, a ésta, otra nueva en 1823); en 1819, la de la Argentina, país que llevaba entonces el nombre de Provincias Unidas del Río de la Plata, con gobierno central (Congreso de Tucumán, trasladado a Buenos Aires), y la de la "Gran Colombia" (Congreso de Angostura; la sustituyó en 1821 la del Congreso de Cúcuta); en 1823 la del Perú. En Santo Domingo y en la América Central, donde no hubo guerra de independencia, las primeras constituciones se dictaron, respectivamente, en 1821 y en 1824. Posteriores son la de Bolivia (obra de Bolívar, 1826), las del Uruguay (1830; dura hasta 1916) y el Paraguay (1844; antes sólo había tenido el Reglamento de gobierno de 1813); las nuevas de la Argentina (1826, república unificada; en 1827 se desunen las provincias —salvo para representación internacional, encomendada al gobierno local de Buenos Aires— y no vuelven a unirse hasta 1853, bajo nueva constitución, que dura hasta hoy), México (1824, a la cual siguen las de 1836, 1843 y 1857), el Perú (1828; le siguen las de 1834, 1839, 1856 y 1860), Bolivia (1831; la suceden seis más hasta 1861), Chile (1828 y 1833; la última, obra principalmente de Mariano Egaña, 1793-1846, se mantuvo hasta 1925), Santo Domingo (1844, 1854 y 1858), las de Venezuela (1830; reformada en 1857 y 1858), Ecuador (1830, reformada seis veces hasta 1861) y



Colombia (1832; reformada en 1843 y 1853), como entidades separadas, y las de Guatemala (1838 y 1851), El Salvador, Honduras (1839 y 1848), Nicaragua (1838) y Costa Rica (1844, 1847 y 1859), en situación semejante al desunirse la América Central. La inestabilidad general afectó también, como se ve, a estas cartas fundamentales, y en no pocos países ha persistido la costumbre de reformarlas cada vez que se imponen nuevas corrientes de opinión, reales o supuestas, ya redactando estatutos nuevos (como en Bolivia y en Santo Domingo), ya introduciendo enmiendas parciales (como en México y en Guatemala).

Los modelos iniciales de estas constituciones fueron la española de 1812 (especialmente para la chilena de 1822, la mexicana de 1824 y la dominicana de 1844), las francesas y la de los Estados Unidos; a veces se combinaron las tres influencias. En los sucesivos retoques y reformas posteriores aparecen innovaciones de origen local. Pocos países adoptan el sistema federativo (además del Brasil, desde 1889, México, de 1824 a 1836 y luego desde 1857, la Argentina desde 1853, Venezuela desde 1864; Colombia lo adoptó de 1863 a 1886); los demás tienen organización unitaria. En todos el gobierno es presidencial, a la manera de los Estados Unidos, exceptuándose en parte Chile, donde rigió largo tiempo el sistema parlamentario de responsabilidad de los ministros del gabinete ante el congreso, como en Inglaterra y Francia. El sufragio universal ha sido la aspiración de la mayoría de los autores de constituciones; de hecho, a veces queda reducido a la parte de la población que sabe leer y escribir: así en Chile, en Bolivia, en Ecuador, en Venezuela. Una de las innovaciones interesantes en el derecho constitucional es el *recurso de amparo*, de la legislación mexicana: es una reclamación, que se formula ante tribunal federal, contra autoridad o ley que lesione derechos individuales; como garantía de la vida, tuvo eficacia no menor que la del *habeas corpus*.

Las tareas legislativas, durante las guerras de independencia y en los años siguientes, se proponían como ideal sustantivo la libertad, la de los pueblos y la de los individuos. En México, en

Venezuela, en Chile y en Buenos Aires (según queda dicho) se declaró que la esclavitud quedaría abolida; la abolición definitiva se dispone sucesivamente: en la “Gran Colombia”, con la Constitución de 1819 (la confirmaron después las tres repúblicas en que se dividió la primitiva: Colombia, 1851; Ecuador, 1853; Venezuela, 1854); en la América Central, federada entonces, decreto de la Asamblea Constituyente, 1823; en Chile, con la Constitución de octubre de 1823; en Bolivia, con la Constitución de 1826; en México, decreto del presidente de la república Vicente Guerrero, 1829; en el Uruguay, decreto de 1843, en cumplimiento de disposiciones de la Constitución de 1830; en la Argentina, con la Constitución de 1853; en el Perú, decreto de 1854. En todos los casos, la América española independiente se anticipó a los Estados Unidos. Sólo se mantuvo la esclavitud en Puerto Rico y en Cuba, bajo el dominio de España (hasta 1872 y 1880, respectivamente), y en el Brasil, la única nación de lengua portuguesa, mientras duró el imperio: debe observarse, sin embargo, que no quedaron allí fuertes prejuicios de raza; el Brasil es buen ejemplo de que el supuesto problema de la convivencia de razas distintas desaparece con sólo decidir que no existe y borrar toda diferencia en el trato: solución a la vez de sentido común y de fraternidad humana. En todas partes, además, se confirmaron las disposiciones dirigidas a suprimir las cargas que soportaba el nativo, si bien en el Perú hubo que esperar a 1854 para la definitiva abolición del tributo. De ahí en adelante el indio y el negro fueron explotados como los pobres del mundo entero, pero no ya porque se les señalara aparte como destinados a condición servil.

La igualdad ante la ley quedó consagrada en todas las legislaciones de la América hispánica; la igualdad social, también, en principio, con la supresión de los privilegios, de los títulos de nobleza (en el Brasil sobrevivieron sólo como forma de distinción bajo el imperio), de los mayorazgos (que en Chile —caso anómalo— se establecieron en 1833, pero desaparecieron en 1857), de toda suerte de honores hereditarios. Así, el movimiento hacia la democracia social ha sido constante y

firme, mientras el avance hacia la democracia política ha sido lento.

Además de procurar ofrecer base firme a la libertad y a la igualdad, resultaba necesario modernizar la estructura jurídica de la sociedad en las relaciones de individuo a individuo: España y Portugal habían legado a los pueblos de América una vasta y confusa multitud de leyes de toda época, desde la Edad Media hasta los comienzos del siglo XIX. Había que deshacerse de esta carga, simplificando la legislación. Francia daba el ejemplo con su codificación del derecho civil (1804), del comercial (1807), del penal (1810), de los procedimientos civiles (1806) y de los procedimientos penales (1808). Así fueron apareciendo el código civil de Bolivia (1830), el del Perú (1851), y el más original de todos, el de Chile (1855), obra principalmente de Andrés Bello; los códigos de comercio de Bolivia (1834), de Costa Rica (1853) y de la Argentina, redactado por Dalmacio Vélez Sarsfield y Eduardo Acevedo (185?); los códigos penales de Bolivia (1834) y de Guatemala (hacia 1836). La codificación crecerá durante el resto del siglo.

El Brasil inicia sus trabajos de codificación en 1850, con la legislación comercial. En 1853 se hizo la *Consolidación de las leyes civiles*, recopiladas, ordenadas y dilucidadas por Teixeira de Freitas; no hubo código civil propiamente dicho hasta 1916.

Tres problemas fundamentales tenían ante sí los gobiernos, además del de la estructura política y jurídica de los países: el de la economía pública; el de la situación de la Iglesia en el Estado; el de la instrucción de los habitantes. Había necesidad de devolver la prosperidad a aquellos pueblos arruinados. Se adoptaron los principios liberales de economía. La medida inicial, apenas comenzadas las campañas de independencia, fue establecer la libertad plena del comercio. Después hubo mucho que suprimir: los monopolios, oficiales o particulares; la alcabala, tributo sobre las ventas, que llegaba a requerir (en México, por ejemplo) especies de aduanas internas; la "mano muerta", los bienes que estaba prohibido enajenar. En general, se trató de modificar el sistema de impuestos (entre otros, se suprimieron los diezmos que cobraba la Iglesia católica, a más

de los tributos de los indios), se proyectaron obras y servicios públicos, y se procuró atraer capitales de fuera. El progreso fue muy despacioso hasta después de 1860, a causa del desasosiego político, y los empréstitos sirvieron de poco, porque los capitalistas extranjeros eran no pocas veces deshonestos en el cumplimiento de sus tratos.

En materia de religión, muchos estadistas trataron de establecer la libertad completa: no en todas partes se logró, durante los primeros tiempos; a la larga, el principio de la libertad de cultos ha llegado a figurar en todas las constituciones, hasta en las de países donde existe religión oficial, como en Costa Rica y el Paraguay, o donde, por lo menos, el gobierno nacional sostiene el culto, como sucede en la Argentina, Bolivia y Santo Domingo. El clero criollo, que había apoyado y en no pocos casos hasta promovido la independencia, no siempre estuvo de acuerdo en que el Estado se emancipara de la tutela de la Iglesia, ni aprobó la tolerancia para formas de religión que no fuesen la católica romana (hubo admirables excepciones, como la del sacerdote peruano Francisco de Paula Vigil, 1792-1875). Ni fue esa la única dificultad; la disposición sobre manos muertas afectaba de modo principal a la Iglesia y a los conventos, que eran grandes propietarios de bienes inmuebles, y además era punto de discusión si esos bienes pertenecían al Estado (así se decidió en México); hubo controversias sobre la creación del registro civil para nacimientos, casamientos y defunciones, y en particular sobre la ley que establecía el matrimonio civil (como después, en el siglo XX o poco antes, sobre las leyes que establecieron el divorcio en Santo Domingo —1897—, Honduras —1898—, Venezuela, Nicaragua, Cuba, Uruguay, Panamá, México, el Perú, Bolivia), sobre la secularización de los cementerios, sobre la enseñanza laica: principios, todos, que se impusieron en todas partes —salvo contadas excepciones— después de largas o de breves luchas. Los conventos están suprimidos en México (desde 1859), Guatemala, Honduras y Venezuela; estuvieron cerrados en el Paraguay durante el gobierno (1814-1840) del Dr. Francia.

Había que reformar la enseñanza pública, finalmente, en su

contenido, dando papel fundamental a la ciencia moderna, y en sus métodos. Fue lenta la transformación, gradual pero constante. En los primeros tiempos la principal innovación de método consistió en la introducción del sistema lancasteriano de enseñanza mutua, que ayudaba a remediar la escasez de maestros. Joseph Lancaster en persona, invitado por Bolívar, estuvo en Caracas en 1824; pero desde antes difundía su método el escocés James Thompson, que residió en la Argentina, invitado por Rivadavia, de 1818 a 1821, en Chile, en el Perú y el Colombia, de donde regresó a Europa en 1825. Y en Colombia lo había implantado, desde 1821, Fray Sebastián de Mora. En 1842 se establece la primera escuela normal, bajo la dirección del argentino Sarmiento, en Chile, mientras se proyectaban planteles semejantes en Colombia. Antes se habían organizado en la "Gran Colombia" (1822), en el Perú, en el Uruguay (1827) y en Bolivia planteles para formar maestros; no eran todavía propiamente escuelas normales. Si la instrucción pública no se multiplicó en la medida necesaria, ello se debió a la escasez de recursos. Con todo, Santander, en Colombia, de 1827 a 1837, hizo ascender el número de las escuelas desde cerca de quinientas hasta más de mil.

Las universidades de la época colonial, al consumarse la independencia, resultaron a veces contrarias a los movimientos innovadores y hubo que reformarlas. En general se procuró convertir en laicas las que estaban —eran la mayoría— bajo el dominio de hombres de iglesia, y, salvo contadas excepciones, se suprimió la facultad de teología, cuya enseñanza se confinó en los seminarios tridentinos. En México se desarticuló la universidad (1833); sobrevivieron, separadas (hasta 1910), las escuelas que la componían. La de Chile se cerró en 1842, para abrirse de nuevo, al año siguiente, reorganizada según el modelo francés, bajo la dirección de Andrés Bello, y publicar desde entonces sus eruditos *Anales*. Y la de Buenos Aires, que no había llegado a existir en los tiempos coloniales, se fundó en 1821. La de Montevideo es de 1833. Fundaciones nuevas fueron, también, las universidades de Medellín y del Cauca, en Colombia, y la de Costa Rica (1843). En ciudades diversas se

fundaron escuelas de derecho y de medicina. México inauguró en 1831 su Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, que con el tiempo había de adquirir extraordinario desarrollo.

En el Brasil, después de las instituciones de enseñanza establecidas cuando los reyes de Portugal se trasladaron a la colonia, se fundaron, ya en la época imperial, las Escuelas de Derecho de São Paulo (1827) y de Olinda (1827), la Escuela de Medicina de Río de Janeiro (1830), el Liceo de Artes y Oficios (1856), y muchos colegios provinciales desde 1836.

Toda esta necesidad de innovación culminó en dos grandes movimientos políticos: el de la Reforma en México y el de la Organización en la Argentina. En México la lucha de ideas —y de armas— entre conservadores y liberales dura desde 1833 hasta 1867. Los conservadores intentaban mantener cuanto fuese posible del sistema colonial; los liberales pedían la supresión de privilegios, la separación entre la Iglesia Católica y el Estado, la libertad de cultos, la libertad de la palabra y de la imprenta, la desamortización de los bienes estancados (avanzada la lucha, el gobierno acabó por tomar posesión de todos los bienes eclesiásticos). Los liberales alcanzaron a redactar y votar la admirable Constitución de 1857; los conservadores, triunfantes en 1864 con ayuda de las tropas de Napoleón III, trajeron a Maximiliano de Habsburgo como emperador. La contienda terminó con la desaparición del imperio y el triunfo definitivo del partido liberal (1867). Los hombres de la Reforma fueron Gómez Farías, Juárez, el sacerdote José María Luis Mora (1794-1850), Ignacio Luis Vallarta (1830-1893), famoso por sus *votos* sobre cuestiones constitucionales, Melchor Ocampo (1813-1861), Miguel (1812-1861) y Sebastián (1827-1889) Lerdo de Tejada.

En la Argentina realiza el primer intento de organización moderna Bernardino Rivadavia, primero como Secretario del Triunvirato (septiembre de 1811 a octubre de 1812), luego como Ministro en la provincia de Buenos Aires (1821 a 1824), y por fin como Presidente de la República (febrero de 1826 a julio de 1827): fundó la Univerisdad de Buenos Aires, la

Academia de Medicina, la Escuela de Agricultura, la Sociedad de Beneficencia (en 1822; todavía existe y florece), bajo la dirección virtual de una mujer de singular energía e inteligencia, María Sánchez de Mendeville (1786-1868), el Museo de Historia Natural (1823), gran número de escuelas, para niños y para niñas, el banco de descuentos y el banco emisor, la bolsa mercantil, y hasta cuatro ciudades; reglamentó el ejercicio de la medicina (1822) y el funcionamiento de los hospitales (1822); modificó la situación de la Iglesia, aboliendo el fuero eclesiástico y los diezmos, e imponiendo condiciones de número y edad para los religiosos reunidos en convento; creó (1821) el primer cementerio, el de la Recoleta (antes se enterraba en los patios, en los atrios o en los interiores de iglesias o de conventos); procuró atraer inmigración de agricultores y artesanos; mejoró la cría de ovejas con importación de merinos; fijó garantías para los contratos de trabajo y de aprendizaje; estableció la enfiteusis, contrato mediante el cual se concedían tierras en usufructo al que las trabajase, mientras estaba en condiciones de pagarlas. Hasta proyectó ayudar a los liberales de España en 1823, contra las imposiciones absolutistas de Fernando VII, apoyado por las tropas extranjeras de la "Santa Alianza". En 1827, al deshacerse la unidad política del país, la obra de Rivadavia fue atacada y en parte destruida; la enfiteusis desapareció, y las tierras se repartieron arbitrariamente, creándose inmenos latifundios en beneficio de pocos; la Universidad y la Biblioteca Pública quedaron prácticamente anuladas bajo Rosas. Las provincias padecieron años de caudillaje, y desde 1838 los hombres de pensamiento, sobre todo los jóvenes, tomaron el camino del destierro. Vencido el más poderoso de los caudillos, Rosas, gobernador de la provincia de Buenos Aires, en 1852, aquellos hombres regresaron y organizaron al fin la República Argentina con la Constitución de 1853, que rige todavía. Tres de ellos tuvieron función eminente en esta empresa, que dio al país larga paz y amplia prosperidad: Juan Bautista Alberdi (1810- 884), autor de las *Bases* (1852) en que sustancialmente se inspiró la Constitución; Bartolomé Mitre (1821-1906), presidente de 1862

a 1868; Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), presidente de 1868 a 1874.

Desempeñaron papel importante en el movimiento cultural las revistas, dedicadas principalmente a la literatura, y las “sociedades literarias”, cuya actividad se extendía, fuera de las bellas letras, hasta la filosofía y a veces aun a las ciencias: así, la Academia de San Juan de Letrán, en México, de 1836 a 1856, y el Salón Literario que inauguró el librero y pedagogo uruguayo Marcos Sastre (1809-1887) en Buenos Aires, en 1837, y que hubo de cerrarse a poco, cuando Rosas persiguió a sus miembros. Igualmente las sociedades de “amigos del país”: habían comenzado desde el siglo XVIII; eran producto típico de la Ilustración, y se interesaban en el progreso económico. Había también asociaciones cuyos intereses eran puramente científicos, como la Sociedad de Geografía y Estadística, en México, fundada en 1833, y que aún subsiste.

Existieron buenas revistas, sobre todo en Chile: el *Semanario de Santiago* (1842-1843); la *Revista de Valparaíso* (1842), el *Museo de Ambas Américas*, del colombiano Juan García del Río, en Valparaíso (1842), *El Crepúsculo*, del pensador político José Victoriano Lastarria (1817-1888), en Santiago (1843-1844), la *Revista de Santiago* (1848-1851 y 1855), la *Revista de Ciencias y Letras*, en Santiago (1857-1858), la *Revista del Pacífico*, en Valparaíso (1858-1861), y *La Semana*, en Santiago (1859-1860). Muchas otras hubo, en diversos países, como *La Moda*, en Buenos Aires (1837-1838), escrita por los miembros del Salón Literario, *El Iniciador*, en Montevideo (1838-1839), redactada por uruguayos y por argentinos proscritos que combatían a Rosas, *El Plata Científico y Literario*, en Buenos Aires (1854-1855), *El Mosaico*, en Caracas (1854-1857), la *Revista de La Habana* (1853-1857), y las que publicaban los grandes impresores de México, *Cumplido (Revista Mexicana)*, 1835; *El Mosaico Mexicano*, 1836-1842; *El Museo Mexicano*, 1843-1846; *El Album Mexicano*, 1849; *La Ilustración Mexicana*, 1851-1852, además de su famoso diario liberal *El Siglo XIX*, Galván (*El Año Nuevo*, 1837-1840; *El Recreo de las Familias*, 1838)



García Torres (*El Ateneo Mexicano*, órgano de la sociedad de este nombre, 1844; la *Biblioteca Mexicana Popular y Económica*, 1851-1852, además de su diario liberal *El Monitor*).

La mejor de todas fue la *Revista Bimestre Cubana* (1831-1834), órgano de la Sociedad Económica de Amigos del País, en La Habana, donde escribían hombres de espíritu libre, sospechosos para la autoridad española, como Domingo del Monte, Saco, Luz y Caballero. Comenzaron a publicarse revistas dedicadas a ciencias especiales, como el *Memorial de Ciencias Naturales*, de Piérola y Rivero, en Lima, y el *Repertorio Médico Habanero* (1840-1843), fundado por Nicolás José Gutiérrez (1800-1890). En México hubo —caso curioso— periódicos dedicados a comentar el movimiento del teatro. Y en países extranjeros aparecían publicaciones dirigidas por hombres de “nuestra América”, como *El Habanero* (1824-1826), del P. Félix Varela, en Filadelfia y luego en Nueva York, *El Mensajero Semanal* (1828-1830), de Saco y Varela, en Nueva York, y la *Revista Española de Ambos Mundos* (1853-1855), del novelista y poeta uruguayo Alejandro Magariños Cervantes (1825-1893), en Madrid.

En Brasil contó entre sus asociaciones de cultura el célebre Instituto Histórico y Geográfico, organizado en 1838 y protegido por Pedro II, que tomaba parte en sus trabajos, y la Sociedad Velosiana, establecida en 1850 y dedicada a investigaciones de ciencias naturales. El Instituto comenzó a publicar su revista en 1839 y sus memorias en 1845. De las revistas literarias se recuerdan particularmente *La Marmota*, de Río de Janeiro, y *Niteroi*, publicada en París (1836) y ligada a los comienzos del romanticismo brasileño.

La manifestación superior de cultura, durante este período, es la obra de construcción política y de renovación social de los legisladores, estadistas y juristas. Para las ciencias, la filosofía y los estudios del lenguaje eran menos propicios los tiempos; sin embargo, tuvieron cultivadores muy distinguidos además de Andrés Bello (cuyos tratados se mencionaron antes): el astrónomo e ingeniero mexicano Joaquín Velázquez de León (1803-1882): el matemático peruano Miguel Garaicoechea

(1816-1861), autor del libro sobre *Cálculo binomial*; el botánico dominicano Manuel de Monteverde (1793-1846), que describió gran parte de la flora existente en la región del Río de la Plata y en las costas meridionales del Brasil; el naturalista argentino Francisco Javier Muñiz (1795-1871), que exhumó y estudió restos fósiles de especies sudamericanas de tigre, de caballo y de otros animales, escribió el valioso libro sobre *El ñandú o avestruz americano* (1848) y prestó frecuentes auxilios a Darwin como corresponsal; los gramáticos José Gómez de la Cortina (1799-1860), mexicano, y Antonio José de Irisarri (1786-1868), guatemalteco, que fue además político y periodista; el geógrafo y lexicógrafo dominicano Esteban Pichardo (1799-c. 1880), autor del primer diccionario americano de regionalismos (1836); los mineralogistas peruanos Nicolás de Piérola (m. 1857) y Mariano Eduardo Rivero (m. 1851), que descubrió minerales como la magnesia silicatada y la humboldtina u oxalita, dio a conocer en Europa el nitrato de sodio, y en arqueología tuvo papel de iniciador con sus *Antigüedades peruanas* (1851); el químico y médico mexicano Leopoldo Río de la Loza (1807-1873), que sistematizó la farmacopea del país y publicó estudios sobre aguas potables y aguas minerales; el eminente filólogo, etnógrafo e historiador mexicano Manuel Orozco y Berra (1816-1881), que hizo la primera e importante clasificación de las lenguas indígenas de México, apenas cuarenta años después de haber clasificado Bopp las lenguas indo-europeas: este trabajo, esbozado en 1853 (datos publicados en el *Diccionario universal de historia y geografía*), definido en forma breve en 1857, alcanza su estructura definitiva en 1864 (*Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*); el avance de la lingüística lo ha rectificado, con la riqueza de materiales de que ahora se dispone, pero en su tiempo fue audaz proeza científica.

En Cuba, todavía sujeta a España, se distinguieron como filósofos Félix Varela (1788-1853) y José de la Luz y Caballero (1800-1862), maestro incomparable; como zólogo, Felipe Poey (1799-1871), que clasificó gran número de especies de las Antillas, escribió las *Memorias sobre la historia natural de Cuba*

(1856-1858) y la *Ictiología cubana* (los peces fueron su tema especial).

Tampoco eran muy propicios los tiempos para las artes. Desde luego los trastornos políticos y económicos impedían el desarrollo de la arquitectura: casas, se construían pocas; edificios públicos e iglesias, ningunos, o punto menos. La única excepción es el Brasil: el reinado de Pedro II sí fue de grandes construcciones, como la Iglesia de la Gloria, el Teatro de San Pedro, el Palacio de Boa Vista y la Academia de Bellas Artes, obra de Grandjean de Montigny (1776-1850), arquitecto francés que ejerció allí grande influencia. Otro arquitecto francés, Louis Léger Vauthier (n. 1815), construyó el hermoso teatro de Santa Isabel, en Recife de Pernambuco, el teatro de Belem del Pará y el de San Luis de Maranhão.

La escultura y la pintura, desaparecida o muy limitada la demanda de las iglesias, disminuyeron en importancia. Los pintores, por lo menos, cambian de asuntos: además de retratos, que ya abundaban en la época colonial, pintan paisajes, escenas de costumbres y composiciones históricas; así, por ejemplo, Juan Cordero (1824-1884) en México y Prilidiano Pueyrredón (1823-1870) en la Argentina. La vida popular de Lima aparece en las acuarelas y caricaturas de Pancho Fierro (1803-1879).

La literatura, en cambio, alcanzó amplio desarrollo, y hasta prosperaron las casas editoriales, sobre todo en México: allí aparecían, junto a las obras escritas en el país, reimpressiones de muchas europeas; se llegó a publicar una gran Biblia ilustrada, en varios volúmenes, y un magnífico *Diccionario de historia y geografía* (1853-1856), en que colaboraron muchos hombres doctos con artículos que todavía se consultan (entre los colaboradores se contaban Orozco y Berra, Gómez de la Cortina, Lucas Alamán, Miguel Lerdo de Tejada, Guillermo Prieto, José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta, José Bernardo Couto). En Santiago de Chile publica el erudito investigador y crítico argentino Juan María Gutiérrez (1809-1878) la *América poética* (1846), primera gran antología de versos castellanos escritos en el Nuevo Mundo durante el siglo

XIX. En este período, como en el de las campañas de independencia, la literatura estuvo íntimamente ligada a la transformación política y social. Apenas es necesario recordar la prensa, ahora muy numerosa, y la oratoria, abundantísima; la mayoría de los hombres públicos fueron, por lo menos en ocasiones, oradores y periodistas. Parte de esta literatura es literatura de combate, hasta en poesía; así, los resonantes versos de José Mármol (1818-1871) y los ingeniosos de Hilario Ascasubi (1807-1875) contra Rosas, los de José Eusebio Caro (1817-1853) y Julio Arboleda (1817-1861) en Colombia, los de conservadores y liberales en México, entre quienes sobresalen los "hombres de la Reforma", Ignacio Ramírez (1818-1879), Guillermo Prieto (1818-1897), Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), Vicente Riva Palacio (1832-1896). Ramírez y Altamirano fueron también grandes escritores en prosa. Las urgencias del combate penetran igualmente en el teatro, en cuentos y novelas, como *El matadero*, del argentino Esteban Echeverría (1805-1851), y la *Amalia*, de Mármol, en ensayos como el ruidoso de Francisco Bilbao (1823-1865) sobre *Sociabilidad chilena* (1844), y en obras históricas, como las de Lucas Alamán (1792-1853), Lorenzo de Zavala (1788-1836) y José María Luis Mora en México. El *Facundo* (1845) de Sarmiento es a la vez polémico y constructivo, con programa y profecía.

La orientación literaria de la época es la romántica. El romanticismo llegó a América (1832), directamente desde Francia, poco antes que a España, en la obra de Esteban Echeverría: después del poema *La cautiva* (1837), llevó tras sí a toda la juventud de la zona del Río de la Plata. Bello había proclamado la independencia intelectual de América en 1823; los jóvenes, ahora, estimaban que el intento no se había cumplido sino en parte: los asuntos, en las obras de Bello, Olmedo, Heredia, eran de América, pero el estilo procedía del clasicismo académico de Europa. Ahora el romanticismo proponía a cada pueblo la creación de su propio estilo, con apoyo en sus tradiciones propias. A eso tendieron los escritores jóvenes, en el Río de la Plata y en los demás países de la

América española: si no salieron con su empeño, fue porque los estilos no se crean fácilmente a voluntad; abandonaron las normas y los modelos clasicistas, pero en las formas que trataron de inventar se discernían influencias de los románticos europeos. A veces, el sabor criollo, de América, brotaba de su pluma cuando menos lo notaban. Por lo que respecta a los temas sí puede decirse que emprendieron una exploración metódica de sus propias tierras: el paisaje, desde las cordilleras inaccesibles hasta las llanuras interminables; la tradición indígena, la tradición colonial, y entre ambas el choque de la conquista; las hazañas de la guerra de independencia y sus ideales de libertad y de progreso; las costumbres del campo y de la ciudad.

Echeverría, el iniciador del romanticismo, no es su mejor poeta. Son superiores los colombianos José Eusebio Caro, alma de puritano generoso, Julio Arboleda, autor del brioso poema narrativo (inconcluso) *Gonzalo de Oyón*, sobre la conquista, y Gregorio Gutiérrez González (1826-1872), autor de la deliciosa *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, en que describe con sencillez y con vivacidad muy criolla el trabajo campesino; el venezolano José Antonio Maitín (1804-1874), autor del emocionado *Canto fúnebre* en la muerte de su esposa; la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), que tuvo fama inmensa y además de sus espléndidos versos líricos escribió en España dramas poderosos como *Munio Alfonso* (1844), *Saúl* (1849) y *Baltasar* (1858).

El teatro, floreciente desde la época colonial, se mantuvo en este período con el mexicano Manuel Eduardo de Gorostiza (1789-1851), que había escrito en España (1818-1833) comedias de corte clasicista, dentro de la tradición de Molière, y, de regreso a su patria, hizo arreglos de obras europeas; con los peruanos Felipe Pardo (1806-1868) y Manuel Ascencio Segura (1805-1871), que transcribieron con gracia muy limeña la vida criolla; con los románticos Fernando Calderón (1809-1845), de México, mejor en la comedia que en el drama, y José Jacinto Milanés (1814-1863), de Cuba. Hubo muy buenos actores, como la Argentina Trinidad Guevara (en realidad dejó el teatro

en 1826) y su discípulo Juan Aurelio Casacuberta (1799-1849), maestro a su vez de la célebre actriz trágica española Matilde Díez. La novela, que había comenzado con Fernández de Lizardi durante la guerra de independencia, se multiplica ahora, a partir de 1845. Abunda el *cuadro de costumbres*, en forma de artículos o ensayos breves, especialmente en Colombia, Venezuela, Perú y Chile.

Historiadores de amplia visión filosófica tuvo este período, empeñados en buscar las razones de los complicados acontecimientos que presenciaban y en que ellos mismos tomaban parte; en México, los ya mencionados Lucas Alamán (*Disertaciones sobre la historia de México*, 1844-1852; *Historia de México*, 1849-1852), Lorenzo de Zavala (*Ensayo histórico de las revoluciones de México*, 1831), José María Luis Mora (*México y sus revoluciones*, 1836), Manuel Orozco y Berra (*Historia de la dominación española en México*; después escribió la *Historia antigua y de la conquista de México*); en Venezuela, Rafael María Baralt (1810-1860), que fue además filósofo y gramático (*Historia de Venezuela*, en colaboración con Ramón Díaz, 1841-1843), Juan Vicente González (1811-1866): *Biografía de José Félix Ribas*, y Felipe Larrazábal (1817-1873: *Vida del Libertador Simón Bolívar*); en la Argentina, Bartolomé Mitre (*Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, 1857, completada y corregida en 1876-1877; es posterior su *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana*, 1887); en Chile, Diego Barros Arana (1830-1907: *Un decenio de historia de Chile*; es posterior su gigantesca *Historia general de Chile*, 1884-192) y Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886: *El ostracismo de los Carreras*, 1857; son posteriores su *Historia de Santiago*, 1869, y su *Historia de Valparaíso*). Aunque comenzaron a producir en este período, compusieron en el siguiente sus obras máximas el argentino Vicente Fidel López (1815-1903: *Historia de la República Argentina*, 1883-1893) y el cubano José Antonio Saco (1797-1879: *Historia de la esclavitud*, 1875-1892). Esta magna labor se distingue por su altura de pensamiento y su patriotismo decoroso, cualquiera que haya sido la orientación

política de los autores: conservadora como en Alamán o liberal como en López. En las generaciones posteriores, muy pocas veces se ha llegado a producir cosa comparable: la mayor parte del esfuerzo se ha concentrado en la investigación de los datos y el análisis de los documentos; sólo uno que otro historiador, como Justo Sierra, se ha levantado a la altura filosófica de aquellos maestros.

El argentino Domingo Faustino Sarmiento sobresale entre todos sus contemporáneos de la América española como escritor de genio, por su fertilidad de ideas, su vivacidad de imaginación y su riqueza expresiva. Tres son sus libros fundamentales: *Facundo* (1845), *Recuerdos de provincia* (1850) y *Viajes* (1849); el primero, soberbia descripción de la vida social y política de la Argentina, con penetrante inquisición sobre sus causas y atrevida predicción sobre su porvenir inmediato; el segundo, memorias de niñez y mocedad del autor, con pintura de los personajes que tuvo a su alrededor y del medio en que se desenvolvían; el tercero, agudas y siempre variadas observaciones sobre Europa y América: la porción más larga está dedicada a los Estados Unidos, cuya libertad y cuyo progreso le parecían ejemplos magníficos para la América española. Sarmiento fue, además, incansable propulsor de la escritura, fundador de innumerables escuelas y bibliotecas, de jardines zoológicos, de observatorios astronómicos, y hasta de ciudades. Nadie en América ha hecho tanta obra efectiva y eficaz desde el gobierno: la fortuna colaboró con él como no había colaborado con Rivadavia, que se vio forzado a dejar recién nacidas la mayor parte de sus empresas.

En el Brasil la literatura participó, como en la América española, en la discusión de los problemas sociales. Profetas de la abolición de la esclavitud fueron poetas como Antonio Gonçalves Dias (1823-1864), Tobias Barreto (1839-1899), Luis Nicolas Fagundes Varela (1841-1875) y Antonio Castro Alves (1847-1871). El tema del indio despertó gran interés, tanto humanitario como científico. Este interés se refleja en la literatura, señaladamente en los poemas de Gonçalves Dias (*Y Juca-Pyrama, Canción del Tamoyo, Los Tymbiras*) y en las

novelas de José de Alencar (1829-1877): *El guaraní*, 1856; *Iracema*, 1865). Gonçalves Dias y Alencar son las dos figuras mayores del romanticismo brasileño, que, anunciado en los *Suspiros poéticos* (1836) de Gonçalves de Magalhães (1811-1882), alcanza en ellos plenitud magnífica. En el teatro gozaron de popularidad las amenas comedias de costumbres de Luis Carlos Martins Penna (1815-1848) y se representaron, con éxito variable, dramas de Alencar y de Gonçalves Dias. Como actor tuvo mucha fama João Caetano.



## CAPITULO VI

### ORGANIZACION Y ESTABILIDAD, 1860-1890



ENTRE 1850 y 1870, las naciones de la América española acaban de definir su forma de organización: así, en la Argentina, el proceso que se inicia con la Constitución de 1853 se cierra en 1862 cuando cesa la disensión entre Buenos Aires y las demás provincias; en México, el proceso de la Reforma termina, con la extinción del Imperio, en 1867. Las instituciones son estables desde entonces, con poca variación. Las discordias civiles, si no desaparecen, disminuyen; hay todavía gobiernos demasiado autoritarios, pero hay respeto para las formas legales, y donde no lo hay se finge. El trabajo legislativo se mantiene: aparte de las reformas y enmiendas, no siempre necesarias, a las constituciones, se redactan códigos.

Aparecen (después de los mencionados en el capítulo anterior) los códigos civiles de Venezuela (1862), del Uruguay (1868), de la Argentina (1869), del Paraguay (1869), de México (1870; es el del Distrito Federal; lo copian la mayoría de los Estados, salvo excepciones como Veracruz), de Colombia (1875), de Guatemala (1877), de El Salvador (1880), de Costa Rica (1886), de Ecuador (1887); los códigos comerciales de Venezuela (1862), de Chile (1865), del Uruguay (1866), de Nicaragua (1869), de Colombia (comercio terrestre, 1869;

comercio marítimo, 1873), de Guatemala (1877), de El Salvador (1882), de Ecuador (1882), de México (1889); los códigos penales del Perú (1862), de Venezuela (1863), de México (1871: del Distrito Federal), de Chile (1874), de Costa Rica (1880), de El Salvador (1881), de Santo Domingo (1884), de la Argentina (1886), del Uruguay (1889), de Guatemala (1889), de Colombia (1890), del Paraguay (1890). Los más importantes son el civil argentino, obra de Dalmacio Vélez Sarsfield (1801-1875), el uruguayo, obra de Tristán Narvaja (m. 1877), y el penal mexicano, obra de Antonio Martínez de Castro (m. 1879).

En derecho internacional, la América hispánica empieza a destacarse con las doctrinas del jurista argentino Carlos Calvo (1824-1906), autor del tratado, universalmente conocido, de *Derecho internacional teórico y práctico* (1868) y del *Diccionario de derecho internacional público y privado* (1885). Calvo expuso el principio de que ningún gobierno debe apoyarse con las armas reclamaciones pecuniarias contra otro país. Este principio, aceptado ahora en todas partes, adquirió resonancia en 1902 cuando lo invocó el jurista Luis María Drago (1859-1921), ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, a propósito del conflicto entre Venezuela e Inglaterra. La Argentina, además, había presentado el principio del arbitraje compulsivo en la Conferencia Pan-americana de 1889; la idea tuvo después el apoyo del Brasil, y finalmente, si bien no se ha convertido en precepto obligatorio, ha hecho mucho camino en la opinión internacional.

Con la estabilidad comenzó el restablecimiento económico; dos señales fueron la multiplicación de los bancos y la de los ferrocarriles. A la Argentina y al Uruguay, que eran en 1860 los países de menos población en América (en la Argentina no se llegaba siquiera a un habitante por kilómetro cuadrado), acudió la inmigración europea en grandes masas; se desarrollaron la agricultura y la ganadería: las primeras exportaciones de cereales y de carne ocurren, en la Argentina, bajo el gobierno (1874-1880) del escritor y jurista Nicolás Avellaneda (1837-1885). No hubo inmigración, en cifras atendibles, en los

demás países de la América española, porque no podía competir con el trabajador indígena, que como consecuencia de siglos de explotación había reducido al mínimo su nivel de vida. En todas partes, sin embargo, influyó el poderoso desenvolvimiento económico del mundo moderno y hacia 1880 se vio nacer o renacer, en mayor o menor grado, la prosperidad.

El Brasil, que había entrado a la vida independiente en mucho mejor situación que sus vecinos, mantuvo su desarrollo próspero hasta la terminación de la época imperial. Ni siquiera se produjeron alteraciones graves en la economía nacional al desaparecer la esclavitud (1888); leyes y hechos sucesivos la habían ido reduciendo a bien poca cosa: supresión del tráfico negrero, que obligó a muchos capitales a buscar mejores inversiones (1850); “Libertad de vientres”, según la cual nacían libres los hijos de esclavos (1871); emancipación de siervos mayores de sesenta años (1885); abolición local en Ceará (1883); “ferrocarril subterráneo”, como antes en los Estados Unidos; manumisión espontánea, declarada por amos generosos (entre 1872 y 1876 hubo treinta mil casos). Pedro II personalmente pedía la abolición desde 1867, y al fin se votó en medio de fervoroso entusiasmo popular; durante años la habían preparado poetas, oradores, periodistas, estadistas probados o en ciernes como el Vizconde de Rio Branco (1845-1912), José do Patrocínio (1854-1905), Ruy Barbosa (1849-1923), Joaquim Nabuco (1849-1910). Las regiones del sur se beneficiaron con la inmigración europea. “En 1822 —dice Pedro Calmon— las mayores fortunas brasileñas estaban en Bahía y Pernambuco. Entre 1850 y 1870, el norte y el sur se equiparan. Después del 70, la hegemonía económica del sur fue indisputable; tuvo como consecuencia el predominio político”. En 1889 se establece pacíficamente la república, que vota su constitución democrática en 1891.

Era necesidad fundamental de la cultura difundir la enseñanza, multiplicando las escuelas. Los países donde primero hubo aumento digno de atención fueron Colombia y Chile; después la Argentina se les adelantó, durante la administración (1868-1874) de Sarmiento, y ha mantenido desde entonces

lugar delantero, a lo menos en la instrucción primaria, entre todos los países del mundo (en 1942 tenía el número máximo de maestros de escuela elemental en proporción a los habitantes: 49.8 maestros en ejercicio para cada 10,000 habitantes; le seguían Suecia con 48.9 y los Estados Unidos con 46.7).

La enseñanza se había libertado poco a poco de las tradiciones coloniales. Ahora se orientó decididamente hacia las ciencias, descuidando las humanidades. Al predominio de las ciencias se sumó el influjo de la filosofía positivista, de Comte primero, de John Stuart Mill y Herbert Spencer después.

Así en Chile; en la Argentina, con el filósofo francés Amédée Jacques (1813-1865), a quien el presidente Mitre nombró director del primer Colegio Nacional en Buenos Aires (1863); en México, con el matemático y filósofo Gabino Barreda (1818-1881), director de la Escuela Nacional Preparatoria por designación de Juárez (1867); en el Brasil, con Tobías Barreto, el poeta y pensador, Luis Pereira Barreto (1840-1923), autor de voluminosa obra sobre las etapas del pensamiento humano, y Benjamin Constant Botelho de Magalhães (1838-1891), uno de los fundadores de la república; en Venezuela, con el médico Rafael Villavicencio y el naturalista y etnólogo alemán Adolf Ernst, que funda el Museo de Ciencias Naturales en Caracas; en el Uruguay, irradiando desde las discusiones del Ateneo, hacia 1880; en Santo Domingo, con el pensador puertorriqueño Eugenio María Hostos (1839-1903), y hasta en Cuba, fuera de la enseñanza oficial que España imponía, con las conferencias de Enrique José Varona (1849-1933) sobre lógica, psicología y ética (1880-1882). En México el positivismo se convirtió en una especie de filosofía oficial poco antes de 1890 y así duró hasta 1910; en el Brasil ocurrió otro tanto, y hasta se tomó de Comte el lema de la bandera republicana: Orden y Progreso. Revistas especiales se dedicaron a la difusión de las doctrinas de Comte en el Brasil, donde existen todavía (desde 1881) capillas consagradas a la "religión de la humanidad" que él inventó; en Chile, bajo la dirección de Juan Enrique Lagarrigue, y en

México (Agustín Aragón). Hostos y Varona, entre tanto, se alejaron del positivismo paso a paso: Hostos, hacia su peculiar racionalismo ético; Varona, hacia su escepticismo teórico, nunca reñido con la acción humana útil.

Las asociaciones de cultura mantienen su actividad y su influencia: ejemplos, el Liceo Mexicano, bajo la dirección del maestro de la juventud de entonces, Ignacio Manuel Altamirano; la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Artes (1869), la Academia Venezolana de Literatura (1872) y la Sociedad Amigos del Saber (1872), en Caracas; el Círculo (1859-1864 y 1869-1870) y la Academia Bellas Letras (1873-1880), en Santiago de Chile; la Sociedad de Amigos del País (1871-1903), en Santo Domingo; el Ateneo del Uruguay, que publica sus *Anales* de 1881 a 1886; el Club Literario de Lima, con *Anales* (1873-1876), el Ateneo de Lima, cuyo órgano aparece de 1886 a 1890, y el Círculo Literario, floreciente en esos mismos años, con su órgano la *Revista Social*. Se organizaron asociaciones de estudios científicos, como la Sociedad Geográfica de Lima (1887); las sociedades “Antonio Alzate” (1884), “Andrés del Río”, “Leopoldo Río de la Loza” y “Pedro Escobedo” (1872), en México; la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, en Bogotá, y la Sociedad de Geografía (1885), en Río de Janeiro.

La Academia Española de Madrid estimula la creación de entidades similares en América, que llama “correspondientes”: así se organizaron la Academia Colombiana (1871), la Mexicana (1875), la Peruana, la Chilena, la Argentina, y luego otras. En los primeros tiempos fueron activas y dieron a luz revistas o anales con trabajos valiosos, especialmente la de Colombia y la de México; colaboraron en el Diccionario de la lengua castellana; después languidecieron, y ahora subsisten con vida letárgica, o, como en el caso de la argentina, se han extinguido.

Los periódicos, desde luego, se multiplicaron. Los diarios, que hasta 1860 habían sido excepciones, comenzaron a hacerse normales y estables. A este período corresponde la fundación de los dos grandes diarios de Buenos Aires, prodigiosos después en su desarrollo y útiles siempre por la atención que dedican a las

manifestaciones de cultura, *La Prensa* (octubre de 1869) y *La Nación* (enero de 1870), dirigido por Bartolomé Mitre; corresponde también el crecimiento de *El Comercio*, de Lima, fundado por Manuel Ascensio Segura en 1839, y de *El Mercurio*, nacido en Valparaíso (1827) y trasladado luego a Santiago, con ediciones en ambas ciudades. En el Brasil, el *Diario de Pernambuco* es el más antiguo; le sigue el *Jornal do Commercio*, de Río de Janeiro, fundado en 1827. Las revistas, literarias en su mayor parte, crecen igualmente en volumen y en importancia.

De ellas se destacan, por su calidad, en México, *El Renacimiento* (1869), de Altamirano; en Venezuela, la *Revista Literaria* (1864-1866), de Juan Vicente González; en Colombia, *El Mosaico* (1850-1860 ; 1864-1865; 1871-1872), la *Revista de Bogotá* (1871-1872), *La Patria* (1877-1882), de Adriano Páez (1844-1890), el muy notable *Repertorio Colombiano* (1878-1884); 18? ? -1899), del historiador Carlos Martínez Silva (1847-1903), el *Papel Periódico Ilustrado* (1881-1887) y la *Revista Literaria* (1890-1894), del crítico y bibliógrafo Isidro Laverde Amaya; en Ecuador, *El Cosmopolita* (1866-1869) y *El Regenerador* (1876-1878), ambas de Juan Montalvo (1832-1889); en el Perú, la *Revista de Lima* (1860-1868; 1873-18? ?), *El Correo del Perú* (1871-1875), y la *Revista Peruana* (1879-1880); en Chile, la *Revista de Sud América*, en Valparaíso (1861-1863), la nueva *Revista de Santiago* (1872-1873), la nueva *Revista de Valparaíso* (1873-1874), la *Revista Chilena* (1875-1880), de los historiadores Miguel Luis Amunátegui (1828-1888) y Diego Barros Arana, y la *Revista de Artes y Letras*, en Santiago (1884-1890); en la Argentina, la *Revista de Buenos Aires* (1863-1871), del historiador Vicente Gregorio Quesada (1830-1913) y el jurista Miguel Navarro Viola, la *Revista del Río de la Plata* (1871-1878), de Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López y el historiador uruguayo Andrés Lamas (1820-1891), y la nueva *Revista de Buenos Aires* (1881-1885), de Vicente Quesada y su hijo Ernesto, historiador y sociólogo (1858-1934); en Santo Domingo, la *Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Útiles* (1883-1884); en

Cuba, la *Revista Habanera* (1861-1862), del poeta Juan Clemente Zenea (1832-1871), la *Revista Crítica de Ciencias, Literatura y Artes* (1868), del filólogo Néstor Ponce de León (1837-1899), la *Revista de Cuba* (1877-1884), de José Antonio Cortina (1852-1884), la *Revista Cubana* (1885-1895), de Enrique José Varona, *La Habanera Elegante* (1883-1896), y las *Hojas Literarias* (1893-1894), órgano personalísimo de Manuel Sanguily (1848-1925). Merecen recordarse los periódicos que nativos de la América española publicaron en países extranjeros: así, la *Revista Latinoamericana*, de Adriano Páez, en París (1874-1875), *El Mundo Nuevo*, del historiador y crítico cubano Enrique Piñeyro (1839-1911), en Nueva York (1871), la *Revista Ilustrada de Nueva York* (c. 1889-c. 1892), del costumbrista venezolano Nicanor Bolet Peraza (1838-1906), *El Espectador*, vocero unipersonal de Juan Montalvo, en París (1886-1888), *La Edad de Oro*, incomparable álbum de cuentos, artículos instructivos y versos para niños, escrito íntegramente por el cubano José Martí (1853-1895), en Nueva York (1889).

Como primer esfuerzo en su especie se señala el *Anuario bibliográfico de la República Argentina* (1880-1888), fundado por el poeta Alberto Navarro Viola (1858-1885).

Entre las revistas puramente científicas sobresale el *Repertorio Físico-natural de la Isla de Cuba* (1865-1868), de Felipe Poey.

Las universidades publican revistas, anales o memorias: a la de Chile, que comenzó en 1843, se suman las de Lima (1862), Bogotá (1868), Quito (1883), Buenos Aires (1888) y Montevideo (1891). El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, de México, inicia sus *Anales* en 1877.

Junto a los filósofos, como Varona y Hostos, están los hombres de ciencia. El más eminente, el paleontólogo Florentino Ameghino (1854-1911), de la Argentina, trabajador de esfuerzo formidable y heroico. Adquirió fama popular gracias al más débil de sus libros, *La antigüedad del hombre en la Plata* (1880), donde sostuvo —con fundamento insuficiente— que la especie humana era autóctona en el Nuevo Mundo. En su obra de solidez indiscutible, el estudio de los mamíferos fósiles

de la zona platense, se manifiesta como revelador: con pocas excepciones, los animales que describió eran descubrimientos suyos. Y no fue meramente naturalista descriptivo, sino además teorizante: con libros como su *Filogenia* (1884) colaboró en la discusión y la construcción de doctrinas biológicas.

Otro naturalista argentino, William Henry Hudson (1841-1922), tiene reputación universal. La debe, sobre todo, a sus dotes de escritor. Escribió siempre en inglés, y es claro y encantador su estilo. Nació a unos treinta kilómetros de Buenos Aires, pero habló inglés desde niño, porque sus padres procedían de los Estados Unidos, y a los treinta y tres años de edad se trasladó a Inglaterra, de donde nunca regresó. No usa como lengua literaria la de su tierra natal, pero gusta de elegir para sus libros temas sudamericanos: en novelas como *La tierra purpúrea* (1885) y *Mansiones verdes* (1904), en cuentos como los de *El ombú* (1902), en narraciones autobiográficas como *Días ociosos en la Patagonia* (1893) y *Allá lejos, hace tiempo* (1918), en sus tratados y relatos de zoólogo, *Ornitología argentina* (en colaboración con Sclater, 1888-1889), *El naturalista en el Plata* (1892), *Aventuras entre pájaros* (1913), *Pájaros del Plata* (1920). Es, como Buffon, uno de los naturalistas a quienes se leerá siempre, porque leyéndole se descubren formas y aspectos inesperados de la vida sobre la Tierra.

Hombres de ciencia fueron, además, en la Argentina, el geógrafo Francisco de Paula Moreno (1852-1919), fundador del Museo de la Plata (1884), ahora conocido en todo el mundo culto por sus soberbias colecciones de historia natural, etnología y arqueología; el naturalista Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937), autor de *Flora y fauna de la República Argentina* y de estudios sobre peces, insectos y arácnidos, además de novelas de fantasía científica a la manera de Jules Verne y H. G. Wells; en México, el geógrafo Antonio García Cubas (1832-c. 1911) y el astrónomo Francisco Díaz Covarrubias (1833-1889), que determinó la situación geográfica de la ciudad capital, dirigió la triangulación geodésica del valle de Anáhuac (ya la había emprendido, con recursos inferiores, en el siglo XVIII,



Joaquín Velázquez de Cárdenas y León), hizo valiosas observaciones sobre eclipses y sobre pasos de planetas por el disco del Sol, fundó el Observatorio Astronómico, y publicó, entre otras obras, *Tablas geodésicas de la República Mexicana y Nuevos métodos astronómicos*; en Colombia, el naturalista Florentino Vega (1833-1890), autor de *Botánica indígena, La Expedición Botánica* (sobre la del siglo XVIII, que presidió José Celestino Mutis) y *La botánica en Nueva Granada*; en Puerto Rico, el botánico Agustín Stahl (1842-1917); en Cuba, el zoólogo Rafael Arango (1837-1893); en el Perú, el médico Daniel Carrión, que emprendió investigaciones sobre la enfermedad infecciosa llamada localmente *verruqa* y murió durante el trabajo (1885); los etnólogos, filólogos y arqueólogos que estudiaron los pueblos indígenas, sus idiomas y sus culturas: así, en Colombia, Ezequiel Uricoechea (1834-1880) y Liborio Zerda; en el Perú, Pablo Patrón (1855-1910); en Venezuela, Gaspar Marcano, igualmente distinguido en sus investigaciones médicas sobre la sangre, y Aristides Rojas (1826-1894), que además fue historiador de mirada curiosa y escritor de ameno estilo; en México, junto a Manuel Orozco y Berra, José Fernando Ramírez (1804-1871), historiador e investigador de vastísima erudición, que “estableció los fundamentos para la interpretación jeroglífica de los códices aztecas”, Alfredo Chavero (1841-1906), Francisco de Borja del Paso y Troncoso (1842-1916) y Nicolás León, que a sus estudios lingüísticos sumó extensos trabajos bibliográficos; en Puerto Rico, Cayetano Coll y Toste (1850-1930), que fue también historiador; en la Argentina, Samuel Lafone Quevedo (1835-1920), Adán Quiroga (1863-1904) y Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917). (1)

La filología hispánica toca su cima, en el siglo XIX, con la obra del colombiano Rufino José Cuervo (1844-1911): nadie, ni siquiera Bello, había conocido como él, hasta entonces, en Europa ni en América, la historia de nuestro idioma, la historia de cada palabra y de cada giro. Comenzó como gramático,

---

(1) Esta reseña de la cultura científica es incompleta, porque se ha escrito poco sobre el cultivo de las ciencias en la América hispánica durante el siglo XIX.

aficionado a corregir errores, en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (1867): en cinco ediciones posteriores, hasta la póstuma de 1914, el libro se convirtió progresivamente en obra maestra de filólogo. En el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* formó el más vasto de los repertorios de sintaxis del idioma (sólo pudo publicar los tomos I y II, A-B-C-D; los demás permanecen inéditos); en estudios monográficos agotó cuestiones como la historia de los pronombres complementarios, esclareció problemas de la pronunciación y la escritura antes del siglo XVIII, indicó hechos significativos en la difusión del idioma en América: negó, por ejemplo, antes que nadie, el supuesto predominio de los andaluces en la conquista y la colonización.

Cultivaron la filología clásica humanistas distinguidos como el colombiano Miguel Antonio Caro (1843-1909), autor, en colaboración con Cuervo, de la mejor gramática latina que existe en español, y traductor magistral de la *Eneida* y de las *Geórgicas*. En la época colonial, todo hombre de letras, todo universitario, dominaba el latín, y no pocas veces lo escribía, en prosa o en verso. Después de la independencia, los estudios clásicos decaen, pero no faltan humanistas que hacen traducciones de autores antiguos: México produce el mayor número.

Entre los humanistas mexicanos debe recordarse a Alejandro Arango y Escandón (1821-1883), que junto con los estudios griegos y latinos cultivó los de hebreo y escribió sobre asuntos bíblicos; a José Sebastián Segura (1822-1889); a José María Roa Bárcena (1827-1908); a José María Vigil (1829-1909), traductor de Marcial y de Persio; a Joaquín Arcadio Pagaza (1839-1918); a Ignacio Montes de Oca (1840-1921), autor de versiones completas de Píndaro, Teócrito, Bión, Mosco, Coluto de Licópolis y Apolonio de Rodas; a Francisco de Paula Guzmán (1844-1884); a Joaquín Diego Cassús (1858-1916), traductor de Catulo, Tibulo, Propertio, Ligdamo y Sulpicia; a Ambrosio Ramírez (1859-1913); a Federico Escobedo. De muchos otros que cabría citar, nacidos en diversos países, bastará escoger al poeta

argentino Carlos Guido Spano (1829-1918), adaptador de epigramas de la Antología griega. En general, pocos dejan de traducir a Horacio (Pagaza y Ramírez lo tradujeron abundantemente); muchos traducen a Virgilio.

En el Brasil se señalan Manoel Odorico Mendes (1799-1865), que puso en portugués la *Eneida*, la *Ilíada* y la *Odisea*; Juan Gualberto Ferreira dos Santos, Manoel Ignacio Suares Lisboa y Juan Nunes de Andrade.

Los grandes historiadores de este período son, en general, los que sobreviven del período anterior y se mantienen en actividad: Mitre, López, Saco, Orozco y Berra, Barros Arana, Vicuña Mackenna. Además de las obras de gran aliento que llevan ellos a cabo, se emprenden trabajos colectivos como la *Historia de Chile*, en cinco volúmenes (1866-1882), bajo la dirección de Vicente Riva Palacio, con la colaboración (entre otras) de Alfredo Chaverro y José María Vigil. A este período pertenecen también los autores de otra gran obra colectiva: *México, su evolución social*, que fue publicada posteriormente (1900-1901), con su profundo y magistral estudio sobre *La evolución política del pueblo mexicano*, reproducido recientemente en volumen separado.

Lugar especial ocupa otro historiador mexicano, Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), que se consagró al estudio de los comienzos de la cultura española en México, escribiendo biografías de misioneros, de maestros, de escritores, y monografías sobre la instrucción pública, el teatro, la agricultura, la ganadería, y muchas otras actividades. Sus dos trabajos de más aliento fueron la biografía del primer arzobispo de México, *Don Fray Juan de Zumárraga* (1881) y la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (1886), "obra, en su línea, de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna", en opinión del famoso crítico español Menéndez y Pelayo.

Otro historiador tuvo como especialidad la historia colonial, el chileno José Toribio Medina (1852-1930): publicó series de obras exhaustivas sobre la imprenta en toda la América española (17 volúmenes, desde 1891 hasta 1912), sobre los

libros relativos a América publicados en Europa desde 1493 hasta 1810 (7 volúmenes, 1898-1907), sobre la Inquisición (6 volúmenes, desde 1887 hasta 1914), el *Diccionario biográfico colonial de Chile* (1906) y estudios sobre personajes como Sebastián Caboto.

En conjunto, la mejor literatura de este período está en prosa, y forman el grupo representativo hombres de la estirpe de Bello, de Sarmiento, de Francisco Bilbao, de Ignacio Ramírez: hombres de pensamiento y de acción a la vez, a quienes puede llamárseles luchadores y constructores. Tales fueron los brasileños Ruy Barbosa y Joaquim Nabuco, el ecuatoriano Juan Montalvo, el peruano Manuel González Prada (1848-1918), el mexicano Justo Sierra, el puertorriqueño Eugenio María Hostos, los cubanos Varona y Sanguily. Todos ellos enriquecieron la prosa castellana con matices nuevos, y señaladamente Montalvo, que anima la opulencia del vocabulario y los giros de los “siglos de oro” con el ímpetu americano de su imaginación; Justo Sierra, elocuente, amplio y generoso; González Prada, conciso y enérgico; Varona, límpido y persuasivo; Hostos, ardiente y luminoso. Ruy Barbosa, en portugués, es abundante y a la vez preciso. Todos participaron en campañas de libertad y de cultura, como maestros, o como periodistas, o como oradores, o directamente en la acción política: así, Ruy Barbosa y Joaquim Nabuco trabajaron por la abolición de la esclavitud (y Ruy Barbosa, además, por el advenimiento de la república en el Brasil), Varona y Sanguily por la independencia de Cuba, Hostos por la independencia de Cuba y de Puerto Rico, Montalvo y González Prada contra los “intereses creados” que usaban toda su fuerza en apoyo de la injusticia, y todos por la cultura de su país natal o de los ajenos, como fue el caso de Hostos. Su grandeza es moral a la vez que literaria.

Así como en la poesía romántica la América española se había adelantado a España, ahora se le adelanta en la novela realista, con las obras del chileno Alberto Blest Gana (1830-1920), *La aritmética en el amor* (1860), *Martín Rivas* (1862), *El ideal de un calavera* (1863), que anteceden en años a las primeras de Galdós. Pero es en este período cuando la novela

romántica produce su fruto exquisito, la delicada y pulida *María* (1867) del colombiano Jorge Isaacs (1837-1895).

En el Brasil la novela realista aparece aun más temprano, en las *Memorias de un sargento de milicias* (1854-1855), de Manuel Antonio de Almeida (1830-1861), y culmina en Joaquim Maria Machado de Assis (1839-1909), novelista maduro y refinado, con madurez y refinamiento de vieja civilización. Machado de Assis es más que mero realista: es gran creador de personajes, pintor de caracteres, agudo desmenuzador de sentimientos. Su *Braz Cubas* (1881), su *Quincas Borba* (1891), su *Dom Casmurro* (1900) son novelas de primer orden en cualquier literatura, igualada pocas veces, y nunca superadas, en la América hispánica. Posteriormente a Machado de Assis, e influidos por el naturalismo francés, Raúl Pompeia (1863-1895), con *El Ateneo*; Aluizio de Azevedo (1857-1913), con *El mulato* (1881) y *La casa de vecindad* (en portugués *O cortiço*, 1890), Julio Ribeiro (1845-1890), con *La carne* (1888).

La novela de asunto indígena produce en este período obras de calidad, *Camandá* (1871), del ecuatoriano Juan León Mera (1832-1894), *Enriquillo* (1879-1882), del dominicano Manuel de Jesús Galván (1834-1910), que se refieren a la época de la Conquista, y *Aves sin nido* (1889), de la peruana Clorinda Matto de Turner (1854-1909), donde se pintan los sufrimientos de la raza india explotada en época contemporánea. No es novela, sino amenísima narración de hechos reales, rica en descripciones pintorescas y en observaciones sagaces, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), del militar argentino Lucio Victorio Mansilla (1837-1913), sobrino de Rosas pero amigo de Sarmiento. Y son de grande originalidad las *Tradiciones peruanas*, que Ricardo Palma (1833-1919) escribió durante más de cuarenta años, comenzando en 1860; en ellas cuenta, en forma breve, y siempre con ingenio, sucesos de la época colonial.

En poesía, convertido ya en tradición el romanticismo, se mantiene la exploración de los temas nativos, desde el paisaje hasta el habitante de la ciudad. Junto a las novelas de tema

nativo hay que colocar obras poéticas como las *Fantasías indígenas* (1877) del dominicano José Joaquín Pérez (1845-1900) y el *Tabaré* (1886) del uruguayo Juan Zorrilla de San Martín (1857-1931), poema admirable por su constante invención de imágenes y su gracia musical, que, sin estorbar el fácil fluir de la narración, realzan la riqueza de emociones y de sentimientos. Entre las obras poéticas de tema personal, las hay de singulares méritos, como las del colombiano Rafael Pombo (1833-1912) y la *Vuelta a la patria*, del venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde (1846-1892). Hubo poetas que, para renovar la expresión romántica, gastada ya a fuerza de repetición, retornaban a formas clásicas: así humanistas como Miguel Antonio Caro y Joaquín Arcadio Pagaza, que sabe descubrir la emoción de quietud y de vigor latente en las montañas y los valles de su país, o Manuel José Othón (1858-1906), que inserta sus emociones trágicas en el desolado paisaje del norte de México (*En el desierto: Idilio salvaje*). Y no faltan los temas de interés público en la poesía: así, mientras la dominicana Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897) exhorta a sus conciudadanos a reverenciar la paz y consagrarse al trabajo y al estudio (Menéndez y Pelayo la llamó “egregia poetisa que sostiene con firmeza en sus brazos femeniles la lira de Quintana, arrancando de ella robustos sonos en loor de la patria y de la civilización”; como educadora colaboró con Hostos fundando –1881– la primera escuela para formar maestras), el argentino Olegario Víctor Andrade (1839-1882) canta la gloria de San Martín (*El nido de cóndores*) y, con magnífica visión de futuro, canta “el porvenir de la raza latina en América” (*Atlántida*).

La grande originalidad poética, en este período, está en los poetas gauchescos de la Argentina, José Hernández (1834-1886) y Estanislao del Campo (1834-1880). Eran, ambos, hombres de ciudad, pero escribieron en lengua campesina. Rafael Obligado (1851-1920) trató temas semejantes en lengua culta: su *Santos Vega* (1877-1885) se distingue por su riqueza de imágenes. Estanislao del Campo contó en su *Fausto* (1866) la conocida leyenda medieval, poniéndola en boca de un gaucho: el viejo tema de folk-lore se adaptaba cómodamente a la imaginación y

al lenguaje de los hombres de la pampa, para quienes el Diablo era personaje familiar, capaz de todos los engaños y transformaciones. José Hernández, en *Martín Fierro* (1872) y *La vuelta de Martín Fierro* (1879), hace literatura con propósitos de polémica política: pinta al gaucho que es víctima (¡inesperada paradoja!) del nuevo orden social creado por los órganos deseosos de promover el progreso. Pero sus dos poemas van más allá de la simple polémica: se convierten en grandes frescos de la vida campesina del Río de la Plata, con extraño vigor y ruda grandeza.

En el Brasil, el último grupo de poetas románticos es el de los que humorísticamente llamaron sus críticos *condoreiros* porque eligieron el cóndor de los Andes como tema simbólico; fueron poetas de entonación robusta, interesados en cuestiones sociales: Tobías Barreto y Antonio Castro Alves. Sucede a este grupo el de los refinados poetas parnasianos, influidos por el grupo francés del Parnasse: Machado de Assis (el gran novelista), Luis Quimaráes (1847-1898) y Théophile Dias (1857-1889).

La América hispánica da a Europa escritores eminentes que adoptan otro idioma que el de su tierra nativa, como escogió William Henry Hudson el inglés, sin contar los que se trasladan a España, como el dramaturgo Ventura de la Vega (1807-1865), nacido en la Argentina, o se trasladan a Portugal, como el poeta Antonio Gonçalves Crespo (1847-1883), nacido en el Brasil. A Francia se trasladan, y escriben en francés, el sonetista parnasiano José María de Heredia (1842-1905), nacido en Cuba, primo y homónimo del “cantor del Niágara”; el poeta simbolista Jules Laforgue (1860-1887) y el precursor de los super-realistas Conde de Lautréamont (seudónimo de Isidore Ducasse, 1846-1870), uruguayos ambos; antes lo había hecho la escritora cubana Mercedes Santa Cruz, Condesa de Merlin (1789-1852), que tuvo en París uno de los salones literarios célebres de su tiempo, y después el poeta y novelista uruguayo Jules Supervielle (n. 1884). Muchos otros ha habido, o hay, de importancia menor, que escriben en francés, en inglés, en italiano o en alemán. Son nativos de la América hispánica, igualmente, el pintor Théodore Chassériau (1819-1856), nacido

en Santo Domingo bajo el dominio español, y el compositor Reynaldo Hahn (n. 1874), nacido en Venezuela: ambos trabajan en Francia.

Con el restablecimiento económico reaparece la arquitectura en la América española: predomina ahora, sobre el estilo español, el francés (desde el período anterior dominaba sobre el portugués en el Brasil). Se desarrollan rápidamente las ciudades de la porción meridional de la América del Sur: Río de Janeiro, São Paulo, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile, Valparaíso. A ellas deben agregarse dos ciudades septentrionales: Caracas y México; además, La Habana, todavía en manos de España.

En la pintura persisten tradiciones clasicistas, en lucha o en fusión con tendencias románticas. Son pintores representativos el mexicano José María Velasco (1840-1912), cuyas obras características son vastos paisajes del valle de México, y el uruguayo Juan Manuel Blanes (1830-1901), cuyo tema preferido es el campo rioplatense. En el arte pictórico popular hay manifestaciones de desusado interés, como los dibujos del mexicano José Guadalupe Posada (1851-1913) para pliegos de cordel con romances o cuentos y sus caricaturas para periódicos satíricos.

Hay más pintores que merecen recuerdo, como los mexicanos Félix Parra (1845-1919), autor del célebre cuadro que representa al P. Las Casas como protector de los indios, y Santiago Rebull (1829-1902), el venezolano Arturo Michelena (1863-1898), los chilenos Pedro Lira (1845-1912) y Alfredo Valenzuela Puelma (1856-1908), los brasileños Pedro Américo de Figueiredo (1843-1905) y Vítor Meireles (1832-1903), el argentino Eduardo Sívori (1847-1918). La influencia del impresionismo francés comienza con el argentino Martín Malharro (1865-1911) y el dominicano Luis Desangles (1862-1937).

Hay poca escultura. Los monumentos públicos se encargaban, por lo común, a artistas franceses, italianos o españoles: así, el Bolívar de Tenerani, en Caracas, y el Colón de Henri-Charles Cordier, en México; todavía en el siglo XX hizo



Rodin la estatua de Sarmiento, y Bourdelle la del General Alvear, para Buenos Aires. Excepción significativa es Miguel Noreña, autor de la estatua de Cuauhtémoc y del monumento al ingeniero del siglo XVII Enrico Martínez, en México.

Está muy extendido el cultivo de la música, como en la época colonial. Después de la orquesta sinfónica de Caracas (hacia 1750), se menciona la de Guatemala (1800). En el siglo XIX, aunque las orquestas no se convertían en organizaciones permanentes, se daban conciertos sinfónicos en las ciudades principales: en Buenos Aires, durante la época de Rivadavia (1821-1827), se ejecutaban sinfonías de Haydn y de Mozart; hubo orquestas de concierto en México y en Bogotá; en las iglesias se ejecutaba música de Palestrina y de Victoria, de Bach y de Haendel.

De la América hispánica salen entonces artistas que adquieren renombre internacional: como pianistas, la venezolana Teresa Carreño (1853-1917), los cubanos Fernando Arísti (1828-1888) y su hija Cecilia, Ignacio Cervantes (1847-1905), José Manuel Jiménez (1855-1917); como violinistas, los cubanos José White (1836-1918), Rafael Díaz Albertini y Claudio Brindis de Salas (1852-1912); como cantante, la mexicana Angela Peralta (1845-1883).

Compositores hubo muchos, de música religiosa, de sinfonías y cuartetos, de piezas para piano y violín, de canciones. Entre los autores de óperas se distinguen los mexicanos Cenobio Paniagua (1822-1882), con su *Catalina de Guisa*, Aniceto Ortega (1823-1875), con su *Guatimozín*, de asunto indígena (1871), y Melesio Morales (1839-1909), con su *Indegonda*, estrenada en Florencia hacia 1868, y tres obras estrenadas en México: *Romeo y Julieta* (1863), *Gino Corsini* (1877) y *Cleopatra* (1891), el colombiano José María Ponce de León, con su obra bíblica *Ester* (1874), el cubano Gaspar Villate (1851-1891), con *Zila*, estrenada en París (1877), *Baldesarre*, en Madrid (1885), y *La czarine*, en El Haya (1888). El que ha sobrevivido es el brasileño Carlos Gomes (1836-1896), que hizo representar nueve obras en Europa y en América. Aunque se asegura que su obra maestra es *Lo schiavo* (1889), la

mejor conocida, sobre todo por su pintoresca obertura, es // *Guarany* (Teatro de la Scala, en Milán, 1870), de asunto indígena y con temas nativos: es buena partitura a la manera de Verdi en su época de transición, la época de *Aída*.

La música popular del campo y la música vulgar de las ciudades florecen como en siglos anteriores. Su creación superior es la danza habanera, que nació en Cuba, como transformación criolla de la *contredanse* francesa; se dice que le dio su forma definitiva Manuel Saumell (1817-1870), hacia 1840. Se propaga, luego, a todas las Antillas y fuera de ellas: en Puerto Rico la cultiva, con delicada invención melódica, Juan Morel Campos (1857-1896). En Europa se difunde a través de las publicaciones del vasco Sebastián Iradier, que residió largo tiempo en Cuba, autor de *La paloma* y de la habanera que Bizet adoptó en *Carmen*; componen otras, después, Chabrier, Saint-Saëns, Ravel. En América escribieron danzas compositores cultos como los cubanos Ignacio Cervantes —las suyas son exquisitas—, Gaspar Villate, José White, y más adelante Eduardo Sánchez de Fuentes (1876-1944), cuya canción *Tú* (“En Cuba, la isla hermosa del ardiente sol...”) ha dado la vuelta al mundo, el colombiano Enrique Price (1819-1863), los mexicanos Ernesto Elorduy (1853-1912), Ricardo Castro (1866-1907) y Felipe Villanueva (1863-1893), autor del admirable *Vals romántico*, contemporáneo, aunque menos popular, del conocidísimo vals *Sobre las olas*, de otro mexicano, Juventino Rosas (m. 1895). Y no es la habanera la única forma criolla que ofrece atractivo a los compositores cultos: desde mediados del siglo XIX se encuentran en México, en Cuba, en Colombia, en el Brasil, obras en que se imitan tipos locales de canción o de danza o se explotan melodías y ritmos regionales; métodos que habrán de producir fructificación abundante en el siglo XX.

## CAPITULO VII

### PROSPERIDAD Y RENOVACION, 1890-1920



OMO en todo el mundo occidental, en la América hispánica hay prosperidad hacia 1890. Según los países, el bienestar económico alcanza a muchas capas de población, como en la Argentina y el Uruguay, o sólo a las capas superiores, como en México y el Brasil. La organización política da sensación de estabilidad: las instituciones se mantienen, y se respeta por lo menos su forma. En relaciones jurídicas, las sociedades están ya adaptadas al sistema, de modelo francés, que habían implantado, y se hacen pocos retoques en la legislación, si bien en las relaciones humanas que las leyes no regulan persisten tradiciones españoles y portuguesas. En el Brasil, las instituciones republicanas no hallaron tropiezos: el imperio había sido, en muchos de sus aspectos, democrático; pocas diferencias trajó a la vida pública el cambio de régimen.

Las únicas posesiones que España había conservado en el Nuevo Mundo las pierde en 1898, como consecuencia de la insurrección de Cuba (1895-1898) y de la guerra con los Estados Unidos: Cuba se hace independiente y se organiza como república en 1902 (su constitución se votó en 1901); Puerto Rico pasa al dominio de los Estados Unidos, pero conserva su carácter hispánico, y el idioma inglés, a pesar de los esfuerzos oficiales, hace allí poco camino.

Al comenzar el siglo XX, la América hispánica, como el mundo todo, presentaba la apariencia de una estabilidad con perspectiva de duración indefinida. Ocurrían, aquí y allí, disturbios políticos, pero se estimaba que eran supervivencias del pasado turbulento, destinadas a desaparecer. Años después, empieza a cambiar el panorama, antes de que se radicalizara en Europa con el conflicto de 1914. Con el bienestar económico habían surgido grupos nuevos en las sociedades americanas, se había formado lo que se llama una "clase media" desde el punto de vista económico (no existen en la América hispánica, ni siquiera en el Brasil, clases en el antiguo sentido político de Europa); estos nuevos grupos aspiraban a influir en la vida pública. Como siempre, México y la Argentina son países donde se desarrollan movimientos significativos.

En México se inicia, poco antes de 1910, el movimiento que se llamará la Revolución: tendrá honda repercusión y vastas consecuencias en toda América. Desde 1908 el pueblo mexicano da señales de su voluntad de poner fin a la larga dominación de Porfirio Díaz: duraba desde 1876, contándose como parte de ella los cuatro años (1880-1884) del presidente Manuel González. Había sido pacífica, pero había suprimido las libertades públicas. Había comenzado con orientación liberal, pero había acabado en una nueva forma de política conservadora. Ahora la "clase media" pedía el retorno de las libertades democráticas de Juárez y Lerdo de Tejada. La Revolución, en su fase inicial, triunfó en pocos meses (noviembre de 1910 a mayo de 1911), pero el gobierno que de ella emanó duró poco: fue derribado por la reacción conservadora (febrero de 1913); la guerra civil persiste, con no pocas peripecias raras, durante cinco años. Termina en 1917, salvo uno que otro brote posterior, a veces muy grave. Mientras tanto, a la reclamación de la "clase media" se había sumado la defensa del proletariado: la Revolución incorporó a sus programas principios de origen socialista. Las reclamaciones del trabajador campesino habían hallado voz en la rebelión de Emiliano Zapata, desde 1910, en una de las zonas dedicadas a la industria azucarera, el Estado de Morelos. Y en 1916, en medio

de la guerra civil, se redactó una constitución, promulgada al fin el 5 de febrero de 1917, cuando se cumplían exactamente sesenta años de la venerable y venerada constitución de los tiempos de la Reforma. La nueva carta fundamental contiene artículos que provocaron y provocan todavía discusiones: el 3o, que establece el carácter socialista de la enseñanza oficial; el 27, que regula la propiedad de tierras y de aguas y declara exclusiva de la nación la propiedad de las minas y de los yacimientos de petróleo; el 123, que determina los derechos del trabajador. El socialismo, sin embargo, no se ha implantado en México en el orden económico sino en pequeña parte: al restaurar el ejido o propiedad rural común, que había existido durante la época colonial como forma española injerta en otra azteca y se había extinguido, en tiempos de la Reforma, con las leyes sobre la "mano muerta"; pero además se reparten tierras a campesinos, individualmente, fomentando así la pequeña propiedad.

En la Argentina, después de los ejemplares gobiernos de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, desde 1862 hasta 1880, se constituyó una oligarquía que se mantuvo en el poder treinta y seis años, hasta que el presidente Roque Sáenz Peña (1851-1914) obtuvo del Congreso una reforma a la ley electoral para asegurar la libertad del sufragio. Así subió al poder, en 1916, el partido radical, que no lo era, a pesar de su nombre incongruente: este partido representaba, sobre todo, a la "clase media", cuya masa principal la constituyen los descendientes de inmigrantes. En 1918 comienza la Reforma Universitaria, movimiento de largo alcance.

Las doctrinas socialistas no aparecieron en la América hispánica por primera vez durante el siglo XX: desde antes de mediados del XIX eran conocidas las teorías de Saint-Simon, de Fourier, de Proudhon; en la Argentina se llamó *Dogma socialista* el programa de la Asociación de Mayo, fundada por Echeverría y sus amigos (1838); en Colombia se organizaron clubes socialistas durante el gobierno liberal (1849-1853) de José Hilario López; en México hubo escritores y poetas de orientación socialista, como Pantaleón Tovar (1828-1876) y Juan Díaz Covarrubias (1837-1858); el francés Taudonnet había

publicado en Río de Janeiro una *Revista Socialista* (1845); pero estos socialistas pocas veces llegaban a aceptar las doctrinas europeas con todas sus consecuencias en el orden económico: Echeverría, por ejemplo, nunca rebasó el criterio liberal. Y toda la legislación de la época consagra el respeto a la propiedad privada, amenazada antes por los abusos del absolutismo.

En el siglo XX la situación varía: el socialismo que se estudia y que influye no es ya el "utópico" de los pensadores franceses, sino el "científico" de Marx y Engels. Crece ahora rápidamente, y antes de 1910 ya tiene diputados en el congreso de Chile y en el de la Argentina. El partido socialista argentino tuvo como fundador a Juan Bautista Justo (1865-1928), catedrático de medicina en la Universidad de Buenos Aires y autor de libros importantes como *Teoría y práctica de la historia* (1909); su primer diputado fue Alfredo Lorenzo Palacios (n. 1879), que desde 1904 presentó e hizo aprobar leyes en favor del obrero (después ha sido catedrático de derecho y presidente de la Universidad de La Plata); su primer senador fue, en 1913, otro universitario, Enrique del Valle Ibarlucea (1878-1921), jurista que redactó el código del trabajo en colaboración con Joaquín V. González (1863-1923), pensador liberal y hombre público que desempeñó el cargo de ministro de Justicia e Instrucción Pública (1904-1906) y fundó la Universidad de La Plata. El Partido tiene su órgano periodístico, *La Vanguardia*, desde 1894.

En filosofía, al principiar el siglo XX imperaba el positivismo, y hasta hacía nuevos adeptos: los más notables, el sociólogo Mariano H. Cornejo (n. 1867), en el Perú, y el psicólogo y sociólogo José Ingenieros (1877-1925), en la Argentina. Pero pronto aparecen tendencias nuevas, opuestas a las limitaciones del positivismo; se difunden las obras de Boutroux, de Bergson, de Benedetto Croce, de William James. Orientan este impulso de renovación Raimundo de Farías Brito (1862-1917), del Brasil; Alejandro Deústua (1849-1945), del Perú; Alejandro Korn (1860-1936), de la Argentina; Carlos Vaz Ferreira (n. 1873), del Uruguay, y, en generación posterior, Antonio Caso (1883-1946) y José Vasconcelos (n. 1881), de

México; Víctor Andrés Belaúnde (n. 1883), del Perú. A ellos se suman, mirando con interés la renovación, Enrique José Varona y Justo Sierra. Todos estos pensadores producen obra interesante y en ocasiones muy original, señaladamente Korn en *La libertad creadora* (1922), Vaz Ferreira en *Lógica viva* (1910), Caso en *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* (1919). En parte debe contarse dentro de este movimiento, como pensador moralista, al grande escritor uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), que en sus *Motivos de Proteo* (1909) expone la doctrina de la renovación espiritual como deber, la “ética del devenir”.

En la educación pública, al irse desvaneciendo la influencia del positivismo, se impone la libertad filosófica; pero en la enseñanza secundaria se mantiene el predominio de las ciencias. Se presta ahora mucha atención a la pedagogía en sí misma: interesan las novedades de doctrina y de método. La experimentación y las investigaciones pedagógicas adquieren importancia en Chile, en la Argentina, en México, en Cuba, y se publican revistas especiales: Sarmiento había fundado en 1858 la *Revista de Educación*, órgano de las autoridades de la provincia de Buenos Aires, e inspiró después, en 1880, *El Monitor de la Educación Común*; ambos existen todavía.

Se fundan universidades nuevas: la más importante, en la ciudad de La Plata (1902). En 1910 se reconstituye la universidad de México, gracias a empeños de Justo Sierra; en 1914, la de Santo Domingo, restaurada desde 1866 bajo el nombre de Instituto Profesional. En Cuba, idos los españoles, Varona reorganizó el sistema de la enseñanza pública, desde la Universidad hasta las escuelas primarias, que cuadruplicaron su número: la isla tiene entonces “más maestros que soldados”.

El movimiento de Reforma Universitaria, iniciado en la Argentina (1918), influye en países vecinos, y particularmente en el Perú, donde surge otro movimiento de igual nombre (1919): pidió y obtuvo la intervención de los estudiantes en el gobierno de la universidad, y trató de acercarla al pueblo. Y desde antes de 1918 existían en la Argentina las universidades populares que fundó el partido socialista.

La investigación científica se sistematiza en instituciones como el Museo Nacional de México, el Museo de La Plata, los Observatorios Astronómicos de Córdoba, en la Argentina (lo había establecido Sarmiento durante su administración), y de Tacubaya, en México, y en planteles nuevos como el Instituto Geológico, el Biológico y el Bacteriológico, en México, el Instituto de Física y el Observatorio Astronómico de La Plata (adscritos a la Universidad, como el Museo, que era anterior a ella), el Museo Etnográfico, el Museo de Farmacología (donde se estudia la materia médica indígena), el Instituto de Fisiología, el de Anatomía Normal, el de Anatomía Patológica, el Instituto Modelo de Clínica Médica y el Instituto de Investigaciones Históricas, adscritos a la Universidad de Buenos Aires.

A medida que aumentan los institutos oficiales de investigación, disminuyen las asociaciones particulares dedicadas a los intereses de la cultura, que tanto papel desempeñaron a comienzos y a mediados del siglo XIX; pero todavía ejercieron amplia influencia, entre otras, tres que llevaron el nombre de Ateneo: el de Montevideo, que funciona todavía; el de La Habana, donde se pronunciaron muchas conferencias excelentes; el de México (1907-1914), vehículo de la juvenil revolución intelectual que precedió a la revolución política de 1910 y fundador de la primera Universidad Popular en México (1912-1920). El Ateneo de México se llamó primero Sociedad de Conferencias (1907-1908): sus miembros principales fueron Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Enrique González Martínez; dos de ellos, Jesús Tito Acevedo (c. 1888-1918) y Federico E. Mariscal (n. 1881), iniciaron el movimiento de estudio de la arquitectura colonial del país. En cambio, el Ateneo de La Habana fue suplantado, en la atención del público, por la Sociedad de Conferencias (1910-1915), fundada por el ensayista y cuentista Jesús Castellanos (1879-1912) y el escritor dominicano Max Henríquez Ureña (n. 1885).

Alta figura en los anales de la ciencia médica es el investigador cubano Carlos Juan Finlay (1833-1915): desde



1883 había demostrado experimentalmente (el caso del P. Urra) la transmisión del microbio de la fiebre amarilla a través de la picadura de uno de los mosquitos comunes (*Stegomyia fasciata*); su tesis fue confirmada en 1900-1901 con los trabajos de una comisión de médicos norteamericanos y cubanos (los jefes eran Walter Reed, Jesse Lazear, James Carroll y Arístides Agramonte), y aplicando reglas de Finlay se emprendió el saneamiento de La Habana, luego el de Panamá, y finalmente, bajo la dirección del gran higienista Oswaldo Cruz, el de los puertos del Brasil. Finlay hizo muchos otros estudios sobre enfermedades diversas. En 1905 fue candidato al Premio Nobel, a propuesta de Sir Ronald Ross, famoso por sus investigaciones sobre el paludismo. Tanto Finlay y su ayudante Claudio Delgado como Domingo Freire (1849-1899) en el Brasil (1880) y Manuel Carmona y Valle (1827-1902) en México trataron de encontrar el microbio de la fiebre; según parece, en 1927 se demostró en Africa (Stokes, Bauer y Hudson) que el agente patógeno es un virus filtrable.

Tienen importancia los trabajos del biólogo argentino Angel Gallardo (1867-1934) sobre la *Interpretación dinámica de la división celular* (1903) y de los médicos, igualmente argentinos, Luis Agote (n. 1869) y Pedro Chutro (1880-1937): Agote inventó el procedimiento de agregar citrato de sodio a la sangre para evitar la coagulación en las transfusiones (1914); Chutro, en la guerra europea de 1914-1918, inventó, aplicó y difundió la "racionalización" de la técnica operatoria, para ganar tiempo en la operación de los heridos.

Hombres de ciencia pertenecientes a este período son, además, en Cuba, el zoólogo Carlos de la Torre y Huerta (n. 1858), el biólogo y médico Juan Guiteras (1852-1925), los botánicos Manuel Gómez de la Maza (1867-1916) y José Tomás Roig y Mesa (n. 1878), autores de la *Flora de Cuba* (1914); en México, los geólogos José G. Aguilera y Ezequiel Ordóñez, que dirigieron la triangulación del territorio, el físico y astrónomo Valentín Gama, el biólogo Alfonso L. Herrera; en Venezuela, los biólogos y médicos Luis Razetti (n. 1862) y Guillermo Delgado Palacios; en Colombia, el botánico Joaquín Antonio Uribe,

autor de la *Flora sonsonesa*; en la Argentina, el botánico Miguel Lillo, los médicos Abel Ayerza y Marcelino Herrera Vegas (n. en Venezuela, 1870), autor de estudios sobre quistes hidatídicos.

Como siempre, es numeroso el grupo de etnólogos, arqueólogos y filólogos dedicados al estudio de los pueblos, las culturas y las lenguas indígenas de América: en Venezuela, el geógrafo Alfredo Jahn (m. 1944) y el historiador Lisandro Alvarado; en Colombia, Ernesto Restrepo Tirado (n. 1862); en la Argentina, Salvador Debenedetti y Luis María Torres (1878-1937).

El Brasil, por su parte, produjo al gran precursor de la aviación moderna, Alberto Santos Dumont (1873-1932), que después de haber ensayado con éxito la navegación aérea en globos dirigibles (en 1901 voló de Saint-Cloud a París), hizo vuelos en aeroplano, el 23 de octubre y el 12 de noviembre de 1906.

Para fines del siglo XIX la proliferación de diarios y de revistas es enorme, y tanto mayor cuanto que muchos de ellos tenían vida corta. Como publicaciones que alcanzaron significación en el movimiento literario que se llamó *modernista*, se distinguen la *Revista Azul* (1894-1896), uno de cuyos directores fue Gutiérrez Nájera, y la *Revista Moderna* (1898-1911), de los poetas Jesús E. Valenzuela (1856-1911) y Amado Nervo, en México; *La Habana Elegante* (ya mencionada), *El Fígaro* (1885-1925) y *La Habana Literaria* (1891-1892), en Cuba; *El Cojo Ilustrado* (1892-1915) y *Cosmópolis* (1894-1895), en Caracas; la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (1895-1897), en Montevideo; la *Revista de América* (1896), de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre, y *El Mercurio de América* (1898-1900), en Buenos Aires. A la difusión de la literatura nueva ayudó también, en parte, *La Biblioteca* (1896-1898), de Buenos Aires, órgano de la institución nacional de su nombre, bajo la dirección del eminente historiador franco-argentino Paul Groussac (1848-1929). Entre las revistas que aparecen después de comenzar el siglo XX se cuentan *Nosotros* (1907-1934; segunda época, 1936-1943), de Buenos Aires; *Colónida* (1915-19? ?),

del cuentista Abraham Valdelomar (1888-1919), en Lima; *Los Diez* (1916-19??), en Santiago de Chile; *Cuba Contemporánea* (1913-1927), en La Habana.

Las hubo, finalmente, en países de lengua extranjera: *Las Tres Américas* (1894-1897), de Bolet Peraza, en Nueva York, donde además existió durante cuarenta años, desde 1876, una revista de noticias y comentarios de la actualidad, *Las Novedades*, que en sus últimos tiempos de vida (1915-1916) tuvo sección literaria interesante; los órganos del movimiento cubano de independencia, y superior a todos, *Patria* (1892-1898), en Nueva York, fundado por José Martí y dirigido después por Varona; en el siglo XX, *El Nuevo Mercurio* (1907-19??), de Enrique Gómez Carrillo, *Mundial* (1912-1914), de los peruanos Francisco y Ventura García Calderón, en París.

Las publicaciones dedicadas a las ciencias, al derecho, a la historia, crecen en número. Muchas de ellas son órganos de institutos o de sociedades de investigación y estudio.

Extraordinario brillo adquiere en este período la literatura. En él se desenvuelve el movimiento que llevó el poco expresivo nombre de *modernismo*. Los países de América se adelantan ahora a España en más de quince años en esta renovación literaria. Los indicios de cambio en el gusto se advierten en poetas como González Prada y Manuel José Othón (mencionados antes), en el argentino Almafuerte (seudónimo de Pedro Bonifacio Palacios, 1854-1917), el dominicano Gastón Fernando Deligne (1861-1913), muy original y agudo en breves poemas psicológicos o filosóficos, como *Confidencias de Cristina* (1892), *Aniquilamiento* (1895), *En el botado* (1897), *Ololoi* (1899), *Entremés olímpico* (1907), los mexicanos Salvador Díaz Mirón (1853-1928), en su "primera manera" romántico impetuoso al modo de Víctor Hugo y en su "segunda manera" sereno en la entonación, riguroso en el cuidado de la forma, y Francisco Asís de Icaza (1863-1925), que además fue crítico y se distinguió en sus estudios sobre las *Novelas ejemplares* de Cervantes (1901).

Al movimiento, en su plenitud, se le atribuyen cinco jefes:

José Martí (1853-1895) y Julián del Casal (1863-1893), de Cuba; Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), de México; José Asunción Silva (1865-1896), de Colombia; Rubén Darío (1867-1916), de Nicaragua. Tienen secuaces como el colombiano Guillermo Valencia (1873-1943), los mexicanos Luis Gonzalo Urbina (1868-1934), Amado Nervo (1870-1919) y José Juan Tablada (1871-1945). Todos pertenecen a países situados al norte del Ecuador. Después el movimiento se extiende al sur, cuando Rubén Darío pasa, en 1893, a residir en Buenos Aires: aparecen entonces Leopoldo Lugones (1874-1938), de la Argentina, Julio Herrera y Reissig (1875-1910), del Uruguay, Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933), de Bolivia, José Santos Chocano (1875-1934), del Perú, Carlos Pezoa Veliz (1879-1908), de Chile. Estos veinte poetas representan el nivel superior, como conjunto, que ha alcanzado la América española.

Paralelamente, en el Brasil se desarrolla otro movimiento similar, pero de escasas conexiones con el de lengua castellana, y en él figura el grupo mejor —como grupo— de poetas brasileños: Olavo Bilac (1865-1918), Alberto de Oliveira (1857-1937), Raymundo Corrêa (1860-1911), Bernardino Lopes (1859-1916), João de Cruz e Sousa (1862-1918).

Junto con los poetas aparecen muchos escritores en prosa. No son comparables, como grupo, al que en el período anterior comprende a Justo Sierra, González Prada, Montalvo, Hostos, Varona, Ricardo Palma, Jorge Isaacs, en la América española, y Ruy Barbosa, Joaquim Nabuco y Machado de Assis, en el Brasil; pero hay figuras salientes, sobre todo las de los uruguayos José Enrique Rodó y Horacio Quiroga (1879-1937), el colombiano Baldomero Sanín Cano (n. 1860) y el venezolano Manuel Díaz Rodríguez (1868-1927). De los poetas, eran también prosistas distinguidos Martí, Gutiérrez Nájera, Rubén Darío, Nervo, Urbina, Valencia, Lugones.

Este movimiento renovó íntegramente las formas de la prosa y de la poesía: vocabulario, giros, tipos de verso, estructura de los párrafos, temas, ornamentos. El verso tuvo desusada variedad, como nunca la había conocido antes: se

emplearon todas las formas existentes, se crearon formas nuevas, y se llegó hasta el verso libre a la manera de Whitman y el verso fluctuante a la manera de la poesía española en los siglos XII y XIII: al principio se ensayó tímidamente; después con libertad, en el *Canto a la Argentina* (1910), de Darío. La prosa perdió sus formas rígidas de narración semi-jocosa o de oratoria solemne con párrafos largos: adquirió brevedad y soltura.

De las grandes figuras del movimiento, la primera, cronológicamente, es José Martí, libertador de Cuba, cuya guerra final de independencia promovió, con largas campañas de orador, de periodista y de concertador de voluntades: en ella murió, a poco de comenzada. Su vida, toda de sacrificio, estuvo dedicada a Cuba y a "nuestra América" (expresión que él acuñó). Como escritor es uno de los más admirables con que cuenta el idioma castellano: su estilo es invención constante, siempre feliz: grande es su riqueza de ideas, la variedad de sus emociones, su fe en la humanidad, la libertad, la justicia y el bien.

A Rubén Darío se le estima generalmente como el mayor poeta que ha producido la América hispánica. En vida tuvo fama inmensa, tanto en América como en España, donde ejerció grande influencia personal (desde 1899) e impuso la renovación literaria. Después de su muerte se le ha discutido; pero muy pocos le niegan lugar de primer orden. En su juventud, particularmente en *Prosas profanas* (1896), su poesía tuvo brillo, color, alegría, quiso abarcar toda la belleza del mundo, todos los refinamientos de las civilizaciones, desde la China y la India hasta Florencia y París. Se le tachó de amator excesivo de las cosas exóticas, y él mismo se creía espiritualmente desarraigado de su América y de su tiempo; en realidad representaba el deseo, muy de "nuestra América", de probar todos los frutos de la cultura. Después, su viaje a España le hizo sentirse "poeta de la raza" (según la inexacta expresión en boga entonces) y trató temas, que antes no le interesaban, de la vida pública, los grandes temas del porvenir de los pueblos de habla española: *Salutación del optimista*, 1902; *A Roosevelt*, 1903;

*Oda a Mitre*, 1906; *Viaje a Nicaragua*, 1907; *Canto a la Argentina*, 1910. Mientras tanto, su antigua alegría va cediendo a la amargura de la vida que avanza, de la juventud que se va, y sus versos nos dan entonces notas profundas y dolorosas (*Nocturnos*, *Lo fatal*, *Poema del otoño*), de las más dolorosas y profundas que conoce la poesía castellana.

Si a Rubén Darío se le consideró el mayor poeta de su tiempo, a José Enrique Rodó se le juzgó el más grande de los escritores en prosa. Como Darío, ha sido víctima de la reacción de generaciones posteriores; al igual de él, conserva, a pesar de sus detractores, muy alto lugar. Como estilista, dio nuevos matices a la prosa castellana; como crítico, renovó las formas de apreciación de la literatura (*Rubén Darío*, 1898; *Juan María Gutiérrez y su época*); como pensador, se le deben la original doctrina de la “ética del devenir” y sus estudios sobre hechos y orientaciones de la vida social y la cultura en América (*Ariel*, 1900; *Montalvo*; *Bolívar*).

Entre las obras de los demás escritores y poetas que pertenecen a este período hay que destacar sucintamente (1) la poesía serena y pulcra de Gutiérrez Nájera, y su prosa, sorprendente por la variedad de formas, que van desde la ornamental y pintoresca hasta la minuciosa y fina que se anticipa a la del español Azorín; la poesía, unas veces opulenta de color, otras veces doliente y quejumbrosa, de Casal; la originalidad de emoción, expresada con originalidad de forma, en el *Nocturno* de Silva (“Una noche...”); la maestría verbal y pictórica de Lugones; la invención de imágenes de América, en Chocano; las personales y extrañas emociones de Amado Nervo, con las cuales contrastan las emociones comunes límpidamente expresadas por Urbina; los delicados matices de la prosa de Díaz Rodríguez; la madura y liberal sabiduría de Sanín Cano.

Los prosistas escriben, de preferencia, ensayos (Rodó, Darío, Sanín Cano, Díaz Rodríguez), *crónicas* o comentarios de actualidad, local o universal (Martí, Gutiérrez Nájera, Darío,

---

(1) Sería imposible estudiarlos a todos sin convenir este manual en tratado de historia literaria.

Urbina, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, 1873-1927), y cuentos (Martí, Gutiérrez Nájera, Casal, Silva, Darío, Nervo, Lugones, Díaz Rodríguez, Horacio Quiroga, original y vigoroso en sus historias de hombres y animales de la selva). La novela alcanza menor desarrollo; los novelistas que sobresalen son Reyles, Quiroga, Díaz Rodríguez, el venezolano Rufino Blanco Fombona (1874-1944), el dominicano Tulio Manuel Cestero (n. 1877), los argentinos Enrique Larreta (n. 1875), con su ficción histórica *La gloria de Don Ramiro* (1908), y Roberto José Payró (1867-1928), con sus narraciones y descripciones de la vida criolla.

En el Brasil, Olavo Bilac es poeta típicamente tropical, vivaz en las emociones y brillante en las imágenes; Alberto de Oliveira es perfecto en la forma y hondo en el concepto; Raymundo Corrêa es fino y delicado. Los tres son paisajistas admirables. En la ficción, después de los realistas y naturalistas, aparece José Pereira de Graça Aranha (1868-1931), cuya célebre *Canaán* (1902) es uno de los primeros ejemplares de la "novela de problemas", con discusiones sobre el futuro del país. El prosista de mayor importancia es Euclides da Cunha (1866-1909); su gran libro *Los sertones* (1902) cuenta la trágica historia del fanático religioso Antonio Conselheiro y de sus secuaces; además, estudia a fondo y describe con trazos vigorosos el medio rural y sus habitantes.

El teatro ha sido siempre entretenimiento favorito del público en la América hispánica, y en sus principales ciudades trabajaron durante el siglo XIX y principios del XX, junto a las compañías dramáticas locales, las españolas y las portuguesas; además, desde alrededor de 1870, fueron frecuentes las visitas de los grandes actores de Italia (Adelaida Ristori, Giacinta Pezzana, Tommaso Salvini, Ernesto Rossi, Ferruccio Garavaglia, Ermete Novelli, Ermete Zacconi, Eleonora Duse, Italia Vitaliani, Virginia Reiter, Teresa Mariani, Irma y Emma Grammatica, Giovanni Grasso, Mimí Aguglia, Ruggero Rugeri); de Francia (Sarah Bernhardt, los dos Coquelin, Gabrielle Réjane, Julie Baret, Lucien Guitry, Suzanne Desprès, Lugne-Poë), excepcionalmente artistas de lengua inglesa o

alemana (el más notable en América, como los cubanos Paulino Delgado y Luisa Martínez Casado y el panameño Germán Mackay. Pero la producción local de dramas y comedias, que tuvo importancia durante los años que siguieron a la independencia, decayó después, excepto en los sainetes y zarzuelas breves, como los que se estrenaban de nuevo cuando renace, de modo inesperado, a través del circo, en la Argentina y el Uruguay. El empresario uruguayo José Podestá (c. 1858-1937) concibió el plan de ofrecer al público, en las funciones del circo que dirigía, pantomimas dramáticas de asunto gauchesco: la primera, en 1884, fue *Juan Moreira*; en 1886 se representó con palabras. Se compusieron nuevos dramas de este tipo, creció su popularidad y hubo varias compañías de la familia Podestá que recorrieron la Argentina y el Uruguay. Por fin, en 1901 pasaron de los circos y los teatros de barrio a los teatros céntricos de Buenos Aires, y en 1902 dejaron los temas gauchos para estrenar obras de toda especie, escritas por autores argentinos y uruguayos. La producción fue abundante, y el éxito enorme. Entre todos estos dramaturgos, que fueron muchos, el principal es el uruguayo Florencio Sánchez (1875-1910). Sus dramas son fuertes y sombríos, sobre todo el magnífico *Barrancu abajo* (1905), comparable a las grandes obras realistas del teatro europeo; entre sus comedias sobresalen *La gringa* y *M'hijo el doctor* (1903).

En la música y las artes plásticas, este período es de transición. Los compositores dividen su atención entre Francia y Alemania para formas como la sinfonía, el cuarteto y la canción: en la ópera las influencias se dividen entre Francia e Italia: desde luego, la Francia y la Italia posteriores a la revolución de Wagner. El estudio y aprovechamiento de los tipos populares de música se dirigen ahora hacia rumbos nuevos, particularmente con Julián Aguirre (1869-1924), en la Argentina, y con Manuel M. Ponce (n. 1886) en México. A Aguirre le dieron fama su *Huella* y su *Gato* (dos tipos de danza cantada del norte argentino): compuso además delicadas canciones y piezas de piano. Ponce, universalmente conocido por su *Estrellita*, canción de tipo germánico, hizo entre 1912 y



1920 finas transcripciones y arreglos de motivos populares; después ha avanzado hacia formas muy modernas de composición instrumental.

La arquitectura se desarrolla con escasa originalidad, calcando estilos europeos; se prefieren modelos franceses para los grandes edificios, públicos o privados, de las ciudades; para casas de campo o de balneario, se imitan modelos ingleses, o suizos, o vascos (españoles y franceses).

En la pintura aparece el impresionismo, con artistas como los argentinos Martín Malharro (1865-1911) —cuando acierta, quizá el mejor de todos— y Fernando Fader (1882-1935), de escuela alemana, el uruguayo Pedro Blanes Viales, el dominicano Luis Desangles (1862-1937), los mexicanos Joaquín Clausell (1866-1935), Alfredo Ramos Martínez (1875-1947) y Gerardo Murillo, “Dr. Atl”, que después se ha encaminado hacia sendas nuevas. Del impresionismo procede el original pintor uruguayo Pedro Figari (1861-1938), uno de los mayores artistas de las Américas. Supo Figari descubrir rasgos distintivos del paisaje sudamericano y evocar escenas de tiemposidos; su sentido del color es exquisito.

## CAPITULO VIII

### EL MOMENTO PRESENTE, 1920 – 1945



EN el período que comienza alrededor de 1920 se manifiestan en la América hispánica dos tendencias contradictorias: una es la defensa del proletario, que en países como México y el Perú se llama comúnmente “la redención del indio”; otra es la reaparición de las dictaduras, en países que se habían librado de ellas, como la Argentina y el Brasil.

La Revolución mexicana de 1910 tuvo carácter original: es el tercer gran movimiento democrático, después de la Independencia y de la Reforma, en cuyo programa se incluye la rehabilitación de los oprimidos; la Independencia y la Reforma fueron liberales, se inspiraron en principios del siglo XVIII, sostenidos y difundidos en el XIX; la Revolución combina principios liberales con orientaciones socialistas. Su labor teórica culmina en la Constitución de 1917; vienen después sus tareas prácticas desde el gobierno; la repartición de tierras, en ejidos comunales y en pequeñas propiedades; la satisfacción de las demandas del obrero industrial, cuya representación la asume principalmente la Confederación de Trabajadores de México (C.T.M.), bajo la dirección de Vicente Lombardo Toledano (n. 1894; además de orador político es escritor de

amplia cultura filosófica, autor de un tratado de *Ética* —1922— y de estudios sobre los fundamentos teóricos del derecho); la nacionalización de los yacimientos de petróleo (1938); la difusión de la cultura, multiplicando las escuelas de toda especie y las bibliotecas, desde la campaña (1920-1923) de José Vasconcelos en el Ministerio de Educación Pública.

En el Perú, como en México, las reivindicaciones del proletariado figuran en el programa —vasto plan general de reformas sociales— del más avanzado de los partidos, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (A.P.R.A.), con propósitos que, según lo indica el nombre, rompen las limitaciones de fronteras; su jefe, Víctor Raúl Haya de la Torre (n. 1895), es, como Lombardo, orador y escritor de sólida cultura filosófica. Antes de que se le permitiera intervenir en tareas legislativas (ocurrió en 1944), el *Aprismo* hizo amplia propaganda de ideas y fundó universidades populares (como después la C.T.M. en México).

La Revolución rusa, que es posterior a la Constitución mexicana, ha influido en toda la América hispánica y ha provocado la formación de partidos comunistas: son numerosos —si se considera que son muy recientes— los del Brasil, Chile, Cuba, la Argentina, el Uruguay, Venezuela, el Perú. Desde mucho antes existían los partidos socialistas: el argentino tiene historia llena de dignidad y de brillo, con Justo, Palacios y Valle Iberbulucea (ya mencionados), con Nicolás Repetto (n. 1871), Mario Bravo (1882-1943), Enrique Dickmann (n. 1874) y Américo Ghioldi (n. 1899). Por su parte, las dictaduras que se llamaron totalitarias, en Italia (1923-1945) y en Alemania (1933-1945), ejercieron influencia en la América hispánica; y tanto la guerra civil de España (1936-1939) como la guerra universal de 1939 conmovieron la opinión, promoviendo contiendas doctrinales.

En las constituciones de muchos países se introducen reformas: en Cuba, por ejemplo, con orientación avanzada. La Constitución brasileña de 1937 representa el retroceso: ha sido la primera de tipo totalitario en América con supresión del

sistema representativo; ahora rige de modo incongruente, con cámaras elegidas en votación popular (1).

Se ha establecido el voto femenino en Panamá, en Uruguay (1934), en Cuba (1940), en Ecuador, en Santo Domingo (1942); en el Uruguay, en Cuba y en Santo Domingo, por lo menos, hay mujeres en el Congreso. El sufragio femenino existe parcialmente, además, en el Brasil (mujeres que trabajan), en Chile (voto municipal, con elegibilidad: una mujer ha desempeñado el puesto de alcalde de la capital), en el Perú y en Venezuela (voto municipal), en México (sólo en unos pocos Estados). La Constitución salvadoreña y la nicaragüense, ambas de 1939, prometen el voto a las mujeres. La Argentina lo tuvo en la provincia de San Juan, pero se ha suprimido.

Es rápido el crecimiento de la población en la América hispánica desde principios del siglo; se observa sobre todo en las ciudades.

Según los datos recientes, las ciudades de Buenos Aires (3.114,000 hab.), Río de Janeiro (1.900,000), México (1.519,881) y São Paulo (1.500,000) figuran entre las más grandes del mundo, con Londres, París, Berlín, Viena, Moscú, Leningrado, Osaka, Tokio, Shanghai, Nueva York, Chicago, Filadelfia y Los Angeles. Pasan de un millón de habitantes La Habana y Santiago de Chile, y se aproxima a esa cifra Montevideo; exceden del medio millón Lima, Rosario, en la Argentina, Recife de Parnambuco y San Salvador de Bahía; tienen alrededor de 400,000 Belén del Pará y Porto Alegre en el Brasil, Bogotá, Caracas, Avellaneda junto a Buenos Aires, La Plata y Córdoba; entre 300,000 y 200,000, Valparaíso, La Paz, Guayaquil, Barranquilla y Medellín en Colombia, Quito, y Guadalajara, Puebla y Monterrey, en México. Hay todavía capitales pequeñas: unas que pasan de los 100,000 habitantes: San Salvador, San Juan de Puerto Rico, Guatemala y Asunción; otras que no los alcanzan todavía: Santo Domingo, San José de Costa Rica, Managua y Tegucigalpa.

Es muy amplio el desarrollo de la prensa, que ha invadido

---

(1) La Constitución brasileña de 1946 tiene una orientación más democrática.

todas las poblaciones. Hay diarios de larga vida estable; los más antiguos, en el Brasil, la Argentina, Chile y el Perú. Los principales de Río de Janeiro, São Paulo, Buenos Aires y Santiago son comparables con los mejores de Europa y los Estados Unidos. Las revistas, en cambio, no es común que duren muchos años, pero a veces adquieren gran significación dentro del movimiento literario.

Publicaciones importantes de estos últimos años son la *Revista do Brasil* (desde 1917), en Río de Janeiro, *Fronteiras* (desde 1932), en Recife, y *Plan-Alto* (desde 1941), en São Paulo; *Valoraciones* (1923-1928), en La Plata; *Martín Fierro* (1925-1928), órgano de la literatura de vanguardia, y *Sur* (desde 1930), bajo la dirección de Victoria Ocampo, en Buenos Aires; *Alfar*, en Montevideo; la *Revista Chilena* (1917-1928), en Santiago, y *Atenea*, de la Universidad de Concepción (desde 1923), en Chile; *Kollasuyo*, en La Paz; el nuevo *Mercurio Peruano* (desde 1918) y *Amauta* (1927-c. 1930), en Lima; *Revista de las Indias* (desde 1936) y *Revista de América* (desde 1945), fundadas ambas por Germán Arciniegas, en Bogotá; *Cultura Venezolana* (1918-c. 1927) y *Revista Nacional de Cultura* (desde 1938), en Caracas; la nueva *Revista Bimestre Cubana* (desde alrededor de 1906), órgano de la antiquísima Sociedad Económica de Amigos del País, la nueva *Revista Cubana* (desde 1935) y la *Revista de Avance* (1927-1930), en La Habana; el *Ateneo Portorriqueño*, de San Juan, *México Moderno* (1920-1922), *Contemporáneos* (1928-1931), *Letras de México* (desde 1937), *Cuadernos Americanos* (desde 1942) y *El Hijo Pródigo* (desde 1941), (1) en México, el *Repertorio Americano* (desde 1920), dirigido por Joaquín García Morge, en San José de Costa Rica; la *Revista de Guatemala* (desde 1945). Deben contarse como revistas los suplementos dominicales de los dos grandes diarios matutinos de Buenos Aires, *La Nación* y *La Prensa*. Existen, finalmente, innumerables órganos de instituciones oficiales y asociaciones privadas.

Las empresas editoriales tuvieron importancia en la

---

(1) Cesó de publicarse en 1946. (E.)

América hispánica, especialmente en México, entre 1840 y 1880, pero decayeron después: las ediciones de libros en castellano y en portugués impresas en París, las ediciones españolas de Madrid, Barcelona y Valencia, las ediciones portuguesas de Lisboa, de Oporto y de Coimbra, se impusieron sobre las locales de América. Pero en el siglo XX se recupera la ventaja perdida, y en estos momentos los principales centros de edición se hallan en el Brasil para los libros en portugués, y en la Argentina, México y Chile para los libros en castellano.

Las sociedades literarias no alcanzan en estos años la grande influencia que ejercieron en épocas anteriores; pero se constituyen agrupaciones de intereses combinados, en las cuales —es característico— predominan las mujeres: tales, el Lyceum, de La Habana, y la Asociación de Amigos del Arte, en Buenos Aires, que de 1924 a 1942 fue centro activo de exposiciones de pintura, escultura, arquitectura, fotografía y libros, conferencias, lecturas, y de tarde en tarde novedades de teatro y de cinematógrafo. Son singularmente eficaces las agrupaciones destinadas a la difusión de la música, como Música Viva, en Río de Janeiro, la Sociedad Pro Arte (desde 1918) y la Sociedad de Música Contemporánea (desde 1930), en La Habana, y la Asociación Wagneriana (desde 1913), en Buenos Aires.

En la enseñanza no ha habido innovaciones recientes de gran importancia, pero se mantiene el interés en las novedades, tanto de doctrina como de método, desde John Dewey hasta María Montessori. Abunda la experimentación, que va desde los planes para la adaptación del indio a la civilización occidental, pero conservando todo lo que él logró salvar de las culturas autóctonas, y hablándole, si es necesario, en sus lenguas nativas, como los misioneros del siglo XVI, hasta el ensayo de cultivar en el niño la expresión espontánea, principalmente en formas artísticas: enseñanza de pintura en la escuela indígena de Xochimilco; método de dibujo inventado por Adolfo Best Maugard (1921) con los “siete elementos lineales” del arte azteca y de las artes populares de México; enseñanzas de Jesualdo en el Uruguay, de Olga Cossetini en la Argentina.

El principal esfuerzo de los gobiernos, en el orden de la

enseñanza, se dedica a aumentar el número de escuelas, que es la necesidad perentoria; pero, fuera de la Argentina y el Uruguay, mucho falta todavía para llevar la difusión del alfabeto al nivel de los países de mayor cultura. Mientras tanto, las universidades crecen: la de Buenos Aires, por ejemplo, es comparable, en número de alumnos, a las más populosas de los Estados Unidos, y su escuela de medicina es comparable en rigor científico y en equipo técnico a las más avanzadas de cualquier país. Y se desarrollan los centros de investigación. Después de planteles de excepcional importancia, como el Museo Nacional de México, el Instituto de Fisiología de Buenos Aires y el Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, se establecen muchos nuevos: tales, el Museo de Antropología, en Lima; el Instituto Nacional de Antropología, en México; el Laboratorio de Ciencias Biológicas, en Montevideo.

El Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, fundado en 1923, tiene como director, desde 1927, al filólogo hispano-argentino Amado Alonso (n. 1896); publica, entre otras colecciones, la de Estudios Estilísticos (disciplina en la cual figura Alonso como iniciador en el idioma castellano) y la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, y además, desde 1939, la *Revista de Filología Hispánica*. Es hoy el centro principal de investigación filológica hispanística en el mundo, y ha dado a conocer, junto con los trabajos del director, estudios importantes de María Rosa Lida, Raimundo Lida, Angel Rosenblat y Eleuterio F. Tiscornia (1879-1945). En la Universidad de Cuyo (Argentina), en Santiago de Chile, en Montevideo y en Bogotá se han organizado institutos que tratan de imitar este modelo.

El Colegio de México reúne a investigadores del país, rigurosamente escogidos, junto con investigadores españoles desterrados. Es interesante recordar, de paso, que la dispersión de los universitarios y escritores de España, con motivo de la guerra civil de 1936, les ha permitido, como compensación, prestar valiosos servicios a la cultura en la América hispánica y señaladamente en México, Colombia, la Argentina, Cuba, Santo Domingo.

En Buenos Aires, el Colegio Libre de Estudios Superiores (desde 1930), que se sostiene merced al esfuerzo privado, ha ofrecido centenares de cursos sobre muy varias materias; ocupan sus cátedras muchos hombres eminentes del país y no pocos de los visitantes distinguidos.

En filosofía, después de las largas campañas para imponer el positivismo, primero, para derrocarlo, después, ha sobrevenido una época de investigación libre y de curiosidad universal. Entre 1910 y 1925, la influencia dominante es la de Bergson; de ahí en adelante se difunden las doctrinas de pensadores alemanes antes poco conocidos (Dilthey, Husserl, Scheler, Heidegger), de pensadores franceses (Meyerson, Maritain, Marcel), rusos (Berdiaeff), ingleses (Whitehead, Russell). A través de Heidegger se descubre al danés Kierkegaard —a quien, por lo demás, Unamuno había descubierto en España a través de Ibsen—. Ejercen influencia los pensadores españoles: Unamuno, José Ortega y Gasset; posteriormente, el filósofo español que escribe en inglés, Santayana; además los filósofos de generaciones posteriores que la guerra civil de 1936 arrojó de España. Y se estudian a fondo grandes obras clásicas: Platón, Aristóteles, Plotino, Santo Tomás de Aquino, Descartes (trabajos de Euryalo Cannabrava y de Ivan Lins en el Brasil; homenajes, al cumplirse el tercer centenario del *Discurso del método*, de las Universidades de Buenos Aires —tres volúmenes—, de la Plata y del Litoral, en la Argentina), Spinoza (estudio de León Dujovne, en cuatro volúmenes, Buenos Aires, 1941-1945), Pascal, Leibniz, Kant, Hegel. Se publican historias y antologías del pensamiento filosófico (Caso y Vasconcelos, en México; Leonel Franca, en el Brasil). Y se estudia la historia del pensamiento en la América hispánica (Samuel Ramos y Leopoldo Zea, en México; Medardo Vitier, en Cuba; Clovis Bevilacqua, en el Brasil; existen trabajos anteriores, y tienen importancia los de Korn e Ingenieros en la Argentina, Emeterio Valverde Téllez en México y Sylvio Romero en el Brasil). Se dedica gran atención a ramas como la lógica (y hasta desarrollos especiales como la logística: trabajos de Lidia Peradotto y del matemático Claro Cornelio Dassen, en la



Argentina, de Francisco Miró Quesada, en el Perú), la filosofía de la cultura, la filosofía de la historia, la filosofía del derecho. Y se avanza en los estudios de psicología. Son numerosos y vigorosos los grupos de pensadores originales en la Argentina—donde se destaca sobre todas la figura de Francisco Romero (n. 1891), con sus trabajos sobre “la filosofía de la persona” y sobre “trascendencia y valor”—, en el Brasil, en México y en el Perú.

Con seria disciplina se desenvuelve el cultivo de la ciencia. Ejemplo eminente es el fisiólogo argentino Bernardo Alberto Houssay (n. 1887). (1) Sus trabajos abarcan muchos campos de la fisiología (procesos circulatorio, respiratorio y digestivo, metabolismo, sangre, inmunidad, sistema nervioso); ha concentrado su atención en las glándulas de secreción interna (supra-renales, tiroides, paratiroides, páncreas) y particularmente en la hipófisis, a la cual ha dedicado más de cien escritos; tienen importancia singular sus estudios sobre el papel de la hipófisis en el metabolismo de los hidratos de carbono y su papel como generadora de la “diabetes insípida”. Houssay ha formado gran número de colaboradores y discípulos distinguidos en el Instituto de Fisiología de Buenos Aires. Otro ejemplo eminente es el físico mexicano Sandoval Vallarta, cuyo campo propicio es la investigación acerca de los rayos cósmicos. En colaboración con el belga Lemaître ha formulado una teoría sobre la trayectoria de estos rayos al acercarse a la Tierra: la trayectoria asume forma de espiral cónica bajo la influencia de los polos magnéticos. Sandoval Vallarta ha trabajado en Bélgica, en Alemania y en los Estados Unidos (Massachusetts Institute of Technology); actualmente enseña y dirige investigaciones en su país natal.

Labor distinguida es la del biólogo peruano Carlos Monge, con sus estudios sobre la influencia del clima de altura sobre el organismo humano. Y, en la etnología, la arqueología y la lingüística de los pueblos indígenas de América, los trabajos del argentino Félix Faustino Outes (1878-1939), de los peruanos J.

---

(1) Premio Nobel de Medicina de 1947 (E.)

Uriel García y Julio C. Tello y de los mexicanos Manuel Gamio y Alfonso Caso (n. 1896), descubridor de las ruinas de Monte Albán, que ha renovado la interpretación de muchos aspectos de las antiguas culturas de México.

La investigación científica se ha desarrollado tanto, especialmente en el Brasil, la Argentina, México y el Perú, que sería tarea demasiado larga dar cuenta de todas sus fases. Bastará mencionar rápidamente, escogiendo al azar, los nombres del naturalista brasileño E. Roquette Pinto, que ha publicado ensayos sobre la historia de la ciencia en su patria, de los físicos argentinos Enrique Gaviola (n. 1900), J. Cortés Pla y C. A. Oferman, que trabaja en Rusia, del biólogo y médico peruano Juan B. Lastres, del biólogo uruguayo Clemente Estable, del bacteriólogo argentino Alfredo Sordelli (n. 1891), de los botánicos Cristóbal Hicken, argentino (1876-1932), que legó a su país el Museo llamado *Darwiniano*; Lorenzo Parodi, argentino (n. 1895); Carlos E. Chardón, portorriqueño; Rafael María Moscoso, dominicano (n. 1874); Isaac Ochoterena, mexicano; César Vargas, peruano; M. Pio Correa, brasileño; del arqueólogo ecuatoriano Jacinto Jijón y Caamaño (n. 1880); de los etnólogos y sociólogos Ulises Pernambucano y Arthur Ramos, en el Brasil, y Fernando Ortiz, en Cuba; del astrónomo argentino Félix Aguilar (1884-1944); del geólogo peruano Carlos I. Lisson.

En literatura, el movimiento modernista empieza a desintegrarse después de 1910: surgen desidencias. La oposición al aristocratismo del período juvenil de Rubén Darío —abandonado después por él mismo— está formalmente representada en el célebre soneto “Tuércele el cuello al cisne”, del mexicano Enrique González Martínez (n. 1871), poeta de la meditación y de la serenidad, pulcro y severo en la forma; se presenta además en forma de cuadros de la vida vulgar, en poetas como el colombiano Luis Carlos López (n. c. 1880), el argentino Fernández Moreno (n. 1886) y el mexicano Ramón López Velarde (1888-1921). Otra disidencia la representan poetas vehementes, especie de nuevos románticos: tales, el colombiano Miguel Ángel Osorio (1883-1942), que firmó

Ricardo Arenales y Porfirio Barba-Jacob, el argentino Arturo Capdevila (n. 1889), el uruguayo Carlos Sabat Ercasty (n. 1887), y sobre todo las poetisas, las uruguayas María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924), Delmira Agustini (1887-1914) y Juana de Ibarbourou (n. 1895), la argentina Alfonsina Storni (1892-1938) y la chilena Gabriela Mistral (n. 1889), cuya obra llena de nobleza, tanto en verso como en prosa, recibió en 1945 la consagración del premio Nobel.

Ya hacia 1920 se inicia un nuevo movimiento en poesía, que recibirá diversos nombres: ultraísmo, creacionismo, vanguardia. Su originalidad distintiva está en las imágenes, en que comúnmente se asocian de modo inesperado elementos dispares. Entre los principales poetas que se adelantaron al movimiento o tomaron parte en él se cuentan los peruanos José María Eguren (1882-1942) y César Vallejo (1895-1938), los mexicanos Alfonso Reyes (n. 1889), que se ha distinguido también como ensayista y como investigador de la historia literaria (Grecia y España), Jaime Torres Bodet (n. 1901), que es además fino novelista, José Gorotiza (n. 1901) y Carlos Pellicer (n. 1897), el argentino Jorge Luis Borges (n. 1899), otro agudo ensayista, de gran originalidad, los chilenos Vicente Huidobro (n. 1893) y Pablo Neruda (n. 1904), que hoy ejerce vasta influencia en los jóvenes con su poderosa obra lírica.

Este movimiento de renovación en la poesía de la América española va unido al que en España representaron Federico García Lorca, Jorge Guillén y Rafael Alberti, sin prioridad de España sobre América, como en la era colonial, ni de América sobre España, como en el movimiento modernista de 1880-1890. Otro movimiento semejante hubo en el Brasil, dirigido por Manuel Bandeira (n. 1886) y Mario de Andrade (1893-1945). Los nuevos poetas son fecundos y brillantes.

Mientras la poesía se renueva, la literatura en prosa adquiere formas muy variadas. Las que predominan son el ensayo y la ficción (novela y cuento). Como en los demás países del mundo, el teatro no ha mantenido el empuje que tenía a principios del siglo; ahora los mejores esfuerzos, y en general las obras mejores, se encuentran en los teatros experimentales.

Una parte de la literatura nueva aspira a ser “literatura pura”, especialmente en poesía: literatura despojada de todos los fines que no sean estrictamente artísticos, y sobre todo despojada de “anécdota”, o sea la referencia a hechos que deban interesar por sí mismos antes que por la manera en que el autor los interpreta. Otra parte de esa literatura, en cambio, trata problemas humanos, ya individuales, ya colectivos: así, en la poesía, Neruda y Vallejo, los indigenistas, defensores del indio, cuya labor comienza con el “¡Quién sabe!” de Chocano en 1913 y llega a la plenitud con poetas como Jorge Carrera Andrade (n. 1903), de Ecuador, y Jacinto Fombona Pachano (n. 1901), de Venezuela, y en parte los autores de *poesía negra*, poesía que canta las alegrías y los dolores de la raza africana en América, principalmente en las Antillas (Nicolás Guillén, n. 1904; Emilio Ballagas, n. 1908; Luis Palés Matos, n. 1898); en el ensayo, el brasileño Gilberto Freyre (n. 1900), autor de escritos breves muy jugosos y de libros admirables como *Casa-grande y senzala* (1934), que tienen además segura solidez científica, el colombiano Germán Arciniegas (n. 1900), el venezolano Mariano Picón Salas (n. 1901), el cubano José María Chacón y Calvo (n. 1893), los argentinos Victoria Ocampo (n. 1891), Ezequiel Martínez Estrada (n. 1895), original y agudo en su *Radiografía de la pampa* (1933) y en *La cabeza de Goliat* (1940), análisis —respectivamente— de la Argentina y de su capital, Eduardo Mallea (n. 1903), que es además novelista intenso. Esta literatura de ensayos, como la semejante en los Estados Unidos hace unos años, gira en torno del problema de comprender a América. En la novela, hay multitud de autores. Unos presentan al hombre en frente de la naturaleza salvaje, que influye en ellos, como se ve en *La vorágine* (1924), del colombiano José Eustasio Rivera (1888-1928), en *Doña Bárbara* (1929), del venezolano Rómulo Gallegos (n. 1884), y en cuentos del peruano Ventura García Calderón (n. 1887); otras veces en medio de la naturaleza ya domesticada, como en *Don Segundo Sombra* (1926), del argentino Ricardo Güiraldes (1886-1927). Otros describen el mundo del trabajo, en el campo o en la ciudad, particularmente los novelistas brasileños:

Graciliano Ramos (n. 1892), Jorge Amado (n. 1912), José Lindo Rego (n. 1901), Rachel de Queiroz (n. 1912), a la cabeza de grupos numerosos. Muchos pintan la situación trágica del indio, eterno explotado: así en Bolivia, el Perú, Ecuador, México, novelistas tales como Alcides Arguedas (n. 1879), Ciro Alegría (n. 1909), Jorge Icaza (n. 1906), Gregorio López y Fuentes (n. 1895). La Revolución Mexicana de 1910-1920 incitó a muchos novelistas: sobresalen Mariano Azuela (n. 1873), con *Los de abajo* (1916), y Martín Luis Guzmán (n. 1887), autor de *La sombra del caudillo* (1930) y de *El águila y la serpiente* (1928), su mejor obra, que parece novela y no lo es, sino autobiografía.

En la música actual de la América hispánica hay dos problemas fundamentales: uno, el de emplear todos los recursos modernos de construcción, tanto melódica como armónica; otro, el de hacer uso de materiales típicos. El problema primero se ha resuelto fácilmente, mediante el estudio de todas las innovaciones en circulación; el segundo admite, y recibe, soluciones diversas, desde la antigua que se limita a transcribir, con o sin adornos, motivos arcaicos o motivos populares, anteriores o posteriores a la Conquista, hasta el procedimiento reciente de inventar formas de expresión que se apoyan en los giros locales, “convirtiendo el tópico localista en elementos de estilo sobre los cuales trabaja el compositor para crear obras de forma independiente, más o menos lejana de las formas populares de origen”.

Dos compositores son ya bien conocidos fuera de la América hispánica: el brasileño Heitor Villa-Lobos (n. 1881) y el mexicano Carlos Chávez (n. 1899). Villa-Lobos, “personalidad desbordante y robusta —dice el musicólogo español Adolfo Salazar—, con espontaneidad de mano y agilidad de mente”; entre sus obras significativas se cuentan los *Choros* y las *Bachianas brasileiras*. Chávez, en su *Concierto para piano y orquesta* (1942), ha realizado, en opinión de Salazar, “algo que puede parangonarse con lo que Falla realizó para España con su *Concierto para clave*”. Obras suyas son, además, el poema *Xochipilli-Macuilxóchtli*, para instrumentos indígenas anteriores a la Conquista, el ballet H. P. (1932), la sinfonía y música de

escena para la *Antígona* de Sófocles (1933) y la *Sinfonía india* (1938).

El cubano Joaquín Nin (n. 1879) es universalmente celebrado por su trabajo de transcripción de la música popular española, antigua y moderna. Muy docto como musicólogo, se le deben excelentes ediciones de compositores clásicos de España.

Junto a ellos, realizan obra importante Juan José Castro (n. 1895), autor de la *Sinfonía argentina*, la *Sinfonía de los campos* y la *Sinfonía bíblica*, Juan Carlos Paz (n. 1897), incansable experimentador, Carlos Suffern, José María Castro y Alberto Ginastera, en la Argentina; Domingo Santa Cruz (n. 1899) y Humberto Allende (. 1895), en Chile; los veteranos Manuel M. Ponce, Candelario Huízar (n. 1889) y José Rolón (1883-1945), y, entre los más jóvenes, Guillermo Hernández Moncada (n. 1899), Blas Galindo (n. 1910) y el original y brillante Silvestre Revueltas (1889-1940), en Colombia; Andrés Sas, en el Perú; Amadeo Roldán (1900-1939), autor de *La rebambaramba*, y Alejandro García Caturía (1900-1940), en Cuba; Camargo Guarnieri (n. 1907), Lorenzo Fernández (n. 1897) y Francisco Mignone (n. 1877), en Brasil.

La mayor parte de estos compositores son buenos directores de orquesta, y señaladamente Juan José Castro y Carlos Chávez; además, el brasileño Burle Marx y el argentino Héctor Panizza, que a su vez son compositores estimables. Panizza ha llevado la batuta durante largos años en la Scala de Milán, en la Metropolitan Opera House de Nueva York y en el Teatro Colón de Buenos Aires.

Intérpretes de fama internacional hay menos que en el siglo XIX. Destácanse como pianistas Angélica Morales, de México; Claudio Arrau y Rosita Renard, de Chile; Guiomar Novaes, del Brasil, y Jesús María Sanromá, de Puerto Rico; como cantantes, las brasileñas Elsie Houston (m. 1942) y Bidú Sayão, la argentina Isabel Marengo.

Dos célebres bailarinas, ambas desaparecidas ya, Antonia Mercé, "La Argentina", y Encarnación López, "La Argentinita", eran nacidas en América, pero formadas en España. Empiezan a

distinguirse bailarinas de formación clásica, como María Ruanova, de Buenos Aires.

La música popular, y la vulgar, nunca han dejado de producir formas nuevas de canción y de danza en la América hispánica. En el presente siglo, Europa y los Estados Unidos han descubierto y adoptado, como danzas, la maxixe y el samba del Brasil, el tango de la Argentina y el Uruguay, el son, la rumba y la conga de Cuba, el pasillo de Colombia. Las canciones se difunden también: pueden mencionarse como ejemplos *¡Ay, ay, ay!*, del chileno Osmán Pérez Freire (1878-1930), y *Siiboney*, del cubano Ernesto Lecuona (n. 1895).

La escultura tiene cultivadores distinguidos, y los monumentos públicos se encomiendan ahora, normalmente, a artistas del país donde hayan de erigirse. Sobresale entre los escultores el argentino Rogelio Iruetia (n. 1879), de técnica magistral y vigorosa; a él se le deben el monumento a Rivadavia, la estatua de Dorrego y el *Canto al trabajo*, todos en Buenos Aires.

La arquitectura, después de los variados ensayos de toda especie de estilos que llenan la mayor parte del siglo XIX y los comienzos del XX, se divide ahora en dos tendencias: la colonialista, que se inspira en los edificios de la época de dominación española y portuguesa; la innovadora, de tipo funcional. Antes, o después, ha habido ensayos independientes, como las casas de los arquitectos Morales y Mata, en La Habana, en piedra blanca con rejería negra y amplias galerías, adaptadas al clima tropical. La tendencia colonialista ha dado sus mejores frutos en México, donde resultaba fácil recoger el hilo de la tradición. Ahora esta tendencia cede ante la funcional, muy activa allí mismo, así como en la Argentina, el Uruguay y el Brasil. Los brasileños construyen edificios de los más audaces y mejor resueltos de la arquitectura contemporánea, como el Ministerio de Educación y Salud y la Asociación de la Prensa. Se concede especial atención a los problemas de la luz y el aire; esos problemas, dice el crítico norteamericano Edward Alden Jewell, "se resuelven con lógica e imaginación verdadera".

De todas las expresiones de la cultura en la América

hispanica durante el presente siglo, es la pintura la que ha alcanzado máxima resonancia. La madurez a que había llegado empieza a descubrirse cuando, en 1921, el gobierno de México encomienda a Diego Rivera (n. 1887) y a otros artistas jóvenes la tarea de decorar muros de edificios públicos. Rivera había vivido catorce años en Europa, de preferencia en París, estudiando asiduamente todas las formas del arte moderno y de las artes del pasado. Al llegar a México, dedicó gran atención a las tradiciones locales, tanto a las indígenas como a las de la época colonial y a las populares. No descuidó tampoco a los olvidados pintores del siglo XIX, y ha sido constante defensor de los méritos de José María Velasco. Con su maestría técnica y su visión personal, hizo obra poderosa y brillante; además, hizo de su pintura expresión de la vida mexicana y de sus problemas sociales. Junto a él se destacó pronto José Clemente Orozco (n. 1883), educado exclusivamente en México: reveló una visión profunda y acre de la realidad mexicana, a la vez que sorprendente maestría en la ejecución. Después se reveló David Alfaro Siqueiros (n. 1898), vigoroso y audaz. Multitud de edificios públicos se cubrieron de pinturas murales, y la fama de este movimiento llegó hasta los Estados Unidos y Rusia, países donde se ha invitado a artistas de México para que decoren muros. Según afirman los directores del Museo de Arte Moderno, de Nueva York, la escuela mexicana es la que ha ejercido mayor influencia en el arte de los Estados Unidos durante los últimos veinte años. Muchos otros pintores aparecieron, y aparecen todavía, en México, dedicándose unos a la pintura mural, otros sólo a la de caballete y al dibujo: Miguel Covarrubias (n. 1904), bien conocido en los Estados Unidos por sus imaginativos diseños y sus decoraciones de teatro; Manuel Rodríguez Lozano (n. 1896), Abraham Angel (1905-1924), Julio Castellanos (n. 1905), Rufino Tamayo (n. 1899), Jesús Guerrero Galván (n. 1910), María Izquierdo (n. 1906), y tantos más.

Mientras en México se producía esta magna revolución, en los demás países de la América hispanica se difundían las orientaciones posteriores al impresionismo. El ejemplo de



México, después, estimula el intento de expresar la vida americana en la pintura. Así, en el Brasil, con Cándido Portinari (n. 1903), que ha presentado sus obras en gran número de exposiciones y ha decorado muros en los Estados Unidos. Así, en Ecuador, con Camilo Egas; en el Perú, con José Sabogal (n. 1888), Julia Codesido (n. 1892) y Camilo Blas (n. 1903), que buscan temas en la vida de los indígenas en ciudades y campos.

En el Río de la Plata hay extraordinario movimiento artístico, y aparecen centenares de pintores, sobre todo después que se imponen las orientaciones modernas, a partir de las primeras exposiciones de Emilio Pettoruti (n. 1894), en 1924. La escuela rioplatense tiene como carácter distintivo la pericia técnica, que se observa, por ejemplo, en Miguel Carlos Victorica, Ramón Gomez Cornet (n. 1898), Lino Spilimbergo (n. 1896), Horacio Butler (n. 1897), Antonio Berni (n. 1905), Raquel Forner (n. 1902), Raúl Soldi (n. 1905). Hay gran variedad de tendencias, desde la "pintura abstracta" del uruguayo Joaquín Torres García (n. 1874) hasta la deliciosamente "ingenua" de Norah Borges (n. 1903).

Esta amplia y persistente actividad ha colocado a la América hispánica en la vanguardia de la pintura actual, y, sin disputa, cuatro o cinco de sus artistas figuran entre los grandes del mundo contemporáneo.

CARTAS  
DE  
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA  
A  
EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Buenos Aires, 21 de enero de 1945.

Sr. Lic. D. Emilio Rodríguez Demorizi.

Querido Amigo:

No he recibido, pero he tenido ocasión de hojear en la Legación Dominicana, la Antología de nuestra literatura, en dos volúmenes, publicada con motivo del centenario de la separación. Sí he recibido, como presente de nuestro amigo Juan Francisco Sánchez y Sánchez, el volumen de *Páginas olvidadas* de Gastón Deligne.

La antología me parece muy discretamente hecha. Sólo siento que no haya sido un poco más extensa: es, de todos modos, una antología histórica; el carácter histórico domina sobre la elección dictada por motivos estéticos. Por lo tanto, convendría haber salvado unos cuantos escritos dispersos además de los que se incluyeron. De Félix María Del Monte echo de menos el soneto *A la noche*, que figura en la antología publicada en Leipzig, poco después de mediado el siglo XIX, por Anita J. de Wittstein, y *El arpa del proscrito*, que contiene muchos de sus versos más valientes; de Nicolás Ureña de Mendoza, *Recuerdos de la patria: contemplando la luna en el destierro*, que él consideraba su mejor composición; de Rafael Deligne, *Por las barcas e Insolación*, quizá *A Dios y Ella* (en el Listín Diario, 1896); de Bartolomé Olegario Pérez, *Salmo* (cuyo verso final debe leerse “y sintáis nuevas ansias en el alma”; lo señalado, una vez lo he visto con una sílaba de menos); de Emilio Prud'homme, *Penas ocultas* (en Letras y Ciencias) y *Adolescente*, que creo se publicó en *El Hogar*. De paso: ¿no se hará edición de los versos del autor de nuestro Himno? Falta Encarnación Echavarría de Del Monte, cuyo soneto *A mi patria*, escrito durante la reanexión, en el destierro, tiene fuerza; y no le falta gracia en el romance dedicado a su hermana Concepción (donde el verso “trepamos con ligereza” se suele imprimir estropeado). En la prosa echo de menos a Mariano Cestero, y, entre las páginas de Virginia Elena Ortea, la admirable meseniana *En la tumba del poeta*.

Mucho que agradecerle tenemos por su compilación de *Páginas olvidadas* de Gastón Deligne. Es maravilloso que haya logrado reunir usted tantas cosas dispersas. Debió usted incluir, además, todo lo recogido en el *Romancero dominicano*, así toda la obra de Gastón quedaría comprendida en *Galaripsos* y en este volumen. ¿Sabe Ud. si unos versos que aparecen en *Galaripsos*, con dedicatoria “a A. F.”, van dirigidos a Altagracia Frier, la que casó con el ingeniero cubano Juan de Dios Tejeda, la de tristes destinos? Creo que sí, porque cuando Gastón reunía las composiciones que incluyó en *Galaripsos* sé que se dirigió a la familia Frier para ver si conservaban los versos que él había dedicado a *Tatá*.

Y para estimular su curiosidad le diré que hay todavía otra composición de Deligne que no se ha recogido. El título no lo recuerdo, ni la revista en que apareció. Son versos de álbum, anteriores a 1890. Como de muchacho a mí se me quedaba en la memoria todo lo de Gastón, recuerdo todavía cinco estrofas (estaban impresas como heptasílabos, pero, observando la acentuación interna y las rimas, los versos resultan realmente alejandrinos):

*Si nunca ante tus aras  
llevóme la fortuna,  
si nunca, de tu acento,  
gustoso el són oí,  
no extrañes que mi canto  
del canto suene a una  
de liras al conuento  
que se alza para ti.*

*Atrae con sus reflejos  
la juventud radiante,  
seduce la belleza,  
se impone la virtud;  
y en ti no sé cuál reina  
con lumbre más brillante,  
si acaso es tu pureza  
o si es tu juventud!*

*Tal vez si tú no sabes  
que bordan ya tu fama  
las chispas diamantinas  
de un fondo sideral;  
tal vez tú misma ignoras  
que bulle y se derrama  
cual de aguas cristalinas  
dulcísimo raudal.*

*Pero además me dicen  
que, bien que en justo empeño,  
como a la antigua Hebe,  
como a Hebe la gentil,  
en el humano Olimpo  
de su florido ensueño  
la juventud te eleve  
a diosa de su abril.*

*Pudiendo ser altiva  
tú no eres orgullosa,  
sabiendo que es estable  
no abusa tu poder,  
e indiferente miras  
tu pedestal de diosa,  
y sabes ser amable,  
y sabes ser mujer.*

P. H. U.

Buenos Aires, 7 de mayo, 1945.

Querido amigo:

En enero le comencé a escribir la carta que ahora le envío inconclusa. Después las ocupaciones me han impedido continuarla, y ahora me doy cuenta de que han pasado meses. Entre tanto, me preocupa no recibir ni una letra de usted. Por correo aéreo le envié dos ejemplares —como me pidió— del

folleto de Silverita. Por vías normales le envié unos 900 ejemplares del folleto: los envié por medio de la Editorial Losada. ¿No los ha recibido? Ya habría tiempo de sobra, porque salieron de aquí el año pasado. No deje de escribirme para informarme, a ver si —en caso de que no hayan llegado los folletos— se pueden hacer investigaciones. Temo, porque la situación actual ha hecho muy complicadas las comunicaciones. Ahora no se permite aquí enviar ningún paquete a las Antillas.

Anoche estuve en la Legación, con los Sánchez y Sánchez. Estuvieron dos músicos dominicanos, Chapuseaux y Damirón. Estaba también don Elías Brache, y tres universitarios que van de visita a Santo Domingo: la Dra. Carlota Tronjé, de letras, el joven Alvarez Tronjé, de derecho, y Enrique Della Chiesa, de ingeniería.

Suyo

Pedro Henríquez Ureña.

CARTAS  
DE  
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA  
A  
PERICLES FRANCO ORNES

Buenos Aires, 30 de noviembre, 1945.

Sr. D. Pericles Franco Ornes.  
Avenida Los Alerces 2375  
Santiago de Chile

Mi querido amigo:

Hubiera querido contestarle en seguida su carta del 22, pero no era tan fácil resolver lo que usted propone, y además he tenido dos días de mala salud, y exámenes encima. Quiero no retrasarme más, y escribirle siquiera unas palabras.

Cuente usted conmigo. El problema es darle forma al proyecto que usted concibe. Creo, como Neruda, que debe fundarse una “Sociedad Americana de ayuda a los pueblos oprimidos”. Lo que no parece fácil es que el centro esté en Buenos Aires: aquí la gente está absorbida por la lucha interna y no tiene tiempo más que para dar una que otra firma en favor de otras causas. Los españoles trabajan por la suya, pero son ellos, no los argentinos. E igualmente los franceses y los italianos.

En el caso de Santo Domingo, lo que importa es interesar a los gobiernos de América — y ya ve que aquí, por ahora, no hay nada que esperar del gobierno en ese sentido—, aprovechando el revuelo creado por la nota uruguaya. ¿No le parece que Chile sería buen asiento para la Sociedad en proyecto, y Neruda buen presidente?

Pronto le escribiré de nuevo.

Suyo

Pedro Henríquez Ureña.



Buenos Aires, 6 de abril 1946.

Sr. D. Pericles Franco Ornes.  
Santiago de Chile

Mi querido amigo:

Recibí oportunamente su carta y su folleto, que está muy bien hecho; lo he leído con mucha atención. Cuénteme cómo va el proyecto de organización.

Aquí ya ve usted qué revés hemos sufrido. Es verdad que la presidencia de Tamborini habría entronizado la política del partido que se llama, con incongruencia, radical; política que consiste en no hacer nada. Con los contrarios se entroniza la arbitrariedad; no habrá libertades. A poca distancia de mi casa he visto, días atrás, las bandas de forajidos que atacaban, pistola en mano, la Facultad de Medicina, mientras la policía —presente— los dejaba hacer. Menos mal que hubo decisión para rechazarlos. De todos modos, como este nuevo partido ha prometido mucho, algo tendrá que hacer, y se avanzará en legislación social. A los partidos realmente conscientes tocará aprovechar la hora para ilustrar a las masas, a fin de que se convenzan de que las conquistas para el obrero no pueden ser regalos “de arriba” (expresión de aquí que equivale a nuestro “de guagua” y que en este caso resulta con dos sentidos.) El Partido Socialista ha perdido terreno y no saca un solo diputado; el Comunista tiene tres.

Escríbame.

Suyo

Pedro Henríquez Ureña.

P. S. Debo agregarle que mi situación aquí no es muy segura; a lo mejor me quitan todos mis puestos, y tal vez tenga que irme a México. Además le diré que creo que las elecciones no fueron limpias; la mayoría cree que sí, pero hay datos que confirman mi sospecha.

# INDICE

## INDICE

PROLOGO.....	5
--------------	---

### 1945

Calderón.....	9
Pasado y Presente.....	17
Dos Momentos en la Historia Cultural de Santo Domingo.....	23
Las Corrientes Literarias en la América Hispánica.....	41

### 1946

Sobre la Historia del Alejandrino.....	309
Historia de la Cultura en la América Hispánica.....	325

### EPISTOLARIO

Cartas a Emilio Rodríguez Demorizi.....	449
Cartas a Pericles Franco Ornes.....	455

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en fecha 30 de junio de 1980. Composición tipográfica: Félix Santiago Núñez y Virgilio Valdez; Diagramación: Nelson Núñez y Eduardo Canario Lugo; Fotomecánica: Francisco Tavarez; Impresión: Nelson Veloz, Ramón Asencio y Fabio Tomás Martínez; Compaginación y Encuadernación: Roberto Pol, Héctor Antonio Santana, José Altagracia Peguero y Rafael Socorro Mendoza.

Esta edición de las Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña, en diez volúmenes, estuvo al cuidado de José Angel Buesa.